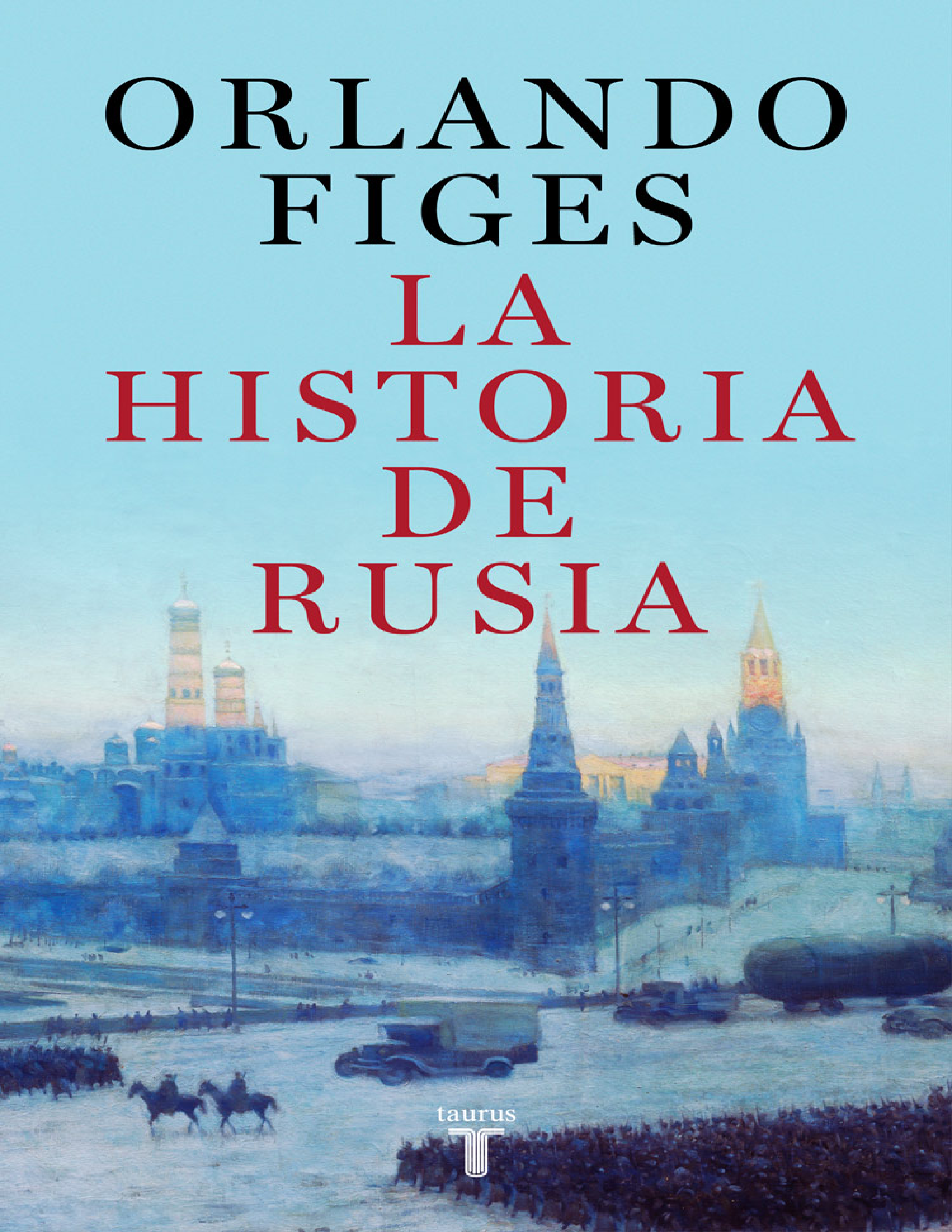
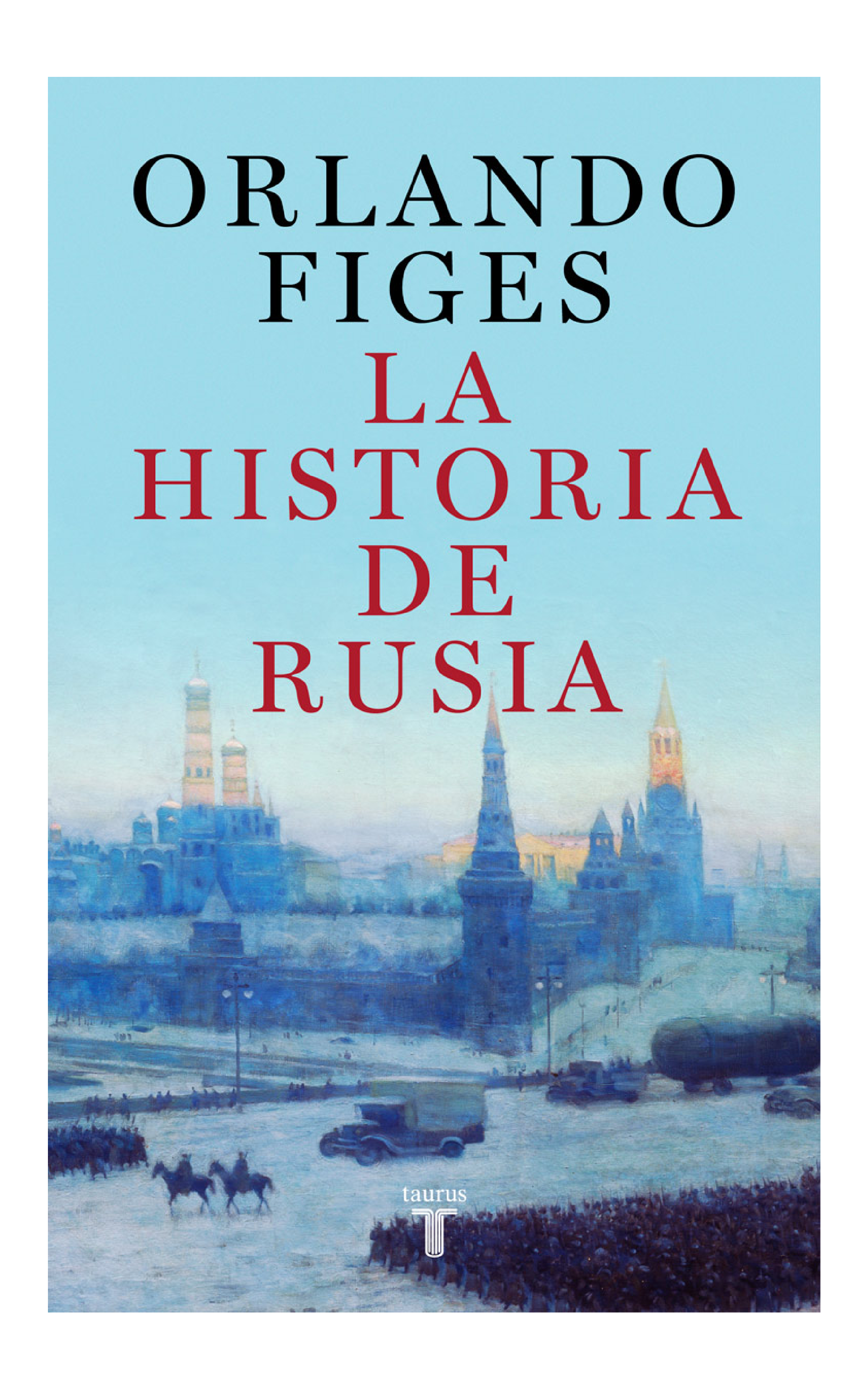

ORLANDO
FIGES
LA
HISTORIA
DE
RUSIA
taurus


ORLANDO
FIGES
LA
HISTORIA
DE
RUSIA
taurus

Orlando Figes

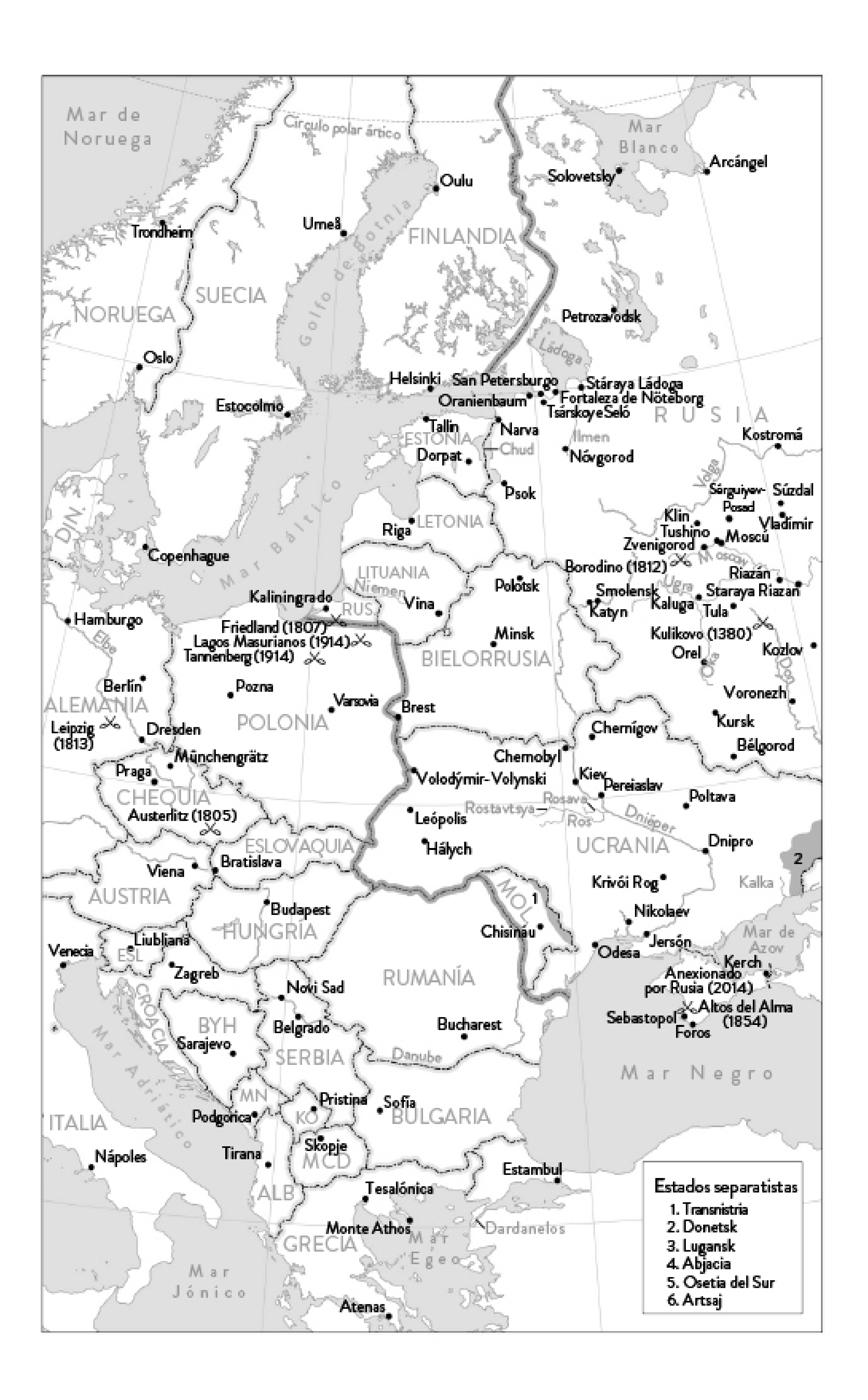
La historia de Rusia

Traducción de María Serrano Giménez

taurus



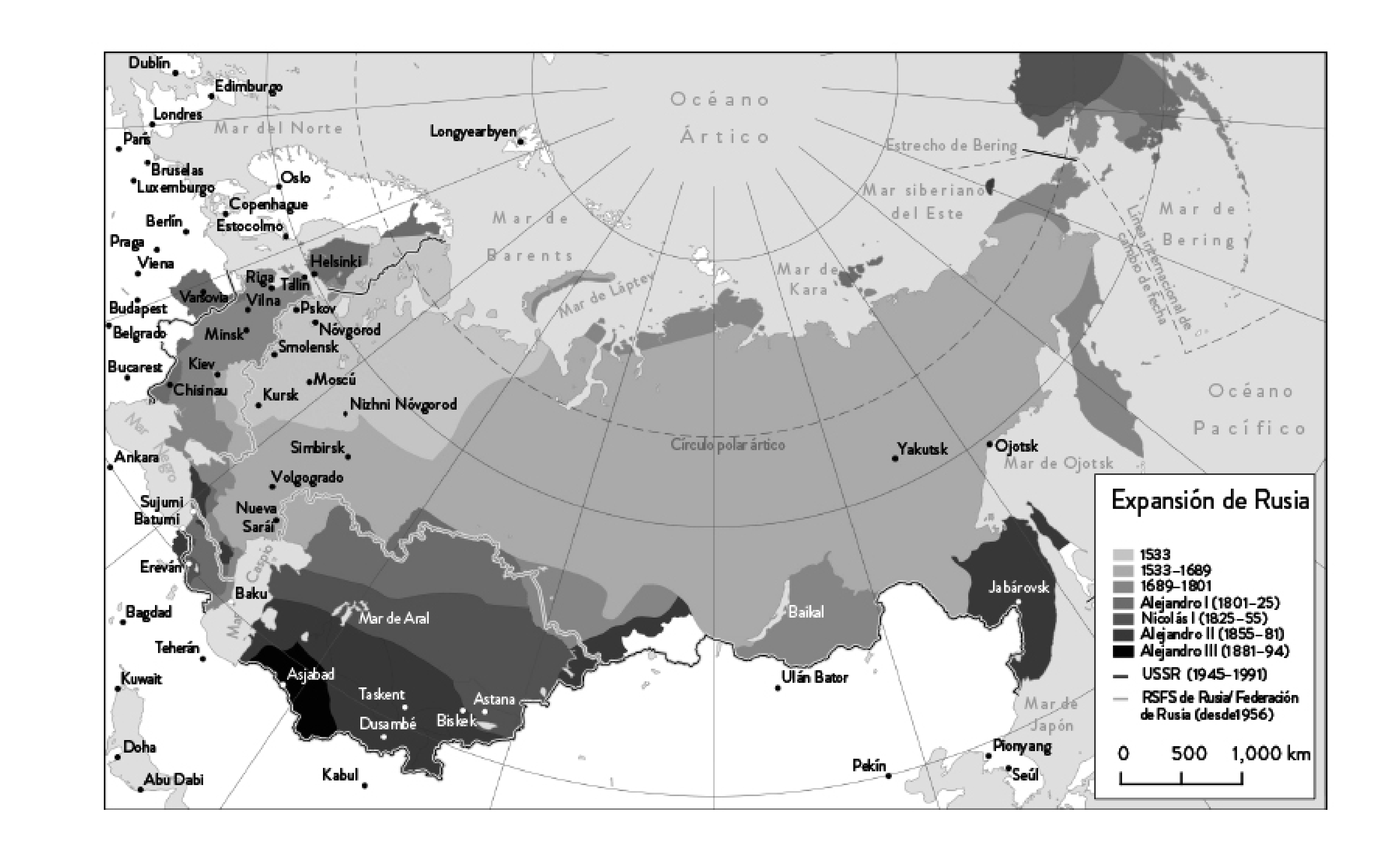
Para Stephanie.
Otra vez. Siempre


Mar de Noruega
Círculo polar ártico
Mar Blanco
Arcángel
Solovetsky
Oulu
Umeå
Trondheim
FINLANDIA
Golfo de Botnia
SUECIA
NORUEGA
Petrozavodsk
Oslo
Ládoga
Helsinki
San Petersburgo
Stáraya Ládoga
Oranienbaum
Fortaleza de Nöteborg
Tsárskoye Seló
Estocolmo
RUSIA
Tallin
Narva
Kostromá
ESTONIA
Ilmen
Chud
Dorpat
Nóvgorod
Volga
Psok
Sérguiyev-Posad
Súzdal
DIN.
Mar Báltico
Klin
Vladímir
Riga
LETONIA
Tushino
Moscú
Zvenigorod
Copenhague
Borodino (1812)
Moscova
LITUANIA
Riazán
Polotsk
Niemen
Smolensk
Ugra
Staraya Riazan
Kaliningrado
Vina
Kaluga
Tula
RUS.
Katyn
Hamburgo
Friedland (1807)
Minsk
Kulikovo (1380)
Elba
Lagos Masurianos (1914)
Tannenberg (1914)
BIELORRUSIA
Orel
Kozlov
Oka
Don
Berlín
Pozna
ALEMANIA
Voronezh
Varsovia
Brest
Leipzig (1813)
Dresden
POLONIA
Chernígov
Kursk
Bélgorod
Münchengrätz
Chernobyl
Praga
Volodýmir-Volynski
Kiev
Pereiaslav
CHEQUIA
Rosava
Poltava
Rostavtsya
Austerlitz (1805)
Leópolis
Ros
Dniéper
ESLOVAQUIA
Dnipro
UCRANIA
Hálych
2
Viena
Bratislava
MOL.
Krivói Rog
Kalka
AUSTRIA
1
Budapest
Nikolaev
Mar de Azov
Chisinău
Liubliana
HUNGRÍA
Jersón
Venecia
ESL
Odesa
Kerch
Zagreb
Anexionado por Rusia (2014)
RUMANÍA
CROACIA
Novi Sad
Altos del Alma (1854)
Sebastopol
BYH
Belgrado
Foros
Bucharest
Sarajevo
Mar Adriático
SERBIA
Danube
Mar Negro
MN
Pristina
Sofía
ITALIA
Podgorica
KO
BULGARIA
Skopje
Tirana
MCD
Nápoles
Estambul
ALB
Tesalónica
Monte Athos
Dardanelos
GRECIA
Mar Egeo
Mar Jónico
Atenas
Estados separatistas
1. Transnistria
2. Donetsk
3. Lugansk
4. Abjacia
5. Osetia del Sur
6. Artsaj



Rusia en Europa
Batalla
USSR (1945–1991)
0 100 200 300 400 500 km
Pustozersk
Círculo polar ártico
Mar Blanco
Solovetsky
Arcángel
FINLANDIA
Canal del Mar Blanco (Belomorkanal)
Irtis
Ládoga
Stáraya Ládoga
Vóljov
Solvychegodsk
Ustiug
Cherdyn
MONTES URALES
Kostroma
Volga
R U S I A
Perm
Tiumén
Klin
Sérguiyev-Posad
Súzdal
Tushino
Borodino (1812)
Moscú
Vladímir
Nizhni Nóvgorod
Novo-Ogarevo
Ugra
Oka
Arzamás
Sviyazhsk
Kazán
Kama
Ekaterinburgo
Cheliábinsk
Kaluga
Ardátov
Alátyr
Ufa
Tula
Riazán
Staraya Riazán
Bezdna
Kulikovo (1380)
Simbirsk
Kostanái
Orel
Magnitogorsk
Kozlov
Belinsky
Penza
Samara
Ardym
Tambov
Kursk
Voronezh
Orenburgo
Sarátov
Bélgorod
Oral
Aktobe
UCRANIA
Don
Volga
Volgogrado
K A Z A J I S T Á N
3
2
Kalka
Novocherkassk
Azov Fortress
Mar de Azov
Nueva Sarái
Atirau
Vieja Sarái?
Astracán
Itil
Mar de Aral
BAYKONUR
Stavropol
Aktau
Mar Negro
Beslan
Chechenia
Sujumi
4
UZBEKISTÁN
GEORGIA
5
Mar Caspio
Batumi
Gori
Tiflis
ARM.
AZERBAIYÁN
Erzurum
Ereván
6
Bakú
TURQUÍA
TURKMENISTÁN
IRÁN
Asjabad


Rusia en Asia
USSR (1944–1991)
0
50
1,000 km
Océano Ártico
Mar de Barents
Mar de Láptev
Mar de Kara
Mar Siberiano del Este
Estrecho de Bering
Línea internacional de cambio de fecha
ESTADOS UNIDOS
Mar de Bering
Mar de Ojotsk
Océano Pacífico
Islas Kuriles
Islas en disputa desde 1945
Mar de Japón
JAPÓN
RUSIA
Círculo polar ártico
MONGOLIA
CHINA
RPC
COR
KAZAJISTÁN
UZB
TKM
KIRG
TY
AFGANISTÁN
PAK
IRÁN
GEO
AZE
UCR.
BIEL
LIT.
LE.
FINLANDIA
SUECIA
NOR.
DIN.
POL
Longyearbyen
Oslo
Berlín
Estocolmo
Tallín
Helsinki
Riga
Varsovia
Vilna
Pskov
San Petersburgo
Nóvgorod
Solovetsky
Minsk
Smolensk
Pustozersk
Kiev
Moscú
Kostroma
Orel
Tula
Vladímir
Ustiug
Nikolaev
Kursk
Riazán
Nizhni Nóvgorod
Járkov
Voronezh
Arzamas
Alatyr
Perm
Penza
Kazán
Uliánovsk
Novocherkassk
Sarátov
Samara
Ekaterinburgo
Volgogrado
Stavropol
Orenburgo
Magnitogorsk
Tobolsk
Astrakhan
Tiflis
Ereván
Baku
Omsk
Salejard
Surgut
Nursultán
Novosibirsk
Krasnoyarsk
Irkutsk
Baikal
Yakutsk
Ojotsk
Anádyr
Kamchatka
Petropávlovsk-Kamchatski
Jabárovsk
Vladivostok
Tokio
Kioto
Pionyang
Seúl
Pekín
Teherán
Asjabad
Taskent
Samarkanda
Dusambé
Biskek
Almatý
Kabul
Mar Caspio
Mar de Aral
Dvina
Kama
Don
Volga
Ural
Tobol
Irtis
Ob
Taz
Turguska
Yeniséi
Angará
Tom
Játanga
Oleniok
Lena
Viliui
Aldán
Indiguirka
Kolimá
Anádyr
Amur
Songhua
Liao
Sir Daria
Yarkant
Helmand


Expansión de Rusia
1533
1533–1689
1689–1801
Alejandro I (1801–25)
Nicolás I (1825–55)
Alejandro II (1855–81)
Alejandro III (1881–94)
USSR (1945–1991)
RSFS de Rusia/ Federación de Rusia (desde1956)
0 500 1,000 km
Océano Ártico
Océano Pacífico
Mar del Norte
Mar de Barents
Mar de Láptev
Mar de Kara
Mar siberiano del Este
Estrecho de Bering
Mar de Bering
Línea internacional de cambio de fecha
Mar de Ojotsk
Mar de Japón
Círculo polar ártico
Mar Negro
Mar Caspio
Mar de Aral
Baikal
Dublín
Edimburgo
Londres
París
Bruselas
Luxemburgo
Oslo
Copenhague
Berlín
Estocolmo
Praga
Viena
Helsinki
Riga
Tallin
Varsovia
Vilna
Budapest
Pskov
Belgrado
Minsk
Nóvgorod
Smolensk
Bucarest
Kiev
Chisinau
Moscú
Kursk
Nizhni Nóvgorod
Longyearbyen
Simbirsk
Ankara
Volgogrado
Sujumi
Batumi
Nueva Saráí
Ereván
Baku
Bagdad
Teherán
Kuwait
Doha
Abu Dabi
Asjabad
Taskent
Dusambé
Astana
Biskek
Kabul
Ulán Bator
Pekín
Yakutsk
Ojotsk
Jabárovsk
Pionyang
Seúl

INTRODUCCIÓN

Una mañana fría y gris de noviembre de 2016, en una plaza cubierta de nieve delante del Kremlin, en Moscú, se congregaba un pequeño grupo de personas. Estaban allí para asistir a la inauguración de un monumento en honor del gran príncipe Vladímir, que gobernó la Rus de Kiev —«el primer Estado ruso»— entre los años 980 y 1015. Según la leyenda, Vladímir de Kiev fue bautizado en el año 988 en Crimea, entonces parte del Imperio bizantino, y con ello inició la conversión de su pueblo a la Iglesia ortodoxa oriental. A la inauguración de su estatua asistieron los principales líderes religiosos de Rusia —el patriarca de Moscú y de todas las Rusias, el ordinariato católico, el gran muftí, el rabino mayor y el maestro principal de la sangha budista—, ataviados con sus coloridos ropajes.

La figura de bronce portaba una cruz y una espada y tenía una altura de más de veinte metros. El monumento era el último de una larga serie de santuarios de dimensiones colosales dedicados a Vladímir, erigidos todos ellos después de la caída del comunismo y en el mismo estilo nacional *kitsch* «ruso» que llegó a ser tan popular durante el siglo XIX. Otras ciudades rusas —Bélgorod, Vladímir, Astracán, Bataisk y Smolensk— habían erigido también sus monumentos al gran príncipe, valiéndose tanto de la financiación del Estado como de las suscripciones públicas. La estatua moscovita estaba financiada por el Ministerio de Cultura, una sociedad de historia militar y un club de motociclistas.[1]

Otro Vladímir se encargó de pronunciar el discurso de inauguración: el presidente Putin. Este consiguió transmitir la sensación de que se estaba aburriendo incluso mientras hablaba. Vladímir Vladímirovich parecía estar deseando que la ceremonia finalizara lo antes posible, y quizá esa fue la razón por la que empezó antes de lo previsto, cuando el director de cine Fiódor Bondarchuk —quien se había pronunciado abiertamente a favor de

la reciente anexión de la Crimea ucraniana por parte de Rusia— le entregó el micrófono. Putin, leyendo el guion con voz monótona, señaló lo simbólico de la fecha de aquella inauguración, el 4 de noviembre, día de la Unidad Popular de Rusia. El gran príncipe, proclamó, había «unificado y defendido el territorio de Rusia» mediante la «fundación de un Estado fuerte, unido y centralizado, que aglutinaba a diversos pueblos, lenguas, culturas y religiones en una vasta familia». Los tres países actuales cuyos orígenes podrían rastrearse hasta la Rus de Kiev —Rusia, Bielorrusia y Ucrania—, prosiguió Putin, eran miembros de esta familia. Eran un solo pueblo, o nación, con unos mismos principios cristianos, una misma cultura y una misma lengua, lo que, indicaba Putin, formaba los cimientos eslavos tanto del Imperio ruso como de la Unión Soviética. En este mismo argumento insistió el patriarca Cirilo, que intervino a continuación. Si Vladímir hubiera seguido siendo pagano o si hubiera mantenido su conversión en secreto, «no existirían ni habrían existido Rusia, ni el gran Imperio ruso, ni la Rusia contemporánea».

Natalia Solzhenitsyn, la viuda del escritor, pronunció el tercer y último discurso. Fue breve y tuvo un tono distinto. La traumática historia de la Rusia del siglo XX, dijo, había dividido al país y «de entre todos nuestros desacuerdos, ninguno nos enfrenta tanto como nuestro pasado». Terminó haciendo una invocación al «respeto por nuestra historia», lo que significaba no limitarse, sin más, a enorgullecerse de ella, sino a «juzgar el mal con honestidad y valentía, sin justificarlo ni barrerlo debajo de la alfombra para esconderlo».[2] Putin parecía incómodo.

En Ucrania, la población estaba indignada. Allí ya contaban con su propia estatua del gran príncipe —Volodímir como allí lo llaman—, que había sido erigida en 1853, momento en el que Ucrania formaba parte del Imperio ruso. La efigie se encuentra en la cima de una colina en la margen derecha del río Dniéper, mirando a Kiev, la capital ucraniana. Tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, la estatua se convirtió en un símbolo de la independencia del país con respecto a Rusia.

Minutos después de la clausura de la ceremonia celebrada en Moscú, desde la cuenta oficial de Ucrania en Twitter se publicó una foto del monumento de Kiev con una frase en inglés: «Don’t forget what [the] real Prince Volodymyr monument looks like» («Que nadie olvide cómo es [el]

verdadero monumento al príncipe Volodímir»). El presidente ucraniano, Petró Poroshenko, elegido tras la Revolución del Maidán, en 2014, acusó al Kremlin de estar apropiándose de la historia de Ucrania y comparó su comportamiento «imperialista» con la anexión rusa de Crimea, parte de la Ucrania soberana, que había tenido lugar justo antes de su elección.[3]

La disputa entre Kiev y Moscú por Volodímir/Vladímir ya duraba años. El monumento de Moscú era un metro más alto que el de Kiev, como para reafirmar la primacía de las reivindicaciones rusas sobre el gran príncipe. Si Putin se había apropiado a Vladímir reclamándolo como fundador del Estado ruso moderno, en Ucrania se reivindicaba a Volodímir como una figura propia, el «creador del Estado medieval europeo de la Rus de Ucrania», tal como Poroshenko lo había designado en un decreto de 2015, en el milenario de la muerte del gran príncipe, ocurrida en 1015 (el hecho de que el término «Ucrania» no aparezca en las fuentes escritas hasta finales del siglo XII —y únicamente en el sentido de *okraina*, una antigua palabra eslava que significa «periferia» o «tierra fronteriza»— fue convenientemente pasado por alto). Algunos meses más tarde, Poroshenko añadiría que la decisión de Volodímir de bautizar a la población de la Rus de Kiev había sido «no solo una decisión cultural o política, sino además una elección europea», en virtud de la cual Kiev se había unido a la civilización cristiana de Bizancio.[4] El mensaje estaba claro: Ucrania deseaba ser parte de Europa, no una colonia rusa.

Los dos lados estaban apelando a la historia de la Rus de Kiev —una historia que ambos comparten— para rearmar unos relatos sobre la identidad nacional que pudieran emplear al servicio de sus propósitos nacionalistas. Claro está que, en términos históricos, tiene poco sentido hablar ni de «Rusia» ni de «Ucrania» como naciones o estados en el siglo X (ni, en realidad, de cualquier otro momento de la época medieval). Lo que nos encontramos en el conflicto en torno a Volodímir/Vladímir no es una disputa histórica genuina, sino dos mitos fundacionales incompatibles.

La versión que invocaba el Kremlin —que Rusia, Ucrania y Bielorrusia habrían sido en origen una sola nación— tenía el objetivo de validar la reivindicación de una esfera «natural» de interés (es decir, su derecho de injerencia) en Ucrania y Bielorrusia. Como muchos de los rusos de su generación, que crecieron con la visión soviética de la historia, Putin nunca

reconoció realmente la independencia de Ucrania. En 2008, le dijo al presidente de Estados Unidos que Ucrania no era «un país de verdad», sino una parte histórica de la gran Rusia, la frontera que protegía de Occidente al corazón de Moscú. Según esta lógica imperial, Rusia tenía derecho a defenderse de toda intromisión occidental en Ucrania. De esta dudosa lectura de la historia del país derivó la anexión de Crimea por parte de Rusia, el principio de una larga guerra contra Ucrania. La invasión fue la respuesta rusa al «golpe de Estado» ocurrido en Kiev, como calificó el Kremlin a la Revolución del Maidán, una revuelta popular contra el Gobierno prorruso de Víktor Yanukóvich que estalló cuando este suspendió las negociaciones con la Unión Europea para la firma de un acuerdo de asociación que prometía llevar a Ucrania hacia la esfera occidental. Poroshenko, por su parte, utilizó el mito de la «elección europea» de Ucrania para legitimar tanto la revolución que lo había llevado al poder como su posterior firma de ese acuerdo con la UE. El pueblo de Ucrania había hecho su «elección europea» con el levantamiento del Maidán.

«Quien controla el pasado […] controla el futuro. Quien controla el presente controla el pasado», escribió George Orwell en *1984*.[5] Esta máxima es más cierta en el caso de Rusia que en el de ningún otro país del mundo. Durante la época soviética, periodo en el que el comunismo era el destino incuestionable del país y se hacían ajustes en su historia para que así lo reflejara, se contaba un chiste que quizá Orwell tuviera en mente: «El futuro de Rusia como país es indudable; lo que resulta impredecible es su pasado».

No hay otro país que haya reinventado su pasado con tanta frecuencia; ninguno tiene una historia tan sujeta a las vicisitudes de las ideologías dominantes. En Rusia, la historia es política. Extraer lecciones del pasado del país ha sido siempre el modo más eficaz de ganar una discusión sobre políticas y direcciones futuras. Todos los grandes debates sobre su carácter y su destino han estado enmarcados por cuestiones históricas. La controversia entre occidentalizantes y eslavófilos que, durante el siglo XIX, dominó la vida intelectual de Rusia, se reducía en último término a un conflicto histórico. Quienes buscaban inspiración en Occidente consideraban que Rusia se había visto fortalecida por las reformas occidentalizadoras implantadas por Pedro el Grande a principios del siglo

XVIII, pero, para los eslavófilos, lo que había hecho la imposición por parte del zar de unas formas occidentales ajenas a los rusos era socavar tanto la cultura y las tradiciones propias de Rusia como su cohesión nacional.

Hoy, el papel que desempeña la historia en este tipo de debates tiene más importancia que nunca. En el sistema de Putin, donde no existe división entre partidos de izquierda y de derecha, ni ideologías en competencia que enmarquen el debate ni un acuerdo público sobre el significado de conceptos clave como «democracia» o «libertad», el discurso político se define por las ideas que se tengan sobre el pasado del país. Una vez que el régimen atribuye un significado a un episodio de la historia rusa, ese tema se politiza. Esto no es algo nuevo en absoluto. Los historiadores soviéticos se vieron aún mucho más a merced de los cambios de línea del Partido, en particular durante la época de Stalin, cuando se falseaba la historia para engrandecer la importancia de aquel y desacreditar a sus rivales. Algunos de estos historiadores se vieron obligados a «corregir» su trabajo, y, en otros casos, sus libros fueron retirados de las bibliotecas o se les prohibió volver a publicar.

Ya antes de 1917 se censuraba cuidadosamente la historia. No se trataba tan solo de evitar la publicación de ideas y hechos que pudieran resultar políticamente peligrosos (cualquier cosa que retratara a la autocracia bajo una luz desfavorecedora), sino de asegurarse de que el relato oficial sobre el pasado del país no fuera socavado de alguna forma que planteara un desafío para las políticas del momento. A los historiadores ucranianos se les vigilaba de un modo especial a causa de sus supuestas simpatías hacia los principios europeos. No se les permitía publicar en ucraniano, fomentar sentimientos nacionalistas en favor de Ucrania ni promover sentimientos de agravio contra Rusia.[6]

Además de estos relatos con voluntad de control, en Rusia la escritura de la historia ha estado siempre entretejida con ideales míticos, ya desde sus mismos orígenes en las crónicas medievales: los mitos de la «santa Rusia», el «santo zar», el «alma rusa», la idea de que Moscú es la «tercera Roma» y demás. Estos mitos han llegado a ser fundamentales para la forma en que los rusos comprenden su historia y su carácter nacional. A menudo, también han orientado —y enturbiado— las políticas y actitudes occidentales con respecto a Rusia. Para entender la Rusia contemporánea, debemos desglosar

estos mitos, entender su desarrollo histórico y escrutar las maneras en que han dado forma a las acciones y la identidad de ese país.

El gran historiador cultural de los mitos rusos Michael Cherniavsky nos ofreció una sugerente explicación de su extraordinario poder y capacidad de resistencia a lo largo de los siglos:

> Se ha observado a menudo que los mitos, en vez de aproximarse a la realidad, tienden a ubicarse en directa contradicción con ella. Y la realidad rusa era lo suficientemente «impía» como para llegar a producir los mitos «más sagrados» de todos. Cuanto mayor era el poder del Gobierno, más extremo era el mito necesario para justificarlo y excusar la sumisión a él; cuanto mayor era la miseria del pueblo ruso, más extremo era el salto escatológico que debía dar el mito para justificar y trascender aquella miseria.[7]

Numerosos escritores han observado la necesidad que tiene el pueblo ruso de contar con mitos trascendentes que prometan una versión mejor de Rusia. En las novelas de Dostoievski, en las que el sufrimiento y la salvación son temas frecuentes, esta necesidad aparece como una esencia del carácter ruso. La persistencia de dichos mitos explica muchos factores de la historia de Rusia: la perdurable solidez de las creencias ortodoxas; la búsqueda por parte del pueblo de un santo zar que encarne sus ideales y los libre de la injusticia; el sueño de construir el cielo en esta tierra —la utopía revolucionaria—, aunque aquel sueño resultara ser una pesadilla en la forma del régimen estalinista.

Todo esto para explicar por qué este libro se titula *La historia de Rusia*. Lo que en él se cuenta tiene que ver tanto con las ideas, mitos e ideologías que han dado forma a la historia del país, con las interpretaciones que los rusos han hecho de su pasado, como con los sucesos, instituciones, grupos sociales, artistas, pensadores y líderes que construyeron esa historia.

El libro empieza en el primer milenio, con el poblamiento de las tierras rusas por los eslavos, y termina en el tercero, con Putin y con una explicación de los mitos de la historia rusa a los que este ha recurrido para reforzar su régimen autoritario. El argumento subyacente es sencillo: Rusia es un país que se mantiene unido por una serie de ideas que hunden sus raíces en un pasado lejano, unos relatos de la historia que se han visto continuamente reconfigurados y readaptados para ajustarlos a las necesidades del presente y para dar una imagen del futuro. El modo en que los rusos han llegado a contarse el relato sobre ellos mismos, y a ir

reinventándoselo por el camino, es un aspecto fundamental de su historia. Y es el marco que la subyace.

El culto al gran príncipe Vladímir, «igual a los Apóstoles», como se le suele llamar, ilustra claramente esa forma de reinvención del pasado. De él no sabemos casi nada. No existen documentos que daten de su misma época, sino tan solo crónicas posteriores escritas por monjes, leyendas hagiográficas sobre su conversión, que sirvieron como mito sagrado para legitimar a sus descendientes, los gobernantes de la Rus de Kiev. Vladímir fue uno de los muchos príncipes santificados durante la época medieval. Pero su culto no llegó a alcanzar un estatus más importante hasta más tarde, a partir del siglo XVI, cuando Iván IV el Terrible lo alimentó para sustentar su falsa vindicación de ser, como zar en Moscú, el único sucesor legítimo de los gobernantes de Kiev y los emperadores de Bizancio. El mito fue utilizado en la disputa de Rusia con Polonia y Lituania, que poseían zonas de lo que en tiempos había sido la Rus de Kiev. Desde el reinado de Iván IV, Vladímir fue aclamado como «el primer zar ruso», el santo «unificador de las tierras rusas», en una narración legendaria que tenía el propósito de ubicar los orígenes del creciente imperio de Moscú en la Rus de Kiev y en Bizancio como cimientos sagrados.[8]

Este mito fundacional fue clave para los Románov, quienes carecían de descendencia alguna de los príncipes de Kiev en la que pudieran basar su frágil dinastía, fundada en 1613, después de años de guerra civil. Como símbolo del legado de Kiev, y para dar mayor solidez a las pretensiones que mantenía Moscú de gobernar Ucrania, el fundador de la dinastía, Mijaíl, hizo trasladar las reliquias del príncipe Vladímir (salvo su cabeza) de Kiev a Moscú, donde permanecieron en la catedral de la Dormición, en el Kremlin, hasta 1917. A medida que, durante el siglo XVIII, el Imperio ruso fue creciendo y engullendo la mayor parte de Ucrania, el culto a Vladímir se convirtió en el corazón del mito que lo justificaba. Se veneraba su vida como símbolo de los sagrados orígenes del Imperio y de la unidad de la «familia» o «nación» de los rusos: los pobladores de la Gran Rusia, la Rusia Menor (los ucranianos) y la Rusia Blanca (los bielorrusos), como se los designaba en este discurso imperial. Ese fue el sentido que quisieron dar los rusos al monumento de Vladímir en Kiev cuando se inauguró en 1853, aunque a finales del siglo XIX ese significado ya se estaba viendo

cuestionado por los nacionalistas ucranianos, quienes, como Poroshenko, reclamaban la estatua como propia, en tanto que un símbolo de su condición de nación europea.[9]

Junto con los mitos que han dado forma al pasado de Rusia, en este libro aparecen muchos otros temas recurrentes. Tópicos que reflejan las constantes estructurales que marcan la historia rusa (factores geográficos, sistemas de creencias, modos de gobierno, ideas políticas y costumbres sociales), las cuales siguen siendo enormemente importantes para tener una comprensión bien informada de la Rusia actual. Demasiado a menudo se hacen análisis de la política contemporánea rusa sin tener conocimientos sobre el pasado del país. Pero, para entender realmente lo que Putin significa para este y para el mundo en general, debemos comprender cómo se relaciona su gobierno con los patrones a largo plazo que manifiesta la historia rusa y lo que para los rusos significa su apelación a esos «valores tradicionales».

Estas profundas constantes estructurales se harán evidentes en mi exposición, pero vale la pena detenerse un momento a clarificar desde el principio un par de ellas. La primera es la más obvia: el enorme tamaño de Rusia y su geografía. ¿Por qué ha crecido tanto el país? ¿Cómo pudo expandirse hasta ese extremo por Eurasia e incorporar tal número de nacionalidades distintas (el primer censo soviético, de 1926, reconocía 194)? ¿Cómo ha condicionado el tamaño de Rusia la evolución del Estado? En el siglo XVIII, la emperatriz Catalina la Grande sostenía que un país tan grande como Rusia exigía como forma de gobierno una autocracia: «Únicamente la celeridad en las decisiones respecto de asuntos que llegan de tierras distantes puede compensar la lentitud ocasionada por estas grandes distancias. Cualquier otro modo de gobernar no solo sería dañino para Rusia, sino además totalmente ruinoso».[10] Pero ¿tenía que ser así? ¿No existían otras formas de gobierno representativo o local que pudiesen haber ocupado el lugar del Estado autocrático?

Rusia se desarrolló sobre un territorio llano y abierto, carente de fronteras naturales. Su ubicación la hacía vulnerable a las invasiones extranjeras, pero también la mantenía abierta a la influencia de las potencias circundantes —jázaros, mongoles, bizantinos, europeos y otomanos—, con las que mantenía unas relaciones definidas por el comercio. A medida que

el Estado ruso se fortaleció, proceso que debemos fechar en el siglo XVI, su preocupación principal pasó a ser la defensa de sus fronteras. Y dicha prioridad conllevaba unos determinados patrones de desarrollo que han marcado la historia del país.

Suponía la subordinación de la sociedad al Estado y a las necesidades militares de este. Se crearon y se definieron jurídicamente unas clases sociales cuya función era beneficiar a la maquinaria estatal como servidores en el ejército o contribuyentes fiscales. También supuso una política de engrandecimiento territorial con el objetivo de aumentar la seguridad de las fronteras rusas. Desde el surgimiento de Moscovia, o Moscú, el núcleo fundacional del Estado ruso, hasta las guerras de Putin en Ucrania, la historia nos muestra que Rusia tiende a fortalecer su seguridad a base de debilitar a los países vecinos y librar guerras más allá de sus fronteras para mantener a las potencias hostiles a una distancia segura. ¿Significa esto que el carácter de Rusia es en sí mismo expansionista, como han afirmado muchos de sus críticos en la era moderna? ¿O debería verse esta tendencia a expandirse y colonizar los territorios a su alrededor más bien como una reacción defensiva, derivada de la necesidad percibida de contar con estados que le hagan de colchón y la protejan en la estepa abierta?

La naturaleza del poder del Estado es la otra cuestión que merece la pena mencionar aquí. Catalina la Grande solía comparar a Rusia con otros estados absolutistas europeos. Pero el Estado ruso no era como ellos. Había evolucionado como una autocracia patrimonial o personal, en la que el concepto de «Estado» (*gosudarstvo*) se encarnaba en la persona del zar (*gosudar*) en tanto que señor soberano o dueño de las tierras rusas. En la Europa medieval, la separación jurídica de los «dos cuerpos del rey» —su persona mortal y el oficio sagrado de la monarquía— permitió el desarrollo de una concepción abstracta e impersonal del Estado.[11] Pero eso no llegó a ocurrir en Rusia. Desde el reinado de Iván IV, zar y Estado se consideraban una misma cosa, unificada en el cuerpo de un único ser que, como hombre y gobernante, era un instrumento de Dios.

La sacralización de la autoridad del zar, legado de Bizancio, fue tanto una fortaleza como un punto débil para el Estado ruso. El mito que lo identificaba como un agente sagrado fue, por un lado, esencial en el culto al santo zar que sustentó a la monarquía hasta el siglo XX, momento en que el

mito se vio finalmente resquebrajado por las medidas represivas que tomó Nicolás II contra las protestas populares. Por otra parte, los líderes rebeldes podían usar también el mismo mito para subvertir su poder, y así lo hicieron en las revueltas de los siglos XVII y XVIII, encabezadas por los cosacos. En el imaginario popular, el santo zar era fuente de verdad y justicia social (*pravda*) para el pueblo. Pero, si lo que el zar llevaba era la injusticia, entonces no podía tratarse del «verdadero zar» y quizá fuera, más bien, el anticristo enviado por Satanás para destruir la obra de Dios en la «santa tierra rusa». Como tal, había que hacerle frente. Al defender que su lucha tenía el objetivo de restaurar en el trono al verdadero zar, los líderes rebeldes cosacos pudieron atraerse a una masa de seguidores y organizar unos movimientos de protesta que sacudieron al Estado en algunos momentos de crisis a lo largo de su historia moderna.

Ideas similares sobre la justicia y la verdad iban a sustentar la Revolución rusa de 1917. El mito del santo zar daría también paso al culto de líderes como Lenin o Stalin, de cuyas estatuas quedarían sembradas las plazas. El régimen de Putin bebe de este mismo arquetipo monárquico de gobernanza, que da apariencia de estabilidad apoyándose en las «tradiciones rusas».

El culto a Putin no ha sido grabado en piedra. Aún no se ven estatuas suyas en las plazas públicas. Pero hubo quienes, en la inauguración del monumento de Moscú al príncipe Vladímir, comentaron con ingenio que pronto aparecería una estatua de su tocayo, el presidente ruso, junto a la muralla del Kremlin.



La Rus de Kiev
Siglo XI
0 100 200 300 km
Círculo polar ártico
Mar Blanco
NORRLAND
Golfo de Botnia
SAMI
ÖSTERLAND
CARELIOS
TRIBUS UGROFINESAS
Ustiug
ROS-LAGEN
Birka
Ládoga
Golfo de Finlandia
Neva
Vóljov
Revel
Narva
Belozersk
ROSTOV SÚZDAL
NÓVGOROD
Nóvgorod
Chud
Yuryev
Pskov
Visby
Mar Báltico
LIVONIOS
Kostromá
Volga
Rostov
Nizhni Nóvgorod
Grobin
Jersika
Tver
Suzdal
Vladímir
Toropets
LITUANOS
Neman
Moscú
Moscú
Múrom
Polotsk
SMOLENSK
MÚROM RIAZÁN
Oka
MORD-VINOS
Vitebsk
Truso
POLOTSK
Smolensk
Ugra
Tula
Riazan
Minsk
POLONIA
Brest
Turov
CHERNÍGOV
Nóvgorod-Síversky
Kursk
Lublin
VOLYN
KIEV
Chernígov
Volodímir-Volinski
Cherven
Bélgorod
Kiev
PEREYÁSLAV
Pereyáslav
Rosava
Don
Rostavstya
Ros
Poltava
Galich
Terebovlia
Dniéper
Cárpatos
CUMANOS
Sarkel
HUNGRÍA
Oleshye
Mar de Azov
Kerch
Crimea
Tmutarakáñ
Danubio
Quersoneso
Krym
Mar Negro
Sujumi

1
LOS ORÍGENES

Todos los países tienen un relato sobre su origen. En algunos se invocan mitologías clásicas o de origen divino, narraciones que los vinculan con algún acto sagrado de creación o con una civilización antigua, si bien, al menos en Europa, la mayoría de los mitos fundacionales se inventaron durante el siglo XVIII o a principios del XIX. En aquella época, historiadores, filólogos y arqueólogos nacionalistas quisieron rastrear el origen de sus naciones hasta la existencia de una etnia primigenia y homogénea, inmutable y portadora ya de todas las semillas del carácter nacional, cuya presencia veían en cualquier tipo de rastro que pudieran encontrar de los pueblos primitivos de su territorio. Los celtas, los francos, los galos, los godos, los hunos y los serbios han servido todos ellos como pueblo originario para alguna nación moderna, aunque en realidad constituían grupos sociales complejos, que se formaron a lo largo de siglos por medio de grandes migraciones que tuvieron lugar por todo del continente europeo.[12]

Buen ejemplo de ello son los orígenes de Rusia. No hay otro país que haya mostrado mayores divisiones en lo relativo a sus propios comienzos. No hay otro que haya cambiado su historia tan a menudo. El sujeto es inseparable del mito. El único documento escrito con el que contamos, el *Relato de los años pasados*, conocido como la *Primera crónica eslava* o *Crónica de Néstor*, fue compilado en Kiev por un monje llamado Néstor y algunos otros durante la década de 1110. La crónica cuenta que, en el año 862, las tribus eslavas del noroeste de Rusia, perpetuamente en guerra, tomaron la decisión conjunta de pedir a los rus', una rama de los vikingos, que los gobernaran: «Nuestra tierra es grande y fecunda, pero no hay orden en ella. Venid a reinar y a gobernarnos».[13] Llegaron tres príncipes

hermanos, los Rus, con toda su parentela, y fueron aceptados por los eslavos. Dos de ellos murieron, pero el tercero, Riúrik, siguió gobernando Nóvgorod, la más importante de las ciudades comerciales del norte, hasta su muerte en el 879, cuando lo sucedió su hijo Oleg. Según la crónica, este capturaría Kiev tres años después, momento en que se estableció la Rus de Kiev, el primer Estado «ruso».

La *Crónica de Néstor* se lee más como un cuento de hadas que como un libro de historia. Es un mito fundacional típico, escrito para establecer la legitimidad política de la dinastía Ruríkida, que gobernaba en Kiev como la elegida por Dios para cristianizar todo el territorio de la Rus. Gran parte de la crónica es pura ficción, una mezcla de canciones épicas y poemas narrativos de transmisión oral (conocidos en ruso como *byliny*), sagas nórdicas, folclore eslavo, antiguos anales bizantinos y textos religiosos. Nada de lo que figura en ella puede tomarse como un hecho. No podemos afirmar con certeza si Riúrik existió o no. Puede que se tratara de Rörik, el sobrino, hijo o posiblemente hermano del monarca danés contemporáneo Harald Klak. Pero no hay prueba alguna que lo vincule con Kiev, por lo que el fundador de la dinastía pudo haber sido también otro guerrero vikingo, o quizá se trate de una figura alegórica.[14] A los monjes de Kiev les preocupaba menos lo precisa que fuera aquella crónica que su simbolismo y su significado religioso. La escala temporal de la crónica es bíblica. Traza la historia de los rus' a partir de Noé, en el libro del Génesis, y afirma que son los descendientes de su hijo Jafet, por lo que debe entenderse que la Rus de Kiev había sido creada como parte del plan divino.[15]

La *Crónica de Néstor* estuvo en el centro de un debate sobre los orígenes de Rusia que se remonta a la primera mitad del siglo XVIII, cuando la escritura de la historia se encontraba, en Rusia, en sus inicios. La nueva disciplina académica estaba entonces dominada por los alemanes, y entre ellos se encontraba Gerhard Friedrich Müller (1705-1783), que a la edad de veinte años se había unido al personal docente de la recién fundada Academia de las Ciencias de San Petersburgo. Müller fue el editor que fundó la primera serie de documentos y artículos sobre la historia de Rusia, el *Sammlung Russischer Geschichte* (1732-1765), que se publicaba en alemán y estaba orientado a un público lector europeo que no sabía casi nada ni sobre Rusia ni sobre su historia. El apogeo de su carrera lo alcanzó

en 1749, cuando recibió el encargo de pronunciar un discurso en honor de la emperatriz Isabel el día de su onomástica. La conferencia se tituló «Sobre los orígenes del pueblo ruso y de su nombre».

En él, Müller resumió los hallazgos de otros eruditos alemanes, quienes, a partir de su lectura de la *Crónica de Néstor*, habían concluido que Rusia debía sus orígenes a los vikingos. Los rus', dijo, eran escandinavos, cuyo nombre tribal derivaba de *ruotsi*, término empleado por los fineses para describir a los suecos de Roslagen. Pero aquel no era el momento idóneo para sugerir que Rusia había sido creada por los suecos ni por ningún otro pueblo extranjero. La victoria de Rusia en la reciente guerra contra Suecia (1741-1743) había fortalecido un sentimiento patriótico que se extendía también al pasado del país. La conferencia de Müller recibió duras críticas en la Academia y se designó un comité de investigación que debía dilucidar si era apta o no para impartirse —tanto en la onomástica de la emperatriz, el 5 de septiembre, como en el séptimo aniversario de su coronación el 25 de noviembre—, sin que resultara en el desprestigio de Rusia. Mijaíl Lomonósov, el primer polímata de Rusia, lideró el ataque contra el alemán, acusándolo de denigrar a los eslavos al presentarlos como unos salvajes incapaces de organizarse como un Estado. Los rus', defendía, no eran suecos, sino eslavos bálticos, y descendían de la tribu irania de los roxolanos, cuya historia puede rastrearse hasta las guerras de Troya. Las críticas de Lomonósov estaban animadas por un sentimiento de orgullo nacional tanto como por su aversión personal hacia el alemán. Afirmó falsamente que Müller no era capaz de leer documentos en ruso, que como consecuencia de ello había cometido graves errores y que, como todo extranjero, no podía conocer realmente la historia del país por el hecho de no ser ruso.

A esto le siguieron seis meses de disputas académicas. El 8 de marzo de 1750, el comité de investigación prohibió la conferencia de Müller y confiscó todas las copias que se hubieran impreso tanto en ruso como en latín. Lomonósov participó en aquel asalto. El alemán fue degradado a un puesto subalterno y se le prohibió trabajar en el archivo estatal, supuestamente para proteger al Imperio ruso de los intentos de «mancillar» su historia por parte de Müller. Aunque la carrera académica de este nunca llegó a recuperarse por completo, publicaría muchos libros, entre ellos *Origines gentis et nominis Russorum* (1761), en los que se desarrollaban los

planteamientos de su conferencia. *Origines gentis et nominis Russorum* se publicó inicialmente en Alemania y no apareció en ruso hasta 1773, una década después de la *Historia de la antigua Rusia* de Lomonósov, libro escrito como refutación de las afirmaciones de Müller.[16]

El debate sobre los orígenes de Rusia ha seguido vivo hasta el día de hoy. Conocido como la «controversia normanista» (porque los vikingos eran normandos), encierra una altísima carga política e ideológica. La cuestión central es si Rusia fue creada por los rusos o por extranjeros.

Durante las últimas décadas del siglo XVIII, la «teoría normanda» de Müller fue ganando aceptación en la Academia de San Petersburgo, en la que predominaban los historiadores nacidos en Alemania, quienes difundieron la teoría de que Riúrik había pertenecido a una tribu germánica de Escandinavia y de que, por tanto, Rusia, como Estado y como cultura, había sido fundada por germanos. Catalina la Grande (nacida también en Alemania) apoyaba aquella hipótesis, porque proponía que los rusos tenían un origen europeo, planteamiento que ella misma defendió en sus muchas obras. En manos alemanas, la posición normanista conllevó en ocasiones una actitud racista hacia los eslavos. Típico de ello es este pasaje de un estudio de la *Crónica de Néstor* realizado por August Ludwig von Schlözer en 1802:

> Evidentemente allí [en Rusia] había pueblos, sabe Dios desde hacía cuánto tiempo y llegados de dónde, pero se trataba de grupos sin ningún tipo de liderazgo, vivían en sus vastos bosques igual que las bestias salvajes y las aves […]. Ningún europeo ilustrado había puesto su atención en ellos ni escrito sobre ellos. En todo el norte no había un solo lugar al que pudiera darse realmente el nombre de «ciudad» […]. Los eslavos, salvajes, groseros y aislados, comenzaron a ser socialmente aceptables tan solo gracias a los germanos, cuya misión, decretada por el destino, fue la de sembrar entre ellos las primeras semillas de la civilización.[17]

La teoría normanda, con su suposición de que aquellas tribus eslavas en guerra eran incapaces de gobernarse a sí mismas, resultaba atractiva para los defensores de la autocracia. El más destacado de ellos fue Nikolái Karamzín, el primer gran escritor e historiador de Rusia, que para elaborar su *Historia del Estado ruso* (publicada en doce volúmenes entre 1818 y 1829) se basó en gran medida en la obra de Schlözer. Con anterioridad al establecimiento del gobierno de los príncipes extranjeros, afirmaba

Karamzín, Rusia no había sido más que un «espacio vacío» con «salvajes tribus guerreras, que vivían al nivel de las bestias y las aves».[18]

Durante el siglo XIX, estas posiciones fueron cuestionadas por filólogos y arqueólogos. Motivados en gran parte por un sentimiento de orgullo nacional por la antigua cultura eslava de Rusia, buscaron pruebas que demostraran lo avanzado de la vida social de los eslavos durante el primer milenio. Los antinormanistas, como se los denominaba, sostenían que los rus' no procedían de Escandinavia (no aparecían mencionados en las antiguas fuentes ni sagas nórdicas), sino que eran eslavos. Su nombre, defendían, aparece en algunas fuentes griegas del siglo II y en fuentes árabes del V. La tierra natal de los rus', según ellos, se encontraría en Ucrania, como indicaban los nombres eslavos de los ríos (Ros, Rosava, Rusna, Rostavtsya, etcétera). Las excavaciones arqueológicas realizadas en sus asentamientos revelaron que estos tenían la forma de un círculo defensivo, en claro contraste con la configuración de los vikingos, más abiertos, y que, mucho antes de la llegada de estos, la cultura material de los rus' ya había alcanzado un nivel de desarrollo muy elevado, gracias sus contactos con las civilizaciones helénica, bizantina y asiática.

La fortuna de los antinormanistas fue creciendo en la misma medida en que lo hizo la influencia del nacionalismo en el Estado ruso y llegó a su punto álgido durante la época de Stalin, en particular a partir de 1945, cuando el chovinismo de la Gran Rusia, alimentado por la victoria sobre la Alemania nazi, vino a ocupar el corazón de la ideología soviética. La investigación etnoarqueológica de los primeros asentamientos eslavos sufrió entonces una intensa politización. Se realizaron enormes inversiones estatales en la excavación de yacimientos, con el objetivo de demostrar la existencia de una «patria eslava» que se extendía desde el río Volga, al este, hasta el río Elba, al oeste, y desde el Báltico, al norte, hasta los mares Egeo y Negro; en otras palabras, la zona que Stalin reclamaba como «esfera de influencia» soviética durante la Guerra Fría. La idea de que Rusia debiese sus orígenes a cualquier clase de potencia extranjera, y mucho menos a los «germánicos» vikingos, se volvió inadmisible. Los académicos que habían osado sugerir cosas como aquella fueron obligados por el Partido a revisar su trabajo.[19]

La visión soviética de los orígenes de Rusia quedó así hilvanada en un concepto de etnicidad, en el que se contemplaba la *ethnos* como el núcleo ancestral de la identidad nacional, el cual había persistido a lo largo de la historia, a pesar de las transformaciones que había ido sufriendo la sociedad. En una época en la que los académicos occidentales estaban llegando a la conclusión de que los grupos étnicos eran construcciones intelectuales modernas, categorías inventadas que se imponen sobre grupos sociales complejos, sus homólogos soviéticos los estaban analizando como entidades primordiales definidas por la biología. Mediante el estudio de la etnogénesis, llegaron a rastrear el origen de la Rusia moderna hasta un único pueblo de la Edad del Hierro, y a afirmar que los rusos eran descendientes de los antiguos eslavos.

Este enfoque resurgió con mayor fuerza aún tras el derrumbe de la Unión Soviética, cuando los nacionalistas rusos, ucranianos y bielorrusos empezaron a competir por la reclamación de sus orígenes étnicos en el legado kievita. Este era el propósito que perseguía Putin con aquel discurso de inauguración del monumento al príncipe Vladímir en Moscú. Al afirmar la herencia kievita de Rusia, estaba invocando el viejo mito imperial de que rusos, ucranianos y bielorrusos habían sido históricamente un solo pueblo, tres subgrupos étnicos de una misma nación, y con ello establecía una esfera de influencia «natural» de la Rusia contemporánea sobre su «territorio ancestral» original. La historia, claro está, es más compleja, aunque también se trate de un relato.

Rusia se expandió por las estepas y tierras boscosas que se extienden entre Europa y Asia. No existen fronteras naturales, mares ni cordilleras que definan su territorio, el cual, a lo largo de su historia, ha sido colonizado por pueblos de ambos continentes. Los montes Urales, que suelen señalarse como la frontera que divide la «Rusia europea» de Siberia, no ofrecían protección alguna a los colonos rusos frente a las tribus nómadas de la estepa asiática. Se trata de una serie de elevadas cadenas montañosas divididas por anchos pasos y, en muchos lugares, forman más bien colinas. Resulta significativo que, en ruso, «colina» y «montaña» se digan igual (*gora*). Se trata de un país que ocupa una llanura homogénea.

El terreno es igual a ambos lados de los Urales: una vasta estepa que se extiende a través de once husos horarios y que abarca desde las fronteras occidentales de Rusia hasta el océano Pacífico, al este. Este continuo territorial está compuesto por cuatro franjas o zonas que discurren, más o menos en paralelo, de un extremo al otro. La primera de ellas, que ocupa en torno a una quinta parte de la masa terrestre de Rusia, se traza sobre el círculo polar ártico, donde una tundra sin árboles permanece cubierta por la nieve y el hielo durante ocho meses al año. Hasta el siglo XX, los únicos habitantes de aquellas regiones eran pastores nómadas de renos y cazadores de morsas y pieles, pero el descubrimiento de carbón, oro, platino y diamantes en el permafrost llevó a la colonización de la zona ártica por el Gulag. Hoy viven allí dos millones de rusos, la mayoría de ellos descendientes de los prisioneros de los campos de trabajo.

Hacia el sur, encontramos la zona forestal de la taiga, el mayor bosque de coníferas del mundo, que se extiende desde el Báltico hasta el Pacífico. Está formado por pinos, píceas y alerces, intercalados con marismas, lagos y ríos de curso lento que, hasta el siglo XIX, constituyeron el medio de transporte más rápido de la zona.

Los bosques de coníferas dan paso a una zona de floresta mixta y estepas arboladas aunque más abiertas al sur de Moscú, en la que, en algunas áreas, la rica tierra negra alcanza varios metros de profundidad. Esta tercera franja del territorio de Rusia, conocida como la zona agrícola central, se ensancha en su extremo occidental, donde se funde con la llanura húngara, pero se estrecha hacia el este, hacia Siberia, donde la invade la taiga. La zona fértil fue asegurada por los rusos a partir del siglo XVI.

Por último, en el extremo sur, llegamos a la estepa póntica, conformada por las praderas y sabanas semiáridas que se extienden desde la costa norte del mar Negro, al oeste, hasta el mar Caspio y Kazajistán, al este. Los rusos solo llegaron a conquistar este territorio a las tribus nómadas túrquicas a partir del siglo XVIII. Conforma la línea divisoria religiosa entre Rusia y el mundo musulmán.

Los primeros pobladores de los que tenemos noticia en el territorio que llegaría a conocerse como la Rus de Kiev fueron los eslavos, aunque las zonas boscosas del norte estuvieron habitadas desde mediados del primer milenio por tribus ugrofinesas como los estonios. Según el relato que hacen

la mayor parte de los historiadores, los eslavos se vieron obligados a desplazarse a aquellos bosques norteños a causa de las tribus túrquicas, las cuales, gracias a su poderío militar, se hicieron con el control de las verdes praderas situadas más al sur. Los eslavos se dispersaron entonces en pequeños grupos por los grandes bosques primigenios. Allí talaban y quemaban la madera, para sembrar después distintos cultivos en el suelo fertilizado por la ceniza (un método conocido como «de roza y quema»). La agricultura en la zona forestal del norte era una labor ardua, y para sobrevivir fue necesario mantener un sólido colectivismo. Había que organizar equipos de trabajo para la tala y la siembra, así como para recoger toda la cosecha, todo ello durante la corta temporada de cultivo, que iba desde los deshielos y las inundaciones primaverales de abril hasta el comienzo de las heladas invernales en octubre. El suelo de la zona es pobre, arenoso, y lo forma tan solo una delgada capa que cubre un estrato de roca. De todos los cereales, solo se daba el centeno, y el rendimiento de las cosechas era bajo. Aparte de esto, los bosques proporcionaban a los campesinos otros medios de subsistencia, como pieles, miel, cera, pescado y madera.

Los asentamientos en los que vivían los eslavos estaban rodeados por una muralla de madera. De carácter democrático, su forma de gobierno se organizaba en unas asambleas integradas por los varones adultos (los bizantinos consideraban que esta democracia equivalía a «desorden y anarquía»).[20] Eran maestros en el manejo del hacha y expertos en convertir los árboles en edificios, barcos y canoas, lo que les permitió añadir a sus medios de subsistencia la pesca y el intercambio comercial a lo largo de los ríos. Su población fue creciendo y, con ello, obligando a las tribus ugrofinesas a retirarse a las zonas más profundas de los bosques. Para finales del primer milenio, los eslavos habían desarrollado una cultura campesina estable, con una enorme capacidad de adaptación, basada en el colectivismo y en un espíritu de resistencia que ha caracterizado a los rusos durante gran parte de su historia.

Cuando los vikingos llegaron a Rusia, su intención no era dedicarse al pillaje, como sí hicieron en Inglaterra (Rusia era demasiado pobre), sino la de emplear sus numerosas vías fluviales para desarrollar una actividad comercial de larga distancia entre Europa y Asia. El nombre de los rus' derivó probablemente de la palabra del nórdico antiguo *róa*, que significa

«remar», lo que sugiere que los rus’ eran conocidos como navegantes y que muy probablemente fueran bastante diversos en términos étnicos. No se trataba de una tribu unida por un origen étnico común, sino de un ejército fundamentado en una empresa comercial común. Con sus barcos navegaban desde la costa este de Suecia hasta la desembocadura del río Neva, donde se encuentra hoy San Petersburgo. Y, desde allí, remaban por dicho río hasta el lago Ládoga, un importante puesto comercial, donde obtenían esclavos y ricas pieles de manos de los eslavos y otros pueblos del norte (en el léxico vikingo, las palabras «eslavo» y «esclavo» se convirtieron en sinónimos). Ese cargamento se transportaba después hacia el sur, surcando los ríos Dniéper, Don y Volga y cruzando los mares Negro y Caspio, hasta llegar a los mercados de Bizancio y del califato árabe, donde tanto los esclavos como las pieles eran muy apreciados. Los rus’ regresaban con un cargamento de monedas de plata, cuentas de vidrio, joyas y adornos de metal, artefactos que los arqueólogos han podido recuperar de los sepulcros de Stáraya Ládoga (Ládoga la Vieja), que se considera el asentamiento vikingo más antiguo, datado en el siglo VIII. Estas tumbas contenían también zapatos de cuero, peines hechos de hueso y asta, amuletos rúnicos y un tipo de palos de madera cuya presencia se ha registrado también en Escandinavia.[21]

Los rus’ se establecieron y se asimilaron a la población eslava con mucha rapidez. Los asentamientos como Stáraya Ládoga conformaban comunidades poliétnicas, con una élite guerrera de origen vikingo y un grupo de agricultores y artesanos eslavos y fineses. Adoptaron la lengua, los nombres, las costumbres y los rituales religiosos de los eslavos, proceso de asimilación que se aceleró con su conversión simultánea al cristianismo durante el siglo X. Por esta razón, hay pocos rastros escandinavos en la lengua o la toponimia rusas, lo que supone un contraste notable con la gran influencia vikinga que muestran tanto la lengua como la toponimia de Inglaterra y Alemania.[22]

Los rus’ causaron una fuerte impresión en los árabes con los que se relacionaron. Ibn Fadlān se encontró con un grupo de comerciantes en Itil, en el Volga, cerca del mar Caspio, en el 921:

> Me encontré con los rus’ cuando, en el transcurso de sus viajes comerciales, acamparon en la zona de Itil. Jamás he visto especímenes físicos más perfectos, altos como palmeras, rubios y rojizos; no

> visten túnicas ni caftanes, pero los hombres usan una prenda que cubre un lado del cuerpo y les deja una mano libre. Todos ellos llevan un hacha, una espada y un cuchillo que en todo momento mantienen al alcance de la mano. Todas las mujeres llevan sobre cada uno de sus pechos una caja de hierro, plata, cobre u oro; el valor de esta indica la riqueza del marido. Cada uno de estos objetos tiene un anillo del que cuelga un cuchillo. Además, estas mujeres visten collares de oro y plata. Los ornamentos más preciados de estas gentes son las cuentas de cristal verde, que ensartan para confeccionar collares para sus mujeres.[23]

Itil era la capital del Estado o kanato jázaro, un imperio comercial y multiconfesional, encabezado por una élite de guerreros turcos, que se extendía desde el mar de Aral hasta los Cárpatos y desde el Cáucaso hasta las tierras boscosas del Alto Volga. Tenía un gobierno ordenado, medios eficaces de recaudación de impuestos y el poder militar necesario para proteger las rutas comerciales fluviales contra las tribus nómadas, de las que los más peligrosos eran los polovtsianos (también conocidos como kipchaks o cumanos). Kiev, fundada a mediados del primer milenio en la forma de una serie de asentamientos dispersos, se había convertido en un bastión jázaro desde el que se controlaba el río Dniéper, en la ruta comercial entre el Báltico y Bizancio.

El alcance de la influencia jázara en el desarrollo de la Rus de Kiev es objeto de controversia. Algunos académicos piensan que los jázaros desempeñaron un papel más importante que los vikingos o los eslavos.[24] Los escritores bizantinos y árabes hablaban de los rus' como vasallos del kanato, unidos a él por vínculos matrimoniales. Los primeros gobernantes de la Rus se daban el nombre de *jaghan*, lo que sugiere que hacían derivar su autoridad de los jázaros. Está claro que mantenían con estos mejores relaciones de lo que sugieren las crónicas medievales, las cuales dibujan un paisaje de violencia e incursiones incesantes por parte de las tribus jázaras de lengua túrquica contra los pacíficos colonos rusos. Los historiadores de Rusia del siglo XIX se basaron por completo en estas crónicas. Relataron la historia de los orígenes de la nación como la épica lucha de los agricultores de las tierras boscosas del norte contra los jinetes de la estepa asiática. Este mito nacional se convirtió en un elemento tan fundamental para la identidad europea de los rusos que sugerir, ni tan siquiera, que sus antepasados habían tenido alguna influencia de las culturas asiáticas de la estepa, era granjearse una acusación de traición. En realidad, las incursiones de las tribus esteparias fueron poco frecuentes, y hubo largos periodos de coexistencia

pacífica, relaciones comerciales, cooperación, mezcolanza social e incluso matrimonios mixtos entre los eslavos y sus vecinos nómadas de la estepa. La influencia de las tribus esteparias la atestigua la adopción por parte de las élites de los rus' de su vestimenta y símbolos de estatus, como los cinturones tachonados con piezas de metal pesado y bridas con una elaborada ornamentación.[25] Tenemos que pensar en los primeros Rus no por mediación de un relato de confrontación hostil entre los colonos del bosque y los nómadas de la estepa, sino de uno que nos habla de la interacción mayormente pacífica entre todos los pueblos de Eurasia. Quizá deberíamos concebirlo no tanto en términos de grupos étnicos, y sí más bien como una asociación comercial de grupos diversos: eslavos, fineses, vikingos y jázaros.[26]

La Rus de Kiev emergió con el declive del Estado jázaro. El creciente poder militar de los rus' les permitió dejar de pagar impuestos al kanato y ocupar su lugar como protectores de la frontera norte de Bizancio, papel que les reportó ricas recompensas en forma de concesiones comerciales en Constantinopla, la capital bizantina. A medida que aumentaba su poder, los guerreros rus' fueron atacando los territorios entre el Volga y el Dniéper, donde se pagaban tributos a los jázaros, hasta capturar Kiev, que se convirtió en la capital de la Rus de Kiev, en el año 882.

Bajo el mandato de los primeros príncipes rus', Kiev se convirtió en un importante centro comercial entre los mares Negro y Báltico. En el barrio de Podil de la ciudad, los arqueólogos han encontrado grandes cantidades de monedas, ánforas y pesas de balanzas de origen bizantino, así como restos de un tipo de viviendas construidas con troncos mediante una técnica (sin clavos) asociada al norte de Rusia. Para acrecentar tanto la población como la base contributiva del nuevo Estado, el gran príncipe Vladímir impuso el traslado forzoso de comunidades eslavas enteras desde los bosques del norte a las regiones del entorno de Kiev. Este fue el inicio de una larga tradición de desplazamientos masivos de población impuestos por el Estado ruso.[27]

El establecimiento del centro del poder en Kiev conllevó dos cambios de importancia para los rus'. En primer lugar, su actividad principal, anteriormente el comercio a larga distancia, pasó a centrarse en la recaudación de tributos, ocupación en la que habían visto prosperar a los jázaros. Los territorios que antes controlaba el kanato pasaron a estar

sometidos a tributación por parte de Kiev, que construyó fortificaciones y ciudades para asegurar su dominio sobre la estepa occidental. En segundo lugar, el flujo principal del comercio se desplazó desde el Volga y el mundo musulmán hacia el Dniéper y Bizancio. Este giro hacia el sur quedó consolidado por una serie de tratados comerciales entre la Rus de Kiev y el Imperio bizantino, cada uno de ellos precedido de un ataque de los rus' a Constantinopla con el objetivo de obligar a los bizantinos a abrir sus mercados y mejorar los términos del intercambio. En el primero de estos tratados, del año 911, se hacían generosas concesiones a los comerciantes rus'.

A través del comercio y la diplomacia los paganos rus' fueron siendo atraídos hacia la civilización cristiana del Imperio bizantino. El camino lo inició la princesa Olga, que reinó como regente de la Rus de Kiev entre el 945 y el 960. Se hizo bautizar en Constantinopla, donde cimentó una alianza militar con el emperador mediante la adopción del mismo nombre que la emperatriz reinante, Helena (Yelena en ruso). Su hijo Sviatoslav siguió siendo pagano, pero su nieto, el gran príncipe Vladímir, no solo se unió a la Iglesia ortodoxa oriental en el 988, sino que convirtió asimismo a todo el reino.

Según la *Crónica de Néstor*, la conversión de Vladímir fue resultado de una búsqueda de la fe verdadera. Cuenta la historia que lo visitaron distintos representantes de los estados vecinos, cada uno de ellos con el deseo de convertirlo a su religión. En primer lugar, se presentó el enviado islámico de los búlgaros del Volga, que intentó seducir a Vladímir prometiéndole la satisfacción carnal en el más allá (según la leyenda, aquel hombre tenía ochocientas esposas), pero lo desanimó por completo con la prohibición musulmana de beber alcohol («Beber es la alegría de los rus'; no podemos vivir sin ello», declaró el príncipe). Después comparecieron los «germanos», emisarios papales, y, seguidamente, una delegación jázara de rabinos (los líderes jázaros habían abrazado el judaísmo durante el siglo IX). Ninguno de ellos impresionó demasiado a Vladímir. Por último, llegaron los bizantinos. Sus argumentos lo persuadieron para enviar una misión cuya finalidad era observar las diversas religiones en su propio contexto. Entre los búlgaros del Volga encontraron «solo pesar y un terrible hedor». Entre los «germanos», «belleza no vimos ninguna». Sin embargo, en lo que

respecta a Santa Sofía de Constantinopla, «no sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra», dijeron sobre la liturgia de la basílica, «pues no existe en la tierra semejante espectáculo ni semejante belleza; no sabemos cómo describirlo. Solo sabemos que allí Dios está entre los hombres. Pues nosotros no podemos olvidar aquella belleza».[28]

Como ocurre con el resto de la *Crónica de Néstor*, la historia es apócrifa. La conversión de Vladímir tuvo más que ver con la diplomacia y las artes del estadista que con la estética de los ritos religiosos. Dotarse de una religión unificadora podía contribuir a la legitimación del Estado de Kiev y a la ampliación de su autoridad a lo largo y ancho de un territorio multiétnico en el que diversas creencias y cultos paganos se oponían al gobierno del príncipe. El hecho de que ya existieran traducciones de sus textos al eslavo eclesiástico otorgaba a los cristianos ortodoxos una clara ventaja sobre otras religiones cuyos escritos no estaban aún en eslavo, pues les permitía difundir sus enseñanzas en un área extensa. El factor clave fue la obra de los hermanos Cirilo y Metodio, misioneros del siglo IX enviados por el emperador bizantino para difundir el cristianismo entre los eslavos. Habían reescrito los Evangelios griegos en el alfabeto glagolítico (una versión temprana del cirílico, llamado así en honor a Cirilo por sus seguidores), lo que les daba la posibilidad de celebrar el servicio cristiano en lengua eslava en vez de en griego, idioma que la población no entendía.[29]

En este punto de la *Crónica de Néstor* se nos dice que la conversión de Vladímir tuvo lugar en Crimea, adonde había acudido con seis mil de sus guerreros para sofocar una rebelión contra el emperador bizantino Basilio II. En recompensa por sus servicios le sería entregada la mano de la hermana del emperador, Ana, cuando se convirtiera al cristianismo. Según informa la *Crónica*, una vez sofocada la revuelta Vladímir tuvo que amenazar con lanzar un ataque sobre Constantinopla para que Basilio cumpliera su parte del trato y el matrimonio se confirmara. Si bien es posible que todo esto no sea más que una leyenda, un relato elaborado más tarde por los monjes de Kiev para representar a Vladímir y, por tanto, a la Rus de Kiev a la par de Bizancio, en vez de como un Estado vasallo. Es igualmente probable que Vladímir sofocara el levantamiento ejerciendo como agente de los bizantinos y que, como tal, fuese obligado a convertirse

antes de su partida hacia Crimea.[30] En vez del acto de autodeterminación que hoy celebran los estados ruso y ucraniano contemporáneos, puede que la conversión de Vladímir a la Iglesia oriental fuera una declaración del sometimiento de su reino al Imperio bizantino.

La conversión de Vladímir llevó a Rusia hacia la órbita cultural de Bizancio. Esto supuso una revolución, no solo para la vida espiritual del país, sino también para su arte, su arquitectura, su literatura, su filosofía, su lenguaje simbólico y su concepto del Estado.

Bizancio era una cultura universal, una *commonwealth*, si adoptamos el término de uno de sus grandes investigadores, el anglorruso Dmitri Obolensky. Sus pueblos se mantenían unidos por el simbólico poder dual que ejercían el emperador (el *basileus* en griego o *zar* en eslavo eclesiástico) y el patriarca ecuménico de Constantinopla, que nombraba al arzobispo metropolitano de Kiev, dirigente de la Iglesia rusa.[31] El papel de Bizancio era, así, similar al que desempeñaba Roma para el Occidente latino. Igual que los latinos veían a Roma como el centro de su civilización, los rusos veían a Constantinopla (a la que llamaron Tsargrad, la «ciudad imperial») como su capital espiritual.

Por medio de Bizancio, los rusos quedaban conectados con los griegos, los búlgaros, los serbios, los albaneses y los rumanos, afiliados todos ellos a la Iglesia ortodoxa oriental. Y, a través de los vínculos más amplios de esta con la cristiandad, estrecharon también su contacto con Europa y tomaron conciencia de sí mismos como europeos pertenecientes a una fe común. Tal como explica Obolensky, «Bizancio no era una muralla que se alzaba entre Rusia y Occidente: era la puerta por la que Rusia entraba en Europa».[32]

Aunque quien convirtió a los rus’ al cristianismo fue Vladímir, quien levantó la mayor parte de sus primeras grandes iglesias fue su hijo Yaroslav, gran príncipe de Kiev entre 1019 y 1054. Después de luchar por el trono contra sus hermanos, Yaroslav había llegado a entender que la construcción de nuevos templos acrecentaría su prestigio y aseguraría la base de su poder en Kiev. La más importante de ellas fue la iglesia de Santa Sofía, fielmente inspirada en la Santa Sofía de Constantinopla, con su sencilla planta de cruz inscrita, sus epígrafes griegos, sus frescos monumentales y sus coloridos mosaicos, dominada por el rostro enorme y solemne del Cristo pantocrátor

que nos contempla desde el cielo de la cúpula central. Debajo de su figura se encuentran los mosaicos de los apóstoles, la madre de Dios y la eucaristía, las tres vías por las que el Espíritu Santo ha descendido a la tierra, simbolizando la encarnación de Cristo en la naturaleza.

Al igual que en otras iglesias rusas, en Santa Sofía había una hilera de iconos en un panel de poca altura que se situaba entre el altar y los fieles. Posteriormente, este fue sustituido por una elevada pared plagada de iconos, el iconostasio, cuya belleza visual es de central importancia para la Iglesia ortodoxa. Para los ortodoxos, ver es creer. Los rusos rezan con los ojos abiertos y la mirada fija en un icono que opera como una ventana a la esfera divina.[33] El icono es el punto en el que se enfoca el sentimiento espiritual de los creyentes; un objeto sagrado que tiene la capacidad de hacer milagros. Los iconos lloran y producen mirra; se pierden y reaparecen, intervienen en acontecimientos que los guían por caminos divinos. En Rusia no solo las pinturas tenían ese estatus; también podían ser iconos las tallas de madera, los mosaicos e incluso las edificaciones.[34] En contraste con la mentalidad cristiana occidental, para la que el ámbito de lo divino existía solo en los cielos, en Rusia lo divino era inmanente a la existencia mundana. Ahí subyacen las raíces de la conciencia utópica que yacían en el corazón de la religión campesina rusa: la fe en la certeza de estar construyendo el cielo en esta tierra, y específicamente en suelo ruso, según el mito cristiano primitivo de la santa Rusia, una nueva tierra de salvación en la que reaparecerá Cristo.

Los iconos llegaron a Rusia desde Bizancio. Al principio, los pintaban artistas griegos y mantenían un estilo austero típicamente heleno. El estilo ruso más característico no empezó a hacer aparición hasta el siglo XIII. Esta forma nativa se distinguía por la sencilla armonía entre la línea y el color, así como por la elegancia del trazo y un hábil empleo de la perspectiva inversa (en la que las líneas parecen converger en un punto situado delante de la imagen) para atraer al observador y guiarlo en sus oraciones, simbolizando la forma en la que la acción sagrada del icono se desarrolla en una esfera más allá de las leyes normales de la existencia.[35]

En la literatura puede observarse también una transición similar hacia las formas rusas nativas. En Rusia, el eslavo eclesiástico se convirtió en la base de una lengua literaria. Basado en el dialecto eslavo del sur que se hablaba

en Tesalónica —donde habían vivido Cirilo y Metodio—, el eslavo eclesiástico seguía la sintaxis griega, influencia que permeó al ruso. Pero la influencia helena no llegó a ser del todo dominante. En la *Crónica de Néstor* se observa una ideología netamente rusa.

El núcleo de la crónica lo ocupa un mito que llegaría a desempeñar un papel central en la conciencia política rusa. En su base está la naturaleza sagrada del príncipe que muere como mártir por la «santa tierra rusa». Podemos rastrear los orígenes de esta idea hasta el culto de Borís y Gleb, los primeros santos de la Iglesia rusa. Ambos hermanos murieron en las guerras dinásticas que siguieron a la muerte de su padre, Vladímir, en 1015, pero sus hagiógrafos, empezando por Néstor en su *Primera crónica eslava*, los presentan como unos beatos «portadores de la pasión» (*estrastoterpsia*) que entregaron voluntariamente sus vidas por la salvación de la tierra rusa, tal como había hecho Cristo por Palestina. La Iglesia veneraba aquel sacrificio como la forja de una alianza entre Dios y la recién bautizada Rus, una nueva *Terra Sancta*, que quedaba así dotada de una gracia especial (los orígenes de la «santa Rus» y la «santa tierra rusa»). Se construyeron iglesias en honor de Borís y Gleb, ambos santos eran venerados mediante iconos y dieron su nombre a monasterios y ciudades (y mucho más tarde se lo darían también a regimientos de dragones zaristas, y a bases aéreas y submarinos soviéticos). A partir de la adoración de estos «príncipes beatos», empezó a desarrollarse en Rusia el culto al santo príncipe o al santo gobernante (igual que el culto a los héroes caídos de la revolución, que también fueron venerados como «santos del pueblo» durante 1917).[36] Hasta el siglo XVIII se crearon ochocientos santos rusos, de los cuales, más de un centenar habían sido príncipes o princesas.[37] Ningún otro país del mundo ha convertido en santos a tantos de sus gobernantes. En ningún otro lugar se ha sacralizado tanto el poder.

El cristianismo tardó en extenderse por la Rus de Kiev. El paganismo permaneció profundamente arraigado en el campo y en numerosas aldeas aun mucho después de la conversión de Vladímir. En el año 1071, cuando el clero llegó hasta Nóvgorod y arrojó los ídolos paganos al río Vóljov, se produjo una rebelión popular. El levantamiento fue reprimido y se construyó una iglesia de madera en honor a santa Sofía; pero solo muy

lentamente fueron los novgorodenses sustituyendo los amuletos que usaban para protegerse de los malos espíritus por crucifijos e iconos.

Los ídolos paganos no eran dioses en el sentido griego, sino fuerzas naturales y espíritus que se manifestaban en la vida cotidiana de la gente común. Estaban Perún, dios del rayo y el trueno; Vlas, protector de los rebaños; Rozhanitsa, diosa de la fertilidad; Mokosh, diosa de la tierra (reencarnada más tarde como la Madre Rusia), o Dazhbog y Jors, ambos dioses del sol. Con la llegada del cristianismo todos estos dioses no desaparecieron, sino que se incorporaron al nuevo sistema de creencias y rituales. Con frecuencia, la religión cristiano-pagana de los campesinos combinaba los santos y las deidades naturales. A Poludnitsa, la antigua diosa pagana de las cosechas, se la adorada colocando una gavilla de centeno detrás de un icono; Vlas se transformó en san Blas, y Perún se convirtió en san Elías. La cristianización de las deidades paganas fue practicada por la propia Iglesia ortodoxa. En el corazón de la espiritualidad rusa reside un énfasis particular en la maternidad que nunca llegó a arraigar realmente en el Occidente latino. Si la tradición católica subrayaba la pureza de la Virgen, la rusa enfatizaba su divina maternidad (la *bogoroditsa*). Esto queda reflejado en la forma en que los iconos rusos tienden a representarla con la cara apoyada contra la cabeza del niño, en señal de devoción maternal. Bien puede tratarse de un esfuerzo consciente por parte de la Iglesia por suplantar los cultos paganos de la maternidad de Rozhanitsa y Mokosh.[38]

Esta «fe dual» (*dvoeverie*) queda más claramente reflejada en los ritos funerarios de los rusos durante la época medieval. En la región del Alto Volga, por ejemplo, los arqueólogos han excavado montículos funerarios o túmulos —un antiguo método pagano de enterramiento— del siglo XIII en los que se había enterrado a los muertos tanto con amuletos paganos como con artefactos cristianos como cruces e iconos.[39] Los rituales paganos continuaron practicándose en las zonas rurales de Rusia durante siglos, tanto que los etnógrafos soviéticos encontraron rastros de su presencia en la década de 1920, y hay lugares en el norte del país donde pueden encontrarse aún hoy.

Desde el comienzo de su reinado, el gran príncipe Vladímir puso a sus hijos a cargo del gobierno de diversos principados dentro de su reino. Cada uno de los príncipes contaba con un ejército o *druzhina* de unos pocos miles de jinetes comandados por unos guerreros, conocidos como «boyardos», que recibían parte de las tierras del príncipe. Estos terratenientes llegaron a desempeñar un importante papel de liderazgo en las tareas de gobierno a través de un Consejo de Boyardos que asesoraba al príncipe, y, en última instancia, los clanes principales llegaron a formar algo así como una oligarquía. Se encargaban de la recaudación de los tributos, del reclutamiento militar y de impartir justicia en las provincias. Los boyardos eran hombres castrenses y se ausentaban frecuentemente durante las campañas; no se interesaban demasiado por sus tierras, cuyo cultivo se permitía a los campesinos a cambio de un pago en mano de obra o en especie. La tierra era abundante, pero la mano de obra, escasa; ese era el hecho básico de la economía señorial que garantizó el acceso de los campesinos a la tierra y su libertad de movimiento, hasta la imposición de la servidumbre a partir del siglo XVI.

Cuando morían el soberano o alguno de sus hijos, se producía una reorganización de los principados, que pasaban a manos de los parientes restantes. El trono del gran príncipe no solía legarse de padre a hijo, sino de hermano mayor a hermano menor (normalmente hasta el cuarto hermano), y solo después pasaba a la siguiente generación. Cuando el mayor ocupaba el trono de Kiev, todos los demás ascendían al principado que se encontrara en el siguiente peldaño de la escala. Se trataba de un sistema de sucesión colateral de cuya presencia no hay rastros en ningún otro lugar de Europa.[40]

Puesto que no existían reglas claras de primogenitura, las disputas familiares constituyeron una importante fuente de inestabilidad durante el siglo XI. Hasta el Consejo de Liúbech, en 1097, no llegaron finalmente a acordarse una serie de principios, y fue así tan solo porque los príncipes consideraron que mantener la unidad era esencial para defender sus reinos contra la amenaza externa de los polovtsianos y otras tribus guerreras. El consejo confirmó que todos los príncipes hermanos tenían la responsabilidad colectiva de defender la Rus de Kiev. Pero, por lo demás, sus principados se convirtieron en dominios patrimoniales (los *otchiny*),

gobernados como una extensión de sus propiedades domésticas y patrimonio exclusivo de su rama particular de la dinastía. Únicamente el trono de Kiev permaneció sujeto a la sucesión colateral, el principio de traspaso del poder de un hermano a otro, de mayor a menor.

La Rus de Kiev era más una laxa federación dinástica de principados que un reino en sentido europeo. Su principio constitutivo era el parentesco, no la realeza. El gran príncipe no era lo mismo que un rey, sino el *primus inter pares*, un representante de la unidad. Más allá de la propia Kiev, en los principados, su autoridad era limitada. Se trataba de un Estado policéntrico, en el que todos los príncipes eran, en teoría, iguales, aunque a medida que algunos principados alcanzaban más éxito que otros fueron surgiendo, también, jerarquías. Nóvgorod emergió como una creciente potencia económica y posible rival de Kiev gracias a su acceso al mar Báltico y a su floreciente comercio con los germanos de la Liga Hanseática y con Europa. Situado en el lago Ilmen, una importante vía fluvial, Nóvgorod era el principal punto de tránsito para el comercio fluvial este-oeste. Su riqueza aumentó a partir del cobro de tributos sobre las pieles y los esclavos que iban desde el norte de Rusia hacia el oeste y de la imposición de tasas sobre los tejidos, la lana, la sal y los artículos de metal que iban en la dirección contraria. Volodímir, Súzdal, Riazán, Pólotsk, Smolensk, Chernígov, Gálich y Volodímir-Volinski surgieron como centros económicos independientes durante el siglo XI.

Mucho se ha hablado sobre estas tendencias separatistas. Se les ha echado la culpa de la desunión de la Rus de Kiev que, supuestamente, llevó a su destrucción a manos de los mongoles a principios del siglo XIII. Muchos historiadores han afirmado que Kiev había entrado en declive ya antes de la invasión mongola. Su razonamiento se basa en tres elementos fundamentales: los relatos acerca de las pequeñas guerras que existían entre los principados y las incursiones regulares de los polovtsianos; la idea de que el comercio por el Dniéper hacia Bizancio había decaído a partir de 1204, a raíz del ataque de la Cuarta Cruzada sobre Constantinopla, que provocó un desplazamiento del comercio del Dniéper hacia el oeste, y la suposición nacionalista de que un país europeo como la Rus de Kiev no habría podido caer ante los mongoles asiáticos de no haber sido por que se había debilitado ya antes desde dentro. Estos argumentos no cuadran. El

crecimiento de centros prósperos como Nóvgorod no es una señal del debilitamiento de la Rus de Kiev, sino de su prosperidad regional.[41] Fue precisamente la riqueza de estas ciudades comerciales lo que contribuyó a que mantuvieran una mayor independencia del centro político. La Rus de Kiev fue víctima de su propio éxito.

Todos los indicios señalan la existencia de una economía y una cultura boyantes durante el siglo XII. En las principales ciudades, la piedra estaba sustituyendo a la madera en la construcción de las iglesias y catedrales. Se fundaron monasterios. Los oficios y la artesanía de Kiev florecían, a juzgar por la gran cantidad de piezas de alfarería vidriada, teselas de cerámica, cristalería, joyería, hebillas de metal y telares que han hallado los arqueólogos. Los manuscritos de corteza de abedul (grabados en el interior de la corteza del árbol) sugieren la existencia de una vida urbana próspera y de una alfabetización generalizada en ciudades como Nóvgorod, donde estos fragmentos se han conservado mejor debido a su suelo barroso. Nada indica que ninguna de aquellas ciudades estuviera en decadencia antes de la invasión de los mongoles. A principios del siglo XIII, Kiev tenía una población de cuarenta mil personas, mayor que la de Londres y no muy inferior a la de París.[42]

Se estaban desarrollando también vínculos con Europa. En Nóvgorod, que tenía una frecuente relación con ella a través del comercio, se han encontrado cantidades mucho mayores de monedas anglosajonas y alemanas datadas en el siglo XII que de cualquier otro siglo anterior. Kiev estaba cada vez más conectada con las dinastías europeas por medio de matrimonios: Vladímir Monómaco estaba casado con la hija del rey inglés Haroldo, muerto en la batalla de Hastings en 1066; su hijo, con la hija del rey de Suecia, y su nieto, con la hija del príncipe de Serbia.

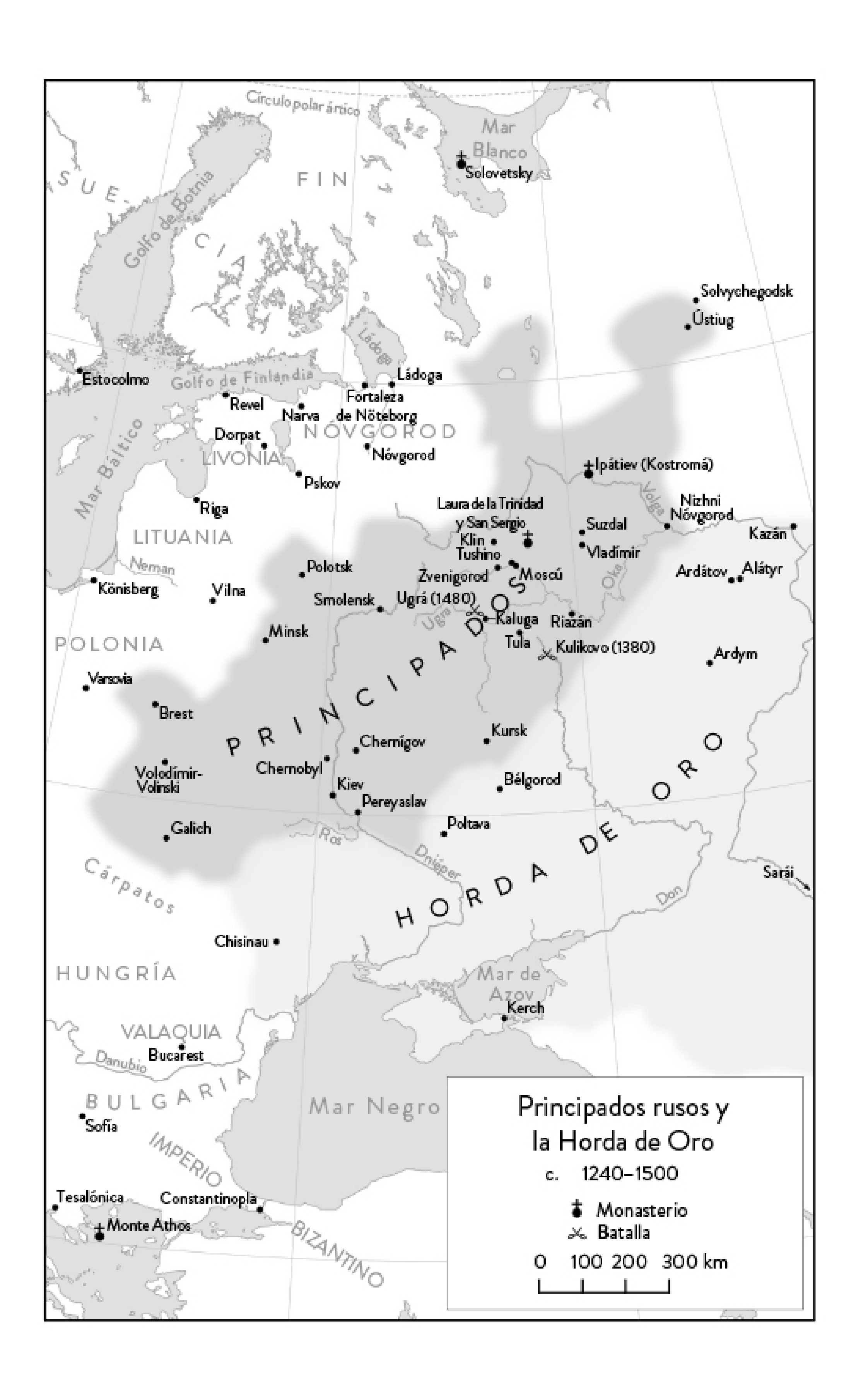
Políticamente, la Rus de Kiev estaba alineada con Europa. Los derechos de propiedad sobre la tierra que mantenía la clase boyarda le otorgaban el potencial de convertirse en una aristocracia independiente y un contrapeso al poder de la Corona. La *veche*, o asamblea del pueblo, tenía un núcleo democrático, pues a los hombres libres se les permitía hablar y votar sobre nombramientos civiles, leyes e impuestos autóctonos, e incluso sobre cuestiones de guerra y paz. La *veche* fue particularmente poderosa en Nóvgorod, donde a partir de 1126 se encargó de elegir al gobernante de la

ciudad o *posadnik*, anteriormente designado por el príncipe. El *posadnik*, una vez elegido, actuaba como un control del poder monárquico. Diez años después, la ciudad obtuvo también el derecho de elegir a su príncipe y de definir los poderes de este mediante un contrato cuya redacción era potestad de la *veche*. Se trataba de una ciudad Estado similar a Venecia o a otras urbes con estatus de república en las que el gobernante era elegido y sus poderes, controlados por un consejo, formado por los varones distinguidos de la ciudad. El potencial democrático de Nóvgorod encendería después la imaginación de las futuras generaciones de Rusia. En el siglo XIX, las libertades perdidas de la ciudad sirvieron de fuente de inspiración para republicanos y demócratas.

¿Cómo enlaza el periodo de la Rus de Kiev con el resto de la historia rusa? ¿Existe algún sentido significativo en el que la Rusia contemporánea pueda reclamarlo como momento fundacional de su nación, tal como hizo Putin en la inauguración del monumento al gran príncipe Vladímir? La historiografía rusa ha dado por sentado que Moscovia fue la sucesora del Estado de Kiev. Esta suposición se arraiga en los escritos de los eclesiásticos e ideólogos imperiales moscovitas de finales del siglo XV. Tras la captura de Constantinopla por los turcos en 1453, habían defendido el derecho de Moscú a heredar la autoridad del Imperio bizantino, incluidos todos los territorios de la Rus de Kiev. Pero aquella defensa estaba construida sobre un mito, una historia de sucesión armada para sustentar las pretensiones imperiales del zar de Moscovia. En realidad, políticamente, Moscovia era diferente de la Rus de Kiev. Doscientos cincuenta años de ocupación mongola habían dado lugar a una secesión fundamental entre ambas.

El legado más perdurable de la Rus de Kiev estaba en la religión y la esfera cultural, en las que Bizancio marcó para siempre a la civilización rusa. Algunas de las ideas fundamentales que darían forma al curso de la historia del país —la idea de la Santa Rus, el estatus sagrado de la monarquía, el principio del poder oligárquico— se remontan a la herencia bizantina. Pero es absurdo afirmar que la Rus de Kiev fue el lugar de nacimiento de los modernos estados ruso o ucraniano. Tal vez, en última instancia, deberíamos contemplar a la Rus de Kiev como parte de la «historia antigua» de Rusia, un periodo que mantiene una relación con su

historia posterior en el mismo sentido que el Wessex anglosajón es parte de la historia inglesa o la Galia merovingia tiene un vínculo con la Francia moderna, es decir, como la fuente de la religión del país, de su lengua y de sus formas artísticas. El resto de la herencia de la Rus de Kiev se ha perdido para Rusia.



Círculo polar ártico
Mar Blanco
Solovetsky
SUECIA
FINLANDIA
Golfo de Botnia
Solvychegodsk
Ústiug
Ládoga
Estocolmo
Golfo de Finlandia
Ládoga
Fortaleza de Nöteborg
Revel
Narva
Dorpat
NÓVGOROD
LIVONIA
Nóvgorod
Mar Báltico
Pskov
Ipátiev (Kostromá)
Riga
Laura de la Trinidad y San Sergio
Volga
Nizhni Nóvgorod
Suzdal
Kazán
LITUANIA
Klin
Vladímir
Tushino
Neman
Polotsk
Moscú
Ardátov
Alátyr
Zvenigorod
Könisberg
Vilna
Oka
Smolensk
Ugrá (1480)
Ugra
Kaluga
Riazán
Minsk
Tula
Kulikovo (1380)
POLONIA
Ardym
Varsovia
Brest
PRINCIPADOS
Kursk
Chernígov
Volodímir-Volinski
Chernobyl
Kiev
Bélgorod
Pereyaslav
Poltava
Galich
Ros
Dniéper
HORDA DE ORO
Cárpatos
Saráі
Don
Chisinau
HUNGRÍA
Mar de Azov
Kerch
VALAQUIA
Bucarest
Danubio
BULGARIA
Mar Negro
Sofía
IMPERIO BIZANTINO
Tesalónica
Constantinopla
Monte Athos
Principados rusos y la Horda de Oro
c. 1240–1500
Monasterio
Batalla
0 100 200 300 km

2
EL IMPACTO MONGOL

En 1223 apareció un nuevo ejército en la estepa del sur. Sus jinetes invadieron velozmente las tierras polovtsianas, avanzaron hacia el oeste, derrotaron con mucha facilidad a una fuerza conjunta de los príncipes de la Rus a orillas del río Kalka, al norte del mar de Azov, y volvieron a retirarse al este con la misma rapidez. Llegaron y se marcharon con tal celeridad, y dejando a su paso un nivel tal de devastación que los rusos se quedaron estupefactos. «No sabemos ni de dónde llegaron ni adónde se fueron», registró un cronista. «Solo Dios lo sabe, porque él los lanzó sobre nosotros a causa de nuestros pecados».[43]

Aquellos misteriosos jinetes habían sido enviados en misión de reconocimiento por Gengis Kan, jefe de las tribus mongolas, cuyos ejércitos habían conquistado ya China, Asia Central y el Cáucaso. En 1237 volvieron a hacer aparición, esta vez en mucho mayor número, unos cincuenta mil guerreros. Y no eran solo mongoles, sino también polovtsianos y de otras tribus túrquicas que se habían incorporado a su ejército, bajo el mando de Batú Kan, nieto de Gengis Kan, muerto diez años antes. Lo que les impulsaba a avanzar hacia el oeste era la idea de construir un imperio mundial, el afán de controlar las rutas comerciales de Eurasia y la perspectiva de obtener el consiguiente botín de guerra. Los jinetes arrasaron Riazán, Súzdal, Vladímir y otras ciudades del norte de Rusia, y después se dirigieron hacia el sur y capturaron Kiev, el 6 de diciembre de 1240 —suceso que señaló el final de la Rus de Kiev—, para seguir su camino hacia el oeste, hasta las llanuras húngaras. Desde aquel lugar de reposo en el que podían alimentar a sus caballos, el ejército mongol estaba en buena posición para emprender la conquista de Europa, cuyos países desunidos tenían pocas posibilidades de resistir el ataque. Pero Occidente se salvó gracias a

la muerte del gran kan Ogodei, el hijo predilecto de Gengis Kan, en diciembre de 1241. Cuando Batú recibió la noticia, en la primavera siguiente, canceló la ofensiva occidental y llevó a su ejército de vuelta a Karakórum, capital del Imperio en la estepa de Mongolia, para reclamar la sucesión.[44]

En los relatos que hacen de la invasión de los mongoles, las crónicas rusas enfatizan invariablemente lo mucho que los rusos se vieron superados en número por sus conquistadores asiáticos. Aquella era la única forma en la que estaban dispuestos a explicar su derrota. Pero la victoria de los mongoles tuvo menos que ver con las cifras (los príncipes de Kiev disponían del doble de guerreros) que con la superioridad de la caballería mongola. Era el mejor ejército montado del mundo. Desde la más tierna infancia, sus jinetes estaban entrenados para poder cabalgar a gran velocidad y disparar con precisión un arco recurvo manteniéndose en posición semierecta sobre un estribo alto. Perfeccionaban sus habilidades mediante la caza, un importante medio de subsistencia en las sociedades nómadas que servía también para entrenar a los jóvenes en la exploración de nuevos territorios. Las migraciones estacionales que emprendían los clanes mongoles, en las que se desplazaban con el ganado a lo largo de miles de kilómetros, habían dotado a sus caballos y jinetes de una resistencia extraordinaria. Podían cabalgar durante días sin comida ni descanso, sin que los desalentaran ni el calor ni las heladas (el invierno ruso no suponía un obstáculo para ellos, pues los caballos estaban entrenados para buscar la hierba bajo la nieve que cubría los suelos, arañando la superficie con las pezuñas, como hacen los renos). De hecho, preferían luchar durante el invierno, cuando los ríos y los pantanos, que constituían el principal impedimento para el paso de los caballos, se encontraban helados. Su éxito en el campo de batalla se explicaba por las bien ejercitadas estrategias de flanqueo que empleaban los jinetes mongoles para rodear al enemigo —las cuales llevaban practicando toda la vida mediante el ejercicio de la caza—, antes de enviar la caballería pesada a que acabara con él a golpes de sables, lanzas, hachas de combate y lazos corredizos. Aunque la guerra de asedio era para ellos una novedad, habían copiado los diseños de las catapultas y arietes con los que se habían hecho durante la conquista de China, donde también habían aprendido a utilizar la pólvora en proyectiles incendiarios.[45] Las máquinas con las que contaban eran

demasiado potentes para las fortificaciones hechas de madera y tierra apisonada que los rusos habían construido para proteger sus ciudades.

El grado de destrucción consecuencia de la invasión fue inmenso, aunque no tan elevado como se afirmó en las crónicas posteriores, cuyas historias sobre las atrocidades cometidas por los mongoles formaban parte integral del relato religioso según el cual la santa Rusia había sido castigada con el azote de los infieles tátaros debido a sus pecados (los llamaron «tártaros», con una «r» de más, para asociarlos con el Tártaro, el nombre griego para el infierno). Tenemos el ejemplo de la primera población que saquearon los mongoles, Riazán, quienes se nos cuenta que «incendiaron esta santa ciudad con todas sus bellezas y riquezas», tal y como lo relata *El cuento de la destrucción de Riazán por Batú*. «Y las iglesias de Dios fueron destruidas, y mucha sangre derramada sobre los sagrados altares. Y no quedó un solo hombre vivo en la ciudad, pues todos murieron […]. Y tampoco quedaba nadie para llorar a los muertos».[46]

Aproximadamente dos tercios de las ciudades de la Rus de Kiev quedaron totalmente destruidas. Su población desapareció, muerta o esclavizada, o bien huyó a los bosques, donde los mongoles no entraban. Tal fue el número de artesanos capturados por estos que, durante los cincuenta años siguientes, en aquellas ciudades medio abandonadas no se construyeron prácticamente edificios de piedra ni de ladrillo.[47]

Batú Kan no sucedió al gran kan Ogodei sino que volvió a la estepa rusa unos años más tarde para establecer su propia dinastía, la Horda de Oro, para gobernar el sector occidental del Imperio mongol, desde los Urales hasta Bulgaria. El objetivo central de la Horda de Oro no era hacerse con el territorio forestal ruso (que para ellos no tenía ningún provecho), sino con las praderas de pastos de las estepas del sur y las rutas comerciales que conectaban Asia Central y Persia con su capital, Sarái, en el Bajo Volga, cerca del mar Caspio. Las ganancias que podían obtener los mongoles del comercio fluvial ruso con Europa eran relativamente pequeñas en comparación con la riqueza que ingresaban en sus arcas procedente de las rutas de la seda entre Samarcanda, Bagdad y el mar Negro. El comercio europeo no era suficiente como para justificar el gasto que suponía gobernar Rusia directamente. En vez de ello, los mongoles permanecieron en la estepa, donde sus caballos y su ganado podían pastar, y no se asentaron en la zona forestal, que gobernaban indirectamente desde Sarái. Recaudaban

tributos de las tierras rusas, sobre las que ejercían su dominio por medio de una red de funcionarios, los *baskaki*, apostados en posiciones estratégicas y acompañados de destacamentos militares, con los que organizaban feroces incursiones de castigo contra los núcleos de población que se hubiesen retrasado en el pago de las cuotas, lo que servía para establecer un ejemplo para los demás. Casi todos los años se producía algún ataque contra al menos una población rusa. Vladímir y Súzdal fueron saqueadas cinco veces cada una en el último cuarto del siglo XIII.[48]

Una de las primeras maniobras de Batú fue convocar a los príncipes rusos a Sarái para que juraran lealtad al kan mongol. Aquellos viajes se convirtieron en una práctica habitual, pues ningún príncipe podía gobernar sin una patente (la *yarlyk*) del kan. El príncipe estaba obligado a vestirse con ropa mongola y a someterse a un ritual que consistía en pasar entre las llamas y arrodillarse a los pies de su soberano para suplicar dicha patente. Si había más de un candidato, la *yarlyk* se entregaba al príncipe que prometiera una mayor cantidad de ingresos, ofreciera la mayor cantidad de soldados para el ejército mongol y diera más garantías de mantener el orden sobre su pueblo. Para fijar el tributo y el número de reclutas que debía aportar cada región, los mongoles recurrieron a la institución de los censos, práctica que habían aprendido de los chinos y cuya elaboración era supervisada por los *baskaki* y sus unidades militares. La práctica general de los mongoles era tomar una décima parte de todo, «hombres, muchachas y posesiones», según un misionero papal que pasó por Rusia de camino a Karakórum entre 1245 y 1246.[49]

Los príncipes y los boyardos rusos siguieron el sistema mongol y colaboraron en la realización de los censos para la recaudación de los impuestos. Resistirse a ello significaba desatar la destrucción. Su colaboración plantearía después algunas dificultades a los cronistas rusos, que relataron la historia de aquellos santos príncipes como unas víctimas indefensas de los infieles (casi todos los príncipes que murieron en combate contra los mongoles fueron posteriormente canonizados). El ejemplo más problemático es el de Alejandro Nevski, príncipe de Nóvgorod y Pskov. Debido al papel de liderazgo que desempeñó en la derrota de los suecos en el río Nevá (de donde recibió el nombre de Nevski) en 1240, Nevski era un héroe ruso. Dos años más tarde, derrotó a los caballeros teutones, los

cruzados alemanes, en una batalla sobre el helado lago Chud, cerca de Livonia, victoria que ocupa un lugar destacado en la conciencia nacional porque constituye el episodio central de *Alejandro Nevski* (1938), la gran película patriótica de Serguéi Eisenstein que, durante la guerra contra Hitler, vieron millones de personas en la Unión Soviética.

En 1252 Nevski viajó a Sarái, donde Batú Kan lo nombró gran príncipe de Vladímir, el más importante de los príncipes tras la caída de Kiev. Actuó como un leal servidor de los mongoles y reprimió las rebeliones contra los funcionarios del censo que tuvieron lugar en Nóvgorod y en otras ciudades. La colaboración de Nevski estuvo sin duda motivada por su desconfianza hacia Occidente, que consideraba una mayor amenaza para la Rusia ortodoxa que la Horda de Oro, donde, por lo general, imperaba la tolerancia religiosa. Reconocía a los mongoles como unos poderosos protectores del lucrativo comercio del norte de Rusia con las tribus germanas del Báltico y con Suecia. Pero la estrategia de *Realpolitik* de Nevski les ocasionó a los cronistas un serio problema, en particular después de que la Iglesia rusa lo canonizara en 1547, por cuanto, según la concepción de aquellos, Nevski se había confabulado con el infiel. Eludieron el problema presentando tal confabulación como un sacrificio imbuido de gracia —a imitación de la humildad de Cristo—, para salvar a la santa Rusia de un «zar del Este» conquistador, enviado por Dios para castigar a los rusos por sus pecados.[50] El sacrificio de Nevski alimentaría también el mito de Rusia como salvadora de la cristiandad. Al aplacar a los mongoles, había detenido su avance hacia el oeste.

También la Iglesia colaboró con la Horda de Oro. El kan la eximió del pago de tributos, protegió sus propiedades y prohibió la persecución de todos los cristianos, con la condición de que sus sacerdotes rezaran por él, lo que significaba que acataban su autoridad. Estas dispensas permitieron prosperar a la institución religiosa. Fue con los mongoles que consiguió hacer sus primeras incursiones auténticas en las zonas paganas rurales. Los campesinos acudieron masivamente a las tierras de la Iglesia, donde estaban exentos de los impuestos mongoles y de prestar el servicio militar. Fue en ese momento cuando la palabra más utilizada en ruso para referirse a un campesino cambió de *liudi*, un término genérico para «gente», a *krestianin*, derivado de *khristianin*, que significa «cristiano».[51] Los monasterios crecieron a medida que los terratenientes les fueron cediendo propiedades,

en la creencia de que ese gesto salvaría sus almas y los salvaría también a ellos mismos de los infieles. Durante el primer siglo de dominio mongol fueron fundados en torno a treinta monasterios, y cinco veces ese número durante el segundo.[52]

Una parte importante de aquel movimiento monástico estuvo impulsada por hombres de un profundo sentimiento religioso que se rebelaron contra las jerarquías mundanas de la Iglesia ortodoxa y que se asentaron en territorios deshabitados para llevar una vida ascética de oración y contemplación solitaria, estudio de los libros y trabajo manual. Tomaban como guía espiritual el hesicasmo de Bizancio, un misticismo contemplativo (del griego *hesychia*, que significa «quietud») que se basa en la idea de que el camino para llegar a Dios es llevar una vida de pobreza y oración bajo la guía de un hombre santo. El centro de este movimiento era el monte Athos, en el norte de Grecia, que había sido retiro monástico desde la era cristiana primitiva, y cuyos monjes ermitaños habían inspirado a algunos imitadores en Rusia. El más importante de ellos fue Sergio de Rádonezh, quien en 1337 fundó la iglesia de la Santísima Trinidad en Sérguiyev Posad, al nordeste de Moscú, que llegó a convertirse en una comunidad monástica poblada por sus seguidores (hoy se conoce como laura de la Trinidad y San Sergio y es el centro espiritual de la Iglesia rusa). A su muerte en 1392, los discípulos de Sergio ascendían a varios cientos de monjes, fundadores de nuevos monasterios, muchos de ellos en las remotas regiones del nordeste de Rusia, que fueron, así, colonizadas, pues los campesinos iban allá adonde los monjes los guiaban. Entre aquellos misioneros coloniales se encontraban Esteban de Perm, que llevó el cristianismo al pueblo komi, que luchó con ahínco para defender sus creencias animistas (cuando el pintor Kandinski visitó la remota región de Komi, en 1889, encontró que aquellas aún pervivían), y el anciano Zósimas, que llegó hasta el mar Blanco para fundar un monasterio en las islas Solovetski (convertido en prisión a partir de 1917, es hoy más conocido como el prototipo de los campos de trabajo del Gulag de Stalin).

Se produjo un florecimiento de las artes religiosas y en particular de la pintura iconográfica. En aquellos años de aislamiento con respecto a Bizancio, los pintores de iconos desarrollaron un estilo más típicamente ruso, que se caracterizaba por una mayor animación y plasticidad, así como por el empleo de colores más cálidos, líneas más simples y tonos más

suaves que los propios de la tradición griega que anteriormente habían seguido. Ese estilo alcanzó su máximo esplendor en los iconos pintados por Andréi Rubliov a principios del siglo XV. Ningún otro pintor de iconos igualó las cualidades poéticas de los trabajos de Rubliov: su elegante armonía y sentido del movimiento, esa transparencia de color que hace que las figuras sagradas parezcan estar iluminadas desde dentro. Un ejemplo destacado es la *Trinidad* que pintó para la iglesia de la Santísima Trinidad de Sérguiyev Posad entre 1408 y 1425.

El milagro del arte de Rubliov se produjo en la misma época en que Rusia salía de dos siglos de dominio mongol, y, en los recuentos posteriores que se han hecho sobre este periodo, se convirtió en la marca de la unidad espiritual de la nación. Lo que definía a los rusos, lo que constituía el foco de su espíritu de resistencia en aquel oscuro momento de su historia, era el cristianismo. Quizá los lectores recuerden la gloriosa escena final de la película *Andréi Rubliov* (1966), de Andréi Tarkovski, en la que un grupo de artesanos, liderados por el hijo huérfano de un fabricante de campanas, funde en una campana gigante para la ciudad de Vladímir, que había sido tantas veces saqueada por los mongoles. La primera vez que suena la campana, bajo la observación de una delegación de italianos, junto con el gran príncipe y la gente de la ciudad, constituye un momento de pura alegría, un símbolo de la forma en la que los rusos han sobrevivido gracias a su fuerza espiritual y su creatividad.

La conquista por los mongoles destruyó la Rus de Kiev y convirtió a sus príncipes en vasallos de la Horda de Oro. El liderazgo de Kiev fue reemplazado por el de Vladímir, cuyo gran príncipe era designado por el kan. Los contendientes viajaban hasta Sarái para jurar lealtad a la Horda de Oro y presentar su candidatura, igual que lo habían hecho con la patente de sus principados. El candidato elegido era acompañado por los embajadores del kan a Vladímir, donde lo instalaban en el trono.

Un siglo después de la invasión de los mongoles, la composición de los territorios que una vez habían constituido la Rus de Kiev había cambiado drásticamente, tanto que ni la Rusia moderna, ni Ucrania ni Bielorrusia pueden hacer reclamaciones generales sobre ellos. La Rus de Kiev quedó

partida en dos por la ocupación mongola, y cada una de esas mitades siguió un camino diferente en términos de desarrollo político. Los principados del sudoeste (Pólotsk, Vítebsk, Minsk, Chernígov, Kiev, Volinia y Gálich) se vieron atraídos a la órbita de Polonia y Lituania, lo que les ofreció protección contra los mongoles y un acceso continuo a Occidente. El desarrollo político de estas tierras sería más tarde modelado por la Mancomunidad de Polonia-Lituania, una monarquía constitucional con un rey electo y un Parlamento dominado por la nobleza terrateniente local, sistema que regiría en este territorio poliétnico desde el siglo XVI hasta el XVIII. La mitad nororiental (rusa) de la Rus de Kiev siguió un camino bastante distinto. Los seis principados conquistados por los mongoles (Moscú, Tver, Vladímir, Nóvgorod, Rostov-Súzdal y Riazán) se subdividieron en catorce feudos, infantazgos (conocidos como *appanages*), los cuales contaban con sus propios ejércitos y sistemas tributarios. En cada uno de estos dominios, se consideraba que el príncipe gobernante era el dueño del reino (y de toda la tierra y las personas que en ella había), en calidad de propiedad patrimonial. Estas tierras formarían el núcleo de Moscovia, donde, durante la ocupación mongola, se había impuesto la autocracia patrimonial como principio rector.

Este sistema de infantazgos se había iniciado en la Rus de Kiev, pero fue reforzado por los mongoles, quienes entendieron la ventaja de contar con unos principados pequeños y estables, encabezados a su vez por un gran príncipe radicado en Vladímir, que fuese fuerte pero complaciente. Tver y Moscú desempeñarían un papel clave. Tver era propiedad patrimonial de los descendientes de Yaroslav Yaroslávich, hermano menor de Alejandro Nevski, a quien había sucedido como gran príncipe de Vladímir en 1263. Moscú, por su parte, pertenecía a los herederos de Daniil Alexándrovich, llamados hoy los Daniílovich. Daniil Alexándrovich era el hijo menor de Nevski (contaba con solo dos años a la muerte de su padre) y se le entregó Moscú por ser (en aquel momento) la menos importante de todas sus tierras.

La primera mención de Moscú que aparece en las crónicas es de 1147. Entonces era tan solo una aldea en la frontera occidental del principado de Rostov-Súzdal. Para el momento de la conquista de los mongoles, había crecido en tamaño y se había fortificado. Pero no fue hasta la segunda mitad del siglo XIII cuando se convirtió en una potencia importante entre los

principados rusos. Con ese éxito tuvo que ver en parte la geografía. Ubicada sobre el río Moscú, que la conectaba con el Volga y el Oka, se encontraba en el corazón de la red fluvial rusa, lo que le permitió llegar a ser un próspero centro comercial. A su alrededor, densos bosques y pantanos formaban un sistema de defensa natural que constituía un gran atractivo para los campesinos que huían de los mongoles desde el este y el sur. A medida que Moscú fue creciendo tanto en población como en fuerza militar, se fue anexionando los principados del entorno. A mediados del siglo XIV, había llegado a ser tan rico que su príncipe, Iván Daniílovich, conocido popularmente como Kalitá («monedero»), compró otros territorios o les hizo préstamos que después le permitieron anexionárselos cuando estos no podían pagar la deuda contraída. Así comenzó un proceso que se conocería como la «reunión de las tierras rusas» por parte de Moscú.

El único rival serio para Moscú era Tver, que era dominio Yaroslavichi. Solo Tver y Moscú contaban con la base económica necesaria como para competir por el control del Gran Principado de Vladímir. Tver, igual que Moscú, también se veía favorecida por la geografía. Situada en el Volga, gracias a su red fluvial estaba bien conectada con las ciudades comerciales más importantes de la zona forestal rusa. Si bien contaba con pocas defensas naturales, su relativa lejanía de las fuerzas mongolas, junto con sus buenas comunicaciones, le permitió mantener a una población creciente durante el siglo posterior a la invasión.

A principios del siglo XIV, cuando se inició su rivalidad, la situación de Moscú y Tver estaba más o menos igualada. Pero para finales del siglo no había duda de que Moscú era la potencia superior, el único principado ruso capaz de desafiar a la Horda de Oro. ¿Cuáles fueron las razones de su victoria?

El resultado de aquella rivalidad estuvo decidido, en último término, por la Horda de Oro, cuyas políticas estaban guiadas por la regla del «divide y vencerás». Como el kan no deseaba que ni Tver ni Moscú llegaran a ser demasiado poderosas, respaldaba siempre a la más débil de las dos. Por lo tanto, para ganarse el favor de Sarái era más eficaz la diplomacia que la fuerza militar. En sus tratos con los mongoles, Iván Kalitá fue más astuto y se mostró más cobardemente sumiso que su rival, el príncipe Mijaíl de Tver, quien en 1317 lideró a su ciudad en una rebelión fallida contra una

fuerza conjunta de moscovitas y tártaros. Kalitá cultivó sus relaciones con Uzbeg Kan, que reinó desde 1313 hasta 1341. Viajó al menos cinco veces a Sarái, recaudó con diligencia los impuestos mongoles y dirigió su ejército contra aquellos principados que mostraran cualquier síntoma de rebelión contra la Horda de Oro. Tras reprimir un segundo levantamiento de Tver, en 1327, Kalitá fue ascendido por Uzbeg al título de gran príncipe de Vladímir, el poder ruso de más alto rango que podía ostentarse en las antiguas tierras de la Rus de Kiev. Cuando, en 1339, Kalitá logró sofocar un levantamiento en Smolensk, el kan lo recompensó sancionando legalmente su testamento y confiriendo la sucesión de sus hijos en el trono de Moscú.[53] En adelante, el cargo de gran príncipe de Vladímir lo ostentaron los Daniílovich, viniendo así a incorporarse al resto de las potestades que mantenía sobre Rusia el gran príncipe de Moscovia.

El creciente temor que sentían los mongoles ante Lituania fue también un importante factor de su apoyo a Moscú. A principios del siglo XIV, los lituanos estaban expandiendo de forma incesante su control sobre las antiguas tierras occidentales de la Rus de Kiev. Cuando no conseguían anexionárselas por presión o persuasión, los lituanos recurrían a la religión. Establecieron un arzobispo metropolitano propio para diferenciar los territorios occidentales del resto de la Rusia ortodoxa. En la década de 1330, Smolensk, Nóvgorod y Tver estaban muy cerca de unir su suerte a la de Lituania; Moscú intentaba controlarlas mediante amenazas militares, y los mongoles, por su parte, se veían ante el peligro de que, en su frontera occidental, apareciera un nuevo Estado con el poder suficiente como para socavar su dominio sobre las tierras rusas. La mejor política del kan fue aumentar el poder de Moscú para que opusiera resistencia a los lituanos, una estrategia que demostró tener éxito. Nóvgorod fue devuelto al redil de Moscú; Tver se desintegró en diversos feudos boyardos enfrentados en guerras, y Smolensk fue anexionado por Moscú en 1352.

A medida que el poder de Moscú crecía, los mongoles intentaron contenerlo, recurriendo de nuevo a la estrategia del «divide y vencerás». En el oeste alentaron su crecimiento como un Estado tapón frente a Polonia y Lituania, pero en el norte y el este, donde el control de los mongoles dependía de la debilidad de Moscú, incitaron a los elementos antimoscotivas. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIII, era ya

demasiado tarde para que la Horda de Oro pudiera contener la ascensión de Moscú. La ciudad se había convertido en un importante centro comercial, gracias en gran parte a la protección de los mongoles y al fomento de las rutas comerciales internacionales a través de las vías fluviales de Moscú. Tan solo el comercio europeo que pasaba por Nóvgorod aportaba una gran riqueza a Moscovia, que se quedaba una buena parte de los impuestos que recaudaba para la Horda de Oro. Surgieron nuevas ciudades, se construyeron grandes iglesias de piedra y la artesanía y las industrias de Moscú experimentaron un renacimiento. Las primeras murallas e iglesias de piedra del Kremlin de la ciudad se construyeron durante esa época; en el caso de los muros, por orden del gran príncipe Dmitri en 1366-1367. Unos equipos colosales, mucho mayores que la mano de obra que cualquier gobernante europeo hubiera sido capaz de reunir para un proyecto de este tipo, llevaron hasta allí más de cincuenta mil metros cúbicos de piedra desde canteras lejanas. La construcción del Kremlin era un símbolo del poder de Moscú.

También fue el resultado de un nuevo acuerdo con la Iglesia, que se alió con la causa de Moscú como centro de poder nacional para liberar a los ortodoxos del dominio mongol. La alianza había comenzado en 1325, cuando Pedro II, metropolitano de Kiev y toda la Rus, trasladó su sede desde Vladímir a Moscú por petición de Iván Kalitá. Para señalar su llegada, Iván ordenó rápidamente la construcción de la catedral de la Dormición en el Kremlin, la primera iglesia de piedra dentro de sus murallas. Desde ese momento, Iván dotó a la Iglesia de grandes latifundios. Aquellas tierras se volvieron tan extensas que se redactó un contrato para definir las obligaciones del metropolitano hacia la dinastía gobernante. En términos prácticos, confirmaba su posición como vasallo del gran príncipe. [54]

La alianza de Moscú con la Iglesia se vio afianzada por la derrota militar que infligió sobre un numeroso ejército tártaro en 1380. Era la primera vez que una fuerza rusa lograba obtener una victoria contra los mongoles. El conflicto estuvo originado por las demandas de la Horda de Oro para que Moscú le pagara tributos. Mamái Kan había contado con que el gran príncipe Dmitri le enviaría unas rentas cada vez mayores. Pero, en aquel momento, los ingresos de Moscú se estaban resintiendo a causa de una disputa comercial entre Nóvgorod y sus socios occidentales. Las cosas

llegaron a un punto crítico en 1378, cuando Sarái fue atacado por un kan mongol rival, lo que obligó a Mamái a reforzar su ejército, en aquel momento diezmado por la peste, y exigir a Moscú un pago adicional. Se envió una fuerza mongola formada por treinta mil hombres para recoger el importe exigido. Dmitri reunió un ejército del mismo tamaño, marchó hacia el sur para encontrarse con los mongoles y los derrotó en Kulikovo, cerca del río Don. La victoria le valió su apodo, Dmitri Donskói, que significa «del Don».[55]

Para celebrar la victoria, la Iglesia de Moscú introdujo una festividad anual en el día de San Demetrio, el santo patrón del gran príncipe. A partir de ese momento, Kulikovo empezó a aparecer en los relatos de la historia nacional como el principio de la liberación de Rusia de los infieles tártaros y, después, como el momento de su «despertar nacional». Kulikovo sigue celebrándose aún en Rusia. Putin ha hecho con frecuencia referencia a ella como prueba de que, en el siglo XIV, Rusia era ya una gran potencia, la salvadora de Europa frente a la amenaza mongola. Esta idea de Rusia como la guardiana que protege a Europa de las «hordas asiáticas» se convirtió en parte de la mitología nacional a partir del siglo XVI, cuando Moscovia comenzó a mirarse a sí misma como una potencia europea en la estepa asiática. La idea alcanzó su apogeo con los poetas «escitas» de principios del siglo XX, entre ellos Alexánder Blok, quien reprochó a la ingrata Europa la falta de reconocimiento del hecho de que Rusia la había protegido de las tribus asiáticas:

Como esclavos, obedientes y aborrecidos,
fuimos el escudo entre las razas
de Europa y la rugiente horda mongola.[56]

Hoy, la victoria de Kulikovo ha quedado vinculada en la conciencia nacionalista a otros episodios históricos en los que, a pesar de que el sacrificio militar de Rusia salvó supuestamente a Occidente —por ejemplo, en 1812-1815 (contra Napoleón) o en 1941-1945—, ello no fue agradecido ni reconocido por sus aliados occidentales. El profundo rencor hacia Occidente que se siente en el país hunde sus raíces en este mito nacional.

Aunque Kulikovo demostró que los mongoles podían ser vencidos en el campo de batalla, su derrota no fue el final del dominio mongol. A pesar de

su victoria, Moscú sufrió enormes pérdidas. Dos años después, sus fuerzas estaban demasiado exhaustas como para poder defenderse cuando Toqtamish, el nuevo kan, envió a su ejército en venganza. Después de tres días de enfrentamientos, los mongoles saquearon la ciudad y mataron a la mitad de la población.[57] El estatus de Moscú quedó debilitado. Conscientes de su indefensión, los príncipes rusos se apresuraron a dirigirse a Sarái para jurar sumisión a la Horda de Oro.

Al mismo tiempo que lidiaban con el desafío de Moscú, los mongoles se vieron enfrentados a una nueva amenaza procedente del imperio que estaba emergiendo entonces en Asia Central, bajo el mando de Timur, más conocido como Tamerlán. El ejército de Timur había conquistado Persia y el Cáucaso y después se dispuso a destruir las principales bases comerciales de la Horda de Oro, lo que dio inicio a un lento pero definitivo declive. El debilitamiento de la Horda de Oro, sin embargo, no se debió tanto a las amenazas militares externas como a la peste negra, que brotó en la estepa de Asia Central a mediados del siglo XIV. Aquella pandemia convirtió las rutas comerciales en rutas de la peste, devastó la economía y acabó con, quizá, la mitad de la población de la Horda de Oro, que a lo largo del siglo siguiente se dividió en tres kanatos (Kazán, Crimea y Astracán). Ninguno de ellos tenía poder suficiente como para amenazar a Rusia del mismo modo que lo había hecho la Horda de Oro.

Moscovia siguió rindiendo vasallaje a los kanes hasta 1502. Sin embargo, mucho antes empezó ya a actuar como si fuera un Estado independiente. En 1480, en un intento por reafirmar su menguante autoridad, Ahmed Kan avanzó con su ejército sobre Moscú. Los moscovitas reunieron sus propias tropas y se encontraron con los mongoles en el río Ugrá, al sur de la ciudad, donde ambos bandos estuvieron frente a frente durante dos semanas sin que se disparara ni una sola flecha, los moscovitas en la orilla oeste y los tártaros en la opuesta. Finalmente, los mongoles se dieron la vuelta y se retiraron. Las crónicas rusas contarían la historia del «gran encuentro en el río Ugrá» como la del «derrocamiento del yugo tártaro», un evento de importancia histórica mundial. En realidad, fue un episodio relativamente menor, como muchos otros encuentros similares que habían tenido lugar en el pasado, distinto tan solo por el hecho de que sería el último.

Los mongoles permanecieron más de tres siglos en Rusia. No fue hasta la década de 1550 cuando los kanatos de Kazán y Astracán acabaron siendo derrotados definitivamente por Iván IV (el kanato de Crimea sobrevivió hasta 1783). ¿Qué impacto tuvieron aquellos siglos en el curso de la historia rusa?

En Rusia, se mantienen tres perspectivas principales. La mayoría de las interpretaciones presentan el impacto mongol como algo completamente negativo. Habría sido una época de sufrimiento y sacrificio, de humillaciones y opresión. Rusia languideció bajo el «yugo tártaro», que le impidió avanzar por la vía europea. En este relato, se culpa a los mongoles de todo aquello que contribuyó al retraso de Rusia. La dejaron aislada de Europa y de los avances culturales del Renacimiento. La sumieron en su «edad oscura» y aumentaron la rudeza de la forma de vida rusa en todos sus aspectos. El crítico literario Visarión Bielinski hizo una lista en 1841:

> La reclusión de las mujeres, el hábito de enterrar el dinero en el suelo y de vestir harapos por temor a revelar la propia riqueza, la usura, el asiatismo en las formas de vida, la pereza mental, la ignorancia, el desprecio de uno mismo, en una palabra, todo lo que Pedro el Grande estaba desarraigando, todo lo que en Rusia se oponía al europeísmo, todo lo que no nos era nativo sino que *nos fue injertado* por los tártaros [cursiva en el original].[58]

Un segundo punto de vista lo propusieron diversos eslavófilos, los nacionalistas del siglo XIX que se oponían a que Rusia siguiera el modelo occidental de desarrollo. Aunque aceptaban el impacto destructivo que habían tenido los mongoles en Rusia, consideraban que la ocupación mongola fue una época en la que se habían producido algunos desarrollos positivos para la posterior fundación del Estado ruso. En particular, el aislamiento de Rusia con respecto de Occidente le había permitido preservar su herencia bizantina, su antigua cultura eslava y su fe ortodoxa, al margen de las tendencias seculares e individualistas del humanismo renacentista europeo.

Una tercera opinión, la más común, consistía en negar que los mongoles hubieran llegado a tener influencia alguna: llegaron, aterrorizaron, saquearon y se fueron sin dejar rastro. Karamzín, por ejemplo, en su *Historia del Estado ruso*, no escribió una sola palabra sobre el legado cultural del dominio mongol. «¿Cómo podría», preguntaba, «un pueblo

civilizado haber aprendido algo de semejantes nómadas?». Esta sigue siendo la perspectiva dominante entre la intelectualidad europeizada, que ve a Rusia mirando hacia el oeste. «De Asia recibimos notablemente poco», escribió el reverenciado historiador Dmitri Lijachov en su libro *Cultura rusa* (2000). No tenía nada más que decir acerca de los mongoles ni de cualquier otra influencia oriental en la historia cultural de Rusia.[59]

Esta negación del legado mongol está arraigada en un sentimiento de humillación nacional por el hecho de que un país europeo como Rusia estuviera durante tanto tiempo sometido a la dominación de un imperio asiático, considerado por los rusos como culturalmente inferior. Este sentimiento puede rastrearse hasta las crónicas medievales, que hablan de los mongoles como saqueadores de Rusia (enviados por Dios para castigar a los rusos por sus pecados), pero no como sus conquistadores.[60] Los primeros historiadores de Rusia se basaron en gran medida en estas crónicas. Acomodados como estaban en los puntos de vista eurocéntricos de la Ilustración, apenas se interesaron por el Estado mongol ni por las relaciones rusomongolas, que tuvieron poco espacio en sus versiones de la historia. En *Historia de Rusia desde los primeros tiempos* (publicada en veintinueve volúmenes entre 1851 y 1879), el gran historiador Serguéi Soloviov descartaba siquiera la posibilidad de que hubiera existido «influencia mongola alguna en la administración interna de Rusia, porque no se observa ningún rastro de ella».[61] Vasili Kliuchevski, que había estudiado con Soloviov, apenas menciona a los mongoles en los cinco volúmenes de su *Historia de Rusia* (1904-1911), y prefiere explicar el desarrollo del país durante esa época exclusivamente en función de sus propias transformaciones internas y no a través de la influencia extranjera (regla que rompe a partir del siglo XVIII para hablar de la influencia europea).[62]

Solo a finales del siglo XIX, los arqueólogos, etnógrafos y orientalistas rusos empezaron a interesarse con seriedad por los mongoles y su influencia. Las excavaciones arqueológicas demostraron que Sarái no había sido un mero asentamiento de tiendas, como hasta entonces habían imaginado los rusos, sino una gran ciudad medieval de setenta y cinco mil habitantes con edificios de piedra, calles y sistemas hidráulicos bien diseñados, talleres artesanales y escuelas.[63] Los filólogos establecieron

los orígenes tártaros de muchas de las palabras rusas que se emplean en los ámbitos de la administración y las finanzas: *dengi* («dinero»), *kazna* («tesorería»), *tamozhna* («aranceles»), *barysh* («beneficio»), lo que indica que los mongoles sí tuvieron cierta influencia en estas esferas.

Muchas familias rusas tenían nombres tártaros. Algunas descendían de los mongoles que habían permanecido en Rusia y entrado al servicio de la corte de Moscú tras la disolución de la Horda de Oro. Según una estimación, 156 de las 915 familias nobles que estaban al servicio del zar en la década de 1680 eran tártaras o de otros orígenes asiáticos. No eran tantas como las familias lituanas y de Europa occidental, que formaban casi la mitad de la clase noble, pero la cifra real era probablemente mayor, pues muchos tártaros rusificaron sus nombres al ingresar en la nobleza. Entre ellos se encontraban algunos de los apellidos más famosos de la historia rusa: escritores (Karamzín, Chaadáyev, Turguénev, Bulgákov), compositores (Rimski-Kórsakov), zares (Borís Godunov) y revolucionarios (Bujarin).[64]

No fueron únicamente las élites las que se quedaron en Rusia al marcharse los mongoles. Lo que llamamos «la invasión mongola» fue en realidad una migración gradual de tribus nómadas. Llegaron en busca de nuevos pastos debido a la superpoblación de Mongolia. Las poblaciones de Uzbekistán y Kazajistán son principalmente de origen mongol, pero los nómadas también se asentaron más al oeste. Algunos abandonaron sus rebaños y se establecieron como campesinos en Rusia. Otros se hicieron artesanos, especializados en particular en actividades orientadas al ganado, ámbito en el que muchas de las palabras rusas básicas tienen origen tártaro: *loshad* («caballo»), *bazar* («mercado»), *bashmak* («zapato»), etcétera. Muchas ciudades en el sur de Rusia y las tierras del Volga lucen aún nombres tártaros, entre ellas Penza, Chembar, Ardym, Anybei, Ardátov y Alátyr.

Estos elementos profundamente asiáticos que están presentes en la cultura rusa fueron la preocupación principal de los eurasianistas, un diverso grupo de académicos emigrados que, a partir de 1917, se dispersaron por Europa y América. En su primera colección de ensayos, *Éxodo al Este* (1921), el príncipe Nikolái Trubetskói, filólogo, sostenía que, en el fondo, Rusia era una cultura esteparia y euroasiática formada por una mezcla multisecular de los rusos con los pueblos ugrofineses, los mongoles

y otras tribus de lenguas túrquicas. Las influencias bizantina y europea que habían modelado el Estado ruso y su alta cultura apenas se habían filtrado hacia abajo, hacia los estratos de la cultura popular rusa, su música, sus danzas, su sistema de creencias y su psicología, cuyo desarrollo tuvo más que ver con el contacto con Oriente. La música popular rusa derivaba de la escala pentatónica (de cinco tonos) que es común en la música asiática. También las danzas folclóricas, según Trubetskói, tenían muchos elementos en común con las del Este, del Cáucaso en especial. Allí, igual que en Rusia, los bailes no se ejecutaban en pareja, como en la tradición europea, sino en grupo, formando filas y círculos, y marcando los movimientos rítmicos tanto con las manos y los hombros como con los pies. Todas estas formas culturales eran, decía Trubetskói, expresiones de una «psique oriental» —la inclinación por la simetría abstracta, la tendencia a la contemplación y al fatalismo, la primacía de lo colectivo sobre los intereses individuales— que explicaba la naturaleza sagrada de la autoridad monárquica y que los rusos aceptasen someterse a ella.[65]

Entre los fundadores de la teoría eurasianista estaba George Vernadsky, un historiador emigrado que entonces era profesor en Praga pero que pronto se trasladó a Estados Unidos, donde se embarcó en el proyecto de escritura de su obra en seis volúmenes *Historia de Rusia* (1943-1969). Vernadsky presentaba la ocupación mongola como el punto de inflexión clave de la historia rusa, pues encaminó a Rusia hacia la autocracia, la servidumbre y la expansión imperial hacia Asia, si bien sus efectos no se harían manifiestos hasta más adelante, en un proceso que Vernadsky define como «influencia de acción retardada». Para derrocar a los mongoles, afirmaba, los rusos tuvieron que absorber numerosas características de su gobierno, como el sometimiento de la sociedad al servicio del Estado o el control de las tribus nómadas de la estepa mediante la conquista imperial. Como escribió en su libro *Los mongoles y Rusia* (1953): «La autocracia y la servidumbre fueron el precio que el pueblo ruso tuvo que pagar por la supervivencia nacional».[66]

La teoría de la influencia retardada de Vernadsky suscita algunas preguntas: ¿cómo hubieran podido los gobernantes de Rusia imitar unas instituciones que ya no existían? El vínculo que Vernadsky establece entre los mongoles y la introducción de la servidumbre resultan especialmente dudosos, ya que, si bien es posible que las primeras restricciones al

desplazamiento se impusieran a los campesinos durante el periodo mongol, las leyes que instituyeron la servidumbre no se aprobaron hasta 1649. Y un lapso de doscientos años supondría un «retardo» considerable del fenómeno. En cualquier caso, el análisis de Vernadsky ha fomentado una perspectiva más matizada sobre el impacto mongol que las mantenidas por los relatos acerca del «yugo tártaro».

En realidad, el impacto de los mongoles fue inmenso y en absoluto retardado. La adopción de las instituciones políticas mongolas se inició durante la primera mitad del siglo XIV. Los príncipes moscovitas hicieron frecuentes visitas a Sarái, donde tuvieron acceso a un conocimiento de primera mano de las prácticas administrativas de la Horda de Oro, muy superiores, en aquel momento, a cualquier cosa que hubiera podido desarrollarse en Rusia. Iván Kalitá adoptó la mayoría de los métodos de la Horda de Oro cuando reemplazó a los *baskaki* mongoles por sus propios funcionarios a cargo de la recaudación de tributos (conocidos como *danschiki*). El *tamga* mongol, una tasa aduanera, se convirtió en el impuesto comercial de Moscovia.

Uno de los mecanismos que empleaban los recaudadores de tributos rusos tenía el nombre de *krugovaya poruka*, que significa «corresponsabilidad». Era un método por el que un determinado pueblo o comunidad se hacía responsable colectivamente del pago de estos impuestos. Aunque había existido ya en la Rus de Kiev, el sistema salió muy fortalecido del periodo del dominio mongol. Los mongoles empleaban medios coercitivos tales como golpear con varas las espinillas de los deudores o tomar rehenes hasta que el pago del impuesto se hiciera efectivo. La *krugovaya poruka* sería utilizada también en siglos posteriores para obtener tributos —tanto por los funcionarios zaristas como (más coercitivamente) por los bolcheviques—, exprimiendo a una población que apenas podía pagarlos. Para distribuir de forma justa la carga de estos impuestos entre sus miembros y sus hogares, las comunidades desarrollaron una serie de instituciones de autogobierno, la *veche* en las ciudades y el *mir* o comuna campesina en las aldeas, que reforzaron estas prácticas colectivas.[67]

El periodo mongol dejó en Rusia algunos avances positivos. Su sistema de correos, por ejemplo, era el más rápido del mundo; contaba con una

vasta red de estaciones de relevo equipadas con caballos de refresco que permitían a los funcionarios llegar a todos los rincones del Imperio mongol a velocidades inauditas. Esta estructura se convirtió en la base del sistema moscovita que tanto impresionaría después a los extranjeros. Segismundo de Herberstein, enviado de los Habsburgo a principios del siglo XVI, quedó fascinado por la velocidad a la que funcionaba el correo en Moscovia. Una carta enviada desde Moscú podía llegar a Nóvgorod —un viaje de seiscientos sesenta kilómetros— en menos de tres días. En la Alemania del siglo XVI, la carta habría tardado el doble en recorrer esa misma distancia.[68]

El ejército de Moscú también experimentó mejoras a partir de su contacto con los mongoles, la fuerza montada más poderosa del mundo. Las milicias moscovitas le debían mucho al ejército mongol, desde sus tácticas de flanqueo en el campo de batalla hasta sus formaciones de caballería de gran movilidad, sus armaduras y sus armas. Richard Chancellor, un viajero inglés que visitó Moscovia en 1553, destacó que los jinetes rusos cabalgaban medio erguidos en un «estribo corto a la manera de los turcos». También señaló que, igual que los arqueros mongoles, los rusos vestían prendas de seda con su cota de malla. Creía que lo hacían como una exhibición de riqueza, pero no era esa la razón. Los rusos también habían aprendido de los mongoles que la punta dentada de las flechas no rasga la seda al entrar en el cuerpo, lo que significaba que la podían extraer sin agravar la herida.[69]

Económicamente, el impacto de los mongoles tampoco fue tan dañino como en un principio consideraron los cronistas rusos del «yugo tártaro». La Horda de Oro fue una poderosa protectora de las rutas comerciales internacionales de las que las ciudades de Rusia obtenían sus riquezas. Los ingresos procedentes del comercio y las tasas aduaneras fluyeron hacia las ciudades, que, una vez recuperadas de la devastación de la invasión mongola, fueron reconstruidas y revitalizadas gracias a ellos. Nóvgorod y Moscú se convirtieron en grandes ciudades prósperas, a la par, en cuanto a arquitectura y riqueza artística, con muchas otras de Europa.

El legado que ha dominado los debates históricos tiene que ver con el impacto que tuvieron los mongoles sobre la autocracia. Que el despotismo ruso tenía carácter asiático llegó a ser un tópico entre los intelectuales de

orientación occidentalizante. Alexánder Herzen, socialista del siglo XIX, comparó al represivo Nicolás I (que reinó entre 1825 y 1855) con un «Gengis Kan con telégrafo» y el bolchevique Nikolái Bujarin dijo de Stalin que era como un «Gengis Kan con teléfono».

La tradición autocrática rusa tiene muchas raíces, pero fue el legado mongol el que más contribuyó a afianzar la naturaleza básica de su política. A partir del siglo XVI, los primeros zares de Moscovia se inspiraron en la tradición imperial mongola y la adaptaron a sus propios fines. Empezando por Iván IV (el Terrible), los zares justificaron sus aspiraciones imperiales apelando no solo a su descendencia espiritual de Bizancio, sino también a la herencia territorial de Gengis Kan. El título de «zar» se aplicaba a ambos emperadores —el *basileus* bizantino y el kan de la Horda de Oro—, por lo que ambos se confundieron. Las imágenes rusas que representan al kan mongol lo muestran con las insignias del emperador bizantino. También existía confusión entre los términos rusos empleados para designar al «zar» y al «kan», que durante mucho tiempo fueron prácticamente intercambiables. Gengis Kan llegó incluso a convertirse en Gengis Zar.[70]

Cuando expulsaron a los kanes de Rusia y los sucedieron como zares, los príncipes de Moscú emularon su comportamiento. Los kanes habían exigido que todas las clases de la sociedad se sometieran completamente a su voluntad, principio que impusieron sin ninguna piedad y que los zares rusos perpetuaron. El poder despótico de los kanes conllevaba la idea de que toda la tierra era de su propiedad, idea que los mongoles habían tomado de los chinos. En el siglo XIV, esta ideología de la propiedad entró también en Moscovia y reforzó el principio patrimonial del poder de los príncipes, herencia de la Rus de Kiev. Más que en ningún otro momento anterior, el poder del Estado estaba investido en la persona del zar en tanto que señor o dueño soberano de la tierra. Al igual que los kanes mongoles, el gran príncipe reclamaba los dominios que gobernaba como su propiedad doméstica. Tenía la potestad de dar su tierra (junto con las obligaciones que los campesinos tenían hacia ella) a aquellos que le servían, y de quitársela si le disgustaban. Mientras que, con anterioridad, en la Rus de Kiev, los boyardos ejercían el pleno dominio de sus tierras y las conservaban si dejaban de estar al servicio del príncipe, en adelante se consideraría que la posesión de las tierras estaba condicionada a que se mantuvieran al servicio

de aquel. Cuando dejaban de estarlo, las perdían. Esta fue la flaqueza fundamental de la aristocracia rusa. Los clanes de boyardos más importantes, los que se encontraban más cerca de la corte de Moscú por matrimonio o por favor real, formaban una oligarquía dominante que en ocasiones, cuando el gran príncipe era débil, podía llegar a dirigir el Gobierno. Pero la riqueza y el poder que poseían emanaban de él. Los mantenían solo durante el tiempo que estuvieran bajo su protección. Se trataba de un sistema de dependencia del gobernante que ha permanecido hasta el día de hoy. Los oligarcas de Putin dependen totalmente de su voluntad.

Las estructuras sustentantes de esta autocracia patrimonial se erigieron también durante el periodo del dominio mongol. Una de ellas era el sistema de *mestnichestvo* (palabra que deriva de *mesto*, «lugar»), por el cual los príncipes y los clanes boyardos se clasificaban oficialmente no solo por su hoja de servicio, sino también según su relación genealógica con la familia gobernante. Debido a que la riqueza y el poder estaban vinculados al rango, los boyardos otorgaban una importancia inmensa a su posición en este sistema clasificatorio, que afectaba hasta a lo más nimio de sus vidas, como el lugar que ocupaban en la mesa durante los festejos (asunto de no poca importancia para ellos, que se ofendían rápidamente si se les ubicaba en un lugar inferior al que exigía su rango). Esta jerarquía era más estable que el sistema que había imperado en las cortes principescas de la Rus de Kiev, donde los clanes boyardos competían abiertamente por los puestos de poder, en un sistema que podía derivar en feroces luchas internas e incluso desencadenar una guerra civil. En la Moscovia posterior a los mongoles, el cargo de gran príncipe solo podían ocuparlo los Daniílovichi; las reglas de sucesión dinástica se sustituyeron por el sistema de primogenitura, y los boyardos más cercanos al trono ocuparon los altos rangos en la maquinaria estatal y el ejército. Era como el sistema mongol —en el que probablemente se inspiró—, donde solo los gengiskánidas, los descendientes directos de Gengis Kan, podían gobernar en posición de gran kan del imperio, y donde el orden de clasificación de los clanes mongoles estaba determinado por su relación con la familia gobernante.[71]

Otro elemento de esta naciente autocracia fue el sistema conocido como *kormlenie* («alimentación»), destinado a los funcionarios del país. La práctica tuvo sus orígenes en la Rus de Kiev, pero se generalizó durante el

periodo mongol. Puesto que el príncipe gobernante carecía de la moneda necesaria para pagar los salarios de sus funcionarios, les permitía «alimentarse» extrayendo bienes y dinero a la población que tenían bajo su control. Este sistema de «alimentación» era un medio fácil de enriquecimiento para los boyardos, que competían por meter el hocico en el comedero más grande. El abuso del cargo era tan corriente que, en los casos en los que la población protestaba ante el príncipe por la sobrealimentación de algún jefe de distrito y lograba que lo destituyeran, el sustituto podía ser aún peor. El sistema de la *kormlenie* se abolió formalmente en 1556, pero la práctica corrupta que contribuyó a legitimar entre los funcionarios locales se mantendría durante mucho más tiempo a través de otros medios (aceptando sobornos, extorsionando a la población, embolsándose los ingresos del Estado, etcétera). Ese es el origen de la corrupción que durante siglos ha devastado al Estado ruso, y, sin duda, del sistema oligárquico que hoy opera, en el que la única forma de enriquecerse es ser miembro de los más altos círculos de gobierno o gozar de su protección.

Donde el legado del dominio mongol fue más perdurable fue en el norte y el este de Rusia, la órbita de Moscovia. En el sur y el oeste, correspondientes a Ucrania y Bielorrusia, el dominio mongol fue más débil y desapareció antes, pues la mayoría de esos territorios fueron atraídos por Polonia o Lituania desde principios del siglo XIV. Hasta cierto punto, el hecho de estar más libres de la influencia mongola encarriló a las tierras de Kiev en una trayectoria histórica distinta a la de Moscovia. Las tierras de Kiev estuvieron más inclinadas hacia Occidente y menos expuestas a las instituciones de la autocracia patrimonial. Pero este contraste no fue tan marcado como para justificar las afirmaciones actuales de los nacionalistas ucranianos, a saber, que, debido al «yugo tártaro», Rusia se volvió asiática y despótica y su población, servil, mientras que los ucranianos fueron siempre amantes de la libertad y más «europeos», al no haber sido gobernados por los mongoles. Estas distinciones pertenecen al ámbito de la creación de los mitos nacionalistas, aunque, por supuesto, como muchos de ellos, contienen algunos elementos de verdad.

Los territorios rusos que estuvieron bajo el control de Moscovia emergieron fortalecidos, con sus habitantes encallecidos por la dura experiencia del dominio mongol, mejor equipados para sobrevivir a las

dificultades que les esperaban y más unidos en términos nacionales de lo que lo habían estado en épocas anteriores. Solo Moscú era capaz de liberarlos de los mongoles, de gobernar a todos los rusos en un solo Estado. Tal como lo expresó Karamzín, «Moscú debe su grandeza a los kanes».[72]

3
ZAR Y DIOS

El 16 de enero de 1547, Iván IV, gran príncipe de Moscú, se convirtió en el primer zar y autócrata de todas las Rusias. Iván el Terrible, como se lo conoce, tenía apenas dieciséis años cuando fue coronado en la catedral de la Dormición, la iglesia principal de Macario, metropolitano de Moscú y cabeza de la Iglesia rusa. La mayoría de los elementos rituales de la ceremonia habían sido inventados o adaptados de los bizantinos. Representaban un nuevo mito imperial acerca de Rusia y sus zares.

A su entrada a la catedral, iluminada por la luz de las velas, Iván fue recibido con una interpretación coral de la *mnogoletie* («larga vida») y una gran reunión de los más altos dignatarios. Ascendió los doce escalones hasta un estrado en el que, frente al alto iconostasio, se encontraban dos tronos, uno para Macario y otro para él mismo, como símbolo del ideal bizantino de la *symphonia* entre la Iglesia y el Estado en su gobierno de los dominios de Dios. Iván recitó la lista de sus antepasados, grandes príncipes de Moscú y de toda Rusia, y señaló su deseo de ser reconocido «con todos nuestros títulos antiguos». Macario lo coronó, lo bendijo con la cruz y lo sentó en el trono. En ese momento, Iván hizo una nueva solicitud, ser coronado zar «según nuestra antigua costumbre». Macario asintió y proclamó: «Queda así ungido y titulado como gran príncipe Iván Vasílevich, zar coronado por Dios y autócrata de la gran Rusia».[73] El clero entonó un cántico sagrado mientras Macario lo bendecía con la cruz, lo ungía con los óleos, le confería un carisma sagrado, le ponía un cetro en la mano y lo coronaba con el gorro de Monómaco, un casquete de oro adornado con piel de marta cibelina e incrustaciones de joyas y coronado por una cruz. Decía la leyenda que había sido obsequiado por el emperador bizantino Constantino IX Monómaco a su nieto Vladímir en su coronación

como gran príncipe de Kiev. El gorro simbolizaba el legítimo derecho del nuevo zar al título imperial de los bizantinos. En realidad, Vladímir tenía solo dos años cuando murió su abuelo y no sería coronado gran príncipe de Kiev hasta casi cincuenta años después. En cuanto al gorro, es casi seguro que no era bizantino sino procedente de Asia Central, probablemente un regalo de Uzbeg Kan a los Daniílovichi a principios del siglo XIV.[74] Pero la veracidad de los detalles no era realmente lo importante.

Macario pronunció un sermón sobre el deber sagrado que tenía el zar de proteger a los ortodoxos «gobernando con el temor de Dios». La mayor parte de la alocución estaba tomada de *Patrologia Graeca*, una serie de máximas que Agapito I, diácono de Santa Sofía de Constantinopla, había dedicado al emperador Justiniano en el momento de su coronación en el año 527. Macario insistió en el origen sagrado de la autoridad del zar. Durante la ceremonia de coronación esto quedaba simbolizado por el acto de unción que vinculaba a Iván IV con el rey David, «a quien Dios ungió para que reinara sobre el pueblo de Israel». En la ideología de la realeza sagrada (lo que se conoce como «teología de la sabiduría»), de la que Macario era adepto, el zar encarnaba en su cuerpo, igual que Cristo, tanto lo mortal como lo divino. Gozaba del carisma celestial, del don de la gracia, que en su poder lo hacía aparecer como un dios. Así lo expresaba la versión en eslavo eclesiástico del siglo XIV, contenida en el texto de Agapito I que Macario usó para su sermón: «El cuerpo mortal del zar es como el de cualquier otro hombre, pero en su poder es semejante a Dios Todopoderoso».[75] La conclusión era evidente: si el zar encarnaba a Dios en la tierra, oponerse a él constituía una herejía.

Esta naturaleza dual del gobernante cristiano, falible en su humanidad, pero divino en su función principesca, era una idea común en el ámbito europeo.[76] En Europa occidental, la tensión que esta duplicidad producía en la imagen del monarca se resolvió estableciendo una distinción entre la persona mortal y el oficio sagrado del rey. Esta distinción permitió que en Occidente se desarrollara el concepto del Estado abstracto como contrapeso al poder del monarca. Pero esto no sucedió en Rusia, donde zar y Estado se consideraban una misma cosa, unida en el cuerpo de un único ser mortal, que como hombre y como gobernante era instrumento de Dios.

En la coronación de Iván IV, el título de «zar», la unción con los óleos, los elementos rituales bizantinos y el sermón fueron reinterpretaciones modernas de tradiciones bizantinas que guardaban la intención de crear un aura de linaje ancestral que le otorgara un estatus imperial. La leyenda del gorro de Monómaco solo llevaba en circulación desde principios del siglo XVI. Apareció en *La historia de los príncipes de Vladímir*, que afirmaba falsamente que los príncipes de Moscú descendían de los emperadores bizantinos a través del gran príncipe Vladímir (quien, como sabemos, no se convirtió al cristianismo hasta el año 988). El trono de Iván IV en la catedral de la Dormición estaba tallado con unos bajorrelieves con escenas de *La historia de los príncipes de Vladímir*. Macario encargó la composición de *El libro de las genealogías*, que fue un paso más allá en esta invención del pasado de Moscú. El libro rastreaba la descendencia de Iván IV hasta el emperador romano Augusto, y afirmaba de forma absurda que los ruríkidas provenían del hermano del emperador, Prus, gobernante romano de Prusia. Iván IV se veía, así, aclamado como heredero por vía consanguínea de los emperadores de Roma y de sus sucesores en Constantinopla, a la que se había llamado la «nueva» o «segunda» Roma. Con la invención de esta herencia imperial, Moscú reclamaba el derecho a gobernar el antiguo territorio del Rus de Kiev, que había estado bajo la autoridad espiritual del patriarca de Constantinopla, incluidas algunas zonas de las actuales Ucrania y Bielorrusia que, desde entonces, habían pasado a manos de Polonia-Lituania. La elevación de Iván IV a la categoría de zar era en realidad una declaración sobre el estatus que Rusia ocupaba en el mundo. Derivado del término romano «césar», los rusos habían otorgado el título de zar al kan de la Horda de Oro, al sultán otomano y a los reyes del Antiguo Testamento. Con su coronación como zar, Iván IV se convertiría en un igual al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico —jefe secular del cristianismo occidental— y pasaba a rivalizar con su autoridad, al asumir el liderazgo del cristianismo oriental.

Iván IV fue el primero de los grandes príncipes en ser coronado zar, pero el título había sido ya utilizado en ocasiones por sus predecesores para engrandecer su estatus, Iván III (que reinó entre 1462 y 1505) y Basilio III (entre 1505 y 1533). Deseaban obtener el reconocimiento de Europa y su forma de conseguirlo fue asumir el manto de Bizancio. Tras su matrimonio

con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador bizantino, Iván III reclamó el papel imperial que los Paleólogo habían dejado vacante. Además, convirtió el águila bicéfala en el escudo de armas de Rusia, aunque esto fue más bien a imitación de los Habsburgo que de los bizantinos.[77] Iván IV llevó la vindicación de este reconocimiento a un nivel aún más alto. Insistía en que los gobernantes europeos lo llamaran «zar» y, a medida que fue creciendo su megalomanía, empezó a considerar un insulto cuando no lo hacían, hasta el punto de romper las relaciones diplomáticas con ellos. Despreciaba a los monarcas como la reina de Inglaterra, Isabel I, que debían gobernar con el consentimiento de su pueblo. A él no se le habían impuesto límites de ese cariz.

Su coronación como zar fue igualmente importante para el cometido de Macario de promocionar Moscú como la última verdadera sede de la fe cristiana, sucesora de Bizancio, después de la conquista de Constantinopla por los turcos. La Iglesia rusa llevaba fomentando esa idea desde el Concilio de Florencia (1438-1439), cuando tanto el emperador bizantino como muchos otros líderes de la Iglesia oriental habían presionado a favor de una reunión con Roma para asegurarse la asistencia de los poderes católicos contra los infieles musulmanes. En 1448, en una declaración de su independencia de Constantinopla, los obispos rusos decidieron nombrar por su cuenta a Jonás de Moscú como metropolitano, cargo que normalmente era asignado por el patriarca de Constantinopla. La caída de la capital bizantina, solo cinco años después, confirmó a los rusos que habían hecho bien en crear una iglesia nacional independiente. Su convicción se reafirmó en 1458, cuando Lituania rompió relaciones eclesiásticas con Moscú y colocó a su población ortodoxa bajo la autoridad espiritual de la Iglesia uniata de Roma.

Para defender su independencia, la Iglesia rusa propagó la idea de que Moscú había sustituido a Constantinopla como auténtica capital de la ortodoxia. Los líderes de la Iglesia glorificaron a los grandes príncipes moscovitas como únicos y verdaderos defensores de la fe cristiana, los salvadores de la humanidad elegidos por Dios. Para la década de 1530, la idea se había concretado en tratados eclesiásticos y relatos legendarios que dieron forma a lo que más tarde se conocería como la «doctrina de la tercera Roma», que tiene su máxima expresión en la carta que un monje llamado Filoféi envió al representante de Basilio III en Pskov, en torno a

1523. Puesto que tanto Roma como Bizancio habían caído en la apostasía, el gran príncipe de Moscú era «el único zar de los cristianos en el mundo». Moscú se había convertido en la última capital de la verdadera fe, argumentaba Filoféi, «porque dos Romas han caído, la tercera permanece y no habrá una cuarta».[78]

Los líderes de la Iglesia de Rusia, y en especial Macario, paladín de las ambiciones imperiales de Moscú, no tardaron en adoptar la doctrina de la tercera Roma. Macario apeló a ella en su sermón durante la coronación de Iván IV para enfatizar el deber sagrado del zar de defender la pureza de la ortodoxia rusa contra las herejías internas y foráneas. Si el zar fracasaba y Rusia caía también en la apostasía, como ya había ocurrido con Roma y con Bizancio, el resultado sería nada menos que el fin del mundo, porque, tal como había advertido Filoféi, no habría una cuarta Roma. Tales advertencias apocalípticas desempeñarían un papel crucial durante el reinado de Iván IV. Gobernó imponiendo el terror en la firme creencia de que el día del Juicio estaba cerca, de que el mundo llegaba a su fin y de que era su deber divino purgar las tierras rusas de todo pecado en preparación para ese fin.

El ascenso de Iván IV al estatus de zar tenía también el objetivo de ayudarlo a consolidar la autoridad de la Corona después de catorce años de luchas entre las familias boyardas por hacerse con el trono durante su minoría de edad. Iván tenía solo tres años cuando murió su padre, Basilio III, en 1533. En un primer momento, su madre, Yelena Glínskaia, ejerció como regente, pero esta murió, es posible que por envenenamiento, en 1538, momento a partir del cual los principales clanes boyardos, los Glinski, Belski y Shuiski, se enzarzaron en una feroz y caótica lucha por el poder, en la que se produjeron catorce asesinatos, dos deposiciones forzadas del metropolitano y tres cambios de la camarilla gobernante, antes de que Iván llegara a la mayoría de edad en 1546. Según su propio relato, había pasado una infancia miserable, descuidado y maltratado por unos «boyardos sin compasión», los príncipes del clan Shuiski más en concreto.[79] Con tan solo trece años, se vengó de ellos ordenando el asesinato del príncipe Andréi Shuiski, el último de los Shuiski que quedaba en su corte. En cuanto alcanzó la mayoría de edad, Iván tomó una esposa para engendrar un heredero que pudiera llegar a

la madurez antes de que él muriera y asegurar así su dinastía. La estabilidad política dependía de la erradicación de las aspiraciones rivales a la sucesión. La elección recayó en Anastasia Románova, hija de un boyardo perteneciente a un clan que se había mantenido al margen de las luchas por el poder durante la minoría de edad de Iván. Al elevar a una familia neutral al rango más alto de la corte, Iván esperaba unir a los clanes boyardos, dándoles un heredero que pudieran reconocer sin discusión. Por mucho que los clanes pudieran disputar entre ellos, dependían de una cierta estabilidad para defender sus intereses oligárquicos.

La estabilidad también era crucial para construir un sistema político centralizado que fuera capaz de gobernar el creciente imperio de Moscú. Al igual que otros monarcas europeos de la época, Iván IV ambicionaba forjar un solo reino a partir de la laxa red de principados, gobernados cada uno de ellos por los príncipes y boyardos locales, la cual se había ido desarrollando durante el siglo XV, a medida que Moscú fue absorbiendo nuevos territorios. La construcción de este reino había comenzado durante el mandato del abuelo de Iván IV, Iván III, y había continuado durante el de su padre, Basilio III. Entre 1462 y 1533, el Estado moscovita amplió más de tres veces su tamaño y población, anexionándose o absorbiendo los principados y repúblicas de Yaroslavl (en 1471), Perm (1472), Vladímir-Súzdal (1473), Tver (1485), Viatka (1489), Pskov (1510), Smolensk (1514) y Riazán (1521).

Su conquista más importante fue la de la ciudad república de Nóvgorod, con sus extensos territorios norteños. En 1456 Nóvgorod había firmado un tratado en el que reconocía la soberanía de Moscú, pero una facción de sus dirigentes aún tenía la vista puesta en Lituania como protectora de las libertades de la ciudad contra la injerencia de aquella. En 1470, Nóvgorod solicitó la ayuda militar de Lituania, Iván III declaró la guerra a la ciudad república, la derrotó y obligó a la renovación del acuerdo de 1456. Los patriotas locales siguieron sin someterse, por lo que, en 1478, Iván envió de nuevo sus ejércitos. En esa ocasión Moscú se anexionó Nóvgorod y confiscó sus tierras agrícolas. En un acto simbólico, para señalar el fin de la ciudad-república, las fuerzas del Kremlin se llevaron consigo la campana que Nóvgorod utilizaba para convocar a su *veche*, la asamblea de los ciudadanos.

Moscú se enriqueció con aquellas conquistas. A finales del siglo XV se había convertido en una de las ciudades comerciales más ricas de Europa. A ella llegaban comerciantes de Alemania, Polonia, los territorios de la casa de Habsburgo e Italia para comprar sus preciadas pieles y las decenas de miles de caballos que, cada año, los tártaros llevaban hasta Moscú, que ya contaba con una población de unos cien mil habitantes a principios del siglo XVI, casi el doble que Londres. Aunque las casas estaban construidas en madera, la urbe tenía grandes iglesias de piedra, muchas de ellas en el Kremlin, cuyas gruesas murallas de piedra terminaron de construirse en aquel momento.

El Kremlin era un símbolo del poder de Moscú y de su irrupción en el escenario europeo. Su vasto complejo de palacios e iglesias fue erigido en gran parte por constructores italianos. El palacio de las Facetas (el palacio del zar) fue obra de los arquitectos venecianos Marco Ruffo y Pietro Antonio Solari, que concibieron las murallas del Kremlin al estilo del castillo Sforzesco de Milán. Aristóteles Fioravanti fue responsable de la nueva catedral de la Dormición (1475-1479) y Aloisio Nuovó, de la catedral del Arcángel, que se terminó veinte años después. Con el paso de los siglos, muchos de los edificios del Kremlin se fueron rusificando (gradualmente fueron agregándose ornamentos y elementos arquitectónicos de estilo ruso), por lo que hoy en día no resulta tan fácil reconocer ese carácter italianizante.

Entre el Kremlin y las grandes fortalezas renacentistas del norte de Italia había una diferencia destacable. Las murallas de aquel encerraban a las iglesias más importantes de la ciudad, mientras que las catedrales del norte de Italia siempre se levantaban fuera de los lienzos del castillo. Dicho detalle constituye todo un símbolo. En la Europa latina, si bien la Iglesia y el Estado eran firmes aliados, también eran entidades separadas y a veces en conflicto, en particular cuando el papa intentaba destronar o dominar a los reyes, un derecho que el papado se arrogaba y que practicó antes del surgimiento de los estados absolutistas durante el siglo XVI. En Rusia, sin embargo, la Iglesia y el Estado estaban destinados a gobernar como uno solo. El hecho de que el palacio del zar estuviera ubicado junto a la catedral de la Dormición puede tomarse como una representación de esta *symphonia*

entre ambos, unidos en un imperio teocrático donde el zar en ejercicio era reverenciado como una figura sagrada, porque su poder provenía de Dios.

En Rusia, la autocracia se desarrolló de un modo distinto a las monarquías absolutistas europeas. Si bien la teoría la había heredado de Bizancio, la práctica estaba más en deuda con el legado del dominio mongol. Claro está que también hubo algunos patrones compartidos, comunes a la construcción del Estado en Rusia y en Occidente. A partir del reinado de Iván III, el objetivo de Moscú, como el de cualquier otro Estado, fue extender su poder a todos los rincones del reino y reducir el de aquellos príncipes y boyardos que obstaculizaban la existencia de una autoridad unificada. Igual que en Europa, la función principal de este Estado centralizado era la de financiar al ejército. La «revolución militar» de la primera edad moderna, en la que la artillería de asedio móvil y las armas que empleaban munición de pólvora dejaron obsoletas la lanza y la pica medievales, supuso un aumento monumental del coste de la guerra. Las monarquías, en su persecución del engrandecimiento territorial, se dotaron de ejércitos permanentes de mayor tamaño y libraron un número mayor de conflictos, por lo que, para recaudar los impuestos con los que financiarlos, fue necesario asimismo desarrollar una burocracia de mayor envergadura y más centralizada. Moscovia no fue una excepción a esta tendencia europea. En muchos sentidos, fue un típico ejemplo del Estado fiscal y militar que surgió en Europa durante el siglo XVI.

Desde el comienzo de su reinado, Iván IV se propuso aumentar los poderes estatales. Designó a sus partidarios como miembros del Consejo de Boyardos o Duma y creó como órgano político consultivo una Asamblea de la Tierra (el *zemsky sobor*) integrada por representantes de las tres principales clases sociales (la nobleza, el clero y la plebe). Amplió la burocracia del tesoro, empleando a secretarios, escribas y oficiales para administrar la recaudación de impuestos; reforzó el control que Moscú ejercía sobre la administración de las provincias, sustituyendo a los gobernadores boyardos por funcionarios designados desde el centro, e implantó un nuevo código legal para estandarizar las leyes de los antiguos principados y hacer que sus gobernantes dependieran en mayor medida de Moscú. Todas estas disposiciones estaban en consonancia con las reformas que estaban llevando a cabo los monarcas europeos para forjar un reino a

partir de los distintos territorios —cada uno con sus propias estructuras jurídicas y costumbres— que se incorporaban a su control.

Sin embargo, Iván IV tomó de los mongoles algunos otros elementos que también se integraron en la forma en que se construyó el Estado. En Occidente no había nada parecido. Los visitantes europeos que llegaban a Moscú quedaban asombrados por el alcance del poder que ejercía el zar sobre sus súbditos, incluida la nobleza. «Todo el pueblo se considera esclavo del zar», señaló Herberstein, que valoró que «en el dominio que ejerce sobre su gente, el zar supera a los monarcas del mundo entero».[80] Iván IV se refería a sus servidores como «esclavos» (*jolopy*). El protocolo exigía que, al dirigirse a él, todos los boyardos, incluidos los miembros de los clanes principescos, se refirieran a sí mismos como «vuestro esclavo», ritual que recuerda al servilismo que mostraban los mongoles hacia sus kanes, y que era fundamental en la forma de autocracia patrimonial que distinguía a Rusia de las monarquías europeas. El concepto de Estado se encarnaba en el zar en tanto que soberano o señor de todo el territorio ruso. El sistema ponía a sus servidores a su merced; si estos le contrariaban, podía quitarles sus tierras. No tenían derechos de propiedad que los protegieran de su soberano.

En 1556 Iván IV decretó el servicio militar obligatorio para todos los terratenientes de Rusia, ya fueran boyardos —que habían sido dueños de sus tierras durante siglos— o *pomeshchiki,* una nueva clase de servidores a los que el zar había recompensado con concesiones de tierras (*pomestie*). Por cada cien *chetverty* (55 hectáreas) de tierra cultivable que tuviera en sus dominios, el terrateniente estaba obligado a aportar al ejército un soldado completamente equipado y un caballo. Él también tenía que prestar servicio o, en su defecto, enviar a un siervo que lo sustituyera. En otros países de Europa también existían leyes como esta, pero lo que en este caso marcaba la diferencia era el novedoso principio, desconocido en el resto de Europa, de que el terrateniente poseía sus tierras a condición de prestar un servicio al Estado. No las poseía en calidad de propiedad privada. Las tierras que tenía en su poder no podían venderse ni traspasarse a los hijos sin que llevaran aparejadas las obligaciones de servicio que estaban vinculadas a su posesión.

A través del sistema de las *pomestie*, el zar pudo reunir en muy poco tiempo una fuerza de veinte mil soldados. El sistema era similar al que se

había desarrollado en el kanato de Kazán y es muy probable que derivase de él. En Occidente, donde el feudalismo suponía la propiedad privada de la tierra y conllevaba una serie de derechos individuales asociados a ella, no existía nada parecido. El sistema fue inaugurado por Iván III tras la derrota de Nóvgorod en 1478. Las tierras confiscadas a la ciudad Estado se entregaron en calidad de *pomestie* a los militares victoriosos, en su mayoría hijos de boyardos de bajo rango, que de esta forma se convirtieron en *pomeshchiki*. La concesión de las *pomestie* por parte del zar se generalizó en toda Moscovia (salvo en el norte, donde no existía ninguna amenaza extranjera y, por tanto, no hacían falta milicias). Las formas más antiguas de propiedad de la tierra (las *vótchina*) se fueron eliminando gradualmente por medio de leyes que restringían su venta o su herencia. A mediados del siglo XVI, la concesión de las *pomestie* había creado veintitrés mil nuevos servidores con condición de terratenientes, número que llegaría a duplicarse en los cien años siguientes.[81] A medida que fue aumentando el tamaño de esta clase de dependencia, se intensificó la presión sobre el Estado para conseguir más tierras que entregarles, lo que se convirtió en una de las principales fuerzas impulsoras de la expansión territorial de Rusia; la conquista de nuevas tierras que entregar a los servidores militares.

Una de las consecuencias del sistema de la *pomestie* fue la aparición de una clase de servidores terratenientes con vínculos muy débiles con cualquier comunidad concreta. Los *pomeshchiki* eran criaturas del Estado. Eran enviados de un lugar a otro por todo el imperio del zar y, por tanto, no tenían ni tiempo ni ganas de echar raíces en una localidad determinada. El *pomeshchik* consideraba su propiedad como una fuente de ingresos y no tenía problema en cambiarla por otra que estuviera más cerca del lugar en el que le tocaba prestar servicio si el destino era por un periodo de tiempo prolongado. Todos los elementos que, en la Europa feudal, vinculaban a la nobleza con un pueblo o un condado particular —las redes clientelares o caritativas, la vida parroquial, las instituciones corporativas y de gobierno local…, en resumen, todo aquello que fomenta la identidad y la lealtad a una región— estaban ausentes en Rusia. Solo a partir de mediados del siglo XIX empezaron a desarrollarse este tipo de redes e identidades locales, y resultó ser ya demasiado tarde para sostener el desarrollo de una sociedad civil independiente o de una forma de gobierno democrática.

La persistencia de la autocracia en Rusia se explica menos por la fuerza del Estado que por la debilidad de la sociedad. Apenas existían instituciones públicas que pudieran contrapesar el poder de la monarquía. La clase terrateniente dependía demasiado del zar y sus miembros eran demasiado negligentes y maleables como para desempeñar el papel que tenía la aristocracia independiente de Europa, a la que los derechos de propiedad de la tierra y la posición de liderazgo de la que gozaban en sus comunidades le permitían oponerse a las injerencias del Estado absolutista y defender las libertades locales. Los Consejos de Boyardos y las asambleas de la tierra no pueden compararse con los parlamentos ni los estados generales de Europa, que se transformaron en asambleas nacionales y, finalmente, abrieron paso a la democracia. Las asambleas de boyardos no eran órganos representativos, pues nadie los había elegido. No tenían poder para contener al zar, que las convocaba para consultarlas a conveniencia, pero no estaba obligado a seguir su opinión. Es este desequilibrio entre un Estado dominante y una sociedad débil el que ha dado forma al curso de la historia rusa.

El reinado de Iván el Terrible señaló el inicio del auge de Rusia como potencia imperial. Entre 1500 y la revolución de 1917, el Imperio ruso creció a un ritmo asombroso: un promedio de ciento treinta kilómetros cuadrados al día.[82] Se expandió desde el núcleo de Moscovia hasta llegar a convertirse en el mayor imperio territorial del mundo. La historia de Rusia, tal como dijo Kliuchevski, es la «historia de un país que se está colonizando a sí mismo».[83]

¿Cómo podemos explicar este crecimiento extraordinario, sin parangón con ninguna otra potencia en la historia mundial? La explicación más común que se ha dado en Occidente desde principios del siglo XIX, cuando las potencias europeas empezaron a mirar hacia Rusia con temor, tiene que ver con su carácter netamente expansionista. Este punto de vista, sostenido durante largo tiempo, se vio reforzado durante la Guerra Fría, momento en el que la expansión soviética por Europa del Este se explicó en parte echando mano de ese estereotipo decimonónico y rusófobo de la «amenaza rusa». Pero esta explicación no se puede aplicar con tanta ligereza al siglo XVI, cuando la expansión territorial de Rusia era comparable en ambición a

la de otras autoridades del continente europeo, como Polonia-Lituania o la casa de Habsburgo, o a la de las que tenían imperios de ultramar, como Inglaterra, Francia y España.

La expansión de Rusia durante el siglo XVI se vio facilitada por la ausencia de fronteras naturales, lo que también la hacía vulnerable a los ataques. El mayor peligro lo tenía al oeste, con la amenaza de Polonia-Lituania (unificada en 1569), que bloqueaba el acceso de Rusia al mar Báltico y reclamaba la mayor parte de los antiguos territorios occidentales de la Rus de Kiev. Al sur, el kanato de Crimea constituía otra amenaza importante, sobre todo debido a su estrecha alianza con el Imperio otomano. Los crimeos bloqueaban el acceso de los rusos al mar Negro y, más allá de él, al mundo musulmán, y sus incursiones suponían un problema constante en la frontera sur, que atravesaba las estepas al este de Kiev. Se impuso la construcción de una serie de líneas defensivas y fortalezas, las cuales quedaron bajo el mando de una nueva fuerza fronteriza formada por cosacos.

El nombre de los cosacos deriva de la palabra turca *qazaqi*, que significa «aventureros» o «soldados errantes», los cuales vivían libres en las estepas ejerciendo de bandidos. Muchos de los cosacos eran remanentes del ejército mongol (Tamerlán había comenzado como un *qazaq*). A sus huestes se unieron algunos rusos del norte que, en número creciente, fueron emigrando hacia los Campos Salvajes del sur debido a las crisis económicas ocasionadas por las guerras, el aumento de los impuestos y las malas cosechas acarreadas por la «pequeña glaciación» del siglo XVI. Para los «cosacos», no existían barreras étnicas. Se habían formado en fraternidades militares y fueron reclutados por los lituanos y, después, por los rusos para defender las fronteras del sur contra los tártaros de Crimea, los nogayos y demás tribus esteparias. Por sus servicios se les recompensaba con dinero, tierras, exenciones de impuestos y otros derechos y privilegios que conservaban celosamente como símbolos de su libertad y superioridad con respecto al campesinado agrícola.

Mientras tanto, al este, Rusia limitaba con el kanato de Kazán, que ocupaba las tierras medias del Volga, entre Viatka al norte y Sarátov al sur. Por sí solo, no tenía la fuerza suficiente como para suponer una amenaza para Moscú, pero en caso de que uniera fuerzas con Crimea, el más fuerte

de los kanatos, sí podía constituir una base de avanzada para lanzar un ataque sobre Moscovia. La única forma que tenía Moscú de evitar este peligro era conquistar Kazán en primer lugar. Iván IV consideró que, puesto que Moscú no era lo bastante fuerte como para luchar en dos frentes simultáneamente, debía eliminar el peligro de Kazán antes de iniciar cualquier enfrentamiento con Polonia-Lituania, cuyo ejército, dotado de munición de pólvora, presentaba un desafío mayor que la caballería de arco y flecha de los kanatos.

Iván IV dirigió su primera campaña contra Kazán en 1547-1548. Los arqueros rusos no consiguieron derrotar a la caballería del kanato y la excesiva dispersión de las líneas de suministro con las que contaban les obligó a retirarse. Para su segunda campaña, en 1552, los rusos cambiaron de estrategia. Adoptaron la munición de pólvora y establecieron una fortaleza avanzada en Sviyazhsk, en el Volga, cerca de Kazán, para mantener el suministro de munición. Emplearon artillería fija y mosqueteros (los *streltsí*), recién formados como las primeras unidades permanentes del ejército ruso, para atacar con fuego concentrado. Contrataron a ingenieros holandeses para excavar túneles bajo las murallas de Kazán, donde lograron colocar cuarenta y ocho barriles de pólvora que, cuando hicieron explosión durante la madrugada del 2 de octubre, consiguieron abrir un enorme agujero en las defensas de la ciudad. Los rusos la arrasaron y ejecutaron a cualquiera que apareciera ante su vista.

Los ortodoxos celebraron la conquista de Kazán como una victoria providencial, la primera que obtenían contra el islam desde la caída de Constantinopla casi cien años antes. La Iglesia rusa lo presentó como el comienzo de una cruzada y pidió la conversión forzosa de los infieles musulmanes. Para conmemorar la victoria, se pintó frente al trono del zar en la catedral de la Dormición un gran icono horizontal bajo el título de *Bendito sea el ejército del zar celestial*. Conocido también como *La Iglesia militante*, el icono muestra la figura de Iván IV a caballo, siguiendo al arcángel san Miguel en una procesión de tropas rusas que va desde una infernal Kazán en llamas hasta una Moscú que se representa como Jerusalén, donde los reciben la Virgen y el Niño Jesús. La iconografía está basada en el libro del Apocalipsis, donde san Miguel derrota a Satanás antes de que ocurra el fin del mundo. Iván IV aparece como un nuevo rey David

y los rusos como el pueblo elegido de Dios, los nuevos israelitas, reforzando el estatus mítico y la misión de Moscú como tercera Roma.[84]

Cuatro años más tarde, en 1556, los rusos obtuvieron otra victoria, esta vez con la derrota del kanato de Astracán. El zar conmemoró su triunfo ordenando la construcción de una nueva catedral en la plaza Roja de Moscú, así llamada porque la palabra «rojo» (*krasny*) estaba conectada con la palabra «bello» (*krasivyi*). La catedral de la Intercesión de la Santísima Virgen sobre el Foso se llegó a conocer popularmente como catedral de San Basilio. Inspirada en líneas generales en la iglesia del Santo Sepulcro, tenía el objetivo de reforzar la imagen de Moscú como la nueva Jerusalén. La capilla mayor estaba dedicada a la entrada de Cristo en la ciudad santa el Domingo de Ramos y se convirtió en el centro de la procesión anual que tenía lugar en esa fecha, en la que el zar, a pie, conducía al pueblo hasta la catedral —ritual que simbolizaba su papel divino como líder de los ortodoxos—, seguido por el metropolitano y montado a caballo, igual que Cristo iba sobre un burro a su llegada a Jerusalén.

La catedral de San Basilio, que se terminó en 1560, era algo más que un símbolo de la victoria de Rusia sobre los kanatos. Era la proclamación triunfal de la liberación del país de la cultura tártara que lo había dominado desde el siglo XIII. Con su impactante colorido, su caprichosa ornamentación y sus extravagantes cúpulas bulbosas, San Basilio estaba diseñada como una gozosa celebración de las tradiciones bizantinas a las que Rusia regresaba (aunque la catedral de San Basilio muestra un estilo más oriental y con mayor ornamentación que cualquier iglesia de Bizancio).

La dedicación a san Basilio resultaba también significativamente extraña, porque Basilio era el «santo loco» (*iurodyvy*) favorito de la ciudad. Los «locos por la gracia de Cristo» o «santos locos» son una figura sin parangón dentro del mundo ortodoxo ni de ninguna otra tradición cristiana. En el folclore ruso tenían estatus de santos, aunque se comportaban más bien como locos o como bufones. Iban ataviados con ropas estrafalarias y podían llevar en la cabeza un arnés o un casquete de hierro, así como cadenas bajo la camisa, al estilo de los chamanes de Asia. Vagabundeaban como pordioseros por las zonas rurales y vivían de las limosnas de los aldeanos, quienes hallaban portentosos sus extraños acertijos y creían que tenían poderes sobrenaturales de adivinación y curación. No les daba miedo

expresar cualquier verdad ante los ricos y poderosos; la nobleza los recibía con frecuencia y llegaron a ser una presencia común en la corte. Iván IV disfrutaba de la compañía de los «locos de Dios».

La conquista de Kazán tuvo una enorme importancia simbólica. Otorgó un nuevo estatus al zar, pues hizo crecer su prestigio entre los nómadas esteparios como legítimo sucesor de los kanes mongoles y, al mismo tiempo, confirmó sus pretensiones imperiales de ser un gobernante cristiano universal, heredero del emperador de Bizancio. En 1557 Iván IV solicitó al patriarca de Constantinopla la confirmación del título de zar que detentaba, pues, según argumentaba, merecía semejante reconocimiento como libertador de los ortodoxos del islam. Tal solicitud fue atendida en 1561. Para afianzar a su dinastía, le envió también al patriarca una larga lista de sus antepasados y parientes para que fueran consagrados como zares y, de ese modo, inventó una genealogía que, remontándose a la Antigüedad, vinculaba a su familia con los emperadores de Bizancio.

Con Kazán en sus manos, se abrieron a los rusos las estepas del este. Sus ejércitos pudieron avanzar para tomar el control de las riquezas de Siberia y de las rutas comerciales hacia Asia Central y China. Pero los recién conquistados tártaros no eran tan fáciles de controlar, de manera que se produjeron algunas revueltas contra los rusos y contra sus misiones religiosas. Moscú temía que los otomanos y los crimeos intervinieran para defender a sus correligionarios, así que los rusos abandonaron la práctica de las conversiones forzosas y se resignaron a mantener un largo periodo de pacificación, mientras construían una línea defensiva de guarniciones fortificadas y monasterios entre Kazán y Arzamás.

Estimulado por el éxito obtenido en el este, Iván IV dirigió sus ejércitos hacia el oeste, donde Suecia, Lituania y la Orden Livona de los Caballeros Teutónicos bloqueaban el acceso ruso al mar Báltico. La captura de los territorios de Livonia (en la actualidad, Estonia y la mitad norte de Letonia) permitiría a Moscú controlar los puertos ubicados en las rutas comerciales rusas en Europa. Con la anexión de Kazán y Astracán, que controlaban la ruta del Volga, quedaría en manos de los rusos toda la red fluvial entre el mar Báltico y el Caspio, lo que les permitiría obtener beneficios de las rutas de la seda entre Asia y Europa.

En 1558 los rusos capturaron Narva, un puerto crucial en el golfo de Finlandia, y se apoderaron de Dorpat, ya dentro del territorio de Livonia. El

resto de las potencias bálticas intervinieron para bloquear el avance de los rusos y hacerse asimismo con algunas partes de Livonia. De este modo, lo que en principio era una guerra fronteriza de carácter local se convirtió en un conflicto regional con la participación de Rusia, Polonia-Lituania, Suecia, Dinamarca y Livonia. Los tártaros de Crimea, resentidos por la pérdida de Kazán ante Rusia, apoyaron a Polonia-Lituania, de modo que los rusos tuvieron que librar una guerra en dos frentes. Los crimeos atacaron Moscú dos veces: en 1571, cuando incendiaron la ciudad construida en madera hasta dejarla reducida a cenizas, y al año siguiente, en que sufrirían una derrota a manos de los moscovitas. Los crimeos siguieron hostigando los territorios rusos durante la década de 1570. En aquellas condiciones, para Moscú iba a ser prácticamente imposible mantener lo ganado en sus primeras victorias en la guerra de Livonia. Sin una flota en el Báltico, no podría mantener Narva (que cayó en manos de los suecos en 1579) ni tomar los puertos de Riga o Revel (actual Tallin), porque cualquier asedio que se intentase solo por tierra estaba condenado a fracasar, pues los defensores de la ciudad aún podrían recibir por mar tanto suministros como refuerzos. La guerra se prolongó hasta 1583, fecha en la que los polacos consiguieron expulsar a los rusos de Livonia, territorio que más adelante se dividirían con los suecos. El coste económico del conflicto para Rusia fue inmenso. Regiones enteras del país fueron abandonadas por los campesinos, que huyeron al sur, a la región de los Campos Salvajes.

La guerra de Livonia dejaba una lección importante: Rusia podía expandirse con más facilidad por Asia, donde era una potencia europea, que en Europa, donde sus vecinos occidentales eran más poderosos.

La larga conquista rusa de Siberia empezó con la anexión de Kazán. Tras la caída del kanato, sus territorios tributarios, Udmurtia y Baskiria incluidos, reconocieron a Iván IV como el nuevo kan. El kanato siberiano de Tiumén también comenzó a pagar un tributo anual a Moscú. Iván IV se resistía a enviar a sus tropas para ocupar dichos territorios, pues no deseaba iniciar una guerra con los kanatos. Lo que hizo, en cambio, fue otorgar licencias a agentes privados para que se establecieran en aquellas tierras, las cuales se les permitía explotar para su propio beneficio económico y defender con el empleo de soldados mercenarios, cosacos por regla general.

Los Stróganov, una rica familia de comerciantes con intereses en las salinas y la minería, fueron los primeros grandes beneficiarios de esta

política colonial. En 1558 arrendaron vastas extensiones de tierra en el río Kama, entre Kazán y Perm, con la única obligación de informar al zar si encontraban cobre, oro o plata. A lo largo de la década siguiente, los Stróganov se hicieron arrendatarios de más concesiones de tierra, lo que los convirtió en los dueños de unos dominios no mucho menores que Inglaterra. A principios de la década de 1570, según comenzaron a explorar y a asentarse en las tierras fronterizas del kanato siberiano, fueron atacados por los soldados del kan. En el primero de aquellos ataques murieron cien colonos y, en cada uno de los asaltos subsiguientes, las fuerzas del kan parecieron haber ido creciendo.

Los Stróganov solicitaron al zar que les permitiera llevar el combate al corazón del kanato en vez de seguir librando una guerra defensiva. Iván IV, soliviantado por el asesinato de uno de sus enviados al kan, les concedió permiso para acometer la conquista del kanato siberiano, pero luego se lo pensó mejor y cambió el sentido de su decisión, temeroso de verse envuelto en una guerra total si los crimeos unían fuerzas con sus correligionarios. Pero los Stróganov ignoraron la contraorden y reclutaron a unos combatientes cosacos que estaban bajo el mando de un cabecilla conocido como Yermak para invadir el kanato de Siberia.

La mayoría de la información que tenemos sobre el tal Yermak procede de las leyendas y el folclore rusos, que lo celebran como un gran héroe, como el Colón nacional, «descubridor» de Siberia. Todo lo que sabemos es que, antes de ser reclutado por los Stróganov, combatió en la guerra de Livonia, así como que se dedicaba al bandidaje a lo largo del Volga. Su fuerza mercenaria de quinientos cuarenta cosacos salió de Perm en 1582 y, dos meses después, llegó por vía fluvial a Qashliq, una fortaleza abundante en pieles, seda y oro cercana a la actual ciudad de Tobolsk y que capturaron con facilidad. Los mosquetes eran un arma demasiado potente como para que la caballería tártara pudiese resistir. Yermak estableció su base en Qashliq y se dedicó a subyugar a las tribus vecinas, a las que obligó a pagar tributo. En 1585 fue asesinado por fuerzas tártaras leales al kanato siberiano, en una emboscada junto al río Irtish. Pasarían otros quince años hasta que se completara la conquista del kanato siberiano y otro siglo más antes de que los rusos llegaran a contemplar el Pacífico. Pero la audaz aventura de Yermak pasaría a la historia de Rusia como la «conquista de Siberia».[85]

Tenemos muy pocos detalles sobre cómo era el ser humano que había tras Iván IV. Hasta nosotros no ha llegado ninguna carta ni decreto escrito por su propia mano, por lo que no podemos decir con certeza si sabía leer y escribir. No tenemos información alguna sobre sus relaciones personales con ninguna de sus siete esposas ni con sus hijos, como tampoco contamos con ningún relato de cómo era la vida en la corte ni ningún auténtico retrato del zar, pues en tiempos de Iván IV todas esas imágenes tenían un carácter icónico e idealizado. En 1963, se exhumaron sus huesos del sarcófago en el que se conservaban en la catedral del Arcángel del Kremlin y, con ellos, se reconstruyó un busto «virtual» que ha confirmado las informaciones de la época, en las que se lo describe como un hombre alto y fuerte con una frente amplia y aire de «guerrero airado».[86]

Iván no se convirtió en el Terrible —en el sentido en el que hoy lo entendemos— hasta el siglo XVIII. El epíteto (*grozny*) se le aplicó por primera vez a principios del siglo XVII, momento en el que empezaba a desarrollarse un rico folclore en torno al zar. En aquella época, el significado de la palabra se acercaba más al de «imponente» y «formidable» que al de «cruel» o «duro», se trataba básicamente de un uso positivo del término. El folclore retrató a Iván IV como un zar fuerte, guardián de la justicia, que protegió a su pueblo castigando a los boyardos por sus pecados. Solo un siglo después, cuando los historiadores empezaron a examinar más de cerca el terror que había impuesto, llegaron las palabras «Iván el Terrible» a convertirse en sinónimo de ejecuciones, torturas, atroces masacres y una tiranía desquiciada y monstruosa que la razón no llega a explicar. Esa fue la imagen de Iván IV, aterrador y fiero, con una mirada que a todo alcanza, que inmortalizó Víktor Vasnetsov en su cuadro de 1897 *El zar Iván el Terrible*.

Quizá aquella violencia formaba parte de su personalidad. Parece que Iván quedó trastornado en 1560 por la muerte de Anastasia, quien había sido una influencia tranquilizadora para su temperamento tempestuoso. Sospechaba que Anastasia había sido envenenada y vinculaba esta sospecha con el «complot boyardo» de 1553, cuando, estando él gravemente enfermo, algunos de los principales clanes boyardos habían evitado jurarle

lealtad a su hijo, Dmitri, aún un bebé, en caso de que falleciese el zar (el propio Dmitri murió con solo ocho meses). La pérdida de su hermano menor, Yuri, que era sordomudo y por quien sentía un profundo afecto, seguida de la muerte de Macario en 1563, dejó al zar aún más aislado. Pero la gota que colmó el vaso fue la deserción del príncipe Andréi Korsi, antiguo amigo y comandante de sus ejércitos en Livonia, que lo abandonó para unirse al rey de Polonia-Lituania en 1564. Desde entonces, Iván comenzó a ver actos de traición por todas partes.

Fue en ese momento cuando estableció la *opríchnina*, un nuevo dominio formado por tierras confiscadas a príncipes y boyardos. Estas tierras se entregaron a los *opríchniki*, una nueva clase de fieles servidores formada posiblemente por unos cinco mil hombres, los cuales componían el ejército personal de Iván IV y cuya misión era combatir la sedición interna. A los *opríchniki* se los reclutaba sobre la única base de su lealtad al zar y tenían prohibido mantener contacto con los nobles de la *zemshchina*, las tierras que quedaban fuera de la *opríchnina*. Iban ataviados con largas capas negras, como hábitos de monje, y cabalgaban por el país montados en unos caballos del mismo color, en cuyas bridas llevaban atadas cabezas de perro y escobas, símbolo de su misión de dar caza a los enemigos del zar y barrerlos de la tierra.[87]

El derramamiento de sangre comenzó con la liquidación de aquellos clanes cuyos líderes habían desertado en favor de Polonia-Lituania, los Belski, Kurbski y Teterin, y las familias de algunos asesores caídos en desgracia, como Adashev y Silvester. El zar apeló a un sistema de responsabilidad colectiva para justificar el asesinato de todas las familias de los traidores. A partir de 1569, creció la escala de la represión en forma de completas matanzas en ciudades como Tver, Klin, Nóvgorod y Pskov, consideradas demasiado independientes y amantes de la libertad, y de las que es probable que Iván IV sospechase que simpatizaban con los lituanos y los polacos. Las iglesias fueron saqueadas y las viviendas, incendiadas, y treinta mil personas perecieron a punta de espada o murieron a causa del hambre y la enfermedad que asolaron aquellas urbes al paso de los asaltantes. La escena final del ajuste de cuentas con los «boyardos traidores» se desarrolló en la pradera de Poganaya, en Moscú, el 25 de julio de 1570. Allí llegó el zar montado a caballo, vestido de negro y acompañado de mil quinientos mosqueteros, también montados. Trescientos

nobles, en diversos estados de degeneración que ponían de manifiesto las torturas que habían sufrido, fueron llevados ante Iván IV. Este, como acto de misericordia, liberó a 184 de ellos, para proceder a supervisar la ejecución del resto. Algunos de ellos fueron atados a estacas y cortados en pedazos y otros, desollados o hervidos en agua. Un anciano que apenas podía caminar fue empalado en una lanza, apuñalado y decapitado por el propio Iván. Después de unas horas de matanza, el zar se cansó y se retiró a su palacio.[88]

En su correspondencia con Kurbski, justificaba tal acto de terror en la afirmación de que estaba ordenado por Dios. Cualquier acto de traición contra el zar constituía un pecado que se podía castigar en nombre del Altísimo. Citando la Epístola a los Romanos,(1) sostenía que un zar «no lleva en vano la espada, sino para vengar al que hace lo malo y para alabanza de los justos».[89] En su opinión, los *opríchniki* eran un instrumento religioso de castigo a los pecadores y limpieza de la «santa tierra rusa», en preparación para el Juicio Final. Los brutales métodos de las ejecuciones que él mismo supervisaba reflejaban la idea que tenía del castigo divino. La mayoría de sus víctimas eran asesinadas de modo repentino (a menudo por decapitación) para que no tuvieran tiempo de recibir los últimos sacramentos y salvar sus almas. Muchos de sus castigos favoritos (en los que las víctimas eran quemadas vivas o devoradas por animales salvajes) reflejaban la intención de replicar los tormentos del infierno.[90] Iván IV se veía a sí mismo como un arcángel portador de la espada, un agente de Dios enviado para proteger a los ortodoxos y purgar al mundo de pecadores e infieles antes del advenimiento del Apocalipsis. En su mitología personal no había contradicción alguna entre su condición de justo rey cristiano y la cruel violencia que ejercía como expresión de la ira divina.[91]

El terror terminó repentinamente —como suele hacerlo a menudo— cuando el zar ordenó la ejecución del principal líder *opríchniki*, Alexéi Basmánov, en 1570. Iván IV sospechaba que Basmánov trabajaba para los polacos y lituanos. A su ejecución le siguió una purga a gran escala de los líderes *opríchniki*. La *opríchnina* fue abolida y no se volvió a mencionar nunca más en presencia del zar. En temor perpetuo de sufrir una traición, Iván siguió ordenando ejecuciones entre los clanes boyardos sospechosos. Pero su principal acción ante los peligros que imaginaba fue retirarse a su

residencia y rodearse de guardaespaldas. En un momento dado, en 1575, incluso abdicó del trono y nombró zar a su leal criado Simeón Bekbulátovich, un tártaro descendiente de Gengis Kan.

¿Sintió arrepentimiento en sus últimos años? Existen pruebas de que trató de reparar los males que había causado, otorgando el perdón a muchas de las personas caídas en desgracia, haciendo donaciones a los monasterios y rezando por los muertos. En un borrador de su testamento, probablemente dictado en 1579, mientras estaba gravemente enfermo, el zar se describe a sí mismo como el «peor pecador de la tierra, corrupto de razón y bestial de mente», pero es posible que no se trate más que de mera retórica religiosa. Durante su reinado, el ánimo de Iván IV osciló entre desquiciados ataques de cólera y la oración arrepentida. A veces se retiraba de la vida pública y se enclaustraba en un monasterio, y hablaba de su deseo de convertirse en monje.

El último asesinato que cometió fue el de su hijo y heredero de veintisiete años, el zarévich Iván, en 1581. Cuenta la historia que se encontró con la mujer de su hijo, en los aposentos de ella, vestida únicamente con su ropa interior. El zar consideró que su conducta era indecente y comenzó a golpearla con su bastón. Su hijo trató de detenerlo y acabó muriendo al recibir un golpe en la cabeza. La horripilante escena fue representada por Repin en su cuadro *Iván el Terrible y su hijo el 16 de noviembre de 1581*, pintado en 1885, que muestra a Iván IV consumido por el remordimiento.

Con un acto imprudente, Iván había puesto en peligro su dinastía, pues el siguiente en la línea de sucesión, el zarévich Fiódor, único superviviente de los hijos de su primera mujer, Anastasia, tenía discapacidad intelectual, y su otro hijo, nacido de María Nagaya, la última de sus esposas, tenía solo un año a la muerte de su padre, en 1584. La disputa por quién debía gobernar llevaría a una guerra civil, en la que Rusia quedaría sumida durante los siguientes treinta años.

¿De verdad era tan terrible Iván? ¿Era peor que, pongamos, César Borgia, el rey Enrique VIII o el papa Julio II, *il Papa Terribile*? En la concepción occidental, el nombre de Iván el Terrible es sinónimo de la naturaleza «bárbara» y «despótica» de Rusia. Pero ¿fueron distintos sus métodos de

los que aconsejaba el gran pensador renacentista de Florencia, Nicolás Maquiavelo, en *El príncipe*?

> Y los hombres se lo piensan menos a la hora de ofender a uno que se hace amar que al que se hace temer; porque el amor es un vínculo de obligación que, al ser los hombres malos, se rompe a la mínima ocasión frente a la utilidad propia; pero el temor procede de un miedo al castigo que no te abandona jamás.[92]

Es posible que Iván jamás oyera hablar del filósofo florentino, pero compartía sus ideas sobre la naturaleza humana y el ejercicio de reinar y, ciertamente, las aplicó en Rusia.

La imagen que hoy tenemos de Iván IV se remonta a la *Historia* de Karamzín, que lo muestra como un personaje trágicamente escindido, desgarrado y arrepentido por la violencia que se vio obligado a ejercer como gobernante. Esta es la concepción dramática que se refleja también en el *Iván el Terrible* de Eisenstein (1944-1946), una reflexión cinematográfica acerca del coste humano que supone la tiranía, concebida por el director con la intención de que sirviera de lección moral para Stalin. En la primera parte de la película, Eisenstein describe los aspectos heroicos de Iván: su visión de una Rusia unida; la construcción del Estado; su intrépida lucha contra los intrigantes boyardos; la solidez de su autoridad y liderazgo en la guerra contra Kazán, o su proyecto de asegurarle al imperio una salida al mar en el Báltico. Todas estas virtudes se vieron ensalzadas en el culto soviético a Iván el Terrible que Stalin fomentó de forma activa desde principios de la década de 1930.

En la segunda parte, la película se desplaza desde la esfera pública al mundo interior de Iván. El zar emerge como una figura atormentada, aislada, paranoica, mortificada por las consecuencias de su violencia. Los remordimientos del zar eran el tema central de una tercera parte que no llegó a terminarse. La película debía acabar con una escena de confesión en la que Iván se arrodillaba bajo el fresco del Juicio Final en la catedral de la Dormición y ofrecía el arrepentimiento por las maldades de su reinado, al tiempo que un monje iba leyendo en voz alta una lista interminable de las personas ejecutadas por orden del zar. Iván golpeaba su frente contra las piedras del suelo, bañando sus ojos y orejas en sangre. «Stalin ha matado a más personas [que Iván el Terrible]», le explicó Eisenstein al actor Mijaíl

Kuznetsov, «y sigue sin arrepentirse. Ver esto debe provocar su arrepentimiento».[93]

Al georgiano le gustó la primera parte, que recibió el Premio Stalin. Pero cuando vio una proyección de la segunda parte, en marzo de 1946, reaccionó con violencia. «¡Esto no es una película, es una suerte de pesadilla!». Le enojó particularmente la representación que se hacía en el filme de los *opríchniki*, que, según dijo, aparecían como «unos degenerados de la peor calaña, algo así como el Ku Klux Klan», temiendo, sin duda, que los espectadores encontraran en ellos una referencia a su propia policía política. La película fue prohibida y no se exhibió públicamente hasta 1958, diez años después de la muerte del director.

En 1947 Stalin convocó a Eisenstein a una reunión nocturna en el Kremlin y, en ella, lo sometió a una reveladora conferencia sobre la historia rusa. El Iván de Eisenstein, le informó Stalin, era neurótico y débil de voluntad, como Hamlet. El verdadero Iván, sin embargo, era grande y sabio. Era «muy cruel», y Eisenstein podía mostrarlo bajo esa luz. «Pero es necesario que muestre por qué debía ser cruel».

> Uno de los errores de Iván el Terrible había sido el de no llegar a acabar con los cinco principales clanes feudales. Si los hubiera destruido, el Periodo Tumultuoso [la guerra civil que vivió Rusia tras la muerte de Iván] no se habría producido. Cuando Iván ordenaba la ejecución de alguien, pasaba mucho tiempo en arrepentimiento y oración. En este sentido, para él, Dios era un estorbo. Debía haber sido más despiadado.[94]

4
EL PERIODO TUMULTUOSO

Cuatro años después de la muerte de Iván IV, en 1588, el inglés Giles Fletcher, en misión diplomática en la corte de Moscú, observó que la tiranía del difunto zar había «perturbado de tal modo a ese país, y a tal punto lo ha colmado de rencor y odio mortal, que todo ello no se extinguirá de ningún modo (tal parece ahora) hasta que arda de nuevo en la llama civil».[95]

Durante el siguiente cuarto de siglo, Rusia se vio desgarrada por guerras civiles e invasiones extranjeras. El que llegaría a conocerse como Periodo Tumultuoso o Época de la Inestabilidad (*smutnoe vremia*) solo acabaría aplacándose con la «elección» del zar Miguel Románov y la fundación de su dinastía en 1613. Pero no todos los problemas de Rusia acabaron entonces. A lo largo del siglo posterior (el periodo que cubre este capítulo), se produjeron toda una serie de revueltas por las que se intentó hacer zozobrar la autoridad del Estado y que revelaron lo dificultoso que resultaba consolidar la autoridad del zar ante los ojos del pueblo, que solo creería en una monarquía que representara sus ideales utópicos.

El problema había estallado a la muerte de Iván IV, con la reclamación del trono por parte de sus dos hijos, Fiódor y Dmitri. En su calidad de hijo mayor, fue Fiódor quien lo consiguió, pero resultaba demasiado débil mental para las tareas de gobierno, de tal forma que estas le fueron asignadas a Borís Godunov, hermano de su mujer. Godunov era descendiente de un príncipe tártaro, se había unido a los *opríchniki* del zar y llegó a convertirse en un boyardo de alto rango en la corte. Como uno de los cuatro regentes del zar Fiódor, demostró ser un gobernante capaz. Pero desde el principio tuvo que hacer frente a la oposición de su corregente, el príncipe Basilio Shuiski (nieto del mismo Shuiski que había sido ejecutado por Iván IV), descendiente de los ruríkidas, quien consideraba a Godunov

un advenedizo de «baja cuna». Los relatos sobre la muerte de Dmitri en un accidente a los ocho años, en 1591, despertaron el rumor sobre su posible asesinato a manos de Borís Godunov. Rumores que se acrecentaron tras la muerte de Fiódor, cuando una Asamblea de la Tierra eligió a Godunov como siguiente zar.

Godunov no consiguió consolidar nunca su legitimidad como zar. Su autoridad se vio debilitada por la crisis económica que había dejado la guerra de Livonia. El país perdió hasta un tercio de la población a causa del hambre y de las enfermedades, mientras que gran parte de los supervivientes emigraron a los campos salvajes del sur, que no habían sido tocados por la hambruna. De este modo, el Estado se vio privado de contribuyentes, al tiempo que sus servidores militares, los *pomeshchiki*, perdieron a los campesinos de los que dependían para trabajar la tierra que poseían. Por tanto, a ambos les interesaba detener aquel éxodo campesino. Borís endureció las leyes que restringían el movimiento de los campesinos y otorgó a los terratenientes mayores poderes para reclamar el regreso de los que habían huido. Era un paso hacia la imposición de la servidumbre.

La población consideraba que la hambruna era un castigo que Dios enviaba a Rusia y a su malvado zar Borís, y empezaron a circular leyendas populares sobre la reaparición de «Dmitri, el zar verdadero». Algunas versiones de estas leyendas afirmaban que Dmitri no había sido asesinado, sino que había huido. En otras, resucitaba como Jesucristo, para librar a Rusia del zar usurpador y salvar al pueblo de la servidumbre. En 1604 apareció un hombre que tenía ese perfil, un carismático joven de veintidós años, posiblemente un monje secularizado, que respondía al nombre de Grigori Otrepov y que afirmaba ser Dmitri. Con el respaldo de los polacos para emprender la conquista de Rusia por medio de una revuelta popular, el pretendiente fue apoyado (y manipulado) por los clanes boyardos contrarios a Borís Godunov. Cruzó a Rusia desde Kiev (que era entonces parte del Reino de Polonia) con cerca de cuatro mil hombres y avanzó hacia Moscú. Población tras población, su autoridad se fue viendo reconocida como una expresión de los deseos de libertad y justicia del pueblo (*volia* y *pravda*), los dos conceptos básicos de su utopía revolucionaria. A medida que su ejército avanzaba por las tierras fronterizas del sur, esos Campos Salvajes en los que reinaban el bandolerismo y la libertad, sus filas se iban

engrosando con los cosacos, campesinos y aldeanos que se unían a aquella «guerra santa» por el verdadero zar.

Ese era el elemento constitutivo de la inestabilidad fundamental de la monarquía rusa. La autoridad del zar estaba basada en el mito de su estatus divino como agente del gobierno de Dios en la santa Rusia que, según la idea de la tercera Roma, era la última sede de la verdadera fe ortodoxa. En el imaginario religioso popular, un inigualable vehículo de transmisión para la ideología política, Rusia era la tierra de la salvación, un nuevo Israel en el que el santo zar entregaría al pueblo la libertad, la verdad y la justicia. Tal como escribió Mijaíl Bakunin, el revolucionario del siglo XIX: «El zar es el ideal del pueblo ruso, una especie de Cristo nacional».[96] El «padrecito zar» (*zar-batiushka*) era venerado en el folclore como el protector del pueblo y vengador de los males perpetrados por los boyardos. En la lógica de aquel sistema de creencias, en caso de que se comportara como un «zar atormentador» (*zar-muchitel*), estaba justificado que los ortodoxos se opusieran a él como un «falso zar», quizá como el anticristo enviado por Satán para acabar con el gobierno de Dios en la santa Rusia y llevar a la destrucción del mundo.[97] El elemento clave de la autoridad del zar, su personalidad divina, que se proyectaba a través del mito del santo zar, podía volverse contra él en caso de que sus acciones no cumplieran las expectativas del pueblo sobre lo que implicaba su culto sagrado.

Hubo docenas de «pretendientes a zar» (*samozvantsy*) que incitaron a la población a rebelarse, bajo la afirmación de ser el verdadero zar, el portador de la justicia de Dios. Con anterioridad a 1700 se han documentado al menos veintitrés de estos pretendientes, y, en el siglo XVIII, llegaría a haber más de cuarenta.[98] Los alzamientos populares adoptaron, por necesidad, una forma monárquica. La única manera en la que los rusos podían legitimar una revuelta era en nombre del verdadero zar. Ningún otro concepto de la organización estatal —ni la idea del bien público ni la de mancomunidad— tenía fuerza alguna en la mente de los campesinos. Y ello era resultado de una autocracia patrimonial en la que el Estado se encarnaba en la persona del zar.

En abril de 1605, estando las fuerzas del falso Dmitri acampadas cerca de Moscú, murió Borís. Su ejército no tardó en pasarse al bando rebelde. Con el apoyo de los clanes boyardos, el pretendiente entró en Moscú y fue

coronado como zar Dmitri, el único que llegaría al trono gracias a una rebelión popular. Las esperanzas puestas en Dmitri no tardaron en desvanecerse. Corrían los rumores sobre su libertinaje y excesivo consumo de alcohol, su corte estaba llena de nobles polacos y, cuando anunció su intención de casarse con una polaca sin que ella se convirtiera primero en fiel de la Iglesia rusa, crecieron las sospechas sobre sus creencias católicas. En mayo de 1606, una fuerza de boyardos liderada por Shuiski irrumpió en el Kremlin y asesinó a Dmitri. Shuiski fue coronado como zar Basilio IV.

Los rumores que afirmaban que Dmitri no estaba muerto empezaron a circular de nuevo. Pronto aparecieron nuevos Dmitris (los historiadores han contado hasta una docena de ellos), que afirmaban ser el auténtico zar,[99] muchos de ellos proclamados por bandas de cosacos que deseaban legitimar el bandolerismo que practicaban. El más peligroso de todos fue Iván Bolótnikov, a quien la historiografía soviética aclamaba como el primer revolucionario campesino. En realidad, era un pequeño terrateniente y servidor militar que, como tantos otros miembros de su clase, había pasado por tiempos difíciles y huido para unirse a los cosacos y vivir del bandidaje en la estepa. En julio de 1606 apareció con un ejército rebelde de cosacos, campesinos y otros habitantes de la frontera sur, entre ellos terratenientes de la pequeña nobleza. En su marcha hacia Moscú, declarando su lucha por la restauración del verdadero zar Dmitri, este ejército fue congregando más partidarios hasta alcanzar una fuerza de sesenta mil hombres. No fue una guerra campesina ni de clases —como defendería después el mito promovido en nombre de la ideología marxista—, sino un levantamiento de los Campos Salvajes de la frontera sur contra Moscú.[100]

Bolótnikov fue derrotado y, en 1608, asesinado. Los comandantes de su ejército que procedían de la nobleza se pusieron del lado de Shuiski, calculando que era más probable que las demandas de mejoras salariales y exención de tributos a las que ellos aspiraban fueran satisfechas por la oligarquía boyarda antes que por la «chusma» que se había unido a la rebelión de Bolótnikov. Para entonces, había aparecido otro falso Dmitri. Conocido como Vor («bandolero»), el nombre que le dio el gobierno de Shuiski, tenía vínculos con la aristocracia de Polonia y es muy posible que fuera un agente de la Corona polaca, sospecha que es objeto de debates entre los historiadores. Lo que sí es cierto es que a su ejército se incorporaron muchos polacos. En su avance hacia Moscú, se le unió lo que

quedaba de los participantes de la rebelión de Bolótnikov. En el verano de 1608 establecieron un campamento armado en Túshino, justo al norte de la capital, y allí permanecieron durante un año con su propia corte y Consejo de Boyardos, dominado por los Saltikov y los Románov, enemigos acérrimos de Shuiski.

Con Rusia desgarrada por la guerra civil, las potencias extranjeras intervinieron en persecución de sus propios intereses. Suecos y polacos se apresuraron a sacar provecho de aquel caos. Shuiski necesitaba desesperadamente la ayuda sueca para derrotar la rebelión de Túshino y aceptó ceder la costa de Carelia e Ingria a Suecia a cambio de que esta le enviara tropas de mercenarios. Parte del acuerdo suponía que Rusia se comprometía a apoyar a los suecos en su dilatada guerra contra los polacos. Segismundo, rey de Polonia, lo tomó como un pretexto para enviar sus propios ejércitos a Rusia. Mientras los suecos acudían en ayuda de Moscú contra la rebelión de Túshino, los polacos atravesaron la frontera con Rusia y sitiaron Smolensk.

Alarmados por la invasión polaca, los clanes boyardos de Moscú llegaron a un acuerdo con Segismundo por el cual harían zar a su hijo, el príncipe Vladislao, una vez que se convirtiera en fiel de la Iglesia rusa. Tener un zar polaco y la capacidad para limitar sus poderes era un precio que los boyardos estaban dispuestos a pagar por la consolidación de sus derechos. Así, los líderes boyardos de Moscú dieron un golpe de mano, depusieron a Shuiski, juraron lealtad al príncipe Vladislao y acogieron la llegada de las tropas polacas, que en su avance hacia la capital habían derrotado a los rebeldes de Túshino. Pero entonces se vio que Segismundo no tenía la intención de instalar a Vladislao en el trono sino de ocuparlo él mismo para gobernar Rusia y Polonia como un solo reino católico. Los clanes boyardos habían sido engañados.

Los moscovitas se alzaron contra los polacos en 1612. Unidos por la defensa de su religión ortodoxa, la causa patriótica se convirtió en un levantamiento «nacional» cuando los humildes ciudadanos de Nizhni Nóvgorod y otros núcleos urbanos del Volga respondieron a la llamada de Hermógenes, el patriarca ruso, y se organizaron en «milicias del país» para marchar sobre Moscú y expulsar a los infieles. En Nizhni Nóvgorod, la iniciativa de recaudar fondos para formar una milicia a través de suscripciones y tributos la lideró un simple carnicero llamado Kuzmá

Minin, quien efectuó un llamamiento a otras ciudades para que hicieran lo mismo. Bajo el mando del príncipe Dmitri Pozharski, descendiente de una antigua familia principesca, las milicias, a las que se habían unido los cosacos, consiguieron liberar Moscú de los polacos, victoria que elevó a Minin y Pozharski a héroes eternos en la historia de Rusia.

En el bicentenario de estos sucesos, en 1812, que fue otro año de lucha contra invasores extranjeros —Napoleón y su Grande Armée en esta ocasión—, se financió un gran monumento en honor a Minin y Pozharski mediante suscripción pública que se erigiría en Nizhni Nóvgorod. Seis años más tarde la estatua se inauguró, no en Nizhni Nóvgorod, como en principio se había pensado, sino en medio de la plaza Roja (y en 1931, a fin de dejar más espacio para los desfiles militares, se trasladó a la posición que ocupa actualmente frente a la catedral de San Basilio). Desde ese momento, el Estado, necesitado de símbolos que representaran el sacrificio patriótico realizado por los rusos comunes y unidos por la religión y el amor a la patria, fomentó el culto a Minin y Pozharski. Se acuñaron sus retratos en monedas, medallas y sellos postales; se publicaron libros sobre sus hazañas destinados a una amplia gama de lectores, y se filmaron películas, entre ellas una del gran director Pudovkin, *Minin y Pozharski* (1939). El filme se estrenó —y tuvo millones de espectadores— durante la invasión de Polonia por parte del Ejército Rojo, época en la que la propaganda soviética recapitulaba constantemente los sucesos de 1612, con la intención de retratar a los polacos como agresores —y potenciales aliados de Hitler—, para justificar la invasión. Putin ha dado continuidad a este tema antipolaco, empleándolo para justificar el pacto entre Hitler y Stalin y la posterior invasión de Polonia como un acto de autodefensa, y ha apelado al mito de Minin y Pozharski para dotar de sentimiento patriótico a su falso argumento. En 2005 instauró un día de la Unidad Popular, que debía celebrarse el 4 de noviembre —día en el que los polacos fueron expulsados de Moscú en el año de 1612—, y las celebraciones oficiales estuvieron centradas en las hazañas del carnicero y el príncipe como símbolo de la unidad del pueblo frente a la agresión extranjera. Así pues, el hecho de que Putin se detuviera ante el monumento a Minin y Pozharski en su camino a la inauguración de la estatua del príncipe Vladímir en la celebración de 2016, acto con el que comienza este libro, y posara allí ante los fotógrafos junto con algunos soldados, tenía un claro propósito simbólico.

Mientras Pozharski conducía sus fuerzas a Moscú, un consejo militar convocó a todas las ciudades para que enviaran sus representantes a una Asamblea de la Tierra con la misión de elegir a un zar ruso. A Moscú llegaron varios cientos de delegados para la votación del 7 de febrero de 1613. Constituían una muestra representativa de la sociedad, desde príncipes, boyardos y servidores latifundistas hasta clérigos, ciudadanos, cosacos e incluso un pequeño número de campesinos. El candidato elegido fue Miguel Románov.

El hombre que daría su nombre a la dinastía gobernante durante los siguientes trescientos años no tenía ninguna característica particularmente distinguida. No había cumplido aún los veinte años, era enfermizo y manso, tenía poca educación y, como ocurriría con muchos de sus descendientes, no era demasiado inteligente. Pero su padre, Filareto, patriarca de Moscú, gozaba de popularidad entre los cosacos. Filareto había sido el dirigente de la Iglesia rusa en Túshino. Era partidario del zar Dmitri, y los vínculos de su familia con Iván IV y el hecho de que Miguel fuera sobrino de Fiódor, último zar de la dinastía de los ruríkidas, lo hacían parecer una elección natural para quienes tenían como principal prioridad restablecer la forma y el contenido sagrados del sistema previo a la guerra y reunir a todo el país en torno a un trono ocupado por un zar ruso.

Los boyardos intentaron poner algunos límites al poder del zar. Existía una larga tradición por la que el zar gobernaba con la ayuda de un órgano consultivo formado por nobles de alto rango, el Consejo de los Boyardos, que había sido rota por la mera tiranía de Iván el Terrible. Los líderes boyardos deseaban restaurar ese principio y, según afirma Kliuchevski, hicieron prometer a Miguel, entre otras cosas, que no promulgaría leyes ni emprendería guerras por su cuenta, sin contar con el consentimiento del Consejo de los Boyardos o de la Asamblea de la Tierra. Si aquello supuso realmente la oportunidad de establecer una forma de monarquía limitada u oligárquica, fue una oportunidad perdida para los boyardos. Durante los primeros años del reinado de Miguel (1613-1645), mientras el zar luchaba por consolidar su autoridad y necesitó a la Asamblea de la Tierra para restablecer el orden, imponer la unidad y recaudar impuestos, el órgano se reunió con frecuencia. Pero más adelante, una vez afianzada la dinastía, la

actividad de la asamblea se redujo; se reunía pocas veces y solo cuando había sido convocada por el zar para dar su consentimiento formal a sus leyes. No consiguió constituirse como una asamblea nacional, una institución permanente y parte del orden estatal como las que podían constituir, en grados diversos, los parlamentos de Europa. Rusia siguió su camino autocrático.

La nueva dinastía tuvo que hacer frente a enormes desafíos. Grandes regiones del país seguían ocupadas por los suecos y los polacos; los primeros, decididos a tomar las tierras del noroeste, incluidas Nóvgorod y Pskov, y los segundos con el objetivo de hacerse nada menos que con el trono ruso. Fueron necesarios más combates y gravosos tratados para conseguir que se retiraran. El tratado rusosueco de 1617 concedía a los suecos todo el control de la costa báltica desde Finlandia hasta Livonia, y el tratado de 1618 con los polacos les cedió los territorios de la frontera occidental, incluidas Smolensk y treinta ciudades más. La situación no era mejor en el sur, donde los tártaros de Crimea eran una amenaza permanente, con sus constantes incursiones en las ciudades fronterizas de Rusia. Los esfuerzos del zar por conseguir que el kan de Crimea y sus protectores otomanos cesaran en sus correrías se veían socavados por las acciones de los cosacos del Don, que ignoraban sus peticiones para que pusieran fin a sus propios ataques en los territorios de Crimea y Turquía. La captura de la fortaleza de Azov por parte de los cosacos en 1637 puso a Rusia al borde de ser arrastrada a una guerra contra los otomanos, que sospechaban que el Kremlin había apoyado aquel ataque a su guarnición en el norte. Miguel evitó la crisis ordenando a los cosacos que abandonaran Azov y la entregaran a los turcos en 1642. Pero las incursiones tártaras y las contraincursiones cosacas en la frontera sur no cesaron, y Moscú reforzó allí sus defensas con la construcción de un número mayor de cuarteles.

Para un zar electo como Miguel Románov era difícil reclamar el título de autócrata e imponer su autoridad. Siguieron apareciendo distintos pretendientes al trono, especialmente entre los cosacos, que elegían a sus propios zares rebeldes. La tarea más difícil era la recaudación de los tributos. Durante treinta años entre 1613 y 1682, Rusia estuvo sumida en la guerra. Durante ese periodo, el gasto militar llegó casi a triplicarse, pues el país acrecentó su ejército permanente y adquirió tecnologías más avanzadas para poder competir con el resto de las potencias europeas. Aumentó la

envergadura del Estado burocrático, que extendió su alcance por las provincias para obtener un mayor volumen de ingresos de la recaudación de impuestos. Pero la economía agrícola experimentó una recesión por la que se deslizó una tensión creciente en las relaciones entre el Estado y la sociedad. Esta situación estaba enmarcada en una crisis general que tenía lugar en toda Europa, donde las costosas guerras habían puesto a los estados en conflicto con sus contribuyentes, cuya situación ya era difícil a causa de las malas cosechas, enfermedades y demás calamidades.[101] Cuanto más se inmiscuía el Estado en los medios de vida de las personas, más revueltas populares estallaban contra los impuestos y la centralización del poder a las que debía hacer frente.

La primera gran oleada de rebeliones se produjo en 1646, en respuesta a un aumento considerable del impuesto de la sal. La sal era una necesidad doméstica básica, esencial para la conservación de los alimentos. Gracias a la presión popular el impuesto fue rápidamente abolido, pero se vio reemplazado por otros cuantiosos tributos instituidos por el joven zar Alejo I, hijo de Miguel I, que reinó entre 1645 y 1676. La protesta de mayor envergadura tuvo lugar en Moscú, donde la población estaba soliviantada por las exenciones de impuestos de las que disfrutaban los comerciantes extranjeros y los miembros de los círculos de gobierno en la corte. El 1 de junio de 1648, Alejo regresaba de su peregrinación anual al monasterio de la Trinidad y San Sergio y, en las afueras de la ciudad, lo recibieron un grupo de ciudadanos que deseaban presentarle una petición. Se lamentaban de la influencia de las «personas poderosas» que «con sus acciones destructivas y su codicia causan problemas entre vos, el soberano, y todo el territorio».[102]

La presentación de peticiones al zar contaba con una larga tradición en Rusia. Pervivió incluso durante la época soviética, cuando millones de personas escribían a Stalin pidiéndole su ayuda contra los abusos de sus funcionarios, y puede verse aún en el programa de televisión de retransmisión anual de Putin, *Línea directa*, al que los televidentes llaman para hacer preguntas al presidente. En la forma de autocracia patrimonial que caracterizaba a Rusia, donde el Estado estaba encarnado en la persona del zar, este era el método más evidente que tenía el pueblo para exigir reparación ante las malas acciones o las injusticias. En el mito del padrecito zar, el *zar-batiushka*, el derecho a apelar directamente a este como una

figura justa y paternal, protectora de su pueblo, era fundamental. «Aunque los boyardos son malos, el zar es bueno», decía el proverbio ruso, insinuando que el zar no estaba al tanto de las injusticias que cometían sus servidores, pero que, una vez puestas en su conocimiento, las corregiría y castigaría a sus oficiales. Esta era la idea que impulsaba a los peticionarios que aquel día acudieron al encuentro de Alejo. En la ceremonia de su coronación, pensaban, el zar había besado la cruz y jurado proteger a los pobres.

Es fácil imaginar, por tanto, la ira de los manifestantes moscovitas cuando el joven zar desdeñó sus peticiones y ordenó el arresto de los peticionarios. Al día siguiente, cuando salió del Kremlin para asistir a un servicio en la catedral de San Basilio, fue vituperado por una multitud que se había congregado en la plaza Roja. A ella se unieron un cierto número de los mosqueteros, que se amotinaron cuando recibieron la orden de dispersarla, para irrumpir juntos en la fortaleza del Kremlin. La multitud se amontonó ante el palacio del zar y, después, se dirigió a atacar las mansiones de los magnates que gobernaban la ciudad, algunas de ellas situadas dentro de las murallas del Kremlin y otras en los distritos adinerados de las proximidades, antes de desmandarse y acabar incendiando un Moscú construido en madera. La turba arremetió contra los funcionarios, a los que se acusaba de ser responsables del impuesto a la sal; uno de ellos fue descuartizado y arrojado a un montón de estiércol. En un intento desesperado por apaciguar a los mosqueteros y acabar con las protestas, el zar ordenó la ejecución del jefe de la Cancillería de Artillería, un chivo expiatorio para apaciguar a los mosqueteros. Sin embargo, la verdadera figura a la que odiaba la multitud, el boyardo Borís Morózov, que había sido tutor del zar durante su infancia y miembro destacado de su Gobierno, salió bien librado con tan solo un breve periodo de destierro en un monasterio.

Estallaron también revueltas en otros emplazamientos; en Kozlov, Kursk y Vorónezh en el sur y en Solvichegodsk y Ústiug en el norte, así como en diversos distritos de Siberia. Temeroso de que se produjera una revolución a gran escala como la que en aquel momento lideraba Cromwell en Inglaterra, el zar convocó una Asamblea de la Tierra para introducir una serie de reformas. El resultado principal fue la articulación de un nuevo código jurídico (el *Ulozhenie*) en 1649, el cual, redactado apresuradamente

a partir de estatutos lituanos y bizantinos combinados con leyes rusas anteriores, fue el primero de esta clase que se publicó en Rusia. Se enviaron varios miles de ejemplares a los gobernadores locales para que pudieran informar a la gente de que el Gobierno estaba adoptando un nuevo enfoque para dar a todos los súbditos un acceso en pie de igualdad a la justicia. Los veintinueve capítulos temáticos del código, que cubren todos los ámbitos de la sociedad, siguieron constituyendo la ley fundamental hasta 1833. El hecho de que se mantuviera tanto tiempo no «testifica sus méritos», según Kliuchevski, sino que demuestra, más bien, «cuánto tiempo podemos sobrevivir los rusos sin una legislación satisfactoria».[103]

El *Ulozhenie* señalaba un giro hacia una noción del Estado de derecho. Representaría una forma inicial de gobierno burocrático, en el que prácticamente todos los asuntos quedaban bajo la regulación de las leyes publicadas, de manera que ya no estarían sujetos a la discreción del zar. No era eso lo que los manifestantes habían pedido. Lo que querían era que el zar nombrara a un mayor número de «jueces piadosos» y restableciera el funcionamiento correcto del sistema tradicional, en el que un dirigente piadoso y misericordioso fuese el juez supremo de todos. El código jurídico acababa con aquellas normas de carácter consuetudinario. Establecía, por ejemplo, que el pueblo ya no debía escribir al zar, sino apelar, en vez de ello, al correspondiente departamento del aparato estatal, la cancillería responsable del asunto que se planteara. Quien hiciera una petición directa al zar sería castigado con azotes en las plantas de los pies.[104]

El código puso los cimientos para una gran expansión del Estado burocrático. De los pocos cientos de funcionarios que componían la administración en 1613, durante la década de 1680 esta creció a más de dos mil secretarios y empleados a tiempo completo en las diversas cancillerías de Moscú.[105] Estos funcionarios procedían, en número cada vez más creciente, de una nueva clase integrada por hombres a los que se designaba para el cargo en función de su nivel de alfabetización y conocimiento de la aritmética, de sus capacidades organizativas y de su experiencia técnica, cualidades que estaban manifiestamente ausentes entre la mayoría de los nobles de la corte. Dichos funcionarios fueron asumiendo cada vez más responsabilidades y extendieron el alcance del Estado a casi todos los ámbitos de la vida de sus ciudadanos. Con anterioridad a 1649, la gente común de Rusia no había tenido demasiado trato con el aparato estatal,

pero, a partir de esa fecha, empezó a percibir su intrusión creciente a medida que la nueva legislación iba regulándolo todo, desde la blasfemia hasta el juego, pasando por la destilación de alcohol, los desplazamientos al extranjero, el vagabundeo y los músicos y juglares ambulantes.

Rusia era demasiado grande como para que el Estado pudiera llegar a todas partes. En los niveles provinciales, la aplicación de la autoridad quedó en manos de una serie de gobernadores (los *voevodas*) y magistrados que se elegían por designación. En los ámbitos rurales, el ejercicio del poder judicial entre los campesinos dependía de los terratenientes. En un nivel más reducido, en las aldeas, el mantenimiento del orden básico y la recaudación del tributo asignados al núcleo aldeano en su conjunto dependían de las propias instituciones comunales de los campesinos, que estaban supervisadas por un alguacil del terrateniente. El sistema de responsabilidad colectiva, la *krugovaya poruka*, que ya hemos visto, implicaba la colaboración del campesinado en las funciones judiciales y recaudatorias del Estado autocrático. El nuevo código jurídico ampliaba esos deberes colectivos al de la mutua vigilancia y la denuncia de la sedición frente al Estado. Todos los súbditos del zar estaban obligados por ley, bajo amenaza de pena de muerte, a informar a las autoridades de «cualquier conspiración o reunión o cualquier otra maquinación maligna del pueblo contra la majestad del zar».[106] En una sección digna del régimen estalinista, el código dictaba que los familiares de los «traidores», niños incluidos, podían ser ejecutados si no denunciaban a los parientes sediciosos. Entre los delitos que se incluían estaban el hecho de manifestar la intención de rebelarse contra el zar o cualquier declaración pública en su contra. La práctica de la denuncia quedó desde entonces profundamente arraigada en la sociedad, y para finales del siglo XIX se había convertido en una eficaz herramienta de la policía.

El código jurídico dividía a la población en clases definidas por ley y conocidas como «estamentos» (o *sosloviia*), los cuales estaban estrictamente ordenados según una jerarquía que atendía a la utilidad del sujeto para el Estado. Estas clases se constituían en grupos cerrados y autónomos. Ni los servidores nobles, ni los ciudadanos, ni el clero ni los campesinos podían abandonar su clase ni albergar esperanza alguna de que lo hicieran sus hijos. Semejante reglamentación de la sociedad tuvo

consecuencias profundas y de largo alcance para el desarrollo de Rusia. La movilidad social que hizo que las sociedades occidentales fueran tan dinámicas a principios de la Edad Moderna estuvo básicamente ausente en Rusia. Allí, la población de las ciudades quedó adscrita a ellas a perpetuidad. La migración, fuese para entrar o para salir de las urbes, se convirtió en un delito penal. Los contribuyentes urbanos estaban obligados a vivir allí donde aparecían registrados en el censo fiscal, y solo ellos tenían derecho a dedicarse a oficios de carácter urbano o a tener propiedades en las ciudades. Estas restricciones privaron a los gremios y las industrias nacionales del empuje empresarial que en aquella misma época estaban llevando los inmigrantes a las ciudades europeas. Las urbes de Rusia, por el contrario, estaban encerradas en sí mismas. Por ejemplo, en Moscú se prohibió por ley a los extranjeros poseer viviendas o levantar sus propias iglesias, una concesión del Gobierno a los peticionarios de 1648, que se habían quejado de la amenaza que los extranjeros suponían para su sustento y su fe.[107]

Los principales beneficiarios del código jurídico fueron los servidores militares, de los que el Estado dependía para su defensa. Los *pomeshchiki* estaban atravesando una época difícil. La costumbre de repartir sus haciendas entre sus hijos había ido reduciendo el tamaño medio de sus posesiones. En la década de 1640, las propiedades de la mayoría de ellos no bastaban más que para mantener a media docena de familias campesinas. No podían evitar que los campesinos los abandonaran y se marchasen al sur, en busca de terrenos y condiciones de vida mejores. Muchos *pomeshchiki* ni siquiera tenían lo suficiente como para poder equiparse con una armadura completa y terminaban vendiéndose como esclavos a otros servidores militares más adinerados, lo que significaba que iban a luchar en su lugar. Los *pomeshchiki* en apuros suplicaron la ayuda del zar. Querían leyes más estrictas que sujetaran a los campesinos a sus tierras. El resultado de estas peticiones fue la institución de la servidumbre bajo las disposiciones del nuevo código jurídico.

Hasta finales del siglo XV los campesinos habían gozado de libertad de movimientos, siempre que hubieran cumplido con sus obligaciones para con el terrateniente o, en caso de que vivieran en las llamadas «tierras negras», en las que no había, que hubieran pagado sus impuestos al príncipe

gobernante. La tierra era abundante, pero no era fácil encontrar mano de obra —un hecho básico que marcaría la vida en Rusia—, lo cual hacía que los campesinos se desplazasen en busca de mejores terratenientes o para asentarse en las «tierras salvajes» del sur. Las migraciones de los campesinos privaban a los *pomeshchiki* de la fuerza de trabajo que necesitaban, y suponían, también, una pérdida de contribuyentes para el Estado. Así, se aprobaron una serie de leyes que restringían la libertad de movimientos del campesinado. A partir del reinado de Borís Godunov, los campesinos solo pudieron dejar a sus terratenientes durante un periodo de dos semanas, en torno al día de San Jorge (el 25 de noviembre), y solo a condición de que pagaran una tasa de salida en compensación por la vivienda que habían ocupado. Pero ninguna de estas restricciones resolvía el problema de fondo, que era la pobreza del campesinado.[108]

El nivel de endeudamiento de los campesinos asentados fue en aumento, en parte debido a la recesión general de la economía agrícola y en parte porque la marcha de sus compañeros los dejaba faltos de la mano de obra y de los contribuyentes necesarios. Dado que los tributos se imponían de forma colectiva a la comunidad, la disminución de la población de la aldea significaba que recaía una carga mayor en los campesinos que permanecían en ella. Muchos pidieron préstamos a los terratenientes, a quienes debían devolvérselos trabajando sus tierras. Estos contratos de *kabala*, como se los llamaba (otro término de origen mongol), estipulaban el número de días a la semana que los campesinos debían trabajar para el terrateniente y el número de años que permanecerían a su servicio. Eran pocos los que conseguían pagar los intereses del préstamo, y no digamos ya el principal. A efectos prácticos, con estos contratos se vendían como siervos.

Los contratos de *kabala* fueron un paso jurídico determinante en la instauración de la servidumbre. Obligaron al Estado a endurecer sus restricciones de movimiento al campesinado si quería proteger a sus servidores militares de los riesgos de la huida de los campesinos, que era la forma más sencilla que tenían a su alcance para evitar pagar la deuda de la *kabala*. A partir de la década de 1580, se empezarían a endurecer las leyes y a otorgar un mayor margen de maniobra a los terratenientes para recuperar a los campesinos fugados. En la práctica, se reconocía el trabajo del campesinado como una forma de propiedad que pertenecía al terrateniente, reconocimiento que quedó consagrado en el nuevo código jurídico de 1649.

Los campesinos quedaron vinculados a las tierras en manos de los propietarios, sin ningún derecho de salida, y el Estado se hacía responsable de la captura y devolución de los fugitivos, descritos en adelante como criminales.

Las leyes de servidumbre estuvieron vigentes hasta 1861. El 90 por ciento del campesinado, la gran mayoría de la población rusa, estaba sujeto a ellas. Una vez privados de la libertad de movimiento, los siervos perdían cualquier capacidad de proteger sus intereses, quedando sometidos a una creciente explotación por parte de los terratenientes, que les hacían trabajar un promedio de tres o cuatro días a la semana como parte de la economía señorial (mediante una forma de servicio laboral conocido como *barshchina*) y, además, les obligaban a pagar una renta monetaria (*obrok*) por los campos que les correspondiesen, un dinero que ganaban con la realización de trabajos manuales. Los terratenientes dependían de estos ingresos para cubrir sus deseos y necesidades (los salarios militares eran demasiado escasos), por lo que empleaban todo tipo de medios para extraer más dinero a los campesinos. Aparte de las cuotas debidas a los señores, los campesinos debían pagar también impuestos estatales, tanto en horas de trabajo como en dinero. En términos económicos, estaban en una situación peor que la de la mayoría de los esclavos, que no tenían que pagar tributos al Estado.

En lo que respecta a otros factores, la situación de los siervos tampoco era mucho mejor. Algunos terratenientes mantenían un sentido de dedicación paternal hacia ellos, pero sus acciones no estaban sujetas a control alguno, por lo que eran libres de castigarlos más o menos como consideraran conveniente. Esta impunidad estaba destinada a tener en los señores, a medida que fuese pasando el tiempo, un efecto de embrutecimiento: las palizas y los azotes arbitrarios, las violaciones de las mujeres y la amenaza de separar a las familias se convirtieron en los medios por los que acabaron por gobernar a sus siervos. Varvara Petrovna Lutovinova, madre del escritor decimonónico Iván Turguénev, es un ejemplo clásico de terrateniente a la vieja usanza rusa. Alternaba entre el sentimiento de caridad y los actos de crueldad improcedentes contra los cinco mil siervos de las diversas propiedades que poseía al sur de Moscú. Una vez envió a dos de los sirvientes domésticos al destierro penitenciario en Siberia tan solo porque no se quitaron la gorra y se inclinaron

adecuadamente ante ella.[109] La naturaleza abusiva de estos castigos, tanto como su violencia, acrecentó el odio del campesinado hacia los terratenientes, un odio que tuvo su expresión en la violencia campesina de 1917.

La principal reacción del campesinado a la imposición de la servidumbre fue la huida. En número creciente, los campesinos se dirigieron hacia el sudeste, a las tierras del Volga y el Bajo Don, donde el Estado tenía una presencia más débil que en las tierras fronterizas y fortificadas del territorio estepario al sur de Moscú. Los cosacos se fueron desplazando también hacia el este, pues vivir del bandidaje en las estepas se había vuelto más dificultoso. Fue en el Volga y el Don donde se inició el mayor levantamiento popular del siglo, la revuelta de Razin, en mayo de 1670.

Stepan Razin era un cosaco de una zona del Don repleta de campesinos fugitivos. Aquellos migrantes estaban dispuestos a convertirse en «cosacos» y llevar una vida en libertad, sin amos ni impuestos. El carismático Razin, famoso por sus incursiones contra los turcos y los persas, los incitó a que se unieran a su grupo para luchar contra los boyardos y los terratenientes, en una guerra destinada a «ganar la libertad del pueblo» y poner en el trono a un zar justo (un cosaco). Los historiadores soviéticos relatarían después esta rebelión como una guerra campesina, pero el ejército de Razin estaba formado, en realidad, por elementos de origen muy diverso: cosacos, campesinos, aldeanos, clérigos pobres y miembros de las tribus tártaras, mordvinias y chuvasias que habían perdido sus tierras de pastoreo a manos de los rusos. Era una guerra entre los que no tenían y los que tenían.

Durante un año, el ejército de Razin hizo estragos. A su paso se iban rebelando todas las poblaciones a lo largo y ancho del Volga (Astracán, Tsaritsyn, Sarátov, Samara…), mientras que, en las zonas rurales, los campesinos incendiaban las casas señoriales de los terratenientes. Pero, tras un largo asedio en Simbirsk, las fuerzas zaristas hicieron retroceder a los rebeldes, los cuales, en el curso de una despiadada campaña de represión, en la que pudieron llegar a perder la vida hasta unos cien mil de ellos, quedaron reducidos a un puñado de pequeñas bandas dispersas.[110] Los cabecillas capturados fueron empalados, clavados en tablones, colgados, ahogados o descuartizados en las plazas públicas, como lección para la gente común. El propio Razin fue apresado. Lo trasladaron hasta Moscú encadenado en un carromato abierto, para torturarlo brutalmente y después

ejecutarlo en la plaza Roja, el 6 de junio de 1671. Campesinos y cosacos narraron durante muchos años la leyenda de su inmortalidad. Se decía que Razin estaba escondido en el desierto, aguardando el momento en el que el pueblo lo necesitara, y entonces reaparecería como un cuervo negro para liberarlo de la opresión. A principios del siglo XX se seguía viendo la imagen del cuervo de Razin, volando Volga arriba y abajo, como un presagio del advenimiento de la utopía revolucionaria campesina.[111]

Durante el siglo XVII, Rusia duplicó su tamaño. Creció porque podía hacerlo. De la conquista de los mongoles había aprendido que el mejor modo de defenderse de las tribus tártaras era controlar la mayor cantidad de territorio posible en la estepa euroasiática, conquistar cualquier zona desde la que pudiera sufrir un ataque. El derrumbamiento del Imperio mongol y los estados que lo sucedieron abrió la estepa siberiana a la conquista y colonización por parte de Rusia. No existían fronteras naturales, ni había otras potencias, más que la lejana China, que pudieran impedir la marcha de los rusos hacia el este. Estaban tan solo las tribus siberianas, los janty, los samoyedos, los tunguses, los yakutos, los buriatos, los chukchis, los daur y otras tribus poco numerosas que, armadas con arcos y lanzas, no eran rivales para los mosquetes y la artillería.

Los rusos fueron atraídos hacia el este por las pieles, el «oro blando» que en el momento álgido de su comercio, durante la década de 1680, llegó a representar hasta un tercio de los ingresos de las arcas imperiales. Tras las huellas de los cazadores que iban en busca de aquel bien preciado, llegaron los mercenarios cosacos, que levantaron fortificaciones de madera y exigieron a las tribus nativas el pago de un tributo peletero por medio de la toma de rehenes (generalmente mujeres, niños y sabios o chamanes de las tribus). Los mantenían encerrados en sus campamentos y permitían que los miembros de su tribu pudiesen verlos cuando estos les llevaban pieles de marta, visón, armiño y zorro. Aparte del pago de tributos, también se obligó a estos grupos nativos a ayudar a los rusos en su conquista de los territorios de las tribus vecinas, para lo que servían como guías, intérpretes, carreteros o guerreros, deber que en muchos casos estaban perfectamente dispuestos a cumplir si ello significaba acabar con sus rivales.

No en todos los casos fue sencillo someter a estas poblaciones. Los tunguses y los buriatos contaban con una artesanía metalúrgica y una organización social más desarrolladas que la mayoría del resto de las tribus y opusieron una fuerte resistencia. Por su parte, los rusos cometieron toda una serie de atrocidades terroríficas: incendiaron pueblos enteros, organizaron ejecuciones y violaron y esclavizaron de forma sistemática a las mujeres. Algunos grupos tribales huyeron o cometieron suicidios colectivos antes que someterse a los conquistadores.

En los libros de historia rusos, toda esta violencia ha sido minimizada, de manera que la conquista de Siberia suele presentarse como una colonización pacífica en la que se fue «civilizando» a las tribus nativas a medida que estas se asimilaban a la cultura y la sociedad rusas. Según este mito, lo que hizo el Imperio fue colonizarse o crecer a expensas de sí mismo, infundiendo entre los pueblos que lo conformaban una armonía que, con el paso del tiempo, llegaría a desembocar en esa «fraternidad de nacionalidades» que la Unión Soviética celebraba. En el relato que se les ha enseñado a los rusos, se dibuja un contraste muy marcado con la violenta construcción imperial de las potencias europeas y su conquista y sometimiento de los territorios de ultramar. Esta narración plantea también un contraste con Estados Unidos, un «imperio» territorial como el ruso, con la diferencia de que la conquista del Oeste, frente a la expansión rusa por Siberia, conllevó el ejercicio de una violencia genocida contra las tribus americanas nativas. Este es el relato que sustenta la imagen de imperialistas benévolos que los rusos guardan de sí mismos, aptos «por naturaleza» para asumir el liderazgo en Asia debido a su carácter europeo.

El obstáculo más difícil de superar fue el enorme tamaño de Siberia. Cuanto más al este llegaban los conquistadores, más difícil se hacía para Moscú tanto controlarlos como ayudarlos. Un mensajero podía tardar casi un año en viajar desde la capital hasta Yakutsk, la principal población en el área oriental de Siberia, y al menos otro año más en llegar a Ojotsk, la base rusa en el Pacífico, de modo que cualquier intercambio de mensajes podía prolongarse durante cuatro años. Enviar alimentos o suministros militares a las fuerzas de avanzada era una pesadilla logística. Los rusos no podían alimentarse en la tundra y los bosques montañosos entre Yakutsk y Ojotsk, así que, a partir de la década de 1640, se encaminaron hacia el sur, al valle de Amur, en la creencia de que sus fértiles campos y sus ríos repletos de

peces podrían llegar a alimentar hasta a veinte mil rusos cada año. Bajo el mando de su comandante, Jabárov (que daría nombre a la ciudad de Jabárovsk, la mayor del Extremo Oriente ruso en la actualidad), las fuerzas rusas libraron una guerra de terror, saqueo y exterminio de diez años de duración contra las tribus daur. En 1652 estas pidieron ayuda a China, la única potencia que tenía capacidad y estaba lo bastante cerca para romper el control ruso sobre el Amur. Los combates esporádicos entre rusos y chinos se prolongaron hasta 1689, cuando los primeros, finalmente derrotados, firmaron el Tratado de Nerchinsk, por el que renunciaban a su reclamación de las tierras del Amur. No las recuperarían hasta la era del ferrocarril y el barco de vapor.

Mientras tanto, por el oeste, la ampliación de Rusia se produjo gracias a su unión con la «Hueste de Zaporiyia», un naciente Estado cosaco gobernado por un *hetman* o comandante militar y que en 1648 había pedido ayuda a Rusia en su guerra de liberación contra Polonia. En las primeras décadas del siglo se habían producido toda una serie de levantamientos cosacos contra las autoridades polacas, fundamentalmente como reacción al asentamiento en aquellos territorios de nobles de ese origen, a los que se destinaba a prestar servicio en las estepas controladas por la Hueste, así como al impulso que se estaba dando al catolicismo griego o Iglesia uniata, subordinada al papa de Roma, como medio para debilitar la ortodoxia en Ucrania. Entre 1637 y 1638, se produjo una importante revuelta que fue brutalmente reprimida por las tropas polacas. Se tomaron entonces drásticas medidas contra los territorios ucranianos y cosacos donde había cundido la rebelión, asentando en ellos a funcionarios llegados desde Polonia e ignorando tanto las libertades que habían imperado hasta entonces en ellos como la autoridad de sus representantes electos. Como cabía esperar, esta campaña de sometimiento no hizo más que avivar el fuego de la revuelta. La élite cosaca, a la que Polonia podría haber captado y puesto a su servicio, se convirtió en su enemiga. Buen ejemplo de ello es la figura de Bohdán Jmelnitski. Próspero terrateniente y oficial cosaco, no había dado señales de tener ninguna intención de unirse a la rebelión hasta 1647, cuando sus propiedades fueron confiscadas, su casa incendiada, su mujer secuestrada y su hijo brutalmente apalizado por orden del dirigente polaco local. Al año siguiente, Jmelnitski fue elegido *hetman* de la Hueste de Zaporiyia.

Bajo su liderazgo, los rebeldes cosacos marcharon hacia Kiev y, en su avance, fueron derrotando sin dificultad a las tropas polacas, atrayendo a su causa a otros cosacos y combatientes campesinos allá donde hacían su aparición. Para muchos de los rebeldes, aquella guerra tenía el objetivo de defender a los ortodoxos del rey polaco, que había ilegalizado la Iglesia ortodoxa y confiscado su patrimonio. A su paso, el ejército de Jmelnitski fue ejecutando a polacos y judíos. Solo en 1648 fueron asesinados unos sesenta mil judíos, una cifra de muertos que no tendría igual hasta los pogromos de la guerra civil rusa.[112]

Fue en este punto cuando Jmelnitski pidió al zar que le prestara ayuda militar contra los polacos. Al principio, Alejo Románov fue reacio a implicarse en una guerra contra Polonia. Aunque deseaba recuperar el territorio de las fronteras occidentales (Smolensk, Séversk y Chernígov) que había cedido previamente a los polacos, también necesitaba mantener la alianza con su rey para hacer frente a los musulmanes de Crimea, que amenazaban la frontera sur de Rusia. El zar estuvo posponiendo su decisión durante cinco años, pero el patriarca Nikon lo persuadió de que interviniera. Se trataba, argumentó, de una guerra religiosa que debía liberar a los ortodoxos de los infieles, no solo en la Ucrania gobernada por Polonia, sino también en Moldavia y Valaquia, que estaban en aquel momento bajo control otomano. Era una oportunidad de oro para que los rusos obtuvieran verdaderos réditos en el oeste combatiendo en nombre de Dios.

El respaldo de Moscú a la guerra de Jmelnitski llegó en forma de un tratado que se firmó en 1654 en Pereyáslav, Ucrania. Como parte del tratado, el *hetman* cosaco hacía un juramento unilateral de lealtad al zar, quien, a su vez, prometía respetar la autonomía del hetmanato. Lo que esto supuso tanto para el Imperio ruso como para Ucrania es objeto de controversia. Los ucranianos consideran que el tratado constituye la fundación de un Estado independiente y fundamentado en el *hetman*, que muchos de ellos consideran la base de su nación moderna. Los rusos, por el contrario, lo ven como un acto de unión entre Rusia y Ucrania: el momento en que los dos grupos de su raza (los rusos de la Gran Rusia y la Rusia Menor) se convirtieron en una misma nación y un mismo Estado como resultado del curso natural de los acontecimientos. Ambas perspectivas presentan problemas. El hetmanato era un Estado cosaco, no ucraniano. Carecía del potencial para convertirse en un Estado nación, ya que los

vínculos que los cosacos mantenían tanto con el campesinado ucraniano como con el resto de las clases sociales eran débiles en extremo. Pero, contrariamente a la opinión rusa, la unión entre Rusia y Ucrania estaba muy lejos de estar predestinada. De hecho, fue tan solo uno de los diversos resultados posibles de la guerra de los cosacos contra Polonia. Ucrania también podría haber terminado siendo parte de Polonia o haber perdido la región del sudoeste a manos de los turcos.

El compromiso del zar con Jmelnitski dio como resultado trece años de onerosas guerras entre Rusia, Polonia y Suecia. Entre 1654 y 1656 las tropas rusas lograron hacer avances frente a los polacos (capturaron Smolensk, Vilna y Riga), fundamentalmente porque los suecos los estaban atacando al mismo tiempo. De hecho, tomaron Varsovia para marchar después sobre Lituania, lo que llevó a Rusia a enfrentarse en una guerra con Suecia entre 1656 y 1661. Los polacos aprovecharon la situación para recuperar muchos de los territorios que habían perdido ante los rusos. Para 1667, estas tres potencias septentrionales estaban exhaustas por aquellas guerras. El Tratado de Andrúsovo, firmado ese mismo año, estableció el reparto de Ucrania entre Rusia y Polonia; la primera obtuvo el este (la Ucrania del margen izquierdo), junto con Kiev, y la segunda, el oeste (la Ucrania del margen derecho).

El tratado señaló un giro fundamental en la política exterior de Rusia. Para aquel momento, rusos y polacos se encontraban unidos ante un enemigo común, los turcos, que estaban haciendo incursiones en el oeste de Ucrania con la ayuda de las fuerzas cosacas comandadas por Petró Dóroshenko, *hetman* de la Hueste de Zaporiyia. Durante un tiempo, los polacos fueron capaces de repeler las incursiones turcas en el oeste de Ucrania, pero la larga guerra contra Rusia había debilitado a Polonia, que en la década de 1670 ya no tenía la fuerza suficiente para evitar la ocupación turca. La expulsión de las fuerzas turcas de Ucrania en 1681 requirió la intervención de cien mil soldados rusos.

Con aquella victoria, Rusia consiguió por fin atraer la atención de Occidente, que nunca la había considerado una gran potencia de importancia en el continente. De repente, los europeos necesitaban que Rusia los protegiera de los turcos. En 1683 apenas habían podido rechazar a las fuerzas turcas en las murallas de Viena. La victoria obtenida por los rusos en Ucrania convenció a las potencias europeas de la necesidad de

tenerlos de su lado en la lucha contra los turcos en Europa. En 1686, Rusia firmó un Tratado de Paz Eterna con la Mancomunidad de Polonia-Lituania. Al hacerlo, los rusos estaban adquiriendo un compromiso con la Liga Santa, la coalición antiturca formada por la Mancomunidad de Polonia-Lituania, el Sacro Imperio Romano Germánico y la República de Venecia. Las cuatro potencias acordaban coordinar sus campañas contra los turcos: los rusos se comprometían a combatirlos en Crimea, los polacos en Moldavia, los austriacos en Transilvania y los venecianos en Dalmacia. Por primera vez en la historia, Rusia había entrado a formar parte de una alianza como potencia equiparable a las de Europa. Había entrado, en fin, en el escenario europeo.

Durante las décadas de 1680 y 1690, fueron llegando los primeros embajadores europeos a Rusia, desde Suecia, Holanda, Polonia, Dinamarca y el Sacro Imperio Romano Germánico. En aquel momento, se lo consideraba como un país atrasado y bárbaro, sobre todo por la falta de una civilización a la europea. La posición dominante de la Iglesia había impedido el desarrollo de una cultura secular. No había universidades, ni academias de ciencias o artes, ni profesionales independientes. Las artes habían quedado estancadas en el espíritu de la época medieval. Los iconos eran la forma principal que adoptaba la pintura. Los retratos de carácter laico apenas empezaban a hacer su aparición (el zar Alejo es el primer gobernante ruso del que tenemos una representación realista). Conocidos como *parsuny*, estos retratos tenían el estilo plano de los iconos. La pintura paisajista, histórica o de género seguía siendo desconocida en Rusia. La Iglesia acababa con la música instrumental (opuesta a los cánticos sagrados) allá donde aparecía, lo que generalmente sucedía gracias a músicos populares o juglares ambulantes. También la publicación de textos estaba controlada por la Iglesia. Rusia era el único país de Europa que no contaba con editores privados, hojas de noticias, diarios ni obras de teatro o de poesía impresas. Cuando Pedro el Grande ascendió al trono, en 1682, la imprenta de Moscú no había publicado más de tres libros de carácter no religioso desde el inicio de su actividad, en la década de 1560.[113]

La creciente influencia de Europa se empezó a dejar sentir durante el reinado del zar Alejo, mucho más dinámico e inteligente que su padre,

Miguel, fundador de la dinastía Románov. Su tutor, Morózov, lo había educado en las ideas, ciencias y lenguas europeas. En aquella época, Polonia y Ucrania eran los principales canales por los que el pensamiento, las tecnologías, las artes y los entretenimientos occidentales llegaban a Rusia. La guerra con Polonia supuso un punto de inflexión. Alejo y sus ejércitos entraron en ciudades como Vilna y Vítebsk, cuya arquitectura gótica, renacentista y barroca les era totalmente desconocida. «Desde que Su Majestad ha estado en Polonia y ha visto el estilo en el que allí están construidas las casas de los príncipes», observó Samuel Collins, el médico inglés de Alejo, «sus ha dado un impulso a sus ideas y ha comenzado a modelar su corte y sus edificios de manera más majestuosa, a vestir sus salones con tapices y a concebir unas viviendas hechas para el gozo».[114]

La corte de Alejo importó todo tipo de lujos europeos, desde relojes y telescopios hasta cajas de música, pájaros cantores y carruajes. Artamón Matvéiev, su amigo de la infancia e íntimo consejero, instauró un teatro en la corte, el primero de su clase en Rusia, en el que se representaban dramas barrocos alemanes. En su casa de Moscú, amueblada de arriba abajo al estilo occidental, Matvéiev organizaba recepciones a las que los invitados no asistían a beber sin moderación, como se hacía en las antiguas fiestas boyardas, sino a socializar en compañía de personas educadas en los buenos modales, y a las que, por primera vez, no solo estaba bien visto que las mujeres asistieran, sino también que hicieran de anfitrionas. Con anterioridad, habían estado excluidas de los entretenimientos de la corte y de los boyardos, de tal manera que se las mantenía aparte, en unas dependencias privadas conocidas como *terem*, similares al del harén islámico, donde vivían ocultas de la vista del público hasta que se casaban.

Todo ello eran únicamente demostraciones superficiales de influencia europea, de la adopción de lujos y hábitos sociales como meros indicadores de «civilización», sin que se produjera ninguna transformación significativa ni de las sensibilidades ni de las actitudes rusas. Alejo, un hombre profundamente pío, favoreció este contacto limitado con las costumbres occidentales. El zar creía que, mientras Rusia pudiera importar de Europa aquello que necesitaba (sobre todo armas y tecnologías militares), no tenía por qué aprender la ciencia que las había creado ni renunciar a sus creencias ortodoxas. Tal como afirmó Kliuchevski, Alejo esperaba que fuera posible «usar un abrigo alemán e incluso ver un espectáculo extranjero y mantener

intactos, al mismo tiempo, pareceres e ideas tales como el piadoso temor ante la sola idea de romper el ayuno en Nochebuena, antes de que la primera estrella asome en el cielo».[115]

Sin embargo, la propia Iglesia estaba cambiando. Con la adquisición de Ucrania, Rusia quedó expuesta a las ideas y formas de culto ucranianas. En la Academia de Kiev se había desarrollado un nuevo tipo de educación religiosa, derivada de los modelos jesuitas, en la que los sacerdotes recibían formación tanto en latín como en eslavo. El zar Alejo era un firme partidario de introducir reformas en la Iglesia rusa. En 1649 llevó a un primer grupo de monjes ucranianos a Moscú para que actualizasen los libros rusos de la liturgia y los pusiesen a la par con las versiones griega y ucraniana modernas que se estaban imprimiendo en Europa. Tres años después, cuando falleció el anciano patriarca Iósif, Alejo secundó la elección de Nikon, hombre de acción y voluntad, decidido a llevar a cabo la reforma, un gesto que el zar concebía como un primer paso para la reconstrucción de una Iglesia universal, como lo había sido la ortodoxia de Bizancio, bajo su gobierno desde Moscú.

Entre las reformas que Nikon introdujo en los libros de liturgia y los rituales de la Iglesia estaba la de hacer la señal de la cruz a la manera griega, con tres dedos (un símbolo de la Trinidad), en lugar de la antigua forma rusa con dos dedos (que simboliza la naturaleza dual de Cristo). Esto provocó un gran cisma en la Iglesia rusa que también dividió a la nación en dos. Los rituales religiosos se encontraban en el corazón de la fe y de la conciencia nacional rusas. La liturgia conformaba el contenido mismo de la fe. Alterarla suponía la insinuación de que las viejas creencias habían estado siempre equivocadas. Un gran número de fieles, liderados por el arcipreste Avvakum, antiguo aliado de Nikon, se negaron a aceptar aquellas reformas litúrgicas. Conocidos como los «viejos creyentes», defendían que los rituales rusos eran más sagrados que los de los griegos, quienes, al aliarse con la Iglesia romana, habían caído en la herejía, pecado por el que habían recibido el castigo de Dios con la pérdida de Constantinopla ante los turcos. Los viejos creyentes temían que las reformas de Nikon condujeran a la Iglesia rusa a sufrir una catástrofe similar al exponerla a los libros y las prácticas occidentales. Quizá a un lector contemporáneo estas disputas puedan parecerle insignificantes en comparación con los grandes debates doctrinales que tuvieron lugar durante el periodo de la Reforma, pero en

Rusia, donde fe y ritual estaban tan entretejidos, el cisma adquirió proporciones escatológicas. Tal como lo veían los viejos creyentes, aquellas reformas eran obra del anticristo, una señal de que se acercaba el fin del mundo.

Docenas de comunidades de viejos creyentes se alzaron en rebeldía. En 1668 los monjes de la comunidad de Solovetski se negaron a reconocer la autoridad del zar, se encerraron en el monasterio y, con el apoyo de los campesinos locales, resistieron un asedio de ocho años antes de acabar siendo apresados y masacrados por las fuerzas del zar. En otros lugares, ante la cercanía de los soldados del zar, los viejos creyentes se encerraban en sus iglesias de madera y les prendían fuego, pues preferían morir quemados antes que someterse al anticristo. Otros huyeron a los lagos y bosques remotos del norte, a las tierras del Volga, a las regiones de los cosacos del Don en el sur o a los bosques de Siberia. Continuaron siguiendo las enseñanzas que Avvakum difundía desde su lugar de exilio forzoso en el fuerte ártico de Pustoziorsk, donde sería quemado en la hoguera en 1680.

La lucha de los viejos creyentes tenía que ver con algo más que con lo ritual. Era una protesta contra el pujante poder de la Iglesia y el Estado, frente al que se sentían crecientemente alienados, a medida que dichas instituciones iban ampliando su control sobre la vida cotidiana de la población. Fue una revuelta social que adquirió forma religiosa. Los viejos creyentes estaban más extendidos en las regiones en las que el poder del Estado central era débil y el espíritu de rebeldía, fuerte. Fue el estandarte bajo el que se unieron las revueltas populares desde la década de 1670 hasta la de 1770. El cisma religioso constituyó una división profunda que atravesó la sociedad de arriba abajo. Separó a quienes se identificaban con la antigua Rusia de quienes iban a convertirla en algo nuevo y más en línea con Europa.

Pedro el Grande llevaría el conflicto hasta su punto culminante. Tenía solo diez años cuando ascendió al trono, en 1682, tras la muerte prematura de su enfermizo medio hermano Teodoro III, que había reinado desde la muerte de su padre, Alejo I, en 1676. Pedro era hijo de la segunda esposa de Alejo, Natalia Naríshkina, y fue elegido por los boyardos en vez de su medio hermano Iván, que era hijo de María Miloslávskaia, la primera mujer de su padre. Aunque Iván era cinco años mayor que Pedro, se le consideraba demasiado débil de carácter como para convertirse en zar. Su

hermana Sofía fue nombrada regente de Pedro. Los partidarios de Iván incitaron a la revuelta a los mosqueteros *streltsí* de Moscú, que se sentían agraviados por sus oficiales. Difundieron el rumor de que Iván, a quien consideraban el verdadero zar, había sido estrangulado en el Kremlin por la familia de Pedro, los Narishkin. Era una repetición de la conspiración de Borís Godunov.

Los *streltsí* irrumpieron en el Kremlin, asesinaron a todos los boyardos a los que consideraron sospechosos del regicidio y sumaron a sus comandantes a la lista de víctimas. Muchos de los amotinados eran viejos creyentes y deseaban revertir las reformas nikonianas. Convencidos de que Pedro era un títere boyardo, los motivaba la misma creencia en un verdadero zar que a los rebeldes que en su momento habían liderado Razin y Bolótnikov. A ellos se unieron los pobres de Moscú, que mantuvieron la revuelta durante varios días. En un intento de poner fin a la violencia, se alcanzó un acuerdo. Iván y Pedro gobernarían en conjunto, con Sofía como regente.

Esta forma de resolver la crisis sucesoria no bastó para satisfacer al contingente de los viejos creyentes. Dirigidos por su comandante, Iván Jovanski, siguieron exigiendo la restauración de los antiguos rituales y libros de liturgia, y amenazaron con aupar a Jovanski al trono si Sofía no cedía. Esta huyó a Zvenígorod con los dos zares a su cargo, y allí reunió las tropas suficientes para recuperar el control en la capital. Convocó a Jovanski a una negociación y lo hizo ejecutar por traición y herejía. Era el final de la Jovánshchina, nombre con el que se conocería al levantamiento, sobre todo gracias a la ópera homónima compuesta por Músorgski.

La historia puesta en escena responde a sus propias reglas. Músorgski basó su ópera en tres revueltas distintas: esta de 1682 y otras dos rebeliones posteriores en las que estuvieron implicados los *streltsí*. En la primera de ellas, que tuvo lugar en 1689, Sofía intentó sin éxito reclutar a los mosqueteros para alzarlos contra Pedro y asegurarse el trono en su propio nombre. La segunda se produjo en 1698, dos años después de que la muerte de Iván convirtiera a Pedro en el único gobernante, cuando los *streltsí* marcharon sobre Moscú con la falsa creencia de que Pedro había muerto en Europa, adonde había viajado en una gran embajada, y de que en el trono iba a sustituirlo un «alemán». Una de sus peticiones terminaba así: «Ha llegado a nuestros oídos que los alemanes se dirigen a Moscú y, siguiendo

su costumbre de afeitarse la barba y fumar tabaco, provocarán el derrocamiento absoluto de la fe».[116]

Pedro acortó su gira europea y se apresuró a regresar a Moscú para reprimir el levantamiento. Apareció ataviado con vestimenta occidental, luciendo bigote, pero sin barba (la cual en Rusia, donde todos los zares anteriores la habían lucido, se consideraba un símbolo de santidad). En lo que suponía una declaración de guerra contra los arcaicos rituales rusos, Pedro ordenó a todos los boyardos que habían ido a recibirlo que se afeitaran la barba. Dos mil mosqueteros *streltsí* fueron encarcelados. Bajo brutales torturas, algunos de ellos revelaron un complot para deponer a Pedro y devolver el trono a Sofía. Posteriormente, mil *streltsí* fueron ahorcados o decapitados. Sofía fue encarcelada en el convento de Novodévichi, en las afueras de Moscú. Para torturarla, Pedro ordenó que colgaran a cien rebeldes contra las paredes junto a su ventana y los dejó allí hasta que se pudrieron. El joven zar Pedro I, que tenía entonces veintiséis años, había consolidado su poder.

5
RUSIA MIRA HACIA OCCIDENTE

Hasta el siglo XVIII, los rusos siguieron la costumbre bizantina de numerar los años a partir del momento de la creación del mundo, acontecimiento que creían que se había producido 5.508 años antes del nacimiento de Cristo. Sin embargo, en diciembre de 1699, el zar Pedro I decretó una reforma del calendario: a partir del 1 de enero de 1700 (año 7209 según el antiguo sistema), los años debían contarse desde la fecha del nacimiento de Cristo, «a la manera de las naciones cristianas europeas». Para celebrar el comienzo del nuevo siglo, Pedro organizó una ceremonia magnífica con fuegos artificiales, doscientas salvas de cañón simultáneas y tragafuegos, en la plaza que se encuentra delante de la catedral de la Dormición del Kremlin. A los moscovitas se les ordenó por decreto que se unieran a las festividades, decorando las fachadas de sus casas, afeitándose la barba y cambiando sus caftanes tradicionales por indumentaria occidental («alemana» o «húngara»), según los modelos que presentaban los maniquíes que para su orientación se instalaron en las plazas de la ciudad. [117]

Se trataba de algo más que de una mera reforma del calendario. Era el inicio de una revolución cultural en la que hasta el sentido mismo del tiempo se vería transformado. En adelante, Rusia mediría su progresión en una escala temporal europea. Su misión era «ponerse al día» con Occidente, acelerar su desarrollo y dejar atrás su cultura anticuada y «atrasada», siguiendo el ejemplo de sus avanzados vecinos de Europa. Esa «puesta al día» sería el objetivo que perseguirían los gobiernos de Rusia durante los trescientos años siguientes. Pero la emulación de Occidente planteaba numerosos retos.

Pedro no era un hombre reposado. Superaba los dos metros de altura y caminaba con unas zancadas rápidas y enormes, dejando atrás a sus asesores mientras iba gestionando personalmente, con una energía inagotable, cada uno de los aspectos relativos a los asuntos de Estado (una imagen que captó maravillosamente el pintor Serov en su cuadro de 1907 *Pedro I, el Grande*). Lo impulsaba una curiosidad inquieta. Como escribió Pushkin, con unas palabras que conocen todos los escolares en Rusia:

Ahora académico, ahora héroe,
ahora navegante, ahora carpintero,
de alma universal
era en el trono un eterno trabajador.[118]

De joven, Pedro había adquirido un cierto desprecio por la Moscovia «medieval». Desdeñaba su cultura arcaica y provinciana, su espíritu de superstición temerosa y su recelo de Occidente. Por temperamento, Pedro era un revolucionario. Rechazaba la tradición ortodoxa y vestía un atuendo occidental, se afeitaba la barba y pasaba gran parte del tiempo en el barrio «alemán» de Moscú, en el que los extranjeros de la ciudad se veían obligados a vivir por la presión de la Iglesia. Organizaba festines con abundante alcohol que se prolongaban toda la noche y en los que participaban bufones, gigantes, enanos y cortesanas. Para mofarse de la Iglesia, a aquellas sesiones de libertinaje les dio el nombre de Sínodo de los Borrachos. Los juerguistas, entre los que a veces llegaban a congregarse cientos de los más importantes de sus hombres de Estado, adoptaban títulos como «patriarca de Baco» o «archidiácono Metelapolla».[119]

Entre sus compañeros de borrachera de mayor confianza estaban dos militares de alto rango, Franz Lefort, un mercenario suizo que llevaba al servicio de Rusia desde la década de 1670, y el escocés Patrick Gordon, intendente general del ejército ruso, quienes convencieron a Pedro de la necesidad de modernizar las fuerzas armadas si deseaba que Rusia se mantuviera a la par con los estados europeos. Como tantas otras veces en la historia del país, fueron las necesidades militares de Rusia las que decidieron la importación de nuevas tecnologías de Europa.

A partir de 1696, el zar viajó de incógnito por el norte de Europa para comprobar por sí mismo qué era lo que Rusia necesitaba para convertirse en una potencia militar en el continente. Fue el primer soberano ruso que viajó

al extranjero durante el ejercicio de su gobierno. En Holanda, Piotr Mijáilov (nombre que adoptó el zar) trabajó como constructor de barcos. En Londres, visitó el observatorio de Greenwich, el arsenal de Woolwich, la Real Fábrica de Moneda y la Royal Society. En Königsberg estudió artillería.

A su regreso a Rusia, en 1698, fundó una nueva armada, así como escuelas e industrias militares, y reorganizó el ejército desde cero. Estableció un nuevo sistema de reclutamiento, sin precedentes en Europa, por el que se creaban unas unidades formadas por veinte hogares campesinos, las cuales tenían la responsabilidad colectiva de enviar anualmente un hombre que serviría en el ejército de por vida, e incluso un número mayor durante los tiempos de guerra. Esta militarización radical de la sociedad se saldó con el mayor ejército permanente del mundo; a la muerte de Pedro, en 1725, estaba integrado por unos trescientos mil soldados, mientras que en 1801 ya había alcanzado la cifra de dos millones. [120] Ningún otro Estado podía movilizar a tal número de hombres. Pero el tamaño no era garantía de eficacia militar. No tardó en revelarse un patrón que sería parte de la historia de las fuerzas armadas, a saber, que Rusia debía depender de la cantidad porque en calidad iba rezagada. Aquella era la única forma en que los rusos podían medirse con las potencias occidentales en el ámbito militar, y ese sería el modo en que el país libraría sus guerras en adelante, perdiendo más vidas que sus adversarios, tecnológicamente más avanzados. Esta es la razón por la que perdió tantos soldados en las dos grandes guerras del siglo XX.

El coste de mantener un ejército de semejante tamaño suponía una pesada carga para las finanzas del Estado, que quizá ascendiera hasta las tres cuartas partes del gasto total durante el reinado de Pedro el Grande. Parte de estos gastos se sufragaban obligando a los soldados a hacerse cargo de su propio mantenimiento. Cada regimiento debía fabricarse sus propias botas y coserse sus uniformes. Los soldados formaban *artels* («colectivos») y trabajaban para los terratenientes de la localidad, actividad con la que ganaban el dinero necesario para mantener a su regimiento. Aun así, el coste del ejército se cubría principalmente con los impuestos, tanto indirectos, procedentes de la venta de sal y vodka, dos elementos esenciales para la familia campesina, como directos, por medio de un impuesto per

cápita o «por alma» que gravaba a los campesinos y que se instauró en 1718.

Para convertirse en una potencia europea, Rusia necesitaba hacerse con un acceso al mar Báltico. La costa báltica, desde Finlandia hasta Livonia, había sido cedida a los suecos en 1617, y Pedro I deseaba recuperar aquellos territorios. Necesitaba tener acceso a los puertos para poder exportar a Europa toda una serie de bienes que Rusia podía suministrar en abundancia (madera, alquitrán, cereal, cáñamo, cuero, pieles y piedras preciosas). Estas exportaciones servirían para sufragar la tecnología militar adquirida en Occidente. La conquista de la costa báltica daría a Rusia, además, una frontera natural.

Respaldado por una alianza con Polonia y Dinamarca, Pedro I declaró la guerra a Suecia y lideró a cuarenta mil hombres en un ataque sobre la ciudad fortificada de Narva en 1700. Sufrieron una durísima derrota ante una fuerza sueca comandada por Carlos XII y formada solo por nueve mil hombres, que estaban mejor entrenados y mejor equipados y tenían una mayor fuerza de artillería. Una cuarta parte de los rusos perdieron la vida y muchos más fueron capturados por los suecos.[121] La derrota le enseñó a Pedro el Grande dos lecciones que servirían de acicate para sus reformas: en primer lugar, para conquistar las líneas costeras iba a necesitar una armada moderna, y, en segundo lugar, por muy abundantes que fuesen sus efectivos, contra los suecos, que en aquel momento se contaban entre los ejércitos más potentes de Europa, tendría pocas posibilidades de victoria a no ser que contara con un nivel comparable de equipamiento y organización.

Los rusos lanzaron una nueva campaña en 1701, año en el que los suecos estaban distraídos en otra guerra contra Polonia. Capturaron la fortaleza de Nöteborg (a la que los rusos dieron el nombre alemán de Shlisselburg), estratégicamente situada en la desembocadura del río Nevá en el lago Ládoga. También conquistaron la isla de Kotlin (rebautizada como Kronstadt, también al estilo alemán), que, junto con Shlisselburg, dejaba aseguradas las defensas de San Petersburgo (que pronunciaban «sankt piterburg», según la fonética alemana), la ciudad que Pedro el Grande fundó en el lugar donde el Nevá llega al mar Báltico. El ejército de Pedro capturó también Narva y Dorpat (Tartu), conquistas que propuso devolver a los suecos si Carlos le permitía mantener San Petersburgo. Pedro consideraba

que este último era el más importante de los puertos bálticos, porque desde el Nevá los barcos podían llegar hasta el río Volga y el mar Caspio, con lo que Rusia se convertiría en la principal ruta de tránsito entre Asia y Europa. Carlos XII rechazó la propuesta de Pedro. Su deseo era eliminar la amenaza que suponían los rusos para las tierras bálticas de Suecia, de las que los suecos dependían para obtener cereales. Una vez derrotados los polacos, Carlos dirigió sus ejércitos contra aquellos, que se encontraban entonces en Lituania.

El plan de Carlos era atacar Moscú, destronar al zar y dividir Rusia en pequeños feudos que se repartirían entre los boyardos. Pero en vez de marchar hacia el este, directamente hacia la capital rusa, dirigió sus ejércitos hacia el sur, a Ucrania. Esperaba que allí se le unieran veinte mil cosacos bajo el mando de su *hetman*, Iván Mazepa, que había perdido la fe en la promesa rusa de proteger el hetmanato y creía que el rey sueco podría ayudarlos a independizarse de Rusia (al final, solo se unieron a los suecos tres mil cosacos). Los suecos también se vieron empujados hacia el sur por su desesperada necesidad de conseguir suministros alimentarios, pues los rusos, en su retirada a través de Lituania, habían llevado a cabo una política de tierra quemada, llevándose por delante todos los cultivos y animales que pudieran emplearse para alimentar al enemigo. Carlos pensaba que la situación en Ucrania sería mejor, pero allí se encontró también con el mismo nivel de destrucción. Cuando, el 27 de junio de 1709, las tropas invasoras llegaron a Poltava, estaban demasiado débiles y exhaustas como para ser rival para el mejorado ejército ruso que allí les hizo frente. Los suecos sufrieron una derrota decisiva, y Carlos, herido, escapó a territorio turco, al otro lado del Dniéper. Los rusos aprovecharon aquella oportunidad. Pusieron rumbo al noroeste, capturaron Riga y desde allí avanzaron para tomar el resto de las posesiones bálticas de Suecia. La Gran Guerra del Norte, el nombre que se le daría, se prolongó otros doce años más. Los rusos atacaron a los suecos en Finlandia y llevaron a cabo una serie de incursiones navales en las que saquearon e incendiaron poblaciones a lo largo de toda la costa sueca e incluso llegaron a amenazar a la propia Estocolmo. Los suecos se vieron obligados a pedir la paz y firmar el Tratado de Nystad (1721), por el que cedieron los territorios bálticos a Rusia.

La victoria sobre Suecia confirmó el estatus de Rusia como una importante potencia europea, y así fue reconocida por todos los gobernantes de Europa. «Hemos salido de la oscuridad a la luz —escribió Pedro a su hijo Alexéi—. Antes nadie en el mundo nos conocía, y ahora deben respetarnos».[122] Sin embargo, el respeto de Occidente no era suficiente para disipar los temores de Rusia respecto de sus territorios en la frontera occidental, Ucrania en particular, que había demostrado ser una puerta abierta para los ejércitos europeos. La invasión por parte de los suecos, ayudados por la traición de Mazepa, selló el destino de Ucrania como hetmanato independiente, y, durante las décadas siguientes, Rusia reforzaría el control sobre los territorios ucranianos de los que se había apoderado en 1654.

San Petersburgo se concibió como una capital europea: la «ventana a Europa» de Rusia, tal como Pushkin la describiría en *El jinete de bronce* (1833). La ciudad, cuyo trazado dibujaba una serie de conjuntos clásicos unidos por avenidas, canales y plazas, estaba pensada para impresionar a los visitantes europeos, para ganarse su respeto hacia Rusia como potencia y civilización.

Pedro se implicó en todos y cada uno de los detalles de la construcción inicial de la ciudad. Incorporó en ella todo lo que le gustaba de otras capitales europeas. Ámsterdam (que había visitado) y Venecia (que solo conocía a través de pinturas) inspiraron los canales y los muelles bordeados de palacios. El barroco clásico en el que se construyeron las iglesias de la ciudad era una mezcla de estilos entre las catedrales de San Pablo de Londres y San Pedro de Roma y las iglesias de chapitel único de Riga. Pedro llevó a San Petersburgo arquitectos, ingenieros, artesanos, artistas, diseñadores de muebles y paisajistas europeos. San Petersburgo se convirtió en el hogar de escoceses, alemanes, franceses e italianos. Para construir la capital modelo de Pedro no se escatimaron gastos: con el objeto de que los Jardines de Verano fueran «mejores que los de Versalles», hizo llevar peonías y cítricos de Persia, peces ornamentales de Oriente Próximo y pájaros cantores de India.[123]

Como si de la ciudad mágica de un cuento de hadas ruso se tratase, San Petersburgo creció a una velocidad tan fantástica, y todo en ella era tan

resplandeciente y novedoso, que pronto quedó consagrada en el ámbito de lo mítico. Según la leyenda de su fundación, Pedro I iba cabalgando junto con una docena de jinetes por las marismas cenagosas que se forman donde el Nevá se encuentra con el Báltico, cuando se detuvo, desmontó de su caballo, cortó dos franjas de turba con su bayoneta, las dispuso en cruz y sentenció: «¡Aquí habrá una ciudad!».[124] En sus palabras resuena el eco del mandato divino «¡Hágase la luz!», como si se insinuara que San Petersburgo había sido creada, como el propio mundo, *ex nihilo*. En el siglo XVIII, los escritores de sus panegíricos elevaron a Pedro I al rango de zar-creador, igual a un dios en sus poderes. En la mitología popular, en el romancero, en los cuentos orales y en las leyendas, el milagroso nacimiento de la ciudad, surgida del mar, le asignó desde el principio un estatus sobrenatural. Se decía que Pedro había construido su ciudad en el cielo y que después, como si se tratase de una maqueta gigante, la había hecho descender al suelo. Una nueva capital imperial que no tenía raíces en la tierra rusa.

En su propia persona, Pedro quiso recordar a los emperadores de la antigua Roma. Se dio a sí mismo el título latino de *imperator* y acuñó, en una nueva moneda de rublo, su retrato ataviado con una corona de laurel y armadura, a imitación de César. Era una ruptura simbólica con Moscovia, con aquella mitología bizantina en la que el zar era retratado como agente divino y defensor de la fe. Aparecía ahora con armadura, portando una corona y un manto al estilo occidental y el atuendo de gala imperial. Así aparece representado en una serie de retratos encargados a sir Godfrey Kneller y destinados a entregarse a los soberanos europeos en el transcurso de su embajada.

La victoria de Poltava fue el momento en el que esta personalidad militar-imperial quedó firmemente arraigada. En un famoso grabado de Alexéi Zubov, el zar aparece cabalgando al frente de sus triunfales tropas, camino de una Moscú que el artista ha reconfigurado a imagen de la antigua Roma. Ninguno de los arcos del triunfo que aparecen en el grabado existía. Las numerosas iglesias de cúpulas bulbosas de Moscú se eliminaron de la representación del paisaje urbano. Los soldados lucían los colores de su regimiento, pero en la procesión no había ni sacerdotes ni iconos que simbolizaran el papel de la intervención divina en la victoria. Era una

representación totalmente secular del poderío militar imperial, que contrastaba significativamente con el icono de *La Iglesia militante* que se había pintado con motivo de la conquista de Kazán por parte de Iván el Terrible y que narraba su triunfo como la obra de Dios.

La adopción del título de *imperator* por parte de Pedro suponía un cambio en la denominación de la propia Rusia. Anteriormente, el país se había conocido como Rus, denominación común de la patria étnica de los rusos (*russkie*). Pedro introdujo el término helénico «Rossiya» que durante el siglo siguiente reemplazaría a «Rus» como nombre del Estado ruso. El sustantivo *rossiya* debía transmitir una identidad imperial que uniera a todos los súbditos del Imperio ruso, con independencia de su origen étnico o nacionalidad, aunque en función de una jerarquía racial que privilegiaba a las nacionalidades (alemanes bálticos, rusos, etcétera) más cercanas a la cabeza del Imperio. Este era, entonces, *rossískaya* (adjetivo derivado de «Rossiya»), o a veces *vserossískaya* (que significa «todas las Rusias»), pero nunca *russkaya* (de «Rus»), adjetivo que se aplicaba al pueblo ruso (*russkii narod*), a la lengua rusa (*russkii yazyk*) y a la Iglesia rusa (*russkaya tserkov*), pero nunca a las instituciones del Estado. Si Moscú había sido la antigua capital de Rus, una «madre de todos los rusos», tal como escribió Tolstói en *Guerra y paz*, Petersburgo sería la capital de Rossiya, el centro administrativo de un imperio multiétnico que se extendía desde el Báltico hasta el Pacífico.

En el corazón de este Gobierno imperial residía una nueva concepción del Estado ruso. Hasta el código jurídico de 1649, Rusia se había entendido como patrimonio privado del zar. El concepto de «Estado» (*gosudarstvo*) había sido inseparable de la propia persona del zar (*gosudar*), que gobernaba Rusia como su dominio personal. El código jurídico había señalado un distanciamiento de esta concepción personal y un acercamiento a un ámbito regido por la ley. Pero Pedro I fue el primer zar que concibió el Estado como una maquinaria impersonal cuyo propósito era servir al bien público o a la comunidad. Esta idea la había adoptado de los pensadores cameralistas alemanes, los juristas y los servidores públicos que asignaban al Estado un papel activo y progresista de servicio al bien común, mediante la imposición del orden entre la población y la estimulación de la economía, a través de la implementación de políticas que debían ser diseñadas partiendo de la racionalidad económica y de un conocimiento detallado de

la sociedad. Pedro se sentía atraído por esta filosofía, quizá porque la equiparación que hacía del bien común con los intereses del Estado justificaba su empleo de la coerción en la implantación de sus reformas. El bienestar de la sociedad exigía un Estado policial convenientemente ordenado.

Como ocurría en otros estados absolutistas, Pedro regulaba todos los ámbitos de la sociedad. Estableció una serie de colegios o ministerios, nueve para empezar en 1718, que eran responsables de los principales ámbitos de la política que pretendía llevar a cabo (asuntos exteriores, guerra, marina, justicia, comercio, manufacturas, etcétera). En 1721 amplió el control estatal a los asuntos de la Iglesia con el establecimiento de un Sínodo Sagrado, un órgano del clero bajo su control que debía reemplazar al patriarca independiente. Esto suponía la erradicación de la idea bizantina de *symphonia* entre la Iglesia y el Estado en la que se había basado la filosofía política de las rus de Kiev y de Moscovia. El zar era ahora la única autoridad.

Pedro centralizó el gobierno provincial, organizó una renovación de las provincias (*guberniia*), que pasaron a tener un mayor tamaño, y aumentó el poder de los gobernadores de esas nuevas demarcaciones administrativas, a los que él mismo designaba. Hizo que el servicio estatal fuera obligatorio para la nobleza, cuyo estatus pasó a estar definido más por la antigüedad del cargo que por el nacimiento. La tabla de rangos, que se instauró en 1722, establecía catorce rangos o categorías de servicio estatal, y confería la nobleza hereditaria a los titulares de cargos de los ocho rangos superiores. Los plebeyos podían entrar en el rango inferior y obtener títulos nobiliarios, por medio de su trabajo, ascendiendo hasta el octavo rango (asesor colegiado del Gobierno, comandante en el ejército o tercer capitán en la marina). Este ordenamiento de los nobles según su servicio al Estado se mantuvo hasta 1917. Tuvo un efecto profundo en la forma de vida de los nobles y debilitó aún más su vínculo con la tierra. Puesto que el ascenso se concedía normalmente en función de la antigüedad, el sistema recompensaba a los servidores más veteranos y alentaba la mediocridad burocrática. En muchos sentidos, este sistema fue el precursor del Estado-partido soviético y de su sistema de *nomenklatura*, la designación en los puestos de mayor rango a aquellos funcionarios leales y con muchos años de servicio.

La maquinaria estatal petrina impulsó una activa política económica. Se encargó de la gestión de fábricas y minas propias, construyó carreteras y canales y reclutó a los campesinos del Estado (categoría creada por Pedro para los que vivían en las tierras de la Corona) como trabajadores en los emplazamientos. El Estado se convirtió en el principal productor y consumidor de bienes industriales del país, hegemonía que obstaculizó el surgimiento de una clase manufacturera independiente como la que en la época estaba apareciendo en Europa. Y, allá donde emergieron, estos industriales privados empezaron pronto a depender del Estado en lo referente a la inversión de capital y la obtención de ayuda para mantener vinculados a los trabajadores. En la región de Moscú, por ejemplo, a principios del siglo XVIII, comerciantes, artesanos e incluso campesinos estatales con ánimo emprendedor fundaron fábricas de lana y lino. Sin embargo, en ausencia de bancos inversores y de un mercado laboral, no podían operar sin ayuda estatal. Dado que el Gobierno dependía de estos fabricantes para cubrir la necesidad que tenía de uniformes, creó para ellos una nueva clase de siervos fabriles, lo que permitió a los industriales comprar pueblos enteros, cuyos campesinos quedaban entonces obligados a trabajar en aquellas fábricas textiles. La intención de Pedro era crear una sociedad empresarial dinámica, pero sus métodos estatistas redundaron en el atraso del país, arraigado en la cultura de la servidumbre.[125]

Junto con sus políticas para la industria, el Estado petrino dio mucha importancia a la difusión de la educación y la ciencia, y en especial al aprendizaje de tecnologías funcionales para la economía militar. Durante las primeras décadas de su reinado, Pedro envió a Europa a jóvenes prometedores para que estudiaran construcción naval, metalurgia, arquitectura, navegación, comercio y demás, y sufragó todos sus gastos. No obstante, una vez fundada la Academia de Ciencias de San Petersburgo, se consideró que la formación de estos jóvenes especialistas podía realizarse ya en el propio país. Pedro se había inspirado en su visita a la Académie des Sciences francesa, en 1717, y en su reunión con Gottfried Leibniz, en 1716, cuyas ideas influyeron en la importancia que en la Academia se daba a la geografía. Fue Leibniz quien lo convenció de que Rusia debía desempeñar un papel destacado en la exploración de Asia.

La geografía fue la primera ciencia académica en la que Rusia destacó internacionalmente. Las dos expediciones a Kamchatka que dirigió Vitus Bering entre 1725 y 1743 pusieron en conocimiento de Europa que entre Asia y América no existía ningún territorio que las conectara, sino que estaba el estrecho de Bering. En la segunda expedición participaron dieciséis investigadores de la Academia, bajo la dirección de Gerhard Müller —a quien conocimos al comienzo de este libro—, con el proyecto de realizar un estudio detallado de los pueblos, la fauna, la vida silvestre y la geología de Siberia. Después de pasar diez años en la región, Müller regresó a San Petersburgo con una enorme colección de materiales sobre la historia, las lenguas y las costumbres étnicas de las tribus nativas, que publicaría más tarde en su *Descripción del reino de Siberia* (1750), obra fundacional en el campo de la etnografía.

San Petersburgo era algo más que una ciudad. Era la escuela europea de Rusia, un proyecto civilizatorio de ingeniería cultural que debía reconvertir a los rusos en ciudadanos europeos. Todo en ella estaba destinado a fomentar una forma de vida más occidental. Pedro les dijo a sus nobles dónde debían vivir, cómo debían construir sus palacios, cómo debían educar a sus hijos, cómo debían vestirse y comportarse, cómo debían comer y entablar relaciones en una sociedad de buenos modales. Durante los cincuenta años siguientes aparecieron muchas ediciones de un manual de etiqueta, *El honorable espejo de la juventud* (1717), compilado a partir de fuentes occidentales. Entre otras cosas, aconsejaba a sus lectores que no «escupieran la comida», que no «usaran un cuchillo para limpiarse los dientes» ni «se sonaran la nariz como una trompeta».[126] En aquella capital draconiana no se dejaba nada al azar. Estaba administrada por la policía —en el sentido de que contaba con un estricto control del orden público y la seguridad, de la higiene civil y de la vivienda, así como de la prevención del delito—, sistema que Pedro había creado a partir de los tenientes generales franceses.

La parte más polémica de la obra de ingeniería cultural emprendida por Pedro el Grande fue la reforma de la lengua. Creó una escritura civil, similar al latín, que debía emplearse en las obras impresas en lugar del eslavo eclesiástico. Las reformas supusieron la importación de numerosas palabras extranjeras en los ámbitos gubernamental, militar y jurídico, en los que se carecía de unos términos originales rusos para expresar la mayoría

de los conceptos básicos. El uso del francés se convirtió en un signo distintivo de modales civilizados. El problema volvía a radicar en la falta de términos rusos para hacer referencia al tipo de pensamientos y sentimientos que integraban la conversación de sociedad; conceptos como «gesto», «compasión», «privacidad», «impulso» o «imaginación» no podían expresarse sin el uso del francés. Si bien aquel «estilo de salón» que adoptó también el ruso literario mostraba cierto refinamiento fruto de su sintaxis y fraseología afrancesadas, el abuso de las expresiones francesas, que en realidad eran meros clichés, lo convertía en una retórica torpe y farragosa. Era el lenguaje de la presunción social que Tolstói satirizó en los pasajes iniciales de *Guerra y paz*: «Anna Pávlovna llevaba unos días acatarrada, tenía "gripe" ("gripe" era entonces una palabra nueva y de raro uso en San Petersburgo)».[127]

Estas reformas culturales encontraron resistencia, tanto por parte de los nobles de provincias, que las consideraban una amenaza para su tradicional estilo de vida «ruso», como de los mercaderes y cosacos, muchos de ellos viejos creyentes que veían a Pedro como el anticristo. En 1708 se produjo en Astracán una revuelta liderada por cosacos que fue fácilmente sofocada. Pero la aversión popular hacia las costumbres, hábitos e ideas occidentales se mantuvo hasta mucho tiempo después y quedó reflejada en el folclore, en las canciones satíricas y en una serie de relatos reproducidos en xilografías que en ruso se conocen como *lubok*. Del más famoso de estos grabados *lubok*, titulado *Los ratones entierran al gato*, se imprimieron numerosas ediciones, y circuló ampliamente por toda Rusia en el siglo XVIII. En él se muestra al pueblo (representado en la forma de unos ratones) celebrando la muerte del zar Pedro (el gato), cuyo impío reinado había traído la costumbre de afeitarse, fumar, beber, bailar e incluso tocar música en su funeral.[128]

Desde mediados del siglo XVIII, se puede observar el surgimiento de una nueva conciencia nacional, que encontraría su expresión fundamental en una ideología antioccidental y que estaba basada en la defensa de las costumbres y la moral rusas contra el influjo corruptor de Occidente, todo lo cual sería un lugar común para los eslavófilos posteriores. «Cuando comenzamos a enviar a nuestros jóvenes al exterior y confiamos su

educación a los extranjeros, nuestros valores cambiaron por completo», escribía el historiador Iván Boltin en la década de 1780.

> Entraron en nuestros corazones nuevos prejuicios, nuevas pasiones, flaquezas y deseos, desconocidos para nuestros antepasados. Aquello extinguió el amor que le teníamos a nuestra patria, destruyó el apego que sentíamos por nuestra fe y nuestras formas ancestrales. Olvidamos lo antiguo antes de dominar lo nuevo, perdimos nuestra identidad sin llegar a ser lo que deseábamos ser. Todo esto fue consecuencia de la prisa y la impaciencia. Quisimos lograr en pocos años lo que requería siglos, y comenzamos a construir la casa de nuestra ilustración sobre arena, sin haber sentado unos cimientos firmes.[129]

A la par que todos estos tratados intelectuales, floreció una próspera industria de comedias satíricas, que pretendían transmitir el mismo argumento para un público más amplio. El afrancesado dandi petersburgués era el blanco de aquellas sátiras. Sus modales decadentes y artificiosos contrastaban con las virtudes sencillas y naturales de los siervos, y las seducciones materiales de la urbe europea, con los valores espirituales del campo ruso. La moraleja era sencilla: a causa de su imitación servil de Occidente, las élites petrinas habían perdido todo sentido de la propia nacionalidad. Al esforzarse por sentirse como en su propia casa en compañía de extranjeros, se habían vuelto extranjeros en su propia casa.

La figura histórica de Pedro el Grande causa división entre los rusos como no lo hace ninguna otra. Los eslavófilos sostenían que había puesto a Rusia en el camino de una vía falsa; la de imitar a Occidente e importar su cultura materialista, que solo podía lograrse a expensas del carácter nacional, con la pérdida de los valores espirituales y las tradiciones que distinguían a Rusia de Europa. Pero para la intelectualidad occidentalizante, que miraba hacia Europa en busca de sus valores e ideales, lo que Pedro había hecho era fundar una nueva patria, la Rusia petrina, la única en la que ellos podían creer. Su posición la expresó el filósofo del siglo XIX Vladímir Soloviov, que afirmaba que Pedro había salvado a Rusia de desarrollar un carácter «puramente asiático»: «Todo lo que en la esfera del pensamiento y la creatividad hemos tenido de bueno y original surgió únicamente como resultado de las reformas petrinas; sin ellas no tendríamos ni a Pushkin, ni a Glinka, ni a Gógol ni a Dostoievski, ni a Turguénev ni a Tolstói».[130]

Una cosa sí que puede afirmarse con certeza, y es que aquellas reformas crearon una profunda brecha cultural entre la civilización urbana de las

élites occidentalizadas y el mundo rural de los campesinos, privados de educación y de libertad, consumidos por la servidumbre y la pobreza, que se aferraban a sus anticuadas tradiciones comunales e interpretaban el universo por medio de supersticiones paganas y creencias ortodoxas. Esa brecha permaneció abierta hasta 1917 y fue la línea divisoria sobre la que se libraría la revolución.

Los bolcheviques se inspiraron en Pedro el Grande (el poeta Max Voloshin lo llamaría «el primer bolchevique»). Al obligar a la atrasada Rusia a ponerse a la par con Occidente, había ofrecido un ejemplo para el programa de hipermodernización forzosa de los propios bolcheviques. Pero los métodos coercitivos de Pedro tuvieron, en muchos aspectos, un efecto contrario al que él pretendía. En vez de modernizar el país, reforzaron la tiranía estatista y las costumbres serviles del sistema de servidumbre que hasta entonces habían mantenido a Rusia, como así continuarían haciéndolo, en un estado relativamente atrasado en comparación con Occidente, donde las sociedades gozaban de mayor libertad. Ahí residía la paradoja, no solo de su proyecto de reforma, sino de todos aquellos que, en lo posterior, estuvieron a la cabeza de gobiernos rusos de tendencia occidentalizadora. En ausencia de una sociedad libre o de una esfera pública activa disponible para la empresa, era el propio Estado el que actuaba como motor único de la reforma. Y forzar los cambios desde arriba solo podía abrir una brecha aún más profunda entre el Estado y el pueblo, reforzando la coerción estatal como mecanismo principal de la reforma.

En 1722, solo tres años antes de su muerte, Pedro anunció una nueva Ley de Sucesión. No tenía ningún heredero varón. Su primer hijo, Alexéi, había sido ejecutado por orden suya cuatro años antes, acusado de traición, tras haber huido del acoso de su padre para refugiarse en Viena. Por otra parte, su hijo menor había muerto en 1719. Pedro se reservó el derecho de nombrar a su heredero (una clarísima declaración de que estaba por encima de la ley). Su elección recayó en su segunda esposa, una mujer de humildes orígenes polacos, a la que, en 1724, coronó como emperatriz Catalina I en la catedral de la Dormición. En la ceremonia de coronación, Pedro sustituyó al patriarca como oficiante de la bendición divina, una alteración simbólica más de la antigua *symphonia* bizantina entre Iglesia y Estado, que habían

aparecido como socios iguales en los rituales de coronación ejecutados con anterioridad. La voluntad del zar había llegado a tal punto que él mismo se encargaba de decidir el destino de Rusia y otorgar un estatus sagrado a su sucesor.

Dado lo divisivo que había resultado el reinado de Pedro el Grande, quizá sorprenda que su muerte no diera lugar a una guerra civil, como había ocurrido tras el fallecimiento de Iván el Terrible.[131] El hecho de que Rusia estuviera gobernada por mujeres durante la mayor parte de lo que restó de siglo —entre Catalina I (1725-1727), Ana I (1730-1740), Isabel I (1741-1762) y Catalina la Grande (1762-1796) ocuparon el trono casi el total de los setenta y un años (salvo tres de ellos) que transcurrieron entre la muerte de Pedro y el ascenso al trono de Pablo I en 1796— puede ser en parte la razón. Las mujeres gobernantes fueron consideradas «humanas» y «sabias», de trato más suave y transigente que el dominante Pedro, lo que amplió el espacio para la política cortesana y contribuyó a estabilizar el sistema. Las principales familias de la corte se agruparon en facciones, y esto dio a las gobernantes la oportunidad de afirmar su dominio por medio del «divide y vencerás», estrategia que Isabel y Catalina la Grande llegaron a manejar a la perfección.[132]

Los problemas que afrontaron para consolidar su autoridad monárquica tuvieron menos que ver con el género que con la nacionalidad. A excepción de Isabel, hija de Pedro, el resto de los gobernantes que, tras su muerte, tuvo Rusia en el siglo XVIII, o bien habían nacido en el extranjero (Catalina I, Pedro III y Catalina la Grande), o bien tenían padres alemanes (Pedro II e Iván VI), o bien se habían casado con miembros de familias alemanas (Ana I o Pablo I). En las dos ocasiones en las que se produjo un golpe palaciego para tomar el trono, la motivación de los conspiradores tenía que ver con la hostilidad contra los gobernantes extranjeros o contra la pleitesía a las potencias extranjeras a expensas de los intereses de Rusia.

El primero de ellos se produjo tras la muerte de Ana I, en octubre de 1740. Ana era hija de Iván, hermanastro de Pedro el Grande. Antes de convertirse en emperatriz, había sido duquesa de Curlandia (parte de la actual Letonia). En Rusia había nutrido su Gobierno y sus regimientos de élite con miembros alemanes (de las familias Ostermann, Münnich y Lieven), cuyo indisimulado desprecio por los rusos inflamó el sentimiento

nacionalista. La figura más odiada era su amante, Ernst Johann Bühren (Biron para los rusos), un alemán de Curlandia que, sin ocupar ningún puesto oficial, parecía ejercer un enorme poder. Al principio, el descontento con Biron estuvo limitado a pequeños grupos de oficiales a los que unía su deseo de tener un Gobierno ruso. Pero se generalizó cuando aquel impuso la recaudación de una serie de impuestos atrasados que en realidad habían sido anulados por gobernantes anteriores. Cuando, a la muerte de Ana, Biron fue nombrado regente de su heredero, Iván VI, hijo pequeño del duque de Braunschweig-Mecklenburg, la oposición rusa, que entonces contaba ya con el regimiento Preobrazhenski como brazo fuerte, tomó el poder, arrestó a Biron y puso en el trono a Isabel I. Biron y el resto de los alemanes de su círculo fueron enviados a Siberia, mientras que los soldados rusos ejecutaron a los oficiales alemanes.

El segundo golpe antiextranjero lo llevó a cabo Catalina la Grande (ella misma extranjera) contra Pedro III, su propio esposo, en 1762. Catalina, nacida princesa Sofía de Anhalt-Zerbst, un Estado germano de carácter menor, había llegado a Rusia a los diecisiete años como futura esposa de su primo segundo, Carlos Pedro Uldarico de Schleswig-Holstein-Gottorp, nieto de Pedro el Grande y heredero de la emperatriz Isabel. En su boda, en 1745, Catalina se convirtió a la ortodoxia, abandonando su fe luterana, y tomó el nombre elegido para ella por Isabel, cuya madre había sido Catalina I.

El matrimonio fue un desastre. Catalina aborrecía a su marido. En sus memorias lo describe como un hombre estúpido, cruel y mezquino —opinión que los historiadores han puesto en cuestión—, y afirma que era impotente. La infeliz pareja no tardó mucho en llevar vidas separadas. Catalina empezó a tener una relación con Serguéi Saltykov, un apuesto chambelán, y sufrió dos abortos espontáneos antes de dar a luz a un hijo, Pablo, el heredero al trono, en 1754. No se sabe si Saltykov era el padre de Pablo, pero eso insinúan las memorias de Catalina, para horror de sus descendientes, que, a lo largo del siglo XIX, censuraron toda mención de su nombre.

Pedro III era admirador de Federico el Grande, rey de Prusia. Llegó a confesarle a este que preferiría ser general del ejército prusiano antes que emperador de Rusia. Al acceder al trono, en diciembre de 1761, designó a

alemanes en los más altos cargos. Abandonó la alianza con Austria y Francia, en cuyo bando había estado luchando Rusia desde el comienzo de la guerra de los Siete Años, y se pasó al lado prusiano. Su política interior ofendió el sentimiento nacional ruso, en particular las incautaciones de tierras de la Iglesia, el reclutamiento militar de los hijos de los sacerdotes y la orden de retirar de las iglesias ortodoxas todos los iconos salvo los del Salvador y la Madre de Dios, medidas que mostraban su desprecio por la fe y suscitaban temores de que albergara la intención de sustituirla por el luteranismo. Catalina justificó su golpe de Estado alegando que estaba defendiendo a la ortodoxia de la «destrucción de sus tradiciones».[133] Conocía la historia rusa lo bastante bien como para ser consciente del poder que tenía la religión a la hora de unir a los rusos contra el dominio extranjero.

El 28 de junio, con la ayuda del conde Orlov, su nuevo favorito, que consiguió poner de su lado a los guardias de élite, Catalina se vistió con el uniforme verde del regimiento Preobrazhenski y salió de San Petersburgo al frente de sus tropas para arrestar a su esposo en su palacio de Oranienbaum. Pedro se rindió con docilidad (al enterarse de su derrocamiento, Federico el Grande diría que se había «dejado expulsar del trono como un niño al que hubiesen enviado a la cama»). Fue desterrado a una de sus propiedades cerca de San Petersburgo, donde Orlov lo asesinó tres semanas después. Oficialmente, se informó de que había muerto de «cólico hemorroidal», lo que llevó a un filósofo francés a comentar con humor que las hemorroides debían de ser algo muy peligroso en Rusia.[134]

La nueva emperatriz tuvo que afrontar la ardua tarea de consolidar su legitimidad. Como mujer y extranjera no le resultó fácil, por mucho que intentara rusificarse adoptando las costumbres rusas, estudiando la historia y el folclore del país y observando escrupulosamente los rituales ortodoxos. Muchos consideraban a su hijo Pablo como el heredero legítimo, aunque solo tuviese ocho años, y también Iván VI, de veintidós, podía reivindicar su derecho a ocupar el trono, a pesar de que llevaba bajo custodia desde que, en 1741, fuera depuesto por Isabel. Encerrado en secreto en la fortaleza de Shlisselburg, donde se le conocía simplemente como el «prisionero sin nombre n.º 1», Iván no había recibido formación, pero era consciente de su identidad imperial. Cuando sus carceleros descubrieron quién era, en 1764, se tramó un plan para liberarlo y proclamarlo emperador. El complot fue

rápidamente frustrado y, por orden de Catalina, Iván fue asesinado en su cama. La noticia de su asesinato circuló como la pólvora y despertó los habituales rumores de que en realidad estaba vivo, la mayoría de ellos promovidos por oportunistas cosacos o por pretendientes al trono que decían ser él.

Desde el inicio de su reinado, Catalina se presentó como la sucesora política de Pedro el Grande, la gobernante que continuaría su transformación de Rusia. Ese era el objetivo con el que erigió su monumento a Pedro, la estatua ecuestre de Étienne-Maurice Falconet, inaugurada en San Petersburgo en 1782, que después sería conocida como el Jinete de Bronce y que, en su enorme pedestal de granito, mostraba la inscripción A PEDRO I, DE CATALINA II. En el tiempo transcurrido desde la muerte de Pedro, sus reformas habían ido perdiendo su carácter controvertido, e incluso se convirtieron en fuente de consenso nacional, lo que permitió a Catalina apelar a ellas para legitimar su gobierno. Igual que aquel, se comprometía a servir al bien común. La medalla que se acuñó cuando ascendió al trono la representaba como Minerva, diosa romana de la sabiduría, como la promesa de un reinado de paz y progreso a través de la ciencia y el conocimiento. Sin embargo, a diferencia de Pedro, Catalina no recurrió a la coacción estatal para imponer sus reformas. Seguidora de la Ilustración, insistió en la necesidad de educar a los nobles como agentes del gobierno ilustrado. Quería crear una nobleza que sirviera al bien público no por obligación, sino por mantener un sentido del deber hacia la sociedad (*noblesse oblige*).

Esa era la idea que subyacía a la primera gran acción de Catalina: la emancipación de los nobles de sus obligaciones de servicio al Estado. El decreto lo había anunciado Pedro III en 1762 como una concesión a los terratenientes, que llevaban años presionando para obtenerlo. Se quejaban de que sus obligaciones de servicio les impedían atender la administración de sus bienes. Pero no fue esa la única razón para su liberación. Lo cierto es que el Estado ya no necesitaba contar con tantos nobles a su servicio. Desde la introducción del servicio obligatorio por parte de Pedro el Grande, se había creado una nueva clase de funcionarios permanentes. La reforma impulsada por Catalina tenía tanto que ver con liberar a los nobles de sus obligaciones de servicio al Estado como con emancipar a este de su

obligación de dar empleo a los nobles. La idea era dejar en servicio a los que así lo eligieran y permitir la salida de los que prefirieran dedicarse a sus haciendas para mejorar su economía. Catalina confiaba en que los nobles rusos asumieran papeles de liderazgo en sus propias comunidades, entidades corporativas y gobiernos provinciales, igual que hacían la nobleza inglesa o los *junkers* prusianos. Liberados de sus obligaciones hacia el Estado, crearían las instituciones locales necesarias para desarrollar un gobierno eficaz.

La idea no funcionó. La alta nobleza era demasiado dependiente del servicio estatal como una señal de estatus. A sus jóvenes les gustaban el glamour de San Petersburgo y la camaradería de la vida castrense, de tal manera que retrasaban el retiro a sus haciendas hasta la mediana edad o la de jubilación, momento en el que ya les quedaban pocas ganas de impulsar mejoras agrícolas o trabajar en el gobierno local. Trataban sus propiedades como casas de campo, palacios de placer y cultura, repletas de obras de arte europeas y asistidas por una multitud de sirvientes domésticos (chambelanes de librea, doncellas, cocineros, camareros, jardineros, cocheros y hasta músicos y artistas), tal cantidad de ellos que dejaba atónitos a los visitantes extranjeros. Algo más abajo en la escala social, entre los pequeños terratenientes, la emancipación fue bien recibida y se instalaron en sus latifundios. Pero o no estaban dispuestos a asumir funciones en la administración de las provincias o eran demasiado pobres para hacerlo.

La endeblez de la gobernanza a escala local quedó clara durante la revuelta de Pugachov (1773-1774), la última y mayor de las rebeliones dirigidas por cosacos que llevaban desestabilizando al Estado desde principios del siglo XVII. Como en todas ellas, la revuelta se inició en nombre del verdadero y santo zar, enviado por Dios para liberar al pueblo de los terratenientes. En la hueste de los cosacos del Yaik, en las estepas que se extienden entre los Urales del sur y el mar Caspio, había aparecido Yemelián Pugachov, un cosaco del Don y desertor del ejército que afirmaba ser Pedro III, el verdadero zar, que no había muerto a manos de los asesinos de su impúdica esposa, sino que había escapado, para reaparecer como salvador del pueblo. Los cosacos del Yaik estaban descontentos con una orden de reclutamiento del Gobierno, emitida al estallar la guerra con

Turquía en 1768, por la que se los había convertido en una unidad regular del ejército ruso, lo que en la práctica los reducía a la condición de siervos corrientes. Como viejos creyentes, también estaban indignados por la orden del ejército de afeitarse la barba. Su revuelta se extendió rápidamente a la zona del Volga y cosechó el apoyo de los baskirios, contrarios a la dominación rusa, los pobres de las ciudades y el campesinado, que creían que el *amperator* Pedro (tal como llamaban a este emperador «enviado por Dios») aboliría la servidumbre y les entregaría la tierra de los nobles. La creencia popular en este zar libertador fue reforzada por los comandantes de Pugachov, que adoptaron los nombres y los títulos de los principales cortesanos (había un «conde Panin» cosaco, un «príncipe Potemkin» cosaco, etcétera). Tan arraigado estaba el mito del santo zar protector, portador de la justicia y la libertad, que aun entonces, siglo y medio después de la aparición de los primeros pretendientes rebeldes durante el Periodo Tumultuoso, la única forma de granjearse el apoyo de las masas para una rebelión era en nombre de ese zar imaginario.

Para derrotar al ejército rebelde y capturar a Pugachov hizo falta toda una campaña militar a gran escala. Pugachov fue llevado a Moscú para ser ejecutado (Catalina ordenó a los verdugos que le cortaran la cabeza antes de destriparlo, en vez de hacerlo al revés, como era habitual, para no cometer una ofensa contra el «amor por la humanidad» de la zarina).[135] El recuerdo de Pugachov permaneció en la imaginación popular y más adelante inspiraría a otros revolucionarios. Entre las clases adineradas, el término *pugachovshchina* se convirtió en sinónimo de anarquía y violencia campesina, «cruel y despiadada», tal como la calificaría Pushkin en *Historia de la revuelta de Pugachov* (1833).

Una investigación sobre la revuelta culpó de ella a la incompetencia de los funcionarios locales, que habían permitido que se extendiera sin impedimentos. El general P. I. Panin, que había dirigido la represión punitiva, escribió a los gobernadores de Kazán, Nizhni Nóvgorod y Oremburgo, las zonas por las que se había extendido la revuelta, denunciando a sus gobiernos provinciales: «Es dudoso que las autoridades civiles tengan alguna noción sobre la mayor parte de sus deberes o les importe demasiado […]. Trabajan para Su Majestad quejándose de la gestión burocrática, aceptando sobornos, peleándose entre ellos y desconociendo lo que tienen que hacer».[136]

El problema era la excesiva dispersión de la administración en aquel vastísimo territorio, y en Rusia en general. Después de la rebelión, en 1775, Catalina intentó poner remedio a la situación creando un número mayor de provincias más pequeñas, divididas de forma equitativa en función del tamaño de la población, y aumentando el número de funcionarios, principalmente por medio de la elección de los terratenientes y de los aldeanos propietarios. En el último cuarto de siglo se incorporaron a las administraciones provinciales en torno a quince mil nuevos funcionarios (dos tercios de ellos electos). Era un comienzo. Pero el problema fundamental de la escasa capacidad de gobierno de Rusia solo podría resolverse con la creación de una forma auténtica de autogobierno, y esa iniciativa tendría que esperar hasta la abolición de la servidumbre.

«Rusia es un Estado europeo». Esta es la primera frase del tratado más importante de Catalina, la *Nakaz* o Instrucción a la Comisión Legislativa, que escribió al encargarle a esta la redacción de un nuevo código jurídico en 1767.[137] Lo que quería decir con esta simple declaración era que, debido a su carácter europeo, Rusia mantenía un dominio natural sobre todos los pueblos de Asia.

El primero que concibió a Rusia como un imperio europeo con una misión civilizatoria en Asia fue Pedro. Lo que con anterioridad había impulsado al Imperio había sido la obtención de beneficios. Los rusos se habían aventurado hacia el este en busca de pieles y otras materias primas preciosas. Habían saqueado a las tribus siberianas, pero no se habían preocupado mucho por convertirlas a la ortodoxia ni por integrarlas en calidad de súbditos del zar. En esa conquista para la obtención de ganancias comerciales, la demarcación entre Rusia y Asia no parecía tener mucha importancia. Pero, a medida que la primera fue tomando conciencia de sí misma como un imperio europeo en Asia, su identidad imperial fue exigiendo la delimitación de unas fronteras ideológicas y culturales más definidas, para establecer la separación entre colonizadores y colonizados.[138]

Los primeros mapas detallados del Imperio ruso se trazaron en la década de 1720, principalmente por parte del Departamento de Geografía de la Academia de las Ciencias de San Petersburgo, que publicó un atlas general

en 1745. En ese momento, la línea divisoria entre Europa y Asia se trazó en los Urales, mucho más al este de lo que la habían situado los mapas anteriores, con la «Rusia europea» en el lado occidental del sistema montañoso y su imperio «asiático» al este de esa línea. La importancia de los Urales para la autopercepción identitaria de Rusia como país europeo se ha mantenido hasta el día de hoy (quizá los lectores recuerden la idea, utópica en la actualidad, de una Europa que se extendiera «del Atlántico a los Urales», propuesta por Gorbachov). Sin embargo, como hemos visto, los Urales no constituyen una verdadera barrera entre Europa y Asia. No son como los océanos que separaban a Inglaterra, España o Francia de sus colonias de ultramar. El Imperio ruso era contiguo, formaba un mismo espacio territorial en el que los Urales no funcionaban tanto como una división física, sino más bien como un marcador que separaba a Europa de Asia desde una perspectiva más bien cultural o conceptual. Para fundamentar esta división en la geografía, los rusos se embarcaron en toda una serie de estudios científicos, en un esfuerzo infructuoso por demostrar que la flora, la fauna y las tribus del lado asiático de los Urales diferían de sus equivalentes del lado europeo. Y llamaban a Siberia «nuestra India», o «nuestro Perú», para equiparar al Imperio ruso con los imperios europeos de ultramar.[139]

Durante el siglo XVIII Rusia creció por la parte europea. Si en el este se extendía hasta los Urales, en el oeste se amplió con la anexión de territorios polacos. Las tres particiones de Polonia (en 1772, 1793 y 1795) se acordaron en alianza con el Imperio de los Habsburgo y Prusia. El objetivo de Catalina no era conquistar la frágil Mancomunidad de Polonia-Lituania, sino mantenerla débil y dividida, como un Estado intermedio que pudiera controlar, política exterior que desde entonces han seguido todos los gobiernos rusos hacia sus estados vecinos. Cuando Augusto III, el rey polaco, murió en 1763, Catalina puso en el trono a un hombre de su confianza —de hecho, su antiguo amante—, Estanislao Poniatowski. Con el respaldo del partido prorruso liderado por el príncipe Adam Kazimierz Czartoryski, Poniatowski obligó al Sejm (el Parlamento polaco) a legislar contra la persecución de las minorías ortodoxas y protestantes por parte de la mayoría católica. Cuando, en protesta, los potentados católicos de Polonia reunieron un ejército y declararon la guerra a Rusia, la

Mancomunidad se sumió en una guerra civil entre los grupos prorrusos y antirrusos. Esto permitió a los rusos, austriacos y prusianos ocupar las fronteras polacas e imponer una partición de Polonia previamente acordada entre ellos. Entre 1772 y 1795, Rusia se hizo con casi dos tercios de la Mancomunidad.

Una de las consecuencias que Catalina esperaba de aquellas particiones era que Rusia quedara abierta a la influencia de sus nuevos súbditos de la antigua Mancomunidad (polacos, alemanes del Báltico y ucranianos uniatas). El único grupo étnico no deseado era el de los judíos. Como resultado de la primera partición de Polonia, unos cien mil judíos se convirtieron en súbditos del Imperio ruso.[140] La afluencia de los capacitados artesanos y mercaderes judíos despertó las protestas de sus competidores, que les acusaron de todo tipo de prácticas maliciosas y hasta los culparon de las oleadas de peste que todos los años, durante la primera década del reinado de Catalina, acabaron con la vida de decenas de miles de personas en Moscú. Para evitar un pogromo, Catalina expulsó a los judíos de la ciudad, les privó de muchos derechos y, en 1791, estableció una zona de asentamiento en la parte occidental del Imperio, donde fueron obligados a vivir. Dejando aparte a los judíos, sin embargo, Catalina creía firmemente en la influencia progresista de los inmigrantes europeos y alentó su llegada desde Europa central, donde muchos granjeros y comerciantes habían quedado en la ruina debido a la guerra de los Siete Años. Los inmigrantes alemanes recibieron generosas cantidades de tierras en las provincias del Volga, donde en 1917 se establecería la República Autónoma de los Alemanes del Volga.

Por el sur, mientras tanto, la Rusia europea se estaba expandiendo hacia los territorios turcos, donde Catalina reubicó a los griegos y otros inmigrantes. La derrota de Turquía a manos de Rusia en la guerra de 1768-1774 dio lugar a la firma del Tratado de Küçük Kaynarca, que granjeó a los rusos su primer puerto en el mar Negro (Jersón), así como el puerto crimeo de Kerch, en el mar de Azov. Por este tratado, los rusos obtenían también sustanciales derechos de injerencia (o eso creían) en los asuntos otomanos, para garantizar la protección de los súbditos ortodoxos del sultán (los griegos, los serbios, los búlgaros, los moldavos y los valacos). Catalina presagiaba la desaparición del Imperio otomano en Europa y creía que Rusia podía y debía convertirse en beneficiaria de esa situación a través de

la defensa de los ortodoxos. Entrenó a oficiales griegos en sus escuelas militares, invitó a los individuos de esa nacionalidad a establecerse en los nuevos asentamientos rusos de la costa del mar Negro y alentó en ellos la creencia en que Rusia apoyaría la liberación de su nación de los turcos. La mayor aspiración de Catalina era arrebatar Constantinopla a los otomanos para fundar un nuevo Imperio bizantino bajo la protección rusa. El filósofo francés Voltaire, con quien mantenía correspondencia, se dirigía a ella como «votre majesté impériale de l'église grecque» («Su Majestad imperial de la Iglesia griega»), y el barón Friedrich Grimm, su corresponsal alemán favorito, se refería a ella como «l'impératrice des grecs» («emperatriz de los griegos»).[141]

No está muy claro cómo de serio era para ella este «proyecto griego». No tenía ningún plan concreto para expulsar a los turcos de Europa, pero entre su séquito existía el deseo de consolidar a Rusia como una gran potencia del mar Negro, vinculada a través del comercio y de la religión con el mundo ortodoxo del Mediterráneo oriental, Jerusalén incluida.[142]

Catalina creía que, si Rusia deseaba ser una gran potencia, debía mirar hacia el sur. No bastaba con exportar pieles y madera a través de los puertos del Báltico, como en los días de Moscovia. Para competir con las potencias europeas, tenía que desarrollar salidas comerciales para la producción agrícola de sus territorios del sur, impulsar su potencia naval en el mar Negro y asegurar, así, el acceso al Mediterráneo a sus buques de guerra y mercantes. El mar Negro era crucial, no solo para la defensa del Imperio ruso en su expuesta frontera sur con el mundo musulmán, sino también para su viabilidad como potencia en el continente europeo. Sin el mar Negro, Rusia solo tenía acceso marítimo a Europa a través del Báltico, que podía ser fácilmente bloqueado por las otras potencias del norte en caso de una guerra europea.

El plan para convertir a Rusia en una potencia meridional se había iniciado a mediados de la década de 1760, cuando los territorios ucranianos anteriormente gobernados por el hetmanato cosaco se convirtieron en provincias del Imperio ruso bajo el mando de diversos gobernadores militares. Pero el verdadero despegue de los planes de Rusia en el sur tuvo lugar diez años después, cuando Catalina puso al príncipe Grigori Potemkin, íntimo amigo y antiguo amante, a cargo de la Nueva Rusia, una serie de territorios poco poblados que acababan de arrebatar a los otomanos

en la costa norte del mar Negro, con la orden de colonizar la zona. En estas tierras se asentaron alemanes, polacos, italianos, griegos, búlgaros y serbios, y se fundaron nuevas ciudades —Yekaterinoslav, Jersón, Mikoláiv y Odesa—, muchas de ellas construidas en estilo rococó francés e italiano. Potemkin supervisó en persona la construcción de la ciudad de Yekaterinoslav (que significa «la gloria de Catalina») como una fantasía grecorromana, la cual debía simbolizar la herencia clásica que él y los partidarios del proyecto griego deseaban para Rusia. Los comercios se construyeron formando un semicírculo como el Propileo de Atenas; la casa del gobernador seguía el modelo de un templo griego y los tribunales de justicia, el de una basílica.[143]

El punto culminante de esta política del mar Negro fue la anexión de Crimea en 1783. Como parte del Tratado de Küçük Kaynarca, el kanato de Crimea se independizó de los otomanos. Tres años más tarde, con el respaldo de Rusia, se eligió a un nuevo kan, Şahin Giray. Aunque Şahin contaba con el apoyo de la considerable población cristiana de Crimea, los otomanos se opusieron a él, alentaron a los tártaros de la región a rebelarse contra Şahin en tanto que «infiel» y enviaron una flota con su propio kan para sustituirlo. Cristianos y tártaros se vieron pronto envueltos en una guerra religiosa. En ambos bandos se cometieron terribles atrocidades, lo que llevó a Rusia a evacuar a unos treinta mil cristianos a sus ciudades costeras del mar Negro. La marcha de los cristianos dejó la economía de Crimea gravemente debilitada. Şahin se volvió dependiente de los rusos, quienes lo persuadieron de que debía abdicar y después lanzaron una rápida invasión para asegurar su dominio de la península. Obligados a someterse al dominio ruso, los tártaros de Crimea se reunieron en sus mezquitas con los mulás para prestar juramento sobre el Corán a su nueva emperatriz, que se encontraba a dos mil quinientos kilómetros de distancia.

Desde su adolescencia, a Catalina le habían interesado las ideas de la Ilustración. En su ascenso al trono desempeñó el papel de soberana filósofa. Durante mucho tiempo, Voltaire, Diderot y el barón Grimm fueron sus guías epistolares. Para su Instrucción a la Comisión Legislativa se basó en la obra de Adam Smith, Denis Diderot, Cesare Beccaria y William Blackstone, e incorporó casi palabra por palabra secciones enteras de *El*

espíritu de las leyes, de Montesquieu. Aunque cuestionaba la concepción que este tenía de Rusia, que calificaba como una forma de despotismo oriental, aceptaba su idea de que las leyes deberían ser concordantes con el espíritu de una nación, que moldeaban el clima y la geografía. Catalina aplicó ese principio al Imperio, e ideó un código jurídico que debía alinear las costumbres y, con el paso del tiempo, las leyes de todos sus pueblos súbditos con las de los rusos. El mero tamaño y diversidad del Imperio exigían un «gobierno autocrático», defendía Catalina, pero el Estado de derecho debía proteger el bienestar de la sociedad.

El interés de Catalina por la Ilustración estaba más basado en la educación y en la ciencia, que consideraba fuerzas de progreso para Rusia, que en sus ideales políticos. Fue mecenas de las artes, permitió la imprenta privada, promovió las mejoras agrícolas y amplió el acceso a la educación. En San Petersburgo fundó el instituto Smolny para señoritas de la nobleza, la primera escuela femenina de Rusia (y, en octubre de 1917, la sede del cuartel general bolchevique). En su filosofía política, sin embargo, no se mostraba tan liberal. Rechazó la doctrina de la soberanía popular adoptada por pensadores como Diderot, a quien solicitaba consejo más bien para adquirir obras de arte para su colección en el Hermitage del palacio de Invierno que sobre asuntos de gobierno. Hablaba solo de palabra sobre la idea de «libertad», pero en realidad no creía que todo el mundo debiera disfrutar de ella.

No tenía ninguna intención de concedérsela a los millones de siervos que había en Rusia. Aunque creía que el trabajo libremente contratado era mejor que la servidumbre y veía a aquellos como seres humanos dignos de libertad, descartaba cualquier idea de reformar el sistema, y mucho menos de ponerle fin, por temor a la reacción que esto provocaría en la aristocracia. Tras la revuelta de Pugachov, dio más poder a los terratenientes para explotar a sus siervos, que quedaron totalmente bajo su control, fuera del alcance jurídico del Estado y de sus funcionarios. Sin restricciones al trato que podían dar a sus siervos, los peores terratenientes aumentaron la carga de trabajo que tenían asignada, así como sus cuotas dinerarias, los vendían como esclavos para que trabajaran en las fábricas y, ante cualquier falta leve o infracción de la norma, los hacían azotar o incluso los desterraban a Siberia (castigo que Catalina alentó para favorecer su poblamiento). Las mujeres jóvenes de la servidumbre estaban siempre a

merced de los caprichos y apetitos de sus amos, y muchas de ellas terminaban en harenes compuestos de siervas, que se pusieron de moda durante el reinado de Catalina, cuando lo turco era el último grito en toda Europa. En resumen, tal como Catalina le explicó a Diderot, los terratenientes eran «libres de hacer en su propiedad lo que mejor les parezca, salvo quitar la vida a sus siervos dictándoles pena de muerte».[144]

El compromiso de Catalina con el ideario de la Ilustración quedó irrevocablemente roto con la Revolución francesa de 1789. «Tenía razón al no querer que se le contara entre los *philosophes*», le escribió a Grimm en 1794, el momento de apogeo del terror jacobino, «porque la experiencia ha demostrado que todo eso lleva a la ruina; no importa lo que digan o hagan, el mundo nunca dejará de estar necesitado de autoridad. Es mejor soportar la tiranía de un hombre que la locura de la multitud».[145]

Para evitar que la «locura francesa» se contagiara a Rusia, Catalina reforzó la censura, prohibió la publicación de obras francesas (los libros de Voltaire fueron quemados), cerró las imprentas privadas y encarceló a los partidarios radicales de la Ilustración que hubiese en Rusia. Entre ellos estaba Alexánder Radíshchev, un noble inspirado por los ideales humanistas de los francmasones, cuya obra *Viaje de Petersburgo a Moscú* (1790), una exposición de los males sociales del país, fue denunciada por Catalina como un intento de «suscitar entre el pueblo la indignación contra sus superiores y contra su Gobierno».[146] Radíshchev fue desterrado a Siberia y condenado a diez años de trabajos forzados, y todos los ejemplares de su libro, salvo treinta ya vendidos, fueron destruidos. La censura de la obra duraría hasta 1905.

La violencia vivida en Francia resquebrajó el concepto idealizado de Europa que se tenía en Rusia. La antigua nobleza francófila se hizo francófoba y «lo francés» se convirtió en sinónimo de inconstancia e impiedad. En San Petersburgo, donde la aristocracia estaba imbuida por completo de la cultura francesa, la reacción acarreó algunos problemas para aquellos nobles liberales (como el Pierre Bezújov de *Guerra y paz*) que tenían simpatías por la Francia revolucionaria. Pero incluso entre ellos se produjo un esfuerzo consciente por liberarse del imperio intelectual de los franceses. El uso de galicismos se volvió algo mal visto en los salones de San Petersburgo (y, en las calles, algo decididamente peligroso). Los nobles

renunciaron al Clicquot y el Lafite por el *kvas* y el vodka o a la *haute cuisine* por la sopa de repollo. «Seamos rusos, no copias de los franceses», escribía la princesa Dáshkova, presidenta de la Academia Rusa. «No dejemos de ser patriotas, conservemos el carácter de nuestros antepasados».[147]

Pero ¿qué significaba «ser ruso»? ¿Cómo podrían convertirse los rusos en europeos sin imitarlos? ¿Podrían ser europeos y rusos a un tiempo? Estas son las preguntas que muchos de ellos se estaban haciendo mientras su país luchaba contra Napoleón.

6
LA SOMBRA DE NAPOLEÓN

Catalina murió en 1796. No la mató un caballo mientras copulaba con él, como contaban los rumores —leyenda que perduró hasta el siglo XX—, sino por un simple derrame cerebral. Sus enemigos en la corte habían hecho circular mitos absurdos acerca de la «emperatriz ninfómana», pero la afición de Catalina por el sexo no era algo excepcional para los estándares de promiscuidad de los monarcas del siglo XVIII; sin embargo, debido a su sexo, fue juzgada con más dureza.

Al ocupar el trono, Pablo I devolvió el principio de primogenitura a la ley de sucesión, lo que en términos prácticos aseguraba que su madre sería la última mujer gobernante de Rusia. Decidido a desmontar las políticas de Catalina, revocó muchas de las libertades que había otorgado a la aristocracia, redujo el componente electivo en los gobiernos provinciales e impuso en la sociedad un orden militar, para lo que promulgó una serie de decretos con el objetivo de acabar con cualquier signo de laxitud moral, desde los libros, la música y la moda franceses hasta la costumbre de socializar después de las diez de la noche, hora a partir de la cual se impuso el toque de queda en San Petersburgo. La noche del 23 al 24 de marzo de 1801, un pequeño grupo de oficiales borrachos, consternados por su tiranía, irrumpió en el palacio Mijáilovski y dio muerte a Pablo estrangulándolo. Los oficiales actuaban a las órdenes de una conspiración cortesana vinculada a Alejandro, hijo de Pablo y heredero al trono, que había fijado la fecha del asesinato. «En Rusia, el Gobierno es una autocracia atenuada por el asesinato», señaló madame de Staël.[148]

Apuesto, alto y de porte elegante, Alejandro I había sido educado por su abuela, Catalina la Grande, en el espíritu de la Ilustración francesa. Su tutor suizo, Frédéric Laharpe, era un republicano convencido partidario de los

jacobinos. Según su amigo de la infancia, el príncipe polaco Adam Jerzy Czartoryski (hijo del príncipe Adam Kazimierz Czartoryski), que se unió al círculo íntimo de su Gobierno, Alejandro «sentía un vivo interés por la Revolución francesa y, aunque desaprobaba sus terribles abusos, deseaba el éxito de la República».[149]

Durante los primeros años de su reinado, Alejandro I decretó una serie de reformas políticas: en 1804 introdujo un nuevo código liberal de censura; fortaleció el poder judicial del Senado, el más alto tribunal de Rusia, como contrapeso a la autoridad del zar, y modernizó el Gobierno con el establecimiento de ocho nuevos ministerios y una cámara alta (el Consejo de Estado), según el modelo del Conseil d'État de Napoleón. En 1809 el emperador dio instrucciones a su consejero Mijaíl Speranski para que esbozara el plan de una constitución basada en el Código Napoleónico, con un Parlamento nacional elegido por sufragio restringido a quienes tenían propiedades. Speranski era un liberal. Su análisis del Estado ruso, al que describía como un despotismo radicado en la esclavitud de la sociedad, era tan devastador que no se publicó en Rusia hasta 1961. Si Speranski hubiera tenido éxito en sus intenciones, Rusia podría haberse convertido en una monarquía constitucional. Pero Alejandro dudó a la hora de promulgar las reformas de su ministro y, una vez que Rusia entró en guerra con Francia, la nobleza conservadora las criticó por ser «afrancesadas». Acusado de traición por sus enemigos, Speranski fue destituido del cargo y enviado al exilio en marzo de 1812.

Tres meses después, el ejército imperial francés, la Grande Armée, dio inicio a la invasión de Rusia. El objetivo de Napoleón era simple: obligar a los rusos a que cumplieran los compromisos adquiridos con Francia en los Tratados de Tilsit (1807), firmados tras la derrota de las fuerzas rusas a manos de los franceses en la batalla de Friedland. Aunque Alejandro había accedido a unirse al bloqueo continental de Napoleón, un embargo de toda Europa contra el comercio británico, los rusos llevaban incumpliéndolo desde el principio. Más de la mitad de las exportaciones de Rusia eran adquisiciones inglesas, materias primas en particular (madera, cáñamo, lino, trigo, potasio y cera), por lo que el bloqueo, de implementarse completamente, habría supuesto para Rusia una crisis económica y financiera. Aquello no era suficiente como motivo para una guerra. Alejandro podría haber desistido y evitado un conflicto, pero, en lugar de

ello, eligió la confrontación. Llevaba mucho tiempo convencido de que el enfrentamiento con Napoleón era inevitable, lo entendía como un combate ideológico. Para reconstruir Europa como un orden jurídico internacional fundamentado en las monarquías constitucionales, había que derrotar a Napoleón. Podría pensarse que existe una contradicción entre su apoyo al constitucionalismo en Europa y su remisa oposición a él en Rusia. Pero, según él lo entendía, no había incoherencia alguna: Rusia no estaba aún lo bastante madura como para gozar de las libertades que correspondían a Europa.[150]

La Grande Armée comenzó su invasión el 24 de junio. Partiendo del Ducado de Varsovia, un Estado clientelar creado por Napoleón en 1807, atravesó el río Neman y entró en los territorios polacos de Rusia. La Grande Armée era el mayor ejército que se había reunido jamás; contaba con más de seiscientos mil hombres, principalmente franceses, pero también alemanes, polacos y de otras nacionalidades europeas. A mediados de agosto había llegado a Smolensk. Napoleón creía que podría poner a Rusia de rodillas en una sola victoria devastadora como la que, en 1805, había logrado en Austerlitz contra los propios rusos y los austriacos. Pero, desde entonces, Alejandro había aprendido que la única forma de salvar su imperio era no combatir a las fuerzas de Napoleón en campo abierto, sino retirarse y atraerlos hacia el interior de Rusia, donde serían derrotados por las heladas invernales y los problemas de suministro que pensaba acarrearles mediante la táctica de la tierra quemada. Decidido a enfrentarse cara a cara con el ejército ruso, Napoleón avanzó hacia Moscú. Los rusos presentaron una sangrienta resistencia en la batalla de Borodinó, el 7 de septiembre, antes de que su comandante, el general Kutúzov, diera la orden de abandonar Moscú y dejarlo en manos de los franceses. Cuando Napoleón entró en la ciudad, el 14 de septiembre, no encontró más que casas vacías, muchas de ellas quemadas por el fuego que habían prendido los propios moscovitas para privar a los franceses de alojamientos cálidos y de suministros. Estos, agotados y desmoralizados, habían creído que la lucha acabaría cuando tomaran Moscú, pero una vez allí ni siquiera pudieron dar con el enemigo.

Si Napoleón se hubiese retirado en aquel momento, podría haber llegado a su base en Polonia antes de que el invierno se cobrara su peaje. Pero permaneció en Moscú durante un mes, esperando a que el zar diera una

respuesta a las condiciones de paz que le había presentado. La respuesta no llegó nunca. Los franceses atacaron Kaluga, al sur, en un desesperado intento de apoderarse de sus almacenes de suministros. Pero fueron bloqueados por los rusos. A mediados de octubre iniciaron el regreso a Polonia, algo que solo era posible hacer por la misma ruta que ya habían recorrido, por aquellos campos y pueblos vacíos de todo alimento. Durante la retirada francesa, las nieves se fueron recrudeciendo. A principios de diciembre, las temperaturas cayeron a treinta grados bajo cero. Miles de soldados murieron de frío, hambre o enfermedad. Las columnas en retirada sufrían los ataques constantes de la caballería cosaca y los campesinos voluntarios, estos últimos azuzados a menudo por el clero, en la creencia de que Napoleón era el anticristo y Alejandro, el santo zar, su salvador. Apenas el 10 por ciento de la fuerza invasora salió con vida.

Alejandro podría haber permitido a Napoleón que huyese a lamerse las heridas, pero lo persiguió hasta Francia. Aportó un gran contingente al ejército de coalición que logró derrotar a la Grande Armée en la crucial batalla de Leipzig, en 1813, desde donde los franceses cruzaron el Rin a duras penas. El zar se veía a sí mismo como el libertador del continente. La Guerra Patriótica, como ya se la conocía, había demostrado la gloria de Rusia, cuyo poderío militar había conseguido «salvar» a Europa. En el Congreso de Viena, celebrado en noviembre de 1814 para asegurar una paz a largo plazo en el concierto europeo, Alejandro pensó que podría dictar los términos del nuevo equilibrio de poder en el continente. Tenía medio millón de soldados en su territorio y sus cosacos eran los amos de París.

En «justa» compensación por los sacrificios que Rusia había hecho en la guerra, Alejandro exigió que se ampliase el territorio de Polonia, con una constitución liberal que respondiera a su autoridad. Deseaba que se constituyese en un Estado intermedio, una esfera de influencia en la que tendría capacidad de intervención para evitar que los polacos volvieran a unirse a los franceses o a cualquier otra potencia que pretendiera invadir Rusia. En su cabeza, la alianza polaca con Napoleón estaba directamente vinculada con la invasión de Rusia por parte de los polacos en 1612, acontecimiento que rememoraba el culto a Minin y Pozharski, que él alentaba, por cuanto servía para recordar a los rusos el deber patriótico de la defensa de la frontera occidental. Alejandro también veía las ventajas que podía tener a largo plazo un Estado polaco de orientación rusa como

intermediario cultural y económico entre Rusia y Europa. Sin Polonia, pensaba, Rusia se convertiría en una potencia asiática, excluida del continente europeo, tal como Napoleón había pretendido que ocurriera al otorgar la independencia a los polacos. Las exigencias de Alejandro sobre Polonia fueron rechazadas por británicos y austriacos, que temían la ambición expansionista de Rusia en el continente. Pero sí que se alcanzó un compromiso por el cual los rusos se quedaron con cerca de dos tercios de los territorios polacos, al tiempo que cedían Poznan a los prusianos y Galitzia a los austriacos.

Alejandro creía que su imperio había sido salvado por Dios. La victoria reforzó su fe en el mito de la santa Rusia como salvadora providencial de la humanidad. A partir de 1815, el zar se fue volviendo cada vez más religioso, e incluso místico, al caer bajo la influencia de la baronesa de Krüdener, una pietista germanobáltica. Ella lo ayudó a redactar el texto fundacional de la Santa Alianza, una unión de las potencias cristianas para asegurar la paz según los principios de las Sagradas Escrituras. Alejandro consiguió persuadir a los prusianos y los austriacos para que se unieran a ella, pero no a los pragmáticos británicos, que lo consideraron un «texto de sublime misticismo y tontería».[151] En el momento de su concepción, la Santa Alianza no era del todo incompatible con los principios liberales de Alejandro. Enfatizaba la defensa de los valores cristianos tradicionales en contra del materialismo secular de los jacobinos. Pero no tardó en convertirse en una fuerza de represión política en nombre de la religión, de una ideología para la defensa de las autoridades «legítimas» (es decir, monárquicas) y de orden divino contra la amenaza revolucionaria.

La religión fue la inspiración de las políticas reaccionarias del zar durante la última década de su reinado. Fue a partir de entonces cuando Rusia apareció por primera vez como paladín de los principios cristianos frente a la democracia secular y los movimientos nacionalistas europeos (papel que desempeñaría de forma intermitente hasta 1917). Este giro del zar hacia las políticas retrógradas fue una reacción de pánico ante la aparición de los *carbonari* y otras sociedades revolucionarias que surgieron por toda Europa durante los años de la posguerra y que estuvieron detrás de los levantamientos en Italia y España durante los años 1820-1821. Alejandro estaba convencido de que todos aquellos grupos estaban vinculados con una organización bonapartista internacional de carácter secreto e instó a la Santa

Alianza a que los erradicara y destruyera antes de que se extendieran por Polonia y Rusia. En esta última silenció toda conversación sobre la reforma constitucional, endureció la censura y buscó el consejo exclusivo de los conservadores. Uno de sus principales asesores fue el historiador Karamzín, cuyo *Memorando sobre la Rusia antigua y moderna* (1811) lo había convencido de que el país se adaptaba mejor a la autocracia, que era su forma de gobierno «tradicional». La influencia liberal de Speranski quedó reemplazada por la dura disciplina del general Arakchéiev, que fue durante una época ministro de la Guerra y convirtió pueblos enteros en colonias militares en las que se obligaba a los campesinos, ataviados con el uniforme del ejército, a realizar tareas agrícolas y militares para el Estado. Alejandro tenía la esperanza de que las colonias enseñaran a los campesinos a ser disciplinados y autosuficientes, pero en realidad operaron más como prototipos de los campos de trabajo correccionales del Gulag.

El giro reaccionario del zar supuso una amarga decepción para los oficiales que, al regresar de la guerra, habían albergado la esperanza de ver una reforma liberal. Su contacto con los soldados campesinos del ejército (que habían luchado con un espíritu patriótico que dejaba en evidencia a la clase noble) los había convertido en demócratas, enemigos de la servidumbre y la autocracia. Habían marchado hasta París con la esperanza de que Rusia pudiera convertirse en un Estado europeo moderno, dotado de una constitución en la que todos los campesinos disfrutaran de plenos derechos como ciudadanos, pero al regresar habían encontrado un país sin cambios, en el que se los seguía tratando como a esclavos. Tal como lo expresó un oficial, volver a Rusia desde París «fue como regresar a un pasado prehistórico».[152]

Los oficiales empezaron a organizarse en círculos secretos de conspiradores, como los de España e Italia, sustentados a menudo por las redes de los francmasones, que Alejandro había prohibido en 1822 y a los que la mayoría de ellos pertenecían. Todos estaban a favor de una constitución liberal y de la abolición de la servidumbre, pero se mostraban divididos sobre los medios con los que lograr aquellos fines. Algunos preferían esperar a que el zar muriera, y en ese momento se negarían a jurar lealtad a su sucesor a menos que accediera a introducir reformas. Pero otros consideraban que esa espera sería demasiado larga. Alejandro apenas tenía

cuarenta años y gozaba de buena salud. Estos defendían la acción revolucionaria.

En 1825, el coronel Pável Péstel demostró ser el más audaz organizador de una insurrección del ejército. Héroe carismático de las guerras contra Napoleón, contaba con un pequeño pero comprometido grupo de seguidores en el ejército del sur, que planeaba arrestar al zar durante su inspección de las tropas en Kiev en 1826. Después marcharían hasta Moscú y, con la ayuda de sus aliados del norte y de los nacionalistas polacos, que habían aceptado unirse al movimiento a cambio de obtener la independencia, tomarían el poder en San Petersburgo. El manifiesto de Péstel, *La verdad rusa* (1824), era una extraña mezcla de ideas jacobinas y fervor ortodoxo ruso. Clamaba por el regicidio, la instauración de una república revolucionaria (con una dictadura temporal mediante si fuera necesario) y la abolición de la servidumbre. Pero también deseaba la creación de un Estado nación que gobernara en interés de la Gran Rusia, en el que el resto de los grupos nacionales (fineses, ucranianos, etc.) se verían obligados a «convertirse en rusos». Solo los judíos estaban más allá de cualquier posible asimilación. A juicio de Péstel, debían ser expulsados de Rusia.

El plan de Péstel se adelantó apresuradamente con la repentina muerte de Alejandro a causa del tifus, el 19 de noviembre de 1825. El zar no tenía hijos, por lo que el heredero natural era su primer hermano, el gran duque Constantino, pero este había renunciado al trono para casarse con una mujer polaca que no era de sangre real. Su hermano menor, Nicolás, no anunció su decisión de tomar la corona hasta el 12 de diciembre. Péstel resolvió aprovechar el momento para instigar la revuelta y se dirigió a San Petersburgo para organizarla con sus camaradas de armas, que después serían conocidos como los «decembristas». Concebían el levantamiento como un golpe militar, instigado por las órdenes de los oficiales, sin considerar siquiera si los soldados (que no habían mostrado ninguna inclinación por la rebelión armada) iban a sumarse a ellos. Al final, los líderes decembristas consiguieron el apoyo de tres mil de sus hombres en Petersburgo, muchos menos que los veinte mil que esperaban, pero quizá los suficientes como para lograr un cambio de Gobierno si estaban bien organizados y actuaban con decisión. No era el caso.

El 14 de diciembre, en las guarniciones de toda la capital, los soldados se reunieron para la ceremonia de juramento de lealtad al nuevo zar, Nicolás I.

Los tres mil amotinados se negaron a prestar juramento y marcharon hasta la plaza del Senado, donde se congregaron frente al Jinete de Bronce y clamaron por «Constantino y una constitución». El gran duque era popular entre los soldados, a quienes sus dirigentes les habían convencido de que Nicolás le había usurpado el trono, motivo suficiente —quizá— para que se unieran a la lucha. Pero pocos de ellos tenían idea de lo que era una constitución (algunos de los soldados creían que era la mujer de Constantino). Durante varias horas, los soldados permanecieron allí, soportando temperaturas bajo cero, hasta que Nicolás, asumiendo el mando de sus tropas leales, ordenó disparar contra los amotinados. Sesenta soldados fueron abatidos y el resto escaparon. En cuestión de horas, los líderes del alzamiento habían sido arrestados y encarcelados en la fortaleza de Pedro y Pablo. En el juicio —el primer juicio espectáculo de la historia de Rusia—, 121 conspiradores fueron declarados culpables de traición, despojados de sus títulos nobiliarios y enviados como trabajadores convictos a Siberia. Péstel y otros cuatro hombres fueron ahorcados en el patio de la fortaleza, a pesar de que la pena de muerte había sido oficialmente abolida en Rusia. Cuando los colgaron en el patíbulo y se abrieron las trampillas a sus pies, el peso de tres de los condenados resultó ser demasiado para la resistencia de las sogas y, aún con vida, cayeron por la trampilla. «¡Qué desastre de país! —gritó uno de ellos—. Ni siquiera se sabe ahorcar correctamente».[153]

Nicolás tenía veintinueve años cuando ascendió al trono. Era un militar de pies a cabeza: alto, de porte imponente, con una cabeza grande que dejaba ver una incipiente calvicie, patillas largas y bigote de oficial. Desde muy pequeño había ido desarrollando un interés obsesivo por los asuntos militares. Se sabía de memoria los nombres de todos los generales de su hermano, dibujaba uniformes y contemplaba los desfiles y maniobras del ejército con excitación infantil. Se había perdido el sueño de su niñez, combatir en la guerra contra Napoleón, y se preparó para llevar la vida de un soldado. En 1817 obtuvo su primer nombramiento como inspector general de ingenieros. Le gustaban las rutinas de la vida militar; concordaban tanto con su carácter estricto y pedante como con sus gustos espartanos (durante toda su vida se empeñó en dormir en un catre militar).

Consideraba que el ejército era el modelo ideal para el Estado: ordenado, disciplinado, basado en la obediencia debida y la subordinación a un objetivo único establecido por una autocracia. Llenó el Gobierno de militares (todos los ministros del Interior que tuvo, excepto uno, habían ostentado el rango de generales) y trataba a sus funcionarios como soldados. Los nobles que servían al Estado estaban obligados a vestir de uniforme.

A quienes no tenían mayor relación con él les parecía un hombre frío y severo, la personificación de la fuerza del autócrata, pero tanto la emperatriz Alejandra como las personas de la corte que lo conocían bien sabían que su firmeza y su tendencia a ser contundente en las acciones que decidía llevar a cabo nacían no de un exceso de confianza, sino de la inseguridad. A lo largo de todo su reinado vivió con el temor de que se produjese una revolución en Rusia. Durante mucho tiempo tuvo presente el levantamiento decembrista y, puesto que el promotor de este había sido el mismo ejército que él tanto había reverenciado, el suceso le dejó una sensación de desconfianza en la sociedad y especialmente en aquellos elementos que en ella tomaban sus ideas de Europa. Vivió siempre con la incertidumbre de saber cuántos decembristas más podía haber prestos a alzarse si suavizaba el control policial. Durante años ordenó que le informaran con regularidad de las actividades de los decembristas desterrados en Siberia y se mantuvo al tanto de lo que hacían sus familiares y amigos, siempre en busca de señales de una nueva revuelta. Consideraba que cualquier cuestionamiento de la autocracia era subversivo.

Para dar caza a los posibles revolucionarios, Nicolás organizó una nueva policía política. Conocida popularmente como el Tercer Departamento (su designación oficial era Tercer Departamento de la Cancillería de Su Majestad Imperial), fue creada en 1826 bajo la dirección del conde Alexánder Benckendorff, un general de origen germanobáltico que había desempeñado un destacado papel en la supresión de los decembristas. Aunque solo disponía de un pequeño cuerpo central, el Tercer Departamento tenía a su disposición una fuerza de investigación en el Cuerpo de Gendarmes, integrada por unos dos mil agentes, y estaba facultado con el poder de espiar cualquier aspecto de la vida de la población (abrir su correo, seguir sus movimientos, actuar sobre denuncias de

informantes, etcétera). Era el comienzo de una larga tradición de vigilancia policial en Rusia.

Nicolás desconfiaba de su propia burocracia, por lo que prefirió rodearse de las fuerzas de seguridad, que alimentaron aún más sus temores, con los informes que le entregaban sobre sociedades «jacobinas» y grupos secretos de Rusia, principalmente formados por jóvenes de la nobleza, que mantenían vínculos con revolucionarios extranjeros. A menudo, se señalaba a los polacos como los principales intermediarios entre París y San Petersburgo.[154]

No es de extrañar, por tanto, que Nicolás reaccionase con pavor ante las revoluciones que en 1830 estallaron en París, Bélgica y Varsovia. Su temor era que, a menos que sus fuerzas fueran capaces de controlarlas, las revueltas se extenderían hasta Rusia. Al estallar la revolución belga contra los holandeses, Nicolás movilizó al ejército ruso, y es probable que lo hubiese utilizado para restaurar al rey holandés en el trono —a pesar de la oposición británica— de no haber sido por el levantamiento polaco, que en aquel mismo momento estaba llegando a un punto crítico y exigía que le dedicara su atención en primer lugar.

La insurrección se había iniciado en noviembre, cuando el virrey de Polonia, el gran duque Constantino, llamó a filas a los soldados polacos para reprimir la revolución de Bélgica. Un grupo de oficiales se rebeló contra la orden, tomó el palacio de Belvedere y, con la ayuda de soldados y civiles, obligó a las tropas rusas a salir de Varsovia. El príncipe Adam Jerzy Czartoryski, entre los rebeldes contra el zar reaccionario, fue designado al frente de un Gobierno provisional, se convocó una Dieta nacional y, en enero de 1831, se proclamó la independencia de Polonia. En cuestión de días, el ejército ruso cruzó la frontera polaca y avanzó hacia Varsovia, que cayó después de ocho meses de intensos combates. Los rusos perpetraron toda una serie de atrocidades contra la población civil, en represalia por la participación de Polonia en la invasión napoleónica de Rusia.

Nicolás nunca dejó de castigar a los polacos, a los que consideraba la principal amenaza revolucionaria para su régimen. La Constitución polaca de 1815, de carácter liberal, fue reemplazada por el Estatuto Orgánico de 1832, que hacía de Polonia «parte indivisible» del Imperio ruso. El Estatuto garantizaba las libertades civiles, la existencia de sistemas legales separados, un gobierno local y derechos para la lengua polaca. Estas

garantías rara vez fueron respetadas por el nuevo virrey, el mariscal de campo Paskévich, cabecilla de la guerra rusa contra Varsovia, que gobernaría Polonia con mano de hierro; cerró las universidades, confiscó las propiedades de los rebeldes e impuso el ruso como la única lengua de uso permitido en las escuelas secundarias y oficinas del país. Nicolás se obsesionó con los rebeldes polacos que habían conseguido huir al extranjero. Alcanzó un acuerdo con los austriacos y los prusianos en Münchengrätz, en el año 1833, para intercambiar información y combinar esfuerzos policiales contra los «bonapartistas», tal como los describía Benckendorff en la frecuente correspondencia que, a lo largo de los quince años siguientes, mantuvo con el conde de Metternich, el canciller austriaco.[155]

El levantamiento había puesto de manifiesto que el Imperio necesitaba una ideología que contrarrestara la influencia subversiva de las ideas revolucionarias y nacionalistas occidentales. En 1833, el ministro de Educación, Serguéi Uvárov, definió dicha ideología en una circular enviada a las escuelas, en la que las instaba a educar al pueblo «en el espíritu de la ortodoxia, la autocracia y la nacionalidad».[156] Tal trinidad de principios nacionales —la respuesta de Uvárov al «liberté, égalité, fraternité»— salvaría a Rusia, afirmaba, de la «crisis» de Occidente, con lo que se refería al desafío que los ideales democráticos planteaban a la autoridad monárquica y a la erosión de los valores cristianos que suponían las ideas seculares. Conocida como «nacionalidad oficial», esta nueva ideología estaba sustentada por el viejo mito de que lo que distinguía a los rusos de los europeos era la fuerza de su devoción a la Iglesia y al zar y su capacidad de sacrificio al servicio de un objetivo patriótico superior.

Ideas similares sobre el carácter y la misión de Rusia en el mundo planteaban los eslavófilos, que surgieron en aquel momento como círculo intelectual en Moscú. Si la ideología nacional de Uvárov hundía sus raíces en las instituciones de la Iglesia y el Estado, la concepción que los eslavófilos tenían de la identidad nacional bebía de la cultura popular de los campesinos. Tenían una noción romántica de la comuna aldeana como institución puramente rusa, más allá de la cual el país no necesitaba buscar principios morales rectores. «Una comuna», declaró Konstantín Aksákov, uno de los principales eslavófilos, «es una unión del pueblo que ha

renunciado a su egoísmo, a su individualidad, y que expresa su común acuerdo; es un acto de amor, un noble acto cristiano».[157]

La clave de esta armonía comunal, sostenían los eslavófilos, era el principio de la *sobornost*, una unión espiritual (de *sobor*, el término ruso para «catedral» y «asamblea») en la que el individuo encuentra un propósito moral en lo colectivo, concepto totalmente ajeno al individualista Occidente. Como la *sobornost* debía ser una comunión voluntaria, los campesinos tenían que ser libres para poder unirse a ella con el espíritu adecuado, y, sobre esa base, los eslavófilos estaban comprometidos con el proyecto de abolición de la servidumbre.

Los eslavófilos se oponían a las reformas occidentalizadoras iniciadas por Pedro el Grande. Temían que esos cambios, impuestos por un Estado «ajeno» a los campesinos, dieran como resultado la pérdida del carácter nacional de Rusia, de sus costumbres y de sus tradiciones nativas. Estas últimas, creían, estaban basadas en una serie de principios superiores: la armonía, la humildad y la disposición al sacrificio del cristianismo, las cuales, en su imaginación, habían sido el corazón de la sociedad moscovita antes del reinado de Pedro I. Los eslavófilos partían del mito de Rusia como defensora de los principios cristianos contra el materialismo secular occidental, el mismo mito que desarrollaba la «nacionalidad oficial». Si bien Rusia podía ir por detrás de Occidente en términos de desarrollo material, era superior a él en lo tocante a principios espirituales. La sencilla y campesina «alma rusa» era más verdaderamente cristiana que el espíritu egoísta del ciudadano burgués occidental.

En las obras de Nikolái Gógol (y del último Dostoievski), estas ideas eslavófilas dan forma a una concepción mística del alma rusa: un espíritu universal de amor cristiano y fraternidad que es innato tan solo al pueblo ruso, cuya misión providencial es salvar al mundo del egoísmo, la codicia y demás pecados occidentales. En este mito del alma rusa reside un concepto mesiánico del país como un imperio ortodoxo, sin fronteras territoriales, un imperio espiritual que unía a Moscú, la tercera Roma, con Constantinopla y Jerusalén. Para eslavófilos como Fiódor Tiútchev, diplomático y poeta, era su alma lo que hacía que Rusia fuera diferente de Occidente, incognoscible conforme a cualquier criterio occidental, tal como lo expresó en el famoso cuarteto que casi todos los rusos conocen:

Rusia no se entiende con la mente,
no hay vara que pueda medirla,
pertenece a una clase especial,
en Rusia solo puedes creer.

Gógol trató de desarrollar esta concepción en una novela en tres partes titulada *Almas muertas*, en la que quedaba finalmente revelado el plan providencial para Rusia. En el primer volumen de la novela —el único terminado (y publicado en 1842)—, el aventurero Chíchikov viaja por el campo estafando a una serie de terratenientes en decadencia, para despojarles del título de propiedad sobre las almas de sus siervos fallecidos. Las grotescas imperfecciones de la Rusia provincial que Gógol expone en este primer volumen debían quedar trascendidas en el retrato del alma rusa, como habitante de un reino de fraternidad cristiana, que planeaba hacer en la segunda y tercera partes de la novela. El problema estaba en que Gógol no conseguía imaginar una forma humana viva para esta Rusia idealizada. El más pictórico de todos los escritores rusos, no fue capaz de evocar una imagen de la Rusia real que satisficiera sus ideales eslavófilos. Dada su forma de observar la realidad, no podía sino poner sobre todos sus personajes la carga de los fallos e imperfecciones derivados de su hábitat natural. Tal como él mismo escribió con desesperación, «es todo un sueño y se desvanece tan pronto como uno desplaza su atención a cómo es realmente la vida en Rusia».[158] Con la sensación de que había fracasado en su proyecto narrativo, quiso, en cambio, transmitir su mensaje en *Pasajes escogidos de la correspondencia con los amigos* (1846), un sermón moral sobre la naturaleza divina de Rusia en el que predicaba que la salvación se encontraba en la reforma espiritual de cada ciudadano particular. No decía nada sobre reformar la servidumbre ni el Estado autocrático, pues afirmaba que ambos resultaban moralmente aceptables si se combinaban con los principios cristianos. La *intelligentsia* reaccionó con indignación.

Intelligentsia es en origen un término ruso. En Rusia hace referencia a un estrato culto de la sociedad que comparte determinados principios, entre ellos su oposición a la autocracia y un compromiso con la «causa del pueblo». Las raíces de la *intelligentsia* rusa se hundían en las instituciones e ideales de la nobleza del siglo XVIII, pero sus propuestas políticas se

sustentaban en el levantamiento de 1825. Después de la represión de los decembristas, entrar a formar parte del servicio militar o civil se volvió algo inconcebible para los hijos de las clases nobles que compartían sus principios democráticos. Si lo que había definido a la clase de sus padres había sido el servicio estatal, en su caso los definiría su servicio a la sociedad. Conscientes de que la riqueza y los privilegios de los que disfrutaban procedían de la explotación de los siervos por parte de sus padres, intentaron redimir sus culpas haciéndose médicos, maestros, estadísticos o agrónomos para mejorar la vida de la gente, o bien escritores, periodistas y críticos con la misión de acrecentar la conciencia de los males sociales de Rusia entre el público culto. La tarea de la literatura no era entretener, sino retratar de verdad a Rusia tal como era, para que sus lectores pudieran transformarla. El realismo fue el credo que unió a todos los escritores —Dostoievski y Turguénev entre ellos—, surgidos en la escena literaria de la década de 1840, la «década extraordinaria», tal como la describió el crítico Pável Annenkov.[159]

Su inspiración y guía intelectual fue el crítico literario Visarión Bielinski, que hizo más que nadie por definir los principios morales de la literatura rusa. En su «Carta a Gógol» (1847), una apasionada impugnación de *Pasajes escogidos de la correspondencia con los amigos*, Bielinski escribió un texto que podría servir como un manifiesto de la *intelligentsia* occidentalista. A falta de un parlamento, decía, el público buscaba en los escritores un liderazgo moral en contra de la autocracia, y a partir de ese principio juzgaban sus textos: «Esto explica por qué cualquier muestra de la llamada tendencia liberal, por pobre que sea su talento, se recompensa con atención general, y por qué la popularidad de los grandes talentos que sincera o insinceramente se entregan al servicio de la ortodoxia, la autocracia y el nacionalismo declina tan rápidamente». Al ponerse del lado de la Iglesia y el Estado y en contra de la reforma, Gógol había traicionado el deber moral del escritor, y esto explicaba su fracaso literario.

> Usted no ha advertido que Rusia no ve su salvación en el misticismo, el ascetismo o el pietismo, sino en los logros de la civilización, la Ilustración y el humanitarismo. Rusia no necesita sermones (¡ya ha tenido bastantes!) ni oraciones (¡demasiado las ha repetido!), sino que se despierte en el pueblo el sentimiento de la dignidad humana, perdida durante tantos siglos entre fango y desperdicios; necesita derechos y leyes que sigan no a las prédicas de la Iglesia, sino al sentido común y la justicia, y que se observe su más estricto cumplimiento. Pero, en vez de ello, presenta

> el espantoso espectáculo de un país donde los hombres trafican con los hombres, sin tener siquiera la excusa que tan insidiosamente explotan los hacendados americanos, quienes afirman que el negro no es hombre; un país donde las personas no se llaman con nombres sino por apodos como Vanka, Vaska, Steshka, Palashka; un país donde no solo la individualidad, el honor y la propiedad carecen de garantías, sino que no existe ni tan siquiera un orden policial, y donde no hay nada más que vastas corporaciones de ladrones y estafadores oficiales de diversa índole.[160]

Palabras que hoy siguen siendo de relevancia.

Los temores del zar a una posible revolución alcanzaron nuevas cotas en 1848, otro año en que las revoluciones se desataron por toda Europa. Comenzaron en París, donde a finales de febrero la monarquía fue sustituida por una república, y a esto le siguieron revueltas en Viena, Berlín, Dresde, Leipzig, Milán, Venecia, Praga, Budapest y Bucarest. En todas partes la multitud exigía libertades civiles, parlamentos democráticos y la liberación nacional del imperialismo.

La República francesa era un desafío directo a los principios legitimistas establecidos por el Congreso de Viena y defendidos por la Santa Alianza. Los principales líderes republicanos declararon de inmediato su apoyo a la independencia de Polonia y a la liberación del norte de Italia del dominio de los Habsburgo. Nicolás no albergaba duda alguna de que la revolución de 1789 había «emergido de las cenizas», tal como dijo al rey de Prusia, ni de que para evitar su contagio hacia el este sería necesario adoptar medidas militares.[161] Dos semanas después de recibir la noticia de los sucesos de París había movilizado cuatrocientos mil soldados. Ocuparon las tierras de la frontera occidental del Imperio, las más susceptibles a la revuelta, y pronto se declaró allí la ley marcial. Los gendarmes del Tercer Departamento, junto con el ejército, registraban las casas en una frenética búsqueda de armas, literatura ilegal y cualquier indicio de actividad revolucionaria en general.[162]

Nicolás no tenía la intención de enviar a sus soldados a Francia ni a Italia. Pero estaba preparado para emplearlos contra una revolución en Austria o Prusia en caso de que sus gobernantes se lo pidieran, por cuanto hacían frontera con Rusia. Sin embargo, donde intervino antes fue en Moldavia y Valaquia, territorios en los que apenas reconocía la soberanía del Imperio otomano. Ambos principados habían obtenido la autonomía en

1829, aunque en el tiempo transcurrido desde entonces habían caído bajo dominio ruso, contra el que estallaron sendas revoluciones durante la primavera de 1848. En Bucarest, el Gobierno revolucionario declaró la república de Valaquia, y sus dirigentes propusieron que ambos principados se unieran y formaran un Estado nacional independiente (Rumanía). Alarmado por estos acontecimientos, Nicolás envió catorce mil soldados para iniciar la ocupación de Moldavia y después otros treinta mil para conquistar Bucarest y poner fin a la revolución. «Se ha instaurado aquí un sistema de espionaje —informaba el cónsul británico en Bucarest—. A nadie le está permitido habar de política. Se han prohibido los diarios alemanes y franceses».[163]

La intervención en Rumanía animó a Nicolás a repetir la misma actuación en Hungría. La Revolución húngara había estallado en Budapest en marzo de 1848. Sus cabecillas, inspirados por los acontecimientos de Francia y Alemania, formaron un Parlamento y un Gobierno democráticos, declararon la independencia de Hungría del dominio austriaco y aprobaron una serie de reformas en virtud de las cuales se abolía la servidumbre, se protegía la libertad de prensa y se asumía el control de las unidades húngaras del ejército de los Habsburgo. El Gobierno imperial austriaco declaró la guerra a los húngaros, quienes, junto con los eslovacos, los rutenos y otras minorías contrarias al gobierno de los Habsburgo, demostraron estar más que a la altura como rival para las fuerzas austriacas. El recién coronado emperador Francisco José, de dieciocho años, apeló al zar para que interviniera.

Según los principios de la Santa Alianza, la defensa de la «legítima autoridad» era motivo suficiente de intervención. Pero para Nicolás había aún algo más en juego. No podía permitirse quedarse de brazo cruzados contemplando cómo se expandían los movimientos revolucionarios por Europa central, que podrían terminar conduciendo a un nuevo levantamiento en Polonia. El ejército húngaro tenía en sus filas a muchos exiliados polacos. De hecho, algunos de sus mejores generales tenían dicha procedencia, entre ellos Józef Bem, uno de los principales caudillos militares del levantamiento polaco de 1830 y comandante de las victoriosas fuerzas húngaras en Transilvania en 1848-1849. De no ser derrotada la revolución húngara, existía el peligro de que se extendiera a Galitzia, un territorio mayoritariamente polaco controlado por Austria, lo que podría

reavivar el problema polaco en Rusia. Galitzia también contaba con una considerable minoría de ascendencia ucraniana, los «rutenos», como los llamaban los austriacos, quienes mantenían un floreciente centro de cultura ucraniana en su capital Leópolis (llamada Lviv por los ucranianos), por lo que Nicolás tenía motivos para temer que, en caso de producirse una revolución en esa región, el hecho pudiera ser el trampolín de un movimiento nacionalista más amplio en la Ucrania zarista. En junio de 1849, unos ciento noventa mil soldados rusos atravesaron la frontera húngara a las órdenes de Paskévich, que había dirigido la campaña punitiva de 1831 contra los polacos. La mayor parte del ejército húngaro, superado abrumadoramente en número por los rusos, se rindió en agosto, pero alrededor de cinco mil soldados huyeron al Imperio otomano, donde, presionado por británicos y franceses, el sultán les dio refugio. En Londres y París, los rebeldes húngaros fueron aclamados como luchadores por la libertad contra la tiranía rusa. Entre sus paladines estaba un tal Karl Marx, entonces exiliado en Londres, que en una serie de artículos denunció a Rusia como enemiga de la libertad.

Por su parte, Nicolás desató en su país una guerra total contra cualquier posible señal de oposición, fuese real o imaginaria. La policía tenía vigilados a los ciudadanos extranjeros, se prohibió enseñar filosofía o derecho constitucional en las universidades y, aunque el régimen no impedía que la prensa informara sobre los acontecimientos que ocurrían en el extranjero, sí que se ordenó la detención de cualquiera que los comentara, aunque fuese en su hogar, no fuera a ser que tales conversaciones dieran ideas equivocadas a sus sirvientes, tal y como Nicolás les explicó a los nobles de San Petersburgo. Se incrementó masivamente el número de miembros del Cuerpo de Gendarmes destinados al Tercer Departamento. Estos agentes vestían de civil en vez de llevar los uniformes celestes usuales, para así poder infiltrarse en los círculos de presuntos revolucionarios.

El único «complot» que pudieron descubrir tenía la forma de una reunión semanal de estudiantes, profesores y funcionarios de bajo rango que organizaba en San Petersburgo un joven funcionario del Ministerio de Exteriores, Mijaíl Petrashevski. Los escritores Dostoievski y Saltikov-Shchedrín eran asiduos a aquellas veladas de los viernes, que habían empezado a celebrarse en 1846 y en las que se discutían con mucha

seriedad la obra de los socialistas extranjeros y otras ideas de reforma. En abril de 1849, el grupo fue detenido y encarcelado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, bajo la falsa acusación de que se estaban preparando para una revolución en ciudades de todo el Imperio. Veintiuno de los acusados, entre ellos Petrashevski y Dostoievski, fueron condenados a muerte; otros cincuenta, enviados al destierro o reclutados a la fuerza por el ejército como soldados rasos. Justo antes de que se llevara a cabo la ejecución en la plaza Semenevski, aquellos hombres fueron perdonados por Nicolás, que había planeado aquella cruel forma de tortura. Algunos de ellos fueron encarcelados y otros enviados a realizar trabajos forzados en Siberia. Dostoievski pasó cuatro años en el campo de prisioneros de Omsk, donde se encontró cara a cara con los criminales más brutales. Esta experiencia da forma a la visión de la psique humana que plasmó en *Memorias de la casa muerta* (1862), unas memorias noveladas de sus años de prisión.

El delito de Dostoievski había sido leer en voz alta la carta de Bielinski a Gógol, que para entonces se había hecho célebre, en parte por haber sido prohibida. Las revoluciones europeas hicieron que Rusia se dotara de leyes de censura aún más estrictas. La lista mensual de libros prohibidos por el Tercer Departamento ascendió de ciento cincuenta títulos antes de 1848 a seiscientos ese mismo año. El zar nombró una nueva junta censora, el Comité Buturlin, que contaba con amplios poderes de censura preventiva. Aquel vasto ejército de censores estudiaba con detenimiento cada uno de los manuscritos que se presentaban a la junta para su aprobación. Se les dio la orden de que señalaran cualquier obra que pudiera considerarse potencialmente subversiva, aunque no hubiera sido esa la intención del autor. El resultado era a menudo ridículo. Un censor prohibió una nueva edición del *Ricardo III* de Shakespeare porque trataba temas «peligrosos en un sentido moral». Otro anuló una reimpresión de las cartas de Catalina la Grande a Voltaire. Sobre esa base, señaló uno de los censores, «hasta el padrenuestro podría interpretarse como un discurso jacobino».[164]

De los censores escapó un libro que habría de tener un poderoso efecto en el cambio de actitud hacia la servidumbre, el tema más crucial y explosivo del momento. *Relatos de un cazador* (1852), de Turguénev, fue aprobado para su publicación. La mayoría de las historias habían aparecido ya en la revista *El Contemporáneo*, por lo que el censor consideró sin duda

que autorizarlas no haría daño alguno. Ninguno de los relatos contenía una sola frase que pudiera leerse como un ataque directo al sistema zarista o la servidumbre, aunque todo el libro rezumaba una sutil reprobación de ambos. Por primera vez, los campesinos eran retratados no como simples «tipos rústicos», sino como individuos complejos con pensamientos y sentimientos. A través de la simple observación de la forma en que la servidumbre configuraba sus vidas, Turguénev consiguió despertar la indignación moral de sus lectores de forma más eficaz que cualquier manifiesto socialista. *Relatos de un cazador* se publicó el mismo año que *La cabaña del tío Tom*, y tuvo una influencia en la opinión pública rusa contra la servidumbre a la altura de la que tendría el libro de Harriet Beecher Stowe sobre el movimiento contra la esclavitud en Estados Unidos. Indignado por la publicación de *Relatos de un cazador*, Nicolás hizo arrestar a Turguénev, aunque no por su libro, sino bajo el pretexto de un obituario de Gógol que había publicado posteriormente en el *El Mensajero Ruso*. Turguénev fue encarcelado y, después, sometido a arresto domiciliario. Una noche, mientras estaba en prisión, recibió la visita del jefe de la policía, que tenía curiosidad por conocer al célebre escritor. El oficial había llevado champán y, tras unas copas y una amena charla, propuso un brindis: «¡Por Robespierre!».[165]

La sombra de Napoleón regresó en la forma de su sobrino, Luis Napoleón, que fue elegido presidente de Francia en diciembre de 1848. Cuatro años después, un referéndum nacional lo convirtió en emperador de los franceses, más conocido desde entonces como Napoleón III. Nicolás fue el único de los soberanos europeos que no reconoció a este nuevo Napoleón. A los emperadores, afirmaba, los hacía Dios, no eran elegidos en plebiscito. Para demostrarle su desprecio, se dirigía a Napoleón como «mon ami» y no como «mon frère», que era la fórmula habitual para dirigirse a otro soberano. Algunos de los asesores del emperador francés deseaban que aprovechase la afrenta para forzar una ruptura con Rusia, pero Napoleón lo pasó por alto con el comentario: «Dios nos da hermanos, pero nosotros elegimos a nuestros amigos».[166]

El objetivo de Napoleón III era devolver a Francia a una posición de respeto e influencia en el extranjero, si no a la gloria del reinado de su tío,

mediante una revisión del acuerdo de 1815 y la reconfiguración de Europa como una familia de estados liberales según lo previsto por Napoleón I. Rusia era el mayor obstáculo para esa ambición. Derrotarla significaría una venganza por los hechos de 1812.

Una larga disputa en Tierra Santa llevó ese conflicto hasta su punto crítico. En la querella estaban implicadas la basílica de la Natividad de Belén y la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, entonces bajo la autoridad otomana. La cuestión acabó por consistir en quién debía controlarlas: ¿los ortodoxos, respaldados por Rusia, o los católicos, defendidos por los franceses? Los otomanos, a quienes en verdad les daba igual, podían inclinarse por un bando o el otro según les hostigaran los franceses o los rusos. Estos últimos habían mantenido la ventaja desde el Tratado de Küçük Kaynarca (1774), que, afirmaban, les había dado el derecho de representar los intereses de los ortodoxos en el Imperio otomano. Pero todo cambió en 1851, cuando Napoleón, que deseaba ganarse el favor de la Iglesia, nombró embajador de Francia en Constantinopla al marqués de La Valette, un ferviente católico. La Valette declaró que las pretensiones latinas estaban «claramente fundamentadas» y amenazó con declarar la guerra a los turcos si se negaban a hacerlos cumplir.[167] Los turcos cedieron a las demandas francesas en noviembre de 1852.

Nicolás montó en cólera. Había situado la defensa de los ortodoxos en el centro de su política exterior más que ningún otro de los zares recientes. Era devoto de la Iglesia rusa, que enviaba más peregrinos a Tierra Santa que ninguna otra congregación, y compartía su intensa pasión por los santuarios sagrados. Como muchos otros rusos, consideraba que Tierra Santa era una extensión de la santa Rusia, una idea mística que nunca estuvo definida por fronteras territoriales, y estaba dispuesto a ir a la guerra, contra toda Europa si era necesario, para proteger los intereses ortodoxos. Movilizó a sus fuerzas para lanzar un ataque relámpago sobre Constantinopla, con el objetivo de obligar a los turcos a dar marcha atrás en su alineamiento con los católicos, y envió al príncipe Ménshikov, veterano de las guerras contra los franceses, para imponerle un tratado al sultán. Alentados por los británicos, que temían la expansión de Rusia, los turcos se mantuvieron firmes y rechazaron la amenaza bélica de Ménshikov. En la capital turca, grandes multitudes clamaban indignadas por una guerra santa contra Rusia.

El fracaso de la misión Ménshikov convenció al zar de que debía enviar de nuevo sus tropas a la Moldavia y la Valaquia otomanas. La invasión se inició en junio de 1853. Nicolás contaba con que se produjera un levantamiento de los eslavos en el territorio del sultán que ayudaría al avance de las tropas rusas. Creía que los eslavos iban a recibir a los rusos, sus correligionarios, como sus libertadores del yugo turco. «No tenemos otra forma de avanzar —escribió el zar en noviembre— salvo por medio de un levantamiento popular por la independencia que se produzca de forma generalizada y a la mayor escala».[168]

Había efectuado un largo recorrido ideológico desde la defensa de la autoridad legítima. Ahora estaba llamando a una revolución balcánica para hacer avanzar sus objetivos contra los turcos. A su juicio, el llamamiento estaba justificado por la naturaleza religiosa de la guerra. Liberar a los ortodoxos del dominio musulmán era su deber sagrado. Y, en todo caso, el sultán no contaba como gobernante legítimo porque no era cristiano. El pensamiento del zar estaba también influido por el ideario paneslavo. De particular importancia fue un memorándum escrito por el principal ideólogo del paneslavismo, Mijaíl Pogodin, en diciembre de 1853. El contenido de aquel texto tocó claramente la fibra sensible de Nicolás, que compartía con Pogodin la sensación de que el papel de Rusia como protectora de los ortodoxos no había sido reconocido ni entendido por los franceses ni los británicos y que Rusia estaba siendo tratada de manera injusta por Occidente. Del gusto de Nicolás era sobre todo el siguiente fragmento, en el que Pogodin criticaba el doble rasero de las potencias occidentales, las cuales emprendían la conquista de colonias distantes y prohibían a los rusos intervenir en los países vecinos para proteger a sus correligionarios. Merece la pena citarlo por extenso, porque dice mucho sobre las quejas de Rusia frente a Occidente.

> Francia arrebata Argelia a Turquía, y casi cada año Inglaterra se anexiona otro principado indio: nada de esto perturba el equilibrio de poderes; pero cuando Rusia ocupa Moldavia y Valaquia, aunque sea solo temporalmente, eso sí perturba el equilibrio de poder […]. Los ingleses declaran la guerra a China [las guerras del Opio], que, al parecer, los ha ofendido: nadie tiene derecho a intervenir; pero Rusia está obligada a pedirle permiso a Europa si tiene una desavenencia con su vecino. Inglaterra amenaza a Grecia con apoyar las falsas pretensiones de un judío miserable y quemar la flota griega [una referencia al incidente Don Pacífico]: esa es una acción legítima; pero si Rusia exige un tratado para proteger a millones de cristianos, se considera que eso fortalecerá su posición en Oriente a expensas del equilibrio de poderes. No podemos esperar de Occidente nada

> más que odio ciego y malicia, que no entiende ni quiere entender [comentario de Nicolás I anotado al margen: «Esta es precisamente la cuestión»].
>
> ¿Quiénes son nuestros aliados en Europa? [comentario de Nicolás: «Nadie, y no los necesitamos si ponemos nuestra confianza en Dios, incondicionalmente y de buena voluntad»]. Los únicos y verdaderos aliados con los que contamos en Europa son los eslavos, nuestros hermanos de sangre, lengua, historia y fe […].
>
> Si no liberamos a los eslavos y los ponemos bajo nuestra protección, entonces nuestros enemigos, los ingleses y los franceses […], lo harán [comentario de Nicolás: «Absolutamente cierto»] […], y entonces habremos puesto en nuestra contra no a una lunática Polonia, sino a diez [comentario de Nicolás: «Así es»].[169]

No se produjo ningún alzamiento de los eslavos balcánicos con el avance de las tropas rusas hacia Constantinopla. El supuesto amor que sentían hacia Rusia era un mito paneslavo. Pero aquella invasión incitó a los británicos a actuar. El impulsor de la intervención fue el ministro del Interior, lord Palmerston, firme defensor de la idea de emprender una ofensiva agresiva para poner de rodillas a Rusia, que tuvo un enorme apoyo de la prensa británica, de marcado carácter rusófobo, por cuanto llevaba años presentado a Rusia como una amenaza tanto para los «principios británicos» (libertad, libre comercio y civilización) como para los intereses del Imperio en India. Y, una vez que los británicos estuvieron decididos a ir a la guerra, Napoleón concluyó que su mejor opción era unirse a ellos para no perderse el botín.

Ese fue el comienzo de la guerra de Crimea. Los aliados tenían previsto destruir la base naval rusa de Sebastopol para obligar a los rusos a retirarse de los principados, aunque Palmerston tenía otro plan más ambicioso: desarticular el Imperio ruso, otorgando la independencia a los territorios que este había conquistado a lo largo del siglo y medio anterior. Las fuerzas aliadas desembarcaron en la península de Crimea el 8 de septiembre de 1854. Tras la contundente derrota de las fuerzas rusas en los altos del Alma, comenzaron el asedio de Sebastopol, un bombardeo industrial de las defensas de la ciudad que se prolongaría durante un año y que no sería igualado en intensidad hasta la Primera Guerra Mundial. En septiembre de 1855 las fuerzas aliadas asaltaron el reducto de Malájov, clave en la defensa de la ciudad, obligando a los exhaustos rusos a evacuar Sebastopol y solicitar la paz. Palmerston propuso continuar la guerra en el Báltico y el Cáucaso, para liberar aquellos territorios de los rusos. Pero los franceses ya habían tenido suficiente.

Según los términos del Tratado de París (1856), los rusos renunciaban a cualquier exigencia sobre Moldavia o Valaquia, que quedaban bajo la protección de las potencias europeas, y accedían a desmantelar su flota del mar Negro, lo que constituía una humillación. Jamás se había impuesto anteriormente un desarme obligatorio a ninguna gran potencia derrotada; ni siquiera a Francia tras las guerras napoleónicas. El trato que se dio a Rusia no tenía precedentes en el concierto europeo, que, según se suponía, debía guiarse por el principio de que ninguna potencia debía verse humillada por las demás. Pero, en realidad, los aliados no creían que estuvieran tratando con una potencia europea. Equiparaban a Rusia con China, a la que habían impuesto unas condiciones igual de humillantes después de la primera guerra del Opio.[170]

Esta humillación iba a provocar en Rusia un resentimiento profundo y duradero hacia Occidente que aún se mantiene hasta el día de hoy. Todo el discurso de Putin sobre el «doble rasero» y la «hipocresía» occidentales, sobre la «rusofobia» y la «falta de respeto» hacia Rusia que muestra Occidente, se remonta hasta este acontecimiento. En la década de 1860, estas denuncias se vieron amplificadas por escritores como Tiútchev, Danilevski y Leóntiev, que tergiversaron el anterior discurso eslavófilo acerca del papel de Rusia como protectora de los principios cristianos ante el materialismo de Occidente y pusieron sobre la mesa el argumento de que este último era una amenaza existencial para ella. «Europa —argumentaba Danilevski en *Rusia y Europa* (1869)— no solo nos es ajena sino, lo que es más, hostil; sus intereses no pueden ser los mismos que los nuestros, y, de hecho, en la mayoría de los casos serán contrarios a los nuestros».[171] Putin desarrollaría estas ideas y otras similares sobre el conflicto de Rusia con el Occidente liberal de resultas de su guerra en Crimea.

Los defensores de Sebastopol lucharon con valentía y tesón, y así lo reflejó Tolstói en los *Relatos de Sebastopol* (1854-1855), que escribió mientras era oficial del ejército. Estos relatos le dieron fama como escritor. Un cuarto de millón de rusos habían dado su vida, y sus cuerpos estaban enterrados en fosas comunes por todo Sebastopol. Su heroísmo daría pie a que los nacionalistas rusos afirmaran que Crimea había sido una victoria moral, al reescribir la historia de la guerra como una situación en la que Rusia había luchado sola, en defensa de sus creencias ortodoxas, contra todas las potencias europeas. El espíritu combativo de la ciudad se convirtió

en un elemento central del mito de Rusia como la última defensora de los verdaderos valores cristianos ante el materialismo de Occidente.

La guerra había dejado brutalmente expuestas las muchas flaquezas del país: la incompetencia y la corrupción del alto mando; el atraso tecnológico del ejército y la marina; la mala calidad de las carreteras y la falta de vías férreas, causa del desabastecimiento crónico; la pobreza de los siervos reclutados por el ejército; la incapacidad de la economía del país para sostener una situación de guerra contra las potencias industriales; su debilidad financiera, y los fallos de la autocracia. Los críticos se centraron en la figura del zar, cuyas políticas arrogantes y obstinadas —tal como ahora parecían serlo— habían conducido a la derrota del país, con el sacrificio de un elevado número de vidas. Incluso entre la élite gobernante empezaba a reconocerse que el sistema de Nicolás estaba en bancarrota. «Dios mío, tantas víctimas —escribió el censor zarista Alexánder Nikitenko en su diario—. Todo ello a instancias de una voluntad enloquecida, ebria de poder absoluto […]. Llevamos en guerra no dos años, sino treinta, manteniendo un ejército de un millón de hombres y amenazando constantemente a Europa. ¿Qué sentido tiene esto?».[172]

Nicolás murió el 2 de marzo de 1855. Había estado guardando cama a causa de una gripe, pero salió con temperaturas bajo cero para inspeccionar a las tropas sin cubrirse con un abrigo. Murió de neumonía. Circuló el rumor de que el zar lo había hecho para quitarse la vida. Probablemente fuera falso, pero sus enemigos lo consideraron un reconocimiento por su parte de sus pecados y así lo creyeron. Tanto si fue así como si no, lo cierto es que Nicolás estaba moralmente roto, desbordado por los remordimientos a causa del desastre militar que había provocado. Llevaba todo su reinado luchando con la sombra de Napoleón, librando una guerra contra las fuerzas liberales de Occidente, a las que veía como una amenaza para su amada y santa Rusia, para descubrir en última instancia que se trataba de un combate que no podía ganar. La santa Rusia era un mito.

El nuevo zar, Alejandro II, no estaba menos alineado con la autocracia, pero, a diferencia de su padre, Nicolás, entendía que para salvarla hacían falta reformas. La derrota en Crimea lo había dejado convencido de que Rusia no podría competir con las potencias occidentales hasta que aboliera la servidumbre. El argumento económico era irrefutable. La nobleza no había aprendido jamás a sacar provecho de sus propiedades. Estaba muy

endeudada con el Estado, a su vez en bancarrota por la guerra, y sabía que la abolición de la servidumbre era fundamental para el desarrollo de una economía agraria basada en el mercado. El argumento moral a favor de la abolición también era indiscutible. Ya no quedaba nadie dispuesto a defender la servidumbre, y mucho menos los nobles que prestaban servicio al Estado, inmersos como estaban en los valores culturales y morales de Europa.

Aparte de todos estos argumentos, estaba también la necesidad urgente de evitar una nueva Pugachovshchina, una guerra de los siervos contra el Estado. A los soldados que habían combatido en la guerra de Crimea se les había hecho creer que podían esperar la obtención de su libertad; cuando esto no sucedió, organizaron una serie de revueltas, unas quinientas durante los primeros cinco años del reinado de Alejandro II.[173] En marzo de 1856, no mucho después de firmar el Tratado de París, el nuevo zar advirtió a la nobleza moscovita: «Ustedes mismos saben que el orden existente de gobierno sobre las almas de los vivos no puede permanecer inalterado. Mejor será abolir la servidumbre desde arriba que aguardar el día en que comience a abolirse a sí misma desde abajo».[174] Pero ¿conseguiría el fin de la servidumbre resolver los problemas del campesinado?

7
UN IMPERIO EN CRISIS

El Decreto de Emancipación se proclamó el 19 de febrero de 1861. No se leyó ante los campesinos hasta el 7 de marzo, el primer día de Cuaresma, cuando, se suponía, podía contarse con que estarían prestando atención a sus sacerdotes —que fueron los encargados de su comunicación—, en un estado de ánimo sobrio y sumiso. Las expectativas estaban muy altas. El campesinado creía que iba a conseguir liberarse de los terratenientes: ya no tendrían que trabajar más para ellos ni pagarles por la tierra, porque esta les sería entregada. Como bien sabían las autoridades, el decreto se quedaba muy lejos de tan utópica esperanza. En cada una de las fases del viaje legislativo que hizo la reforma desde la Comisión de Redacción de 1859 hasta su paso final por el Consejo de Estado, en enero de 1861, la nobleza había puesto todo su empeño en limitarla. El resultado fue una solución de compromiso que no dejó a nadie satisfecho, y menos que nadie al campesinado.

El decreto eliminó la sujeción de los campesinos a los terratenientes, pero los dejó legalmente atados a la comuna, que recibía parte de las tierras de la nobleza en un modelo de propiedad comunal. No obstante, la tierra no era gratis como habían esperado los campesinos, sino que la comuna debía pagar una suma por ella, en una especie de hipoteca adquirida con el Estado. Los miembros de la comuna eran colectivamente responsables de estos pagos de redención, así como de todos los impuestos. En los nueve años siguientes, durante el tiempo en que los comités locales de la nobleza determinaban qué tierras se transferirían a las comunas, la situación permanecería sin cambios.

Cuando los sacerdotes leyeron los estatutos ante los campesinos, estos se quedaron perplejos e incrédulos. ¿Dónde estaban su tierra y su libertad? En

el pueblo de Bezdna, cerca de Kazán, los campesinos creyeron, igual que en otros muchos lugares, que el hecho de que el sacerdote no hubiera hablado de ninguna de las dos debía de significar que no sabía leer bien o que la nobleza le había ordenado que no mencionara aquellas provisiones. Así, los campesinos fueron en busca de lectores más fiables. Encontraron a uno, un campesino semianalfabeto llamado Andréi Petrov, que era además un viejo creyente. Después de pasar tres días estudiando la proclamación, Petrov acabó por dar a los estatutos una interpretación acorde con aquello que los campesinos querían oír. La noticia de tal descubrimiento se difundió con celeridad. Llegaron campesinos de todas partes para escuchar las tan esperadas «cartas de oro» en las que el *zar-batiushka* —que, en el imaginario popular, seguía encarnando la misma figura divina y paternal, la representación de sus ideales de justicia, invocada y personificada por todos los caudillos cosacos que en el pasado se habían puesto a la cabeza de distintas rebeliones— les concedía su tierra y su libertad. Entre los terratenientes cundió la alarma. Se enviaron tropas a Bezdna, donde los soldados encontraron a cinco mil campesinos, seis veces la población del pueblo, defendiendo la casa de Petrov para evitar su arresto. Los campesinos no prestaron oídos a la exigencia del oficial de que entregaran a Petrov. Coreaban «volia, volia!» («¡libertad, libertad!») y afirmaban que preferían morir. Tras varias advertencias, los soldados abrieron fuego contra la multitud; murieron sesenta y una personas y cientos más resultaron heridas antes de que Petrov se rindiera.[175]

En otras provincias se produjeron disturbios similares. Entre marzo y mayo, se enviaron tropas a 718 aldeas para sofocar las protestas campesinas.[176] La amenaza revolucionaria no tardó en extinguirse, pero la decepción del campesinado asestó un golpe mortal al mito del *zar-batiushka*, que durante los cincuenta años siguientes —el periodo que cubre este capítulo— conocería una muerte lenta. Además, después de la emancipación, los campesinos no volvieron a reconocer los bienes raíces de la nobleza como una propiedad plena de esta. Se atrasaron tanto en los pagos de sus hipotecas —lo que indicaba tanto su rechazo a la situación como su nivel de pobreza— que el Gobierno acabó aboliendo la deuda en el año revolucionario de 1905.

De la emancipación surgió la comunidad campesina como unidad básica de administración del campo. El *mir*, como se llamaba, palabra que

significa también «mundo» y «universo», regulaba todos los ámbitos de la vida de los campesinos: decidía la rotación de los cultivos (el sistema de siembra en franjas en campo abierto requería uniformidad); administraba los bosques y pastos; se hacía cargo de la reparación de los caminos y los puentes; establecía planes de ayuda a las viudas y los pobres; organizaba el pago de las cuotas y de los impuestos de redención; cumplía con el reclutamiento de soldados; mantenía el orden público, e impartía justicia a través del derecho consuetudinario.

En la zona agrícola central, donde se daba una superpoblación territorial, la comuna trataba de que se diese un reparto equitativo de la tierra, distribuyendo las parcelas de tierra cultivable entre las familias campesinas cada pocos años en función de su tamaño (por lo general determinado por el número de «comensales», pero en ocasiones a partir de la cantidad de trabajadores adultos de sexo masculino). Es probable que el origen de esta práctica igualitaria tuviera que ver con el pago colectivo de impuestos, y es muy posible que empezara con la imposición del impuesto per cápita en 1718.[177] Tenía sentido que la comuna otorgara más tierra a las familias más grandes, que debían pagar una proporción mayor de la carga tributaria colectiva y que, además, tenían más bocas que alimentar. Los cambios que con el paso del tiempo se iban produciendo en el tamaño de los hogares exigían también cambios en la distribución de las franjas de cultivo para optimizar así la capacidad de la aldea para pagar sus tributos y alimentarse. Aunque en su origen esta forma de repartición fuese un sistema práctico, también constituía un reflejo de la ideología campesina, como una forma de socialismo primitivo, que guiaría las revoluciones agrarias de 1905 y 1917.

Tres ideas constituían el núcleo de esta ideología campesina. Se pueden observar en el derecho consuetudinario, que los juristas comenzaron a codificar a partir de 1861. La primera de ellas es el concepto de propiedad familiar: todos los bienes del hogar (el ganado, los aperos, las cosechas y los edificios, aunque no la dote de las mujeres) se mantenían como propiedad común, heredada por todos los hijos, aunque se hacían provisiones aparte para las viudas y las hijas solteras. La pertenencia a la comunidad campesina venía definida por la participación en la vida económica («porque se comía de la olla común») más que por lazos de sangre o de parentesco. En segundo lugar, estaba el principio del trabajo, básicamente una versión campesina de la teoría del valor del trabajo. Los

campesinos adherían derechos a la labor de la tierra. Creían en un vínculo sagrado que se establecía entre ambos. La tierra era de Dios; no podía ser propiedad de nadie. Pero toda familia campesina debía tener derecho a alimentarse de la tierra sobre la base de su propio trabajo. Según este principio, la posesión del suelo por parte de los terratenientes no era justa y, por tanto, estaba plenamente justificado que los campesinos hambrientos reclamaran su derecho a cultivarla. Se libraba así una batalla permanente entre la legislación escrita del Estado, orientada a la defensa de la propiedad, y la ley consuetudinaria de los campesinos, que estos empleaban para legitimar las violaciones que ejercían sobre las fincas de los terratenientes.

La tercera idea estaba articulada en forma en que los campesinos aplicaban el derecho consuetudinario. Juzgaban los fundamentos de cada caso según la posición de las partes implicadas. Siguiendo esta forma de pensar, robar a un rico era menos grave que robar a un hombre que apenas pudiese alimentar a su familia. Estafar a un vecino era inmoral, pero engañar a un terrateniente o a un funcionario del Gobierno no estaba sujeto a ninguna censura moral según el derecho consuetudinario. El campesinado rechazaba al Estado y sus leyes. Siglos de servidumbre habían nutrido en ellos una profunda desconfianza hacia toda autoridad situada fuera de su propio *mir*.[178]

La emancipación no sirvió para resolver la cuestión fundamental: ¿cómo podía conciliarse la creciente necesidad de tierra por parte de los campesinos con los derechos de propiedad de los terratenientes? El problema era más acusado en la zona agrícola central, donde históricamente se ubicaban las haciendas de los terratenientes. La práctica del reparto comunal animaba a los campesinos a tener familias de mayor tamaño, que era el criterio principal para recibir tierras. A finales del siglo XIX, la tasa de natalidad en Rusia casi duplicaba el promedio europeo. El rápido crecimiento de la población campesina (de cincuenta millones en 1861 a setenta y nueve en 1897) dio como resultado una creciente falta de tierras. A principios de siglo, el 7 por ciento de las familias campesinas de la zona agrícola central carecían de tierras, y una de cada cinco familias disponía de menos de una hectárea. Si bien la parcela campesina media (2,9 hectáreas en 1900) tenía un tamaño comparable al de la pequeña propiedad típica de

Francia o Alemania, la agricultura campesina rusa era mucho menos intensiva, y las cosechas de cereales apenas llegaban a la mitad del nivel que alcanzaban los agricultores europeos. El arado de madera ligero que usaban los campesinos rusos, tirado por un solo caballo o una yunta de bueyes, era muy inferior al pesado arado de hierro utilizado en Europa occidental, con un tiro de cuatro o seis caballos.[179]

Puesto que carecían de capital para modernizar sus explotaciones agrícolas, la manera más fácil que tenían los campesinos para alimentarse era hacer cultivables una mayor cantidad de tierras a expensas de barbechos y tierras de pasto. Pero lo que esto hizo fue empeorar la situación, pues supuso una reducción del número de cabezas de ganado (la principal fuente de abono) y el agotamiento del suelo. Hacia 1900, uno de cada tres hogares campesinos no tenía caballo[180] y, para cultivar la tierra, tiraban ellos mismos de sus arados.

Tal era la demanda de tierra entre los campesinos que muchos estaban dispuestos a pagar unos alquileres excesivos por ella a los terratenientes. Entre 1861 y 1900, el coste de arrendar la tierra se multiplicó por siete.[181] Las ganancias fáciles que obtenían los terratenientes del alquiler de sus tierras reducían su interés por cultivarlas ellos mismos, y, de todos modos, el precio internacional del cereal estaba muy bajo. Pero eso cambió en la década de 1890, cuando los precios aumentaron de manera considerable, lo que alentó a la nobleza a volver a cultivar la tierra. En las fértiles estepas del sur, donde el ferrocarril y los barcos de vapor abrieron nuevos canales para la exportación a través del mar Negro, empezaron a aparecer grandes granjas comerciales que, en vez de mano de obra campesina, empleaban maquinaria nueva. El impacto sobre el campesinado fue catastrófico. Donde con más fuerza les golpeó fue en la franja de las provincias que van desde Sarátov a Vorónezh, Kursk y Poltava, entre el centro superpoblado y las nuevas granjas comerciales del sur de Rusia, zonas, en otras palabras, donde los campesinos sufrían tanto la escasez de tierras como la pérdida del puesto de trabajo debido la introducción de maquinaria. Esas fueron las regiones donde la revolución campesina fue más violenta en 1905 y 1917.

La Emancipación fue el primero de una serie de cambios que se implantaron durante la década de 1860, conocidos como las Grandes Reformas. Su principal objetivo era dinamizar la sociedad mediante la concesión de libertades en el marco de una autocracia. Uno de los problemas del sistema zarista era la falta de instituciones provinciales en las que pudiera confiar para extender su influencia y ordenar el gobierno local. Este problema ya lo hemos analizado no mucho más arriba, al dar cuenta del reinado de Catalina la Grande, cuando la rebelión de Pugachov puso de manifiesto los puntos débiles de la gobernanza provincial. Las grandes reformas estaban destinadas a evitar que volviera a producirse un hecho semejante.

En 1864, una ley estableció un nuevo sistema de autogobierno en la mayoría de las provincias rusas: los consejos rurales o *zemstvos*. Elegidos por sufragio restringido a quienes tenían propiedades, los *zemstvos* (cuyo nombre deriva de la palabra *zemlia*, que significa «tierra») estaban dominados por los terratenientes. Funcionaban solo en el ámbito de las provincias y distritos. (Por debajo de dichas instancias, las comunas campesinas se autogobernaban con una leve supervisión de la policía y de magistrados pertenecientes a la nobleza). Las reformas judiciales del mismo año establecieron un sistema legal independiente, con juicios públicos con jurado. Se dictaron nuevas leyes en virtud de las cuales se otorgaba una mayor autonomía a las universidades (1863), se ampliaba la educación primaria (1864), se relajaba la censura (1865) y se implantaba el servicio militar obligatorio universal (durante un máximo de siete años) en sustitución del antiguo sistema de reclutamiento solo de siervos (1874). El objetivo de estas reformas, en palabras de un jurista progresista, era «poner en pie a una sociedad oprimida y humillada y permitirle que estire los músculos».[182]

Si el espíritu de la década de 1860 hubiese seguido impregnando la labor del Gobierno, Rusia podría haberse convertido en una sociedad más liberal. Durante el reinado de Alejandro II (1855-1881) existió también una creciente «esfera pública» (por adoptar el concepto de Jürgen Habermas).[183] La sociedad civil comenzó a organizarse y a representarse a sí misma a través de instituciones de su propia creación: organizaciones profesionales, asociaciones de voluntarios y organizaciones benéficas, cuerpos de *zemstvos*, universidades y una floreciente prensa, incluidas las

«revistas gruesas», que eran el parlamento literario de la *intelligentsia* y a través de las cuales la opinión pública irrumpía como una fuerza que el Estado no podía ignorar. Rusia estaba desarrollando por fin las instituciones civiles que todo país necesita para construir una democracia política.

Los *zemstvos* eran la institución que más potencial tenía para este desarrollo liberal. Dirigidos por terratenientes como los que llenan las páginas de Tolstói y Chéjov —hombres bienintencionados que soñaban con llevar la civilización al campo—, fundaron escuelas y hospitales, proporcionaron servicios veterinarios y agronómicos, construyeron carreteras y puentes, impulsaron el comercio y la industria local, financiaron el crédito rural y realizaron estudios estadísticos sobre todos los aspectos de la economía agrícola con la misión de mejorar el bienestar del campesinado.

El «liberalismo de los pequeños gestos» de los *zemstvos* provinciales no suponía un desafío al Estado central. De hecho, en la medida en que la situación de «infragobernación» local constituía una debilidad crucial del sistema zarista, los *zemstvos* eran para él un complemento vital. La presencia del Estado se detenía en las ochenta y nueve capitales de provincia. Ni las poblaciones del distrito ni los municipios rurales, los *volost*, contaban con la presencia permanente de funcionarios zaristas. Lo único que había era una serie de magistrados que aparecían de vez en cuando para desempeñar misiones concretas, consistentes por lo general en resolver algún conflicto local, y después volvían a desaparecer. La imagen habitual del régimen zarista como un sistema omnipresente y todopoderoso fue, en gran medida, una invención de los revolucionarios, que se pasaron la vida en la clandestinidad, por temor a él. La realidad era otra. A principios del siglo XX, en el Imperio ruso había solo cuatro funcionarios estatales por cada mil habitantes, en comparación con los 7,3 que había en Inglaterra y Gales, los 12,6 de Alemania y los 17,6 de Francia. Con una población rural de cien millones de personas, en 1900 Rusia no tenía más de 1.852 sargentos de policía y 6.874 agentes. De media, cada agente era responsable de vigilar a unas cincuenta mil personas en docenas de asentamientos dispersos a lo largo y ancho de cinco mil kilómetros cuadrados.[184]

En este espacio los *zemstvos* tenían mucho trabajo que hacer. Sin embargo, estaban limitados por los impuestos que conseguía recaudar de los

terratenientes locales, cuyos miembros más reaccionarios se oponían a pagar por el bienestar del campesinado. También tuvieron que hacer frente a la creciente oposición del Ministerio del Interior, que acabó viéndolos como un caldo de cultivo de revolucionarios. Su principal preocupación eran los empleados del *zemstvo* (maestros, doctores, estadísticos, ingenieros y agrónomos) que eran conocidos como el «tercer elemento». Estos empleados procedían predominantemente de las ciudades, al contrario que los dos primeros elementos del *zemstvo*, los administradores y funcionarios electos, que eran en su mayoría terratenientes. De hecho, en muchas ocasiones habían sido desterrados a las zonas rurales a causa de su participación en las manifestaciones estudiantiles y otras actividades radicales. Con su trabajo en los *zemstvos* esperaban servir a la causa del pueblo.

Este fue el contexto en el que surgió el populismo como ideología. Implicaba la creencia de que el campesinado y sus costumbres igualitarias constituían el modelo de una sociedad socialista a la que, según creían los populistas, podía llegarse en Rusia sin pasar por los efectos negativos del capitalismo industrial que experimentaba Occidente. En el núcleo de esta creencia residía un nuevo mito sobre el que remodelar la historia del país: el sencillo pueblo ruso como portador de los ideales socialistas. Los intelectuales populistas idolatraban al campesinado. Llenaban sus bibliotecas con libros sobre folclore y estudiaban los mitos, los proverbios, las canciones y las leyes consuetudinarias de los campesinos rusos. Atribulados por una sensación de culpa fruto de sus privilegios, dedicaron su vida al servicio de la causa del pueblo.

A partir de esta ideología muy difusamente definida, el populismo se convirtió en un movimiento político, el primer verdadero movimiento socialista en Rusia. La iniciativa fue de los estudiantes. Durante el «verano loco» de 1874, millares de estudiantes abandonaron sus aulas y se dirigieron al campo con la esperanza de convertir a los campesinos a su lucha revolucionaria. Vestidos como labriegos, aprendieron oficios rurales para ser más útiles al campesinado y llevaron consigo libros para enseñarles a leer. Los aldeanos recibieron a los estudiantes con suspicacia. «El socialismo», escribió más tarde uno de los populistas, «rebotó sobre los campesinos como guisantes contra una pared. Escuchaban a nuestra gente igual que lo hacían con los curas: con respeto pero sin que produjera el

menor efecto en sus pensamientos ni sus acciones».[185] Muchos de los activistas acababan rodeados por la policía, en ocasiones por chivatazos de los propios campesinos.

Estos aleccionadores encuentros terminaron llevando a una división en el movimiento. Algunos siguieron comprometidos con la tarea de ganarse a los campesinos por medio de la propaganda y las «pequeñas acciones». Era, decían, la única manera de construir un movimiento social democrático, la única garantía contra el uso de la violencia. Otros temían que este proceso resultara demasiado lento: la policía siempre tendría ventaja. Abogaron por una estructura de partido más firme que pudiera organizar la revuelta política, actos de terrorismo y un golpe contra el Estado. Solo una vez paralizado el Estado policial, se unirían los campesinos a la causa.

Uno de los teóricos más importantes de esta estrategia golpista, Piotr Tkachov, iba a tener una enorme influencia en Lenin, cuyo pensamiento le debe a él tanto como a Marx. A partir del fracaso del proyecto de «llegar al pueblo», como se conoció aquel proceso que tuvo lugar en 1874, Tkachov defendió que aquellos métodos eran demasiado lentos. Antes de que pudiera organizarse una revolución social, como resultado del desarrollo capitalista, aparecería una clase de campesinos enriquecidos y con intereses arraigados en el mantenimiento del *statu quo*, que afianzaría su dominio en el campo. Tkachov abogaba por la organización de un golpe de Estado por parte de una vanguardia disciplinada que implantaría una dictadura y después impulsaría la creación de una sociedad socialista, librando una guerra civil contra los ricos. Tkachov afirmaba que aquel era el momento de llevar a cabo el golpe, pues aún no existía una fuerza social importante que estuviera preparada para defender la monarquía, tan solo una clase terrateniente débil. Posponerlo resultaría fatal, expuso Tkachov, porque dicha fuerza no tardaría en crearse: una burguesía apoyada por el campesinado «pequeñoburgués», que se formaría a partir de las nuevas fuerzas que el mercado estaba desarrollando en Rusia.

La consecuencia inmediata de este giro hacia los métodos golpistas fue una oleada de atentados terroristas contra los funcionarios del Gobierno, muchos de ellos cometidos por un grupo, Naródnaya Volia («Voluntad del Pueblo»), que llegaría a asesinar al zar en 1881. La agrupación había realizado ya una serie de intentos de acabar con la vida de Alejandro antes de que uno de sus agentes consiguiese lanzar una bomba a su carruaje en

San Petersburgo y matase a uno de los jinetes cosacos que lo escoltaban. El emperador salió ileso de ese primer ataque, pero un segundo agente lanzó otra bomba que le voló las piernas y le abrió el estómago. Lo trasladaron al cercano palacio de Invierno en un trineo, pero murió poco después a causa de las heridas.

Es difícil encontrar un punto de inflexión más trascendental en la historia de Rusia. El día en que el zar fue asesinado, el 1 de marzo, acababa de acceder a una reforma para incluir a representantes electos de los *zemstvos* y asambleas ciudadanas en una nueva asamblea consultiva. Aunque se tratara de una reforma limitada, que en caso alguno implicaba la creación de una monarquía constitucional, mostraba que Alejandro II estaba dispuesto a implicar a la población en las labores de gobierno. El 8 de marzo, la propuesta fue rechazada por su hijo y heredero, Alejandro III, en una reunión con los grandes duques y ministros. El más reaccionario e influyente de los críticos, Konstantín Pobedonóstsev, procurador del santo sínodo, advirtió de que aceptar aquella reforma representaría un primer paso decisivo en el camino hacia el gobierno constitucional. En aquel momento de crisis, sostenía, Rusia no necesitaba un «foro de discusión», sino acciones firmes por parte del Gobierno. A partir de aquel momento, el nuevo zar, que gobernaría de 1881 a 1894, siguió un curso inflexible de política reaccionaria para restablecer los principios autocráticos.

Alejandro era un hombre gigantesco que se deleitaba en entretener a sus compañeros de borrachera embistiendo puertas cerradas y doblando cucharas con los dedos. Tenía el aspecto que debía tener un zar ruso, severo y feroz, con una espesa barba que enmarcaba su cabeza cuadrada. Despreciaba abiertamente no solo los *zemstvos* sino todos los niveles de la burocracia, que consideraba una muralla entre el zar y su pueblo. Introdujo una serie de «contrarreformas» reaccionarias para fortalecer las formas de gobierno personalista (la «vertical del poder», como la llamaría Putin) y debilitar los órganos representativos. Los gobernadores provinciales recibieron nuevos poderes sobre los *zemstvos* y las asambleas ciudadanas. Limitaron el presupuesto de estos y obstruyeron su actividad, sometiéndolos a frecuentes redadas policiales y deteniendo a sus empleados como sospechosos de ser revolucionarios. Los gobernadores nombraron gerifaltes terratenientes, que gobernaban el campo como «pequeños zares». Entre sus muchos poderes estaba el derecho de anular las decisiones de las

comunas, despedir a los funcionarios campesinos electos y actuar como jueces en las disputas comunales. Hasta 1904, incluso tuvieron potestad para azotar a los campesinos por delitos menores. No es posible insistir lo suficiente en el impacto que, décadas después de la emancipación, tenían estos castigos corporales. Al campesinado le estaban dejando claro que la base del poder estatal era la violencia, y que la única forma de terminar con él era también la violencia. Uno de los campesinos escribió que los habitantes de su aldea habían considerado que el nombramiento de los gerifaltes era un «regreso a los días de servidumbre, cuando el amo terrateniente ostentaba el poder sobre el pueblo». No podía haber una forma menos eficaz de afirmar el poder del zar en las zonas campesinas.

Lo mismo podría decirse de las políticas adoptadas por el régimen en lo referente a las minorías nacionales. Antes de 1881, el Gobierno había seguido una política variada hacia ellas que iba desde un control laxo hasta la rusificación a gran escala. Finlandia, por ejemplo, disfrutaba de un mayor autogobierno y más autonomía cultural que ninguna otra parte del Imperio (mayores que las que tenían los irlandeses bajo el dominio británico) debido a que cuando los rusos se la arrebataron a Suecia, en 1808-1809, se confirmaron los derechos y privilegios otorgados previamente por el Gobierno sueco. En las provincias bálticas, la lealtad de las élites alemanas fue recompensada por los zares, que defendieron sus derechos frente a los nacientes movimientos nacionalistas de Estonia y Letonia. En Asia Central, conquistada por los rusos en la década de 1860, el Gobierno imperial también se cuidó de no ofender las sensibilidades musulmanas. Gobernaba a través de instituciones islámicas, mezquitas y madrasas, e incorporó las costumbres tribales a la legislación, lo que le permitió ejercer su dominio de manera relativamente pacífica.[186] En el Cáucaso, por el contrario, la población musulmana nunca fue pacificada tras la conquista gradual de la región emprendida desde el reinado de Catalina la Grande. Los rusos libraron una guerra perpetua contra las tribus de las montañas. Polonia era, igualmente, un campo de batalla en toda regla, en particular desde el levantamiento polaco de 1863, cuando Alejandro II intensificó la rusificación de las provincias occidentales del Imperio, zonas en las que los terratenientes polacos seguían siendo recalcitrantemente nacionalistas. El ruso pasó a ser obligatorio en las escuelas públicas y oficinas de la administración. Los estudiantes polacos de la Universidad de Varsovia

tuvieron que sufrir la indignidad de estudiar su literatura nacional traducida al ruso. Había incluso carteles que prohibían el uso del polaco en estaciones de tren, restaurantes y comercios.

El asesinato del zar tuvo como consecuencia el desarrollo de unas políticas más represivas. Más que en ningún otro momento, determinadas nacionalidades (polacos, armenios, judíos…) fueron tildadas de desleales, identificadas con el movimiento revolucionario y sometidas a nuevas prohibiciones y vetos lingüísticos en cotas crecientes de absurdidad. En la escuela religiosa a la que Stalin empezó a asistir a la edad de nueve años, en 1888, en Gori, los niños estaban obligados a hablar ruso en todo momento y los maestros los golpeaban si cambiaban al georgiano. Durante la epidemia de cólera que padeció el área de Kiev en 1907, se prohibió a los médicos que publicaran las advertencias de no beber agua escritas en ucraniano, pero los campesinos no entendían aquellos letreros en ruso y, como consecuencia, muchos de ellos murieron.

De todas las minorías nacionales del imperio, la que más sufrió fue la de los judíos. Estaban situados en lo más bajo de la jerarquía racial del imperio. Desde su incorporación a Rusia a partir de las particiones de Polonia, los judíos habían estado sujetos a todo un abanico de impedimentos y discriminaciones jurídicas que, a finales del siglo XIX, llegaban a sumar unas mil cuatrocientas leyes y normativas distintas. Tenían prohibido poseer tierras, ocupar cargos en la administración pública o servir como oficiales en el ejército; existían cupos estrictos para la admisión de judíos en las escuelas superiores y las universidades, y estaban obligados por ley a vivir dentro de las quince provincias occidentales del Imperio, que componían la llamada «zona de asentamiento». Los «patriotas» rusos culpaban del asesinato de Alejandro II a los judíos, que en 1881 sufrieron cientos de pogromos. Se producirían aún muchos más, en especial en 1905-1906 y 1917-1921, momentos en los que la violencia contra los judíos se convirtió en una parte importante de la actividad contrarrevolucionaria. Los dos últimos zares así lo alentaron. Nicolás II, en particular, veía los pogromos como un acto de lealtad por parte del «bueno y sencillo pueblo ruso» y se convirtió en mecenas de la Unión del Pueblo Ruso, que se formó en 1905 y fue instigadora de diversos pogromos.

No es de extrañar, por tanto, que los judíos tuvieran una presencia preponderante en el movimiento revolucionario clandestino. El movimiento marxista fue en particular atractivo para los judíos. La Unión de Trabajadores Judíos fue el primer partido de masas marxista de Rusia. Fundado en 1897, para 1905 tenía treinta y cinco mil miembros. Los judíos ocuparon posiciones muy visibles entre los líderes mencheviques y bolcheviques, las dos principales facciones del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR). Los judíos se sentían atraídos por la causa marxista sobre todo por su carácter europeo. Mientras que el populismo se había propuesto construir un socialismo con base en la Rusia campesina, la tierra de los pogromos, el marxismo estaba basado en una visión occidental moderna de Rusia, y prometía incluir a los judíos en un movimiento de liberación humana universal, basado en el internacionalismo.

No fueron solo los judíos los que se radicalizaron a partir de 1881. Por todo el Imperio, la campaña de rusificación terminaría llevando a los no rusos hasta los partidos nacionalistas: los socialdemócratas en Finlandia y el territorio del Báltico, así como en Georgia (el joven Stalin entre ellos); los socialistas en Polonia; el Partido Revolucionario en Ucrania, y el Dashnak en Armenia. En todas estas sociedades, la división nacional se vio reforzada por la de clase: la clase trabajadora y el campesinado nativos estaban predispuestos a enfrentarse a los terratenientes, empresarios y funcionarios extranjeros. Los movimientos nacionalistas de más éxito supieron combinar la lucha de los campesinos por la tierra, en especial allí donde esta era propiedad de extranjeros, con la reivindicación de los derechos de la lengua nativa, que facultaba a los campesinos para acceder plenamente a la escuela, el sistema judicial y el Gobierno. Esta combinación fue la clave del éxito del movimiento nacionalista ucraniano, que organizó a los campesinos contra los terratenientes extranjeros (principalmente polacos y rusos). No es casual que los levantamientos campesinos de 1905 estallaran en primer lugar en aquellas regiones de Ucrania donde el movimiento nacionalista también estaba más desarrollado.

En 1903 se llevó a cabo una encuesta reveladora en las escuelas de las aldeas rusas. Los encuestadores preguntaron a los niños qué querían ser cuando fueran mayores. Menos del 2 por ciento manifestaron el deseo de ser campesinos, como lo eran la mayoría de sus padres. Casi la mitad tenían puesta la ilusión en conseguir un trabajo en la ciudad. «Quiero ser dependiente de una tienda», dijo uno de los niños, «porque no me gusta caminar en el barro. Quiero ser como la gente de la ciudad, que tiene la ropa siempre limpia».[187] Su deseo de mejora social era sinónimo de conseguir un empleo en la ciudad. Prácticamente cualquier trabajo urbano les parecía deseable en comparación con las penurias y las rutinas de la vida campesina.

A las ciudades llegaron millones de campesinos, algunos de ellos movidos por la ambición y otros obligados a abandonar el campo debido a la superpoblación rural. Entre 1861 y 1914 la población urbana del Imperio creció de 7 a 28 millones de personas. Primero llegaban los jóvenes, después los hombres casados, a continuación las mujeres solteras, que trabajaban principalmente en el servicio doméstico, y por último las mujeres casadas con sus hijos. Los migrantes rurales intentaban mantener vivas sus granjas durante el mayor tiempo posible aceptando empleos asalariados en las ciudades. Enviaban lo que ganaban a sus pueblos, y regresaban durante la época de la cosecha. Como en todas las sociedades en desarrollo, existía un constante ir y venir entre el campo y la ciudad.[188]

Las condiciones de trabajo en las fábricas eran atroces. Según el conde Witte, el ministro de Economía que supervisó el crecimiento de las industrias en la década de 1890, era «mucho más fácil satisfacer» al trabajador ruso «acostumbrado a los hábitos frugales de la vida rural» que a sus homólogos de Europa o América del Norte, así que «los bajos salarios resultaron un afortunado regalo para la empresa rusa».[189] Las fábricas no estaban demasiado reguladas. Los logros obtenidos por los trabajadores británicos en la década de 1840 y por los alemanes en la de 1880 estaban, a principios de siglo, fuera del alcance de los trabajadores rusos. Las dos leyes fabriles más importantes —una de 1885 que prohibía el trabajo nocturno de mujeres y niños, y otra de 1897 que restringía la jornada laboral a once horas y media— hubo que arrancárselas al Gobierno mediante la violencia. Los pequeños talleres quedaban excluidos de la legislación, aunque daban empleo a la mayor parte de la mano de obra del

país, en particular al contingente femenino. Los espacios de trabajo carecían de ventilación y estaban llenos de vapores nocivos, mientras que las áreas de producción se encontraban atestadas de maquinaria peligrosa. Los sindicatos estaban prohibidos. Las huelgas eran ilegales. Sin embargo, en Rusia se produjeron más que en ningún otro país de Europa. Muchas fueron lideradas por trabajadores vinculados a círculos de propaganda marxista, en su mayoría organizados por intelectuales. Ese fue el contexto en el que Lenin, o Uliánov, tal como entonces se lo conocía, entró en la política revolucionaria.

Al contrario de lo que cuenta el mito soviético, es decir, que Lenin fue un teórico marxista desde su infancia, la realidad es que llegó tarde a la política. Nació en 1870, en el seno de una familia respetable y próspera de Simbirsk, una típica ciudad de provincias a orillas del Volga. Su padre era inspector de las escuelas del distrito. Durante su último curso en la secundaria, en un liceo de clase media, Lenin fue muy elogiado por su director, quien por una de esas extrañas ironías de la historia era el padre de Alexánder Kérenski, el primer ministro al que Lenin derrocaría en octubre de 1917. Kérenski padre aludió a Lenin como un «estudiante modelo […] que no da nunca motivo de insatisfacción, ni de palabra ni de hecho, a las autoridades escolares», cosa que atribuía a su «educación moral y religiosa». El joven fue aceptado en los estudios de derecho en la Universidad de Kazán, y todo indicaba que seguiría los pasos de su padre y se labraría una distinguida carrera en la burocracia imperial.[190]

La vida regalada de los Uliánov se quebró abruptamente en 1887, cuando el hermano mayor de Lenin, Alexánder, fue ejecutado por participar en un complot fallido para matar al zar. La conspiración la había tramado un grupo de setenta y dos estudiantes de la Universidad de San Petersburgo, donde Alexánder llevaba estudiando ciencias desde 1883. Él fabricó las bombas que Voluntad del Pueblo, organización a la que Alexánder idolatraba, arrojaría al carruaje del zar el 1 de marzo, en el sexto aniversario del asesinato de Alejandro II. El complot acabó con las esperanzas de Lenin de graduarse en derecho (fue expulsado de la Universidad de Kazán) y lo lanzó de lleno al movimiento revolucionario en San Petersburgo.

Su primera inclinación fue, igual que la de su hermano, adoptar los métodos violentos de la organización Voluntad del Pueblo. Cuadraban bien con su personalidad, airada, fogosa y dogmática, endurecida por el odio

contra el sistema zarista y cualquiera que se alineara con él. (Lenin fue quien, después de escuchar una interpretación de la sonata *Appassionata* de Beethoven, dijo que no podía escuchar música con demasiada frecuencia porque «me dan ganas de decir cosas amables y estúpidas, y de dar palmaditas en la cabeza a la gente. Pero hoy hay que golpear esas cabezas, golpearlas sin piedad»).[191] Lenin llegó a Marx ya equipado con una serie de ideas fijas. Todos los elementos principales de su ideología —la insistencia en la necesidad de una «vanguardia» disciplinada; su fe en que la acción (el «factor subjetivo») era capaz de alterar el curso objetivo de la historia; su defensa del régimen dictatorial y del terror; su desprecio por los demócratas (y por los socialistas que negociaban con ellos)— provenían no solo de Marx sino también de Tkachov y de Voluntad del Pueblo. Insufló una dosis netamente rusa de política conspirativa en una dialéctica marxista que, de otro modo, podría haber permanecido pasiva, maniatada por la disposición a esperar a que la revolución se desarrollara socialmente en vez de provocarla por los medios de la acción política. No fue el marxismo el que hizo revolucionario a Lenin, sino Lenin el que hizo revolucionario al marxismo.

Los grupos marxistas llevaban operando al menos una docena de años cuando se formó el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, el POSDR, en 1898. Era un partido dirigido por intelectuales cuyo foco estaba en educar a una vanguardia de la clase obrera con conciencia política, la cual tendría el cometido de organizar a sus camaradas de las fábricas en la lucha revolucionaria. El problema era que los trabajadores alfabetizados tendían a centrarse más en la negociación de mejoras de los salarios y las condiciones que en la actividad política y estaban representados por un grupo de marxistas conocidos como «los economistas». Lenin los atacó con el tipo de violencia que se convertiría en característica de su retórica. Su argumento era que con sus tácticas pacíficas socavarían el movimiento revolucionario, que dependía de la existencia de un partido de trabajadores que estuviera preparado para luchar.

El tipo de partido que Lenin tenía en mente quedó revelado en su panfleto de 1902 *¿Qué hacer?* Deseaba seguidores que dedicaran su vida entera a la causa del partido, que debía ser pequeño y clandestino, formado por revolucionarios comprometidos (ya fueran trabajadores o, más

probablemente, intelectuales) que entendieran «el arte de no ser detenido». [192] En aquel momento nadie era consciente por completo de las implicaciones de este principio. Solo quedó claro en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata, que tuvo lugar en Londres en 1903. La opinión del partido sobre las obligaciones de los afiliados estaba dividida. Lenin quería que ellos fueran activistas, mientras que Yuli Mártov, su aliado en el combate contra los economistas, creía que cualquier persona debía poder unirse al partido si suscribía sus políticas. En el fondo de la cuestión residían dos puntos de vista opuestos sobre lo que la organización debía ser: un grupo de conspiradores o una formación parlamentaria con una base amplia, como los partidos obreros de Occidente. Lenin ganó por una pequeña mayoría, por lo que quienes pertenecían a su facción pasaron a llamarse bolcheviques («mayoritarios»), mientras que sus oponentes pasaron a conocerse como mencheviques («minoritarios»). Aceptar esta nomenclatura fue todo un error de los mencheviques, pues los hizo parecer perdedores desde el principio.

En ese momento también estaban apareciendo otros partidos. Una gran hambruna ocurrida en 1891 había contribuido a la politización de la sociedad, que estaba indignada por el fracaso del Gobierno en la gestión de una crisis que muchos ciudadanos atribuían al exceso de tributos que pesaba sobre el campesinado. Para hacer frente a la catástrofe, los *zemstvos* ampliaron su ámbito de actividad y, en términos prácticos, llegaron a convertirse en un Gobierno en la sombra. Convocaron una asamblea nacional que debía implicarse en la formulación de políticas. Los profesionales, por su parte, crearon sindicatos, los primeros de Rusia (de ahí que se los conociera como *profsoiuzy*, «sindicatos profesionales»), con la exigencia de tener una mayor influencia en las políticas públicas. Entre 1899 y 1901, las universidades vivieron una serie de revueltas estudiantiles. Estudiantes y profesores se adhirieron a la Unión de Liberación, formada en 1903 para hacer campaña por una constitución, y a partir de la cual se fundaría el Partido Democrático Constitucional (conocidos como «kadetes») en 1905. Otros se unieron al Partido Social-Revolucionario (PSR), fundado en 1901. El PSR continuaría con la tradición populista, pero su objetivo era liderar a los «trabajadores pobres», con lo que se referían tanto a los obreros como a los campesinos.

Nicolás II no estaba dispuesto a ceder ante las reformas políticas exigidas. Al acceder al trono, en 1894, había jurado defender los principios autocráticos de su padre. Era un firme creyente en el mito medieval según el cual el zar era un instrumento divino, sancionado por Dios para que gobernara Rusia como sus dominios personales. De su tutor, el ultrarreaccionario Pobedonóstsev, Nicolás había aprendido a considerar su soberanía como absoluta, sin que la burocracia, los parlamentos ni la opinión pública pudiesen imponerle límites, guiada únicamente por su conciencia ante Dios. No veía necesidad alguna de adaptar su gobierno a las exigencias del mundo moderno.

He aquí donde cabe hallar las raíces de la crisis revolucionaria: en el conflicto creciente entre, por un lado, una cultura pública y una sociedad dinámicas y, por otro, una monarquía reaccionaria, fosilizada en su concepto medieval de la autocracia, que se resistió a escuchar las demandas que planteaba esta emergente esfera pública de desempeñar un papel más relevante en el gobierno hasta que fue demasiado tarde.

El domingo 9 de enero de 1905, una nutrida multitud de trabajadores marchó hacia el palacio de Invierno para entregarle una petición al zar, costumbre del pueblo ruso que, como hemos visto, se remontaba a siglos atrás. Lideraba a la multitud un sacerdote, el padre Gapón, que se había hecho un nombre como predicador en los distritos fabriles de San Petersburgo. Les había contado a sus seguidores en términos sencillos, con citas sacadas de la Biblia, que el *zar-batiushka*, el padrecito zar, respondería a sus demandas si acudían a él en calidad de suplicantes, pues esa era su obligación ante Dios. La petición solicitaba con humildad una mejora de sus condiciones de trabajo, que se habían vuelto intolerables. «SEÑOR», comenzaba: «Nosotros, los trabajadores y vecinos de San Petersburgo, de varios estamentos, nuestras esposas, nuestros hijos y nuestros ancianos e indefensos padres, acudimos a VOS, OH, SEÑOR, en busca de justicia y protección. Somos pobres, estamos oprimidos, sobrecargados con un trabajo excesivo, somos tratados con desprecio [por nuestros patrones]». [193]

El zar no estaba en la capital. Se había marchado a su palacio de Tsárskoye Seló para su habitual descanso de fin de semana entre paseos por el campo y partidas familiares de dominó. Siguiendo sus órdenes, los

soldados bloquearon los principales accesos al centro de la ciudad y dispararon contra la multitud para hacerla retroceder. Se apostaron un enorme cuerpo de caballería y varios cañones en la plaza frente al palacio de Invierno, para detener a aquellos que habían logrado pasar, unos sesenta mil manifestantes. Los guardias trataron de despejar a la multitud con el empleo de látigos. Al no conseguirlo, se prepararon para abrir fuego. Los manifestantes cayeron de rodillas, se quitaron las gorras y se santiguaron. Sonó una corneta y comenzó el tiroteo. Durante el Domingo Sangriento, como después se conocerían estos sucesos, murieron o resultaron heridas alrededor de mil personas.

Cuando al fin cesaron los disparos y los supervivientes contemplaron los cuerpos de los muertos y heridos en el suelo, se produjo el decisivo momento de la verdad, el punto de partida de cualquier revolución, cuando los ánimos pasaron de la incredulidad a la furia y el odio. En ese mismo momento, quedó destruido en última instancia el mito popular del *zar-batiushka*, la idea que había sustentado a la monarquía durante siglos.[194] El pueblo había descubierto que el santo zar no existía.

Entre la sociedad cundió la indignación por la masacre. Los estudiantes convirtieron las universidades en bastiones de la oposición al Gobierno, por lo que este las cerró. Las agrupaciones profesionales de la nación se organizaron en torno a la Unión de Sindicatos, en la que se agruparían aquellos primeros sindicatos de trabajadores. Por todas partes estallaban huelgas y protestas. Se alzaron barricadas en Varsovia y Lodz, donde los nacionalistas aprovecharon la oportunidad para organizar una revuelta contra la dominación rusa. Los campesinos también aprovecharon el momento. Atacaron las haciendas, se incautaron de los bienes e incendiaron las mansiones de los terratenientes, obligándolos a huir. Cerca de tres mil señoríos quedaron destruidos durante la revuelta campesina de 1905, la mayoría de ellos en la zona agrícola central.

Para sofocar las revueltas, se ordenó el despliegue del ejército, pero los mejores soldados estaban en Manchuria, librando una desastrosa guerra contra Japón que había comenzado en 1904, a cuenta de las reclamaciones que ambas potencias mantenían sobre Manchuria y Corea. Los reservistas que quedaban en el país carecían de experiencia. La mayoría de ellos eran hijos de campesinos, les irritaba que se los usara en contra de sus semejantes y se negaron a cumplir las órdenes. Se extendieron los motines

por todo el ejército y acabaron llegando a su punto álgido en junio, en la flota del mar Negro, con la rebelión de los marineros del acorazado Potemkin.

Las huelgas fueron cada vez más organizadas y militantes, al aumentar la implicación de los socialistas. En septiembre se produjo una huelga general, iniciada por los impresores de Moscú, a la que pronto se sumaron los trabajadores ferroviarios y millones de personas más: empleados de comercios, asalariados de banca y oficina, estudiantes, maestros e incluso los actores del Teatro Imperial de San Petersburgo. Fue todo un paro nacional contra el Gobierno. En San Petersburgo, la huelga fue dirigida por un sóviet de delegados obreros, un consejo *ad hoc* de socialistas y trabajadores dominado por los mencheviques, y liderado por Lev Trotski (menchevique en aquel momento), que publicaba su propio periódico, *Izvestia*.

Hasta aquel momento, el régimen había respondido a la crisis con una mezcla de incompetencia y negación de la realidad. Nicolás se negó a entender el peligro que corría. Creía que las protestas habían sido organizadas por revolucionarios extranjeros y que no contaban con el apoyo del pueblo ruso, el cual, por supuesto, le era leal. Pero la huelga general lo obligó finalmente a prestar oídos a sus ministros, quienes le advirtieron de que, a menos que introdujera algunas reformas políticas, iba a perder el trono. El 17 de octubre accedió a regañadientes a firmar un manifiesto, redactado por el primer ministro, el conde Witte, que garantizaba la libertad de expresión, reunión y religión, y establecía un Parlamento legislativo o Duma. La ley electoral de la Duma, aprobada en diciembre, otorgaba el voto a la mayoría de los hombres mayores de veinticinco años (no así a las mujeres), pero establecía seis colegios electorales para ponderar los votos a favor de los terratenientes.

La proclamación del Manifiesto de Octubre fue recibida con júbilo en las calles. Había un sentimiento de unidad nacional, la sensación de que todas las clases sociales se verían unidas por aquella «victoria del pueblo». Así lo expresa el cuadro de Repin, *Manifiesto del 17 de octubre*. Pero este sentimiento no era más que una ilusión. La unidad del pueblo era otro mito más. Para las élites acomodadas, cuyos intereses eran políticos, el Manifiesto de Octubre era un verdadero avance, posiblemente el final de su lucha. Pero al mismo tiempo, para los trabajadores y campesinos, las

reformas políticas no eran la solución a los agravios sociales. ¿Dónde quedaban la jornada de ocho horas de los trabajadores y el mejor trato que merecían? ¿Dónde estaba la tierra para los campesinos? Su lucha, sin duda, acababa de comenzar.

La era parlamentaria de Rusia se inauguró con una ceremonia que celebraba la creación de la Duma en el Salón de la Coronación del palacio de Invierno, el 27 de abril de 1906. A un lado del salón estaban los grandes hombres de la Rusia autocrática: ministros, consejeros de Estado, viejos dignatarios de la corte, todos ellos ataviados con sus resplandecientes uniformes de gala. Frente a ellos se situaban los diputados de la Duma, un abigarrado conjunto de profesionales y campesinos ataviados con sus blusas y camisas de algodón, pero entre los que casi no había obreros. Ambos bandos se encontraron frente a frente, con hostilidad.

El enfrentamiento era una muestra de lo que llegaría después. El llamado «periodo de la Duma», entre 1906 y 1917, debe entenderse como una batalla entre los principios antitéticos de la autocracia y del control parlamentario. Mucho dependía de la aquiescencia de Nicolás II para otorgar un mayor poder a la Duma y de la voluntad de esta de trabajar con el Gobierno en la articulación de las reformas necesarias para estabilizar el país. Y fue un examen que ambos bandos suspendieron.

Nicolás se negó a aceptar el Manifiesto de Octubre como una limitación de la autocracia. Lo había firmado a regañadientes para salvar su trono, pero no lo reconoció como una constitución que confiriera a la Duma ningún derecho. Ni en el Manifiesto ni en las leyes fundamentales de abril de 1906, que formalizaron la nueva relación entre la Corona y el Parlamento, se había hecho mención alguna de una constitución. Aquella omisión echaba por tierra cualquier esperanza de que los kadetes se avinieran a trabajar con el Gobierno. Preferían permanecer en la oposición antes que comprometer sus principios constitucionales. Las leyes fundamentales seguían concediendo todo el poder al zar. Suya era la designación del primer ministro y del Consejo de Ministros. Según el artículo 87, podía disolver la Duma y gobernar por decreto de urgencia. Aunque era un parlamento legislativo, la Duma no podía aprobar sus

propias leyes sin el acuerdo del zar y del Consejo de Estado, que estaba dominado por los funcionarios de la corte y la aristocracia.

La Duma fue más radical de lo que el Gobierno había esperado al redactar la ley electoral. Desde su primera sesión en el palacio de Táuride de San Petersburgo, desempeñó el papel de una tribuna revolucionaria, desde la que se exigían reformas políticas radicales, entre ellas el nombramiento de un Gobierno que fuera responsable ante la Duma, la abolición del Consejo de Estado y el sufragio para los varones adultos. Los dos mayores partidos, los kadetes y los trudovikís, una agrupación populista formada para concurrir a las elecciones de 1906, que fueron boicoteadas por el Partido Social-Revolucionario y el Partido Obrero Socialdemócrata, coincidían en la necesidad de una reforma agraria que ordenara la expropiación de las haciendas por el Estado para atender las necesidades del campesinado (a diferencia de los trudovikís, los kadetes proponían entregar una compensación por ello a los terratenientes). El zar no estaba dispuesto a considerar tales exigencias y disolvió la Duma el 8 de julio.

Dos semanas después, Nicolás designó a Piotr Stolypin como su nuevo primer ministro. Stolypin fue uno de los mejores estadistas que jamás ha tenido Rusia. Sus cinco años en el cargo constituyeron la mayor oportunidad que tuvo el régimen para evitar una catástrofe. Alto, imponente e inteligente, sin miedo a la autoridad, había atraído la atención del zar como gobernador provincial de Sarátov, cuyos campesinos fueron, durante 1905, los más rebeldes de toda Rusia. Stolypin restauró el orden empleando unas medidas represivas (ahorcamientos y destierros masivos a Siberia) que lo convirtieron en una figura odiada por la izquierda. Pero también era consciente de que la cuestión de la tierra solo podía resolverse con una reforma profunda. Recurrió a un modelo importado de Kovno, una provincia polacolituana en la que había prestado servicio durante trece años. Como en el resto de las provincias occidentales del Imperio, en Kovno no existía el modelo de la comuna campesina. Los campesinos eran propietarios de su tierra y, como resultado de ello, la cultivaban de manera más eficiente que los campesinos del centro de Rusia, donde la comuna no les ofrecía incentivo alguno para mejorar sus propiedades. La solución de Stolypin a la cuestión de la tierra fue ayudar al campesinado a abandonar la comuna y consolidar su tenencia de la tierra como propiedad privada.

En virtud de una ley del 9 de noviembre de 1906, el varón que fuese cabeza de familia recibió el derecho de convertir su tierra en una granja de propiedad privada, totalmente cercada y fuera del pueblo (*jutora*), o privatizarla dentro de la aldea (*otruba*). El Estado puso todos los medios a su alcance para secundar esta reforma, empleó a miles de agrónomos y otorgó préstamos a través de un banco campesino para ayudar a quienes elegían separarse de la comuna a comprar y consolidar como su propiedad las tierras comunales. Stolypin lo denominó una «apuesta por los fuertes». Solo mediante la creación de una nueva clase de campesinos terratenientes podría el Estado evitar que se produjera una nueva revolución en el campo.

En febrero de 1907 se convocó una segunda Duma. Stolypin esperaba que en ella obtuvieran la mayoría los octubristas, un «partido del orden estatal» basado en los principios políticos del Manifiesto de Octubre. Su Gobierno confiaba en contar con su apoyo. Pero los cincuenta y cuatro diputados octubristas, aunque estaban respaldados por los noventa y ocho kadetes, se vieron superados en número por los socialistas, con 222 escaños, reforzados en esa ocasión por los miembros del Partido Social-Revolucionario y el Partido Obrero Socialdemócrata, que constituían una clara mayoría a favor de una reforma agraria basada en la expropiación de las tierras de la nobleza y sin que mediara compensación a cambio. El 3 de junio, el zar volvió a disolver la Duma, y esta vez usó sus poderes de urgencia para aprobar una nueva ley electoral, de modo que, cuando se reuniera la siguiente asamblea, esta estuviera dominada por los conservadores. Se redujo el peso electoral de los campesinos, los obreros y las minorías nacionales, mientras que la representación de la alta burguesía quedó aún más inflada que antes. Los kadetes y socialistas lo denunciaron como un golpe de Estado. Cuando la tercera Duma se reunió en asamblea, en noviembre de 1907, los partidos progubernamentales controlaban 287 de los 443 escaños. La oposición la llamó la «Duma de los señores y los lacayos».

Ni siquiera con este respaldo parlamentario logró Stolypin hacer avanzar gran cosa su amplio programa de reformas. La propuesta de crear un *zemstvo* en la zona del *volost* fue bloqueada por Nobleza Unida, una organización de terratenientes que contaba con poderosos partidarios en la corte y el Consejo de Estado y que temía que los *zemstvos* fueran copados por los campesinos. Su intento de expandir el sistema estatal de escuelas fue

bloqueado por la Iglesia, que tenía sus propias escuelas parroquiales. Su reforma agraria perdió impulso. Solo el 15 por ciento de los campesinos llegaron a consolidar la posesión de parcelas privadas, generalmente con la amarga oposición del resto de la comunidad.

Los campesinos tenían buenos motivos para oponerse a la disolución de la comuna, que había sido el centro de sus vidas durante siglos. Temían que otorgar a una parte el derecho a privatizar sus tierras privara a la otra de sus derechos consuetudinarios de acceso a la tierra como medio básico de sustento. ¿Qué pasaría si el cabeza de familia legaba toda la tierra a su hijo mayor o incluso la vendía? Los hijos menores y las hijas se verían obligados a dejar de trabajar en el campo. Los campesinos también temían que los agrimensores del Gobierno entregaran a quienes elegían separarse de la comuna una parte de la tierra mayor que la que les correspondía. No habían aprendido a calcular el área de un terreno. La dividían contando los pasos de cada franja y haciendo ajustes aproximados para mejorar la calidad del cálculo. Desconfiaban de los métodos modernos que empleaban los agrimensores. ¿Cómo harían los ajustes necesarios? ¿Cómo dividirían los prados, bosques y ríos, que eran propiedad común? Stolypin había malinterpretado el apego del campesinado al *mir*. Había asumido que eran pobres a causa de ese sistema. Pero la realidad era justo la contraria: la comuna les ayudaba a compartir la carga de la pobreza, y mientras siguieran siendo pobres no tenían motivos para renunciar a ella.

Stolypin fue asesinado el 1 de septiembre de 1911. Un estudiante revolucionario le disparó a quemarropa en la Ópera de Kiev. Se dice que, al enterarse de su muerte, el zar dijo: «A partir de este momento, se acabó hablar de reformas». Para la emperatriz fue un alivio ver el final de Stolypin, un opositor de principios a Rasputín, el «hombre santo» en quien ella depositaba su fe, pues había sido el sanador de su hijo hemofílico, el zarévich Alexéi, fe que se mantenía inquebrantable a pesar de las crecientes pruebas del estilo de vida libertino de Rasputín. Se desconoce si el asesinato de Stolypin fue aprobado, facilitado o incluso organizado por la policía.

Para cuando fue asesinado, las reformas de Stolypin habían encallado y no existía la posibilidad de que hubiesen llegado mucho más lejos. Se había enemistado con las viejas élites al desafiar sus intereses, así como con los liberales a causa de las tácticas despóticas que empleaba en la Duma. Como todos los estadistas reformistas de Rusia (Alejandro II y Gorbachov

mantienen obvios paralelismos con él), dependía demasiado de un pequeño segmento reformista de la burocracia estatal. No consiguió movilizar una base social más amplia. Existía un Stolypin pero no había stolypinitas.

Después de Stolypin, ningún primer ministro pudo evitar la deriva catastrófica del Imperio. Se abandonó toda idea de reforma. Vladímir Kokóvtsov, que fue primer ministro hasta 1914, seguiría instrucciones de la corte y dejaría de lado a la Duma. Los grupos de derecha clamaban por reducir los poderes del Parlamento —algunos deseaban incluso abolirlo—, y solo la presión de Occidente consiguió impedir que el zar así lo hiciese.

Nicolás se encontraba cada vez más alejado de la realidad política. Se estaba retirando a una fantasía de autocracia popular, una comunión entre Dios, el zar y el pueblo, como la que imaginaba que debía de existir en la Moscovia medieval. Esa era la razón por la que toleraba a Rasputín, a pesar de los rumores de sus correrías sexuales. Veía en él a «un ruso bueno, religioso, sencillo», que podía guiar su conciencia ante Dios.

Para las celebraciones del tricentenario de la dinastía Románov en 1913 se organizó toda una exhibición de esta fantasía. La familia imperial apareció ante sus súbditos y abrió iglesias en aquellos lugares que tenían relación con la fundación de la dinastía. En el monasterio Ipátiev en Kostromá, donde Miguel Románov se había refugiado de los invasores polacos en 1612, la familia recibió a una delegación campesina que se postró ante Nicolás hasta tocar el suelo; asimismo, posó en una fotografía con los descendientes de los boyardos que, en 1613, habían viajado desde Moscú para ofrecer la Corona a los Románov. Después asistieron a un gran baile de disfraces de gala en Moscú, en el que todos los invitados aparecieron vestidos con réplicas de vestidos de la corte del siglo XVII. Para simbolizar la unión entre el zar y el pueblo, las celebraciones dieron protagonismo al culto de Iván Susanin, un campesino de la hacienda de los Románov en Kostromá que, según la leyenda, había sacrificado su vida para que Miguel no fuera capturado por los polacos. El mito de Susanin volvió a relatarse incesantemente, siendo el ejemplo más exitoso el de la ópera *Una vida por el zar*, de Glinka, que durante el tricentenario se representó en los teatros de toda Rusia. Los periódicos militares publicaron artículos sobre

Susanin, cuya historia, se decía, «debería inspirar a todos los soldados en el servicio a su zar y a su patria».[195]

Mientras tanto, crecía la amenaza de una guerra en Europa. El auge de los movimientos nacionalistas en los Balcanes, especialmente el serbio, suponía una desestabilización para el Imperio austrohúngaro, y dio lugar a tensiones entre Rusia y las potencias germánicas, pues Berlín respaldaba las políticas de Viena contra los eslavos. Durante la mayor parte del siglo XIX, Rusia había perseguido sus intereses en Europa por medio de una alianza con Alemania y Austria. Pero, en 1894, la creciente fuerza de Alemania había llevado a Rusia a establecer una alianza con los franceses. Trece años más tarde, se formaría una triple entente entre aquellas dos y Gran Bretaña, como medida disuasoria contra la expansión alemana.

Ya no era posible dejar que el debate sobre política exterior fuera una competencia exclusiva de los círculos íntimos de la corte, los ministros y representantes diplomáticos del zar. La opinión pública había ido adquiriendo cada vez más importancia a través de la Duma y la prensa. El sentimiento paneslavo era especialmente fuerte. Contaba con el apoyo de importantes miembros de la corte y con un altavoz en el *Nóvoye Vremia* («Nuevos Tiempos»), el principal periódico conservador del país. Las voces que clamaban por que Rusia adoptara una línea proeslava más dura se hicieron más sonoras a partir de 1908, cuando los austriacos se anexionaron Bosnia, que era parte del Imperio otomano, para evitar que Serbia se hiciese con nuevos territorios. Los paneslavos se sintieron ultrajados por el hecho de que Rusia no hiciese frente a los austriacos, y estaban decididos a no dejar que volviera a fallarles a los serbios. Creían que Europa se dirigía inevitablemente hacia una lucha final entre teutones y eslavos. Veían la *Drang nach Osten*, la «expansión hacia el Este», como parte de un plan general alemán para socavar la civilización eslava, y su conclusión era que, a no ser que adoptara una posición firme en defensa de sus aliados balcánicos, Rusia iba a sufrir un largo periodo de decadencia imperial y subyugación ante Alemania. «En los últimos veinte años», se declaraba en 1914 en un editorial del *Nóvoye Vremia*, «nuestro vecino occidental ha clavado con fuerza sus colmillos en las fuentes vitales de nuestro bienestar y, cual vampiro, ha chupado la sangre del campesinado ruso».[196] La riqueza de los alemanes que vivían en Rusia, su importancia en el Gobierno

y la creciente presencia de sus exportaciones en los mercados extranjeros de Rusia contribuyeron a esta sensación de que Alemania suponía una amenaza existencial.

No estaba en absoluto claro que los intereses de Rusia estuvieran mejor servidos si se acudía en ayuda de los eslavos de los Balcanes. A pesar del mito paneslavo, los propios eslavos nunca habían mostrado demasiado interés en contar con la protección de Rusia (en todo caso, buscaban inspiración en Occidente). Sin duda, el que Austria ampliase su poder en los Balcanes supondría dificultades para Rusia si ello significaba un crecimiento del nacionalismo ucraniano no solo en Galitzia, donde los austriacos lo fomentaban, sino también al otro lado de la frontera, en la misma Rusia, donde las ocho provincias ucranianas producían un tercio del total del trigo que se consumía en el Imperio ruso, dos tercios del carbón y más de la mitad del acero. Si Rusia perdía Ucrania, dejaría de ser una gran potencia. Aun así, también tenía un imperio en expansión en Siberia, que además podía seguir desplegando sin entrar en conflicto con Europa, y detentaba intereses sustanciales en la zona del mar Negro, que podía defender sin entrar en guerra con Alemania. Podría decirse que, para la seguridad de Rusia, los Dardanelos tenían más importancia que los Balcanes. El zar así lo creía, sin duda, en particular después de que se filtrara la noticia de que los turcos estaban comprando buques de guerra acorazados a los alemanes, navíos que la armada rusa no podía igualar. La perspectiva de que Turquía se convirtiera en un protectorado militar alemán disparó en Rusia todas las alarmas, y alimentó la creencia de que los alemanes estaban cercando al Imperio ruso desde el sur.

Nicolás no deseaba una guerra. Tampoco sus jefes militares. Le advirtieron de que las fuerzas necesitaban tiempo para rearmarse tras la derrota ante Japón. El zar esperaba que la Triple Entente actuara como un elemento que disuadiera a Austria y Alemania, al menos hasta que Rusia pudiera recuperar su potencia militar. Pero todo cambió con el asesinato del archiduque Francisco Fernando por parte de los nacionalistas serbios el 28 de junio de 1914. La muerte violenta del heredero al trono de los Habsburgo llevó a Austria a declarar la guerra a Serbia. Nicolás, bajo presión, accedió a una movilización parcial de sus tropas. Apeló al káiser, su primo, para contener a los austriacos, pero Alemania apoyaba a Austria. Se estaba preparando para librar una guerra con Rusia que esta debía resolver del

modo más rápido si es que no tenía más remedio que entrar en ella. Los alemanes esperaban dejar fuera de combate a Francia en una guerra relámpago (*Blitzkrieg*) antes de que el ejército ruso tuviera tiempo de movilizarse, proceso que, debido al tamaño de Rusia y a la deficiencia de sus medios de transporte, requeriría un plazo de semanas.

Las informaciones sobre los preparativos alemanes obligaron al zar a aceptar una movilización general el 31 de julio, orden que solo podía desencadenar la guerra con Alemania. Nicolás se encontraba bajo una intensa presión para ir a la guerra por parte de sus generales y ministros, de los dirigentes de la Duma y de la prensa. Serguéi Sazónov, su ministro de Asuntos Exteriores, le advirtió de que «a no ser que ceda a la demanda popular de una guerra y desenvaine la espada en nombre de Serbia, corre el riesgo de una revolución y quizá de perder el trono». Nicolás se puso pálido. «¡Piense en la responsabilidad que me está aconsejando asumir!», le dijo a Sazónov. Pero era demasiado débil para presentar argumentos en contra.[197]

Nicolás y sus asesores preveían una guerra corta. El zar creía en la lealtad de sus fuerzas. «¿Ve? —le dijo al tutor de sus hijos después de haber observado desde el balcón del palacio de Invierno a una multitud que se había reunido en la plaza para celebrar la declaración de guerra, dando vítores y ondeando banderas—, ahora habrá un movimiento nacional en Rusia como el que tuvo lugar en la gran guerra de 1812».[198] Era una esperanza poco realista. Nicolás se había convertido en víctima de la propaganda de su propio régimen sobre la devoción que la gente «sencilla» le profesaba. Pero ese mito había quedado destruido, en particular por las acciones de sus soldados en aquella misma plaza el Domingo Sangriento de 1905. No había unidad nacional ni amor por Rusia que fuera lo suficientemente sólido como para atravesar la profunda división entre las clases sociales que se había puesto de manifiesto aquel año revolucionario. La multitud que jaleaba en la plaza del Palacio estaba integrada por hombres y mujeres bien vestidos de la clase media, oficinistas, tenderos y artesanos, no por los campesinos a los que les iba a tocar combatir en aquella guerra.

Los soldados eran, en su mayor parte, ajenos al sentimiento patriótico. Tenían muy poco conocimiento directo del mundo más allá de sus aldeas y, por tanto, albergaban solo un sentido muy débil de su identidad como rusos.

Se consideraban nativos de su aldea o región local. «Somos de aquí y somos ortodoxos», decían cuando se les preguntaba por su nacionalidad. Mientras los alemanes no amenazaran con invadir su zona, no veían razón alguna para luchar contra ellos. «Somos de Tambov —aducían los reclutas como protesta—. Los alemanes no llegarán a nuestro pueblo». Un administrador agrícola oyó comentarios similares de los reclutas de origen campesino en Smolensk:

> —¿Qué diablos nos ha metido en esta guerra? Nos estamos inmiscuyendo en los asuntos de otras personas.
>
> —Lo hemos hablado entre nosotros; si los alemanes quieren que les paguemos, sería mejor pagarles diez rublos por cabeza que matar gente.
>
> —¿Acaso no da igual bajo qué zar vivamos? No puede ser peor bajo un zar alemán.
>
> —Dejemos que luchen entre sí. Ya arreglaremos después cuentas con ellos.[199]

Hombres más sabios habían tratado de alertar al zar de los peligros de una guerra, entre ellos Piotr Durnovó, ministro del Interior, que en febrero de 1914 le había rogado que no arrastrara al país a un choque innecesario con Alemania. Le había advertido de que sería un conflicto largo, una guerra de desgaste, en la que la carga principal recaería sobre Rusia y su capacidad para romper las defensas alemanas. Económicamente, el país estaba demasiado debilitado para poder resistir el embate durante mucho tiempo. El Gobierno perdería autoridad y lo siguiente sería una revolución social.

> El problema dará comienzo cuando se le eche la culpa de todos los desastres al Gobierno […]. El ejército derrotado, al haber perdido a sus hombres más valiosos, y arrastrado por la marea del primitivo deseo campesino de poseer la tierra, se encontrará demasiado desmoralizado para servir de baluarte de la ley y el orden. Las instituciones legislativas y los partidos de la oposición intelectual, al carecer de una autoridad real a los ojos del pueblo, se verán impotentes en la tarea de contener la marea popular, fomentada por ellos mismos, y Rusia se verá arrojada a una anarquía desesperada, cuyo resultado no se puede prever.[200]

Nadie prestó oídos a aquella profecía.



Océano Ártico
Tromsø
NORUEGA
SUECIA
Oulu
Múrmansk
Pustozersk
Obdorsk
Círculo polar ártico
Arcángel
MILLER
FINLANDIA
Estocolmo
Helsinki
Tallin (Revel)
Narva
Petrogrado
EST.
LIVONIA
CUR.
Riga
Psok
Nóvgorod
Ustiug
Perm
Tobolsk
Vologda
R U S I A
Yaroslavl
Ekaterinburgo
Könisberg
LIT.
ALE.
Tver
Polotsk
Nizhni Nóvgorod
KOLCHAK
Vilna
Moscú
Kazán
Varsovia
BIELORRUSIA
Minsk
Smolensk
Kaluga
Riazán
Simbirsk
Magnitogorsk
POL.
Brest-Litovsk
POLACOS
Tula
Penza
Samara
Volodímir-Vol.
Orel
Tambov
Orenburgo
Kiev
Chernigov
Kursk
Voronezh
Sarátov
Galich
Bélgorod
AUSTRIA-HUNGRÍA
Járkov
UCRANIA
MOLD.
Ekaterinoslav
Tsaritsyn
Lugansk
DENIKIN
Odessa
WRANGEL
Jersón
Rostov
RUMANÍA
Bucarest
Astracán
Sebastopol
Krasnodar
Stávropol
BULGARIA
Mar Negro
Mar Caspio
Vladikavkaz
Sujumi
Constantinopla
Tiflis
Batumi
Ankara
Ereván
Bakú
IMPERIO OTOMANO
Revolución rusa
y guerra civil
1917-1923
Avance máximo de los ejércitos antibolcheviques
Vía férrea principal
Fronteras internacionales por el tratado de Brest-Litovsk (03-03-1918)
0
200
400 km

8
LA RUSIA REVOLUCIONARIA

Pronto quedó claro que la advertencia de Durnovó estaba justificada. Bajo la presión de los británicos y los franceses, los rusos atacaron a los germanos en Prusia Oriental para obligarlos a retirar sus tropas del frente occidental. Sufrieron una contundente derrota en las batallas de Tannenberg y los Lagos Masurianos, en agosto y septiembre de 1914, retrocedieron y empezaron a prepararse para una larga guerra defensiva de trincheras y duelos de artillería, en la que la endeblez de Rusia empezó a ser manifiesta.

El país no estaba preparado para una guerra de desgaste. Su único activo importante, el aparentemente inagotable suministro de soldados campesinos, no llegaba a constituir la gran ventaja que sus aliados habían imaginado al visualizar a una imparable «apisonadora rusa» avanzando hacia Berlín. Un gran porcentaje de la población estaba por debajo de la edad mínima de reclutamiento. Si Alemania había podido movilizar al 12 por ciento de su población para el servicio militar, Rusia, en comparación, pudo alistar solo al 5 por ciento. Más grave aún era la bisoñez de los reservistas rusos. Para ahorrar fondos, el ejército había proporcionado un escaso entrenamiento a los campesinos de la segunda leva, que pronto fueron llamados al frente. En octubre, rememoró el general Brusílov, que entonces era comandante del Octavo Ejército en Galitzia, los hombres enviados para reemplazar a los caídos en las primeras y catastróficas batallas «no sabían nada excepto cómo desfilar […]. Muchos ni siquiera sabían cargar los fusiles y, por lo que se refiere a su puntería, cuanto menos se diga de ello, mejor […]. A aquellos hombres no se les podía considerar en absoluto soldados».[201]

A medida que la guerra se adentraba en el invierno, el ejército comenzó a sufrir una terrible escasez de material. La red de transportes no era

suficiente para dar cobertura al envío de las municiones, los alimentos y el material médico que se necesitaban en los frentes. El Ministerio de la Guerra había reducido la inversión en industria armamentística antes del conflicto, y se vio obligado a encargar proyectiles y cañones al extranjero, un material bélico que tardaría años en llegar. Para 1915, los nuevos reclutas estaban siendo entrenados sin fusiles. Cuando se les mandaba al campo de batalla, tenían la orden de recuperar las armas que habían perdido los hombres abatidos en el frente.

La moral y la disciplina del ejército empezaron a desmoronarse. En el verano de 1915, cuando los alemanes y los austriacos rompieron las líneas rusas del frente, un millón de hombres se rindieron al enemigo. Parte del problema estribó en la pérdida de oficiales. Durante los primeros meses de la guerra murieron un número elevadísimo de ellos. Los suboficiales que ocuparon su lugar eran campesinos y obreros jóvenes; sus simpatías estaban firmemente del lado de los soldados, que eran reacios a luchar por un régimen en el que no creían. Estos suboficiales se convertirían en los líderes de la revolución que estalló en el ejército durante 1917.

El desmoronamiento de la disciplina tuvo que ver con los rumores que corrían sobre la traición en la corte. Se decía que la emperatriz y Rasputín trabajaban para los alemanes y que estaban presionando para negociar una paz por separado (mito alentado por la prensa alemana, que publicó noticias falsas sobre negociaciones con el Gobierno ruso). La corte no tenía idea de cómo contrarrestar estos rumores perjudiciales. Nunca le había dado la más mínima importancia a la opinión pública y, por tanto, no había aprendido a manejarla. Para hacer propaganda de sus credenciales patrióticas, la familia imperial organizó una sesión fotográfica para que la emperatriz y sus hijas se retrataran vestidas con uniformes de la Cruz Roja. Habían visitado a los heridos en los hospitales militares de Petrogrado, nombre que, al comienzo de la guerra, se había dado a San Petersburgo para que pareciera menos alemán. Sin embargo, no cayeron en la cuenta de que una remesa de uniformes de enfermeras había caído en manos de las prostitutas de la ciudad, que se vestían con ellos para hacer la calle.[202]

El sentimiento antialemán podía fácilmente volverse violento. En Moscú, como reacción a las victorias alemanas en el frente, una multitud enfurecida incendió y saqueó comercios y oficinas alemanes. En la plaza Roja profirieron insultos contra la «alemana», tal como llamaban a la emperatriz,

y pidieron que fuera recluida en un convento. No es fácil saber en qué medida tenía esta ira una motivación patriótica o estaba fundada en el odio hacia una clase urbana adinerada en la que los alemanes eran tan prominentes. El estado de ánimo revolucionario tenía un carácter nacionalista.

En septiembre de 1915, en un intento desesperado por restablecer la moral, el zar relegó al gran duque Nicolás y asumió el mando supremo del ejército. Pensó que su presencia en el frente inspiraría a unos soldados que, aunque no luchasen por Rusia, sin duda lo harían por su santo zar, pero aquel fue un craso error. A partir de ese momento, Nicolás fue culpado de todas las derrotas, lo que propaló más rumores no solo sobre su incompetencia (no tenía experiencia militar), sino también sobre su conducta traicionera durante la guerra. Para explicar la interminable sucesión de derrotas, se dijo que Nicolás estaba informando al káiser sobre los movimientos de sus tropas, que la emperatriz, que había quedado al mando en la capital, trabajaba para los alemanes, etcétera.

Los rumores no tenían nada de cierto. Pero esa no era la cuestión. El hecho de que la gente estuviera dispuesta a creerlos los hacía políticamente peligrosos. En una crisis revolucionaria lo que cuenta son las percepciones y las creencias, no la realidad. A falta de información fiable de parte de fuentes oficiales y la prensa, los rumores fueron ganando una amplia credibilidad entre la sociedad. Los creyeron hasta algunos políticos y diplomáticos extranjeros. Gracias a su capacidad para movilizar a la oposición y dar sentido a sus protestas como si se tratara de un acto patriótico contra la corte «alemana», alentaron el estado de ánimo revolucionario.

La población, como los soldados, culpaba al Gobierno de los reveses sufridos en el frente. Había respondido a la crisis de suministros lanzándose a la acción con sus propias iniciativas a través de la Duma y del Zemgor, una red nacional de organismos públicos formada por la Unión de los Zemstvos y la Unión de Ciudades. Dirigido por el príncipe Lvov, un veterano activista de los *zemstvos*, el Zemgor se alió con el Bloque Progresista de la Duma, formado en 1915 por dos tercios de sus diputados para exigir un «ministerio de confianza nacional» (un Gobierno designado por el zar pero aprobado por la Duma). El Bloque recibió el apoyo de varios generales y de algunos miembros del Gobierno que entendieron la

necesidad de implicar a la ciudadanía en la campaña de guerra. Pero contaba con la oposición de los ministros más reaccionarios, instigados por la emperatriz, que acusaba al Bloque de estar presionando para que la Duma se hiciese cargo de las tareas de gobierno. Azuzado por su esposa («Muéstrales el puño. Tú eres el autócrata»),[203] el zar clausuró la Duma y destituyó a los ministros que dieran alguna muestra de estar trabajando con el Bloque.

Para el otoño de 1916, la confianza en Nicolás se había hundido hasta tales niveles que en el alto mando del ejército, en la Duma y en los círculos de la corte se urdieron una serie de conspiraciones para sustituirlo por su hermano menor, el gran duque Miguel, o algún otro Románov que fuera capaz de trabajar con un Gobierno de la Duma. La única acción que llegó a tener éxito fue el asesinato de Rasputín, el 16 de diciembre, a manos de un círculo de conspiradores entre los que se encontraban dos grandes duques y uno de los más altos príncipes de Rusia, Félix Yusúpov. Los asesinos llevaron a Rasputín con pretextos hasta el sótano del palacio Yusúpov y le dispararon en el corazón. Como parece ser que no se moría, le dispararon cuatro veces más, la última a quemarropa en la frente, tras lo cual envolvieron su cuerpo en un abrigo y lo tiraron al río. Tenían la esperanza de que su desaparición salvara a la monarquía de una catástrofe inminente. Pero no cambió nada.

La escasez de alimentos acercó aún más la catástrofe. Con las temperaturas por debajo de los cero grados, el sistema de transporte no tenía capacidad para aprovisionar de combustible y harina a la capital. Empezaron a aparecer largas colas frente a las panaderías. Los precios se dispararon. Las huelgas de trabajadores se volvieron habituales. Las peticiones de aumento de los salarios dieron pronto paso a las demandas políticas. La violencia de las huelgas fue aumentando a medida que cerraban las fábricas. En la nueva planta de producción de Lessner, dedicada a la construcción de maquinaria, en Petrogrado, los huelguistas se enfrentaron a la policía. Se dio orden a los soldados de los cuarteles cercanos que reprimieran a los huelguistas, pero en lugar de cumplir dicha orden se unieron a los trabajadores y arrojaron piedras y adoquines a la policía.

El 23 de febrero de 1917 era el Día Internacional de la Mujer, y una gran multitud de mujeres, en su mayoría trabajadoras de comercios y oficinas,

desfilaron por el centro de la capital para exigir una mejora de las raciones de las familias de los soldados. A ellas se unieron los trabajadores, se enfrentaron a la policía y se dispersaron al caer la noche. Pero al día siguiente se unieron más manifestantes. Se celebró un enorme mitin en la plaza Známenskaia. A la vista de la policía, los oradores se dirigieron a la multitud encaramados a la estatua ecuestre de Alejandro III, que decoraron con estandartes rojos y en la que escribieron la palabra «Hipopótamo», el apodo popular con el que se conocía a aquel obeso monumento a la inamovible autocracia. El pueblo clamaba por la caída de la monarquía. El movimiento de protesta creció. Para el 26 de febrero, el centro de Petrogrado se había convertido en un campamento militarizado. Había soldados y policías por todas partes. En torno al mediodía, los trabajadores volvieron a reunirse en los distritos fabriles y desfilaron hacia el centro. En la avenida Nevski fueron recibidos por la policía y los soldados, que les dispararon usando munición real. El incidente más sangriento ocurrió en la plaza Známenskaia, donde un destacamento de entrenamiento del regimiento Volinski mató a más de cincuenta personas.

Los soldados del regimiento, en su mayoría adolescentes, quedaron conmocionados por el incidente. Uno de ellos decía haber visto a su madre entre la multitud a la que habían disparado. A la mañana siguiente, cuando se les ordenó de nuevo dispersar a la gente, mataron a su oficial y se pusieron del lado de los manifestantes. Al motín no tardaron en unirse otros regimientos. Los soldados aportaron fuerza militar y organización a aquellas multitudes. Combatieron a la policía, los últimos defensores de la monarquía, y lideraron la toma del arsenal, la central telefónica, las estaciones de ferrocarril, la jefatura de policía y las prisiones, que incendiaron. Sus acciones convirtieron las manifestaciones en una verdadera revolución.

En el palacio de Táuride, los dirigentes de la Duma formaron el Comité Temporal para la Restauración del Orden y se pusieron al frente de él. Mientras tanto, en el mismo edificio se constituyó un sóviet de los delegados de los obreros y soldados de Petrogrado. Aunque podría haber tomado el poder, el sóviet accedió en cambio a la formación de un Gobierno provisional dirigido por el príncipe Lvov y formado por miembros de la Duma. Los dirigentes del sóviet, en su mayoría mencheviques, creían, de acuerdo con la doctrina marxista, que Rusia estaba aún demasiado atrasada

como para instaurar inmediatamente un Gobierno socialista. Marx les había enseñado que era necesario un periodo de desarrollo «democrático burgués» con libertad para que las masas pudieran organizarse en sindicatos, partidos políticos y demás. Aquellos fueron los principios democráticos por los que concedieron su apoyo al Gobierno provisional. Como socialistas, los cabecillas del sóviet temían, además, que si formaban un Gobierno se produjera una contrarrevolución y Rusia se viese sumida en una guerra civil. Pensaron que los dirigentes de la Duma estarían más capacitados para persuadir a los generales de que no mandaran tropas a la capital revolucionaria.

Nicolás había ordenado que se enviasen fuerzas desde el frente norte, pero la intervención de los dirigentes de la Duma convenció a los generales de que revocaran su mando e instaran al zar a abdicar. Según el consejo de sus altos mandos, aquel era el único modo de restaurar el orden, salvar al ejército y seguir librando la guerra. Nicolás accedió a abdicar en favor de su hijo, pero enseguida le advirtieron de que Alexéi, debido a su hemofilia, no viviría mucho más tiempo. Además, si Nicolás renunciaba al trono en su favor, tendría que marcharse al extranjero y quedaría separado de su familia. Decidido a permanecer junto a ella, pasara lo que pasara en Rusia, resolvió entregar la corona a su hermano menor, el gran duque Miguel.

Miguel era un hombre tímido y modesto, e incluso menos inteligente que Nicolás, y se mostró reacio a aceptar la corona. Cuando se anunció a la multitud congregada en el exterior del palacio de Táuride que el zar abdicaría en su favor, se produjeron violentas protestas. Miguel no estaba dispuesto a arriesgar su vida. Refugiado en la mansión de la princesa Putiatina, no lejos del palacio de Invierno, se reunió con los dirigentes de la Duma el 3 de marzo. El cabecilla de los kadetes, Pável Miliukov, al que aún le preocupaban las cuestiones relacionadas con la legalidad, trató de persuadirlo de que aceptara la corona, con el argumento de que la monarquía era necesaria como símbolo de autoridad que sancionase legalmente la transferencia del poder al Comité de la Duma. Sin ella, argumentó, el Gobierno provisional se asemejaría a «un buque que no está en condiciones de navegar, presto a hundirse en un océano de desorden popular».[204] No obstante, nadie podría garantizar la seguridad personal del gran duque si se convertía en zar, y eso fue lo que determinó en última instancia la decisión de Miguel. El manifiesto de abdicación, que puso fin a

trescientos años de reinado de los Románov, fue redactado por dos juristas en un pupitre de colegio en el estudio de la hija de Putiatina y después se copió en uno de sus cuadernos escolares.

El final de la monarquía desembocó en grandes escenas de júbilo a lo largo de todo el Imperio. En las calles de Petrogrado y Moscú se congregaron multitudes entusiasmadas. En los edificios se colgaron banderas rojas. En Helsingfors, Kiev, Tbilisi y otras capitales se exhibieron también banderas nacionales. La multitud echó abajo todos los símbolos de la monarquía que adornaban los edificios (emblemas de los Románov, escudos de armas, águilas bicéfalas…).

La monarquía había muerto. Todas las instituciones en las que se apoyaba se habían derrumbado prácticamente de la noche a la mañana. Nadie intentó reanimarla. Ninguno de los ejércitos contrarrevolucionarios que combatirían en la guerra civil —la lucha por expulsar a los bolcheviques del poder después de 1917— abrazaría la causa del monarquismo, aunque muchos de sus oficiales eran monárquicos. De lo contrario se habrían garantizado la derrota. Hasta aquí llegaba el mito de que Rusia necesita un zar. Tal y como lo expresó Trotski en su *Historia de la Revolución rusa*, «el país había vomitado la monarquía de un modo tan radical que no había forma de hacérsela tragar de nuevo».[205]

Sin embargo, si bien la monarquía estaba políticamente muerta, seguía viva en un sentido más amplio, en esa psicología que haría más tarde a la población tan receptiva al culto soviético al líder. «Sí, necesitamos una República», le dijo un soldado a George Buchanan, el embajador británico, «pero para regirla debemos tener un buen zar».[206] En las cartas de los soldados se expresaba esta misma confusión: «Queremos una república democrática y un *zar-batiushka* por un periodo de tres años».[207] En la mente de los rusos comunes y corrientes la idea del Estado estaba demasiado entremezclada con la persona del zar como para imaginar una nueva estructura estatal sin un monarca a la cabeza. En marzo, un miembro del sóviet de trabajadores de Moscú fue a hacer propaganda en una reunión del regimiento que se encontraba cerca de Vladímir.

> Había una plataforma en medio del campo, dos o tres soldados sobre ella y una multitud de miles de personas a su alrededor. Se veía una gran mancha de gente. Hablé, claro está, de la guerra y de la paz, de la tierra —«la tierra para el pueblo»— y de las ventajas de la república sobre la monarquía. Pero cuando terminé y cesaron los interminables «hurras» y los aplausos, se oyó una

fuerte voz: «¡Queremos elegirte a ti como zar!», ante lo cual el resto de los soldados prorrumpieron en aplausos. Rechacé la corona de los Románov y me fui con un sentimiento apesadumbrado, por lo fácil que sería para cualquier aventurero o demagogo convertirse en el amo de este pueblo simple e ingenuo.[208]

La familia imperial estaba bajo arresto domiciliario en Tsárskoye Seló, pero en agosto de 1917, debido a los temores sobre su seguridad personal, fue evacuada a Siberia. La intención era enviarla a Inglaterra, pero Jorge V retiró su invitación por temor a provocar un alzamiento contra la monarquía británica, así que los Románov fueron enviados al páramo provincial de Tobolsk, lejos de las muchedumbres revolucionarias. Allí vivieron en unas condiciones bastante cómodas hasta la primavera, cuando, tras oír rumores de que se fraguaba un complot para rescatarlos, fueron enviados a Yekaterimburgo por orden de Lenin. Toda la familia fue ejecutada la noche del 16 al 17 de julio de 1918. Informada del asesinato por la prensa, «la población […] recibió la noticia con una indiferencia sorprendente», según Robert Bruce Lockhart, el agente británico en Moscú.[209]

Los dirigentes del Gobierno provisional se veían a sí mismos como un gabinete de guerra de salvación nacional que estaba por encima de los intereses de clase o de partido. No los había elegido nadie. Habían llegado al poder mediante un golpe parlamentario que el sóviet había respaldado a condición de que se adhirieran a los principios democráticos. Según lo veían ellos, su propósito era ayudar al país a poner fin a la guerra y a elegir una asamblea constituyente, la única que podía resolver legalmente las cuestiones fundamentales de la revolución, tales como a quién debía pertenecer la tierra, la constitución del Estado y el asunto de las nacionalidades, si deberían mantener unidos los territorios del Imperio o permitir que sus pueblos lo abandonaran. Su posición era comprensible. Pero difícilmente podía satisfacer las apremiantes expectativas que había despertado la Revolución de Febrero. No pasó mucho tiempo antes de que los campesinos, los trabajadores de las fábricas y los soldados tomaran cartas en el asunto.

En las zonas rurales, los campesinos formaron sus propios comités *ad hoc* (que a veces llamaban «sóviets») y se apoderaron de las propiedades de la nobleza; primero, de los aperos y el ganado, y después de sus campos,

que la comuna dividió de acuerdo con sus principios consuetudinarios (generalmente según el número de «comensales» de cada hogar). Estas tomas de tierra fueron «legalizadas» por las asambleas campesinas de la provincia o del distrito, y después aprobadas por la I Asamblea Campesina Panrusa, que se reunió entre el 4 y el 25 de mayo.

Los trabajadores, por su parte, estaban imponiendo sus exigencias a los directores de las fábricas. Las organizaciones obreras se extendieron rápidamente. Los sindicatos y los sóviets retomaron la actividad donde la habían dejado en 1905, pero se les unieron dos nuevos grupos de órganos dominados por los bolcheviques: los comités de fábrica, que supervisaban la gestión de los centros de producción (lo llamaban «control obrero») para evitar los cierres y los despidos, y la Guardia Roja, formada por los trabajadores para defender aquellos.

Los comités de soldados supervisaban la relación con los oficiales y debatían las órdenes que recibían. En algunas unidades se negaron a combatir durante más de ocho horas diarias, pues reclamaban los mismos derechos que cualquier trabajador. En todas las fuerzas del ejército, los reclutas exigían que los mandos los trataran de igual a igual siempre que no estuvieran combatiendo. Esta afirmación del «poder de los soldados» fue fundamental para el espíritu del «bolchevismo de trincheras» (término empleado por los oficiales para designar la negativa de las tropas a obedecer las órdenes que les daban), que se extendió en las filas del ejército durante 1917.

La guerra fue la cuestión que más divisiones ocasionó dentro del Gobierno provisional. La política de 1917 fue una lucha entre aquellos de sus miembros que se situaban más a la izquierda, que veían la revolución como un medio para poner fin a la guerra, y los miembros situados más a la derecha, que veían la guerra como una forma de frenar la revolución y restablecer el orden. Cuando Miliukov, ministro de Asuntos Exteriores, anunció que Rusia iba a cumplir los compromisos imperiales con los aliados, a pesar de la campaña de los sóviets por la paz, decenas de miles de trabajadores y soldados armados salieron a manifestarse por las calles de Petrogrado, donde se produjeron enfrentamientos con grupos «patrióticos» que exigían que la campaña bélica continuara hasta la victoria final.

Para reforzar la autoridad del Gobierno y evitar que el país cayera en una guerra civil, en mayo se incorporaron a él seis líderes mencheviques y

eseristas. La coalición estaba fundamentada en una política conocida como «defensismo revolucionario», que implicaba seguir librando aquella guerra, no por las posibles conquistas imperiales, sino por la sola defensa de la revolución y de Rusia. Según creían, la derrota frente a Alemania conllevaría la restauración de la dinastía («alemana») de los Románov, pero combatir en defensa de la revolución, en cambio, restablecería la unidad nacional. Con esta idea, cedieron a la presión de los aliados para lanzar una ofensiva en verano.

Kérenski, entonces ministro de la Guerra, recorrió el frente para levantar la moral de las tropas. Vestía uniforme militar y llevaba el brazo derecho en cabestrillo, aunque nadie tenía constancia de que se hubiera hecho lesión alguna. Kérenski era un político-actor, estaba hecho para el escenario revolucionario, donde sus encendidos discursos, repletos de gestos teatrales e incluso desmayos, que eran auténticos pero estaban sincronizados para coincidir con el punto culminante y más dramático de su discurso, tocaban la fibra sensible de la multitud. Puesto en pie en su Renault descapotable, Kérenski pedía a los soldados congregados en torno a él que colocaran su «deber cívico» por encima de los intereses de clase. Como «todos los ciudadanos», debían hacer un sacrificio por la nación. Si los soldados habían cumplido con esta obligación hacia el régimen anterior, debían hacer lo mismo por la defensa de la libertad de Rusia. «¿O es que», preguntó en una frase cargada de significado y de sentimiento para los soldados campesinos, «o es que el primer Estado ruso libre es, de hecho, un Estado de esclavos rebeldes?».[210] Aquella pregunta llevaba en sí todo el peso de la historia del país.

Allá adonde iba, Kérenski era aclamado como un héroe. Los soldados con los que se reunía, seleccionados cuidadosamente por sus oficiales, «besaban su mano, su uniforme, su coche y el suelo que pisaba», según contó una enfermera inglesa, que comparó el culto a Kérenski con el antiguo culto a los zares. «Muchos de los soldados estaban de rodillas, rezando; otros lloraban».[211] La adulación de que era objeto le dejó la impresión de que las tropas estaban deseando entrar en combate. Pero en realidad, a medida que se acercaba la fecha de la ofensiva, el goteo de deserciones fue aumentando considerablemente. El ataque se inició el 16 de junio. Durante dos días, los rusos avanzaron liderados por el Batallón de la Muerte de Mujeres, formado en 1917 por mujeres voluntarias, elegido para

que su presencia avergonzara a los hombres y les obligara a luchar, pero cuando los alemanes lanzaron la contraofensiva, los rusos huyeron a la retaguardia presa del pánico.

El Gobierno de coalición entró en crisis. Los soldados de la guarnición de Petrogrado prepararon un levantamiento armado para transferir el poder a los sóviets, una política que los bolcheviques habían apoyado desde el regreso de Lenin del exilio en abril. Asumió el liderazgo del alzamiento el Primer Regimiento de Ametralladoras, el sector más en favor de los bolcheviques de entre todas las tropas, después de que se les ordenara marchar al frente. Contaron con el apoyo de los marineros de Kronstadt, también bolcheviques acérrimos, con un enfoque «maximalista» o anarquista, que en mayo habían declarado su propia república soviética. Los días 3 y 4 de julio ocuparon la capital. De haber recibido una orden clara de los bolcheviques, habrían dado un golpe de Estado, pero Lenin fue incapaz de determinar si habían madurado las condiciones para «intentar tomar el poder».[212] Cuando los marineros armados y los soldados del regimiento de ametralladoras se congregaron frente al cuartel general bolchevique a la espera de instrucciones, Lenin no les dio ninguna. Confundidos por las vagas palabras de aliento que les dedicó, se dirigieron al palacio de Táuride, donde instaron a los dirigentes del sóviet a tomar el poder. Los eseristas y los mencheviques, que aún mantenían el control del sóviet, rechazaron la petición, por lo que los aspirantes a insurrectos no sabían ya lo que debían hacer. Estaban cansados y hambrientos y caía una lluvia torrencial, así que se dispersaron.

El levantamiento fallido provocó la reacción de la derecha. El Ministerio de Justicia publicó unos panfletos que afirmaban que los bolcheviques eran agentes alemanes, una idea basada en pruebas concretas (no cabe duda de que los bolcheviques recibieron dinero y apoyo logístico de los germanos en 1917), pero que dio lugar al peligroso mito de que el poder soviético fue impuesto a Rusia por los alemanes, los judíos y otros enemigos extranjeros del país. Se reveló que, en abril, Lenin había llegado desde Suiza en un tren «sellado» —no sometido a inspección—, facilitado por Alemania para fomentar la oposición a la guerra. El cuartel general bolchevique fue allanado y registrado, y cientos de miembros del partido fueron detenidos. Lenin huyó a Finlandia disfrazado con ropa de obrero. Se negaba a ser juzgado por traición bajo el argumento de que el Gobierno se había

convertido en una «dictadura militar» que estaba sumida en una «guerra civil» contra el proletariado.[213] La única forma de combatirlo era tomar el poder.

Kérenski formó un nuevo Gobierno de coalición que integraba a eseristas, mencheviques y kadetes. Impuso limitaciones a las reuniones públicas, restableció la pena de muerte en el frente, acordó reducir la influencia de los comités de soldados para restaurar la disciplina militar y nombró comandante supremo al general Kornílov, un héroe de la derecha que propugnaba una dictadura militar para acabar con los sóviets. Kornílov creía que tenía a Kérenski de su lado, pero cuando envió una fuerza cosaca para que ocupara la capital y desarmara a la guarnición, este lo condenó y movilizó al sóviet para combatir el intento de golpe. Al final no hubo necesidad de luchar. De camino a Petrogrado, los cosacos se encontraron con una delegación del sóviet del norte del Cáucaso que los convenció para que depusieran las armas.

El asunto Kornílov minó todo el apoyo a Kérenski y su Gobierno. El grueso de los soldados sospechaban que sus oficiales habían apoyado al general. La disciplina se derrumbó. La tasa de deserciones aumentó considerablemente. Los soldados regresaron a sus aldeas, donde era época de cosecha, y asumieron el control de la revolución campesina, que se tornó más violenta cuando adoptaron la iniciativa de incendiar las mansiones de la nobleza para expulsarla de sus tierras. Los obreros también se radicalizaron. Abandonaron a los mencheviques, que se negaban a romper con el Gobierno de Kérenski, y se inclinaron por los bolcheviques, el único partido que defendía firmemente el lema «Todo el poder para los sóviets», lo que les dio una clara mayoría en los sóviets de Moscú, Petrogrado y otras grandes ciudades industriales.

En el II Congreso de los Sóviets, celebrado en octubre, ya quedó bastante claro que los delegados aprobarían una resolución para reclamar que se les diera el poder. Eso supondría la creación de un Gobierno formado por todos los partidos del sóviet panruso. Con toda probabilidad, los bolcheviques serían el partido con más presencia en ese Gobierno, pero estarían obligados a compartirlo con los eseristas y los mencheviques. Hasta el 24 de octubre, la mayoría de los líderes bolcheviques estuvieron dispuestos a aceptar este resultado, pero Lenin tenía otra idea. No deseaba compartir el poder. Desde su escondite en Finlandia, había estado llamando a un

levantamiento armado antes de que se reuniera el congreso. El partido «puede y debe» tomar el poder, había insistido en una serie de cartas llenas de impaciencia al comité central bolchevique. Decía «puede» porque el partido contaba con el apoyo suficiente para ganar una guerra civil, que, llegados a ese punto, era más importante que las elecciones. Y decía «debe» porque, de esperar a la votación del congreso, estarían dándole tiempo a Kérenski para organizar una fuerza contrarrevolucionaria y cerrar el sóviet.[214]

Bajo la presión de Lenin, que volvió a Petrogrado el 10 de octubre, el comité central acordó preparar un alzamiento, pero seguía sin estar claro cuándo se produciría. El 16 de octubre se decidió que aún no había llegado el momento. Las masas de Petrogrado no iban a responder sin más al llamamiento del partido, decían los activistas locales, sino que «tendrían que verse impulsadas por algo, como la disolución de la guarnición, para apoyar un alzamiento».[215] Lenin estaba furioso. Para dar un golpe de Estado militar se necesitaba solo una pequeña fuerza. Estaba listo para llevarlo a cabo, si era necesario, como una invasión militar desde Finlandia, donde podría contar con el apoyo de los regimientos bálticos.

Kérenski le hizo el juego. Confiando en que podía aplastar a los bolcheviques, cuyos planes de llevar a cabo un alzamiento habían salido a la luz, ordenó que los soldados de la guarnición de Petrogrado fueran enviados al frente norte, donde los alemanes estaban avanzando con rapidez hacia la capital. Aquel fue el acicate que estaba esperando Lenin. Le permitió hacerse con el apoyo armado para un alzamiento bajo el lema «¡La revolución en peligro!». Para evitar que les trasladasen al frente, los soldados formaron un Comité Militar Revolucionario (conocido por sus siglas, CMR) que asumió el mando de la guarnición el 21 de octubre. A lo largo de los días siguientes, a medida que iban llegando los delegados para el congreso de los sóviets, el CMR se dedicó a organizar la defensa de la capital, tomando el control de las estaciones de ferrocarril, el servicio de correo y el telégrafo, así como las centrales telefónicas y eléctricas, y poniendo soldados en las calles.

Este era el escenario en la noche del 24 de octubre, cuando Lenin, disfrazado, atravesó la capital para dirigirse al instituto Smolny, la antigua escuela femenina de la nobleza, donde debía celebrarse el congreso al día

siguiente. El edificio estaba completamente iluminado y muy bien defendido por vehículos blindados y ametralladoras. En el aula 36, el cuartel general bolchevique, Lenin intimidó a sus camaradas para que dieran la orden de iniciar la insurrección. Quería que esta se hubiera completado antes de que se celebrara la votación sobre la transferencia de poder en el congreso. Después de todo un día de retrasos técnicos, el crucero Aurora dio la señal disparando una salva, y los atacantes bolcheviques irrumpieron en el palacio de Invierno para arrestar a los ministros de Kérenski. Estaban reunidos en un pequeño comedor, rodeados de los platos de su última comida (*borscht*, pescado al vapor y alcachofas). Kérenski no estaba allí; aquella misma mañana había salido hacia el frente norte en una desesperada búsqueda de tropas leales. Para entonces, era tal la impotencia de su Gobierno que ni siquiera tenían un vehículo propio; Kérenski había partido en un Renault requisado a la embajada estadounidense.

El arresto de los ministros fue anunciado al congreso de los sóviets en una gran sala llena de humo del instituto Smolny. Los 670 delegados, en su mayoría obreros y soldados vestidos con sus guerreras y abrigos, habían aprobado por unanimidad una resolución propuesta por el menchevique Mártov para formar un Gobierno socialista compartido por todos los partidos del sóviet. Cuando se les informó de la toma del poder, la mayoría de los delegados mencheviques y eseristas denunciaron aquella «iniciativa criminal» y se marcharon en señal de protesta. El plan de Lenin había funcionado. La toma del poder fue tanto una provocación contra los eseristas y los mencheviques como un golpe contra el Gobierno provisional. Al abandonar el congreso, los mencheviques y los eseristas estaban entregando el sóviet a los bolcheviques. Trotski aprovechó la oportunidad y denunció la resolución de Mártov, arrojando este veredicto sobre los renegados: «Miserables derrotados, vuestro papel ha concluido; marchaos adonde debéis iros, ¡al basurero de la historia!». Trotski propuso entonces una resolución que condenaba los intentos «traidores» de socavar el poder soviético en su mismo nacimiento.[216] Los delegados de los sóviets, que no entendían lo que estaban haciendo, alzaron la mano para dar su apoyo. Con su acción, estaban dando el marchamo de aprobación soviético a una dictadura bolchevique.

Tampoco es que, en aquel momento, nadie apostase por que fueran a estar demasiado tiempo en el poder. Los bolcheviques mantenían un control muy débil sobre la capital, donde el servicio civil, la banca estatal, correos y telégrafos se declararon en huelga en protesta contra ellos; pero en las provincias no tenían ningún control en absoluto. Carecían de medios para suministrar alimentos a Petrogrado o enviar fuerzas a Moscú, donde estaban enzarzados en una agria lucha contra las tropas leales a Kérenski. Habían perdido el control de las vías férreas debido a una huelga del Sindicato de Trabajadores del Ferrocarril (el Vikzhel), que exigió a los bolcheviques que formaran un Gobierno de coalición con el resto de los partidos socialistas y los obligó a entablar conversaciones con ellos. Incluso si lograban superar todos aquellos obstáculos, restaban las elecciones a la Asamblea Constituyente, el verdadero órgano de la democracia en la medida en que todos los ciudadanos adultos tendrían derecho a voto, y en ello depositaron sus esperanzas los partidos de oposición.

Tales esperanzas eran ingenuas. Los bolcheviques se negaron a respetar las reglas al uso a fin de consolidar su dictadura. Desde el primer día en el poder, emitieron órdenes a través del Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom), medio de gobierno que Lenin prefería al sóviet, donde los eseristas de izquierda, los anarquistas y un pequeño número de mencheviques de izquierda se mantenían como un freno parlamentario a su poder ejecutivo. Prohibieron la prensa de la oposición y cientos de kadetes, eseristas de derecha y mencheviques fueron arrestados por el CMR, que pronto fue reemplazado por la Checa (abreviatura de Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje), la nueva policía política de Lenin. Los bolcheviques se hicieron con el control del banco estatal, arrestaron a los funcionarios en huelga y, una vez conquistado Moscú, se retiraron de las conversaciones con el Vikzhel, como había sido su intención desde el principio. Permitieron que se celebraran las elecciones a la Asamblea Constituyente en noviembre, porque pensaban que ganarían, pero cuando el eserista resultó ser el partido con más representación señalaron que el resultado era injusto. El poder de los sóviets, declaró Lenin, era un principio democrático que se situaba por encima de «los derechos formales de un parlamento burgués». Ordenó que

una guardia armada clausurase la asamblea solo unas horas después de su inauguración en el palacio de Táuride el 6 de enero de 1918.

En los estratos más bajos de la sociedad, por su parte, los bolcheviques dieron rienda suelta al «saqueo de los saqueadores»: juicios populares, linchamientos, robos con violencia y requisas de los bienes de cualquiera que tuviera la más mínima apariencia de poseer algún tipo de riqueza o privilegio. Socialistas como el escritor Máximo Gorki, que habían esperado que la revolución materializase sus ideales humanistas y acercase Rusia a Occidente, veían aquellos actos de venganza como un terrible estallido del «salvajismo asiático» del pueblo ruso. «Desconfío más que de ninguna otra cosa», escribió en su periódico, *Novaya Zhizn* (“Nueva Vida”), el 19 de noviembre, «de un ruso cuando tiene poder en sus manos. Esclavo no hace mucho tiempo, se vuelve el déspota más incontrolado cuando tiene la oportunidad de convertirse en el señor de su prójimo».[217]

Pero Lenin consideraba que el «saqueo de los saqueadores» era una profundización de la «lucha de clases», una forma necesaria de guerra civil. En «¿Cómo organizar la emulación?», escrito en diciembre de 1917, proponía que cada ciudad debería desarrollar sus propios medios para

> limpiar la tierra rusa de todos los piojos, de todas las moscas carroñeras, de todos los malditos ricos y gente semejante. En un lugar encarcelarán a doce ricos [...]. En otro lugar los pondrán a limpiar letrinas. En un tercero, les darán carnets amarillos [como se les daban a las prostitutas] después de pasar un tiempo en la cárcel […]. En un cuarto sitio, uno de cada diez holgazanes será fusilado. Cuanta más variedad haya, mejor.[218]

Representantes del sóviet, con dudosas órdenes judiciales, recorrían las casas de la «burguesía» (los detestados *burzhui*, como se les llamaba), confiscando cualquier cosa de valor «para la revolución». Hacían pagar tributos a estos *burzhui*, tomaban rehenes, los encarcelaban y amenazaban con ejecutarlos si faltaban al pago. Su terror reescribía una página del viejo libro de la *krugovaya poruka*, la «responsabilidad colectiva», aplicada en esta ocasión a toda una clase social. A este terror lo llamaron el «frente interno» de la guerra civil.

Gran parte de esta violencia fue instigada por los soldados, que empezaban a regresar del frente por millones después de que los bolcheviques hubiesen aprobado el Decreto sobre la Paz, el 26 de octubre de 1917. Los soldados tomaron el decreto como una licencia para

desmovilizarse y se marcharon a la estación de tren más cercana. Se organizaron en milicias, o guardias rojas, para hacer la revolución en sus pueblos y aldeas.

Sin un ejército que siguiera librando la guerra, los bolcheviques se vieron obligados a entablar conversaciones de paz con el alto mando alemán en Brest-Litovsk. Pero estaban divididos en cuanto a la estrategia que debían seguir. Para los del ala izquierda del Partido, como Bujarin, firmar una paz por separado con la Alemania «imperialista» representaba una traición a la causa internacionalista. Acabaría con cualquier esperanza de que la revolución se extendiera hacia Occidente, lo que consideraban crucial para la causa. Creían que la Revolución rusa por sí sola no podría sobrevivir sin el apoyo de las sociedades industriales más avanzadas. Por este motivo, pensaban que era mejor prolongar las conversaciones de paz con los alemanes durante el mayor tiempo posible y, si fuera necesario, luchar contra ellos con la Guardia Roja y las milicias (lo que llamaron una «guerra revolucionaria»), con la esperanza de inspirar al proletariado europeo. Lenin, por el contrario, quería acordar una paz por separado, y lo antes posible, para asegurarle un «respiro» a la revolución en Rusia. «Ahora solamente importa cómo defender la patria», argumentó como portavoz de una pequeña minoría en una reunión del comité central el 11 de enero de 1918. No tenía sentido arriesgarse a que Rusia fuera derrotada a la espera de que en Alemania pudiera iniciarse una revolución, que Lenin dudaba que fuera a suceder. «Alemania solo está preñada de revolución, pero nosotros ya hemos parido a un niño completamente sano». La guerra civil exigía una paz inmediata, porque, tal como lo expresó Lenin con su franqueza habitual: «Hay que estrangular a la burguesía, y para eso necesitamos tener las dos manos libres».[219]

Debido a estas divisiones, los negociadores bolcheviques, encabezados por Trotski, se dedicaron a ganar tiempo en Brest-Litovsk. Trotski mareaba a los diplomáticos y generales alemanes, sometiendo cada una de las frases del borrador del tratado a largas discusiones abstractas. En última instancia, Alemania perdió la paciencia y firmó un tratado aparte con Ucrania, cuyos líderes nacionalistas en el Parlamento de Kiev habían declarado la independencia del país el 22 de enero, para pasar a buscar de inmediato la ayuda de Alemania en su guerra contra la Guardia Roja del este de Ucrania, donde los rusos étnicos eran mayoría. El tratado, firmado el 9 de febrero,

convertía a Ucrania en un protectorado alemán y abría la puerta a su ocupación por parte de las potencias centrales. Una vez que hubieron separado a ucranianos y rusos, los alemanes estuvieron en posición de aumentar sus exigencias en Brest-Litovsk. Además, Lenin seguía sin conseguir los votos que necesitaba en el comité central. No fue hasta el 23 de febrero, con las bombas alemanas cayendo sobre Petrogrado, cuando consiguió sacar adelante su postura y los bolcheviques aceptaron las condiciones alemanas, mucho peores ya de lo que habrían sido en enero. Por el Tratado de Brest-Litovsk, Rusia se veía obligada a ceder la mayor parte de sus antiguos territorios imperiales en el continente europeo. Polonia, Finlandia, Estonia y Lituania obtuvieron la independencia nominal bajo la protección alemana. Las tropas soviéticas fueron evacuadas de Ucrania, que enseguida fue ocupada por medio millón de soldados alemanes y austriacos, decididos antes que nada a requisar la mayor cantidad posible de alimentos al campesinado ucraniano, mientras empujaban a la Guardia Roja hacia el este de Ucrania. La República Soviética perdió en total el 34 por ciento de su población (55 millones de personas), el 32 por ciento de sus tierras cultivables, el 54 por ciento de su capacidad industrial y el 89 por ciento de sus minas de carbón (la turba y la madera pasaron a ser las principales fuentes de combustible).[220] Como potencia europea, Rusia quedó reducida a un estatus equiparable al de la Moscovia del siglo XVII. El traslado de la capital soviética a Moscú el 12 de marzo simbolizó esta retirada de Europa. San Petersburgo siempre había sido una ciudad europea, «la ventana de Rusia a Occidente»; Moscú, por el contrario, constituía un recordatorio físico de sus tradiciones asiáticas. Como movimiento internacional, la revolución había recibido un duro golpe. Pero, por el momento, la Revolución rusa se había salvado.

Se estaban conformando ya los ejércitos que iban a librar la guerra civil. Las fuerzas antibolcheviques, conocidas como los «blancos» (nombre que derivaba de las escarapelas blancas que habían lucido en sus sombreros los antijacobinos durante las guerras revolucionarias francesas), eran un grupo heterogéneo, sin una ideología clara que los unificara salvo por la idea de sacar a los «rojos» del poder y restablecer la «vieja Rusia». Pero en la cuestión de cómo debía ser Rusia —una monarquía o una república, un

imperio o una federación, un sistema basado en la propiedad privada o una sociedad socialista— se encontraban divididos.

En el sur de Rusia, existía un ejército de voluntarios que había formado Kornílov en el Don después del golpe de Estado bolchevique. Estaba integrado principalmente por oficiales, y sus políticas derechistas creaban tensiones con los cosacos del Don, de los que dependían para combatir, pues muchos de entre los más jóvenes deseaban tener su propia república socialista en lugar de un renovado Imperio ruso, que era, a todas luces, la opción preferida por los mandos del ejército voluntario. El general Antón Denikin, que asumió el mando tras la muerte de Kornílov en abril de 1918, eludía especificar sus inclinaciones políticas. La experiencia de 1917 le había enseñado a mantener al ejército al margen de la política y a echar mano de lemas sencillos, como «Rusia una e indivisible», que no le impedían granjearse la adhesión de los cosacos u otras minorías nacionales.

En el Volga, mientras tanto, una legión checa era la fuerza principal que sostenía al Komuch, un Gobierno eserista con sede en Samara que luchaba por el restablecimiento de la Asamblea Constituyente y la reanudación de la guerra. Varados detrás de las líneas alemanas, los checos estaban deseando volver a unirse al combate en el frente occidental, para obtener su independencia nacional del Imperio austrohúngaro. El Komuch, políticamente débil y sin demasiado apoyo del campesinado, pasó pronto a depender del ejército siberiano destacado en Omsk, donde un grupo de oficiales de derechas instauró al almirante Kolchak, el comandante de la flota zarista del mar Negro, como jefe supremo de una dictadura militar que practicaría el reclutamiento obligatorio de los campesinos para su guerra contra los bolcheviques. Las potencias occidentales dieron apoyo a todos estos ejércitos contrarrevolucionarios con la esperanza de lograr que Rusia volviera a participar en la guerra —o así fue al menos como presentaron su participación en la guerra civil rusa— y, sobre esa base, les proporcionaron la mayor parte del equipamiento con el que contaron, incluidos aviones y carros de combate, además de enviar soldados para ayudarlos a luchar contra los rojos.

El Ejército Rojo se formó en el frente del Volga. Al principio se reducía a la Guardia Roja, las milicias obreras, cuyo ardor revolucionario no bastaba para compensar su falta de disciplina militar frente a los soldados checos, con más experiencia. La facilidad con la que estos obtuvieron las primeras

victorias le dejó claro a Trotski, comisario de Guerra, que el Ejército Rojo debía reformarse siguiendo el modelo del antiguo ejército imperial, con unidades regulares de reclutas en lugar de la Guardia Roja, oficiales experimentados (de la era zarista) y un mando centralizado. Estas reformas provocaron el resentimiento de muchos de los soldados, que lo veían como una restauración del antiguo orden militar. Consideraban que los antiguos oficiales zaristas eran un obstáculo para su propia promoción y ascenso en las filas del ejército. En torno a este resentimiento de clase baja hacia los oficiales profesionales y otros «especialistas burgueses» cristalizó un grupo de oposición militar. Su bastión estaba en el frente de Tsaritsyn, adonde Stalin, conocido por sus métodos despiadados, había sido enviado a requisar cereales, aunque pronto se hizo con el mando militar, creando el caos con sus arrestos masivos de los oficiales zaristas de Trotski.

En junio se impuso el reclutamiento intensivo. El Ejército Rojo movilizó a un millón de hombres en la primavera de 1919, a tres veces ese número en 1920 y a cinco millones en 1921. Se trataba de un patrón que ya hemos visto antes, en el que la cantidad sustituía a la calidad debido al atraso del país. Las fuerzas armadas crecieron mucho más rápido de lo que podía sostener una economía devastada por la guerra; no llegaba para proporcionarles municiones, transporte, alimentos ni ropa. La moral de los soldados se derrumbó y desertaron por millares, en especial durante la época de la cosecha, cuando se los necesitaba en sus aldeas. Los nuevos reclutas eran arrojados al combate sin entrenamiento alguno, lo que los hacía aún más propensos a desertar. Así se produjo un círculo vicioso en el que el reclutamiento forzoso masivo llevaba a la escasez de suministros y a la deserción en masa. La economía soviética quedaba encerrada en un sistema —el comunismo de guerra, como llegó a conocérselo— cuyo único propósito era canalizar toda la producción hacia las necesidades del ejército.

El comunismo de guerra fue el primer intento que hicieron los bolcheviques de desarrollar una economía dirigida. Hubo quienes creyeron que llevaría directamente a la implantación de una sociedad comunista. El sistema empezó con un monopolio de los cereales en mayo de 1918, pero se fue ampliando hasta incluir un amplio abanico de controles estatales sobre la economía: la eliminación del comercio privado, la nacionalización de la industria, la militarización del trabajo y, en el apogeo, en 1920, el racionamiento universal, que debía conducir a la abolición del dinero.

El monopolio cerealista fue una respuesta al éxodo de los trabajadores de las ciudades que se produjo durante los primeros seis meses del régimen, cuando no había alimentos ni combustible. Un millón de obreros se marcharon al campo para poder alimentarse. Las fábricas cerraron por falta de combustible. La revolución estaba en peligro de perecer por inanición; era el destino que había sufrido la Comuna de París en 1871, cuya derrota sirvió durante mucho tiempo como una advertencia a los bolcheviques. Su fracaso les había enseñado que, si querían sobrevivir en sus bastiones urbanos, tenían que librar una guerra por los alimentos en el campo.

En la raíz de esta crisis se encontraba la renuencia del campesinado a vender sus excedentes a cambio de papel moneda sin valor, un problema que se remontaba a los años de la guerra, cuando la producción disminuyó y los precios sufrieron una abrupta subida. Rápidamente se desarrolló una economía de trapicheos; de las ciudades llegaban en tren los «hombres del saco» para intercambiar ropa y artículos para el hogar por sacos de cereal. Los agentes de la Checa, ataviados con sus chaquetas de cuero, vigilaban tratando de erradicar este comercio que tildaban de «especulación», pero no daban abasto para hacer frente a la enorme cantidad de hombres del saco que surgieron. Así pues, se emplearon más medidas coercitivas. Con el monopolio cerealista, todo el excedente de los campesinos pasó a ser propiedad del Estado. Los bolcheviques organizaron brigadas armadas en las fábricas y las enviaron al campo para requisar por la fuerza los cereales. En las ocasiones en las que no encontraban excedentes, presumían que los *kulaks* (una clase fantasma de campesinos «capitalistas» inventada por los bolcheviques) los habían ocultado, desatándose una desigual «batalla por el grano». Las brigadas golpeaban y torturaban a los aldeanos e incendiaban las aldeas, hasta que estos entregaban lo que tenían, que a menudo eran sus últimas reservas de alimentos y semillas para el año siguiente. Durante la guerra civil hubo cientos de levantamientos campesinos —una «contrarrevolución *kulak*», según los bolcheviques— detrás de los frentes rojos.[221]

La guerra civil fue una experiencia formativa para el régimen bolchevique, cuyos métodos coercitivos, de gobernación a punta de pistola, se consolidaron durante aquellos años. La emergencia militar reforzó su dictadura. Los bolcheviques la utilizaron como excusa para justificar el terror rojo, con sus arrestos masivos y sus fusilamientos de «enemigos de

clase», y para ampliar los poderes centralizadores del Partido-Estado, que con el comunismo de guerra impuso su control sobre todos los aspectos de la vida económica y social. Para 1920, la burocracia soviética daba empleo a unos tres millones de personas. No se trataba de la dictadura del proletariado, sino de la dictadura de la burocracia.

Hacerse miembro del Partido era la forma más segura de ascender en las filas de esta burocracia, y durante la guerra civil se afiliaron más de un millón de personas. Muchas de ellas llegaron a través del Ejército Rojo, que enseñaba a sus reclutas a leer, hablar y actuar como bolcheviques. A los dirigentes les preocupaba que esta afluencia masiva fuera en detrimento de la calidad del Partido. ¿Cómo evitar que acabara inundado de arribistas, atraídos únicamente por las ventajas que conllevaba la afiliación (mejores empleos, mayores raciones alimentarias y de combustible, acceso a tiendas especiales, etcétera)? ¿Cómo saber quiénes eran realmente los arribistas, si se escondían detrás de la máscara del Partido? Los llamaban «rábanos» (rojos por fuera, blancos por dentro), y se realizaban purgas anuales entre los miembros. Pero ese temor siguió siendo una fuente de inseguridad hasta al menos la década de 1930, época en la que alimentó las purgas estalinistas.

A medida que el Partido crecía, los sóviets fueron quedando dominados por sus miembros, y pasaron de ser cuerpos revolucionarios locales controlados por una asamblea a convertirse en órganos burocráticos del Partido-Estado. En las ciudades de provincia y en algunas localidades de distrito, los dirigentes del sóviet eran designados directamente por Moscú, elegidos entre un grupo central de bolcheviques que no tenían necesariamente vínculos con la región que quedaba bajo su mando. Sin embargo, en las zonas rurales había demasiados sóviets de *volost* para poder llenarlos con personas designadas, y los bolcheviques que allí tomaron el control fueron jóvenes campesinos, muchos de ellos soldados regresados de las guerras, recién capacitados en las técnicas y la organización militares y alfabetizados y versados en las ideas socialistas.[222] Como aquellos niños de pueblo que reflejaba la encuesta de 1903, ellos tampoco deseaban volver a la vida agrícola y veían en la labor para el Partido un modo de obtener un trabajo de oficina. En todo el mundo campesino, los regímenes comunistas se han construido sobre la ambición de los hijos de campesinos de incorporarse a la clase burocrática.

En la primavera de 1920, los bolcheviques ya habían ganado prácticamente la guerra civil. El ejército de Kolchak había sido derrotado en Siberia. Denikin se había retirado a Crimea, donde lo que quedaba de los blancos opondría resistencia por última vez, bajo el mando del general Wrangel. Para noviembre, también habían sido vencidos. Miles de los soldados derrotados se subieron a los barcos aliados que los llevarían al exilio, donde se construiría «otra» Rusia en Berlín, París y Nueva York.

¿Cuál fue la clave del éxito de los bolcheviques? Tenían la disciplina y la organización del Partido. También tenían un objetivo que los unía (la defensa de «la revolución») y unos símbolos claros (la bandera roja y el emblema del Ejército Rojo, la estrella roja…), capaces de concitar el apoyo de las masas. Los bolcheviques eran maestros de la propaganda, que desplegaban en todas sus formas —carteles, panfletos, periódicos gratuitos, películas y dramas de agitación— y que enviaban a los frentes de batalla en trenes especiales para la agitación, equipados con imprentas, bibliotecas, compañías teatrales (que se valían de los vagones de mercancías abiertos a modo de escenario) e incluso cines dentro de los compartimentos de los trenes.

La propaganda se adaptó hábilmente a los viejos mitos religiosos sobre la justicia social y la libertad que durante largo tiempo habían inspirado las rebeliones populares. El estilo de comunicar adoptó una forma visual simple e icónica, fácilmente accesible y comprensible por una población que tenía unos índices de alfabetización muy bajos y una escasa capacidad de discernimiento de los discursos políticos. En los panfletos dirigidos a los pobres de las zonas rurales se comparaba el socialismo con la obra de Cristo. El culto a Lenin, que despegó en agosto de 1918, después de que resultara herido en un intento de asesinato, tenía claros tintes religiosos. Se lo representaba como una figura similar a la de Jesús, dispuesto a morir por la causa del pueblo y, dado que había sobrevivido, bendecido con poderes milagrosos.

Hasta la estrella roja tenía connotaciones religiosas profundamente arraigadas en el folclore. Un folleto del Ejército Rojo explicaba a los soldados por qué llevaban la estrella roja en sus gorras y uniformes. Era un símbolo de la diosa Pravda, que lucía en la frente una ardiente estrella roja

que iluminaba el mundo entero, portando la verdad y la justicia, el doble significado de su nombre. Un día, Krivda (que significa «falsedad») le robó la estrella roja, y su dominación trajo al mundo la oscuridad y la maldad. Finalmente, el pueblo, convocado por Pravda, se alzó contra Krivda para recuperar la estrella. Los «bravos muchachos» del Ejército Rojo, concluía el folleto, «combaten contra Krivda y sus malvados acólitos para que la verdad gobierne en el mundo».[223]

El poder movilizador de los mitos populares no es la única razón que explica el éxito de los bolcheviques. La geografía también tuvo su importancia. Los bolcheviques tenían el control de la Rusia central, donde se congregaba la mayor parte de la población, y controlaban el núcleo de la red ferroviaria del país, que, como una telaraña, convergía en Moscú, lo que les permitía trasladar sus fuerzas y recursos de un frente a otro, dondequiera que atacaran los blancos. Estos, por el contrario, se vieron obligados a luchar en varios frentes. Sin una red de comunicaciones, les resultaba difícil coordinar las operaciones contra los rojos. También los abocaba a depender de las potencias aliadas para obtener gran parte de sus suministros.

Pese a todo, el factor clave de la derrota de los blancos fue el fracaso de su política. No estaban dispuestos a defender las medidas con las que hubiesen sido capaces de ganarse el apoyo de las masas. Fracasaron por completo al no adaptarse a la nueva realidad revolucionaria. No fue sino hasta el último año de la guerra civil, y tan solo por la insistencia de los aliados, cuando dedicaron cuantiosos recursos a la labor de propaganda, e incluso entonces esta se dirigió a las potencias aliadas y no al pueblo. La negativa de los blancos a reconocer los movimientos de independencia nacionales fue catastrófica. Les hizo perder el apoyo de los polacos, ucranianos, estonios y finlandeses —cualquiera de ellos podría haber inclinado la balanza militar en su favor— y complicó las relaciones con los cosacos, que deseaban obtener de Rusia una autonomía mayor de lo que los líderes blancos estaban dispuestos a otorgarles.

Con todo, la principal causa de la derrota de los blancos fue su incapacidad para aceptar la revolución campesina en lo tocante a la tierra. Esto los enfrentó a la población rural de la zona agrícola central, el campo de batalla decisivo de la guerra civil, donde mayor cantidad de tierra habían obtenido los campesinos durante 1917. Esta carencia funesta queda bien ilustrada por la ofensiva de Denikin contra Moscú en 1919. En julio, los

blancos avanzaron hacia el norte desde sus bases en Ucrania y el Bajo Volga. Se desplazaron rápido, en una apuesta a todo o nada para llegar hasta Moscú. A mediados de octubre tomaron Oriol, no muy lejos de Tula, el principal arsenal del Ejército Rojo, que entonces se encontraba afectado por una serie de huelgas obreras y que, si los blancos llegaban a controlarlo, les daría una ventaja crucial en la batalla por Moscú. Por una vez, estos habían logrado hacer coincidir su ataque en el frente sur con otro sobre Petrogrado, dirigido por el general Yudénich desde Estonia. Los bolcheviques fueron presa del pánico. Pensaron que Moscú estaba a punto de caer. Muchos de ellos hicieron las maletas dispuestos a salir del país. Se elaboraron planes secretos para evacuar la capital de los sóviets. Pero en aquel momento crucial, con la batalla por Tula en un delicado equilibrio, un cuarto de millón de soldados campesinos de aquella zona, todos ellos desertores del Ejército Rojo, regresaron voluntariamente para luchar contra los blancos. [224] Por mucho que los campesinos detestaran al régimen bolchevique, con sus brigadas de requisa de alimentos y sus comisarios, se pusieron de su lado contra los blancos para defender su revolución agraria.

Una vez derrotados estos, los campesinos se enfrentaron a los bolcheviques, cuyas requisas los habían llevado al borde de la inanición. Para el otoño de 1920, todo el país estaba sumido en guerras campesinas. La mayoría fueron pequeñas revueltas, pero también se conformaron ejércitos de mayor tamaño, en ocasiones llamados los «verdes», como el de Majnó en Ucrania o el de Antónov en Tambov, que llegaron a establecer gobiernos campesinos. En todas partes sus objetivos eran básicamente los mismos: restaurar el autogobierno campesino de 1917. Algunos lo expresaron con el lema «¡Sóviets sin comunistas!».

El poder bolchevique desapareció en gran parte de las zonas rurales. El envío de cereal a las ciudades se vio seriamente afectado, y los trabajadores se declararon en huelga. No era solo la escasez lo que los indignaba. Protestaban contra la pérdida de los derechos que con tanto esfuerzo se habían ganado en 1917. Se oponían a la subordinación casi militar de los sindicatos a la burocracia industrial del Partido, una política seguida por Trotski como comisario de Transportes a partir de 1920, y desaprobaban lo que consideraban un deterioro de la democracia en el seno del Partido, cuyas políticas, cada vez en mayor medida, eran decididas por la dirección e impuestas a las bases. Tuvieron su voz en la «oposición obrera», como los

llamó Lenin, un grupo de bolcheviques, encabezado por Alexánder Shliápnikov y Alexandra Kollontái, que exigían mayores poderes sindicales y el retorno a la democracia en los sóviets. Las huelgas comenzaron en Moscú y pronto se extendieron a Petrogrado, donde el 27 de febrero, cuarto aniversario de la revolución, apareció en las calles esta proclama, una nueva llamada a las armas:

> En primer lugar, los obreros y los campesinos necesitan libertad. No desean vivir de acuerdo con los decretos de los bolcheviques. Desean controlar sus propios destinos.
>
> Exigimos la liberación de todos los trabajadores socialistas arrestados, así como de los no afiliados a partidos que también han sufrido la misma suerte; la abolición de la ley marcial; la libertad de expresión, de prensa y de reunión para todos los que trabajan; elecciones libres en los comités de fábrica, en los sindicatos y en los sóviets.[225]

Aquel mismo día, la rebelión se extendió a la base naval de Kronstadt. En 1917 Trotski había hablado de los marineros de Kronstadt como «el orgullo y la gloria de la Revolución rusa». Habían desempeñado un papel clave en la toma del poder en octubre. No obstante, ahora exigían el fin de la dictadura bolchevique. Eligieron un nuevo sóviet y reivindicaron la libertad de expresión y reunión, «las mismas raciones para todo el pueblo trabajador» y el fin de las requisas.[226] Trotski se puso al mando de la represión del motín. El asalto comenzó con un bombardeo de la base naval el 7 de marzo, justo al mismo tiempo que en Moscú se celebraba el X Congreso del Partido.

Allí, Lenin introdujo un impuesto en especie para sustituir las requisas. Una vez satisfecho el tributo, se permitiría a los campesinos vender sus excedentes alimentarios en el mercado libre. Aquello era necesario, argumentó, para apaciguar los alzamientos rurales, que resultaban «mucho más peligrosos» que todos los blancos juntos, así como para construir una nueva alianza (*smychka*) con el campesinado. Ello suponía abandonar el marco del comunismo de guerra y sentar las bases de una Nueva Política Económica (NEP) en la que se permitirían el comercio privado y la manufacturación a pequeña escala dentro del sistema socialista. Muchos bolcheviques temieron que aquello los condujera al sistema capitalista, pero Lenin insistió en que, mientras el Estado controlara los «puntos fuertes de la economía» (la industria pesada, los servicios públicos y los recursos naturales), no había peligro en permitir que la agricultura privada, el

comercio minorista y el trabajo artesanal satisficieran las necesidades de los consumidores.

Para imponer la unidad en el Partido y acabar con la oposición obrera, Lenin decretó también la prohibición de las facciones. Se trató de una decisión ominosa. A partir de entonces, el comité central gobernaría el Partido con la misma línea férreamente dictatorial con la que este controlaba el país; ningún grupo tenía espacio para cuestionar sus decisiones sin exponerse a una acusación de «faccionalismo», lo que podría suponer la expulsión del Partido.

La NEP debía verse como un distanciamiento temporal del sueño utópico de construir el socialismo por decreto, la esencia del modelo del comunismo de guerra. Significaba afrontar Rusia tal como era —un país de pequeñas haciendas campesinas— y elaborar políticas que involucraran a estas a través del mercado en el sector socialista. «Solo en países con un capitalismo desarrollado» era posible completar «una transición inmediata al socialismo», afirmó Lenin ante el congreso. Era lo mismo que habían dicho los mencheviques en 1917. Estaba adoptando el enfoque de aquellos, impelía a los bolcheviques a emprender la tarea de «edificar el comunismo con manos burguesas». Tendría que haber un nuevo *modus vivendi* que contara con la Iglesia, con la empresa privada, con la *intelligentsia* y su cultura «burguesa», con todo lo que se había atacado, bajo la acusación de ser «enemigos de clase», durante el comunismo de guerra. Los bolcheviques tendrían que cambiar de actitud si querían dar cuerpo a la visión de Lenin. No podían seguir gobernando a base de amenazar a la gente con sus fusiles. Ahora, les advertía Lenin, había que «avanzar más despacio». Necesitaban la educación y la cultura occidentales para «aprender a gobernar» correctamente.[227] Pero ¿estaban preparados para hacerlo?

9
LA GUERRA CONTRA LA VIEJA RUSIA

La restauración del mercado reavivó a la economía soviética. El comercio privado reaccionó de forma instantánea a la escasez crónica que se había afianzado a lo largo de los siete años de guerra, revolución y guerra civil. Florecieron los mercadillos callejeros; los campesinos vendían sus productos en los mercados; por todas partes surgieron cafés, tiendas y restaurantes; los escaparates exhibían lujos olvidados (mantequilla, queso y carne, pasteles, dulces), aunque a unos precios muy por encima del alcance del ciudadano común. Pronto apareció una nueva clase enriquecida de comerciantes privados, los «hombres de la NEP», que cubrían a sus esposas y amantes de diamantes y pieles, conducían grandes coches importados y, en los bares de lujosos hoteles, se jactaban en voz alta de las fortunas que habían derrochado en los hipódromos y casinos recién inaugurados. ¿Para eso había servido la revolución? Era la pregunta que mucha gente se hacía. Miles de trabajadores rompieron sus carnets del Partido en repulsa por la NEP, a la que llamaron la Nueva Explotación del Proletariado.

En las ciudades, la oposición a la NEP se vio agudizada por la escasez de alimentos que acusaban las tiendas estatales. La raíz del problema, igual que lo había sido antes, era la ausencia de bienes de consumo con los que comerciar con los campesinos. La guerra civil había dejado gravemente dañada a la industria, a la que le llevó más tiempo recuperarse que a las granjas campesinas, las cuales, en 1922 y 1923, gozaron de buenas cosechas. Como resultado, se produjo una brecha cada vez mayor (la «crisis de las tijeras») entre la deflación de los precios agrícolas y la exponencial subida de los precios de los bienes de consumo. A medida que aumentaba el coste de las manufacturas, el campesinado reducía la venta de cereales a los almacenes estatales. Las tarifas de compra del Estado eran demasiado bajas

para que los campesinos pudieran obtener con esas ventas lo suficiente para comprar los artículos necesarios para la vida en el hogar. Los bolcheviques tenían opiniones distintas sobre cómo abordar el problema. Los que se situaban en el ala izquierda del Partido, como Trotski, creían que lo prioritario era aumentar el suministro de bienes manufacturados. Estaban a favor de mantener bajos los precios de los productos agrícolas y hacerse con el cereal, por la fuerza si era necesario, para impulsar la producción industrial a gran escala sirviéndose de la planificación estatal. Quienes se situaban a la derecha, como Bujarin, abogaban por subir las tarifas de compra, aunque ello implicara ralentizar la tasa de acumulación de capital destinado a la industrialización. Unas tarifas más elevadas estimularían la venta de cereal por parte de los campesinos y preservarían la *smychka*, la alianza del Estado con el campesinado, de la que dependía la supervivencia de la revolución.

También hubo desacuerdos en lo tocante a las consecuencias internacionales de la NEP. Cuando los bolcheviques se hicieron con el poder, daban por hecho que la revolución no tardaría en extenderse a las sociedades industriales más avanzadas. Consideraban que el socialismo no podía sostenerse en Rusia por sí solo porque carecía de las industrias que necesitaba —construcción de maquinaria y municiones— para defenderse de las potencias capitalistas hostiles. Soñaban con una revolución que se extendiera por el mundo como una fuerza liberadora, y para ello crearon la Komintern, la Internacional Comunista, con el objetivo de organizar a los comunistas de otros países bajo la dirección de Moscú. La fundación de la Komintern supuso una ruptura fundamental con la posición de los partidos socialistas de la Segunda Internacional, que se había disuelto, en 1916, entre disputas sobre si los socialistas debían apoyar las campañas bélicas en sus respectivos países. Para recalcar su oposición ideológica a los socialdemócratas, algunos de los cuales habían respaldado a sus gobiernos nacionales durante la guerra, en 1918 los bolcheviques cambiaron su nombre, Partido Obrero Socialdemócrata, por el de Partido Comunista. La distinción fue reforzada por la Komintern, conocida como la Tercera Internacional, cuyas «veintiuna condiciones» (aprobadas en 1920) obligaban a los partidos miembros a renombrarse como comunistas, a luchar contra los «socialpatriotas» de los partidos socialistas parlamentarios

y a prestar un apoyo leal a la república soviética, que, como única sede del comunismo en el mundo, era su única patria verdadera. A través de la Komintern, Rusia se hizo con una nueva posición en el escenario internacional. El comunismo le otorgó un nuevo papel mesiánico. En el mito medieval de la tercera Roma, Moscú se había presentado como el único y verdadero salvador sagrado del mundo. Ahora, al frente de la Tercera Internacional, asumía la misión de liberar al mundo de la opresión capitalista. Los comunistas occidentales que se unieron a la Komintern se inclinaban ante el liderazgo de Rusia.

Sin embargo, en 1924 se hizo evidente que la revolución en Occidente era muy poco probable. La inestabilidad inmediatamente posterior a la guerra ya había pasado. En Italia, los fascistas se habían hecho con el poder. En Alemania, las huelgas organizadas por los comunistas no llegaron a convertirse en alzamientos de mayor envergadura. Stalin y Bujarin, abandonando el objetivo de exportar la revolución en un futuro inmediato, impulsaron la política del «socialismo en un solo país». Fue un giro radical en la estrategia revolucionaria del Partido. En lugar de esperar a que les llegara el apoyo desde los estados industrializados, la Unión Soviética, integrada en 1922 por las repúblicas soviéticas de Rusia, Transcaucasia, Ucrania y Bielorrusia, tendría que hacerse autosuficiente y ser capaz de defenderse construyendo una industria con capital procedente de su propia economía. Exportaría cereales y materias primas para pagar las herramientas y la maquinaria que debía importar de Occidente.

Los debates acerca de la NEP quedaron reducidos a una cuestión de tiempos. ¿Cuánto le llevaría a la Unión Soviética industrializarse por medio de los mecanismos de mercado de la NEP? ¿Demostrarían estos la suficiente rapidez como para permitirles construir la industria defensiva que la Unión Soviética necesitaba antes de que se produjera una guerra con los estados capitalistas, la cual —y en esto todo el mundo estaba de acuerdo— era inevitable? Estos eran los temores que impulsaron el ascenso al poder de Stalin con el lanzamiento del plan quinquenal.

En su brillante crónica de 1917, el escritor de memorias menchevique Nikolái Sujánov habla de Stalin como una «mancha gris, que a veces

brillaba fugazmente con una luz tenue que no dejaba rastro».[228] Stalin había aparecido en Petrogrado en el mes de marzo, tras muchos años de actividad clandestina en su Georgia natal y en el Cáucaso que habían acabado con su detención y destierro a Siberia. Durante la guerra civil asumió un buen número de labores que los demás consideraban demasiado banales. Fue comisario para las Nacionalidades, comisario del Rabkrin (el Comisariado del Pueblo para la Inspección de Trabajadores y Campesinos) y miembro del politburó y del orgburó («oficina organizativa»), además de estar al frente del Secretariado de Gestión del Partido. Como consecuencia, se había ganado una reputación de modesta y laboriosa mediocridad.

De baja estatura, con un brazo deforme, la cara picada de viruela y acento georgiano, Stalin percibía la condescendencia de los líderes metropolitanos del Partido. No le costaba nada ofenderse y jamás se olvidaba de sus rencores; así, planeó su venganza construyendo la base de su poder entre los rangos inferiores del Partido. Todos los líderes bolcheviques lo subestimaron. Lenin fue tan culpable como cualquier otro. Durante demasiado tiempo toleró su rudeza, su violencia y sus métodos criminales, que consideraba útiles para la causa. En abril de 1922 lo nombró secretario general del Partido. Pensó que la despiadada disciplina de Stalin lo ayudarían a hacer cumplir la prohibición del faccionalismo y a librar al Partido de la oposición obrera, que seguía concitando el apoyo de los trabajadores contrarios a la NEP. Aquel fue, como Lenin llegaría a descubrir a la postre, un terrible error.

La clave del poder creciente de Stalin era el control que ejercía sobre el aparato del Partido y su secreta utilización de la OGPU, el nuevo nombre que se dio a la Checa, para eliminar a los enemigos que tenía dentro de él. Como presidente del secretariado y único miembro del politburó presente también en el orgburó, podía ascender a sus partidarios a los puestos regionales clave, con lo que se aseguraba la mayoría tanto en el congreso del Partido como en el comité central. Tan solo en 1922, el orgburó nombró a más de mil altos funcionarios, entre ellos cuarenta y dos jefes provinciales del Partido.[229] Este fue el núcleo de la *nomenklatura*, una lista de puestos designados por el comité central y clasificados según una jerarquía de estatus, privilegio y clientelismo, no muy distinta del sistema de *mestnichestvo* conforme al que se habían organizado los príncipes y clanes

de boyardos en la sumamente cerrada y minuciosamente escalonada clase de servicio de la Moscovia medieval. Quienes ocuparon aquellas designaciones fueron leales seguidores de Stalin en sus luchas por el liderazgo. Como él, tenían orígenes humildes. La mayoría de ellos no contaban más que con unos pocos años de escolarización. Tenían una comprensión muy escasa de la ideología marxista, a la que habían accedido a través de manuales, y desconfiaban de intelectuales como Trotski y Bujarin, cuyas teorías se les escapaban. Preferían depositar su confianza en el conocimiento práctico de Stalin, que se expresaba en términos sencillos.

Pero este nunca llegó a sentirse seguro. Desconfiado por naturaleza, estaba obsesionado con la idea de que en las células locales del Partido se escondían «oposicionistas» (antiguos miembros de los partidos eserista y menchevique y de la oposición obrera, así como partidarios de Trotski). Por medio del control del secretariado y del orgburó, presionó a los secretarios regionales del Partido para que investigaran las actividades de la oposición (que podían reducirse a la expresión de alguna crítica a la dirección). Medía el éxito de estos líderes regionales en función de la calidad de la información que transmitieran a la Comisión Central de Control, responsable de la disciplina del Partido, a cuyo frente estuvo hasta 1923, fecha en que la dirección fue asumida por su aliado Valerián Kuíbyshev.

Aparte de los mecanismos de control y castigo del Partido, Stalin también se apoyaba en la OGPU, que respondía ante él en su calidad de secretario general. Forjó una estrecha alianza con Félix Dzerzhinski, jefe de dicho organismo, que presionaba para obtener más recursos y poder proporcionando pruebas de la existencia de grupos «antisoviéticos» en el Partido y la sociedad. Stalin empleó a la policía política para espiar a los propios bolcheviques y recopilar o fabricar pruebas incriminatorias (*kompromat*) que pudieran usarse contra ellos cuando fuera necesario. Miles de potenciales opositores acabarían siendo purgados por ese medio; una vez expulsados, podían ser detenidos, o incluso asesinados, sin que nadie plantease preguntas incómodas. A Stalin también le gustaba espiar él mismo a sus camaradas. Tenía un «departamento secreto» en el secretariado, cuyo personal llegó a compilar un archivo de expedientes capaz de llenar una oficina entera con información sobre los dirigentes del Partido, en los que se detallaban sus puntos débiles y temores, descubiertos

a partir de cartas interceptadas o de escuchas telefónicas de la policía. Escondido en un cajón de su despacho, tenía un teléfono secreto con el que podía escuchar las conversaciones privadas de los altos funcionarios del Gobierno en el Kremlin. Conocía todas las debilidades de sus camaradas —quiénes tenían amantes, quiénes consumían cocaína, quiénes eran homosexuales— y sabía cómo explotarlas.[230]

Como secretario general, Stalin se hizo cargo de la atención médica de Lenin cuando este sufrió el primero de una serie de derrames cerebrales en mayo de 1922. Con este fuera de combate, Stalin formaría un triunvirato (junto con Lev Kámenev y Grigori Zinóviev) opuesto a Trotski, a quien todos temían como principal rival en la sucesión. Lenin empezó a tener cada vez más reservas hacia Stalin. Entre el 23 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923, dictó una serie de notas fragmentarias para el inminente XII Congreso del Partido (que después se conocerían como el «testamento de Lenin») en las que se mostraba muy crítico con Stalin y aconsejaba su destitución del cargo de secretario general.

Lenin se había llevado una sorpresa con el modo en que Stalin había tratado a los bolcheviques georgianos, que se habían mostrado contrarios al plan, que había elaborado como comisario para las Nacionalidades, de formar una federación como base de la Unión Soviética. Según ese plan, las naciones no rusas debían unirse a Rusia como repúblicas «autónomas», lo que les negaba formalmente el derecho de separarse de la unión, que era lo que había propuesto Lenin en su propio proyecto para articular una federación de repúblicas soviéticas iguales antes de quedar incapacitado a causa de la enfermedad. Sergó Ordzhonikidze, presidente del buró del Cáucaso en Moscú y el más cercano aliado de Stalin en dicha región, había estado imponiendo un control centralizado sobre la república de Georgia, purgando a los «nacionalistas» y «desviacionistas» del Partido. En una ocasión, en una discusión privada, había abofeteado a un bolchevique georgiano contrario al plan del secretario general. Lenin se indignó al enterarse. Había comprendido que Stalin era un «chovinista de la “Gran Rusia”» que no hacía más que intimidar y subyugar a las naciones pequeñas, cuando lo que hacía falta era mostrar una «profunda cautela, sensibilidad y disposición a negociar». Su mala opinión de Stalin se confirmó en marzo, cuando se enteró de otro desagradable incidente: aquel había sometido a Krúpskaya, la mujer de Lenin, «a una lluvia de insultos» e

incluso había llegado a amenazarla.[231] Devastado por el incidente, Lenin enfermó de súbito. Tres días después tuvo otro derrame cerebral que lo privó de la capacidad de hablar.

El XII Congreso del Partido tuvo lugar por fin en abril de 1923. El testamento no se leyó ante los delegados, como había previsto su autor, ya que Krúpskaya, que esperaba que su esposo se recuperase, lo guardó. Solo tras la muerte de Lenin, en enero de 1924, presentó al secretariado aquellas notas que él había dictado, y solicitó que se publicaran y se entregaran a los delegados del XIII Congreso del Partido, que tendría lugar en mayo de 1924. El testamento no se dio a conocer a todo el congreso, pero se leyó a los jefes de las delegaciones en una reunión en petit comité y previamente preparada, en la que el triunvirato logró persuadir a los delegados de que aceptaran las promesas de Stalin de que enmendaría su comportamiento.

Trotski estaba en una situación demasiado débil para impugnar aquella decisión sobre el testamento (en el XIII Congreso había obtenido un modesto trigésimo quinto lugar en las votaciones para el comité central). Vacilaba, en cambio, entre intentar reconciliarse con sus enemigos en nombre de la unidad del Partido o erigirse en paladín de la oposición de las bases al «régimen policial» del triunvirato. Trotski recibió el apoyo del llamado «grupo de los cuarenta y seis», bolcheviques de alto rango que secundaban su postura proindustrial sobre la NEP. Pero lo único que esto hizo fue dejarlo expuesto a la acusación de faccionalismo (que, desde que Lenin prohibiera las facciones, era un delito contra el Partido). Tachado de opositor y acusado de mantener ambiciones «bonapartistas», Trotski fue condenado por un pleno del Partido en octubre de 1923. Kámenev y Zinóviev deseaban expulsarlo, pero Stalin, que siempre buscaba parecer más moderado de lo que era, se opuso. De todos modos, Trotski estaba acabado como fuerza. Destituido de su cargo en 1925, fue igualmente expulsado del Partido dos años después, desterrado a Kazajistán y finalmente deportado de la Unión Soviética en 1929.

Lenin había pedido ser enterrado junto a la tumba de su madre en Petrogrado. Pero Stalin quiso embalsamar el cadáver para su exposición pública. En la tradición ortodoxa rusa, el cuerpo incorrupto era signo de santidad. A Trotski le horrorizaba la idea, que comparaba con los cultos religiosos de la Rus medieval: «Antes estaban las reliquias de Sergio de

Radonezh y Serafín de Sarov, ahora las quieren reemplazar por las reliquias de Vladímir Ilich». Stalin obligó al politburó a aceptar su plan. El cuerpo de Lenin se exhibió en un mausoleo temporal de madera que se inauguró solo una semana después de su muerte. Al verlo, muchos de los dolientes se inclinaban ante él, caían de rodillas, se persignaban y rezaban plegarias a aquel nuevo dios.[232]

Stalin se benefició de este culto más que ninguno otro de los líderes bolcheviques. El 26 de enero de 1924 pronunció un discurso ante el Congreso de los Sóviets de la Unión Soviética en el que, con tono de predicador, prometió repetidamente continuar la labor de Lenin. Terminaba cada una de las sucesivas invocaciones que hacía de los principios y logros del líder fallecido con el mismo juramento sagrado: «¡Te juramos, camarada Lenin, que ejecutaremos con honor tu mandato!». El discurso del «gran juramento», como llegó a conocerse, consolidó a Stalin como el apóstol principal de la doctrina leninista. Todas sus acciones estarían justificadas en tanto que eran en cumplimiento de su juramento. Usó la defensa del «leninismo» para ir destruyendo a sus rivales, uno por uno.

Con la derrota de Trotski y sus seguidores (conocidos como la «oposición de izquierda»), parecía que el enfoque procampesino de la NEP quedaría consolidado por muchos años. Aunque al final Zinóviev y Kámenev se pusieron, tardíamente, del lado de Trotski, sus críticas a la NEP (que el efecto que producía era un fortalecimiento del sector privado a expensas de la economía estatal) tuvieron poca influencia. Bujarin contó con el apoyo de Stalin en sus esfuerzos por fomentar que las granjas campesinas vendieran más alimentos al Estado. Se realizaron algunos progresos reales. En 1926, la producción agrícola había recuperado unos niveles que se habían alcanzado por última vez en 1913, momento en el que Rusia era uno de los mayores exportadores de alimentos del mundo. Gracias a las cooperativas, que facilitaban el acceso a los bienes de consumo, en la economía socializada las granjas campesinas comercializaron un mayor volumen de cereal; su productividad estaba mejorando gracias a las ayudas para la agricultura que recibían de las cooperativas (reorganización de las tierras, riego, mejoras en las herramientas y fertilizantes, etcétera). Alentados por

las políticas fiscales del Gobierno, en muchas aldeas se formaron incluso unos colectivos sencillos, conocidos como TOZ, que cultivaban la tierra en común, pero en los que el ganado y los aperos se mantenían como propiedad privada de cada familia. De haber tenido más tiempo, los TOZ podrían haber llegado a constituir un sector importante de las formas de agricultura colectiva dentro de las estructuras de mercado de la NEP.

Sin embargo, a la NEP se le estaba acabando el tiempo. En 1927 una mala cosecha provocó una fuerte caída de las compras estatales de cereal, en un momento en que la prensa soviética estaba inundada de noticias falsas (utilizadas, si no manipuladas directamente, por Stalin) acerca de que el Gobierno nacionalista polaco de Józef Piłsudski planeaba la invasión de la Ucrania y la Bielorrusia soviéticas con el respaldo del Gobierno británico, cuyas relaciones con la Unión Soviética se habían ido tensando a lo largo de varios años.(2) Stalin exigió la recuperación de las requisas. Únicamente los métodos de la guerra civil podrían salvar al país de las potencias capitalistas y sus aliados, los *kulaks*, que, aseguraba, estaban ocultando el grano para impedir que se progresara hacia la industrialización socialista. Mientras que la NEP se había basado en la idea de que la «amenaza *kulak*» se iba debilitando, al igual que el grueso del resto de las fuerzas «antisoviéticas», en consonancia con los avances socialistas del país, Stalin introdujo la novedosa teoría, derivada probablemente de su mentalidad paranoica y de la previsión de que necesitaba una crisis constante para poder construir su Estado policial, de que la lucha con los *kulaks* se iría intensificando a medida que la revolución se aproximara a su victoria final. La idea era que, al verse frente a la derrota, los elementos «contrarrevolucionarios» como los *kulaks* lucharían con creciente desesperación, recurriendo a actos de terrorismo y conspiraciones. Que el Partido se desarmase en su lucha contra los *kulaks*, tal como defendía Bujarin, era, advertía Stalin en una clara amenaza a su antiguo aliado, hacerles el juego a los «enemigos» de la revolución. Ante las protestas de Bujarin, que intentó mantener con vida los mecanismos de mercado de la NEP, para la cosecha de 1928 se recuperaron las requisas. Y llegaban esta vez endurecidas con la aplicación del artículo 107 del Código Penal, que facultaba a las brigadas alimentarias para detener a los campesinos y confiscar sus bienes en caso de que no llegaran a pagar su cuota de cereales. Conocido como «método ural-siberiano», el relativo

éxito de esta campaña convenció a Stalin de que debía seguir imponiendo medidas más radicales para acabar con la «huelga de los *kulaks*» mediante el control de los alimentos en el momento de su producción en las granjas colectivas.

Aunque los pequeños colectivos, como los TOZ, habían mantenido un desarrollo sostenido, Stalin insistió en que había que obligar a los campesinos a unirse en granjas colectivas más grandes (*koljoses*), donde no solo se colectivizaría la tierra, sino también todos los aperos y el ganado. A partir del verano de 1929, empezaron a enviarse brigadas armadas a las zonas rurales para organizar estas granjas colectivas. Con el refuerzo de unidades del ejército y de la policía, llegaban a las aldeas con instrucciones estrictas de no regresar sin haber organizado un koljós.

La mayoría de los campesinos temían renunciar a la forma de vida que sus familias habían mantenido durante siglos: una vida basada en la granja familiar, la comuna campesina, la aldea y la iglesia del lugar, todo lo cual ahora debía ser barrido como un legado «del atraso». En muchos pueblos se produjeron protestas y disturbios, asaltos a los comunistas, ataques a la propiedad de los koljoses y protestas contra el cierre de iglesias en las que, a menudo, quienes llevaban la iniciativa eran las mujeres campesinas. Era casi como una vuelta a la situación de finales de la guerra civil, cuando las guerras campesinas obligaron a los bolcheviques a abandonar las requisas, solo que esta vez el régimen tenía la fuerza suficiente para acabar con la resistencia. Los campesinos, conscientes de su debilidad, huían o sacrificaban el ganado para evitar que les fuera requisado para las granjas colectivas. Entre 1929 y 1930, el número de cabezas de ganado de la Unión Soviética cayó un 30 por ciento, y entre 1928 y 1933 se redujo a la mitad.

Todo campesino que opusiera cualquier tipo de resistencia era tildado de *kulak* y enviado a unos remotos «asentamientos especiales», controlados por la OGPU, donde se le obligaba a trabajar en campamentos madereros y en minas. El politburó fijó un objetivo para la OGPU según el cual debía enviar a estos asentamientos penales a un millón de familias *kulak*. Por su parte, esta elevó la cifra hasta entre el 3 y el 5 por ciento de todos los hogares campesinos y requirió, a su vez, estas cuotas a las organizaciones provinciales, que con frecuencia excedían el objetivo como forma de demostrar su vigilante competencia.

La guerra contra los *kulaks* constituyó un desastre económico, además de tener un coste inmenso en términos humanos. Privó a las nuevas granjas colectivas de los mejores campesinos, los más trabajadores (porque esto es lo que eran los *kulaks*, en realidad), y, en última instancia, condujo al declive terminal de la economía soviética. El sistema de koljoses fue un fracaso rotundo. Durante sus primeros años, pocas granjas colectivas contaban con tractores para sustituir a los caballos sacrificados por el campesinado. Estaban mal gestionadas por unos directores designados únicamente en función de su lealtad. Bajo la presión de minimizar los costes, pagaban a sus trabajadores unos pocos rublos solo una o dos veces al año, y se esperaba que estos vivieran de una pequeña provisión alimentaria que debía ser el fruto de sus parcelas privadas, cuyo tamaño estaba estrictamente limitado y en las que se les permitía tener una vaca y algunas gallinas y cultivar frutas y verduras. Atados a la granja colectiva por medio de un sistema de pasaportes internos, los campesinos veían este trabajo obligatorio como la restauración de la servidumbre.

Cerca de la mitad del campesinado soviético —alrededor de sesenta millones de personas distribuidas en unas cien mil aldeas— estaba trabajando en las granjas colectivas para finales de 1931. Prácticamente toda la producción de las nuevas granjas se la quedaba el Estado, que no tenía ya obstáculo alguno, como había sido la comuna campesina, para sus rapaces requisas. El resultado fue que entre 1932 y 1933 se produjo una hambruna generalizada en las zonas rurales. El número de fallecidos es difícil de calcular, pero los demógrafos indican que murieron de hambre o enfermedad hasta ocho millones y medio de personas. Las regiones más afectadas estuvieron en Ucrania, donde las exacciones impuestas a las granjas colectivas fueron particularmente altas. Esto ha llevado a algunos historiadores a afirmar que aquella horrible hambruna fue en realidad una calculada política de genocidio contra los ucranianos, aunque es difícil demostrarlo.[233] Sin duda, aquella hambruna, el Holodomor (que significa en ucraniano «matar de hambre»), legó a los descendientes de los ucranianos que murieron a causa de las políticas soviéticas un odio acendrado hacia Rusia.

Aunque la cosecha bruta se redujo de forma drástica, en comparación con las granjas familiares a las que reemplazaron, las nuevas organizaciones colectivas proporcionaban al Estado una cantidad mayor de alimentos.

Sobre esta base, Stalin ensalzó la colectivización como un éxito. Aunque los campesinos del koljós se muriesen de hambre, el Gobierno obtendría de sus exportaciones de cereales el capital que necesitaba para importar la nueva maquinaria. Esta era la razón por la que se había enfrentado con Bujarin en 1928 y 1929: para poner fin a la dependencia que el Estado tenía del mecanismo de mercado con el campesinado y, así, poder maximizar la inversión en el plan quinquenal.

En la versión original, los objetivos de crecimiento industrial que planteaba el plan eran optimistas; si bien no se trataba de una fantasía completa, sí que era posible alcanzarlos dentro de las estructuras de la NEP. Pero Stalin presionó para elevarlos. Según el plan, para el otoño de 1929 debía haberse triplicado la inversión, duplicado la producción de carbón y cuadruplicado la de acero. Eran unas tasas de crecimiento completamente utópicas, inalcanzables en el marco de la NEP.

El plan generó en el sector industrial más caos que organización. En todos los niveles de producción —desde las fábricas hasta los ministerios económicos— se falsificaban las estadísticas para ocultar los errores de los responsables o para asegurarse un aumento de las inversiones que recibían. Por tanto, las cifras oficiales de la economía planificada no guardaban relación alguna con la realidad. Sometidos a una intensa presión para alcanzar los objetivos establecidos, los directores se veían obligados a hacer «asaltos» de producción, lo que significa trabajar las veinticuatro horas del día por turnos, compensar a los trabajadores en función de los resultados y organizarlos en brigadas de choque. Las fábricas competían entre sí por el cumplimiento de lo asignado, y esta circunstancia alentó a quienes las dirigían a acumular suministros, lo que a su vez produjo la formación de cuellos de botella y dislocaciones en la economía planificada. El sistema de choque tuvo a su héroe en un minero del Dombás, Alexéi Stajánov, que en 1935 batió todos los récords al extraer 102 toneladas métricas de carbón (catorce veces su cuota) en seis horas. Con ello dio su nombre a un masivo movimiento creado por el Estado. Los estajanovistas eran recompensados con bienes de consumo, mejores viviendas, salarios más altos y, a menudo, ascensos a puestos directivos o burocráticos. Se convirtieron en fieles estalinistas. Pero los asaltos de producción generaban roces con los directores cuando la escasez de combustible o de materias primas

ralentizaba el ritmo de trabajo de las brigadas de choque, lo que redundaba en una reducción de los salarios. Los trabajadores acusaban a sus jefes de «sabotaje»; no entendían que la escasez se debía a los fantasiosos objetivos que habían desembocado en el acaparamiento de suministros y los cuellos de botella del sistema. Se les decía, en cambio, que los culpables de todo eran los «saboteadores burgueses». Esa era la única forma en que el régimen podía explicar el caos acarreado por su planificación.

Las tasas de crecimiento que Stalin había exigido en el plan quinquenal no podrían haberse alcanzado sin el recurso a los trabajos forzados, en particular en las frías y remotas regiones del extremo norte y de Siberia, zonas en las que se concentraban un gran número de los preciosos recursos económicos de la Unión Soviética (diamantes, oro, platino y níquel, petróleo, carbón y madera), pero a las que nadie hubiera querido ir por voluntad propia. El Gulag fue clave para la colonización de aquellas tierras. Acrónimo de Dirección General de Campos y Colonias de Trabajo Correccional, el Gulag estructuraba una gigantesca economía esclavista organizada por la policía, que supervisaba el proceso por el que los «enemigos» eran arrestados y enviados a campos de prisioneros en los que se les obligaba a trabajar hasta morir en la construcción de equipamientos e infraestructuras, ferrocarriles o canales, la extracción manual de carbón y oro o la tala de bosques enteros en las zonas árticas. Su trabajo supuso una contribución incalculable al crecimiento económico del país, mucho más valiosa de lo que cualquier cifra pueda expresar, debido al beneficio adicional de que conllevó la colonización de aquellas regiones inhóspitas y llenas de recursos valiosos.

El sistema del Gulag había tenido un prototipo en el canal Mar Blanco-Mar Báltico (o Belomorkanal), 227 kilómetros de vía fluvial entre ambos mares en cuya construcción se habían empleado cien mil prisioneros en 1932. Constituyó un proyecto utópico a una escala insólita desde la construcción de San Petersburgo. A los prisioneros se les entregaron unas primitivas herramientas manuales —hachas, sierras y martillos de elaboración tosca— y se les obligó a trabajar hasta el agotamiento con temperaturas glaciales. Se estima que durante el primer invierno murieron veinticinco mil presos. Los cadáveres congelados fueron arrojados a los cimientos del canal, y allí permanecen hoy sus huesos.

En agosto de 1933 Stalin inauguró el paso. Unas semanas más tarde fue examinado por una «brigada» de destacados escritores soviéticos, que cantaron sus alabanzas en un volumen encargado por la OGPU para celebrar la culminación de la obra. Editado por Gorki, que acababa de regresar del exilio voluntario en Occidente para prestar su apoyo a las políticas de Stalin, el tema principal del que trataba el libro era cómo el trabajo correctivo podía «volver a forjar» a los seres humanos, convirtiendo a los delincuentes en leales ciudadanos soviéticos. Era una gran mentira y una victoria propagandística. El Belomorkanal fue ensalzado como un símbolo del progreso producido por los planes quinquenales. A velocidades fantásticas, se estaban construyendo nuevas fábricas, presas, canales, centrales eléctricas y ciudades enteras como Magnitogorsk. Con el mundo capitalista en plena depresión, estos signos de progreso hicieron que un gran número de personas depositaran una fe ilimitada en el sistema soviético. Pero ¿hubieran tenido la misma opinión de haber sabido que aquel canal estaba construido sobre huesos?

La velocidad a la que se producían las transformaciones a principios de la década de 1930 era embriagadora. En el país había tantos indicios del progreso —o eso parecía a tenor de las publicaciones de la prensa soviética y otros medios de propaganda— que la gente se creyó el mito de que se estaba construyendo un mundo nuevo.

Moscú fue el símbolo de esa hazaña. En pocos años, dejó de ser una ciudad de iglesias, depauperada y más bien provinciana, para convertirse en una capital imperial construida en el nuevo estilo arquitectónico monumental de bloques de apartamentos, grandes almacenes, palacios de la cultura, parques y estadios deportivos. Se despejaron las calles para construir unas amplias avenidas por las que circulaban los automóviles que no dejaban de salir de las líneas de producción. El metro de Moscú era un indicador de la vida mejor que estaba por llegar. Sus estaciones eran como catedrales, con amplios vestíbulos, suelos y paredes de mármol, altas arcadas, lámparas de araña, mosaicos y bajorrelieves que representaban los logros de los planes quinquenales. El esplendor de aquellos espacios públicos —a diferencia del sórdido «espacio de vida» del que disponía la

gente en los apartamentos comunales, donde varias familias compartían unas pocas habitaciones separadas y una cocina— contribuyó a fomentar la creencia popular en los objetivos y los valores públicos del orden soviético. Millones de personas acabaron convencidas —algunas de ellas con verdadero fervor religioso— de que las penurias de su existencia cotidiana eran un sacrificio que merecía la pena hacerse en la construcción de un paraíso para los trabajadores. El duro trabajo de hoy se vería recompensado mañana.

Los planes quinquenales desempeñaron un papel crucial en esta proyección utópica. Su objetivo era acelerar el ritmo de toda la economía. «¡El plan quinquenal en cuatro años!», era su lema. Los planes rediseñaron el propio tiempo a través de una serie de objetivos estratégicos en el camino hacia la utopía comunista. En este sentido, se fundaban en los viejos anhelos del pueblo ruso por una forma superior de existencia que se encontrarían en el corazón de su conciencia religiosa, en particular la fe en la posibilidad de construir una utopía en la tierra rusa. La construcción de la creencia en el sistema soviético requería la sustitución de los fines religiosos por objetivos seculares que fueran lo bastante tangibles como para servir de motivación al pueblo, pero también lo bastante significativos como para satisfacer el anhelo escatológico de la psique colectiva rusa. Al ensalzar los éxitos de los planes quinquenales, la propaganda pretendía fortalecer la creencia en que la utopía era inminente, que podía alcanzarse con un último esfuerzo colectivo. La promesa se renovaba con cada plan quinquenal, de los cuales llegó a haber doce, pero la utopía nunca llegó a alcanzarse.

Esta fe era más sólida en los jóvenes. Para aquellos que habían sido adoctrinados en el sistema de enseñanza soviético, la utopía comunista no era un sueño lejano sino una realidad que ellos mismos vivirían para ver. Nina Kaminskaia, una joven estudiante de Derecho en la década de 1930, contaba que ella y sus amigos solían cantar esta canción:

Creer en nuestro país es tan fácil,
se respira en nuestro país con tanta libertad:
en nuestra amada y gloriosa tierra soviética […]
nuestra vida soviética es tan buena y resplandeciente
que los niños del futuro que vendrá
llorarán de noche en sus camas

por no haber nacido en nuestra época.[234]

Esta sensación de tener el paraíso al alcance de la mano se plasmaba en las imágenes propagandísticas, en las que se mostraba a felices trabajadores de fábricas y koljoses, que hacían las veces de arte realista socialista. Dichas imágenes no pretendían representar un futuro lejano, sino una realidad contemporánea, reconocible para las masas, pero en una forma mitificada e ideal que debía simbolizar las señales de la venidera utopía comunista. Eran las imágenes de un presente en trance de convertirse en futuro. Igual que los iconos de la Iglesia rusa, que habían permitido a los creyentes tener un sentimiento de lo sagrado en el mundo material, su objetivo era hacer que quienes las observaban sintieran la presencia del paraíso hacia el que, bajo el liderazgo de Stalin, avanzaban. La aceptación de esta visión era el punto de partida de la fe comunista. Pero esa fe tenía unas profundas raíces en la conciencia religiosa ortodoxa, donde lo divino no estaba limitado a los cielos sino que era inmanente en la existencia mundana.

El culto a Stalin fue fundamental en esta fe en el futuro comunista. En los retratos del «gran líder», el «maestro», el «padre» de la nación, que comenzaron a aparecer por doquier, Stalin mira fijamente hacia delante, a algún punto más allá del marco, hacia un futuro que solo él puede ver. Su apariencia es tranquila y confiada, seguro del éxito que habrían de obtener las heroicas hazañas que estaba llevando a cabo el pueblo soviético bajo su sabio liderazgo. Mientras que en el culto a Lenin este aparecía como una divinidad humana o como un santo, un guía sagrado para un Partido que a su muerte había quedado huérfano, el culto a Stalin lo representaba como un zar, el «padrecito zar» o *zar-batiushka* del folclore popular, el encargado de proteger a su pueblo, como a unos hijos, y de guiarlo hacia una vida mejor. «Los rusos necesitan un zar», dijo Stalin en numerosas ocasiones.[235]

En la década de 1930, una época en la que el pueblo sufrió tanta violencia a manos del Estado, así como una miseria y una incertidumbre de igual magnitud, la gente se aferró a su fe en Stalin. En ningún otro momento de la historia del país las observaciones de Cherniavsky acerca de los mitos rusos han sido más ciertas ni pertinentes: cuanto más dura se vuelve la vida, más buscan los rusos la esperanza y la salvación en mitos

que trascienden su realidad cotidiana. Esto explica por qué incluso las víctimas de Stalin continuaron creyendo en su bondad.

Nacido en 1917, Dmitri Streletski era el mayor de los cuatro hijos de una familia campesina que habitaba en la región de Kurgán, en los Urales. En 1930, los miembros del hogar fueron despojados de sus escasas posesiones y deportados a un campo de trabajo. El comité regional del Partido había ordenado al sóviet de la aldea que buscara diecisiete familias de *kulaks* para su deportación, y la suya había sido elegida para completar la cuota. Durante años languidecieron en campos y colonias penales, en unas condiciones terribles. Dmitri se aplicó con denuedo en el estudio, pero no pudo ir a la universidad ni conservar ningún trabajo adecuado debido a sus orígenes *kulaks*. Aun así, nunca dejó de creer en Stalin, y él mismo era, en sus propias palabras, un «ferviente estalinista». Décadas más tarde, al hacer repaso de su vida, contó en una serie de entrevistas: «Era más fácil para nosotros [las víctimas de la represión] sobrevivir a nuestro castigo si seguíamos creyendo en Stalin, si seguíamos pensando que a Stalin lo estaban engañando los enemigos del pueblo, y no perdíamos todas las esperanzas que habíamos depositado en él […]. Tal vez fuera una forma de autoengaño, pero, psicológicamente, creer en la justicia de Stalin nos hacía más fácil soportar la vida. Nos quitaba el miedo».[236]

En 1932 Stalin tuvo que hacer frente a una crisis. El año había comenzado con huelgas generalizadas. Los trabajadores protestaban contra los recortes de las raciones de comida que recibían, el alargamiento de las jornadas laborales y la caída de los salarios reales, que se habían reducido a la mitad con respecto a los de 1928. Sacrificarse hoy por una vida mejor mañana: ese había sido el mantra del plan quinquenal. Pero quienes hacían los sacrificios eran ellos. «No hay pan, no hay carne, no hay tocino…, no hay nada en las tiendas», admitió un oficial de la OGPU ante el embajador británico en un momento de descuido.[237]

Corrían rumores sobre el descontento en el Partido. Se estaban formando facciones contrarias a Stalin. La más peligrosa de ellas la había organizado Martemyan Riutin, un viejo bolchevique partidario de Bujarin, cuya tesis «Stalin y la crisis de la dictadura del proletariado», de doscientas páginas,

circulaba entre las bases del Partido. Más conocida como «plataforma Riutin», su texto planteaba una crítica furibunda tanto a las políticas como a la personalidad de Stalin, y lo denunciaba como un pensador mediocre, un «intrigante sin escrúpulos» y un «sepulturero de la revolución» que la había enterrado con sus políticas catastróficas y que, al forzar la colectivización, había traicionado los principios voluntaristas de Lenin.[238] Riutin y su círculo fueron detenidos y enviados al destierro. Otros fueron expulsados del Partido por el simple hecho de tener conocimiento de la existencia del grupo y no haber informado de ello a la OGPU. Este episodio dejó a Stalin con la convicción paranoide de que sus «enemigos» estaban en todas partes.

Dicho convencimiento se afianzó con el suicidio de su mujer, Nadezhda Allilueva, el 8 de noviembre. La noche anterior, Stalin había sido desagradable con ella en una cena celebrada en el Kremlin para conmemorar el decimoquinto aniversario de la Revolución de Octubre. Sabía que simpatizaba con Bujarin (la mujer de este era la mejor amiga de Nadezhda) y que estaba horrorizada por lo que había descubierto sobre la colectivización a través de los relatos de sus compañeros de estudios de la Academia Industrial. Stalin había propuesto un brindis por la destrucción de los «enemigos del Estado». Nadezhda no levantó su copa. Stalin la hostigó y le exigió que explicara por qué no bebía. Le tiró cáscaras de naranja y colillas de cigarrillo desde el otro lado de la mesa. Entonces ella le gritó: «¡Cállate!», y se marchó furiosa. Al llegar a su habitación se pegó un tiro con una pistola. Entre sus cosas encontraron una nota a Stalin en la que decía que estaba en contra de todo lo que él estaba haciendo. También se halló una copia de la plataforma de Riutin.

Stalin quedó trastornado por el suicidio de su mujer, y el temor que sentía hacia sus enemigos se redobló. En abril de 1933 anunció una purga general del Partido. Fueron expulsados casi uno de cada cinco de los 3,2 millones de miembros que tenía (no solo los «elementos socialmente extraños», como en purgas anteriores, sino aquellos considerados «poco de fiar»). Es notable que la dirección del Partido siguiera sintiéndose tan insegura más de quince años después de haber llegado al poder. Stalin no era capaz de confiar en las bases. Como Iván el Terrible con los boyardos, necesitaba poner constantemente a prueba su lealtad. Deseaba crear su propia élite de trabajadores ascendidos desde las plantas de las fábricas (*vidvizhentsi*), los

cuales le corresponderían con una obediencia total. Formados como ingenieros y gerentes en escuelas nocturnas, los *vidvizhentsi* de la década de 1930 se convirtieron en el pilar del régimen estalinista. Fueron las purgas de aquellos años las que posibilitaron su ascenso, pues al desaparecer sus superiores pudieron ocupar los puestos de trabajo de estos. En 1952, los *vidvizhentsi* constituían la mitad de los dirigentes del régimen soviético (57 de los 115 ministros principales del Gobierno), entre ellos Jruschov, Brézhnev, Gromiko y Kosiguin.

Para 1934, Stalin creía que había derrotado a sus oponentes. Su dictadura personal parecía asegurada. Entre sus seguidores leales lo conocían como el *joziain*, «el amo y señor», un término patrimonial que se empleaba para los zares. El 26 de enero, en la sesión inaugural del XVII Congreso del Partido, afirmaría que los grupos «antileninistas» de oposición habían sido derrotados. Bujarin y el resto de los que habían cuestionado las políticas de Stalin se retractaron de sus «errores». *Pravda* lo llamó el «congreso de los vencedores».

En realidad, dicho congreso supuso la última revuelta contra Stalin en el seno de las filas del Partido. Se rumoreaba que, durante la votación secreta para la elección del comité central, Stalin había recibido al menos ciento cincuenta votos negativos (la costumbre en las elecciones del Partido era votar a favor o en contra de cada candidato). Pero las papeletas se destruyeron y solo se registraron oficialmente tres votos en su contra. Con todo, era obvio que la oposición a sus políticas estaba creciendo entre los secretarios regionales del Partido, algunos de los cuales deseaban reemplazar al secretario general por Serguéi Kírov, el popular dirigente del partido en Leningrado (como se había rebautizado a la ciudad de Petrogrado), que había obtenido más votos que Stalin. No está claro si Kírov sabía de esta supuesta conspiración. Es poco probable que considerase en serio unirse a ella. Desde la muerte de la mujer de Stalin, Kírov se había convertido en alguien muy cercano al líder, prácticamente un miembro de la familia. Pero, para Stalin, todo el mundo era sospechoso de ser un traidor —paranoia amplificada por el voto secreto—, y temía a Kírov como rival.

El 1 de diciembre, este fue asesinado en el instituto Smolny de Leningrado por un miembro descontento del Partido, del que se sabía que era una amenaza pero al que la policía permitió de todos modos entrar con

un arma y buscar a Kírov en sus oficinas. No se ha podido determinar qué papel desempeñó Stalin en este asesinato. Pero no hay duda de que era un medio que empleaba para eliminar a sus enemigos políticos.

A las pocas horas del asesinato, Stalin tomó el control de la investigación y emitió un decreto de emergencia que permitía los juicios sumarios y la ejecución de presuntos «terroristas». La «gente de antes» de la ciudad (como se llamaba a las élites de la época zarista) cayó por millares en las redadas. Ninguno de ellos suponía una amenaza real, pero eran oportunos chivos expiatorios. En la purga del Partido de 1935, se expulsó a un cuarto de millón de sus miembros, la mayoría de ellos investigados por la NKVD (el nuevo nombre de la OGPU a partir de 1934) y acusados de ser «antileninistas». La intensa participación de la NKVD en una purga del Partido era una novedad, y estableció la pauta que se seguiría en el Gran Terror.

Stalin fue la fuerza motriz de esta campaña. Cuando Guénrij Yagoda, jefe de la NKVD, adujo en protesta que a sus oficiales les inquietaba estar arrestando a tantos camaradas del Partido, Stalin le dijo que estuviera más alerta o, de lo contrario, «te quitaremos de en medio de un manotazo». En 1936 Yagoda fue reemplazado por Nikolái Yezhov, un secuaz sin escrúpulos que se dedicó a alimentar los temores paranoicos de Stalin. Fomentó la extravagante teoría de que, a una orden dada por Trotski desde el extranjero, Zinóviev y Kámenev habían organizado una conspiración terrorista para asesinar a Stalin y a otros miembros de la dirección del Partido. Los dos bolcheviques ya habían sido juzgados en secreto en 1935, pero Stalin quería organizar un juicio espectáculo para «demostrar» la existencia de esta conspiración. Encargó a Yezhov «incoar la causa». Se torturó a los sospechosos detenidos hasta que hicieron las confesiones pertinentes y aceptaron repetir en la sala del tribunal las frases que se habían escrito para ellos. En agosto de 1936, fueron juzgados Zinóviev, Kámenev y otros catorce líderes del Partido. Todos ellos fueron fusilados.

Un segundo juicio espectáculo, en enero de 1937, acabó con la condena de Piatakov, Rádek y otros quince antiguos partidarios de Trotski. Después, en mayo, ocho de los más altos mandos del ejército del país, entre ellos el mariscal Tujachevski (comisario adjunto de Defensa), el general Uborévich (comandante del distrito militar de Bielorrusia) y el general Yakir

(comandante del distrito militar de Kiev) fueron arrestados, brutalmente torturados y juzgados en secreto por una corte militar del Tribunal Supremo de la Unión Soviética, que los declaró culpables de pertenecer a una «conspiración antisoviética trotskista-derechista» y espiar para la Alemania nazi. Los ocho fueron fusilados pocas horas después de recibir su condena. El ejército había sido la única institución capaz de oponerse a la ambición de Stalin de hacerse con el poder total (razón por la cual el juicio de los generales había sido secreto). Ahora, su cúpula había quedado reducida prácticamente a la nada: cuando comenzó la guerra con Alemania, en 1941, de los 767 miembros del alto mando, 512 habían sido fusilados, 29 habían muerto en prisión, 3 se habían suicidado y 59 seguían en la cárcel.

En el último y el más grande de estos juicios espectáculo, que tuvo lugar en marzo de 1938, Bujarin, Yagoda y Ríkov, junto con otros trece bolcheviques, fueron condenados a morir fusilados por conspirar con la «organización terrorista Trotski-Zinóviev» para asesinar a los dirigentes soviéticos y espiar a las órdenes de los estados fascistas.

Los juicios espectáculo enviaban un mensaje a las filas del Partido: debían denunciar a los presuntos opositores, a cualquiera que tuviera alguna conexión, por antigua o por remota que fuera, con los «enemigos del pueblo». Cuando detenían a un líder, la NKVD investigaba todos sus contactos. La población de provincias típica estaba gobernada por una camarilla de altos funcionarios —el jefe del Partido del distrito, el jefe de policía, los directores de las fábricas, las granjas colectivas y las prisiones —, y cada uno de ellos tenía sus propias redes clientelares en las instituciones que controlaban. Estos oficiales se protegían unos a otros mientras se mantuviera su círculo de poder, pero la detención de uno de ellos conducía inevitablemente a la del resto de los miembros de la camarilla gobernante, así como de sus secuaces, una vez que la NKVD se ponía a trabajar para desvelar los vínculos entre ellos.

El terror se extendió tanto entre las filas del Partido como por las instituciones y la sociedad soviéticas. Millones de personas denunciaron a sus colegas, a sus vecinos, a sus amigos, en ocasiones incluso a sus familiares. A algunas de ellas las motivaba la malicia, el afán de venganza, los celos o la perspectiva de obtener algún beneficio material o un ascenso. Otras actuaban por un sentido del deber patriótico. Se creyeron la

propaganda sobre los «espías» y los «enemigos». Sin embargo, en el caso de la mayoría de los informantes, se trataba de algo tan simple como que tenían miedo de meterse en problemas si alguien de quien sospechaban acababa siendo detenido y se revelaba que ellos no lo habían denunciado. Ocultar los contactos que uno había mantenido con los «enemigos del pueblo» era un delito.

Como hemos visto, el deber de denunciar era un principio antiguo y arraigado en la gobernanza rusa, el cual se remontaba hasta el siglo XVI. Estaba vinculado con las obligaciones de la *krugovaya poruka*, el principio medieval de la responsabilidad colectiva que hemos examinado como un elemento recurrente en la historia del país. Durante el Gran Terror, nombre con el que se conocen las detenciones masivas de 1937-1938, esta tradición se reflejó en el cumplimiento casi universal, por parte de las instituciones públicas, de las instrucciones de la NKVD para deshacerse de todos los «enemigos» que pudiera haber en su seno. Ya fueran colectivos fabriles, institutos de investigación o comités de los sóviets locales, desempeñaron con entusiasmo su actividad vigilante de erradicación de estos individuos sospechosos, para evitar que todo el grupo fuera castigado por sus pecados. No era necesario que hubiese pruebas de su culpabilidad; con sospecharlo era suficiente. En los delitos contra el Estado se aplicaba el concepto de «culpabilidad objetiva», en virtud del cual, por mucho que una persona actuara con intención sincera e inocente, su comportamiento podía no obstante servir a la contrarrevolución. Lo que determinaba su culpabilidad o inocencia eran las consecuencias objetivas (el «significado») de las acciones de una persona.

La mayoría de las detenciones no fueron resultado de denuncias personales, sino producto de las listas que elaboraba la policía para reprimir de forma masiva a grupos sociales enteros. Durante la «Operación *kulak*» (Orden 00447) se produjeron casi la mitad de los arrestos (670.000) y más de la mitad de las ejecuciones (376.000) del periodo 1937-1938. La mayoría de las víctimas fueron los antiguos *kulaks* y sus familias, que habían regresado después de cumplir condenas de tres o cinco años en los asentamientos especiales y en los campos de trabajo del Gulag.

Si hubo alguna lógica detrás de esta Gran Purga, fue el temor de Stalin a la existencia de una quinta columna en la guerra que se avecinaba, que él

consideraba inevitable. Stalin era muy consciente de los peligros a los que los gobiernos deben hacer frente en tiempos de guerra (los propios bolcheviques habían llegado al poder explotando la campaña de guerra), y temía en especial que los «maliciosos *kulaks*» que regresaban de los campos de trabajo con un enorme resentimiento pudieran representar una amenaza en aquel momento convulso. También consideraba que ciertos grupos étnicos serían «poco de fiar» en un escenario de guerra, y las «operaciones nacionales» o deportaciones masivas que ordenó sumaron otros trescientos cincuenta mil arrestos y otras doscientas mil muertes.[239]

«Para ganar una batalla —advirtió Stalin en 1937— se necesitan varios contingentes de soldados. Pero para subvertir esta victoria en el frente, lo único que hace falta son unos pocos espías en el cuartel general del ejército». Según este razonamiento, con que solo el 5 por ciento de las personas detenidas resultaran ser enemigos reales, mantenía Stalin, «ya sería un buen resultado».[240]

¿Qué pensaba la población de esta locura? ¿Cómo lograron conciliar su fe en el sistema soviético con las detenciones de familiares y amigos cuya culpabilidad parecía de todo punto imposible? Nadie se atrevía a cuestionar los arrestos. Reprimieron sus dudas o bien encontraron formas de racionalizarlas de modo que pudieran preservar la estructura básica de su identidad soviética. Se decían a sí mismos que sus familiares habían sido detenidos «por error». La policía, razonaban, por fuerza tenía que cometer fallos porque había muchos enemigos escondidos. La culpa no era de Stalin. Sin duda, si le escribían, él arreglaría las cosas, y así lo hicieron muchas personas, siguiendo la vieja tradición de solicitar al zar que enmendara los abusos de sus funcionarios. Es difícil saber hasta qué punto estaba preparada la gente para hacer extensiva esa lógica a los familiares de los demás. Quizá creyeran en la inocencia de sus amistades más cercanas, de las personas a las que conocían bien. Pero ¿pensaban lo mismo de quienes eran meros conocidos? ¿Serían estos, quizá, culpables de algún delito que ellos ignoraban? Donde hay humo, hay fuego. Y, de esta forma, la sociedad se fue atomizando. La gente temía tener algún contacto con los familiares de los «enemigos del pueblo». Cruzaban la calle para evitarlos. Así, la solidaridad en el puesto de trabajo o en el barrio —que podría haber servido para frenar las detenciones o mitigar sus daños— se desvaneció en esa tóxica atmósfera de desconfianza, angustia y miedo generalizados.

Pero ¿cuánto tiempo podían prolongarse aquellas detenciones sin que la confianza del pueblo en la justicia soviética se acabara viendo socavada? De mantener el ritmo del año 1937, en el que se fusiló diariamente a una media de mil quinientos ciudadanos soviéticos, las dudas no podían tardar mucho en extenderse. En enero de 1938, Stalin advirtió a la NKVD de que no siguiera arrestando a la gente sobre la única base de una denuncia y sin haber comprobado antes su veracidad. Yezhov fue perdiendo poder gradualmente y, en noviembre, fue reemplazado por su adjunto, Lavrenti Beria, que anunció que llevaría a cabo una revisión completa de las detenciones que se habían producido durante el mandato de Yezhov. Al año siguiente, se liberó a 327.000 presos de los campos de trabajo y las colonias del Gulag. El propio Yezhov fue denunciado como «enemigo del pueblo». Se dijo que había estado tratando de desestabilizar al Gobierno, sembrando el descontento por medio de falsos arrestos. Más tarde, sería ejecutado en un sótano cerca de la Lubianka, la sede de la NKVD. La revisión de Beria tuvo el efecto de consolidar la creencia general de que las purgas habían sido justas. La población asumió que todas las detenciones masivas habían sido culpa de Yezhov y que Stalin había corregido sus errores; por tanto, quienes aún quedaban en los campos, así como las personas que fueran arrestadas a partir de entonces, eran culpables de algún delito contra el Estado, no cabía duda de ello.

10
LA MADRE PATRIA

Alejandro Nevski se estrenó el 1 de diciembre de 1938. Se hicieron ochocientas copias de la película y el primer día, solo en Moscú, se proyectó en siete cines, ante cuarenta y cinco mil personas.[241] Su lanzamiento estuvo acompañado de una gran campaña publicitaria estatal que relataba cómo, en el siglo XIII, el oscuro príncipe de Nóvgorod había salvado a Rusia de los caballeros teutones. Stalin estaba entusiasmado con la película. Las dotes cinematográficas de Eisenstein y la música programática de Prokófiev conseguían transmitir un patriótico mensaje de unidad nacional contra el invasor extranjero con una tremenda potencia emocional. En un momento en que la Unión Soviética se preparaba para la guerra con la Alemania nazi, los paralelismos con la situación contemporánea eran evidentes. «Queremos que nuestra película movilice a la población en la lucha contra el fascismo», declaró Eisenstein.[242] En principio, el director había planeado empezar la película con una cita de *Mein Kampf* en la que Hitler invoca la memoria de los caballeros teutones para llamar a la expansión de Alemania (*Drang nach Osten*) hacia las tierras eslavas. Aunque después abandonó la idea, la película mantuvo algunos recordatorios visuales de la amenaza alemana. Los cascos que lleva la infantería teutónica son como el *Stahlhelm* que llevaban los soldados alemanes en la Primera Guerra Mundial. Las mitras que visten sus obispos lucen esvásticas.

Nevski no fue el único gobernante del pasado zarista en ser homenajeado en las pantallas soviéticas. En 1937 se estrenó una película biográfica en dos partes sobre Pedro el Grande, y el propio Eisenstein repetiría el éxito de su *Alejandro Nevski* con *Iván el Terrible*. Esta rehabilitación de los zares fue liderada por Stalin. Habían hecho «muchas cosas malas», dijo en un

discurso pronunciado en la conmemoración del vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre. «Pero hicieron algo bueno: construyeron un Estado enorme».[243] Stalin se veía como un líder nacional en el que se aunaban Nevski, Pedro e Iván, una imagen de sí mismo reflejada en aquellas películas.

Por orden de Stalin, a partir de 1934 la historia volvió a ocupar un lugar destacado en el plan de estudios escolar. También por expreso deseo de él, los nuevos libros de texto prestaban más atención a los logros positivos de los zares, sobre todo en lo relativo a la «unión de todo el territorio ruso [sic]» de la Unión Soviética. Esta versión quedaba muy lejos del modo en que se había enseñado la materia durante la década de 1920, cuando el principal libro que se utilizaba entonces en las escuelas, la *Historia rusa* de Mijaíl Pokrovski, daba más centralidad a la lucha de clases internacional. Pokrovski había sido un pionero de la escuela de historiadores marxistas, pero tras su muerte, en 1932, fue atacado por haber enfatizado demasiado la importancia de las fuerzas sociales a expensas de los héroes patrióticos como Nevski. La historia también debía enseñar la devoción por la patria.

Stalin entendió que el orgullo patrio ofrecía una base más sólida que la ideología marxista para alimentar la fe popular. Después de las descomunales perturbaciones del plan quinquenal, supo detectar la necesidad de unir al país en torno a símbolos e ideales nacionales familiares. Todo ello estaba relacionado con un alejamiento general de las políticas utópicas de la década de 1920, cuando los bolcheviques emprendieron una revolución cultural para liberarse del pasado zarista y fomentaron una cultura proletaria más internacional. Habían atacado a la Iglesia rusa y a la «familia patriarcal burguesa», su institución más común, cuya influencia opresiva habían tratado de contrarrestar con la apertura de jardines de infancia, lavanderías y comedores para liberar a las mujeres de la esclavitud doméstica y facilitar su incorporación al ámbito laboral. Bajo el liderazgo de Stalin, los bolcheviques siguieron con sus campañas ateas contra la Iglesia, pero adoptaron unas nuevas «políticas en favor de la familia» (por ejemplo, la prohibición del aborto, ayudas estatales a la infancia o la persecución de la homosexualidad) para elevar la tasa de natalidad, que desde el lanzamiento del plan quinquenal había caído drásticamente. Igual que la Italia fascista y la Alemania nazi, la Rusia de Stalin necesitaba un incremento de la población joven para su ejército.

Este nuevo énfasis nacionalista supuso también un giro en las políticas de Moscú en relación con las nacionalidades no rusas. Durante la década de 1920, el Partido había alentado el desarrollo de las culturas nacionales en las repúblicas soviéticas («Contenido socialista, forma nacional», era el lema). El objetivo era liberar a las nacionalidades no rusas del «chovinismo de la Gran Rusia» del Imperio zarista (eso que Pokrovski había llamado «la prisión de los pueblos»). Según la política de la *korenizatsia* («indigenización»), que fue esencialmente un sistema de discriminación positiva en favor de los no rusos, cada nacionalidad debía tener su propia autonomía territorial y el derecho de usar su lengua nativa en los libros, los periódicos, la escuela, la universidad y las instituciones públicas. Como resultado, en estos territorios se produjo un dominio creciente de la administración estatal por parte de las élites autóctonas.[244]

Stalin revertió aquellas políticas. A medida que reforzaba el control que mantenía sobre las estructuras del Partido, se iba volviendo cada vez más desconfiado de los líderes territoriales no rusos, a los que purgaba bajo la acusación de «nacionalistas burgueses» cuando se desviaban de la línea de Moscú, para designar a otros de origen ruso en su lugar. En la «familia de los pueblos» soviética, estos pasaron a encontrarse firmemente a la cabeza. «El pueblo de la Gran Rusia lidera la lucha del pueblo soviético por la felicidad de la humanidad. Son los primeros entre iguales», proclamaba la revista *Bolchevique* en 1938.[245] A partir de ese año, el aprendizaje del ruso fue obligatorio en todas las escuelas soviéticas. Se convirtió en la única lengua de mando del Ejército Rojo, en el que, en esa época, se abolieron las unidades étnicas. Stalin temía por el comportamiento de los territorios de frontera no rusos en caso de guerra. Las «operaciones nacionales» del Gran Terror habían acabado con comunidades enteras de soviéticos polacos, letones, estonios, fineses, chinos y coreanos (todos ellos redefinidos como «nacionalidades de gobiernos extranjeros»), cuyos miembros temía que ahora pudieran convertirse en espías.

En 1939 Stalin sabía que la guerra era inminente. Dudaba que las potencias occidentales estuvieran preparadas para luchar contra las potencias del Eje (Alemania, Japón e Italia). No habían actuado contra la ocupación alemana de Renania, Austria y Checoslovaquia. Parecían estancadas en una política de apaciguamiento con la esperanza de que las agresiones militares de los nazis se dirigieran hacia el este, contra la Unión

Soviética. Estas fueron las consideraciones que invocaron para justificar el pacto de no agresión entre los soviéticos y la Alemania nazi que, el 23 de agosto, firmaron en Moscú los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países, Mólotov y Ribbentrop. El país necesitaba más tiempo para desarrollar sus fuerzas armadas. Las tropas soviéticas estaban ya involucradas en un conflicto fronterizo con los japoneses en Mongolia y Manchuria. No tenían capacidad para luchar en dos frentes distantes.

Los mismos motivos han dado desde entonces los sucesivos gobiernos rusos para justificar aquel escandaloso pacto, que constituyó una evidente traición a los principios soviéticos. El «papel de liderazgo» de la URSS en «la lucha contra el fascismo» —la base sobre la que socialistas de todo el mundo se habían alineado con Moscú— resultaba ser, al fin y al cabo, una mentira. La entrada de los soviéticos en la guerra, a partir de 1941, reanimó aquel mito. En la mente de la mayoría de los rusos, el pacto se justificó entonces como una medida necesaria para la supervivencia del país, pero la idea que albergaba Stalin iba más allá de la defensa nacional. Tenía también un plan secreto a largo plazo. El 7 de septiembre informó a su círculo íntimo de que iban a esperar a que las potencias occidentales y la Alemania nazi se agotaran en una larga guerra antes de incorporarse al combate para «inclinar la balanza» y proclamarse como los vencedores. El sistema capitalista (en el que incluía a los estados fascistas) quedaría debilitado y ello permitiría al Ejército Rojo exportar la revolución soviética a medida que fuera avanzando por Europa.

El pacto nazisoviético incluía un protocolo secreto que se reveló solo después de 1945: repartía Polonia entre ambos estados y, además, daba a la Unión Soviética el control de los países bálticos, Finlandia y algunas partes de Rumanía, territorios que el Imperio ruso había perdido en 1917. Ninguno de ellos era necesario para la supervivencia de la Unión Soviética, que era la razón que se aducía para justificar el pacto. Eran ganancias territoriales, el precio que Stalin exigía por su colaboración con Hitler, y a ellas esperaba añadir aún el control de los estrechos turcos con la conquista de Bulgaria.

Cuando los alemanes comenzaron su invasión de Polonia desde el oeste, el 1 de septiembre, el Ejército Rojo entró desde el este. Durante los siguientes dieciocho meses, los invasores soviéticos arrestaron y deportaron a unos cuatrocientos mil polacos considerados hostiles al régimen soviético. En el bosque de Katyn, cerca de Smolensk, ejecutaron a quince mil

prisioneros de guerra y a otros siete mil presos «burgueses». La invasión soviética de los estados bálticos estuvo acompañada de una represión similar: una «operación de limpieza» de «elementos antisoviéticos» en la que ciento cuarenta mil letones, estonios y lituanos fueron ejecutados o deportados por el Ejército Rojo. En Finlandia, no obstante, los rusos encontraron la resistencia de la población local en la denominada «guerra de Invierno», la cual se prolongó durante tres meses y para la que el Ejército Rojo no estaba preparado. Un cuarto de millón de soldados soviéticos murieron o resultaron heridos antes de que los fineses se vieran finalmente superados.

Tras la firma del pacto con Alemania, se retiró *Alejandro Nevski* de los cines soviéticos. Cincuenta millones de personas habían visto la película en la Unión Soviética y muchas más aún en el extranjero. Pero, de pronto, su mensaje antialemán no se ajustaba a la línea de contemporizar con Alemania que marcaba la política de Stalin. Según el pacto, la URSS debía enviar a Alemania millones de toneladas de material bélico (alimentos, combustible, algodón, minerales…), que ascendieron a más de la mitad del total de sus exportaciones durante el periodo comprendido entre la firma del pacto y la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941.

Stalin fue víctima de un engaño. Convencido de que Hitler no atacaría a la Unión Soviética hasta que hubiera derrotado primero a los británicos, ignoró los informes de sus espías acerca de los preparativos que Alemania estaba llevando a cabo en el este, y los desdeñó al considerarlos fruto de una estratagema británica para conseguir que la Unión Soviética entrara en la guerra. «Dígale a su "informante" en el Estado Mayor de la fuerza aérea alemana que puede volverse con su puta madre. Esto es un desinformador, no un "informante"», le escribió al comisario de Seguridad del Estado cuando este le advirtió el 17 de junio de que el ataque alemán era inminente.[246] Cuando, cuatro días después, los alemanes iniciaron la invasión, la denominada Operación Barbarroja, a las defensas soviéticas ello las cogió desprevenidas por completo. El resultado fue que emprendieron una retirada caótica. El 28 de junio, seis días después de que hubiese empezado la invasión, las fuerzas alemanas se habían adentrado

trescientos kilómetros en el territorio soviético con una enorme maniobra de pinza para capturar Minsk, y seguían avanzando hacia Moscú, a la vez que, más al norte, estaban cruzando los estados bálticos para amenazar Leningrado.

Hitler tenía tres objetivos fundamentales en aquella «guerra racial»: destruir el «régimen judeobolchevique», convertir a la Unión Soviética en un proveedor gratuito de materias primas para el Tercer Reich y, una vez que todos los judíos y otros treinta millones de soviéticos hubieran sido liquidados o hubieran muerto de inanición, esclavizar a la población superviviente. Hitler quería la destrucción completa de Rusia. Consideraba que los rusos, como los eslavos, eran «subhumanos», incapaces de construir su propia civilización. Una vez dijo, empleando una terminología que recuerda a los pioneros alemanes de la historia de Rusia que hemos visto en el primer capítulo, que «de no ser por que otros pueblos, empezando por los vikingos, importaron algunos rudimentos organizativos a la población rusa, los rusos seguirían viviendo como conejos».[247]

Stalin quedó conmocionado por el derrumbe del frente soviético. Hasta el 3 de julio no habló en la radio al país en su primer discurso de guerra. Entre pausas frecuentes, se dirigió al pueblo no como «camaradas», sino como «hermanos, hermanas, amigos», y los instó a unirse en aquella «guerra de toda la nación soviética».[248] Se trataba de un tono completamente distinto al del lenguaje beligerante, teñido de conflicto de clases, de los años anteriores a la guerra, un estilo que hacía ver que compartía el sufrimiento del pueblo. Un millón de personas de Leningrado y Moscú, muchas de ellas no más que estudiantes, se presentaron de inmediato voluntarias para ir al frente. No tenían demasiado entrenamiento, no contaban con asistencia médica y solo la mitad de ellos estaban armados. Rápidamente se formaron milicias populares para defender las aldeas y las fábricas. Si el país logró salvarse de la derrota en 1941 fue gracias al espíritu patriótico del pueblo soviético y no al Partido.

Para principios de septiembre, las fuerzas alemanas habían rodeado Leningrado. Hitler deseaba reservar a las tropas del frente norte para la crucial batalla por Moscú, así que ordenó matar de hambre a la ciudad en vez de conquistarla. En términos militares, el destino de Leningrado no era decisivo para el resultado de la guerra, pero como cuna de la revolución tenía una gran importancia simbólica, por lo que abandonarla no era una

posibilidad. Para defenderla, Stalin envió a su mando más relevante, el general Zhúkov. La evacuación de la población de la ciudad estuvo mal organizada. No se habían marchado de ella más que unas cuatrocientas mil personas cuando los alemanes bloquearon las rutas de salida. Pero mucha gente optó por quedarse y luchar. Un millón de habitantes de Leningrado, un tercio de la población de la ciudad, murieron de frío, hambre o enfermedad antes de que finalizara el sitio en enero de 1944.

Mientras tanto, los alemanes entraron en Ucrania, cuya agricultura, carbón e industria eran esenciales para alimentar la maquinaria de guerra germana, y su contingente principal siguió avanzando hacia Moscú. Para el 10 de octubre, cuando Zhúkov volvió de Leningrado para hacerse con el mando de la defensa de la capital, los alemanes habían llegado ya a las afueras. Stalin ordenó la evacuación del Gobierno a Kúibyshev. El pánico se extendió a medida que se intensificaron los bombardeos sobre la ciudad. En las estaciones de tren se produjeron escenas terroríficas cuando las masas luchaban por subirse a los trenes que salían en dirección al este. Stalin habló en la radio y prometió que defendería la ciudad hasta el final. El pueblo respondió. Un cuarto de millón de moscovitas cavaron defensas en las afueras de la ciudad, transportaron suministros al frente y cuidaron en sus hogares a los soldados heridos. Muchos de ellos combatieron junto a las unidades del ejército, formadas a partir de los restos de las destrozadas fuerzas del frente occidental y los refuerzos de Siberia.

Este nuevo espíritu de lucha sin cuartel quedó simbolizado por la osada decisión que tomó Stalin de seguir adelante y con normalidad con el desfile militar del día de la Revolución (7 de noviembre) que, como de costumbre, tendría lugar en la plaza Roja. Se enfrentó a las reservas de sus comandantes de las fuerzas aéreas, quienes temían que los alemanes aprovecharan para bombardear el desfile desde el aire (pocos días antes, los aviones alemanes habían alcanzado el Kremlin y dejado 41 muertos y 146 heridos).[249] En su discurso desde el mausoleo de Lenin, Stalin interpeló a los soldados para que tomaran como inspiración a los héroes militares de «nuestros grandes antepasados» y nombró a Alejandro Nevski, Dmitri Donskói y a Minin, así como a Pozharski, Suvórov y Kutúzov, los generales que habían luchado contra Napoleón en defensa de «nuestra gloriosa patria».[250] Desde la plaza Roja, los soldados marcharon directamente hacia el frente.

El discurso tuvo un efecto crucial. Enardecidos por su espíritu patriótico, los rusos lucharon con absoluta determinación por la salvaguardia de la capital. Poco a poco fueron venciendo a las tropas alemanas, que no estaban preparadas para soportar el invierno ruso y se encontraban exhaustas después de haberse pasado cinco meses luchando sin descanso. La defensa de Moscú fue de vital importancia. La captura de la capital por parte de Hitler no hubiera supuesto el final de la guerra (el Ejército Rojo aún podía retirarse a los Urales y más allá), pero podría haber provocado el derrocamiento del régimen soviético y habría dejado millones de muertes más en una guerra más prolongada por la defensa de Rusia.

Nadie puede negar el extraordinario coraje que mostró el pueblo soviético durante la guerra, pero ¿quién puede darle una explicación? ¿Por qué tantos soldados soviéticos combatieron con tal determinación y espíritu de sacrificio? En el extranjero estaban asombrados. «El frente abundaba en ejemplos del heroísmo personal y las inquebrantables tenacidad e iniciativa de los soldados comunes —señaló el comunista yugoslavo Milovan Đilas, tras una visita al frente ucraniano en 1943—. Rusia era todo resistencia de última hora, privaciones y determinación de obtener la victoria final».[251] ¿Acaso había algo en el carácter ruso que explique este sacrificio, como han sostenido algunos comentaristas ingenuos? ¿O fue más bien el resultado de una disciplina impuesta por el Estado totalitario?

El terror y la coerción podrían constituir tan solo una parte de la respuesta. En el peor momento de la debacle soviética, el 28 de julio de 1942, con los alemanes amenazando Stalingrado, Stalin emitió la Orden 227 («¡Ni un paso atrás!»), en la que impelía a los soldados a combatir hasta la muerte sin retroceder. Para imponer aquella orden, unas unidades especiales se colocaban detrás de las líneas del frente y disparaban contra los soldados que se rezagaran. Sin embargo, el impacto de este sistema de terror fue limitado. Solo se recurrió a la Orden 227 en momentos desesperados, como la batalla de Stalingrado, pero, por lo demás, los comandantes, que por experiencia sabían que los castigos drásticos no eran lo mejor para la eficacia militar, la ignoraron.

Un factor más importante que el terror fue el culto al sacrificio. Esa era la principal ventaja que tenía el sistema soviético sobre las sociedades liberales occidentales, donde, en los cálculos de los mandos militares, la pérdida de vidas humanas cobraba un peso mayor. Desde el lanzamiento del

plan quinquenal, al pueblo soviético se le había repetido incesantemente que sus sacrificios del presente eran necesarios para la construcción de la utopía comunista. En 1941, estaban más preparados que otros pueblos para soportar las penurias de la guerra —la acusada caída del nivel de vida, la separación de las familias, la muerte y desaparición de los familiares—, porque ya habían pasado por ellas durante la década de 1930. Quienes hicieron el sacrificio más desinteresado fueron los adolescentes. Se habían criado con las historias de los héroes soviéticos (pilotos y estajanovistas que batían récords, valerosos soldados de la guerra civil rusa, comunistas que habían marchado a combatir en la guerra civil española) y se presentaron voluntarios en gran número. Entre ellos se encontraba Rita Kogan, una del millón de mujeres soviéticas que combatieron en el Ejército Rojo y en sus unidades partisanas. Nacida en Bielorrusia, en el seno de una familia judía, estaba cursando el último año de instituto cuando estalló la guerra.

> Apenas tenía dieciocho años en 1941 […], veía el mundo según el modelo de los ideales de mis héroes soviéticos, los desinteresados pioneros que habían hecho grandes cosas por la madre patria […]. Yo no tenía idea de cómo era una guerra en realidad, pero quería tomar parte en ella, porque eso era lo que hacía un héroe […]. No pensaba en eso como «patriotismo»; sino que consideraba que era mi deber […]; podría haber trabajado en la fábrica de municiones sin más y pasarme toda la guerra allí […], pero era una activista, no pensaba en la muerte y no le tenía miedo, porque, al igual que mis héroes soviéticos, estaba luchando por mi tierra natal.[252]

Su generación luchó con una valentía temeraria. Solo el 3 por ciento de los jóvenes de dieciocho años que fueron movilizados en 1941 seguían con vida en 1945.

La economía dirigida de los soviéticos se creó para la guerra. Su capacidad para organizar la producción en función de la campaña militar —para trasladar y levantar nuevas fábricas de la noche a la mañana, para someter a los trabajadores a la ley marcial y obligar a trabajar hasta la muerte a un millón de esclavos del Gulag en la extracción de combustibles y minerales— le daba ventaja sobre los nazis, que no tenían la capacidad de exigir tanto de los alemanes. Casi no había límites en cuanto al número de vidas que el régimen estalinista estaba dispuesto a sacrificar para alcanzar sus objetivos militares. Superó con creces la tradicional dependencia que mantenía el ejército ruso de la movilización de grandes cantidades de soldados para derrotar al enemigo. Solo teniendo en cuenta esta despiadada

forma de desprecio por la vida humana es posible explicar las apabullantes pérdidas que sufrió el Ejército Rojo (entre 1941 y 1945 murieron en torno a doce millones de soldados, una cifra tres veces superior a las bajas militares que sufrieron los alemanes entre 1939 y 1945).[253]

La derrota del nazismo fue, por encima de todo, una victoria del pueblo soviético. No lucharon por el comunismo —«por nosotros», como le dijo Stalin al enviado estadounidense Averell Harriman—, sino «por su tierra natal».[254] En la propaganda de guerra soviética, Stalin y el Partido brillaron por su ausencia. Los símbolos revolucionarios fueron reemplazados por imágenes anteriores de la Madre Rusia (*Ródina-Mat*, literalmente «patria madre») que tendrían más relevancia para los soldados. «La Internacional» comunista fue sustituida por un nuevo himno nacional soviético, cuya letra aclamaba la comunión de los pueblos unidos por la Gran Rus. Se acuñaron nuevas medallas soviéticas con los nombres de los héroes militares del pasado zarista: Nevski, Suvórov, Kutúzov o Najímov, el héroe mártir de Sebastopol durante la guerra de Crimea. *Alejandro Nevski*, la película de Eisenstein, volvió a los cines y se proyectó sin cesar durante la guerra. Quizá lo más importante fue que la persecución de la Iglesia ortodoxa rusa cesó temporalmente y se llegó a un acuerdo con su nuevo patriarca, elegido en septiembre de 1943, después de dieciocho años de prohibición por parte de los bolcheviques. A cambio del apoyo y la lealtad del patriarca, Stalin dio orden de liberar a miles de sacerdotes que se encontraban en prisión, permitió la reapertura de los templos y devolvió a la institución sus propiedades, incluida la laura de la Trinidad y San Sergio, corazón de la Iglesia rusa, que los bolcheviques habían cerrado en 1920, dedicando desde entonces sus distintos edificios a una amplia variedad de propósitos, entre ellos la formación de ingenieros de radio.

¿Qué entendían los soldados por la «patria»? La palabra *ródina*, que por lo general se traduce como «patria», puede emplearse en ruso para designar un hogar familiar, un grupo de parentesco, una aldea, pueblo o ciudad o, de un modo más amplio, para la nación. Los soldados del Ejército Rojo eran, en su mayoría, hijos de campesinos. Cuando escribían a casa desde el frente, no hacían distinción entre luchar por Rusia, como su *ródina*, y luchar por sus hogares y sus familias. La propaganda bélica jugaba con estos sentimientos. El cartel más conocido de la guerra, «La madre patria llama», representa a una mujer de mediana edad que sostiene un formulario de

reclutamiento y llama a sus hijos para que la defiendan del enemigo. Simbolizaba a la madre por la que todos los soldados creían estar luchando.

Muchos reclutas encontraron una expresión de sus sentimientos patrióticos en «Vasili Terkin», un poema narrativo de Alexánder Tvardovski que imprimieron todos los periódicos del frente durante la guerra. El personaje principal, Terkin, es un joven campesino. En el poema no se habla del Partido ni de Stalin —su apego a la patria se centra en su aldea en Smolensk—, pero también alberga el sentimiento de estar luchando tanto por Rusia como por la liberación del mundo:

Hoy respondemos por Rusia,
por el pueblo,
por todas las cosas del mundo.
De Iván a Fomá,
vivos y muertos,
juntos somos nosotros,
el pueblo, Rusia.[255]

El odio al enemigo también era parte, en igual medida, de este sentimiento patriótico. Los alemanes habían cometido tal cantidad de atrocidades en suelo soviético que no resultó difícil avivar el deseo de venganza popular. Según los resultados de un estudio realizado entre las filas del Ejército Rojo, era el odio a los alemanes, más que cualquier otra cosa, lo que infundía a los soldados el deseo de combatir. Antes de entrar en combate los oficiales les leían el poema de Konstantín Símonov «¡Mátalo!»:

Si quieres a tu madre
que te amamantó,
y cuya leche hace mucho se secó.
Sobre quien solo puedes descansar la mejilla;
si no soportas la idea
de que la cerquen los fascistas,
abofeteando sus mejillas
y tironeando sus trenzas;
[…]
¡Entonces mata a un alemán…
asegúrate de hacerlo!
¡Mátalo lo antes posible!
Cada vez que lo veas, ¡asegúrate de matarlo cada vez![256]

Stalingrado se convirtió en el símbolo de aquel espíritu patriótico. Aun con la ciudad reducida a escombros bajo el bombardeo de los tanques, la artillería y los aviones alemanes, los soldados soviéticos siguieron combatiendo por cada una de sus calles, como si estuvieran defendiendo sus propios hogares. Lucharon sin descanso tres meses seguidos, de agosto a noviembre de 1942, cuando el Ejército Rojo, a las órdenes de Zhúkov, lanzó una contraofensiva y obligó a los alemanes a retirarse hacia el Don. Aquellas semanas de lucha fueron el punto de inflexión de toda la guerra en general. Desde el Don, el ejército soviético siguió avanzando y empujando a los alemanes hacia Kursk, donde estaban concentrados el 40 por ciento de su infantería y las tres cuartas partes de sus fuerzas blindadas, para derrotar al grueso del ejército alemán en julio de 1943. Kursk acabó definitivamente con las esperanzas alemanas de obtener la victoria en suelo soviético.

Al tiempo que el Ejército Rojo obligaba a los alemanes a retroceder hasta la frontera occidental, libraba también otra guerra contra los nacionalistas ucranianos, muchos de ellos seguidores de Stepan Bandera, a cuyas bandas guerrilleras habían recurrido los nazis para combatir detrás de las líneas soviéticas. Las unidades de la NKVD hicieron redadas de civiles en las regiones donde los partidarios de Bandera habían estado activos y los enviaron al este, a los campos del Gulag, como parte de una política de limpieza étnica. En Polonia y los estados bálticos se llevaron a cabo campañas similares. También se produjeron deportaciones masivas de grupos étnicos soviéticos (calmucos, chechenos, ingusetios y tártaros de Crimea) a los que se achacaba una responsabilidad colectiva pese a los pocos de sus miembros que habían colaborado con los alemanes.

El Ejército Rojo entró en los territorios de la frontera occidental cual conquistador imperial. Lo dirigía, desde el alto mando, un arraigado sentido de la legítima dominación de Rusia sobre la población no rusa de aquellas tierras. Una vez que entraron en territorio alemán, los soldados soviéticos se vieron impulsados por el odio hacia los alemanes y por su anhelo de venganza, impulso que culminó con las violaciones de mujeres alemanas durante su marcha final hacia Berlín. Se cree que alrededor de dos millones de ellas fueron violadas por los soldados soviéticos, acciones que sus comandantes dejaron impunes. Cuando, en una cena, Đilas expresó su preocupación por los cientos de violaciones perpetradas por soldados del

Ejército Rojo que se habían denunciado en Yugoslavia, Stalin lo interrumpió:

> Sí. Habrá leído usted a Dostoievski, por supuesto, ¿no es así? ¿Ve lo complicada que es el alma del hombre, la psique del hombre? ¡Pues bien, imagine a un hombre que ha combatido desde Stalingrado hasta Belgrado, a través de miles de kilómetros en su propia tierra devastada, ante los cadáveres de sus camaradas y de sus seres queridos! ¿Cómo podría reaccionar con normalidad un hombre así? ¿Y qué tiene de malo que se divierta con una mujer, después de tantos horrores?[257]

El 24 de mayo de 1945, en una recepción para los comandantes del Ejército Rojo en el Kremlin, Stalin propuso un brindis «por la salud de nuestro pueblo soviético y, en primer lugar, por el de la Gran Rusia. (Aplauso sonoro y prolongado, gritos de "¡hurra!") […]. Propongo un brindis a la salud del pueblo ruso, porque en esta guerra se ha ganado el reconocimiento universal como la principal fuerza de la Unión Soviética entre todos los pueblos de nuestro país».[258]

La victoria de 1945 dio pie al surgimiento de un nuevo tipo de nacionalismo ruso, más imperialista que antes. En opinión de Stalin, Rusia salía de la guerra como líder indiscutible de los pueblos soviéticos. Đilas percibió que Stalin hablaba de Rusia (*Rossiia*) y no de la Unión Soviética.[259] La primacía que les daba a los «grandes rusos» (término que le gustaba emplear a Stalin) justificaba las políticas de rusificación que puso en marcha durante la posguerra en las repúblicas no rusas y en los territorios recién anexionados del oeste de Ucrania, Moldavia y el Báltico, como lo haría también en los satélites soviéticos de Europa del Este. En todos estos territorios, se impuso de forma obligatoria la lengua rusa en las escuelas y universidades, y hablar ruso con fluidez se convirtió en un requisito en casi cualquier trabajo que exigiera una educación superior. Se impusieron en todas partes los libros, las películas, la música y la historia rusas, y también el nomenclátor de las calles era ruso.

Este triunfalismo tuvo su expresión también en las formas arquitectónicas que dominaron los planes de reconstrucción de las ciudades soviéticas a partir de 1945. El estilo del «Imperio soviético» imitó los motivos neoclásicos y góticos de su modelo, el estilo imperial ruso, que había florecido a partir de 1812. Esto se puede observar con toda claridad en las llamadas «catedrales de Stalin», siete edificios monumentales con una estructura que recuerda a una tarta de bodas (como el Ministerio de Asuntos

Exteriores o el conjunto de la Universidad de Moscú) que se levantaron en la capital después de 1945. Pero también se hizo visible en los palacios de cultura, los cines y los circos, incluso en las estaciones de metro, como la de Komsomolskaia en la línea circular, cuya enorme sala subterránea de la Victoria, concebida como un monumento a los héroes militares rusos del pasado, presenta una curiosa mezcla de arte barroco y bizantino.

Aunque la Komintern se había disuelto durante la guerra, Rusia tenía un nuevo papel mesiánico. Como primera y única sociedad socialista, los comunistas de todo el mundo habían visto su supervivencia como el objetivo principal de la guerra. Con la derrota de la Alemania nazi, su prestigio llegó al apogeo, lo que fortaleció la idea de exportar la revolución a aquellos países que habían sido ocupados por el Ejército Rojo, tal como había previsto Stalin al firmar el pacto con Hitler en 1939. Nadie entendía mejor la dinámica entre guerra y revolución que los bolcheviques. En 1917, habían utilizado las fuerzas revolucionarias puestas en funcionamiento a cuenta de la última guerra para tomar el poder. Ahora veían una oportunidad de hacer lo mismo en los territorios devastados por el conflicto bélico a los que habían liberado de Hitler.

Stalin consideraba que la victoria sobre aquel era un preludio de la expansión rusa en el exterior. «Esta guerra no es como las del pasado —le explicó a Đilas en una cena a principios de 1945—. Cada uno impone su propio sistema hasta donde alcance su ejército». Stalin creía que la Unión Soviética había demostrado ser invencible y que, con el liderazgo ruso, sería lo bastante fuerte como para liberar a todo el mundo capitalista. Hasta su ruptura con Tito y los yugoslavos en 1948, adoptó una política paneslava, igual que habían hecho los zares rusos de finales del siglo XIX, convencido, como estaba, de que la unidad eslava mantendría bajo control a los alemanes y permitiría extender el poder ruso hasta el centro de Europa. «Si los eslavos se mantienen unidos y mantienen la solidaridad —le explicó Stalin a Đilas—, no habrá nadie en el futuro que sea capaz de mover un dedo. ¡Ni un dedo!». Enfatizó la última frase, recordaba Đilas, «segando el aire con el dedo índice».[260]

La arrogancia dio paso a un nuevo mito imperial de Rusia como libertadora de la humanidad. En este mito, nacido de la victoria de 1945, engarzaron sus propagandistas otros episodios históricos anteriores en los

que Europa había sido «salvada» por el sacrificio desinteresado de Rusia: en Kulikovo, cuando los moscovitas derrotaron a los mongoles, o durante la guerra contra Napoleón. Se instrumentalizó a los muertos en el conflicto para construir este mito mesiánico: se los invocaba como prueba, no de la ineficacia y el insensible desprecio por la vida humana soviéticos, sino del sacrificio de Rusia, del precio que había pagado para salvar a la humanidad. Al principio, Stalin permitió que se publicara la cifra de solo siete millones de fallecidos rusos, aproximadamente una cuarta parte de la estimación que aceptan los historiadores actuales.[261] No fue hasta la década de 1960 cuando fue finalmente posible dar una panorámica más completa de las pérdidas, de manera que la estadística de los «veinte millones de muertos» entró a formar parte de la propaganda soviética, repetida sin cesar, como un símbolo del inaudito sacrificio que había hecho el país por la liberación del mundo.[262]

Desde luego, ningún otro país había sacrificado tanto por la derrota del nazismo. Además de los millones de muertos en la guerra, los pueblos y las ciudades de Rusia quedaron completamente destruidos y la economía, en un estado desastroso; las granjas colectivizadas, por su parte, habían perdido casi la mitad de las cabezas de ganado que tenían antes de la guerra y al 38 por ciento de sus trabajadores varones.[263] En 1946, la zona agrícola central sufrió una hambruna generalizada. Para volver a poner en pie al país no tardó en imponerse un nuevo plan quinquenal.

En febrero de 1946, en un discurso que señalaba esta vuelta a la economía planificada, Stalin aseveró que la guerra había puesto a prueba al sistema soviético. Su victoria dejaba probada la superioridad del Estado multinacional comunista, el Ejército Rojo y la economía planificada, sin los cuales el «valor de nuestros soldados» no habría bastado para derrotar al enemigo.[264] La victoria había sido, en otras palabras, un logro del Partido, y, sin el liderazgo de este, el pueblo estaría indefenso. Durante los cuarenta años siguientes, se empleó este mito para legitimar el sistema soviético y justificar todo lo que había logrado desde 1917.

Stalin seguía teniendo dudas de que el pueblo fuera a acceder a luchar por el sistema si se producía una nueva guerra con Occidente. Mantuvo la opinión de que, en primer lugar, lucharían por su patria. Por esta razón, el régimen soviético de la posguerra fomentó con gran intensidad el nacionalismo ruso. Su objetivo principal durante la Guerra Fría fue blindar

al país ante la influencia occidental. En la prensa soviética empezaron a aparecer afirmaciones delirantes sobre la grandeza de Rusia. «A lo largo de toda su historia —se afirmaba en *Pravda*— el gran pueblo ruso ha enriquecido la tecnología mundial con destacados descubrimientos e inventos».[265] El avión, la máquina de vapor, la radio, la bombilla incandescente…, apenas existía un invento del que no fueran responsables los rusos. Trofim Lysenko, el director del Instituto Soviético de Genética, llegó incluso a afirmar que había desarrollado una nueva variedad de trigo capaz de crecer en el Ártico, una afirmación falsa que fue responsable de millones de muertes en la China maoísta, donde se adoptó su pseudociencia en la década de 1950. El orgullo por la cultura rusa no conocía límites. Su literatura y su música eran «enormemente superiores» a sus equivalentes occidentales, aseguraba el ideólogo cultural de Stalin, Andréi Zhdánov, «porque son reflejo de una cultura mucho más elevada».[266]

Stalin utilizó este programa nacionalista para reforzar el control ideológico del régimen sobre los intelectuales, pues desconfiaba del respeto que mostraban por Occidente. Pronto tomó medidas drásticas contra las ideas de reforma que habían ido surgiendo durante la guerra, cuando el país había tenido acceso a los libros y las películas que se importaban gracias a un acuerdo de préstamo y arriendo con Estados Unidos. Zhdánov supervisó la purga de las tendencias occidentales («antisoviéticas») en todas las artes y ciencias (y de ahí que esta represión se conociera como *zhdanovshchina*). Se inició en agosto de 1946, cuando el comité central publicó un decreto en el que censuraba las revistas *Zvezda* y *Leningrad* por publicar la obra de dos grandes escritores de Leningrado, Mijaíl Zóshchenko y Anna Ajmátova. Zóshchenko fue el último de los autores satíricos soviéticos, una tradición literaria que los dictadores no pueden soportar. En cuanto a Ajmátova, había adquirido una inmensa estatura moral durante la guerra, cuando su poesía, muy poco publicada en la Unión Soviética, circuló ampliamente en copias manuscritas, incluso entre los soldados. Stalin envidiaba su autoridad.

A estos ataques les siguieron una serie de medidas represivas contra los «elementos antisoviéticos» en todos los ámbitos de las artes y las ciencias. Se cerró el Museo Estatal de Arte Moderno Occidental, y se inició una campaña contra el «formalismo» y otras «influencias decadentes occidentales» en la música soviética, que llevó a la inclusión en la lista negra de compositores como Shostakóvich, Jachaturián y Prokófiev, entre

otros. En julio de 1947, el comité central publicó un ataque contra dos científicos soviéticos, Nina Kliueva y su marido, Grigori Roskin, por haber compartido información de sus investigaciones sobre el cáncer en una gira por Estados Unidos. Acusados de «servilismo» hacia Occidente, fueron llevados ante un «tribunal de honor», una nueva institución encargada de examinar actos «antipatrióticos», donde se les obligó a responder preguntas hostiles delante de ochocientos espectadores.

Se produjeron también ataques contra los judíos soviéticos, cuya fortuna dependía del alineamiento de Israel durante la Guerra Fría. Stalin había apoyado la idea de la formación de un Estado judío en Palestina, pues esperaba que pudiera convertirse en un satélite soviético. Cuando Israel se alineó con Estados Unidos, empezó a temer que entre los dos millones de judíos soviéticos creciera el sentimiento proisraelí. En 1948 Solomon Mijoels, director del Teatro Judío de Moscú, fue asesinado por la MVD (nuevo nombre que había adquirido la NKVD) y su cuerpo fue arrojado después al borde de la carretera y atropellado por un camión para que el asesinato pareciera un accidente. Al año siguiente se inició una campaña en contra de los «cosmopolitas» (es decir, los judíos) en todo el resto de los ámbitos de la cultura, con expulsiones del Partido, de la Unión de Escritores, de las universidades y de los institutos de investigación. La campaña antisemita llegó a su apogeo con el llamado «complot de los médicos», en 1952.

La idea del complot se originó en 1948, cuando Lidia Timashuk, médica del hospital del Kremlin, escribió a Stalin dos días antes de la muerte de Zhdánov, asegurando que el personal médico que lo atendió no había reconocido la gravedad de su situación. La carta fue ignorada y archivada, pero cuatro años más tarde Stalin, para entonces ya completamente paranoico, la utilizó para acusar a los médicos del Kremlin de pertenecer a una «conspiración sionista» para asesinar a Zhdánov y al resto de la dirección del Partido. Cientos de médicos y trabajadores sanitarios fueron arrestados y torturados hasta obtener de ellos la confesión falsa de que pertenecían a una gran conspiración internacional que vinculaba a los judíos soviéticos con Israel y Estados Unidos. El país estaba regresando al ambiente de 1937, y esta vez el papel de «enemigos del pueblo» lo desempeñaban los judíos.

En diciembre de 1952, Stalin dijo en una reunión del comité central que «todo judío es un potencial espía de Estados Unidos». Miles de ellos fueron detenidos, expulsados de sus trabajos y sus hogares y deportados desde las principales ciudades a las regiones más remotas de la Unión Soviética como «parásitos desarraigados». Stalin ordenó la construcción de una vasta red de campos de trabajo en el extremo oriental del país para enviar a ellos a los judíos. De no haber sido por su muerte, en pleno apogeo de esta histeria, bien podría haberse producido un holocausto en suelo soviético.

Stalin sufrió un derrame cerebral y estuvo inconsciente cinco días antes de acabar muriendo el 5 de marzo de 1953. Podría haberse salvado si se hubiera solicitado asistencia médica a tiempo, pero, a causa del pánico que había desatado el complot de los médicos, ninguno de los miembros del círculo íntimo de Stalin se atrevió a tomar la iniciativa. Él mismo fue la última víctima de su propio sistema de terror.

Grandes multitudes acudieron a la Sala de las Columnas, próxima a la plaza Roja, donde yacía su cuerpo. Cientos de personas murieron aplastadas. Se produjeron escenas de dolor e histeria masivas. Durante treinta años, el pueblo había mirado a Stalin como su referente moral, su maestro, su líder nacional, el garante de la justicia y del orden. Había sido su zar, un dios en la tierra, la encarnación de sus esperanzas e ideales, y habían necesitado creer en él durante los tiempos difíciles que habían vivido. El duelo que manifestaron fue una respuesta natural al miedo y la confusión que, por fuerza, tenían que sentir ante su fallecimiento.

Una dirección conjunta asumió el control. Beria era la figura dominante, pero altos cargos militares y del Partido se oponían a su programa, que implicaba el desmantelamiento del Gulag y una relajación de las políticas soviéticas en el oeste de Ucrania, la región del Báltico y Alemania Oriental. El 26 de junio, Beria fue detenido en un golpe del Kremlin orquestado por Jruschov y altos mandos del ejército. Se le juzgó en secreto y, después, fue fusilado.

Nikita Jruschov salió de aquel golpe como cabeza de la dirección conjunta. Personaje ampuloso y de carácter tempestuoso, con unos humildes orígenes campesinos, había ascendido de rango actuando como leal verdugo de las políticas de Stalin. Estuvo muy implicado en la

represión de la década de 1930, primero como dirigente del Partido en Moscú y después en Ucrania, donde fue responsable de la detención de un cuarto de millón de ciudadanos. Quizá fuera el sentimiento de culpa lo que le llevó a exponer los crímenes del reinado de Stalin en su «discurso secreto» de 1956.

La población del Gulag había alcanzado su cifra máxima en 1952, cuando en las colonias y campos de trabajo llegó a haber en torno a dos millones de presos. Tras la muerte de Stalin, los prisioneros comenzaron a ser liberados, primero los que tenían sentencias más cortas —sobre todo delincuentes— y después los «políticos», cuyos casos fueron revisados por la Prokuratura soviética, un proceso largo y complicado que se veía continuamente obstruido por unas autoridades renuentes a rendir cuentas por sus errores. Con el regreso de todos aquellos presos, el régimen tenía que explicar lo que había sucedido. Pero ¿qué porcentaje de la verdad podía revelarse? Todos los dirigentes temían lo que pudiera pasar si salía a la luz el alcance completo de aquel terror. ¿Se les pedirían cuentas a ellos? ¿No desearía la gente saber por qué no habían detenido aquellos arrestos masivos?

Se formó una comisión para investigar la represión sufrida por los miembros del Partido entre 1935 y 1940. El politburó quedó tan conmocionado por sus hallazgos que decidió exponerlos (aunque no todo el alcance del terror que había sufrido el país en su conjunto) en el XX Congreso del Partido, el primero que tuvo lugar después de la muerte de Stalin, en febrero de 1956. El texto se preparó colectivamente y fue leído por Jruschov. El discurso explicaba los detalles de las purgas del Partido y de los garrafales errores de Stalin durante la guerra, y los atribuía tanto al hecho de que el dictador se había desviado de los principios leninistas como al «culto a la personalidad», que había imposibilitado oponer resistencia a sus políticas. Jruschov subrayó que la nueva dirección acababa de enterarse de todos los detalles revelados por la comisión, y con ello trató de absolverla y de transferir la culpa a Stalin. La posible culpa que tuviera la dirección del Partido ni se mencionó. El objetivo del discurso era restablecer la fe en la organización, al presentar el estalinismo como una aberración de los ideales socialistas de la Revolución de Octubre.

Jruschov terminó pidiendo que sus revelaciones no se comunicaran más allá del Partido. Sin embargo, el texto de su discurso se leyó ante millones

de sus miembros en reuniones celebradas en toda la Unión Soviética y se envió a los gobiernos comunistas de Europa del Este. En Polonia fue publicado y salió impreso en *The New York Times*, y desde Occidente se filtró de vuelta a la Unión Soviética. En el clima de «deshielo» de la época de Jruschov, momento en que la censura estaba experimentando un relajamiento gradual, el texto impulsó una evaluación más general del historial del Partido por parte de la intelectualidad soviética. «El congreso puso fin a nuestro solitario cuestionamiento del sistema soviético —contó Liudmila Alexéieva, que más tarde se convertiría en una conocida disidente, pero que en ese momento era estudiante en la Universidad de Moscú—. Chicos y chicas jóvenes empezaron a perder el miedo a compartir opiniones, información, creencias, preguntas. Todas las noches nos reuníamos en pisos abarrotados para recitar poesía, leer textos "no oficiales" y contarnos historias que, tomadas en conjunto, daban una imagen realista de lo que estaba pasando en nuestro país».[267] El Partido se enfrentaba a una crisis moral de autoridad. Por primera vez en su historia admitía que se había equivocado, y no por un error menor, sino catastrófico, y que había estado mintiendo sobre ello todo el tiempo. ¿Cómo podría recuperar su credibilidad?

El Deshielo había empezado en el ámbito de la literatura, que durante toda la historia rusa moderna ha sido un sustituto de la política. Una vez retirado el yugo del conformismo estalinista, los escritores se aplicaron a retratar la vida soviética con mayor sinceridad. La novela *El deshielo* (1954), de Iliá Ehrenburg —que dio nombre a este periodo—, cuenta la historia de una mujer oprimida por su marido, un déspota director de fábrica, que encuentra finalmente el valor para dejarlo durante el deshielo de primavera. El punto álgido de este renacimiento literario llegó en 1962, con la publicación de *Un día en la vida de Iván Denísovich*, de Alexánder Solzhenitsyn, la primera novela que trataba de los campos de trabajo de Stalin, en la revista *Novy Mir* («Nuevo Mundo»). Tuvo millones de lectores. Pero, si bien se permitía la condena del Gulag, la Revolución de Octubre quedaba fuera de todo cuestionamiento. *El doctor Zhivago*, la épica novela de Borís Pasternak, ambientada en el contexto de la revolución y la guerra civil, fue rechazada en 1956 por diversas revistas, incluida la progresista *Novy Mir*, por ser «antisoviética». La novela llegó clandestinamente a Milán, donde se publicó en italiano, y pronto se convirtió en un éxito de

ventas internacional. Pasternak fue propuesto para el Premio Nobel en 1958, pero se vio obligado a rechazarlo por la presión del Gobierno soviético.

El Deshielo supuso la apertura parcial de la sociedad soviética a Occidente. Por primera vez llegaron grupos de turistas extranjeros. El Gobierno de Jruschov veía el turismo como una forma de ingresar dólares al tiempo que mostraba los logros soviéticos al mundo (acababa de lanzarse el programa Sputnik de exploración espacial). En 1957, Moscú acogió el Festival Mundial de la Juventud. El objetivo del Kremlin era ganarse a los jóvenes de los países capitalistas, seducirlos con el estilo de vida soviético. Pero el resultado fue el contrario. Con sus pantalones vaqueros y su actitud desenfadada, los visitantes convirtieron a la juventud soviética al estilo de vida occidental. El rock and roll y sus modas capturaron la imaginación de una generación de estudiantes soviéticos demasiado sofisticados para la cultura aburrida y conformista del Komsomol, las Juventudes Comunistas. En sus radios de onda corta escuchaban Voice of America y Radio Free Europe, donde se combinaban el rock y el jazz con las noticias y la información sobre las libertades occidentales. Aquella generación formó su imagen de Occidente a través de las películas de Hollywood, que se exhibían en los cines soviéticos como parte del Deshielo y que tuvieron una influencia gigantesca. Según el poeta Joseph Brodsky, las películas de Tarzán «hicieron más por la desestalinización que todos los discursos que diera Jruschov en el XX Congreso del Partido y después».[268]

En 1960, más de la mitad de la población tenía menos de treinta años. La Revolución de Octubre no era algo con lo que pudieran identificarse —para ellos era historia antigua—, y la Gran Guerra Patria era algo que habían tenido que sufrir sus padres. Conseguir que aquella generación se implicara con los valores y creencias del sistema era todo un reto.

Jruschov intentó hacerlo a través del Komsomol. Le dio importancia a la participación de las masas en campañas políticas diseñadas para reavivar el entusiasmo de los primeros años de la Revolución. En la Campaña de las Tierras Vírgenes de 1954-1963, decenas de miles de chicos y chicas jóvenes del Komsomol se ofrecieron voluntarios para trabajar en las nuevas granjas colectivas de las estepas vírgenes de Kazajistán. Para 1963, se habían puesto a producir cuarenta millones de hectáreas de tierra árida. La producción de cereal aumentó. Pero el rendimiento de las cosechas era

variable y sufrió un declive constante a partir de 1958, porque el suelo era demasiado pobre para cultivar trigo.

Jruschov fue destituido en 1964. Aparte del fracaso de su Campaña de las Tierras Vírgenes, se le culpaba de la escasez de alimentos que, en 1962, había provocado un levantamiento de los trabajadores de Novocherkask, en el sur de Rusia, que fue reprimido por el ejército y dio lugar a la muerte de decenas de manifestantes. Las reformas políticas de Jruschov habían suscitado la oposición de los jefes regionales del Partido, pues debilitaban su poder económico y los obligaban a someterse a las elecciones periódicas del comité central, organismo que con Stalin habían ocupado como una suerte de derecho natural, lo que les había permitido construir sus propias redes clientelares en las provincias. El liderazgo errático de Jruschov, su tendencia a actuar por intuición y atacar después a sus críticos, su intromisión en cuestiones sobre las que carecía de conocimiento y su peligrosa confrontación con Estados Unidos en la crisis de los misiles en Cuba le hicieron perder el apoyo de aquellos de entre sus compañeros de Partido que deseaban un estilo de gobierno más estable y colectivo.

Leonid Brézhnev emergió como el *primus inter pares* en el régimen gris que reemplazó a Jruschov. Dicho régimen daba la impresión de que contaba con una «dirección conjunta», mito que empleaban todos los líderes soviéticos para evidenciar su gestión responsable, para imponer la disciplina del Partido y, en el caso de Brézhnev, para recuperar la confianza de los cuadros con una promesa de estabilidad. En adelante, las decisiones del politburó debían tomarse de forma colectiva, y sus nombres se ordenarían alfabéticamente. Poco a poco, Brézhnev se fue haciendo con el control. Era una criatura del sistema, un funcionario gris y mediocre. Eran convencionales hasta sus pasiones (los coches rápidos, la caza, las mujeres y el fútbol). Como tantos *apparatchiks* del Partido que ascendieron durante las purgas de Stalin y la guerra, tenía más capacidades prácticas que intelectuales. (Según el más inteligente de sus ministros, Alexánder Yákovlev, su principal talento era una extraña habilidad para «reconocer con precisión quién era su amigo y quién era su enemigo»).[269] Se le daba bien construir alianzas políticas y redes de apoyo entre los líderes regionales del Partido, muchos de ellos camaradas de los años treinta, cuando había dejado atrás su trabajo en una fábrica para convertirse en el jefe de propaganda del Partido en Dnepropetrovsk, Ucrania. Lo que los

mantenía unidos era la preservación del *statu quo*. Querían evitar la rearticulación del Partido que había iniciado Jruschov y restablecer un sistema estable que los mantuviera en la dirección. Mientras Brézhnev estuvo en el poder, los líderes pudieron envejecer en sus puestos. La edad promedio del politburó, que en 1964 era de sesenta años, pasó a más de setenta en 1982.

Al contrario que el Gobierno de Jruschov, que había apelado a las ideas leninistas en sus intentos de restaurar la autoridad, el de Brézhnev recurrió al nacionalismo ruso para apuntalar su base de apoyo político. Este fue el momento en el que el régimen instauró el culto oficial a la Gran Guerra Patria, cuya memoria había sido anteriormente minimizada. Hasta 1965, el día de la Victoria no había sido siquiera una festividad soviética. La organización de las celebraciones y los desfiles se había dejado en manos de los grupos de veteranos. Pero, a partir del vigésimo aniversario de la victoria, el 9 de mayo empezó a ser conmemorado con una gran demostración de poderío militar: todos los líderes del Partido se congregaban alineados en la parte superior del mausoleo de Lenin para saludar a las nutridas filas del Ejército Rojo cuando desfilaban por la plaza Roja. Dos años más tarde, se erigió la Tumba del Soldado Desconocido cerca de las murallas del Kremlin, un lugar sagrado para que los dignatarios extranjeros (y las parejas soviéticas en sus bodas) rindiesen homenaje a los «veinte millones de muertos». El mismo año, en Volgogrado (anteriormente Stalingrado), terminó de construirse un monumental complejo conmemorativo. En el centro se yergue una estatua de dimensiones colosales, *¡La madre patria llama!*, con la espada en alto, llamando al pueblo a la acción.

El Gobierno de Brézhnev fomentó dos corrientes fundamentales del nacionalismo ruso, y ambas tuvieron su reflejo en la esfera literaria. Una de ellas estuvo representada por el grupo de «escritores de prosa campesina», entre ellos Fiódor Abramov, Valentín Rasputin y Solzhenitsyn (hasta su enfrentamiento con el régimen y exilio a Occidente después de que *Archipiélago Gulag* se publicara fuera de la URSS, en 1973). El grupo había surgido en la era de Jruschov, principalmente en torno a la revista *Novy Mir*. Sus relatos eran una denuncia del legado de la colectivización —la destrucción de los pueblos y de sus iglesias, la despoblación del campo, la

deforestación, la contaminación, el declive del nivel de vida rural— y entonaban un lamento por los viejos valores y tradiciones del campesinado ruso. Una segunda línea del nacionalismo, más asertiva, la representaba la revista *Molodaya Gvardiyia* («Joven Guardia»), el órgano oficial del Komsomol, que contó con el apoyo del ala neoestalinista de la dirección del Partido, entre cuyos miembros estaba Mijaíl Súslov, principal ideólogo de Brézhnev. La revista compartía las preocupaciones de los escritores de prosa campesina, pero también se valía de la protección del politburó para defender unas políticas más agresivas. A sus escritores les unía una visión nacionalista de la historia, en la que Rusia se definía por su Estado autoritario y fuerte y sus tradiciones antioccidentales. Alentados por Súslov, afirmaban que el Partido debía adoptar el nacionalismo ruso como ideología fundamental junto con el marxismo-leninismo. Cuando Alexánder Yákovlev, jefe del Departamento de Propaganda del Partido, criticó las posiciones nacionalistas de la revista como antileninistas, fue destituido de su cargo y, en castigo, enviado a Canadá como embajador soviético (regresó diez años después, tras la muerte de Súslov en 1982, y pasó a convertirse en el principal ideólogo de las reformas de Gorbachov).

Estos y otros grupos nacionalistas recibieron la protección de la dirección del Partido. El nacionalismo se consideraba un antídoto contra la influencia creciente de las ideas y la cultura occidentales. Justificaba el gasto militar, que en 1982 representaba alrededor de una sexta parte del producto nacional bruto del país, en gran medida debido a la invasión de Afganistán en 1979 para apuntalar su inestable régimen comunista y a la carrera armamentista nuclear con Estados Unidos. El apoyo del nacionalismo fue también importante para las políticas adoptadas por Brézhnev para revertir el declive del nivel de vida en el campo, algo que convirtió en su máxima prioridad. Entre 1965 y 1970 se cuadruplicaron las ayudas estatales a las granjas colectivas.

Sin embargo, no había inversión que pudiera cambiar la suerte de la agricultura colectivizada. Las máquinas, mal fabricadas, se estropeaban continuamente, y en ocasiones pasaban años sin que se repararan. (Para averiguar lo que estaba pasando, Brézhnev ordenó finalmente una investigación en 1980, y en ella se desveló que menos del 1 por ciento de la nueva maquinaria agrícola se había fabricado de acuerdo con los requisitos técnicos).[270] Los trabajadores de los koljoses no tenían incentivos en

aquellos sectores en los que el Estado se quedaba con todas las cosechas (cereales, remolacha azucarera, algodón, lino y ganadería). A pesar de la subida de las tarifas de compra estatal, seguían estando muy mal pagados. Muchos vivían en la miseria, sin agua corriente ni electricidad, en asentamientos dejados de la mano de la dirección del koljós. Concentraban todas sus energías en sus diminutos huertos —último refugio de la economía campesina—, en los que cultivaban frutas y verduras, o criaban cerdos y aves, que vendían apostándose a la vera de los caminos o en los mercados campesinos de los pueblos. El Gobierno de Brézhnev levantó las restricciones al tamaño de estas parcelas privadas para que se pudiera hacer llegar un mayor volumen de alimentos a los consumidores. A finales de la década de 1970, ocupaban el 4 por ciento de la tierra cultivable del país, pero producían el 40 por ciento de la carne de cerdo y ave, el 42 por ciento de las frutas y más de la mitad de las patatas.[271] Los precios de los mercados campesinos eran demasiado elevados para que el grueso de la población pudiera permitirse adquirir sus productos, salvo para ocasiones especiales.

En las tiendas estatales había escasez de todo. Si por casualidad aparecía en alguna de ellas un producto difícil de conseguir (que podía ser cualquier cosa), se formaban largas colas. El desencanto y el cinismo cundieron entre la población ante las afirmaciones propagandísticas del régimen. Ya sin miedo a la represión, se desahogan por medio de los chistes:

> Un hombre entra en una tienda y pregunta: «¿No tienen carne?». «No —responde el dependiente —, lo que no tenemos es pescado; la que no tiene carne es la tienda de enfrente».

El único producto que no escaseaba era el alcohol. Durante los años de Brézhnev el consumo llegó a duplicarse con creces. A principios de la década de 1980, la familia promedio de los koljoses gastaba en vodka un tercio de la renta familiar. El alcoholismo era la enfermedad nacional. Tenía un enorme impacto en las tasas de criminalidad (las detenciones policiales por embriaguez ascendían a diez millones de personas al año) y en la esperanza de vida masculina, que cayó de sesenta y seis años en 1964 a solo sesenta y dos en 1980. Los dos hijos de Brézhnev eran alcohólicos. Pero su Gobierno no mostró preocupación alguna por aquel problema; aumentaba las ventas de vodka para obtener dinero de la población, que no tenía

mucho más que comprar. Mejor tener al pueblo borracho que manifestándose contra la escasez.

En la década de 1970, los ingresos derivados del petróleo rescataron al régimen de una posible crisis y de unos más que probables disturbios por la falta de alimentos. Reanimaron la economía soviética, que se habría visto en graves problemas de no haber sido por el aumento de los precios del crudo, los cuales se quintuplicaron como resultado de la crisis provocada por el embargo de los productores árabes sobre las ventas de petróleo a los estados proisraelíes durante la guerra del Yom Kipur (o guerra árabe-israelí) en octubre de 1973. En esa década, la Unión Soviética duplicó la producción petrolífera, principalmente mediante la explotación de nuevos campos en Siberia. Con las ganancias en dólares obtenidas de la venta de petróleo y gas, el Gobierno pudo adquirir bienes de consumo y suministros alimentarios de Occidente. Antes de la revolución, Rusia había sido un importante exportador agrícola, pero sesenta años después de 1917 se había convertido en el mayor importador de alimentos del mundo. Un tercio de los productos horneados estaban hechos con cereal extranjero, y la ganadería dependía por completo de la importación de grano.

A todo viejo régimen le llega un momento en el que sus ciudadanos empiezan a decirse: «No podemos seguir viviendo así». Esa sensación brotó en la década de 1970, pero no había entonces ninguna fuerza social que pudiera impulsar el cambio. La población estaba demasiado acobardada, era demasiado pasiva y conformista como para movilizarse por sus problemas. Muy pocas personas estaban implicadas en la disidencia: defensores de los derechos humanos, judíos *refuseniks* (a los que se negaba el permiso para emigrar al extranjero), sacerdotes disidentes e intelectuales liberales como Andréi Sájarov, el físico ganador del Nobel, que organizó un activo movimiento clandestino a través de la *samizdat* (autoedición) y la *tamizdat* (publicación en el extranjero). El acoso y la vigilancia por parte de la KGB (nuevo nombre de la MVD) disuadían de mantener contacto con los disidentes a aquellas personas que simpatizaban con ellos (quizá la mayor parte de los intelectuales).

El impulso renovador provino del único lugar del que era posible que lo hiciera: la dirección del Partido. Mijaíl Gorbachov fue uno de los muchos bolcheviques, todos hijos del XX Congreso del Partido, que creían en la idea de Jruschov de emprender una renovación leninista para revitalizar el proyecto soviético. Se habían pasado los años de Brézhnev trabajando en institutos de investigación vinculados al comité central y llevaban hablando de la *perestroika* («reforma estructural», que fue el lema de la era de Gorbachov) desde la época de Jruschov. La *glasnost* («apertura») era también un concepto cuyo uso en los círculos del Partido se remontaba a la década de 1960, cuando se empleaba para defender que la labor del Gobierno debería estar abierta a los medios de comunicación.

Gorbachov había nacido en 1931 en el seno de una familia campesina de Stávropol, en el sur de Rusia. Su abuelo paterno fue enviado al exilio en Siberia por no haber cumplido con las cuotas del plan de siembra de 1933, un año de hambruna en el que murieron de inanición tres de sus seis hijos y la mitad de los habitantes de su aldea. Su otro abuelo, presidente de un koljós, fue detenido por «trotskista» en 1937. Gorbachov ocultó esta «biografía manchada» hasta 1990, pero el estigma de la represión estuvo sin duda en la raíz de su compromiso con la superación del legado del estalinismo.

Con unas buenas calificaciones escolares y un informe favorable del Komsomol, Gorbachov consiguió una plaza para estudiar Derecho en la Universidad de Moscú. Fue el primer líder soviético que tenía un título universitario. Cuando se unió al Partido, en 1952, sus puntos de vista eran bastante ortodoxos dentro el estalinismo del momento. Aún no relacionaba el sufrimiento de su familia con las políticas de Stalin. Pero el discurso secreto de Jruschov transformó completamente su visión. Uno de sus mejores amigos de la universidad, Zdeněk Mlynář, que tuvo una gran influencia en él, llegaría a ser una figura central del Gobierno reformista y socialista de Alexander Dubček, reprimido por la invasión soviética de Checoslovaquia en agosto de 1968.

En 1970, con treinta y nueve años, Gorbachov se convirtió en secretario del Partido de la región de Stávropol; era el líder regional más joven de toda la Unión Soviética, un puesto útil en la escalera hacia la cima. Stávropol, famoso por sus balnearios, era el sitio al que los dirigentes del Kremlin iban de vacaciones, y Gorbachov supo aprovechar convenientemente la

oportunidad para impresionarlos con su eficacia, inteligencia y encanto. Uno de los visitantes frecuentes era Yuri Andrópov, jefe de la KGB, y habló de Gorbachov a Brézhnev, quien lo llamó a Moscú y le encargó la coordinación de las políticas agrícolas.

A la muerte de Brézhnev, en 1982, Andrópov se convirtió en el nuevo líder del Partido. Declaró su intención de endurecer la disciplina en los centros de trabajo, combatir la corrupción en la administración y descentralizar la economía soviética para aumentar la productividad. Andrópov era un modernizador que creía que el sistema podía funcionar si llegaba a gestionarse de una forma más racional, como un Estado policial. Recompensó a los jóvenes reformadores, y ascendió a Gorbachov y a Nikolái Ryzhkov para contrarrestar la influencia de Konstantín Chernenko, cabecilla de la vieja guardia brezhneviana. Tras solo quince meses en el cargo, Andrópov murió a causa de una larga enfermedad. Había propuesto a Gorbachov para que lo sucediera, pero Chernenko ocupó su lugar. En cuestión de semanas, lo aquejó también una enfermedad terminal. Los bolcheviques se morían de viejos.

En un principio, la elección de Gorbachov como sucesor de Chernenko en marzo de 1985 no tenía visos de ser algo demasiado radical. No había una mayoría a favor de la reforma y, sin ella, Gorbachov era consciente de la necesidad de proceder con cautela si quería evitar el destino de Jruschov. Durante su primer año en el poder, habló únicamente de una «aceleración» de la economía (*uskorenie*), un eco del enfoque de Andrópov. No fue hasta la reunión plenaria del comité central de enero de 1987 cuando Gorbachov anunció el lanzamiento de su programa de la *perestroika*. Lo describió como una «revolución», por la reestructuración radical de la economía dirigida y del sistema político que suponía, pero invocó también a Lenin para legitimar su audaz iniciativa. Era un leninista sincero. Mientras que otros líderes del partido apelaban a Lenin de boquilla, Gorbachov creía que sus ideas, en particular las que había desarrollado en la NEP, seguían teniendo utilidad para los retos a los que debía hacer frente el país.

Económicamente, la *perestroika* tenía mucho en común con la NEP. Se basaba en la idea de que era posible incorporar mecanismos de mercado a la estructura de la economía socialista para estimular la producción y cubrir las necesidades de los consumidores. En 1987 se relajó el control estatal de

los salarios y precios. Al año siguiente se legalizaron las cooperativas, lo que dio lugar a un florecimiento de los cafés, restaurantes y pequeñas tiendas o quioscos —en los que se vendían principalmente vodka, cigarrillos y vídeos pornográficos importados— similar al que se había vivido en los años de la NEP. Aun así, estas medidas no lograron aliviar la escasez de alimentos y bienes que padecían los hogares. Solo el desmantelamiento de la economía planificada podría haber resuelto la crisis; una reforma que en 1987 aún quedaba demasiado lejos y para la que, sin embargo, ya era demasiado tarde en agosto de 1990, cuando se implantó una transición de quinientos días hacia la economía de mercado.

La *glasnost* fue el elemento verdaderamente revolucionario de las reformas de Gorbachov, el medio por el que el sistema llegó a deshilvanarse ideológicamente. La intención del líder soviético era dotar al Gobierno de transparencia y minar el poder de los conservadores brezhnevianos contrarios a sus reformas. La necesidad de la *glasnost* había quedado comprobada por el vergonzoso encubrimiento del desastre nuclear de Chernóbil en abril de 1986, pero sus consecuencias no tardaron en escapársele de las manos a Gorbachov. Con el relajamiento de la censura, la *glasnost* significó que el Partido perdió el control de los medios de comunicación, que dieron cobertura a todos los problemas sociales que el Gobierno había ocultado en tiempos anteriores (las malas condiciones de la vivienda, la criminalidad, las catástrofes ecológicas…), lo que vino a socavar la confianza pública en el sistema. Las revelaciones relativas a la historia soviética tuvieron un efecto similar. Uno a uno, los mitos de legitimación del régimen —los éxitos de la industrialización soviética, la creación de una sociedad socialista, el papel rector del Partido en la derrota del nazismo e incluso la idea de que la Revolución de Octubre había recibido un apoyo masivo— se fueron viendo cuestionados a medida que aparecían nuevos datos e informaciones en los archivos recién desclasificados y en las traducciones de libros extranjeros que empezaron a publicarse.

La *glasnost* politizó a la sociedad. Se formaron organizaciones públicas. En marzo de 1989, había en la Unión Soviética sesenta mil grupos y clubes «informales». Era el nacimiento de una sociedad civil, algo de lo que el país había carecido hasta el momento como sostén de la democracia. Estos

grupos salieron a manifestarse a las calles, muchos de ellos pidiendo reformas políticas, la independencia de las repúblicas soviéticas y el fin del monopolio comunista del poder (consagrado en el artículo 6 de la Constitución soviética). Las ciudades volvían a respirar el ambiente revolucionario de 1917.

El Estado de partido único comenzó a desmoronarse cuando los reformadores del sistema perdieron la voluntad de defenderlo o dieron a conocer su apoyo a la oposición. Yákovlev, el arquitecto intelectual de las reformas de Gorbachov, empezó a hablar como un socialdemócrata europeo. Borís Yeltsin, el dirigente del Partido en Moscú, pidió que el PCUS renunciara a su herencia leninista. Gorbachov se estaba moviendo también en la misma dirección. Sus puntos de vista se fueron transformando a medida que acertaba a entender cuán irreformable era el sistema. Estaba empezando a hablar sobre la necesidad de incorporar un medio de control y equilibrio dentro del Estado, a apoyar las disputadas elecciones soviéticas y, poco a poco, a aceptar las demandas de abolición del artículo 6 planteadas por los radicales.

Los comunistas de línea dura estaban alarmados por la velocidad a la que el sistema parecía estar desarmándose. La reforma política amenazaba con convertirse en una revolución que socavaría todo aquello que el Partido había logrado desde 1917. Su oposición a las reformas de Gorbachov la articuló Nina Andréieva, una profesora de química de Leningrado, en un artículo titulado «No puedo abandonar mis principios». El texto contaba con la aprobación de varios miembros del politburó y se publicó en el periódico *Sovétskaya Rossiya* en marzo de 1988. En él se atacaba el «vilipendio» de la historia soviética, defendía los logros de Stalin «en la construcción y defensa del socialismo» e instaba a los comunistas del país a defender sus principios leninistas, «pues hemos luchado por ellos en los momentos críticos de la historia de nuestra madre patria».[272]

Gorbachov decidió contraatacar, e impulsó una serie de reformas más radicales. En un congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en junio de 1988, forzó la celebración de unas disputadas elecciones para elegir dos tercios de los escaños de un cuerpo legislativo de nueva creación, el Congreso de los Diputados del Pueblo, que se reuniría dos veces al año y elegiría un reformado Sóviet Supremo de la Unión Soviética, la mayor

institución parlamentaria del país. No se trataba aún de una democracia multipartidista (el 87 por ciento de los diputados electos eran comunistas), pero los votantes podían destituir a los políticos en ejercicio si conseguían unirse contra ellos (toda la dirección del Partido en Letonia y Lituania sufrió una humillante derrota en las elecciones del Congreso a principios de 1989).

El Congreso de los Diputados del Pueblo se convirtió en una plataforma democrática contra el Estado de partido único. La retransmisión televisiva de las sesiones de apertura, a finales de mayo, fue seguida por cien millones de espectadores. Miembros reformistas del Partido y demócratas que no pertenecían a él formaron un grupo interregional dentro del Congreso, cuya demanda fundamental era la eliminación del artículo 6. Gorbachov estuvo de acuerdo con la propuesta y la llevó al politburó en febrero de 1990. Aunque había iniciado las reformas con el objetivo de salvar al Estado de partido único, había terminado desmantelándolo.

Para los movimientos nacionalistas no había marcha atrás. Las naciones del Báltico fueron las primeras en pedir la independencia, seguidas de los georgianos, los armenios y de importantes segmentos de la población del oeste de Ucrania y Moldavia (regiones que, al igual que los estados bálticos, habían sido anexionadas durante la guerra). Más lenta fue la reacción de las repúblicas de Asia Central, donde las élites dependían del sistema soviético y la alternativa popular tenía todos los visos de ser islámica.

Las reformas de Gorbachov ayudaron a los líderes nacionalistas de dos formas. Primero, su creación del cargo de presidente de la Unión Soviética, que él mismo ocupó desde 1990, los alentó a formar una oficina presidencial propia en las repúblicas. El principal beneficiario fue Yeltsin. Su elección como presidente de Rusia, en junio de 1991, le otorgó más autoridad allí que la que tenía el presidente de la URSS, no electo. Se convirtió en un símbolo de la independencia de Rusia respecto de la Unión Soviética. En segundo lugar, la introducción de elecciones abiertas al Sóviet Supremo de cada república permitió a los nacionalistas hacerse con el control de estos nuevos parlamentos y usarlos para declarar la independencia de Moscú. En los estados bálticos, los nacionalistas lograron una victoria apabullante en las elecciones al Sóviet Supremo de 1990.

La represión policial alimentó también los movimientos independentistas en Georgia y los estados bálticos. En Tbilisi, en abril de 1989, la policía soviética quitó la vida a diecinueve manifestantes y dejó además cientos de heridos. En Lituania y Letonia, murieron diecisiete personas durante la represión de enero de 1991. Esta última había sido instigada por comunistas de línea dura pertenecientes a la KGB y el ejército. Estaban intentando provocar una respuesta violenta por parte de los nacionalistas que pensaban emplear como excusa para imponer el estado de emergencia y evitar la desintegración de la Unión Soviética. En vez de oponer resistencia a los intransigentes y correr el riesgo de dividir el Partido, Gorbachov les hizo algunas concesiones y ascendió a dos de ellos, Borís Pugo como ministro del Interior y Guennadi Yanáiev como vicepresidente de la Unión Soviética.

Para sacar adelante sus planes de reconstituir la Unión Soviética, Gorbachov necesitaba el apoyo de la línea dura. El presidente soviético propuso negociar un nuevo tratado de unión con las repúblicas, cuya participación dependía de un plebiscito. Deseaba acordar una estructura federal que mantuviera vinculada a la Unión Soviética como una unión voluntaria, tal como Lenin había planeado originalmente. Seis repúblicas estaban decididas a separarse y se negaron a votar sobre la cuestión (Georgia, Armenia, Moldavia y los tres estados bálticos). En las otras nueve repúblicas, donde se llevó a cabo un plebiscito, las tres cuartas partes de la población votaron a favor de mantener el sistema federal de la Unión Soviética. Se negoció un borrador del tratado entre el Gobierno soviético y los nueve dirigentes de las repúblicas (el acuerdo «9 + 1»), que se firmó el 23 de abril de 1991 en Novo-Ogarevo, cerca de Moscú. En estas negociaciones, Yeltsin (que mantenía una posición fuerte después de su elección como presidente ruso) y Leonid Kravchuk (que aspiraba a convertirse en presidente ucraniano reinventándose como nacionalista) consiguieron sacarle al presidente soviético muchos poderes para las repúblicas.

Para agosto, ocho de las nueve repúblicas habían aprobado el borrador del tratado (la única excepción era Ucrania, que había votado a favor de la unión pero estaba aguardando a obtener garantías de su soberanía). El borrador del tratado prometía convertir a la URSS en una federación de estados independientes, similar a la Unión Europea, con un presidente, una

política exterior y un ejército comunes. Se llamaría Unión de Repúblicas Soberanas Soviéticas (donde la palabra «soberanas» sustituiría al término «socialistas» de las siglas originales de la URSS). El 4 de agosto, Gorbachov salió de Moscú para pasar las vacaciones en Foros, Crimea, con la intención de regresar a la capital para la firma del nuevo tratado de unión el día 20.

Aunque el tratado estaba pensado para salvaguardar la unión, los intransigentes temían que alentara su ruptura y decidieron que era hora de actuar. El 18 de agosto, una delegación de conspiradores voló hasta Foros para exigir la declaración del estado de emergencia. Gorbachov rechazó su ultimátum, así que lo pusieron bajo arresto domiciliario. En Moscú, un autoproclamado Comité Estatal para el Estado de Emergencia (entre cuyos miembros estaban Yanáiev y Pugo) declaró que había tomado el poder. Un Yanáiev con aspecto cansado y las manos dominadas por temblores alcohólicos, anunció vacilante, ante la prensa internacional, que iba a asumir el cargo de presidente de la Unión Soviética.

Los golpistas se mostraron demasiado vacilantes como para tener alguna posibilidad real de éxito. Quizá hasta ellos mismos habían perdido la voluntad de tomar las medidas necesarias para defender hasta el final el sistema. No arrestaron a Yeltsin, que se dirigió a la Casa Blanca de Moscú, sede del Sóviet Supremo de Rusia, desde donde organizó la defensa del Parlamento. No dieron órdenes decisivas a las divisiones de tanques que habían llevado hasta Moscú para sofocar la resistencia al golpe, y, de todos modos, las lealtades de los altos mandos del ejército estaban divididas; la División Tamanskaia, congregada frente a la Casa Blanca, declaró su lealtad a Yeltsin, que se subió a uno de los tanques para dirigirse a la multitud. No había forma de que los golpistas pudieran tener algún éxito en el asalto a la Casa Blanca sin un baño de sangre. No tuvieron estómago para entablar combate.

El golpe no tardó en desmoronarse. Sus cabecillas fueron detenidos el 22 de agosto (Pugo mató a su esposa de un disparo y después se pegó un tiro él mismo, justo antes de que fueran a por él), y Gorbachov volvió a la capital. Pero su posición ya había quedado debilitada. Muchos creyeron que había estado del lado de los golpistas o que había sido de alguna forma cómplice (fue víctima de la misma suerte que Kérenski después del intento de golpe de Kornílov en agosto de 1917). El golpe había desacreditado al Partido

Comunista y dejado la iniciativa en manos de Yeltsin como presidente de Rusia y «defensor de la democracia». El 23 de agosto, este emitió un decreto por el que suspendía el Partido en Rusia, a la espera de una investigación acerca de su papel en el golpe (en noviembre lo ilegalizaría). Esa misma noche, en Moscú, la multitud derribó la estatua de Dzerzhinski erigida delante de la sede de la KGB en la Lubianka. Al día siguiente, Gorbachov dimitió como secretario general del Partido.

Gorbachov mantenía el deseo de resucitar las conversaciones sobre el tratado de unión, pero Yeltsin se opuso, pues veía la disolución de la Unión Soviética como una victoria para su Gobierno en Rusia. El resto de las repúblicas, Ucrania en especial, desconfiaban ya de cualquier tipo de unión con Moscú, el centro de poder de la KGB y de las fuerzas armadas. Cuando se reanudaron las conversaciones en Novo-Ogarevo a mediados de noviembre, Yeltsin y Kravchuk exigieron más concesiones al presidente de la Unión Soviética. Parecía que la URSS iba a convertirse en una unión de estados soberanos. No obstante, en un referéndum celebrado el 1 de diciembre, los ucranianos votaron a favor de la independencia en una abrumadora mayoría. Su salida abrió una enorme vía de agua en el buque del Estado soviético, acción que no sería olvidada por quienes consideraban que su hundimiento era una tragedia. Una semana después, Yeltsin, Kravchuk y el dirigente bielorruso Stanislav Shushkévich se reunieron en Bielorrusia para anunciar la disolución de la Unión Soviética. En la práctica, fue un golpe de Estado de los líderes de las tres repúblicas.

En un discurso de despedida transmitido desde el Kremlin el día de Navidad, Gorbachov declaró que no podía apoyar la abolición de la Unión Soviética. No había sido ratificada por procedimientos constitucionales ni aun por una votación democrática. La opinión popular se había expresado a favor de la unión, y los líderes nacionalistas habían ido en contra de la voluntad del pueblo.

11
FINES

¿Cómo acaba la historia de Rusia? ¿Hasta qué punto estará su futuro determinado por su pasado? En muchos sentidos, el país parece estar atrapado en un ciclo en que la historia se repite. El Estado autocrático se derrumbó dos veces durante el siglo XX, en 1917 y 1991, y en ambas ocasiones volvió a renacer con una forma distinta. Las fuerzas públicas que se activaron a partir de la crisis del Estado han resultado ser demasiado débiles y estar demasiado divididas como para sostener un Gobierno democrático. Este ha sido un patrón recurrente en toda la historia de Rusia. El Estado autocrático se ha visto muchas veces retado por revueltas populares, pero siempre ha conseguido restablecer su poder.

¿Por qué volvió a suceder en 1991? ¿Cómo es posible explicar el fracaso de la democracia en Rusia con Yeltsin y el resurgir de la dictadura bajo el liderazgo de Putin? Expertos de toda clase han expresado puntos de vista muy diversos. Se han publicado muchísimos análisis sobre la cuestión y la literatura sigue creciendo a razón de varios volúmenes cada año, pero se caracteriza por ser estrecha de miras. En gran parte se trata del punto de vista de los intelectuales liberales de Moscú y otras grandes ciudades, una casta reducida y aislada cuya influencia nunca ha sido tan importante como creían tanto quienes forman parte de ella como sus aliados en Occidente. Los analistas occidentales también se han centrado demasiado en presentar a Putin como la encarnación de la «cleptocracia» o del «Estado mafioso», descripciones de un sistema que en realidad es demasiado complejo como para poder ser explicado tan solo en función de una corrupción orientada al enriquecimiento personal o de las maquinaciones de un único hombre y su séquito oligárquico. Además, en todo caso, gran parte de lo que se denomina el «sistema Putin» existía ya durante los años de Yeltsin. Otro

problema, aún mayor, que presenta este tipo de literatura es su ahistoricismo. Con demasiada frecuencia, la política rusa contemporánea se analiza sin tener el suficiente conocimiento sobre la historia rusa. Pero comprender el pasado del país es esencial para poder dar sentido a todo lo que ha sucedido en Rusia durante los últimos treinta años. La historia y el mito —y el uso que el régimen de Putin ha dado a ambos— deben tenerse en cuenta si queremos entender hacia dónde se dirige la historia de Rusia.

Los acontecimientos de 1991 no fueron una revolución sino una abdicación del poder por parte del Partido Comunista. No se produjo un alzamiento masivo ni un movimiento de oposición que derrocara al régimen soviético en Rusia. No había partidos, sindicatos ni agrupaciones civiles preparados para tomar el poder, como sí ocurrió en las revoluciones de Europa del Este en 1989. La multitud que se congregó para defender la Casa Blanca del golpe no fue tan abultada como se afirmaría más tarde, cuando se dijo que hasta cuarenta mil personas habían permanecido de pie bajo la lluvia durante la noche del 20 al 21 de agosto para defender de los tanques al Gobierno de Yeltsin.[273] En realidad, aquella noche no se contó más que con un «ejército reducido y caótico» en las barricadas y «algunos miles» de personas en las inmediaciones de la Casa Blanca, según los relatos más fidedignos de los reporteros de las televisiones extranjeras. Mientras tanto, en el resto de la ciudad, la vida siguió transcurriendo con normalidad (una reportera dijo que había más gente en la cola del nuevo McDonald’s de Moscú que en la Casa Blanca).[274] Tres jóvenes murieron bajo el fuego de unos tanques que, irónicamente, había emprendido su salida de la capital después de recibir la orden de retirarse. Aquellas muertes innecesarias bastaron para acabar con la determinación de los golpistas, incluso en el seno de la KGB.[275] Al día siguiente, el 21 de agosto, una vez que se hubieron retirado todos los tanques, la gente salió a la calle en mayor número, y, más tarde, muchas decenas de miles de personas acudirían a los mítines por la victoria celebrados en Moscú, Leningrado y otras ciudades.

Si aquello fue una victoria para la democracia, durante mucho tiempo no fue así como se percibió. En 1994, según el fiable servicio de encuestas de Yuri Levada, solo el 7 por ciento de la población rusa pensaba que la caída del régimen soviético era una victoria democrática. El resto lo veía como

una «lucha de poder» entre dirigentes o una «tragedia que tendría efectos terribles» para el país.[276]

A falta de una revolución democrática, en la cúspide del sistema postsoviético no tardaron en reaparecer las viejas élites. La KGB se dio el nuevo nombre de Servicio Federal de Contrainteligencia (y después lo volvió a cambiar por el de Servicio Federal de Seguridad o FSB) sin que se produjeran cambios en su personal. Yeltsin llenó su Gobierno de antiguos comunistas y decidió recuperar las antiguas instituciones soviéticas (el ejército, el banco estatal, el escaño de la Unión Soviética en Naciones Unidas). No se impusieron leyes de depuración, como las de Europa del Este y los estados bálticos, que excluyeran de los cargos públicos a quienes habían estado implicados en los viejos órganos represivos del régimen soviético. Hasta los cabecillas del golpe de agosto fueron amnistiados en febrero de 1994, y algunos de ellos pasaron directamente de la cárcel a ocupar puestos de dirección en los bancos y empresas más importantes de Rusia.

También en el ámbito de los negocios se apresuraron las élites comunistas a aprovechar las lagunas jurídicas surgidas de las reformas de Gorbachov para emerger como millonarios de los escombros de la economía soviética. El programa de privatización masiva fue una catástrofe social. Aprobado de forma apresurada en 1992 por los jóvenes paladines del libre mercado del equipo de Yeltsin —Yegor Gaidar, el primer ministro, y Anatoli Chubáis, viceprimer ministro—, el programa consistía en entregar a la población unos cupones con los que podían comprar acciones de las empresas estatales privatizadas. La mayoría de la gente no tenía ni idea de lo que debía hacer con ellos. Jamás habían oído hablar de acciones. Ya se veían en dificultades para llegar a fin de mes, como resultado de la decisión que el Gobierno había tomado, en enero de 1992, de levantar el control de precios de los productos básicos (la «terapia de choque»), lo que había hecho que estos se dispararan, así que fueron muchas las personas que vendieron sus cupones de inmediato, a menudo por poco más que el precio de unas pocas latas de comida o de una botella de vodka. Debido a que el valor de aquellos no estaba vinculado a la inflación, los hombres de negocios que tuvieran acceso a préstamos de la banca estatal —a su vez encantada de facilitar grandes sumas a sus amigos en la compraventa—

pudieron hacerse con empresas a cambio de auténticas miserias. Gazprom, el monopolio de gas natural de Rusia, tenía un valor de 228 millones de dólares en cupones, solo el 0,1 por ciento de la valoración que calculaban los bancos occidentales.[277]

El peor escándalo fue el programa de «préstamos por acciones» que se puso en marcha en 1995. El Gobierno de Yeltsin no tenía dinero para pagar a los funcionarios, muchos de los cuales llevaban meses sin cobrar su salario. A las puertas de las elecciones de 1996, corría el riesgo de perder el poder frente a un Partido Comunista que estaba resurgiendo y que, en las elecciones a la Duma de diciembre de 1995, había sido el más votado. Los índices de aceptación de Yeltsin habían caído a su punto más bajo, y estaban muy por detrás de los de Guennadi Ziugánov, el dirigente comunista. La población estaba harta de la crisis económica, la pérdida de servicios básicos y el aumento de la criminalidad y de la corrupción. A la democracia (*demokratiya*) la llamaban «mierdocracia» (*dermokratiya*). Chubáis reunió a los principales oligarcas y les ofreció un trato: a cambio de «préstamos» al Gobierno de Yeltsin, podrían hacerse con la «propiedad temporal» de las acciones de control de las empresas petroleras y mineras estatales. Las acciones se vendieron en subastas amañadas para garantizar que los activos nacionales terminaran en manos de los magnates —una nueva clase de boyardos en forma de oligarcas—, escogidos especialmente por el Gobierno de Yeltsin. Mijaíl Jodorkovski, que había hecho su fortuna como miembro del Komsomol, adquirió el 45 por ciento de las acciones de Yukos, uno de los mayores gigantes petroleros de Rusia, al precio de ganga de 159 millones de dólares. Vladímir Potanin, un antiguo funcionario comunista del Ministerio de Comercio Exterior, adquirió el 38 por ciento de Norilsk Nickel, el segundo mayor productor de níquel del mundo, por cien mil dólares más que el precio de apertura de la subasta, ciento setenta millones. Estas adquisiciones pasaron a ser permanentes cuando, como todo el mundo esperaba, el Gobierno fue incapaz de devolver los préstamos.[278]

Por medio de este programa, Yeltsin recaudó quinientos millones de dólares para su campaña. Con la ayuda de asesores estadounidenses y de Vladímir Gusinski y Borís Berezovski, los magnates de los medios favoritos de Yeltsin, dueños de las dos principales cadenas de televisión del país, su equipo saturó los medios de historias de terror sobre los

comunistas. La victoria fue arrolladora. El verdadero poder, sin embargo, había pasado a manos de los oligarcas, que empezaron a comportarse como si ellos mismos fueran el Gobierno, exigiendo puestos a Yeltsin, quien había sufrido varios infartos durante la campaña y apenas era capaz de desempeñar las funciones de un presidente (el exceso de alcohol tampoco era de mucha ayuda). El Estado corría el peligro de quedar escindido en feudos bajo el control de los oligarcas.

Este fue el contexto en el que el FSB hizo una serie de maniobras para aupar a Putin al poder. El organismo consideraba que su misión era «salvar al Estado», sustituyendo a Yeltsin por un líder más fuerte y más en línea con sus propios principios estatistas. Putin no había sido su primera opción. El FSB tenía sus esperanzas puestas en el primer ministro, Yevgueni Primakov, que había sido director del Servicio de Inteligencia Exterior de la KGB antes de 1991. Pero Yeltsin lo destituyó en mayo de 1999, cuando resultó evidente que, en caso de salir elegido presidente en las elecciones de 2000, Primakov no iba a otorgarles la inmunidad ni a Yeltsin ni a su familia. La acumulación de acusaciones de corrupción contra Yeltsin y su hija relacionadas con el lavado de dinero, por medio de una empresa con sede en Suiza llamada Mabetex, iba en aumento. Yeltsin quería garantizarse un sucesor que lo protegiera, y la elección recayó en Putin, el candidato favorito de Berezovski, a quien nombró primer ministro en agosto de 1999, al mismo tiempo que anunciaba su deseo de que Putin lo sucediera como presidente. Una de las primeras acciones de Putin en ese cargo fue otorgarles la inmunidad a Yeltsin y su familia.

Putin había nacido en Leningrado, en 1952. Su familia, como tantas otras personas en aquella ciudad, padeció durante la guerra. Su padre fue herido de gravedad en el frente y su hermano mayor murió siendo un niño durante el asedio. Putin se unió a la KGB a los veintitrés años y acabó ejerciendo como espía en Dresde. Cuando cayó el Muro de Berlín, se encontraba en el sótano del complejo soviético quemando documentos secretos. No hubo nada del espíritu democrático de aquellos años que dejara ninguna huella en él. Vivió el derrumbe del sistema soviético como una humillación para su patria, y de ello sacó la lección de que la democracia descontrolada solo podía terminar en el caos y el debilitamiento del Estado, una enseñanza que lo guiaría como presidente de Rusia.

Putin regresó a Leningrado en 1990 y empezó a trabajar para el que había sido su profesor de Derecho, Anatoli Sobchak, alcalde de San Petersburgo, tal como se renombró a la ciudad en 1991. Putin se encargaba de otorgar licencias a las empresas y también dirigía un programa de exportación de mercancías rusas a cambio de productos alimentarios importados. La comida no llegó nunca, y a Putin se le acusó de haber aceptado sobornos de las mafias por valor de millones de dólares.[279] Pero los cargos en su contra se retiraron gracias a la protección de Sobchak. Muchas de las personas que lo habían defendido pasaron a desempeñar funciones importantes en su régimen, entre ellos Dmitri Medvédev, primer ministro y presidente, Serguéi Stepashin, ministro de Justicia, y Nikolái Pátrushev, director del FSB durante los dos primeros mandatos presidenciales de Putin.

Lo que hizo que Putin acabara siendo recomendado a Yeltsin y a sus jefes en el FSB fue su lealtad. Fue nombrado para su primer trabajo en el Kremlin en 1996, y en dos años había ascendido a director del FSB. Aquel funcionario gris era un total desconocido para el público que lo eligió presidente. Pero esa era la clave de su éxito. Su victoria no dependía de la evaluación de sus políticas (nadie sabía lo que representaba), sino de la imagen que daba en las pantallas de televisión: impecable, sobrio, competente, una persona que no avergonzaría a Rusia en el escenario internacional…; en suma, lo contrario de Yeltsin.

La pérdida del comunismo como sistema de creencias y prácticas dejó confusa a la sociedad, que cayó en un vacío moral. Para algunas personas, lo que vino a llenar aquel hueco fue la religión. Otras adoptaron el monarquismo como sustituto. Incluso se habló de que los Románov volvieran al trono. Las sectas de todo tipo, los hipnotizadores con poderes mágicos de curación, etcétera, encontraron seguidores bien dispuestos. Como hemos visto, la necesidad de creer en algo, en cualquier cosa, que ofrezca esperanza es una constante en la historia de la sociedad rusa. Cuanto más dura se vuelve la vida en Rusia, más se aferra la población a creencias que lleven a tener fe en la salvación.

Los rusos se vieron más afectados que los ciudadanos de otras nacionalidades por el derrumbe ideológico. Los ucranianos, las naciones

bálticas, Georgia, Armenia e incluso Kazajistán fueron capaces de reconstruirse como estados nación viendo en el desplome soviético la liberación nacional de un dominio extranjero (el ruso). Pero los rusos no tenían esta posibilidad. Nunca habían sido un Estado nación. Su identidad había quedado subsumida en el Imperio ruso y, después, en la Unión Soviética, donde se les consideraba la nacionalidad principal. Rusia llevaba tanto tiempo existiendo como un imperio que, en 1991, no podía reinventarse sin más como nación.

No había símbolos ni ideales en torno a los cuales pudieran unirse los rusos. Estaban demasiado divididos en lo relativo a su historia. La tricolor imperial (blanco, azul y rojo) que instauró Pedro el Grande fue adoptada de nuevo como bandera nacional en 1993, pero los nacionalistas preferían la negra, amarilla y blanca de Alejandro II, colores de los que se dice que son los de Bizancio, y los comunistas se adhirieron a la bandera roja. El himno nacional soviético fue sustituido por «La canción patriótica» de Glinka, pero esta no llegó a gozar de mucha popularidad. No parecía servir de inspiración para los atletas ni los futbolistas rusos, cuya mediocre actuación en el panorama internacional se convirtió en una fuente de vergüenza nacional. Así pues, se recuperó el himno soviético con nuevos versos («Rusia, nuestro Estado sagrado»). Se establecieron nuevas fiestas nacionales y se recuperaron las de la Iglesia rusa, pero aún siguieron observándose las festividades soviéticas. Ideológicamente era el caos. El vacío creado por el derrumbe soviético se estaba llenando con los escombros de todos los periodos de la historia rusa.

Un buen ejemplo de esta actitud de eclecticismo a partir del pasado de Rusia nos lo ofrece una de las primeras vallas de propaganda política de Putin. Su partido, Rusia Unida, empapeló con ellas todo Moscú después de las elecciones parlamentarias de diciembre de 2003. Sobre un fondo en el que se observan la tricolor nacional y el lema «Una Rusia fuerte es una Rusia unida», aparecía el mapa de Rusia, atiborrado con los retratos de 145 figuras nacionales (una por cada millón de habitantes) de la historia del país: Alejandro Nevski, Pedro el Grande, Nicolás II, Stolypin, Tolstói, Chaikovski, Lenin e incluso Stalin. Estaban todos. No se trataba solo de una combinación maximalista pensada para interpelar a todo el mundo.[280] Era una presentación de la ideología de Putin, basada en su interpretación de la historia rusa, materia en la que se considera a sí mismo una autoridad.

La visión que Putin mantiene de la historia del país es estatista y conservadora. La interpretación que de ella hace señala que Rusia ha logrado ser fuerte cuando su pueblo ha estado unido detrás de un Estado poderoso, y que ha sido débil cuando el pueblo ha estado dividido y ha perdido de vista los «principios rusos» que lo unían y distinguían. Esta es la perspectiva que delineó por primera vez en su «Manifiesto del milenio», publicado en diciembre de 1999. Las libertades liberales que los rusos habían obtenido a partir de 1991 eran valores universales, declaraba, pero la fuerza de Rusia residía en sus «valores tradicionales»: el patriotismo, el colectivismo y la sumisión al Estado. «Para los rusos —explicaba—, un Estado fuerte no constituye una anomalía contra la que luchar. Por el contrario, es la fuente y el garante del orden, el iniciador y la primera fuerza impulsora de cualquier cambio».[281] Si bien este concepto de Estado es evidentemente nacionalista (su objetivo declarado era volver a hacer de Rusia una de las principales potencias en la escena internacional), no estaba alineado con ninguna ideología ni periodo concreto de la historia de Rusia. En ocasiones invocaba los principios evolutivos de Stolypin, y otras veces apelaba a los zares, los eslavófilos, los filósofos eurasianistas, la Iglesia rusa o el manual de la KGB.

El reforzamiento del Estado por parte de Putin empezó con la recuperación del control de las cadenas de televisión propiedad de Gusinski y Berezovski, quienes se vieron obligados a vender sus participaciones y marcharse al extranjero. Ambas cadenas se habían mostrado críticas con la guerra en Chechenia y con la forma en que Putin había manipulado la amenaza terrorista chechena para subir en las encuestas ante las elecciones presidenciales de 2000. (Seis meses antes de los comicios hubo una serie de atentados con bomba en edificios de viviendas de Riazán y Moscú, entre otras ciudades, ataques de los que el Kremlin acusó a los terroristas chechenos, aunque mucha gente afirmó que el auténtico responsable había sido el FSB). Gracias al dominio de los medios, Putin pudo retratar a sus críticos como «enemigos de Rusia» o «enemigos del pueblo» (aterradoras frases sacadas de la era de Stalin), para justificar el fortalecimiento del poder estatal. Más allá de las ciudades principales, poca gente tenía internet en casa. Ocho de cada diez personas se informaban por la televisión.

Otros oligarcas fueron despojados también de sus empresas. En 2003 Jodorkovski fue detenido, acusado de fraude y evasión de impuestos y condenado a nueve años en un campo de trabajo en Siberia. El Kremlin había quedado conmocionado por el plan de Jodorkovski de vender sus acciones de Yukos al gigante petrolero estadounidense Exxon. Aunque el Gobierno se había mostrado a favor de la reintegración de Rusia en el sistema capitalista global, no permitiría que una empresa extranjera controlara sectores económicos estratégicos, como el de la energía, que eran clave para la seguridad y la política exterior del país. Yukos pasó a manos del Estado. El principal delito de Jodorkovski había sido financiar a grupos de la oposición, una ruptura del pacto informal que Putin había hecho con los oligarcas al asumir la presidencia: convocó a los empresarios a la dacha de Stalin en Kuntsevo y les dijo que les permitiría mantener su fortuna si se mantenían alejados de la política.

Era una nueva versión del principio patrimonial que había definido las relaciones del zar con sus oligarcas desde al menos el siglo XVI: los boyardos tenían permitido enriquecerse a expensas del pueblo solo mientras el zar lo consintiera. El círculo ministerial interno de Putin estaba al tanto de la tradición. Entre ellos llamaban a las empresas que debían proteger sus «pastos» (*polianie*), una versión moderna del sistema de «alimentación» (*kormlenie*), que se remonta a la Rus de Kiev, en el que a los gobernadores se les permitía «alimentarse» obteniendo dinero de las regiones que tenían bajo su control.

La siguiente maniobra importante de Putin fue abolir las elecciones a los gobiernos regionales, que en lo sucesivo iban a ser designados por Moscú. La reforma, aprobada a raíz de un atentado terrorista que había tenido lugar en septiembre de 2004 en una escuela de Beslán, en Osetia del Norte, se justificó oficialmente apelando a la necesidad de reforzar los controles estatales frente a posibles ataques terroristas por parte de los chechenos, cuyo objetivo, se decía, era «la desintegración de Rusia».[282] A la vez, Putin impuso lo que llamó la «vertical del poder» —un concepto repleto de paralelismos autocráticos en el pasado de Rusia—, para centralizar y fortalecer su poder ejecutivo. Esto tuvo el efecto de debilitar los dos posibles límites a su autoridad: la autonomía de las regiones y de la Duma. Yeltsin había iniciado este proceso centralizador en 1993, cuando envió los

tanques a bombardear la Duma al oponerse esta a sus reformas constitucionales. Pero Putin completó el sometimiento del Parlamento al presidente. Simplificó el sistema de partidos de modo que, aparte del suyo propio, Rusia Unida, la mayoría parlamentaria lealista, quedaban solo otros tres con los que lidiar: los comunistas, el Partido Liberal-Demócrata (un partido ultranacionalista de nombre equívoco) y Rusia Justa, un falso partido creado por el Kremlin para arrebatar votos a los comunistas. La Duma se había convertido en un simple matasellos para sus decretos.

A esta forma de autoritarismo se le dio el nombre de «democracia soberana», término acuñado en 2006 por Vladislav Surkov, jefe de gabinete y principal asesor de Putin, cuya concepción del lenguaje era exactamente la misma que la de Humpty Dumpty en *Alicia a través del espejo*, de Lewis Carroll («Cuando yo uso una palabra, quiere decir lo que yo quiero que diga…, ni más ni menos»). El concepto de «democracia soberana», tal como Surkov lo definía, quería decir que Rusia gozaba de la libertad para elegir su propio sistema político y llamarlo «democracia» (al fin y al cabo, Putin había pasado por unas elecciones). Cualquier tentativa por parte de Occidente de verificar dicha afirmación o dictar el significado de la palabra «democracia» (en términos de libertades civiles, derechos humanos, Estado de derecho, respeto de la soberanía de los estados vecinos, etcétera) quedaba descartada como una injerencia en los asuntos internos de Rusia. Esta iba a tener una forma de democracia «dirigida» o «por etapas», en la que se celebrarían elecciones, pero con el resultado decidido de antemano. El control de los medios por parte del Kremlin, la prohibición por ley o la intimidación de la oposición y la manipulación sistemática de las votaciones servirían para asegurarlo.

Para respaldar esta versión «rusa» de la «democracia», Surkov subrayó la importancia de que los rusos recuperaran el pasado soviético como una experiencia positiva. Su soberanía dependía de la creencia misma de que el sistema que tenían era producto de su historia, de todas y cada una de las etapas por las que esta había pasado, y obra de ellos mismos. No podrían ser verdaderamente soberanos si creían que habían sido conquistados o derrotados en 1991, si se les hiciera sentir que todo lo que habían logrado como ciudadanos soviéticos había sido en vano.

La campaña del Kremlin para restablecer el orgullo por la historia soviética se inició en las escuelas. En un congreso nacional de profesores de

secundaria celebrado en 2007, Putin lamentó el «desorden y la confusión» que percibía en la enseñanza de la historia soviética y pidió que se introdujeran unas «normas comunes» en las escuelas rusas. Entonces se produjo el siguiente debate:

> *Un participante en el congreso*: En 1990-1991 nos desarmamos ideológicamente. [Adoptamos] una ideología muy incierta y abstracta de los valores humanos […]. Es como si hubiéramos vuelto al colegio o incluso a la guardería. Nos dijeron [desde Occidente]: «Habéis rechazado el comunismo y estáis construyendo la democracia, y nosotros juzgaremos cuándo y cómo lo habéis hecho […]».
>
> *Putin*: Su comentario sobre esa entidad que asume la postura de maestro y empieza a darnos lecciones es, por supuesto, absolutamente cierto. Pero me gustaría añadir que también puede ser, sin duda, una herramienta para influir sobre nuestro país. Es un truco muy viejo. Si alguien de fuera está dispuesto a ponernos una nota, significa que se arroga el derecho de manejarnos y que está dispuesto a seguir haciéndolo.

En su discurso de clausura ante los profesores de historia, Putin dijo:

> En lo que respecta a algunas páginas problemáticas de nuestra historia…, sí, las hemos tenido. Pero ¿qué Estado no las tiene? Tenemos menos páginas de este tipo que otros [estados], y las nuestras no son tan horribles como las de algunos otros. Sí, hemos tenido algunas páginas terribles: recordemos todo lo que pasó a partir de 1937, no las olvidemos. Pero no han tenido menos otros países, incluso han tenido más. Nosotros nunca hemos vertido productos químicos en zonas de miles de kilómetros ni arrojado sobre un país pequeño siete veces más bombas que durante toda la Segunda Guerra Mundial, como hizo Estados Unidos en Vietnam, por ejemplo. Tampoco tenemos otras páginas negras como el nazismo. En la historia de cada Estado han sucedido todo tipo de cosas. Y no podemos permitirnos que se nos haga sentir culpables.[283]

Cuatro días después del congreso, la Duma aprobó una ley que autorizaba al Ministerio de Educación a decidir los libros de texto de historia que debían utilizarse en las escuelas. El volumen preferido del ministerio (*La historia moderna de Rusia, 1945-2006*) había sido un encargo de la administración presidencial, que había dado las siguientes pautas a los autores sobre cómo debían evaluar a los líderes de la época:

> Stalin: bueno (fortalecimiento del poder vertical pero sin propiedad privada); Jruschov: malo (debilitamiento del poder vertical); Brézhnev: bueno (por las mismas razones que Stalin); Gorbachov y Yeltsin: malos (destruyeron el país, pero con Yeltsin hubo propiedad privada); Putin: el mejor gobernante (fortalecimiento del poder vertical y propiedad privada).[284]

Al mismo tiempo, los ideólogos del Kremlin lanzaron una serie de ataques contra los que señalaron como los «elementos antipatrióticos» (término acuñado por Stalin), que habían tratado de «debilitar a Rusia» lastrando al país con un sentimiento de culpa por su propia historia. Lo que se venía a decir con esto era que cualquiera que se atreviera a señalar los crímenes de Stalin u otros «puntos negros» de la historia del país era un agente de Occidente. «Rusia ha dejado de ser soberana de su propia memoria histórica, que se encuentra en peligro de ser cooptada por invenciones extranjeras», escribió Gleb Pavlovski, asesor de Putin, en diciembre de 2008.[285] El mismo mes se produjo una requisa en el archivo de la asociación Memorial de San Petersburgo, la cual había sido durante veinte años una pionera en la investigación de la represión estalinista, recopilando información sobre los verdugos y las víctimas.[286] Por orden judicial, el archivo le fue devuelto a la asociación, pero la advertencia ya estaba hecha.

Cuatro años más tarde, se aprobó una ley que exigía que las ONG que recibiesen fondos del extranjero se registraran como «agente extranjero», un término cargado de significados heredados de la era de Stalin, cuando se usaba para exponer a los espías extranjeros. La Ley de Agentes Extranjeros se ha aplicado en contra de organismos como Memorial, cuya sede en Moscú fue cerrada en 2021 bajo el pretexto de que no había declarado su condición de «agente extranjero» en algunas cuentas de sus redes sociales. También se han empleado otras leyes para silenciar y desacreditar a historiadores concretos; en un caso, se utilizó una acusación falsa de pedofilia para encarcelar a un investigador de Memorial en Carelia, Yuri Dmitriev, que había descubierto una fosa común en un lugar de ejecuciones de 1937 y estaba trabajando para identificar a las nueve mil víctimas, junto con sus verdugos. Dmitriev fue detenido en 2016 y cuatro años después, con sesenta y cinco años, sentenciado a trece años de cárcel (condena que luego se amplió a quince). Su persecución la había instigado un antiguo dirigente del FSB de Carelia, cuyos familiares llevaban trabajando en la KGB y el MVD desde la época de Stalin.[287]

No hay ninguna ley que prohíba la publicación de investigaciones históricas relacionadas con la represión estalinista. Putin nunca ha negado que esta existiera, pero sí que ha defendido la necesidad de contrapesarla con los logros alcanzados por la Unión Soviética bajo el liderazgo de Stalin,

sobre todo en lo referente a la victoria de 1945, que, en la versión de la historia rusa que él maneja, adquiere un estatus sagrado.

En 2009, el partido Rusia Unida propuso que la Duma aprobara una ley para proteger la historia oficial de la Gran Guerra Patria. Aprobada cinco años después, la ley introducía el nuevo artículo 354.1 («Rehabilitación del nazismo») en el Código Penal de Rusia, que tipificaba como delito, con una pena de hasta cinco años de prisión, «la difusión intencionada de información falsa sobre la contribución de la Unión Soviética a la victoria en la Segunda Guerra Mundial», incluida cualquier información que fuese «irrespetuosa con la sociedad». La «ley de la memoria», tal como se la conoce, ha sido posteriormente empleada contra una serie de historiadores, periodistas y blogueros cuyo único delito ha sido señalar la existencia de la colaboración de la Unión Soviética con la Alemania nazi entre 1939 y 1941 o poner en tela de juicio el relato oficial del glorioso y heroico papel que desempeñó el país en la Segunda Guerra Mundial. De los veintiséis procesos penales que llegaron a juicio entre 2015 y 2019, acabaron en condena todos menos uno; el beneficiario de esa única absolución fue un activista y escritor nacionalista que había negado el «llamado Holocausto» como una «desvergonzada estafa» perpetrada por los judíos.[288]

Putin también ha convertido la memoria de la guerra en un arma contra las potencias extranjeras. Ha defendido el pacto entre Hitler y Stalin, con lo que ha ofendido a Polonia y los estados bálticos; ha comparado a los nacionalistas ucranianos con colaboracionistas de los nazis durante la guerra, y ha criticado a los británicos y estadounidenses por no haber asistido a Moscú a las celebraciones por el 75.º aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi. Las duras palabras con las que calificó su ausencia (una «desgracia moral» y un «insulto», según dijo en algunas entrevistas) expresaban el sempiterno y arraigado resentimiento de los rusos, basado en la idea, difundida por los propagandistas soviéticos desde la época de la Guerra Fría, de que los aliados occidentales no han dado nunca un reconocimiento adecuado a la contribución soviética a la victoria (resentimiento fortalecido por el relato mítico occidental de la Segunda Guerra Mundial, en el que se retrata a británicos y estadounidenses como los héroes que derrotaron a Alemania, mientras se minimiza el papel soviético).

La culminación de esta campaña estatal para controlar la historia de Rusia llegó en 2015, con la apertura en Moscú del primero de los veinte parques temáticos permanentes llamados Mi Historia. Repartidos por todo el país, los parques son exposiciones multimedia con recursos de internet muy utilizados por las escuelas. Las salas de exposiciones están abarrotadas de enormes grupos de escolares, estudiantes universitarios y cadetes de academias militares. Fue la Iglesia rusa la primera en echar mano de la idea de los parques con el objeto de fomentar una visión patriótica de la historia. En 2011 había organizado una exposición en Moscú, *Rus ortodoxa*, que sirvió de modelo para los parques estatales. El patriarca Cirilo, cabeza de la Iglesia, era un firme partidario de la visión de Putin sobre la historia y afirmaba que Rusia no debía rumiar más los pecados de la era soviética, que, según decía, ya había expiado. Cirilo expresaba la esperanza de que, si los libros de texto escolares presentaban una evaluación positiva de su historia, aquello sería de ayuda para superar el «síndrome del masoquismo histórico» ruso, un sentimiento de culpa e inferioridad arraigado en el pasado del país.[289]

El mensaje principal que transmiten los parques temáticos Mi Historia es que Rusia prospera cuando se encuentra unida por un líder fuerte y que, cuando no es así, en tiempos de guerra civil, resulta vulnerable a las invasiones por parte de potencias extranjeras hostiles, que temen a una Rusia poderosa y desean mantenerla débil o desmembrarla. La necesidad de contar con un Estado fuerte para defender sus fronteras es de suma importancia. La exposición aprovecha toda oportunidad para recordar a los rusos que, a lo largo del pasado de su país —desde los mongoles en el siglo XIII hasta los polacos y los suecos en el Periodo Tumultuoso; desde los británicos y los franceses en el siglo XIX hasta la intervención aliada en la guerra civil y la invasión nazi—, sus enemigos siempre han tratado de invadir y destruir a Rusia.

La forma en la que se narra cada uno de los capítulos de la historia del país termina justificando las «políticas patrióticas» del Gobierno de Putin. Las victorias de Alejandro Nevski sobre los invasores suecos y los caballeros teutónicos sirven como recordatorio de la necesidad siempre presente de «repeler las agresiones de Occidente»; la colaboración con los mongoles es ensalzada como —en palabras de Serguéi Lavrov, ministro de

Asuntos Exteriores de Putin— el «fundamento de la tradición centenaria de la diplomacia rusa» de mirar hacia el este (léase: China) cuando el país es rechazado por Occidente (léase: sanciones occidentales contra Rusia).

La necesidad de Rusia de contar con un líder fuerte se ejemplifica en las exposiciones dedicadas a Iván IV, Pedro el Grande y Nicolás I, quizá el zar más favorecido por Putin debido a su postura contraria a Occidente en la defensa de los «principios tradicionales rusos» durante la guerra de Crimea. En esta narración, la historia de la Rusia moderna es sencilla: un relato de grandeza que se ha visto socavada por los «enemigos» internos prooccidentales y restablecida por sus grandes líderes. El poder autocrático de los Románov garantizó el progreso del país durante tres siglos, hasta que los «liberales» de 1917, incitados por sus aliados occidentales, llevaron a la ruina al Imperio ruso. El pueblo estaba dividido, desgarrado por la guerra civil, pero Stalin volvió a unirlo e hizo que Rusia recuperara su fortaleza. El ciclo se repitió en 1991: la crisis del Estado la provocaron los liberales, Gorbachov y Yeltsin, que eran unos títeres de Occidente, pero bajo el liderazgo de Putin volvió a reconstruirse una Gran Rusia.[290] Así termina la versión que da Mi Historia de la historia de Rusia.

Se trata de un relato que muchos rusos desean oír, en particular los que tienen más de cincuenta años, cuya perspectiva ha sido moldeada por la historia que les enseñaron en las escuelas soviéticas. Se sintieron molestos cuando, en el periodo de la *glasnost*, la historia de su país fue «mancillada». No querían oír sermones moralizantes sobre lo «mala» que había sido la época de Stalin. Ellos tenían otra opinión. Lo que conocían era la historia de las vidas de sus padres y de los sacrificios que estos habían hecho para dar una vida mejor a sus hijos. La versión de Putin de la historia les permitía volver a sentirse bien como rusos. Su amor por el pasado soviético es quizá una reacción natural a la pérdida de las prestaciones sociales y al aumento de la inseguridad económica a partir de 1991. El sistema soviético garantizaba el empleo, las pensiones, la vivienda y la atención médica, aunque fuera a un nivel básico. Pero el orgullo por los logros soviéticos no se limita a quienes asistieron a las escuelas soviéticas. Desde que Putin llegó al poder, se ha producido un aumento general de la nostalgia por la Unión Soviética, incluso entre aquellos que aún no habían nacido cuando se desplomó. Según una encuesta de 2020 llevada a cabo por el Centro Levada, las tres cuartas partes de la población rusa cree que la era soviética

fue el «periodo más grande» de la historia de su país.[291] A lo largo de los últimos veinte años, las encuestas han mostrado de forma repetida que en torno a la mitad de la población piensa que Stalin fue un «gran líder».[292]

En términos más generales, esta nostalgia tiene que ver con la larga pervivencia de la mentalidad soviética, que se ha transmitido a los jóvenes. Ese fue el extraordinario hallazgo del grupo encuestador de Levada. A partir de una serie de encuestas realizadas a lo largo de muchos años, descubrieron que las actitudes que asociaban con la «personalidad soviética» (bajas expectativas materiales, conformismo social, intolerancia de las minorías étnicas y sexuales, aceptación de la autoridad, etcétera) no habían ido desapareciendo, tal como habían esperado constatar cuando comenzaron el estudio en 1991. Por el contrario, estas actitudes se habían vuelto más acusadas y se habían generalizado entre la población en su conjunto.[293] El *Homo sovieticus* no había muerto tras el desplome de la Unión Soviética; había renacido con una apariencia nueva.

Podemos observar su reencarnación en la habitual actitud rusa ante la violencia del Estado a lo largo de la historia. Según una encuesta de 2007, siete de cada diez personas pensaban que Dzerzhinski, el fundador de la Checa, había «protegido el orden público y la vida cívica». Solo el 7 por ciento lo consideraban «un asesino y un verdugo». Más inquietante era el hallazgo que arrojaba la encuesta de que, aunque casi todos los encuestados estaban bien informados sobre la masiva represión de la época de Stalin —y la mayoría reconocían que «entre diez y treinta millones de víctimas» habían sido injustamente reprimidas—, dos tercios de estos mismos encuestados seguían creyendo que Stalin había sido una figura positiva para el país. Incluso a sabiendas de los millones de asesinados, los rusos, al parecer, siguen aceptando la idea bolchevique de que la violencia estatal masiva puede estar justificada.[294]

A principios de la década de 2010, millones de rusos vieron el programa de televisión *Sud vremeni* («El tribunal del tiempo»), en el que se juzgaba a figuras y episodios de la historia de Rusia por medio de un proceso penal simulado, en el que unos abogados presentaban pruebas y testigos, mientras que el jurado lo componían los propios espectadores, que daban su veredicto mediante el voto telefónico. Las condenas no ofrecen muchas esperanzas de que vaya a producirse un cambio de actitud. Cuando se les presentaron los hechos de la guerra de Stalin contra el campesinado y de los

catastróficos efectos de la colectivización, el 78 por ciento de los espectadores mantuvieron su opinión de que aquellas políticas estuvieron justificadas (que fueron una «necesidad terrible») por la industrialización soviética; solo el 22 por ciento las consideró un «crimen» contra el campesinado. En otros temas, las cifras fueron aún más rotundas. Nueve de cada diez espectadores pensaban que el programa de industrialización de Stalin había salvado al país; solo uno de cada diez lo consideraba una «ruptura injustificada» con el pasado nacional. Sobre el pacto entre Hitler y Stalin, el 91 por ciento creían en la versión soviética, rehabilitada por Putin, de que había sido necesario dar tiempo al país para que se preparase con vistas a la guerra contra Hitler; solo el 9 por ciento pensaban que había permitido a los nazis invadir Polonia y, por tanto, llevado al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Sobre las reformas de Gorbachov, el 93 por ciento creían que habían sido catastróficas y, lo que es más, que la política de la *glasnost* había sido una «guerra de información» occidental. En cuanto al *Homo sovieticus*, resultó que lo echaban mucho de menos: el 94 por ciento de la audiencia estaba de acuerdo en que la «personalidad soviética» era un «éxito histórico real», y solo el 6 por ciento creía que era un mito.[295]

Durante su primer mandato, Putin intentó promover la integración de Rusia con Occidente. En algunas entrevistas explicó su visión del país como «parte de la cultura de Europa occidental» y dijo que estaba abierto a la posibilidad de que Rusia entrara en la OTAN y en la Unión Europea. Todo dependía de cómo respondieran las instituciones occidentales, de cómo actuara la OTAN, en particular en regiones donde los rusos tenían intereses relativos a la seguridad, vínculos históricos o sensibilidades que, de ser ofendidas o ignoradas, podrían provocar una respuesta agresiva por parte de Moscú. «Nos esforzaremos por permanecer donde la geografía y nuestro espíritu nos han colocado, pero si nos vemos expulsados de allí —advirtió Putin—, nos veremos obligados a buscar otros lazos para fortalecernos». Este había sido el patrón recurrente en toda la historia de Rusia desde al menos el siglo XVIII. El país deseaba formar parte de Europa, ser tratado con

respeto. Pero, en caso de ser rechazado por los líderes de Occidente, o de ser humillado, se reconstruiría y se armaría en contra de Occidente.

Tanto la OTAN como la UE perdieron la oportunidad de poner fin a este ciclo histórico. En lugar de tratar de atraer a Rusia hacia un nuevo pacto de seguridad para Europa, la OTAN la mantuvo aislada. Estados Unidos y sus aliados del Atlántico Norte se comportaron como si hubieran sido los «ganadores» de la Guerra Fría y Rusia, la potencia «derrotada», no debiera ser consultada sobre las consecuencias de la crisis soviética en las regiones en las que los rusos tenían intereses históricos. El efecto que provocaron las acciones occidentales fue reforzar el resentimiento de los rusos hacia Occidente, que se negaba a reconocerlos como iguales y se aprovechaba de su debilidad momentánea para menospreciarlos. Esta fue la base sobre la que Putin forjó su ideología antioccidental. Dentro de Rusia, atrajo a aquellos que habían salido perdiendo con la caída de la Unión Soviética (empleados del sector público, funcionarios de rango medio y bajo, trabajadores de las antiguas industrias estatales…) y sufrían penurias en la economía de mercado impuesta, según su opinión, por Occidente.

Siguiendo la versión de los hechos defendida por el Kremlin, el primer insulto occidental que recibió Rusia fue la intervención unilateral de la OTAN, sin el respaldo de Naciones Unidas, en favor de los albanokosovares en su guerra por la independencia contra Serbia, el aliado balcánico más próximo a Rusia, en 1999. Entre marzo y junio murieron mil quinientos serbios, la mitad de ellos civiles, en bombardeos aéreos de la OTAN. Ignorando la afirmación de esta última de que había intervenido para evitar la limpieza étnica de albaneses por parte del régimen serbio de Milošević, Moscú la acusó de haber cometido «una flagrante violación de la Carta de Naciones Unidas» en pro únicamente de sus propios intereses en los Balcanes, espacio que Rusia consideraba una «esfera de influencia» propia. El enfado del Kremlin ante este desafío de la OTAN a su estatus en los Balcanes obedecía al mito del papel paneslavo de Rusia, que, como hemos visto, a menudo se ha demostrado ilusorio (en la guerra de Crimea, por ejemplo). Pero, en el bando ruso, ese mito constituía un factor real; configuraba las actitudes y las políticas del Kremlin. El hecho de que la OTAN no lo admitiera estaba destinado a enturbiar las relaciones con Rusia. La intervención de la coalición, además, sentaba un peligroso precedente.

Sería utilizada por Moscú para justificar sus guerras en Georgia, Crimea y Ucrania.

La verdadera ruptura con Occidente se produjo a raíz de la expansión de la OTAN hacia el este. En 1999, la República Checa, Hungría y Polonia se convirtieron en miembros de la alianza. Cinco años más tarde, Bulgaria, Rumanía, Letonia, Lituania y Estonia se unieron también a ella. Moscú lo consideró una traición a la promesa verbal, hecha por los estadounidenses en el momento de la caída del Muro de Berlín, de que la OTAN no avanzaría «ni una pulgada hacia el este». En el bando estadounidense, muchas personas negaron haber dado tal garantía o argumentaron que se refería a Alemania Oriental, pero no a todos los países del Pacto de Varsovia. Aducían que los nuevos estados independientes de Europa del Este merecían estar amparados por la OTAN ante la amenaza de la agresión rusa, incluso aunque otros líderes occidentales hubieran hecho algún tipo de promesa de esa índole (en 1991, por ejemplo, Douglas Hurd, el secretario de Exteriores británico, había asegurado a Moscú que «la OTAN no tiene previsto incluir a los países de Europa central y oriental, de ninguna manera»).[296] Sea cual sea la realidad, la expansión de la OTAN hacia el este enturbió su relación con Rusia. George Kennan, que dio forma a la política de contención de la URSS durante la Guerra Fría en 1946, advirtió de que traspasar los territorios del antiguo Pacto de Varsovia sería un «trágico error». «Demuestra muy poco entendimiento de la historia rusa —le dijo a *The New York Times* en 1998—. Claro que va a provocar una mala reacción por parte de Rusia, y después [los autores de la expansión de la OTAN] nos dirán que ya nos habían advertido de que así son los rusos, pero eso es un completo error».[297]

Y así fue exactamente como se desarrollaron los acontecimientos. La incorporación a la OTAN de los antiguos satélites soviéticos hizo que la coalición pareciera una alianza antirrusa y reforzó los sempiternos sentimientos rusos de resentimiento hacia Occidente. Putin dio expresión a tal animadversión en un furibundo ataque contra la dominación global estadounidense, y su uso incontrolado de la fuerza en las relaciones internacionales, en la Conferencia de Seguridad de Múnich, de carácter anual, celebrada el 10 de febrero de 2007. La expansión de la OTAN hacia el este era «una grave provocación» contra Rusia, una traición a los acuerdos

internacionales. Advirtió de que Rusia, como consecuencia, ya no seguiría las viejas reglas internacionales en la persecución de sus intereses.[298] Al provocar la agresividad de Rusia, la OTAN había generado exactamente el mismo problema que en principio debía evitar. Era como si para justificar su existencia necesitara a una Rusia hostil.

Estonia fue el primer país en sentir el antagonismo de Rusia, dos meses después del discurso de Putin. El Gobierno de aquel país eliminó un monumento de guerra soviético en Tallin y unos piratas informáticos rusos (probablemente conectados con el FSB) respondieron lanzando una guerra cibernética contra el Estado báltico. La siguiente en sentir la fuerza de Rusia fue Georgia. Llevaba desde principios de 2008 manteniendo conversaciones con la OTAN sobre su posible incorporación a la alianza, pero en agosto de aquel mismo año se vio envuelta en un conflicto con los separatistas prorrusos en los enclaves disidentes de Abjasia y Osetia del Sur, lo que provocó la huida de refugiados a la vecina Rusia. Moscú envió aviones y tanques para hacer retroceder a las fuerzas de Georgia, ocupó una amplia zona del territorio georgiano y declaró que Rusia reconocía a Abjasia y Osetia del Sur como estados independientes. El presidente Medvédev, lugarteniente de Putin, justificó la intervención citando el precedente del apoyo de la OTAN a la independencia de Kosovo. «En las relaciones internacionales no se pueden tener unas reglas para unos y reglas distintas para los otros», advirtió a los estadounidenses. La demostración de fuerza de Rusia acabó con las esperanzas de Georgia de entrar en la OTAN. También mostró la debilidad de Occidente, que condenó la invasión pero que, obviamente, no tenía la intención de oponerse a ella por medios militares.

Putin fue reelegido para un tercer mandato como presidente en 2012. La economía iba bien, impulsada por los máximos históricos de los precios del petróleo y el gas natural, las principales exportaciones del país. A pesar de las masivas manifestaciones contra el fraude electoral, o quizá debido a ellas, Putin desplegó una política exterior más asertiva. Habló de la necesidad de que Rusia recuperase su influencia en lo que llamaba el «mundo ruso» (*Russkii mir*), concepto que vinculaba a la defensa de los «valores tradicionales rusos» dentro de las fronteras de la antigua Unión Soviética. La idea del «mundo ruso» la había propuesto el patriarca de la

Iglesia ortodoxa para promocionar su herencia espiritual de la Rus de Kiev, vínculo que había quedado interrumpido por la desintegración de la Unión Soviética. Putin se hizo con él y, a partir de 2012, lo utilizó como arma de su política exterior. El «mundo ruso», decía, era una «familia» de eslavos; los rusos, los ucranianos y los bielorrusos, que compartían su historia, su religión y la herencia cultural de la Rus de Kiev. Este mundo había quedado desmembrado por la caída de la Unión Soviética, la «mayor catástrofe geopolítica del siglo [XX]», como se refirió a ella en un discurso de 2005. «En cuanto a la nación rusa —prosiguió—, se convirtió en un verdadero drama. Decenas de millones de nuestros ciudadanos y compatriotas se encontraron viviendo fuera del territorio de Rusia».[299]

Entre el concepto del «mundo ruso» y las ideologías paneslavas de los eslavófilos del siglo XIX no había más que un pequeño paso, y en ellas se inspiró Putin cada vez en mayor medida para la formulación de su política exterior. Los eslavófilos habían defendido que Rusia debía entenderse como una «civilización espiritual» cuyo alcance era mayor que sus propios límites territoriales. En el transcurso de los acontecimientos que condujeron a la guerra de Crimea, habían exigido a Nicolás I que hiciera frente a Occidente en defensa de los ortodoxos de los Balcanes y de Tierra Santa. Era un deber sagrado del zar, decían, proteger los intereses de los ortodoxos en el exterior. Partiendo de ese principio, Putin afirmó que era misión del Estado ruso defender a las «decenas de millones de nuestros [sic] ciudadanos» que se habían quedado varados fuera de Rusia después de la caída de la Unión Soviética. Si lo que a Nicolás I le sirvió como pretexto para interferir en los asuntos otomanos fue la religión, la excusa del presidente para intervenir en los países exsoviéticos en los que los rusohablantes formaban una gran minoría fue la lengua. En opinión de Putin, el hecho de que se tratara de ciudadanos de estados soberanos extranjeros y se identificaran como tales no contaba.

Al igual que los eslavófilos, Putin concebía a Rusia como una «civilización» supranacional, definida por sus valores espirituales y fundamentalmente opuesta a la influencia secular y liberal de Occidente. Es probable que la idea derive del libro *Rusia y Europa* de Danilevski, escrito después de la guerra de Crimea, en el que el pensador paneslavo sostenía que Rusia era una civilización distintivamente multicultural que Europa no

sabía entender ni reconocer, viéndola nada más que como un Estado agresor al que deseaba debilitar. Rusia no formaba parte de Europa, argumentaba Danilevski, y no debía buscar su aprobación ni medir su progreso según los principios «universales» de aquella, que eran en realidad egoístas, un medio de imponer sus valores a otras civilizaciones. Seguir a Occidente solo podía debilitar a Rusia, que, si deseaba defender sus propias tradiciones conservadoras y religiosas, debía hacerle frente.

Hubo algunos otros pensadores que dieron forma también a la idea del «mundo ruso» de Putin. El que se cita con mayor frecuencia como «clave» de su ideología es Iván Ilyín (1883-1954), filósofo, emigrado blanco, monárquico y simpatizante del fascismo, cuyas ideas místicas sobre el alma y el Estado de Rusia influyeron en un amplio sector de los nacionalistas rusos a partir de 1991. Rusia, más que ningún otro país del mundo, defendía Ilyín, tenía una «pesada cruz que cargar» a causa de la dureza de su clima, la vasta extensión de territorio que tenía que defender y su historia de sufrimiento; pero había emergido de todas esas penalidades dotada de una fuerza espiritual especial, una capacidad para el amor y el sacrificio desinteresado que, bien gestionada por un «dictador nacional», podría liberarla de los bolcheviques y conducirla a su renovación nacional como imperio santo en Eurasia. Las ideas de Ilyín fueron intensamente difundidas por la Iglesia como parte de su agenda para reconectar la historia de la Rusia postsoviética con las historias perdidas de los movimientos monárquico y blanco. En 2005 organizó la repatriación de los restos de Ilyín desde Suiza y los enterró de nuevo en el monasterio Donskói, en Moscú, junto con los huesos del general del ejército blanco Denikin. Las ideas místicas de Ilyín las difundió, tras simplificarlas para la causa de Putin, un profesor de Filosofía de la Universidad de Moscú, Alexánder Duguin. Su obra más influyente, *Fundamentos de geopolítica* (1997), se utilizó como libro de texto en la Academia del Estado Mayor del ejército. En él, trazaba una estrategia de guerra híbrida (que combinaba la subversión política, la militarización del gas y el petróleo rusos, la ciberguerra y la fuerza militar) para reconstruir en Eurasia un Imperio ruso de carácter totalitario, que establecería sus alianzas basándose en el rechazo del orden liberal occidental y de la dominación mundial de Estados Unidos.

Ucrania no tardó en convertirse en el campo de batalla de este «choque de civilizaciones» entre Rusia y Occidente. Aunque el Gobierno de Putin

había declarado numerosas veces que reconocía la soberanía ucraniana, en realidad no había llegado a aceptarla nunca. En opinión de Putin, Ucrania había ocupado los territorios de la frontera de la «Rusia histórica» o la «Gran» Rusia desde los tiempos de la Rus de Kiev. Era una parte inseparable del «mundo ruso». Demasiadas familias y comunidades estaban compuestas tanto por rusos como por ucranianos; la economía de ambos países estaba demasiado integrada como para ser separada. El gas ruso llegaba a Europa a través de Ucrania. Su base naval más importante estaba en Sebastopol, en Crimea, un territorio principalmente ruso asignado a la República Soviética de Ucrania por Jruschov, en 1954, para conmemorar el tricentenario de la unión de Rusia con el hetmanato cosaco. Al regalo de Jruschov se le había dado entonces muy poca importancia. En la Unión Soviética no había fronteras nacionales. Pero después de 1991 los rusos vivieron con profunda aflicción la pérdida de Crimea; habían veraneado en sus centros turísticos y habían aprendido en el colegio que era «suya». Sebastopol era una Ciudad Heroica, una de las doce urbes que recibieron aquel honor por su papel durante la guerra de 1941-1945. En la guerra de Crimea, otro conflicto librado en defensa de los ortodoxos contra Occidente, habían muerto un cuarto de millón de rusos. Crimea era la cuna del cristianismo ruso, donde el príncipe Vladímir había sido bautizado, el hogar simbólico del «alma rusa»; al menos así la presentaban los propagandistas del «mundo ruso».

Putin siguió la política de mantener a Ucrania débil, dividida y dependiente de Rusia. Entendía la dominación rusa sobre aquel país como una medida necesaria para evitar que cayera bajo la influencia occidental. Temía que Ucrania acabara convertida en una democracia floreciente, con unas libertades que pudiesen suponer una amenaza para su propio régimen autoritario. (El Kremlin se alarmó en particular con la Revolución Naranja de 2004-2005, en la que las protestas masivas consiguieron impugnar el resultado de las elecciones amañadas que habían dado la victoria al candidato presidencial prorruso, Yanukóvich, y asegurar en última instancia la victoria de Víktor Yúshchenko). Su estrategia recordaba a las políticas que siguieron los zares con respecto a los estados vecinos de Rusia y al Imperio otomano en particular. Los zares habían utilizado la fuerza militar como un medio de diplomacia armada. Amenazando los territorios balcánicos del sultán y, cuando fue necesario, ocupándolos, lo habían

obligado a ceder a sus pretensiones sobre el mar Negro y Tierra Santa. Putin adoptó las mismas tácticas en Ucrania. En lugar de la defensa de los ortodoxos en el extranjero, el pretexto utilizado por los zares para inmiscuirse en la Turquía europea, Putin invocó la defensa de «los millones» de antiguos ciudadanos rusos para justificar su injerencia en los asuntos ucranianos.

El régimen de Putin respaldó a los líderes prorrusos en Ucrania y puso las cosas difíciles a quienes reclamaban una integración más estrecha con Europa. La división existente en Ucrania jugaba en favor del Kremlin: una partición histórica entre las regiones occidentales, que habían formado parte de la Mancomunidad de Polonia-Lituania y después del Imperio austrohúngaro, donde el ucraniano era una lengua muy extendida, y las regiones orientales de Ucrania, donde la lengua dominante era el ruso. Debido a la presencia rusa en el este, ningún Gobierno podría acercar demasiado Ucrania a Europa sin correr el riesgo de que detonara una guerra civil; pero la perspectiva europea de sus provincias occidentales también significaba que realinear al país con Rusia resultaba igual de peligroso.

Aquel delicado equilibrio se vio alterado por dos sucesos. El primero fue un plan a largo plazo de Putin, que cobró impulso a partir de 2012, para incluir a Ucrania en una Unión Económica Euroasiática junto con Rusia, Bielorrusia y Kazajistán, entre otros países de la antigua Unión Soviética. Putin imaginaba que la Unión Euroasiática podría llegar a crecer hasta convertirse algún día en algo así como la Unión Europea, pero bajo el liderazgo de Rusia; un bloque euroasiático como contrapeso de Occidente. El segundo fue el estallido de protestas masivas en Kiev y otras ciudades del oeste ucraniano en el otoño de 2013. Los manifestantes ocuparon la plaza Maidán de Kiev, y exigieron al Gobierno de Yanukóvich (elegido, esta vez limpiamente, en las elecciones de 2010) que firmara un acuerdo de asociación con la Unión Europea. Yanukóvich había negociado dicho acuerdo para después suspender los preparativos por la presión de Moscú. Francotiradores no identificados (probablemente fuerzas especiales del Gobierno de Yanukóvich) dispararon contra la multitud, y las protestas se convirtieron en una revolución, la Revolución de Maidán, que los telespectadores de todo el mundo pudieron seguir por televisión. El 22 de febrero de 2014, los manifestantes se habían hecho con el control de Kiev.

Yanukóvich huyó al este de Ucrania y después a Rusia, mientras en el Parlamento ucraniano se formaba un Gobierno interino.

El Kremlin consideró que la revolución era un golpe ilegal de los partidos de la oposición orquestado con la ayuda y complicidad de Occidente. Putin la situaría después en un largo continuo histórico de instrumentalización de Ucrania por parte de las potencias occidentales para atacar a Rusia. Los manifestantes fueron, ciertamente, alentados por los políticos de Estados Unidos y la Unión Europea, y no hizo falta nada más para que el Gobierno de Putin efectuara su vindicación propagandística. Los medios de comunicación del Kremlin se referían consistentemente al Gobierno interino de Ucrania como una «junta», respaldada por «neonazis» y «fascistas», una táctica obvia de propaganda para apelar al sentimiento nacionalista ruso arraigado en la memoria de la guerra, cuando algunos ucranianos fueron, de hecho, colaboradores de los alemanes. Acusaban al Gobierno de amenazar con un «genocidio» de los rusos de Ucrania (una afirmación alarmista basada en una equivocada decisión del Parlamento de Kiev de derogar una ley que protegía tanto al ruso como a otras lenguas minoritarias). La mayoría de los rusohablantes de Crimea creyeron a pies juntillas la versión de los hechos sostenida por el Kremlin y organizaron protestas masivas contra las nuevas autoridades de Kiev. Eran muchos los que pedían un referéndum sobre la independencia de Crimea con respecto de Ucrania.

Escudándose en el cuestionable paralelismo con Kosovo, donde la intervención de la OTAN había asegurado el derecho de los albaneses a la autodeterminación, el Kremlin lanzó una nueva guerra de Crimea para defender lo que, sostenía, eran los mismos derechos para los rusos de la península.[300] A finales de febrero, unas fuerzas especiales rusas la ocuparon, instauraron un Gobierno prorruso y supervisaron un apresurado referéndum, que la Asamblea General de la ONU declaró ilegal, en el que el 97 por ciento de la población votó a favor de la unión con Rusia. Aunque el plebiscito se hubiese llevado a cabo debidamente, la misma decisión habría obtenido una gran mayoría. Pero Putin no tenía por qué respetar las reglas internacionales, ya que sabía que la OTAN no iba a actuar para defender el territorio ucraniano. El poderío ruso se había tirado un farol.

La anexión de Crimea fue bien recibida por la población rusa, que tuvo la sensación de que se había restituido una injusta pérdida del territorio, símbolo del quebranto del Imperio ruso y de su estatus de gran potencia mundial. El orgullo nacional había quedado restablecido.

Los índices de aceptación de Putin se dispararon hasta el 80 por ciento. Se ganó también la admiración de las dictaduras autoritarias de todo el mundo por haberse mantenido firme ante Occidente y sus principios liberales «universales». Aquel fue el momento álgido del culto al líder encarnado en Putin. Había alcanzado la categoría de zar, la personificación del poder estatal, por encima de todo y de todos. La población depositaba en él su confianza, tal como lo habían hecho con el mito del «verdadero» o «santo» zar, a pesar de las condenas extranjeras a la anexión y de la imposición de sanciones a Rusia. La mayoría se creyó las explicaciones del régimen sobre la posterior recesión económica, de la que culpó a dichas sanciones, con el objetivo de estimular un sentimiento nacionalista antioccidental en favor de su causa del «nosotros contra ellos».

Las sanciones no tuvieron la contundencia suficiente para disuadir a Rusia de posteriores agresiones contra Ucrania. A esas alturas, la idea del «mundo ruso» ocupaba un lugar muy destacado en la política militar del Kremlin, donde asesores presidenciales como Serguéi Gláziev presionaban para extender la guerra en el Dombás, donde los separatistas prorrusos luchaban ya contra Kiev, con el objetivo de evitar que Ucrania se convirtiera en lo que él denominaba un Estado títere «neonazi» que los estadounidenses pudieran usar en contra de Rusia.[301] Poco después de la invasión de Crimea, Putin envió ayuda militar a los combatientes separatistas del este, y luego reforzó sus filas con soldados rusos sin identificar (los llamados «voluntarios»), en una guerra que se prolongó durante los ocho años siguientes y que se cobró la vida de veinte mil rusos y ucranianos. Las partes en conflicto no consiguieron llegar a ningún acuerdo en la Cumbre de Minsk II, un plan de paz impulsado por alemanes y franceses, en virtud del cual Ucrania debía recuperar la soberanía en las zonas del este en disputa, incluido el control de los territorios de la frontera con Rusia, mientras que el Dombás obtendría la autonomía plena en una Ucrania más descentralizada.

Durante todo ese tiempo, Occidente siguió comprando combustibles fósiles a Rusia. En «Londongrado», un seguro paraíso británico para los oligarcas, banqueros, abogados, asesores fiscales, marchantes de arte y agentes inmobiliarios de nacionalidad rusa, se siguieron manteniendo con normalidad las actividades de lavado de dinero. En 2018, cuatro años después de la invasión de Ucrania, se permitió a Rusia ser la anfitriona de la Copa del Mundo de la FIFA, acontecimiento que parecía señalar su rehabilitación en la comunidad internacional. Al contemplar el avance de la selección rusa hacia los cuartos de final, Putin debió de sentir que, con la agresión a Ucrania, había logrado salirse con la suya. La economía rusa se había adaptado a las sanciones y, en gran medida, se había recuperado. Gracias a las ventas de petróleo y gas, la reserva de divisas del país había aumentado hasta los quinientos mil millones de dólares, la cuarta mayor del mundo. Esto otorgó a Putin el fondo financiero que necesitaba para seguir luchando en Ucrania sin que el nivel de vida se resintiera en Rusia. No tenía ningún temor a que se produjeran nuevas sanciones. Con Donald Trump en la Casa Blanca, la Unión Europea debilitada por el Brexit y el apoyo de la derecha populista en Hungría, Francia e Italia, Putin confiaba sin duda en que, si decidía emprender una escalada bélica, las potencias occidentales darían de nuevo una respuesta débil.

Dicha decisión iba a depender de la valoración que hiciera de la amenaza que la OTAN suponía para Rusia en Ucrania. En la cumbre de Bucarest de 2008, la OTAN había declarado que Ucrania se convertiría en miembro de la alianza, junto con Georgia, una vez que cumpliera los requisitos necesarios (entre ellos, implantar mejores medidas para combatir la corrupción política y garantizar el Estado de derecho). Esta declaración contó con la oposición de varios líderes de países miembros de la OTAN, en especial la canciller alemana Angela Merkel, quien ya advirtió de que Rusia lo consideraría una provocación peligrosa. Pero George W. Bush forzó la aceptación de la medida. Durante sus últimos meses en la Casa Blanca, estaba desesperado por dejar un gran legado en materia de defensa de los intereses estadounidenses y de la democracia en la antigua Unión Soviética. Bush contó con el apoyo de los estados miembros de Europa del Este, que estaban más alarmados por la agresividad creciente de Rusia y que consideraban la entrada de Ucrania en la OTAN como «una importante

oportunidad histórica de meter al oso en la jaula», en palabras de Lech Wałęsa, expresidente de Polonia.[302]

La implicación de la OTAN en Ucrania hizo saltar las alarmas en Moscú. Tras la invasión de Crimea, la alianza aportó al Gobierno ucraniano tres mil millones de dólares en ayuda militar, lo ayudó a modernizar su armamento y entrenó a sus soldados en ejercicios conjuntos en Ucrania. La guerra fortaleció la unidad nacional de Ucrania, pero también dio pie al surgimiento de un violento odio hacia Rusia que tuvo su reflejo en el culto a Stepan Bandera, el líder nacionalista ucraniano que en 1944-1945 había luchado en el bando nazi contra el ejército soviético. Se bautizaron calles y plazas en honor a Bandera. Se erigieron estatuas del líder partisano en ciudades como Lviv y Ternópil. El fenómeno fue todo un regalo para la propaganda de Moscú acerca de la amenaza que suponían los «nazis» de Ucrania.

Putin consideraba el papel de la OTAN en Ucrania como una amenaza militar directa. En un discurso de una hora de duración que dirigió al pueblo ruso el 21 de febrero de 2022, afirmó que Ucrania serviría «como cabeza de puente de avanzada» para que las fuerzas de la OTAN atacaran a Rusia, a menos que Moscú interviniera. Con el pretexto de llevar a cabo misiones de entrenamiento, declaró, la OTAN estaba construyendo bases en ciudades ucranianas como Járkov, cerca de la frontera con Rusia, desde donde sus misiles nucleares podrían alcanzar Moscú en pocos minutos. «Es como tener un cuchillo en nuestra garganta», dijo.[303] Desde un punto de vista occidental, todo aquello parecía una locura paranoide. Al fin y al cabo, la OTAN era una alianza defensiva y no tenía motivo alguno para atacar a Rusia. Pero, desde la perspectiva de Putin, era la conclusión que cabía extraer a partir de la lectura que él hacía de la historia de Rusia y Ucrania.

Putin expuso su pensamiento en un largo ensayo historiográfico, «Sobre la unidad histórica de los ucranianos y los rusos», publicado por el Kremlin en julio de 2021.[304] En su momento, el texto fue menospreciado como un extraño artículo académico, obra de un hombre obsesionado con caducas disputas históricas, que no guardaba relación alguna con el conflicto contemporáneo de Ucrania. En él se detecta la clara influencia esotérica de pensadores como Duguin. Hoy el artículo puede leerse como la justificación histórica de Putin para la invasión que lanzaría ocho meses después, en

febrero de 2022. En él defendía, una vez más, que los rusos y los ucranianos formaban una misma nación, que Ucrania era parte de la «Gran Rusia» (entidad que a veces equiparaba con la Unión Soviética y otras veces con su núcleo eslavo) y que, como tal, no ostentaba en verdad la condición de Estado. En muchos momentos de la historia, proseguía Putin, los estados extranjeros hostiles a Rusia habían utilizado a Ucrania para atacarla, alentando a los ucranianos a creer en el mito de su independencia nacional (suecos, polacos, austriacos y alemanes durante la Primera Guerra Mundial, las potencias aliadas durante la guerra civil). Por entonces, aseguraba, Occidente estaba haciendo exactamente lo mismo.

Putin dirigía su rabia en gran parte contra los bolcheviques, quienes, según afirmaba, habían otorgado a los ucranianos un Estado artificial al formarse la Unión Soviética. A la República Soviética de Ucrania se le había entregado el territorio de Nueva Rusia, los distritos costeros del mar Negro desde Odesa hasta Donetsk, que antes de 1917 habían constituido una provincia del Imperio ruso (*Novoróssiya*). Más tarde, como ya sabemos, también Crimea sería transferida a Ucrania. Nada de esto importó mientras la URSS se mantuvo con vida, decía Putin, pero, cuando se produjo la caída de la Unión Soviética (consecuencia de la «errónea política» de Lenin de otorgar el derecho de secesión a las repúblicas), ello supuso que Ucrania se quedase injustamente con «territorios históricos rusos». En una clara amenaza para los ucranianos, Putin defendía que, al abandonar la Unión Soviética, Ucrania debería haber mantenido solo los territorios que tenía cuando se había incorporado a ella en 1922: el Estado de menor tamaño (sin Nueva Rusia ni Crimea) que reclamaban los ucranianos en 1917. Era un argumento que ya habían planteado los nacionalistas rusos, como Solzhenitsyn, quien a partir de 1991 fue una importante influencia para el pensamiento de Putin. La pérdida de Ucrania constituyó un mal trago para los nacionalistas de la generación de Putin. Todos los integrantes de su círculo íntimo de *siloviki* —los «hombres fuertes» a cargo de la seguridad militar y estatal— estaban en la KGB o en el ejército en el momento de la caída de la Unión Soviética. Después de haber visto a sus superiores perder un imperio, los unía su determinación de restablecer el «imperio interior» de Ucrania y Bielorrusia. Culpaban a los ucranianos de

la desintegración de la Unión Soviética (desde luego, su voto a favor de la independencia fue el golpe de gracia) y resolvieron castigarlos.

Los rusos comenzaron los preparativos militares en marzo de 2021. En diciembre, más de cien mil soldados se concentraron en las fronteras de Ucrania. En aquel momento, parecía que su objetivo era servir a la diplomacia armada de Putin. La amenaza de la guerra había sacado a la luz las divisiones políticas existentes en Ucrania, con una creciente oposición a la gestión de la crisis por parte de Zelenski que Putin tenía la intención de explotar. Exigió la garantía por escrito de que Ucrania no formaría nunca parte de la OTAN. Asimismo, quería que la alianza retirara los activos militares que llevaba desplegando en Europa del Este desde 1997, momento en el que la OTAN había acordado no instalar armas nucleares ni bases militares en los nuevos estados miembros. El ultimátum de Putin fue rechazado por el secretario de Estado estadounidense, Antony Blinken, quien al salir de una gélida reunión con Lavrov en Ginebra, el 21 de enero de 2022, solo fue capaz de repetir la fórmula habitual de que «la OTAN es una alianza defensiva y no representa una amenaza para Rusia». La opinión de Putin era otra. Inició su invasión un mes después con la excusa de que era necesaria ante la amenaza que la OTAN representaba en Ucrania para Rusia.

Pocas personas creían que Putin lanzaría una invasión a gran escala. El escenario más razonable parecía ser el de una incursión en el este seguida de una ronda de diplomacia armada. Pero a esas alturas Putin se había convertido en una víctima de sus propios mitos acerca del «mundo ruso». Pensaba de verdad que podía conquistar Kiev y «liberar» Ucrania sin encontrar una resistencia seria, una peligrosa quimera que lo llevó a lanzar un ataque en todos los frentes. Su decisión sorprendió incluso a altos funcionarios del Kremlin. La explicación reside en el aislamiento de Putin con respecto a la realidad. Aterrorizado por el Covid, había pasado los dos años anteriores encerrado solo en el Kremlin, y rara vez veía a alguien en persona (hasta el presidente de Kazajistán tuvo que pasar dos semanas en cuarentena antes de reunirse con Putin). Después de veintidós años en el poder, se había convertido en un autócrata. Nadie se atrevía a cuestionarlo. Había llenado sus despachos de estatuas de los más grandes zares, y con ellos se comparaba. Detrás de su imprudente decisión lo que había era

arrogancia. Creyó que podía obtener una victoria fácil y rápida. Sus espías en Kiev le habían dicho que el Gobierno de Zelenski no tardaría en caer; había arruinado la economía y perdido el apoyo de los ucranianos, que recibirían a las tropas rusas con los brazos abiertos. Tenían demasiado miedo de frustrar sus ilusiones diciéndole la verdad.

El 24 de febrero, las fuerzas rusas entraron en Ucrania desde Rusia por el este, desde Crimea por el sur y desde Bielorrusia por el norte. Putin esperaba que sus soldados estuvieran en Kiev en dos días. El 26 de febrero la agencia estatal de noticias, RIA-Novosti, publicó por error un artículo victorioso que celebra el regreso de Ucrania al «mundo ruso», el cual fue después retirado de su página web. Los rusos no consiguieron entrar en la capital de Ucrania. Subestimaron a los ucranianos (pueblo que lleva en la sangre el espíritu combativo de los cosacos) y el liderazgo de su presidente Zelenski, con su vestimenta caqui, cuyos vídeos diarios infundían a su pueblo confianza en sí mismo y fuerzas renovadas en la unidad. Putin había negado que Ucrania fuese una nación, pero emprender la guerra contra ella había dado lugar justo a una mucho más unida que antes.

Una vez estancada su *Blitzkrieg*, los rusos carecían de planes alternativos para la toma de Kiev. No contaban con la logística apropiada para suministrar la munición, los alimentos, el combustible y el apoyo técnico y médico necesarios a las unidades de la vanguardia. Resultó que el ejército ruso tampoco era tan bueno como se creía. Confiaba en el armamento pesado y en su gran tamaño para intimidar a unos oponentes más ágiles y mejor abastecidos, la manera, como hemos visto, típicamente rusa de librar una guerra. Pronto se hizo evidente, también, la baja moral de las tropas regulares. Muchos de los soldados que fueron capturados contaban que no sabían que iban a luchar contra los ucranianos; les habían dicho que iban a liberar a sus hermanos eslavos de los «nazis». Cuando el avance de la invasión se estancó, recurrieron al bombardeo de ciudades, con el ataque a zonas civiles, bloques de viviendas e incluso hospitales, tácticas que los rusos habían desarrollado en Chechenia y Siria. Millones de ucranianos desesperados huyeron en coche, en tren y en cualquier medio de transporte que pudieron encontrar para ponerse a salvo; otros se refugiaron en los sótanos para intentar sobrevivir como pudiesen. Los rusos cometieron toda una serie de atrocidades en ciudades como Bucha e Irpín, donde los

residentes ucranianos les habían recibido no con los brazos abiertos, sino con odio y voluntad de resistir.

Quizá estos crímenes de guerra no lleguen a constituir un genocidio, al menos en su sentido jurídico, acusación formulada por los ucranianos, cuyo recuerdo de la terrorífica hambruna soviética, el Holodomor, que ha sido calificado de genocidio por el Parlamento ucraniano, los lleva, como cabe esperar, a mantener esa opinión. La retórica que niega a Ucrania su condición de nación es, sin duda, parte del concepto legal de genocidio según el derecho internacional. Pero las acciones de Rusia sobre el terreno, aunque impulsadas por la intención del Kremlin de eliminar a dicha nación de la faz de la tierra, tienen más que ver con el fenómeno postimperial, por el que los imperios caídos se vengan de sus antiguas colonias. Las muertes de civiles, las violaciones de mujeres y otros actos de terror emprendidos por Rusia no están motivados tanto por un propósito genocida, de destruir a los ucranianos como grupo, sino por un impulso de odio, con la voluntad de castigarlos, de hacerles pagar con sangre su independencia y sus libertades, su determinación de formar parte de Europa, de ser ucranianos en vez de súbditos del «mundo ruso».

Incapaces de romper las defensas ucranianas en torno a Kiev, durante las primeras semanas de abril los rusos se retiraron del norte y reagruparon sus ejércitos en el este, donde se prepararon para lanzar una gran ofensiva en la estepa contra las mejores unidades del ejército ucraniano, las más experimentadas en combate, los cuarenta mil hombres que se interponían entre ellos y las regiones centrales de Ucrania. El objetivo de Rusia era rodear a los ucranianos, destruir su ejército y ocupar todo el Dombás, asegurando así un corredor terrestre entre Rusia y Crimea, si no tomando todo el este de Ucrania. Se dijo que Putin esperaba anunciar la victoria en el desfile militar anual que se celebra en Moscú el 9 de mayo, día de la Victoria, pero en el momento en el que escribo esto (la edición original en inglés de este libro entró en imprenta el 20 de abril) ese escenario no parece demasiado probable. La guerra parecía destinada a prolongarse durante mucho tiempo.

El régimen de Putin la considera una «guerra existencial», en palabras de uno de sus principales asesores, Serguéi Karaganov, quien advirtió de que Rusia seguirá combatiendo hasta que pueda reclamar «algún tipo de victoria».[305] Pero ¿durante cuánto tiempo más pueden los rusos seguir

asumiendo los costes? ¿Cuántos soldados muertos y heridos van a aceptar como un sacrificio necesario para esta «victoria»? ¿Cuántos años de penurias económicas pueden soportar? Al régimen le gusta apelar a la memoria de 1941-1945, cuando, como hemos visto, el culto al sacrificio patriótico desempeñó un papel importantísimo en el esfuerzo de guerra soviético. Pero los rusos de hoy no están luchando por su madre patria. No los ha invadido ninguna potencia exterior. Se les está obligando a luchar en territorio extranjero por el mito del «mundo ruso» de Putin. ¿Merece ese mito su sacrificio? Bien pueden preguntárselo.

El Kremlin ha preparado al público para esta guerra. Durante los últimos ocho años, sus canales de televisión han estado machacando con el mismo relato manido sobre que Ucrania es un malvado agente de Occidente, plagado de nazis y empeñado en la destrucción de Rusia. El mensaje se ha transmitido en las escuelas y las academias militares, en los medios impresos y en los sermones semanales del patriarca Cirilo, una de las principales fuerzas que están detrás de esta guerra (en su sermón del 6 de marzo, día del Perdón en el calendario ortodoxo ruso, la asemejó a una cruzada contra Occidente, entre cuyos valores liberales está el de celebrar el «pecado» de la homosexualidad en los «desfiles del orgullo gay»).[306] Unas encuestas independientes realizadas a principios de abril indicaban que las tres cuartas partes de la población apoyaba la «operación militar especial», como llama el Kremlin a la guerra. Estas encuestas habría que cogerlas con pinzas. No es muy probable que la población admita sus dudas ante los encuestadores cuando el mero hecho de hacerlo puede acabar llevándote a prisión. Pero la cifra es creíble. Existe un porcentaje similar de la población, en su mayoría formado por los grupos de más edad, que depende únicamente de la televisión para informarse. Sin tener acceso a internet ni a fuentes de información independientes (Facebook, Twitter, Instagram y las últimas estaciones independientes de radio y televisión en red se cerraron durante las primeras semanas de la guerra), es difícil que la gente común pueda cuestionar esa versión. El relato de Putin resulta aún más eficaz porque se apoya en los mitos de la Guerra Fría, que durante años alimentaron historias sobre la «quinta columna» de Occidente, conformada por los no rusos de la Unión Soviética. Putin es consciente de que necesita forjar su mito de la Ucrania nazi sobre estos relatos previos. En sus intervenciones en televisión condena a la «escoria» y a los «traidores» que

están más cómodos en Europa que en Rusia y amenaza con la represión masiva de los «quintacolumnistas» —«enemigos» de Rusia— que se oponen a sus políticas. El efecto que ha tenido su discurso estalinoide ha sido, por un lado, el de animar a los «ciudadanos patrióticos» y «leales» a atacar a quienes se pronuncien en contra de la guerra (ataques en los que se han empleado la violencia e insultos racistas, hostigamientos y denuncias), y, por otro, el de crear una atmósfera general de desconfianza, hostilidad y miedo, que recuerda a los años del terror de Stalin y que provoca que la mayoría atemorizada se mantenga en silencio, cómplice. Se trata de un patrón de comportamiento aprendido de la historia soviética. Debido a su memoria colectiva, transmitida de generación en generación, el pueblo ruso sabe que no debe cuestionar a las autoridades y que debe evitar las cuestiones morales incómodas; en resumidas cuentas, que debe aceptar lo que se le dice.

¿Cómo terminará esta guerra y cómo será la Rusia que salga de ella? Ninguno de los posibles escenarios augura nada bueno para Rusia ni para Ucrania. La primera posibilidad —y la menos probable si una «victoria» ucraniana supone, como piensan muchos de sus líderes, la expulsión de las tropas rusas de todos sus territorios— es la derrota militar de Rusia. Es muy probable que, aun habiendo fracasado, el régimen de Putin sobreviviese, aunque con un proceder más represivo, y también más aislado de la comunidad internacional. Putin dejará el cargo algún día (según los rumores, tiene cáncer), pero, a menos que se produzca una revolución, el sistema se seguirá manteniendo, bajo el mando de otros dirigentes. El régimen, con su dominio de los medios de comunicación, sus fuerzas represivas y sus reservas de divisas, es demasiado poderoso, incluso para una oposición de masas como la que pudimos ver en apoyo al líder encarcelado Alexéi Navalni, que a finales de la década de 2010 conectó con el creciente estado de ánimo de la opinión pública, marcado por la ira y la frustración ante la corrupción del Gobierno, mientras el nivel de vida continuaba siendo bajo. Tal como muestra la historia de Rusia, el Estado autocrático ha sobrevivido en numerosas ocasiones a largos periodos de descontento. La sociedad se ha mostrado demasiado débil, demasiado dividida y demasiado desorganizada como para sostener un movimiento de oposición, y mucho menos una revolución, durante el tiempo suficiente como para llegar a provocar un cambio en el carácter del poder estatal. El

actual fracaso de la democracia obedece a la fragilidad de la esfera pública. Treinta años después de la caída de la dictadura comunista, Rusia sigue siendo débil en lo referente a todas aquellas instituciones (verdaderos partidos políticos, organismos profesionales, sindicatos, organizaciones de consumidores, grupos cívicos y asociaciones de vecinos) cuya libertad de acción constituye la base de la democracia. La *intelligentsia*, que en tiempos asumió el papel de conciencia de la nación, tiene hoy muy poca influencia. La guerra la ha dejado aún más debilitada, pues decenas de miles de sus integrantes (artistas, académicos, periodistas, científicos y expertos en tecnologías de la información) han huido al extranjero en vez de hacer oposición en su país. Sin duda, esperan poder volver pronto a Rusia. Pero esa misma era la esperanza de los emigrados que abandonaron Rusia a partir de 1917, y muy pocos de ellos regresaron.

El segundo escenario posible es el de un estancamiento, una situación permanente de conflicto enquistado en Ucrania, con presencia de las tropas rusas en el Dombás y en el este, ninguna de las partes dispuesta a abandonar la lucha y sin base real para mantener unas conversaciones de paz constructivas mientras los rusos sigan ocupando esos territorios. Ocho años de guerra han reforzado la determinación de los ucranianos de no ceder ante los rusos. Y es que, aun en el caso de que les cedieran territorios a cambio de la paz, ¿qué seguridad tendrían de que Rusia no iba a usarlos como base avanzada para un nuevo ataque? No se puede confiar en nada de lo que diga Putin. Igual de improbable es que los ucranianos renuncien a su objetivo de ingresar en la OTAN, una exigencia clave de los rusos. En 2019, ese objetivo quedó inscrito en la Constitución ucraniana, por lo que la decisión de eliminarlo tendría que ser aprobada en un plebiscito nacional o una votación del Parlamento, proceso que llevaría «al menos un año», según la estimación de Zelenski. Sin embargo, con cada semana que pasa, la probabilidad de que llegara a aprobarse una resolución como esa disminuye cada vez más, pues resulta cada vez más claro que ser miembro de la OTAN sería la única garantía de supervivencia que tendría Ucrania como Estado independiente (antes de la invasión rusa, el 55 por ciento de la población ucraniana estaba a favor de unirse a la OTAN, pero, a finales de marzo de 2022, la cifra había ascendido hasta el 72 por ciento).[307]

Al final, Ucrania se verá obligada a alcanzar un acuerdo con el Kremlin. No existe otra manera de parar esta guerra. La cuestión es hacerlo en los mejores términos para Ucrania y con garantías internacionales para su seguridad. Esto significa que Occidente debe continuar armando a los ucranianos hasta que consigan obtener la ventaja, si no la victoria total. Pero ¿durante cuánto tiempo se puede contar con Occidente? Por mucho que asegure que está «del lado de Ucrania», ¿de verdad se arriesgaría a entablar un conflicto directo con Rusia o a sufrir una escasez acuciante de petróleo y gas, en caso de que los rusos interrumpieran su venta? Putin cuenta con que la determinación de Occidente se irá debilitando. Considera que sus ciudadanos se cansarán de la guerra y se preocuparán más por sus propios problemas. Ha iniciado un conflicto cuyos efectos predecibles (escalada de la inflación, escasez alimentaria en Oriente Próximo y el norte de África, regiones que dependen del cereal ucraniano, y movimientos migratorios masivos de estas zonas hacia Europa) pueden implicar la posibilidad de provocar una inestabilidad a largo plazo de las democracias. De no ocurrir esto, Putin está preparado para intensificar la guerra, empleando, si es necesario, armas nucleares, porque cree que la OTAN dará un paso atrás para evitar una confrontación directa con Rusia. Este es el extremo al que está dispuesto a llegar para obligar a Ucrania a volver al «mundo ruso».

El resultado más probable de esta guerra, dados los recursos a disposición del Kremlin, es algún tipo de victoria de Rusia. Pero ¿cuál puede lograr? Incluso si los rusos se conformaran con quedarse con todo el Dombás como «victoria», aún tendrían que hacer frente al problema de la insurgencia y la desobediencia civil ucranianas, por no hablar de los costes gigantescos que supondrá reconstruir las ciudades que han destruido sus propios soldados. La economía rusa quedará aún más debilitada por las sanciones, retrocederá cincuenta años y, en la práctica, volverá a las condiciones de la era soviética. Aislada de Occidente, se verá obligada a inclinarse hacia Oriente, un giro que la guerra ha acelerado y que diversos ideólogos del Kremlin aplauden, pues creen que el futuro del país se encuentra en un bloque euroasiático —opuesto a los valores liberales occidentales y al poder global de Estados Unidos—, con China como su principal aliado. Al tener solo combustibles fósiles, metales preciosos y

materias primas que ofrecerles a los chinos, Rusia sería el socio menor de esta nueva relación, pero la alianza representaría una peligrosa amenaza para los intereses occidentales en aquellas regiones del mundo, desde Oriente Próximo hasta India, donde los movimientos nacionalistas y las dictaduras consiguen explotar los motivos de agravio de su país en contra Occidente. Tal como lo entiende el Kremlin, esta no es solo una guerra en torno a Ucrania, sino también en torno a que el creciente poder de Eurasia ponga fin al orden global y económico dominado por Estados Unidos.

Es una guerra innecesaria, nacida de los mitos y las lecturas torticeras que hace Putin de la historia de su país. A menos que cese pronto, destruirá lo mejor de Rusia: aquellas partes de su cultura y de su sociedad que durante mil años han contribuido al enriquecimiento de Europa. La Rusia que salga de la guerra será más pobre, más impredecible, y estará más aislada en el mundo. Todo ello demuestra lo peligrosos que pueden ser los mitos cuando los emplean los dictadores para reinventar el pasado de su país.

El futuro de Rusia es incierto, pero hay algo seguro: su historia nunca volverá a ser la misma. El Estado ruso volverá a reinventarla según cambien sus necesidades, mientras que la ciudadanía volverá a reimaginarla en su búsqueda de una nueva orientación. Quizá hoy parezca que esa historia estaba destinada desde el principio a concluir con Putin y su reinvención de la tradición autocrática rusa, pero no tendría por qué haber acabado así. Hubo capítulos de la historia en los que Rusia podría haber tomado un camino más democrático. Contaba con una firme tradición de autogobierno en las ciudades república medievales, en las comunas campesinas, en los hetmanatos cosacos y sobre todo en los *zemstvos*, que podrían haber sentado las bases para una forma más inclusiva de gobierno nacional. Hubo momentos en los que los gobernantes se inclinaron hacia la reforma constitucional, pero sus iniciativas liberales se vieron barridas por el curso de unos acontecimientos que fueron acercando cada vez más a Rusia a la tragedia de 1917. Y en el caos de la revolución hubo momentos en los que el pueblo fue capaz de remodelar el Estado de acuerdo con sus viejos sueños utópicos de libertad y justicia social. Contar de nuevo todas estas historias contribuirá sin duda alguna a cambiar el destino de Rusia.

IMÁGENES



Putin inaugura el monumento al gran príncipe Vladímir —según sus palabras, el «fundador del Estado ruso moderno»— cerca del Kremlin de Moscú, el 4 de noviembre de 2016. Es un metro más alto que la estatua del siglo XIX dedicada a Volodímir en Kiev, donde al gran príncipe se le considera el fundador del «Estado europeo de Rus-Ucrania».



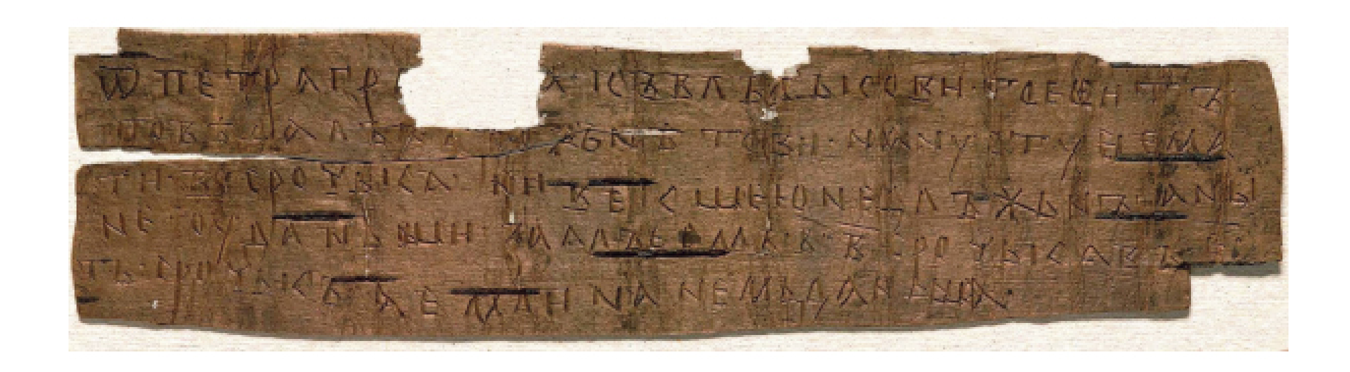
Víktor Vasnetsov, *La invitación de los varangios. Riúrik y sus hermanos llegan a Ládoga la Vieja* (1912), una fantasiosa representación del mito fundacional normando según el cual los eslavos invitaron al jefe vikingo a imponer el orden en sus tierras.



La iglesia de Santa Sofía, en Kiev, construida durante el reinado del gran príncipe Yaroslav (1019-1054). Sigue fielmente el modelo de la Santa Sofía de Constantinopla, fuente del cristianismo ortodoxo de Rusia.



El iconostasio, o mampara de iconos, separa el altar de la parte principal de la iglesia, en este caso en la catedral de la Dormición del Kremlin, donde eran coronados los zares de Rusia. La posición de los iconos es significativa en términos simbólicos. La Madre de Dios y el Cristo Pantocrátor, los iconos más sagrados, se encuentran a la izquierda y a la derecha, respectivamente, de las «puertas reales», que sombolizan las puertas de Jerusalén, en el centro del panel.



Un ejemplo de escritura en corteza de abedul hallada por arqueólogos en Nóvgorod.



La Trinidad, de André Rubliov (entre 1408 y 1425), un ejemplo supremo de la tradición rusa de la pintura de iconos. Para los ortodoxos, ver es creer. Los rusos rezan con los ojos abiertos y la mirada fija en un icono que les sirve de ventana a la esfera divina.



El monasterio de Solovetski. Fundado en una isla del mar Blanco en 1463, a partir de 1917 se utilizó como campo de prisioneros.



Parte del complejo del Kremlin. La catedral de la Dormición (centro) y el palacio de las Facetas (izquierda) fueron construidos por arquitectos italianos a finales del siglo XV y, más tarde, rusificados.



Bendito sea el ejército del zar celestial fue pintado en la década de 1550 para conmemorar la conquista de Kazán por parte de Iván el Terrible. Conocido como *La Iglesia militante*, tiene casi cuatro metros de longitud. El icono muestra la figura de Iván a caballo siguiendo al arcángel san Miguel en una procesión de soldados rusos desde una Kazán infernal, en llamas, hasta Moscú, aquí representada como una Jerusalén, donde los reciben la Madre de Dios y el Niño Jesús. Era una afirmación tanto del estatus mítico de Moscú como la Tercera Roma, la última verdadera sede de la cristiandad, como de la descendencia de Iván de los emperadores bizantinos.



Vasili Súrikov, *La conquista de Siberia por Yermak* (1895). En esta representación imaginada de la captura rusa de Qashliq, la capital del kanato siberiano, los cosacos de Yermak, armados con mosquetones, resultan demasiado fuertes para los arcos y las flechas de los tártaros.



Iliá Repin, *Iván el Terrible y su hijo Iván el 16 de noviembre de 1581* (1885). El zar arrepentido, acosado por su propio terror destructivo, cautivó la imaginación de muchos artistas durante el siglo XIX.



Víktor Vasnetsov, *El zar Iván IV el Terrible* (1897), una imagen icónica del «zar ruso», terrible y feroz con su ojo omnisciente.



El zar Alejo (artista desconocido, década de 1670), uno de los primeros retratos de un zar del que se sabe que guarda algún parecido con el representado.



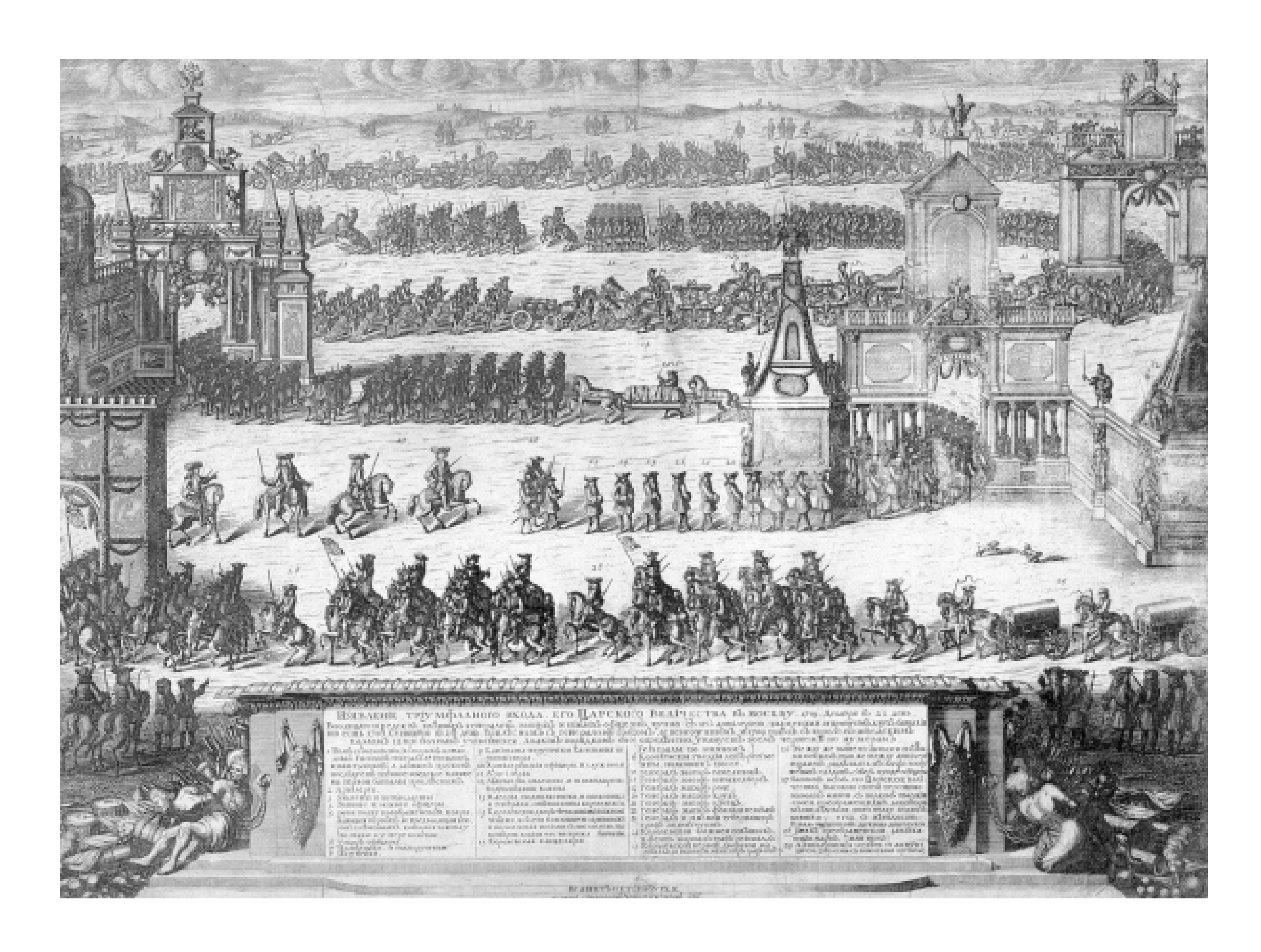
Putin ante el monumento a Minin y Pozharski, símbolo del sacrificio del pueblo unido por la religión y la devoción a la madre patria.



Valentín Serov, *Pedro I el Grande* (1907). Pedro era un hombre apresurado. Con sus casi dos metros de altura, caminaba a grandes y veloces zancadas, dejando a sus consejeros muy atrás.



Godfrey Kneller, *Pedro el Grande, zar de Rusia* (1698), retrato obsequiado por el zar al rey Guillermo III de Inglaterra durante su Gran Embajada. La imagen europea del zar, ataviado con una armadura, una corona y un manto occidentales y parafernalia imperial, presenta un marcado contraste con el retrato de Alejo, padre de Pedro, pintado solo veinte años antes.



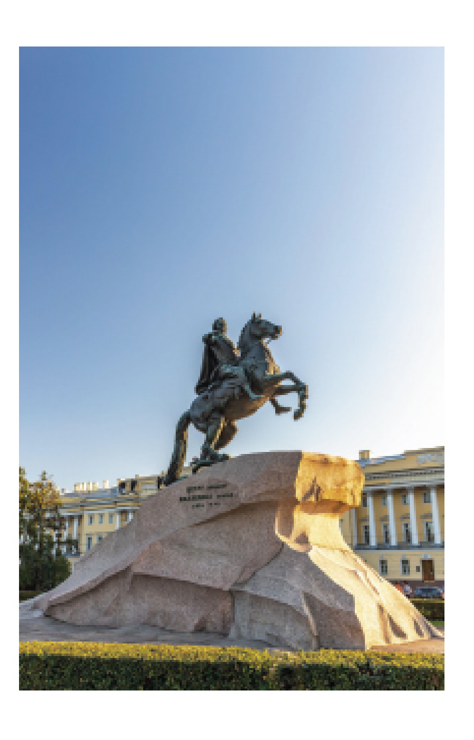
Alexé Zubov, *La entrada ceremonial de los soldados rusos en Moscú el 21 de diciembre de 1709 después de su victoria en la batalla de Poltava* (1711). Aquí Moscú ha quedado reconfigurado a la imagen de la antigua Roma. Ninguno de los arcos del triunfo que aparecen en la ilustración existía.



Los ratones entierran al gato (grabado *lubok*, c. 1760), una sátira popular sobre las costumbres extranjeras del difunto zar Pedro.



Vigilius Eriksen, *Retrato ecuestre de Catalina II (1729-1796) la Grande de Rusia* (siglo XVIII). El amor de Catalina por los caballos dio lugar al absurdo mito de que la mató uno de ellos mientras copulaban.



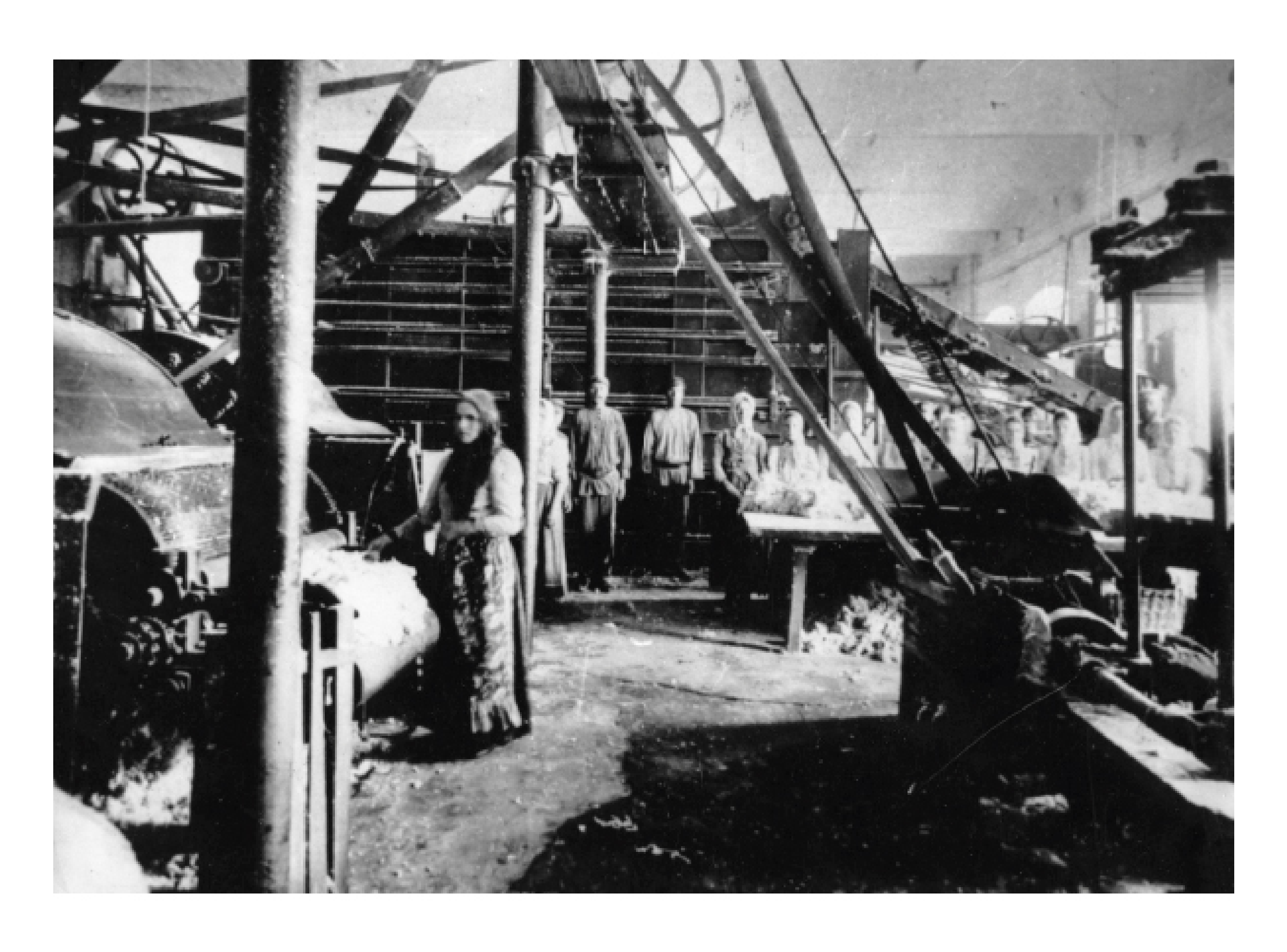
El Jinete de Bronce, la estatua ecuestre de Pedro el Grande realizada por Étienne-Maurice Falconet (1782), fuente de un gran número de mitos sobre San Petersburgo y de la naturaleza del poder imperial en Rusia.



Iliá Repin, *17 de octubre de 1905* (1907), imagen idealizada de la unidad revolucionaria del pueblo.



Campesinos de un pueblo del norte de Rusia, década de 1890. Obsérvese la falta de calzado y la uniformidad de su vestimenta y de sus casas. Esta era la «armonía comunal» de la que hablaban los eslavófilos y los populistas.



Fábrica textil de Ivanovo, 1905. La industria textil empleaba a un gran número de mujeres y niños.



Nicolás II y la emperatriz Alejandra con su hijo hemofílico, el zarévich Alexéi, durante las celebraciones del tricentenario de la dinastía Románov en 1913 en Moscú. El jubileo consolidó el mito de los Románov de la existencia de una unión mística entre el zar y el pueblo.



Ese mito se derrumbó con la revolución de febrero de 1917, cuando los símbolos y las estatuas de los Románov fueron destruidos. La cabeza que aquí se ve pertenecía a una estatua de Alejandro III en Moscú.



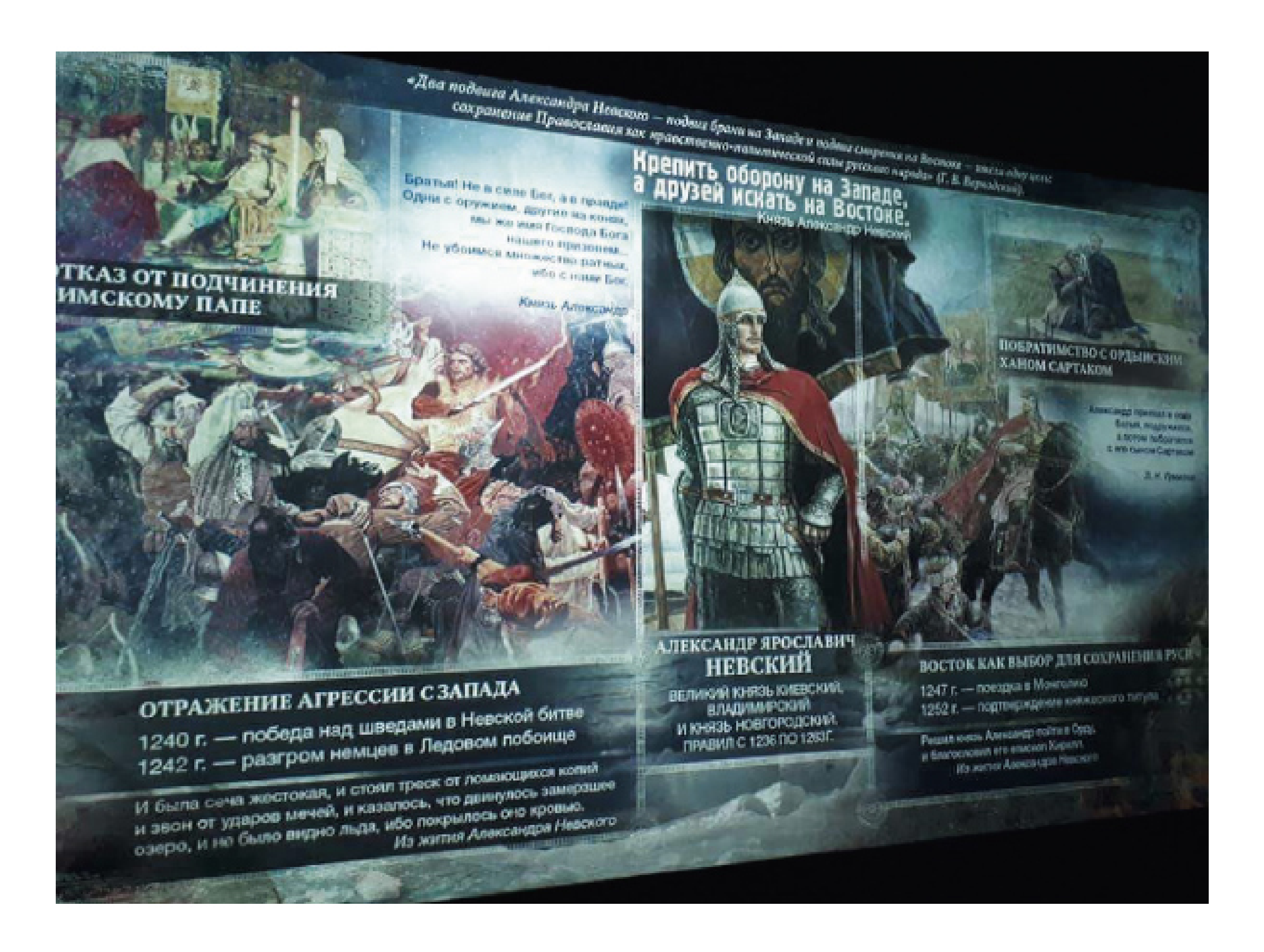
Fiódor Shurpin, *La aurora de la patria* (1948), un típico ejemplo de retrato al servicio del culto al líder propio del realismo socialista. Stalin mira hacia delante, más allá del marco, hacia un futuro que solo puede ver él.



Irakli Toidze, *La madre patria llama* (1941). La madre muestra un juramento militar y pide a los hijos de Rusia que la defiendan del enemigo.



Cartel electoral del partido Rusia Unida (2003). El mapa de Rusia, repleto de retratos de personajes históricos rusos, incluido Stalin, aparece por primera vez en la mitología histórica de Putin.



Parte de la exposición sobre Alejandro Nevski en el parque Mi Historia de San Petersburgo. Los paneles de la izquierda destacan el papel de Nevski en la defensa de Rusia frente a «la agresión de Occidente», mientras que los de la derecha muestran su habilidad política al forjar nuevas alianzas con los mongoles y con Asia.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a Peter Straus, Melanie Jackson, Stephen Edwards y el resto del equipo de RCW; también a Stella Tillyard y Christopher Wyld, los primeros lectores del borrador inicial; a Alexis Kirschbaum y a su equipo en Bloomsbury: Jasmine Horsey, Stephanie Rathbone, Lauren Whybrow, Jonny Coward, Peter James (el revisor), Mike Athanson (el cartógrafo), Jo Carllil (la documentalista gráfica), Catherine Best y Genista Tate-Alexander; y también a mi querida editora de Metropolitan, Sara Bershtel, así como a su equipo: Brian Lax, Carolyn O'Keefe y Christopher Sergio.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

[1] P. A. Bodin, «The Monument to Grand Prince Vladimir in Moscow and the Problem of Conservatism», en M. Suslov y D. Uzlaner, eds., *Contemporary Russian Conservatism: Problems, Paradoxes and Perspectives*, Leiden, 2019, p. 306.

[2] <http://Kremlin.ru/events/president/news/53211>. La inauguración puede verse en el vídeo que aparece en <https://en.wikipedia.org/wiki/Monument_to_Vladimir_the_Great>.

[3] A. Timofeychev, «Moscow Monument to Prince Vladimir provokes ire in Kiev», *Russia Beyond the Headlines*, 14 de noviembre de 2016, <https://www.rbth.com/politics_and_society/2016/11/14/moscow-monument-to-prince-vladimir-provokes-ire-in-kiev_647547>.

[4] <https://korrespondent.net/ukraine/3544735-evropeiskyi-vybor-ukrayny-sdelan-tysiachu-let-nazad-poroshenko>.

[5] G. Orwell, *Nineteen Eighty-Four*, Londres, 2003, p. 40. Estas palabras son el lema del partido de Oceanía, donde la «mutabilidad del pasado» es uno de los «sagrados principios» (p. 31). [Hay trad. cast.: *1984*, trad. de Miguel Temprano García, Barcelona, Debolsillo, 2013].

[6] S. Velychenko, «Tsarist Censorship and Ukrainian Historiography, 1828-1906», *Canadian-American Slavic Studies*, vol. 23, n.º 4 (1989), pp. 385-408.

[7] M. Cherniavsky, *Tsar and People: Studies in Russian Myths*, New Haven, 1961, p. 229.

[8] E. Rostovtsev y D. Sosnitskii, «Kniaz Vladimir Velikii kak natsional'nsyi geroi», *Dialog so Vremenem*, n.º 65 (2018), pp. 150-164.

[9] Sobre la apropiación ucraniana del culto a Vladímir a finales del siglo XIX, véase H. Coleman, «From Kiev across All Russia: The 900th Anniversary of the Christianization of Rus' and the Making of a National Saint in the Imperial Borderlands», *Ab Imperio*, vol. 19, n.º 4 (2018), pp. 95-129.

[10] S. Solov'ev, *Istoriia Rossii s drevneishij vremen*, 6 vols., San Petersburgo, s. f., vol. 6, p. 339.

[11] E. Kantorowicz, *The King's Two Bodies*, Princeton, 1957. [Hay trad. cast.: *Los dos cuerpos del rey: Un estudio de teología política medieval*, trad. de Susana Aikin Araluce y Rafael Blázquez Godoy, Akal, Madrid, 2012].

1
LOS ORÍGENES

[12] Véase P. Geary, *The Myth of Nations: The Medieval Origins of Europe*, Princeton, 2002.

[13] *Povest' vremennyj let*, V. P. Adrianova-Peretts y D. S. Lijachov, eds., con revisiones de M. B. Sverdlov, San Petersburgo, 1996, p. 13. [*Crónica de Néstor,* trad. al cast. de Inés García de la Puente en <http://pvl.obdurodon.org/translation/spanish.pdf>].
[14] C. Jarman, *River Kings: A New History of the Vikings from Scandinavia to the Silk Road*, Londres, 2021, p. 190. [Hay trad. cast.: *Los reyes del río: Una nueva historia de los vikingos desde Escandinavia a las rutas de la seda*, Barcelona-Madrid, Ático de los Libros, 2022]. Sobre la identidad de Riúrik, véase S. Coupland, «From Poachers to Gamekeepers: Scandinavian Warlords and Carolingian Kings», *Early Medieval Europe*, vol. 7, n.º 1 (2003), pp. 85-114.
[15] S. Franklin y J. Shepard, *The Emergence of Rus, 750-1200*, Londres, 1996, pp. 317-319.
[16] J. Black, *G.-F. Müller and the Imperial Russian Academy*, Montreal, 1986, pp. 109-117; V. Fomin, «Lomonosov i Miller: uroki polemiki», *Voprosy Istorii*, n.º 8 (2005), pp. 21-35.
[17] Z. Harris y N. Ryan, «The Inconsistencies of History: Vikings and Rurik», *New Zealand Slavonic Journal*, vol. 38 (2004), pp. 1.115-1.116.
[18] N. Karamzín, *Istoriia gosudarstva rossiiskogo*, 3 vols., San Petersburgo, 1842-1843, vol. 1, p. 43.
[19] Véase, por ejemplo, J. Nielsen, «Boris Grekov and the Norman Question», *Scando-Slavica*, vol. 27 (1981), pp. 69-92.
[20] N. Andreyev, «Pagan and Christian Elements in Old Russia», *Slavic Review*, vol. 21, n.º 1 (1962), p. 17.
[21] T. Noonan, «Why the Vikings First Came to Russia», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, New Series, vol. 34, n.º 3 (1986), pp. 321-348; Franklin y Shepard, *The Emergence of Rus*, *op. cit.*, pp. 12-16.
[22] Harris y Ryan, «The Inconsistencies of History: Vikings and Rurik», pp. 120-121.
[23] G. Jones, *A History of the Vikings*, Oxford, 2001, p. 164.
[24] Véase O. Pritsak, *The Origin of Rus'*, Cambridge (Massachusetts), 1981.
[25] J. Shepard, «The Origins of Rus' (c. 900-1015)», en M. Perrie, ed., *The Cambridge History of Russia*, vol. 1: *From Early Rus' to 1689*, Cambridge, 2006, p. 51. Sobre la influencia jázara, véase T. Noonan, «Khazaria as an Intermediary between Islam and Eastern Europe in the Second Half of the Ninth Century: The Numismatic Perspective», *Archivum Eurasiae Medii Aevi*, vol. 5 (1985), pp. 179-204.
[26] Sobre esta perspectiva, véase Pritsak, *The Origin of Rus'*.
[27] Franklin y Shepard, *The Emergence of Rus*, *op. cit.*, pp. 99-100, 140 y ss., y 170 y ss.
[28] *The Russian Primary Chronicle*, trad. de S. Cross y O. Sherbowitz-Wetzor, Cambridge (Massachusetts), 1953, p. 198 [trad. al cast. de Inés García de la Puente en <http://pvl.obdurodon.org/translation/spanish.pdf>].
[29] D. Obolensky, *Byzantium and the Slavs*, Nueva York, 1994, pp. 61-62.
[30] Véase A. Feldman, «The Historiographical and Archaeological Evidence of Autonomy and Rebellion in Chersōn: A Defense of the Revisionist Analysis of Vladimir's Baptism (987-989)», trabajo de fin de máster, Universidad de Birmingham, 2013.
[31] D. Obolensky, *The Byzantine Commonwealth: Eastern Europe, 500-1453*, Londres, 1971.
[32] Obolensky, *Byzantium and the Slavs*, *op. cit.*, p. 101.
[33] S. Averintsev, «Visions of the Invisible: The Dual Nature of the Icon», en R. Grierson, ed., *Gates of Mystery: The Art of Holy Russia*, Fort Worth, Tex., 1993, p. 12.
[34] Véase R. Milner-Gulland, *The Russians*, Oxford, 1997, pp. 175-176.
[35] L. Ouspensky, «The Meaning and Language of Icons», en L. Ouspensky y V. Lossky, *The Meaning of Icons*, Nueva York, 1982, p. 42.
[36] Véase O. Figes y B. Kolonitskii, *Interpreting the Russian Revolution: The Language and Symbols of 1917*, New Haven, 1999, pp. 74-75. [Hay trad. cast.: *Interpretar la Revolución rusa, el*

lenguaje y los símbolos de 1917, trad. de Pilar Placer Perogordo, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001].

[37] M. Cherniavsky, *Tsar and People: Studies in Russian Myths*, New Haven, 1961, p. 6. Véase también E. Reisman, «The Cult of Boris and Gleb: Remnant of a Varangian Tradition?», *Russian Review*, vol. 37, n.º 2 (1978), pp. 141-157; F. Sciacca, «In Imitation of Christ: Boris and Gleb and the Ritual Consecration of the Russian Land», *Slavic Review*, vol. 49, n.º 2 (1990), pp. 253-260. C. Halperin, «The Concept of the *ruskaia zemlia* and Medieval National Consciousness», *Nationalities Papers*, vol. 8, n.º 1 (1980), p. 80.

[38] O. Figes, *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia*, Londres, 2002, pp. 320-321. [Hay trad. cast.: *El baile de Natasha. Una historia cultural de Rusia*, trad. de Eduardo Hojman, Barcelona, Taurus, 2021, p. 338].

[39] I. Stepanova, *The Burial Dress of the Rus' in the Upper Volga Region (Late 10th-13th Centuries)*, Leiden, 2017, p. 4.

[40] N. Kollmann, «Collateral Succession in Kievan Rus'», *Harvard Ukrainian Studies*, vol. 14, n.º 3/4 (1990), pp. 377-387.

[41] Franklin y Shepard, *The Emergence of Rus*, *op. cit*., pp. 367-369.

[42] D. Miller, «The Kievan Principality in the Century before the Mongol Invasion: An Inquiry into Recent Research and Interpretation», *Harvard Ukrainian Studies*, vol. 10, n.º 1/2 (1986), p. 222.

2
EL IMPACTO MONGOL

[43] S. Zenkovsky, ed., *Medieval Russia's Epics, Chronicles, and Tales*, Londres, 1991, p. 196.

[44] Véase también U. Büntgen y N. Di Cosmo, «Climatic and Environmental Aspects of the Mongol Withdrawal from Hungary in 1242 CE», *Scientific Reports*, vol. 6, n.º 1 (2016), que explica la retirada en términos de falta de recursos.

[45] M. Favereau, *The Horde: How the Mongols Changed the World*, Cambridge (Massachusetts), 2021, p. 51.

[46] *Ibid.*, p. 202.

[47] David Miller, «Monumental Building as an Indicator of Economic Trends in Northern Rus' in the Late Kievan and Mongol Periods, 1138-1462», *American Historical Review*, vol. 94, n.º 2 (abril de 1989), pp. 360-390.

[48] L. Langer, «Muscovite Taxation and the Problem of Mongol Rule in Rus», *Russian History*, vol. 34, n.º 1-4 (2007), p. 116.

[49] *Ibid.*, p. 110.

[50] Zenkovsky, *Medieval Russia's Epics*, *op. cit.*, p. 232; M. Cherniavsky, *Tsar and People: Studies in Russian Myths*, New Haven, 1961, pp. 18-22.

[51] J. Blum, *Lord and Peasant in Russia: From the Ninth to the Nineteenth Century*, Princeton, 1961, p. 106.

[52] G. Vernadsky, *The Mongols and Russia*, vol. 3: *A History of Russia*, New Haven, 1953, p. 378.

[53] J. Fennell, *The Emergence of Moscow, 1304-1359*, Londres, 1968, pp. 82-89.

[54] *Ibid.*, p. 192.

[55] Vernadsky, *The Mongols*, *op. cit*., p. 260.

[56] «Los escitas» (1918), en A. Blok, *Sobranie sochinenii v vos'mi tomaj*, Moscú/Leningrado, 1961-1963, vol. 3, p. 360.

[57] *Ibid.*, p. 267.

[58] D. Ostrowski, *Muscovy and the Mongols: Cross-Cultural Influences on the Steppe Frontier, 1304-1589*, Cambridge, 1998, p. 67.
[59] N. Karamzín, *Istoriia gosudarstva rossiiskogo*, 12 vols., San Petersburgo, 1851-1853, vol. 5, p. 373; D. Lijachov, *Russkaya kul'tura*, Moscú, 2000, p. 21.
[60] C. Halperin, *The Tatar Yoke: The Image of the Mongols in Medieval Russia*, Bloomington (Indiana), 2009, p. 193.
[61] S. Solov'ev, *Istoriia Rossii s drevneiskij vremen*, 29 vols., Moscú, 1851-1879, vol. 4, p. 179.
[62] Véase C. Halperin, «Kliuchevskii and the Tatar Yoke», *Canadian-American Slavic Studies*, vol. 34, n.º 4 (2000), pp. 385-408.
[63] Favereau, *The Horde*, *op. cit.*, p. 238.
[64] Ostrowski, *Muscovy and the Mongols*, *op. cit.*, p. 56. Véase también N. Baskakov, *Russkie familii tiurksogo proisjozhdeniia*, Moscú, 1979.
[65] N. Trubetskoi, *K probleme russkogo samopoznaniia*, París, 1927, pp. 41-42 y 48-51.
[66] Vernadsky, *The Mongols*, pp. 13 y 391.
[67] H. Dewey y A. Kleimola, «Russian Collective Consciousness: The Kievan Roots», *Slavonic and East European Review*, vol. 62, n.º 2 (1984), pp. 180-191.
[68] G. Alef, «The Origin and Early Development of the Muscovite Postal Service», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, Nueva Serie, vol. 15, n.º 1 (1967), p. 1.
[69] Ostrowski, *Muscovy and the Mongols*, p. 52.
[70] M. Cherniavsky, «Khan or Basileus: An Aspect of Russian Medieval Political Theory», *Journal of the History of Ideas*, vol. 20 (1959), pp. 459-476.
[71] Véase D. Ostrowski, «The Mongol Origins of Muscovite Political Institutions», *Slavic Review*, vol. 49, n.º 4 (1990), pp. 525-542.
[72] Karamzín, *Istoriia gosudarstva rossiiskogo*, vol. 5, p. 374.

3
ZAR Y DIOS

[73] D. Miller, «The Coronation of Ivan IV of Moscow», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, Nueva Serie, vol. 15, n.º 4 (1967), pp. 559-574.
[74] D. Ostrowski, *Muscovy and the Mongols: Cross-Cultural Influences on the Steppe Frontier, 1304-1589*, Cambridge, 1998, pp. 171-177.
[75] D. Miller, «Creating Legitimacy: Ritual, Ideology, and Power in Sixteenth-Century Russia», *Russian History*, vol. 21, n.º 3 (1994), pp. 289-315.
[76] La obra clásica que desarrolla esta tesis es E. Kantorowicz, *The King's Two Bodies*, Princeton, 1957. [Hay trad. cast.: *Los dos cuerpos del rey: Un estudio de teología política medieval*, trad. de Susana Aikin y Rafael Blázquez, Akal, Madrid, 2012].
[77] G. Alef, «The Adoption of the Muscovite Two-Headed Eagle: A Discordant View», *Speculum*, vol. 41, n.º 1 (1966), pp. 1-21.
[78] J. Martin, *Medieval Russia, 980-1584*, Cambridge, 2007, p. 261.
[79] *The Correspondence between Prince A. M. Kurbsky and Tsar Ivan IV of Russia, 1564-1579*, ed. y trad. de J. Fennell, Cambridge, 1955, p. 75.
[80] S. von Herberstein, *Notes upon Russia. Being a translation of the earliest account of that country, entitled Rerum Moscoviticarum Commentarii*, trad. y ed. de R. H. Major, 2 vols., Londres, 1851-1852, vol. 1, p. 30.
[81] R. Pipes, *Russia under the Old Regime*, Londres, 1974, p. 97.

[82] T. Hunczak, ed., *Russian Imperialism from Ivan the Great to the Revolution*, New Brunswick, 1974, p. ix.
[83] V. Kliuchevskii, *Kurs russkoi istorii*, 5 vols., Moscú, 1987, vol. 1, p. 31. La idea de la colonización interna de Rusia la avanzó originalmente el profesor de Kliuchevski, Soloviev, en el segundo volumen de su *Istoriia Rossii s drevneishchij vremen*, de 1851.
[84] M. Perrie y A. Pavlov, *Ivan the Terrible*, Londres, 2003, pp. 48-50.
[85] Véase R. Skrynnikov, «Ermak's Siberian Expedition», *Russian History*, vol. 13, n.º 1 (1986), pp. 1-40.
[86] I. de Madariaga, *Ivan the Terrible*, New Haven, 2005, p. 353. [Hay trad. cast.: *Iván el Terrible*, trad. de Paloma Tejada Caller, Madrid, Alianza, 2008].
[87] C. Halperin, *Ivan the Terrible: Free to Reward and Free to Punish*, Pittsburgh, 2019, pp. 182-186.
[88] Madariaga, *Ivan the Terrible*, *op. cit.*, pp. 257-259.
[89] *Correspondence*, *op. cit.*, p. 41.
[90] Perrie y Pavlov, *Ivan the Terrible*, *op. cit.*, p. 159.
[91] Véase también P. Hunt, «Ivan IV's Personal Mythology of Kingship», *Slavic Review*, vol. 52, n.º 4 (1993), pp. 769-809.
[92] M. Cherniavsky, «Ivan the Terrible as Renaissance Prince», *Slavic Review*, vol. 27, n.º 2 (1968), pp. 195-211. Para la comparación con Carlomagno, véase D. Rowland, «Ivan the Terrible as a Carolingian Renaissance Prince», *Harvard Ukrainian Studies*, vol. 19 (1995), pp. 594-606. [El texto de *El príncipe* corresponde a la trad. de Emilio Blanco, Ariel, Barcelona, 2013].
[93] L. Kozlov, «The Artist and the Shadow of Ivan», en Richard Taylor y D. W. Spring, eds., *Stalinism and Soviet Cinema*, Londres, 1993, p. 123.
[94] *Moscow News*, n.º 32, 1988, p. 8.

4
EL PERIODO TUMULTUOSO

[95] F. Fletcher, *Of the Russe Common Wealth*, Londres, 1591, p. 34.
[96] M. Cherniavsky, *Tsar and People: Studies in Russian Myths*, New Haven, 1961, p. 179.
[97] *Ibid.*, pp. 114-117.
[98] P. Longworth, «The Pretender Phenomenon in Eighteenth-Century Russia», *Past & Present*, vol. 66, n.º 1 (1975), p. 61.
[99] M. Perrie, *Pretenders and Popular Monarchism in Early Modern Russia*, Cambridge, 1995, p. 131.
[100] C. Dunning, *Russia's First Civil War: The Time of Troubles and the Founding of the Romanov Dynasty*, University Park (Pennsylvania), 2001, p. 302.
[101] La idea de que en la Europa del siglo XVII se produjo una «crisis generalizada» se remonta a un ensayo de 1954 de Eric Hobsbawm, («The General Crisis of the European Economy in the 17th Century», *Past & Present*, vol. 5, n.º 1, 1954, pp. 33-53 [hay trad. cast.: «La crisis del siglo XVII», en *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza, 1983]) y dio lugar a toda una serie de debates sobre el surgimiento del capitalismo y los problemas del Estado. Los ensayos más importantes están recopilados en G. Parker y L. Smith, *The General Crisis of the Seventeenth Century*, Londres, 1978. Sobre la aplicación de la teoría de la «crisis general» a Rusia, puede verse P. Brown, «Muscovy, Poland, and the Seventeenth Century Crisis», *Polish Review*, vol. 27, n.º 3/4 (1982), pp. 55-69.

[102] V. Kivelson, «The Devil Stole his Mind: The Tsar and the 1648 Moscow Uprising», *American Historical Review*, vol. 98, n.º 3 (1993), p. 744.
[103] V. Kliuchevsky, *A Course in Russian History: The Seventeenth Century*, Nueva York, 1994, p. 152.
[104] *Ibid*., p. 755.
[105] R. Crummey, *Aristocrats and Servitors: The Boyar Elite in Russia, 1613-1689*, Princeton, 1983, p. 36.
[106] A. Kleimola, «The Duty to Denounce in Muscovite Russia», *Slavic Review*, vol. 31, n.º 4 (1972), p. 773.
[107] R. Hellie, «The Stratiffication of Muscovite Society: Thee Townsmen», *Russian History*, vol. 5, parte 2 (1978), pp. 119-175.
[108] Sobre la evolución legal de la servidumbre, véase R. Smith, *The Enserfment of the Russian Peasantry*, Cambridge, 1968.
[109] O. Figes, *The Europeans: Three Lives and the Making of a Cosmopolitan Culture*, Londres, 2019, p. 74. [Hay trad. cast.: *Los europeos. Tres vidas y el nacimiento de una cultura cosmopolita*, Barcelona, Taurus, 2020, p. 100].
[110] P. Avrich, *Russian Rebels, 1600-1800*, Nueva York, 1972, p. 109.
[111] P. Longworth, «The Subversive Legend of Stenka Razin», en V. Strada, ed., *Russia*, Turín, 1975, vol. 2, p. 29.
[112] S. O'Rourke, *The Cossacks*, Manchester, 2007, p. 82. Sobre los pogromos de la guerra civil, véase J. Veitlinger, *In the Midst of Civilized Europe: The Pogroms of 1918-1921 and the Onset of the Holocaust*, Nueva York, 2021.
[113] L. Hughes, *Russia in the Age of Peter the Great*, New Haven, 1998, p. 317.
[114] S. Collins, *The Present State of Russia*, Londres, 1671, pp. 64-65.
[115] Kliuchevsky, *A Course in Russian History*, *op. cit.*, p. 343.
[116] L. Hughes, *Sophia Regent of Russia, 1657-1704*, New Haven, 1990, p. 249.

5
RUSIA MIRA HACIA OCCIDENTE

[117] A. Schönle, «Calendar Reform under Peter the Great: Absolutist Prerogatives, Plural Temporalities, and Christian Exceptionalism», *Slavic Review*, vol. 80, n.º 1 (2021), pp. 69-89; L. Hughes, «Russian Culture in the Eighteenth Century», en D. Lieven, ed., *The Cambridge History of Russia*, vol. 2: *Imperial Russia, 1689-1917*, Cambridge, 2006, p. 67.
[118] N. Riasanovsky, *The Image of Peter the Great in Russian History and Thought*, Nueva York, 1985, p. 5.
[119] S. Montefiore, *The Romanovs*, Londres, 2016, p. 82. [Hay trad. cast.: *Los Románov, 1613-1918*, trad. de Juan Rabasseda, Barcelona, Crítica, 2016, p. 229 (ebook)].
[120] W. Fuller, «The Imperial Army», en Lieven, ed., *Cambridge History of Russia*, vol. 2, p. 532.
[121] Hughes, *Russia in the Age of Peter the Great*, *op. cit.*, p. 29.
[122] P. Bushkovitch, «Peter the Great and the Northern War», en Lieven, ed., *The Cambridge History of Russia*, vol. 2, p. 498.
[123] «Peterburg v 1720 g. Zapiski poliaka-ochevidtsa», *Russkaya Starina*, vol. 25, 1879, p. 267.
[124] S. Soloviov, *Istoriia Rossii ot drevneishij vremen*, 29 vols., Moscú, 1864-1879, vol. 13, p. 1.270.

[125] Sobre la manufactura textil, véase W. Daniel, «Entrepreneurship and the Russian Textile Industry: From Peter the Great to Catherine the Great», *Russian Review*, vol. 54, n.º 1 (1995), pp. 1-25.
[126] *Iusnosti chestnoe zertsalo*, San Petersburgo, 1717, pp. 73-74.
[127] L. Tolstói, *War and Peace*, trad. de L. y A. Maude, Oxford, 1998, p. 3. [Hay trad. cast.: *Guerra y paz*, trad. de Gala Arias Rubio, Barcelona, Literatura Random House, 2021].
[128] Riasanovsky, *Image*, *op. cit.*, p. 80.
[129] *Ibid.*, p. 60.
[130] V. Solov'ev, *Sochineniia*, 2 vols., Moscú, 1989, vol. 1, p. 287.
[131] S. Dixon, *The Modernisation of Russia*, Cambridge, 2012, p. 16.
[132] Véase también B. Meehan-Waters, «Catherine the Great and the Problem of Female Rule», *Russian Review*, vol. 34, n.º 3 (1975), pp. 293-300.
[133] H. Rogger, *National Consciousness in Eighteenth-Century Russia*, Cambridge (Massachusetts), 1960, p. 37.
[134] J. Alexander, *Catherine the Great: Life and Legend*, Oxford, 1989, pp. 11 y 14.
[135] R. Ovchinnikov, «Sledstvie i sud nad E. I. Pugachevym», *Voprosy Istorii*, n.º 3 (1966), p. 128.
[136] R. Jones, *The Emancipation of the Russian Nobility, 1762-1785*, Princeton, 2019, p. 204.
[137] P. Dukes, ed., *Russia under Catherine the Great*, vol. 2: *Catherine the Great's Instruction (Nakaz) to the Legislative Commission, 1767*, Newtonville (Massachusetts), 1977, p. 3.
[138] Véase M. Bassin, «Geographies of Imperial Identity», en Lieven, ed., *Cambridge History of Russia*, vol. 2, pp. 45-64.
[139] M. Bassin, «Inventing Siberia: Visions of the Russian East in the Early Nineteenth Century», *American Historical Review*, vol. 96, n.º 3 (1991), pp. 768-770.
[140] Es difícil hacer una estimación exacta de la cifra, que puede ser tan alta como doscientos mil judíos y tan baja como treinta y dos mil. Véase J. Klier, *Russia Gathers her Jews: The Origins of the «Jewish Question» in Russia, 1772-1825*, DeKalb, (Illinois), 1986, p. 56.
[141] W. Reddaway, ed., *Documents of Catherine the Great*, Cambridge, 1931, p. 147; «Correspondance artistique de Grimm avec Catherine II», *Archives de l'art français, nouvelle période*, t. XVII, París, 1932, pp. 61-62.
[142] Véase también O. Figes, *Crimea: The Last Crusade*, Londres, 2010, pp. 10-17. [Hay trad. cast.: *Crimea: La primera gran guerra*, trad. de Mirta Rosenberg, Barcelona, Edhasa, 2014].
[143] S. Montefiore, *Prince of Princes: The Life of Potemkin*, Londres, 2000, pp. 274-275.
[144] J. Blum, *Lord and Peasant in Russia: From the Ninth to the Nineteenth Century*, Princeton, 1961, p. 441.
[145] Jones, *Emancipation of the Russian Nobility*, *op. cit.*, p. 293.
[146] Alexander, *Catherine*, *op. cit.*, p. 283.
[147] V. Semennikov, ed., *Materialy dlia istorii russkoi literatury*, San Petersburgo, 1914, p. 34.

6
LA SOMBRA DE NAPOLEÓN

[148] M. Heller, *Histoire de la Russie et de son empire*, París, 1997, p. 616.
[149] A. Czartoryski, *Mémoires et correspondance avec l'empereur Alexandre Ier*, 2 vols., París, 1887, vol. 1, p. 979.
[150] Véase M.-P. Rey, *Alexander I: The Tsar Who Defeated Poland*, De Kalb (Illinois), 2012, cap. 7.
[151] *Ibid.*, ed. Kindle, loc. 6079.

[152] IRL RAN, f. 57, *op. cit.*, 1, n.º 63, l. 57 (Serguéi Volkonski).
[153] A. Ulam, *Russia's Failed Revolutions: From the Decembrists to the Dissidents*, Nueva York, 1981, p. 5.
[154] A. Serguéiev, «Graf A. J. Benkendorf o Rossii v 1827-30gg. (Yezhegodnyye otchoty tret'yego otdeleniya i korpusa zhandarmov)», *Krasnyi Arjiv*, vol. 37 (1929), pp. 131-174.
[155] P. Squire, «The Metternich-Benckendorff Letters, 1835-1842», *Slavonic and East European Review*, vol. 45, n.º 105 (julio de 1967), pp. 368-390.
[156] N. Riasanovsky, *Nicholas I and Official Nationality in Russia*, Berkeley, 1959, p. 74.
[157] K. Aksákov, *Polnoe sobranie sochinenii*, 2 vols., San Petersburgo, 1861, vol. 2, p. 292.
[158] N. Gógol, *Pis'ma*, 4 vols., San Petersburgo, s. f., vol. 2, p. 508.
[159] P. Annenkov, *The Extraordinary Decade: Literary Memoirs*, Ann Arbor, 1968.
[160] V. Bielinski, *Polnoe sobranie sochinenii*, 13 vols., Moscú, 1953-1959, vol. 10, p. 212.
[161] A Presniakov, *Emperor Nicholas I of Russia: The Apogee of Autocracy, 1825-1855*, Gulf Breeze (Florida), 1974, p. 56.
[162] S. Monas, *The Third Section: Police and Society in Russia under Nicholas I*, Cambridge (Massachusetts), 1961, p. 240.
[163] NA, FO 195/332, Colquhoun a Stratford Canning, 2 de julio de 1849.
[164] W. Bruce Lincoln, *Nicholas I: Emperor and Autocrat of All the Russias*, De Kalb (Illinois), 1989, p. 321; Monas, *The Third Section*, *op. cit.*, pp. 142 y 194.
[165] J. y E. Goncourt, *Journal: Mémoires de la vie littéraire*, ed. de Robert Ricatte, 3 vols., Mónaco, 1956, vol. 2, p. 499.
[166] A. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford, 1959, p. 49.
[167] O. Figes, *Crimea: The Last Crusade*, Londres, 2010, p. 8. [Hay trad. cast.: *Crimea: La primera gran guerra*, trad. de Mirta Rosenberg, Barcelona, Edhasa, 2014].
[168] A. Zaoinchkovskii, *Vostochnaia voina, 1853-1856*, 3 vols., San Petersburgo, 2002, vol. 2, p. 523.
[169] *Ibid.*, vol. 1, pp. 702-708.
[170] O. Figes, *Crimea*, *op. cit.*, p. 442.
[171] N. Danilevskii, *Russia and Europe: The Slavic World's Political and Cultural Relations with the Germanic-Roman West*, trad. de S. Woodburn, Bloomington (Indiana), 2013, p. 107.
[172] A. Kelly, *Toward Another Shore: Russian Thinkers between Necessity and Chance*, New Haven, 1998, p. 41.
[173] RGIA, fol. 914, *op. cit.* 1, d. 68, ll. 1-2.
[174] *Materialy dlia istorii uprazdneniia krepostnogo sostoianii pomeshchich'ij krest'ian v Rossii* v *tsarstvovanii Imperatora Aleksandra II*, 3 vols., Berlín, 1860-1862, vol. 1, p. 114.

7
UN IMPERIO EN CRISIS

[175] Para más información sobre el incidente de Bezdna, véase D. Field, *Rebels in the Name of the Tsar*, Nueva York, 1976.
[176] T. Emmons, «The Peasant and the Emancipation», en W. Vucinich, ed., *The Peasant in Nineteenth-Century Russia*, Stanford, 1968, p. 54.
[177] Véase J. Blum, *Lord and Peasant in Russia: From the Ninth to the Nineteenth Century*, Princeton, 1961, pp. 512-514.

[178] He comentado con más profundidad esta ideología campesina en *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, 1996, pp. 98-102 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa: La tragedia de un pueblo (1891-1924),* trad. de César Vidal, Barcelona, Taurus, 2021, pp. 155-156], y *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921*, Oxford, 1989, cap. 3.
[179] O. Figes, *A People's Tragedy*, *op. cit.*, p. 105.
[180] T. Shanin, *The Awkward Class*, Oxford, 1972, p. 48. [Hay trad. cast.: *La clase incómoda*, trad. de Fernando Andrada, Madrid, Alianza, 1983].
[181] A. Anfimov, *Zemel'naya arenda v Rossii v nachale XX veka,* Moscú, 1961, p. 15.
[182] D. Saunders, *Russia in the Age of Reaction and Reform*, Londres, 1992, p. 213.
[183] J. Habermas, «The Public Sphere», *New German Critique*, n.º 3 (1974), p. 49. [Hay trad. cast.: «La esfera de lo público», trad. de Francisco Galván Díaz, en <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/26202/1/RCS_Habermas_1986n1.pdf>].
[184] O. Figes, *A People's Tragedy*, *op. cit.*, p. 46.
[185] F. Venturi, *Roots of Revolution: A History of the Populist and Socialist Movements in Nineteenth-Century Russia*, Nueva York, 1960, p. xxvi.
[186] Véase R. Crews, *For Prophet and Tsar: Islam and Empire in Russia and Central Asia*, Cambridge (Massachusetts), 2009.
[187] J. Brooks, *When Russia Learned to Read: Literacy and Popular Literature, 1861-1917*, Princeton, 1985, pp. 55-56.
[188] Para un análisis acerca de Rusia como «sociedad en desarrollo» durante esa época, véase T. Shanin, *Russia as a «Developing Society»*, vol. 1: *Roots of Otherness: Russia's Turn of Century*, Londres, 1985. Sobre patrones similares de migraciones rurales a las ciudades en India durante el siglo XX, véase R. Chandavarkar, «"The Making of the Working Class": E. P. Thompson and Indian History», *History Workshop Journal*, n.º 43 (1997), pp. 185-187.
[189] T. von Laue, «A Secret Memorandum of Sergei Witte on the Industrialization of Imperial Russia», *Journal of Modern History*, vol. 26 (1954), p. 71.
[190] D. Volkogonov, *Lenin: Life and Legacy*, Londres, 1991, pp. 8-9.
[191] L. Fischer, *The Life of Lenin*, Londres, 1965, p. 329.
[192] L. Lih, *Lenin Rediscovered: What Is to Be Done? In Context*, Chicago, 2008, p. 447.
[193] W. Sablinsky, *The Road to Bloody Sunday: Father Gapon and the St Petersburg Massacre of 1905*, Princeton, 1976, p. 344.
[194] Sobre indicios anteriores de una actitud hostil hacia el zar entre el campesinado, a tenor de los informes de las detenciones policiales de campesinos que habían sido denunciados por sus declaraciones antizaristas tras el asesinato de Alejandro III en 1881, véase D. Beer, «"To a Dog, a Dog's Death!": Naive Monarchism and Regicide in Imperial Russia, 1878-1884», *Slavic Review*, vol. 80, n.º 1 (2021), pp. 112-132.
[195] *Voennaya Gazeta*, 13 de junio de 1913, p. 2.
[196] *Nóvoye Vremia*, 6 de marzo de 1914.
[197] O. Figes, *A People's Tragedy*, *op. cit.*, p. 251. [Hay trad. cast.: *La Revolución rusa*, *op. cit.*, pp. 331-332].
[198] P. Gilliard, *Thirteen Years at the Russian Court*, Londres, 1921, p. 111.
[199] A. Brusilov, *A Soldier's Notebook, 1914-1918*, Londres, 1930, p. 39.
[200] F. Golder, *Documents on Russian History, 1914-1917*, Nueva York, 1927, p. 21.

LA RUSIA REVOLUCIONARIA

[201] A. Brusilov, *A Soldier's Notebook, 1914-1918*, Londres, 1930, pp. 93-94.
[202] O. Figes y B. Kolonitski, *Interpreting the Russian Revolution: The Language and Symbols of 1917*, New Haven, 1999, p. 24. [Hay trad. cast.: *Interpretar la revolución rusa: El lenguaje y los símbolos de 1917*, Madrid/Valencia, Biblioteca Nueva/Universitat de València, 2001].
[203] B. Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa to the Tsar, 1914-1916*, Londres, 1923, p. 157.
[204] O. Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, 1996, p. 345. [Hay trad. cast.: *La Revolución rusa: La tragedia de un pueblo*, trad. de César Vidal, Barcelona, Taurus, 2021, p. 439].
[205] L. Trotski, *The History of the Russian Revolution*, Londres, 1977, p. 193. [Hay trad. cast.: *Historia de la Revolución rusa*, trad. de Andreu Nin, Santiago de Chile/Tafalla, LOM Ediciones/Txalaparta, 2017].
[206] G. Buchanan, *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memoirs*, 2 vols., Londres, 1923, vol. 2, p. 86.
[207] ORRNBmf.152, *op. cit.*, 1, d.98, l.34.
[208] St. Antony's College, Oxford, Russian and East European Centre, G. Katkov Papers, «Mosckovskii sovet rabochij deputatov (1917-1922)», p. 10.
[209] R. Lockhart, *Memoirs of a British Agent,* Londres, 1933, p. 304.
[210] R. Browder y A. Kerensky, eds., *The Russian Provisional Government 1917: Documents*, 3 vols., Stanford, 1961, vol. 2, pp. 913-915.
[211] F. Farmborough, *Nurse at the Russian Front*, Londres, 1977, p. 269-270.
[212] G. Zinóviev, «Lenin i iiul'skie dni», *Proletarskaya Revoliutsiia*, n.º 8-9 (1929), p. 62.
[213] V. Lenin, *Collected Works*, 47 vols., Londres, 1977, vol. 25, pp. 176-179. [Hay trad. cast.: *Obras completas*, Ciudad de México y Madrid, Ayuso y Akal, 1974-1978].
[214] *Ibid.*, vol. 26, pp. 19 y 21.
[215] *The Bolsheviks and the October Revolution: Minutes of the Central Committee of the Russian Social-Democratic Labour Party (Bolsheviks), August 1917-February 1918*, Londres, 1974, p. 98. [Hay trad. cast.: *Los bolcheviques y la Revolución de Octubre: Actas del comité central del Partido Obrero Socialdemócrata ruso (b), agosto de 1917 a febrero de 1918*, trad. de Max Figueroa y Carlos Álvarez, Ciudad de México, Siglo XXI, 1978.]
[216] O. Figes, *A People's Tragedy*, *op. cit.*, pp. 489-491. [Hay trad. cast.: *La Revolución rusa*, *op. cit.*, p. 609].
[217] M. Gorki, *Untimely Thoughts: Essays on Revolution, Culture, and the Bolsheviks, 1917-1918*, New Haven, 1995, p. 95.
[218] V. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii*, 55 vols., Moscú, 1958-1965, vol. 35, p. 204.
[219] RGASPI, f. 17, *op. cit.*, 1, d. 405, l. 1-13.
[220] J. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace*, Nueva York, 1938, p. 269.
[221] O. Figes, *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921*, Oxford, 1989, pp. 150 y ss.
[222] O. Figes, «The Village and *Volost* Soviet Elections of 1919», *Soviet Studies*, vol. 40, n.º 1 (1988), pp. 21-45.
[223] Figes y Kolonitski, *Interpreting the Russian Revolution*, *op. cit.*, p. 152.
[224] O. Figes, «The Red Army and Mass Mobilization during the Russian Civil War», *Past & Present*, vol. 129, n.º 1 (1990), pp. 206-209.
[225] *Konshtadtskii miatezh: Sbornik statei, vospominanii i dokumentov*, Leningrado, 1931, p. 26.
[226] Véase I. Getzler, *Kronstadt, 1917-1921: The Fate of a Soviet Democracy*, Cambridge, 1983.

[227] Lenin, *Collected Works*, *op. cit.*, vol. 33, pp. 487-502.

9
LA GUERRA CONTRA LA VIEJA RUSIA

[228] N. Sukhanov, *The Russian Revolution, 1917: A Personal Record*, J. Carmichael, ed., Oxford, 1955, p. 230. [Hay trad. cast.: *La Revolución rusa*, trad. de Julio Gómez de la Serna, Barcelona, Luis de Caralt, 1970].
[229] S. Kotkin, *Stalin*, vol. 1: *Paradoxes of Power, 1878-1928*, Londres, 2014, p. 432.
[230] *Ibid.*, pp. 433-441; B. Bazhanov, *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, trad. de D. Doyle, Athens (Ohio), 1990, p. 40. Véase también N. Rosenfeldt, «"The Consistory of the Communist Church": The Origins and Development of Stalin's Secret Chancellery», *Russian History*, n.º 9 (1982), pp. 308-324; J. Harris, «Stalin as General Secretary: The Appointments Process and the Nature of Stalin's Power», en S. Davis y J. Harris, *Stalin: A New History*, Cambridge, 2005, pp. 63-82.
[231] *Izvestiia TsK*, n.º 12 (1989), pp. 193 y 198.
[232] N. Tumarkin, *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia*, Cambridge (Massachusetts), 1997, pp. 139-149 y 160-164; O. Velikanova, *Making of an Idol: On Uses of Lenin*, Gotinga, 1996, pp. 33-34.
[233] Véanse R. Conquest, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Oxford, 1986, y A. Applebaum, *Red Famine: Stalin's War on Ukraine*, Nueva York, 2017. [Hay trad. cast.: *Hambruna roja: La guerra de Stalin contra Ucrania*, trad. de Nerea Arando Sastre, Barcelona, Debate, 2019].
[234] N. Kaminskaya, *Final Judgment: My Life as a Soviet Defence Attorney*, Nueva York, 1982, pp. 18-21.
[235] Sobre esta afirmación y su procedencia véase D. Brandenberger y A. Dubrovsky, «The People Need a Tsar: The Emergence of National Bolshevism as Stalinist Ideology, 1931-1941», *Europe-Asia Studies*, vol. 50, n.º 5 (1998), p. 873.
[236] O. Figes, *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*, Londres, 2007, p. 275. [Hay trad. cast.: *Los que susurran: La represión en la Rusia de Stalin*, trad. de Mirta Rosenberg, Barcelona, Edhasa, 2017, p. 809, epub].
[237] J. Haslam, «Political Opposition to Stalin and the Origins of the Terror in Russia, 1932-1936», *Historical Journal*, vol. 29, n.º 2 (1986), p. 396.
[238] J. Getty y O. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven, 1999, pp. 54-57. [Hay trad. cast.: *La lógica del Terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques*, trad. de Santiago Jordán, Barcelona, Crítica, 2001].
[239] H. Kuromiya, «Accounting for the Great Terror», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, Nueva Serie, vol. 53, n.º 1 (2005), pp. 86-101.
[240] O. Khlevniuk, *Master of the House: Stalin and his Inner Circle*, New Haven, 2009, p. 174; *Istochnik*, n.º 3 (1994), p. 80.

10
LA MADRE PATRIA

[241] *Izvestiia*, 29 de noviembre de 1938; *Kino-Gazeta*, 2 de diciembre de 1938.
[242] S. Eisenstein, «Patriotizm – moia tema», en *Izbrannye prozvedeniia v shesti tomaj*, Moscú, 1964, vol. 1, p. 162.
[243] D. Brandenberger y A. Dubrovsky, «“The People Need a Tsar”: The Emergence of National Bolshevism as Stalinist Ideology, 1931-1941», *Europe-Asia Studies*, vol. 50, n.º 5 (1998), p. 880.
[244] Véase T. Martin, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939,* Ithaca (Nueva York), 2001.
[245] Citado en S. Plokhy, *Lost Kingdom: A History of Russian Nationalism from Ivan the Great to Vladimir Putin*, Londres, 2018, p. 255.
[246] O. Khlevniuk, *Stalin: New Biography of a Dictator*, New Haven, 2015, p. 188.
[247] T. Snyder, *Black Earth: The Holocaust as History and Warning*, Nueva York, 2016, p. 19. [Hay trad. cast.: *Tierra negra: El Holocausto como historia y advertencia*, trad. de Paula Aguiriano, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015].
[248] *Pravda*, 3 de julio de 1941, p. 1.
[249] Khlevniuk, *Stalin*, *op. cit.*, p. 218.
[250] *Vecherniaya Moskva*, 8 de noviembre de 1941.
[251] M. Đilas, *Conversations with Stalin*, Londres, 2014, p. 40. [Hay trad. cast.: *Conversaciones con Stalin*, Barcelona, Seix Barral, 1962].
[252] Entrevistas con Rebekka (Rita) Kogan, San Petersburgo, junio y noviembre de 2003. Véase O. Figes, *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*, Londres, 2007, pp. 417-419. [Hay trad. cast.: *Los que susurran: La represion en la Rusia de Stalin*, trad. de Mirta Rosenberg, Barcelona, Edhasa, 2017, pp. 1.199-1.200, epub].
[253] Las cifras de las bajas militares son controvertidas y es difícil hacer un cálculo certero. La cifra que da el Ministerio de Defensa ruso es de 8,7 millones, pero, a partir de las listas de personal que se conservan en los archivos militares, han llegado a calcularse cifras superiores (de hasta catorce millones de personas). Yo he seguido el cálculo que hace Víktor Zemskov, basado en el recuento de los prisioneros de guerra soviéticos que murieron en los campos de trabajos forzados en Alemania (V. Zemskov, «O Masshtabaj liudskij poter' SSSR v Velikoi Otechestvennoi Voine», *Voenno-Istoricheskii Arjiv*, vol. 9 [2012], pp. 59-71).
[254] R. McNeal, *Stalin: Man and Ruler*, Londres, 1988, p. 241.
[255] G. Hosking, «The Second World War and Russian National Consciousness», *Past & Present*, vol. 175, n.º 1 (2002), p. 177.
[256] O. Figes, *The Whisperers*, *op. cit.*, pp. 414-415. [Hay trad. cast.: *Los que susurran*, *op. cit.*, pp. 1.188-1.189, epub].
[257] Đilas, *Conversations with Stalin*, *op. cit.*, p. 78.
[258] <https://www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/1945/05/24.htm>.
[259] Đilas, *Conversations with Stalin*, *op. cit.*, p. 45.
[260] *Ibid*., pp. 80-81.
[261] M. Ellman y S. Maksudov, «Soviet Deaths in the Great Patriotic War: A Note», *Europe-Asia Studies*, vol. 46, n.º 4 (1994), p. 671. Una comisión de expertos designada por Gorbachov dio una estimación de veintiocho millones de muertos.
[262] En los documentos de archivo no se ha encontrado aún ninguna explicación sobre los motivos que pudo tener Stalin para subestimar de forma tan flagrante las bajas de guerra. Puede que tuviera en mente la posibilidad de una nueva guerra contra Occidente y no quisiera que la población conociera el número de personas que habían muerto ya.
[263] <http://soviethistory.msu.edu/1947-2/famine-of-1946-1947/>.
[264] I. Stalin, *Speeches Delivered at Meetings of Voters of the Stalin Electoral District, Moscow*, Moscú, 1950, pp. 19-44.

[265] *Pravda*, 9 de enero de 1949.
[266] *Pravda*, 7 de noviembre de 1946.
[267] L. Alexeyeva y P. Goldberg, *The Thaw Generation: Coming of Age in the Post-Stalin Era*, Boston, 1990, p. 4.
[268] J. Brodsky, «Spoils of War», en *On Grief and Reason: Essays*, Londres, 1996, p. 8.
[269] S. Schattenberg, *Brezhnev: The Making of a Statesman*, Londres, 2021, p. 186.
[270] *Ibid.*, p. 217.
[271] L. Timofeev, *Soviet Peasants: Or, the Peasants' Art of Starving,* Candor (Nueva York), Telos Press, 1986.
[272] *The Current Digest of the Soviet Press*, Columbus (Ohio), 27 de abril de 1988, pp. 1-6.

11
FINES

[273] Véase, por ejemplo, A. Ostrovsky, *Inventing Russia: The Journey from Gorbachev's Freedom to Putin's War*, Londres, 2018, p. 115.
[274] Diane Sawyer, de ABC, *World News Tonight*, <https://www.youtube.com/watch?v=fdKuo9ZqVZw>.
[275] Véase la entrevista con Alexánder Mijáilov, el jefe de prensa de la KGB, <https://icds.ee/en/25-years-after-the-moscow-putsch-what-did-events-look-like-from-within-the-kgb>.
[276] A. Kolesnichenko, «Effects of 1991 August Putsch still felt in Russia», *Russia Beyond the Headlines*, 23 de agosto de 2013, <https://www.rbth.com/politics/2013/08/23/effects_of_1991_august_putsch_still_felt_in_russia_29171.html>.
[277] T. Wood, *Russia without Putin: Money, Power and the Myths of the New Cold War*, Londres, 2018, ed. Kindle, loc. 555.
[278] Véase D. Hoffman, *The Oligarchs: Wealth and Power in the New Russia*, Nueva York, 2001. [Hay trad. cast.: *Los oligarcas: Poder y dinero en la nueva Rusia*, trad. de Francisco J. Ramos Mena, Barcelona, Mondadori, 2003].
[279] M. Gessen, *Man without a Face: The Unlikely Rise of Vladimir Putin*, Nueva York, 2013. [Hay trad. cast: *El hombre sin rostro. El sorprendente ascenso de Vladímir Putin*, trad. de Juan Manuel Ibeas y Marcos Pérez Sánchez, Barcelona, Debate, 2012].
[280] S. Corbesero, «History, Myth and Memory: A Biography of a Stalin Portrait», *Russian History*, vol. 38, n.º 1 (2011), p. 77. Muchas gracias a @cdmoldes por el hallazgo de la imagen.
[281] V. Putin, «Russia at the Turn of the Millennium», <www.government.gov.ru/english/statVP_eng_1.html>.
[282] C. Belton, *Putin's People: How the* KGB *Took Back Russia and ten Took on the West*, Londres, 2020, p. 267.
[283] L. Aron, «The Problematic Pages», *New Republic*, 24 de septiembre de 2008.
[284] *Kommersant-Vlast'*, n.º 27 (371), 16 de julio de 2007.
[285] G. Pavlovskii, «Plojo s pamiat'iu - plojo s politikoi», *Russkii Zhurnal*, diciembre de 2008.
[286] Véase mi exposición en «Putin vs. the Truth», *New York Review of Books*, 30 de abril de 2009.
[287] Federación Internacional por los Derechos Humanos (FIDH), *Russia - «Crimes against History»*, informe publicado el 10 de junio de 2021, p. 29, <https://www.dh.org/IMG/pdf/russie-_pad-uk-web.pdf>.

[288] *Ibid.*, p. 10. Véase también I. Kurilla, «The Implications of Russia's Law against the "Rehabilitation of Nazism"», PONARS *Eurasia Policy Memo*, n.º 331, agosto de 2014.
[289] A. Miller, «Adjusting Historical Policy in Russia», *Russia in Global Affairs*, n.º 4 (2014), <https://eng.globalaairs.ru/articles/a-year-of-frustrated-hopes/>. Véase también H. Bækken y J. Due Enstad, «Identity under Siege: Selective Securitization of History in Putin's Russia», *Slavonic and East European Review*, vol. 98, n.º 2 (2020), pp. 321-344.
[290] E. Klimenko, «Building the Nation, Legitimizing the State: Russia - My History and Memory of the Russian Revolutions in Contemporary Russia», *Nationalities Papers*, vol. 49, n.º 1 (2021), pp. 72-88.
[291] <https://www.themoscowtimes.com/2020/03/24/75-of-russians-say-soviet-era-was-greatest-time-in-countrys-history-poll-a69735>.
[292] <https://www.levada.ru/2021/06/23/otnoshenie-k-stalinu-rossiya-i-ukraina/>.
[293] Iu. Levada, «"Chelovek sovetskii": chetvertaia volna», *Polit.ru*, 30 de abril de 2010, <http://polit.ru/lectures/2004/04/15/levada.html>. Véase también M. Gessen, *The Future is History: How Totalitarianism Reclaimed Russia*, Nueva York, 2017, en el que se analiza este fenómeno. [Hay trad. cast.: *El futuro es historia: Rusia y el regreso del totalitarismo*, trad. de José Adrián Vitier, Madrid, Turner, 2018].
[294] D. Japaeva y N. Koposov, *Pozhaleite, lyudi, palachei: Massovoe istoricheskoe soznanie v postsovetskoi Rossii i Stalinizm*, Moscú, 2007.
[295] Pueden encontrarse transcripciones y grabaciones del programa en <http://www.kurginyan.ru>.
[296] Citado en R. Braithwaite, «NATO enlargement: Assurances and misunderstandings», Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, 7 de julio de 2016, <https://ecfr.eu/article/commentary_nato_enlargement_assurances_and_misunderstandings/>.
[297] T. Friedman, «Foreign Affairs; Now a Word from X», *New York Times*, 2 de mayo de 1998.
[298] <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/24034>.
[299] <http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/22931>.
[300] La intervención de la OTAN en Yugoslavia estuvo precedida por tres resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU en las que se condenaban las políticas de Belgrado. Los rusos no llevaron a cabo ninguna acción diplomática similar antes de la invasión de Ucrania. Noventa y siete estados miembros de la ONU reconocieron la independencia de Kosovo, mientras que solo cinco mantuvieron esa misma postura sobre la legalidad de la anexión de Crimea por parte de Rusia.
[301] Sobre la influencia de Gláziev véase M. Zygar, *All the Kremlin's Men: Inside the Court of Vladimir Putin*, Nueva York, 2016, cap. 17.
[302] M. Sarotte, *Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate*, New Haven, 2022, p. 184.
[303] <en.kremlin.ru/events/president/news/67828>.
[304] <en.kremlin.ru/events/president/news/66181>.
[305] <https://www.newstatesman.com/world/europe/ukraine/2022/04/russia-cannot-afford-to-lose-so-we-need-a-kind-of-a-victory-sergey-karaganov-on-what-putin-wants>.
[306] <https://www.themoscowtimes.com/2022/03/07/russian-church-leader-appears-to-blame-gay-pride-parades-for-ukraine-war-a76803>.
[307] Para escuchar los comentarios de Zelenski acerca del calendario de un cambio constitucional, véase su fascinante entrevista con cuatro periodistas independientes rusos: <https://www.youtube.com/watch?v=IA01DLfqYIY> (a partir del minuto 50). Con respecto a las encuestas ucranianas, véase: <https://www.themoscowtimes.com/2022/02/18/ukrainians-support-for-joining-nato-hits-record-high-poll-a76442> y <https://ratinggroup.ua/research/ukraine/pyatyy_obschenacionalnyy_opros_ukraina_v_usloviyah_voyny_18_marta_2022.html>.

NOTAS EXPLICATIVAS

(1) «Porque los gobernantes no están para infundir el terror al que hace lo bueno, sino al que hace lo malo. ¿Quieres no temer a la autoridad? Haz lo bueno y tendrás su alabanza porque es un servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no lleva en vano la espada pues es un servidor de Dios, un vengador para castigo del que hace lo malo», Rm 13, 3-4.

(2) El Partido Conservador británico había ganado las elecciones de 1924 gracias en gran parte a la publicación en el *Daily Mail* de una falsa «carta de Zinóviev» que apuntaba a que la Komintern, liderada por él mismo, se había infiltrado en el derrotado Gobierno laborista y lo estaba utilizando para incitar una revolución leninista en Gran Bretaña y sus colonias.

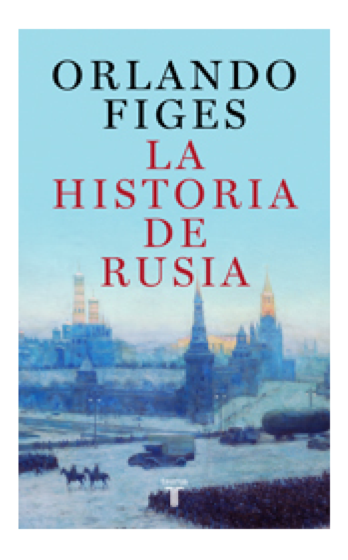
Por Orlando Figes, autor de Los europeos.

«Este es el libro de historia que necesitan para entender la Rusia moderna y sus guerras con Ucrania, con sus demás vecinos, con Estados Unidos y con Occidente».

ANNE APPLEBAUM

«Si de verdad quieren entender la Rusia de Putin, anclada en su pasado de mitos, lean este excelente libro».

ANTONY BEEVOR



Orlando Figes, el gran especialista en Rusia, ofrece una nueva historia que da sentido al presente.

La historia de Rusia se ha visto marcada como pocas por el empleo de mitos con fines políticos. Ningún otro país ha reinventado su propio relato con tanta frecuencia, en un esfuerzo perpetuo por adaptarse a los cambios de las ideologías dominantes, y esa tendencia es precisamente un aspecto vital de su cultura. Para comprender lo que depara el futuro del país —y lo que significa el régimen de Putin para Rusia y para el resto del mundo—, debemos desentrañar las ideas y los significados de esa historia.

Desde sus inicios agrarios en el primer milenio hasta la era de Putin, pasando por los periodos de monarquía, totalitarismo y Perestroika, el brillante historiador Orlando Figes examina las claves que han marcado el destino del país, entre ellas la necesidad de un régimen autocrático para gobernar tan vasto territorio; la veneración del “Santo Zar” y el culto al líder; la creencia en un espíritu colectivista esencialmente ruso; y su oscilación entre el carácter europeo y euroasiático. Todos estos ingredientes permiten entender la Rusia moderna. En un momento en el que el país se aleja de Europa, esta historia de su pasado, a cargo de toda una autoridad en la materia y maravillosamente narrada, bien podría dilucidar su futuro.

Sobre *Los Europeos* se dijo:
«Magnífico. Bellamente escrito, inmaculadamente investigado y completamente absorbente de principio a fin. Un *tour de force* que explica cómo se transformó la vida cultural de Europa durante el siglo XIX, y mucho más».
Peter Frankopan

Sobre *La revolución rusa* se dijo:
«Este libro ha hecho mucho más para ayudarnos a entender la Revolución rusa que ningún otro libro que yo conozca».
Eric Hobsbawm

«Pocos historiadores tienen el coraje de atacar grandes temas; menos tienen la agudeza para lograrlo [...]. La revolución rusa hará más por ayudarnos a entender la Revolución Rusa que cualquier otro libro que conozca».
The London Review of Books

Sobre *El baile de Natasha* se dijo:
«Deslumbrante. Hay muchas razones para enfrascarse en la lectura de este libro».
Francisco Calvo Serraller, *El País*

Orlando Figes (Londres, 1959) es un historiador británico, nacionalizado como ciudadano alemán. Es profesor de Historia en el Birkbeck College de la Universidad de Londres. Es autor de varios best-sellers centrados en la historia de Rusia, traducidos a más de quince lenguas, así como de *Los Europeos* (Taurus, 2020), y ha recibido numerosos premios. Es colaborador habitual de *The New York Review of Books*, y miembro de la Royal Society of Literature desde 2003.



Título original: *The Story of Russia*

Primera edición: noviembre de 2022

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Konstantin Yuon, *Moscow Morning*, 1942 © Konstantin Yuon, VEGAP, Barcelona, 2022.

ISBN: 978-84-306-2546-8

Compuesto en Arca Edinet S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: tauruseditorial
Twitter: @tauruseditorial
Instagram: @ penguinlibros
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



ÍNDICE